This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.

+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.

+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.

+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

ENCUADERNACION
e Adolfo González F.
squina occidental de la
laza de Bolívar, núm. 2.

SAL 5465.10

Harvard College Library

FROM

Victor M. Cutter

FRED. A. A. SIMONS, F.R.G.S.
ENGINEER
16 FEB. 84
NILGIRI HOUSE
CITY ROAD, LONDON, S.E.

MUSEO

DE

CUADROS DE COSTUMBRES

I

VARIEDADES

TOMO II

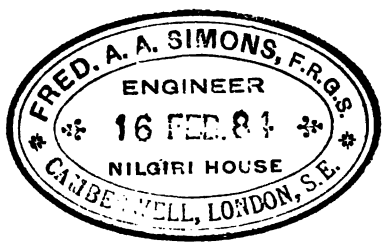
BOGOTÁ

IMPRENTA A CARGO DE F. MANTILLA

1866

SAL 5465.10

Victor M. Cutter



¿QUIEN ES EL MAS FELIZ DE LOS MORTALES?

No há muchos dias me hallaba yo en una tertulia, i como las materias de conversacion se hubiesen agotado, uno de los concurrentes propuso esta antiquísima, trivial i manoseada cuestion: "¿Cuál es el mas feliz de los mortales?"

Varios fueron los pareceres. Unos atribuyeron al amor la virtud de hacer felices a los hombres, otros a la salud; quién se decidió por la riqueza, quién por el poder, quién por la paz doméstica. Dos de los que estaban presentes se acordaron de cierto pasaje del Telémaco, i el uno dijo que, en su sentir, el mortal mas dichoso es un rei que teme a los dioses i que labra la felicidad de sus pueblos; el otro afirmó que la persona verdaderamente feliz es la que cree serlo. Suscitóse al oir este último parecer un murmullo aprobatorio; pero el sujeto que habia propuesto la cuestion no se dió por satisfecho i sentó la proposicion de que el mortal mas feliz es un ama de leche. Añadió que, aunque esta felicidad es casi infinita, no deja de tener sus grados, i que, si los padres de la *criatura que se cria* son acomodados i aprehensivos, aquella dicha, pasando por encima de todos los grados de comparacion, alcanza al superlativo, i no como quiera al superlativo absoluto (*felicissimus*) sino al superlativo relativo (*felicissimus omnium*) el mas feliz de todos.

"Me he penetrado de esta verdad, prosiguió el sustentante, no por medio de reflexiones hechas al aire, sino por medio de observaciónes diarias que he podido hacer en casa de un hermano mio, casado i padre de un hijo que vino al mundo despues de otros dos que, ni de la cuna siquiera, sino de la artesa, pasaron al sepulcro.

Este nuevo infante vino a ser el objeto de todos los desvelos i aprehensiones de sus padres, quienes, temerosos de que aquella criatura se hallara condenada a tener el mismo prematuro fin que las otras dos, resolvieron disputar su víctima a la muerte sin ahorrar para ello esfuerzo ni sacrificio. Lo primero que vió Carlitos al abrir los ojos, infeliz! fué un médico encargado por los autores de sus dias de llevarlo como de la mano por el camino de la vida, de reglamentar su sueño, su abrigo, sus movimientos i su alimentacion, i de combatir en él cualquier preludio de enfermedad que llegase a mostrarse.

Pero esta precaucion no fué bastante para tranquilizar a mi cuñada: si la respiracion de su hijo alcanzaba a percibirse, "la anjina! esclamaba, la pulmonía! la muerte!" Si dormia sosegadamente, "malo! decia tambien, mi hijo se muere de apoplejía." Si el estómago funcionaba activamente, aquello era disenteria; si no funcionaba, era un cólico mortal.

Como mi cuñada habia dado de mamar a las dos primeras i malogradas criaturas, no se creyó prudente que hiciese lo mismo con la otra. Una vecina aconsejaba se la criase con leche de cabra, abogaba otra por la de burra; cuál daba la preferencia a la de vaca, cuál al caldo de car-

ne fresca o bien a las mazamorritas i el sagú; pero la opinion que sobre todas éstas prevaleció fué la del médico, quien dispuso se le buscase una nodriza. Recorriéronse en busca de ella los campos i los pueblos circunvecinos, i entre otras varias candidatas en quienes se pusieron los ojos, se dió la preferencia a una india de Suba, mocetona rolliza, cuya cria era casi de la misma edad que Carlitos i cuya madre consintió en echarse a cuestas al nieto, sin pararse en pelillos respecto de los alimentos con que habia de criarlo.

Traida Agustina (que este es el nombre del nuevo personaje que pongo en escena) a la casa de mi hermano, fué en el mismo punto prolijamente tanteada i reconocida por el doctor, i cuando éste hubo afirmado que no quedaba duda de su sanidad i robustez, se le hizo deponer el chircate, una mantilla *cuyos hilos, si se quisiesen contar, no se perderia uno solo de la cuenta*, i una camisa de que mas tarde quiso ella misma sacar un remiendo para otra sin que aquello se hubiese podido conseguir. Vistió en seguida unas famosas enaguas *de Castilla* i una flamante camisa de tira bordada, i vió por primera vez deshechas las marañas seculares de negros i cerdosos cabellos que cubrian su cabeza i que habian solido ser visitados con harta frecuencia, no tanto por el peine cuanto por las uñas.

Yo no sé si la india en los devaneos de su juventud habria soñado con el lujo i saboreado la idea de verse algun dia ostentosamente ataviada; pero era mujer, i esto basta para que, sin incurrir en la nota de lijero, pueda cualquiera presumir que no le fué indiferente la trasformacion que en su vestimenta se obró, ni es dudoso que, al mirarse por primera vez en uno de los espejos de la sala, esperimentaria una íntima e inefable satisfaccion.

Bien puede creerse que su injenio no seria de aquellos que se pierden de vista; mas como quiera que la facultad de comparar sea innata en nuestra alma, si hemos de admitir lo que la sicolojía nos enseña, se puede buenamente discurrir que mas de una vez estableceria parangon entre su vida pasada i su condicion actual; de donde se ha de sacar por consecuencia que, ademas de los deleites corporales de que mas adelante vamos a verla disfrutar, no dejaria de probar tambien aquellos de que fuera capaz su espíritu, por mas estrecho i encojido que éste se hallase dentro de aquella reducidísima mollera.

Con efecto ¿cómo era posible que no viniese frecuentemente a su memoria la imájen de aquel ranchito de piso húmedo i desigual, cubierto en todas sus partes de una negra i espesa capa de hollin i lleno de agujeros tan estrechos para el humo como espaciosos para el frio i la lluvia? ¿Ni cómo habia de echar en olvido aquella cama compuesta de un costal agujereado, ni aquel ponderoso tercio de tallos que tantas veces trajo a sus espaldas desde su tierra hasta la plaza de la capital?

I pensaba en estas cosas aspirando el aire tibio i embalsamado de una habitacion elegante, o reclinada en una mullida i sabrosa cama, o viendo caer la lluvia por entre las vidrieras, o saboreando viandas nunca probadas por ninguno de su raza, ni por el mismísimo Nemequene en sus rejios festines.

I, cosa rara! por mas repentina que hubiera sido la transicion de su antiguo modo de vivir al actual, Agustina se hizo sin esfuerzo alguno a las costumbres bogotanas; i es probable que nunca hubiera podido

hacerse de nuevo a las de Suba, o sea a las *subanas*, si alguna vez hubiese determinado volver al hogar paterno: así lo deja discurrir a lo ménos el ejemplo de tantas campesinas que cuando han llegado a probar los encantos de la vida bogotana, en lo que ménos piensan es en echar ménos la que en su tierra solian llevar.

En los primeros dias se sentia Agustina maravillada de todo lo que veia i satisfecha de la suerte que le habia cabido; pero sucedió que, yendo dias i viniendo dias, se olvidó de la miserable condicion de que se la habia sacado, i maliciando que su presencia en la casa de mi hermano se miraba como indispensable, echó de ver que bien podia levantarse a mayores i que, de ama de leche que era, se podria convertir en ama verdadera de la casa.

Hacíale falta la chicha; ni pudiera ser de otro modo estando habituada a tomarla desde su mas tierna infancia, i manifestó a mi cuñada su temor de que sin su bebida favorita se le mermase la leche o le sobreviniese alguna enfermedad. Una enfermedad de Agustina o la merma de la leche eran a los ojos de su señora las mayores calamidades, i así fué que se apresuró a disponer se le suministrase todos los dias cuanta chicha pudiera apetecer; i como despues de haber catado la que en las cercanías se fabricaba no la hubiese hallado de su gusto, se acudió a la tienda de *ña* María Chiquita, alta notabilidad arrabalera, que es al precioso licor lo que Dent a los relojes, o Didot a la tipografía, o nuestro Ramon Tórres a los retratos.

Alcanzada sin dificultad esta primera ventaja, las pretensiones fueron aumentándose en rápida i creciente progresion. El anjelito, que como todos los individuos de su ralea hacia las cosas de forma que causasen al prójimo la mayor incomodidad posible, dió en dormir de dia i velar por las noches, con lo que se las hacia pasar execrables a la nodriza, i ésta declaró que si no se arreglaban las cosas de suerte que ella pudiese dormir a su sabor, su salud padeceria grave detrimento i el niño lo pagaria. Desde entónces el bonazo de mi hermano se hizo cargo de pasear toda la noche en sus brazos al caro, i bien caro objeto de su ternura.

La cocinera que habia en la casa era una de aquellas criadas a la antigua que ya no se hallan por un ojo de la cara, aunque se las busque con la misma dilijencia con que aquel mentecato de Diójenes buscaba un hombre. Habia visto nacer a mi cuñada i le profesaba el mas entrañable cariño; sin que por mirarse como miembro de la familia se creyese dispensada de mostrar a sus amos la mas respetuosa sumision, ni de sazonar la comida de la mas deliciosa manera. Pero a pesar de las prendas que la adornaban, Agustina, a quien no le habia caido en gracia, le declaró la guerra, armó con ella una ruidosa quimera e hizo presente que si la cocinera no salia de la casa, saldria ella misma i dejaria la crianza de Carlitos en el punto en que se hallaba. Esto es, a lo que yo entiendo, lo que en el lenguaje de la política moderna se llama una cuestion de gabinete. Duro, durísimo era para mi cuñada despedir a aquella criada tan fiel i tan antigua, que de seguro jamas podria ser reemplazada; se agotaron los medios de conciliacion; se le ofreció a Agustina que en adelante comeria, si tal era su gusto, no en la cocina sino en un sitio en donde no tuviera que rozarse con su antagonista; pero la implacable descendiente de los chibchas se mantuvo en sus trece, i la inocente cocinera fué despedida.

Un dia sorprende mi hermano al ama conversando en el zaguan con un oficialito de albañil que pocos dias ántes habia venido a la casa para cierto menester; siéntese poseido de una santa indignacion; arroja ignominiosamente al atrevido galan, i dirije a la dama una furibunda filípica; ésta por su parte guarda un sombrío silencio; mi cuñada le echa tambien su reprimenda, i la mui taimada se obstina en no descoser sus labios. Al cabo de algunas horas se nota que Carlitos llora i se desgañita desaforadamente, se le pregunta a la nodriza cuál puede ser la causa, i ella declara entónces que está haciendo ayunar al niño, porque como le han hecho *tener una cólera*, su leche está alterada i lo mataria si le diese de mamar, i añade que está resuelta a partir al siguiente dia para su tierra natal. Mi cuñada se deshace en llanto al oir esta nueva, i mi hermano se deshace en reniegos i jura que no sufrirá mas el despotismo i los caprichos de aquella mala pécora; pero, quiá! la vida del heredero de su nombre podia peligrar i, observándose en esta ocasion aquella máxima de la Sagrada Escritura "que el sol no debe ponerse sobre nuestra cólera," ántes de que anocheciera se habia celebrado ya una capitulacion honrosa; si bien lo fué más para mi heroina que para mi hermano, cuya autoridad como cabeza de la casa no dejó de padecer menoscabo. Estipulóse que Agustina no volveria a tener entrevistas clandestinas con el pretendiente i que, cuando sus servicios no fuesen ya necesarios, se le facilitaria todo a fin de que sus relaciones con él pudiesen tener un desenlace decoroso.

Confieso que siento tentaciones de conservar en la escena al amartelado albañil, con lo que mi relacion se haria infinitamente mas interesante; mas como no estoi componiendo una novela, sino refiriendo una verdadera historia, no vacilo en declarar de una vez que aquel olvidadizo Enéas abandonó a aquella moderna Dido; la cual, por otra parte, no estaba destinada a doblar su cerviz bajo el yugo del matrimonio ni bajo yugo de ninguna especie. Ella habia de renunciar a los placeres del matrimonio i a los de la maternidad por los mas positivos i seguros de una dichosa soltería.

Sinembargo, como ya ella habia echado de ver que sus atractivos eran capaces de rendir algunos corazones, se hizo coqueta i presumida; dió en acicalarse i se aficionó al lujo, de suerte que no pasaba dia sin que se le antojase ya un camison de lanilla, ya un nuevo par de zarcillos, ya, un pañuelo de seda, ya, lo creerán ustedes? una crinolina de rejo, ya finalmente, pasar de Agustina descalza a Agustina calzada. Arbitrio humano para rehusarle la satisfaccion de alguno de los antojos no lo habia, pues de la noche a la mañana se habia vuelto atrabiliaria i la menor contradiccion la hacia montar en cólera, contratiempo que a toda costa se trataba de evitar, por haber afirmado personas competentes que la leche que Carlitos mamara estando su nodriza encolerizada seria para él un veneno. Los gastos, pues, crecian que era un contento, a lo ménos para ella, i ella se regodeaba, que aquello era para causar envidia a un bienaventurado.

Aquella venturosa situacion hubiera podido tener la nulidad de ser, como todas las prosperidades humanas, de corta duracion; porque al cabo Carlitos no habia de mamar toda su vida; pero la suerte, que tan visiblemente la protejia, hizo que el anjelito le cobrase una aficion desenfrenada, tanto que no era posible separarlo de ella sin que pusiese los

gritos en el cielo; a mayor abundamiento, a causa de ser hijo único, del temor de que se malograra i de haber costado su crianza tamaños sacrificios, era el muchacho mas mimado de toda la cristiandad, i aun dudo que entre los jentiles i los perros mahometanos hubiera alguno tan malcriado i voluntarioso. Bajo el amparo, pues, del tiranuelo de la casa, la bellaca de la india conservó siempre los fueros i prerogativas que, en gracia de su primitivo ministerio, se le habian otorgado, i ella goza aún en paz de todas las comodidades i regalos que tengo dichos, i gozará de ellos por luengos años, si una apoplejía no viene a ponerles término."

Aquí tuvo fin la narracion, i todos los circunstantes convinimos en que la historia de Agustina era, *mutatis mutandis*, la historia de todo el jénero a que ella pertenece, i en que la criatura mas feliz es un ama de leche, que era lo que se queria demostrar.

J. Manuel Marroquin.

LOS LLANOS.

El paisaje que tenemos delante es inmenso i típico.

Todo lo peculiariza, todo lo distingue.

Compónenlo una serie de sabanas, altas las unas, bajas las otras, *cautivadas* las ménos, desiertas las mas, que, sin mas lindero o separacion que las linfas de los rios, ni mas contraste que el de las *matas*, colman el horizonte por todas partes, i con su inmensidad i su monotonía dan al espectador la idea de un mar de tierra i de verdura.

Las palmas han desaparecido por completo, no hai un árbol solo bajo cuyo follaje guarecerse durante los grandes calores del estío, i las selvas mismas, que demoran a la distancia, a pesar de su inmensidad, semejan a lo mas manchones de algas flotando en aquel océano de colores, trasparente como una esmeralda, e igual a la cúpula de cielo que lo cobija.

Pero no solo faltan allí las palmas, sino que faltan tambien los bohíos i el humo de las tribus errantes: no puede darse en la tierra mayor soledad.

En la Sahara, suele a veces encontrarse estampada en la arena la huella del corcel del beduino, la pata del avestruz o el esqueleto de una caravana entera; en los Llanos no quedan vestijios del paso de nadie. Su suelo es como el aire: nada lo turba, nada lo señala. El huracan mismo cuando pasa i lo azota con sus alas como el águila azota las nubes que enjendran el rayo, no hace mas que rizarle lijeramente su vello de paja, largo, amarillento i dócil como la mies.

En vano seria buscar por allí una vereda, un rancho, un plantío, o

algo que revelase la presencia del hombre culto o del hombre salvaje: todo allí es desierto, pleno desierto.

. . . . . .

Caballos cimarrones, de piel lustrosa i fina como la de los corzos, i de largo callo, paciendo en manada o cruzando veloces como tropa que huye, preséntanse aquí i allí estremeciendo la sabana con el ruido de sus pisadas o llamándola a la vida con sus relinchos. De cuando en cuando, dos potros, blanco el uno i el otro negro, para mayor contraste, levantada la enorme cola, erizada la crin, la oreja tendida sobre el cuello, contraido el labio, listo el diente i golpeante el cuarto vigoroso, dispútanse la hembra o la dehesa. Alzados sobre sus patas traseras como dos grandes i fuertes osos, abrázanse i luchan. La sangre corre de sus pechos espumosos i temblantes, su ojo chispea, su garganta bufa i cada arremetida quebranta su cerviz, esparce sus cerdas en pedazos o lastima sus ancas.

En ocasiones no es el caballo el que lucha con el caballo, es el lobo agavillado el que rodea a éste i le presenta liza desigual. Dos están ya apoderados de sus patas i trituran el hueso de sus canillas con la pua de sus dientes; otros dos acechan sus manos ajitadas en lo alto i repartidoras de una muerte cierta; un quinto espía el momento de sacarle el corazon de una tarascada. El noble i valiente animal sucumbe al fin, su enemigo es pérfido i mayor en número; la resistencia es heróica, pero el sacrificio es seguro. Un gran ruido pone término a la reyerta, i lo produce el cuerpo ensangrentado i palpitante del bruto que cae.

El festin es mas corto que el combate, porque un enjambre asesino se precipita sobre el cadáver de la víctima i da remate hasta a sus huesos.

Pero no solo hai allí lobos i caballos; no, el desierto es tambien rico en animales. Repetidas manadas de marranos de monte, alimento de los tigres i de los leones, lo visten por todas partes como otros tantos rebaños; hai chigüires en los esteros, gran número de aves acuáticas, venados por montones, i cachicamos, que viven entre los pajonales i en las cuevas. Empero todo está allí cubierto por la vejetacion, i todo tiene la fisonomía del desierto hasta junto a las primeras faldas de la cordillera o hácia las orillas del Meta, donde empieza ya a oirse el mujido de los rediles i el canto melancólico de los pastores junto al fuego i a las puertas de su cabaña.

Hai puntos dominantes en que las aguas estancadas o los pajonales han cedido su lugar a los piñales silvestres, los que no solo se estienden por leguas enteras, sino que embalsaman tambien el aire con sus aromas.

Las *matas* son en los Llanos lo que los oásis en los desiertos del viejo mundo; esto es, sotos de árboles altísimos revestidos de verde follaje, o agrupamientos de palmeras enormes i cubiertas de frutas, donde reinan las brisas, chillan las aves i brota de alguna roca el agua fresca i limpia como el cristal. Allí llega el viajero abrumado por el bochorno, va a la fuente i refresca sus labios, devora en seguida su hambre, da respiro a su fatigado caballo o a su robusta mula, guinda su hamaca de los troncos de dos árboles opuestos, monta su rifle i lo pone al lado, enciende su cigarro i se tiende a descansar. Entónces no hai nada igual a la plenitud de su felicidad; él es el dueño i señor del mundo inmenso que tiene delante de los ojos; le falta la corona i el cetro, pero es rei, es soberano. Las serpientes se arrastran a sus piés, i el leon se aleja i le

entrega el campo; el ave lo entretiene con sus trinos i las dríadas le envían para refrescarlo, soplo de aromas i hálitos esquisitos.

La sabana es entónces un horno, i para no morir de calor es preciso buscar la sombra de los bosques o meterse dentro del agua; el termómetro marca al amanecer 30° por lo ménos, i 60° a las doce. La noche misma no es por lo comun suficientemente larga ni fresca para enfriar aquella atmósfera de fuego. Aquí como en África no se conoce el rocío, i bastaria una chispa para poner en combustion todo aquel horizonte abrasado.

Soplos ignívomos i desconocidos, como respiraciones de volcanes ocultos, atraviesan de cuando en cuando el vacío i retuestan la vejetacion: son los vientos que vienen de las dilatadas sabanas de Cumaná, Barcelona, Carácas, Apure i Arauca, i que pasan sobre el Llano como el vahear de la hoguera. Todo es entónces uniforme en aquellos parajes, todo imponente; i todo está triste, todo inmóbil. El éter i las reverberaciones solares empiezan desde el mismo suelo.

No flota una nube en los aires, no se dibuja un arrebol en los cielos; éstos están siempre limpios i puros como el seno de una vírjen.

Las partes bajas del Llano, que por su inmensidad i la accion del calor están en constante i copiosa evaporacion, presentan el aspecto de lagos de plata, que huyen delante del viajero, i que, no siendo mas que una ilusion óptica, brillan, se ajitan i mecen como una encantadora falsedad.

Cuatro años de constantes trabajos i cuidados necesita el hombre en estos parajes bravíos para *cautivar* una sabana cualquiera; un hato no se establece en ménos tiempo, i eso perdiendo un cincuenta por ciento en las cabezas fundadoras. El pasto es tan fuerte al principio que mata las bestias.

Las sabanas que no están *cautivadas* se llaman *crudas*.

Esta parte admirable del mundo americano, lecho tal vez de algun océano en tiempos antiquísimos, tiene tambien su peste terrible, su cólera morbo como las rejiones asiáticas. Qué causa produce este efecto terrible? Segun los habitantes del Llano, el mal proviene de la florescencia de la guadua, hecho que tiene lugar cada siete años. Los muchos rios de esta rejion, que en varias partes no tienen cauce fijo por lo plano del terreno, fecundizan la tierra por donde quiera que pasan i hacen brotar por miríadas esta gramínea colosal. Vienen luego los vientos reinantes, i desprenden de aquellas corolas de muerte esos miasmas pestilenciales i desconocidos que llevan el estrago consigo. Víciase la atmósfera; destrúyense o diézmanse los poblados, perecen los hatos, no hai hombre ni animal seguro; el hálito emponzoñado se pasea por todas partes hiriendo aquí los caballos, allí las toradas, mas allá los chigüires, los venados, las vabas, los caimanes; perecen los leones, los tigres i las dantas en el seno de los bosques; sécanse los cañaverales i su descomposicion produce grandes cantidades de ácido carbónico, tan nocivo a la vida animal; el calor i la humedad corrompen en breve tanto cadáver estraño; empiezan las lluvias; faltan las comunicaciones i los víveres, i nada hai activo allí mas que la muerte. Solo ella se ajita, solo ella anda; solo ella vive en fin, por decirlo así!

A fines de marzo algunas sombras visitan el cielo, la rejion austral aparece iluminada por varias esplosiones eléctricas, soplan las brisas por horas enteras, retumba el trueno sordo i lejano, i los ganados todos se

ponen en movimiento hácia las partes altas. Es el invierno que empieza a desplegar sus alas acuosas i jélidas.

El dia mas brillante es turbado de repente por una oscuridad siniestra; ciérrase el horizonte, crece el calor i la primera tempestad lo encharca todo. Despues de la tempestad viene el diluvio.

Los rios, los caños i los esteros salen de madre, chorrean agua los árboles, filtran las gramíneas; el Orinoco, hinchado como un mar en borrasca, devuelve todos sus tributarios, i bien presto se cubre la tierra de aguas desbandadas que se precipitan por todas partes buscando una salida. El charco de ayer es hoi un lago; el lago un océano. De los bosques no se divisa mas que la copa; la palmera tiene todo su tronco sumerjido; la garza i la gaviota vuelan i revuelan i no encuentran dónde pararse; se oyen ruidos subterráneos i temibles formados por las aguas que crecen. De éstas unas van, otras vienen; unas se descuelgan, otras hierven, formando todas un verdadero dédalo de horror.

Un mes despues los Llanos son un completo mar; mar donde flota uno que otro banco o médano, a distancias enormes, refujio incómodo de los ganados i de los llaneros, i donde es comun para todos el calor, la escasez i la plaga; mar, en fin, sin ondas ni ruido, mar sin tempestades, mar tranquilo, mar cuyas islas son de follaje i de flores; pero levantado por la mano de la naturaleza sobre montones de cadáveres.

Sinembargo, cosa increible i aterradora a un mismo tiempo! Esta vorájine, este diluvio, este cristal líquido i amenazante que se lo traga todo, suspende raras veces la marcha del llanero. Él nació junto a él o sobre él, i sabe dominarlo. Escojiendo la línea de los bancos, él monta en su caballo i emprende el viaje. Cuando el agua no pasa de la cincha, él se mantiene caballero; cuando pasa de allí, hala su bestia para ayudarla, i náda con la silla en el cuello. Trescientos o cuatrocientos metros de estension son nada para aquel nauta diluviano!

La noche la pasa en los médanos, i el dia en las aguas hasta rendir su jornada.

No se diria que es un hombre que camina, sino un monstruo que viaja.....

Hemos hablado de los Llanos físicos, hablemos ahora de los Llanos históricos. Una vez conocido el teatro continuaremos nuestra interrumpida escena.

No basta a veces conocer la faz de una cosa, es necesario saber sus hechos, entrar en su interior.

El primero que descubrió los Llanos fué Diego Ordaz, intrépido esplorador que subió el Orinoco hasta la boca del Meta en 1531.

El maestre de campo Alonso de Herrera repitió esta espedicion cuatro años despues, i habria llegado ántes que Quesada al pais de los chibchas, si una flecha envenenada no le quita la vida en la mitad de su camino.

El aleman Jorje Spira vagó por ellos cinco años continuos, i Fedreman, su ingrato auxiliar, tres, pasando al fin los Ándes orientales por su parte mas ancha para venir al célebre encuentro llamado de los tres conquistadores.

En 1541 una espedicion procedente de Coro i al mando de Felipe de Urre, buscador temerario del *Dorado*, atravesó estos parajes hasta dar con las huellas de Hernan Pérez, hermano del conquistador Quesada, quien andaba tambien perdido por allí en prosecucion del mismo intento.

En 1569 Quesada en persona, al frente de trescientos hombres escojidos, algunas mujeres i mil quinientos indios auxiliares, vino a los Llanos deslumbrado con el mismo objeto. Tres años duró su peregrinacion atrevida, quedando su ejército reducido a solo veinticinco hombres!

Antonio Berrío vino tambien a los mismos lugares por ahí en 1591.

El Dorado empero no parecia por ninguna parte, ni ha parecido hasta ahora; era como una luz que huia siempre delante de sus perseguidores. Mas en cambio sus buscadores tropezaban siempre con una tumba cierta.

El descrédito de la empresa trajo despues ciento sesenta i seis años de reposo. Nadie volvió a pensar en aquel pais de oro macizo que no se dejaba asir por ningun lado. Tras las fábulas vinieron las necesidades de la ciencia, i en 1757 una comision científica, a cargo de don José Solano, remontó el Orinoco, i pasando al Meta, el cual navegó por diez i ocho dias, vino hasta Bogotá durante el gobierno del virei don José Solis Folch de Cardona.

Hasta aquí los conquistadores solo habian cruzado los Llanos como simples aves de rapiña, sin mas idea que el botin, ni otras armas que el mosquete i la espada; ni habian fundado mas ciudades que Santiago de las Atalayas i San Fernando de Atabapo. Detras de ellos habia otros espedicionarios mas eficaces; la Cruz habia sustituido a la espada, i el Evanjelio a los reniegos del soldado.

Eran estos espedicionarios los misioneros jesuitas, el Dorado de los cuales era la propagacion de la fe cristiana, i quienes habian venido a establecerse a estas soledades por órden de Felipe II.

Para 1628 tenian los jesuitas fundadas las doctrinas de Chita, Támara i Morcote, a la cual pertenecian Casanare i Tame.

Ciento treinta i nueve años despues fueron los jesuitas espulsados a la misma hora i en el mismo dia, de todos los dominios españoles, i espulsados hasta de los desiertos; marcháronse, pues, de los Llanos, pero las señales de su paso quedaron marcadas allí por la fundacion de 16 pueblos i la reduccion de las tribus salvajes siguientes: *sálibas*, *airicos*, *achaguas*, *chucunes*, *guaibos*, *chiricos*, *betoyes*, *támaras*, *tunebos*, *&c.*

Adelantos tanjibles que no habian costado sangre ni cadáveres, productos del mandamiento apostólico i no del mandamiento conquistador.

Los grandes capitanes cubiertos de acero bruñido que habian atravesado los Llanos en todas direcciones, solo habian logrado desengaños i penalidades; en una palabra, el soldado habia sido impotente, i el sacerdote poderoso i feliz.

Ahora, si hoi mismo no se pueden recorrer aquellas vastas sabanas sin los peligros del clima, los caminos i las tribus salvajes ¿cuánto mayores no serian aquellos peligros en la época en que las asociaciones relijiosas, sin mas ayuda que su palabra ni otra arma que la cruz, acometieron la ardua empresa de lanzarse en medio de aquellos desiertos cuajados de enfermedades, privaciones i enemigos feroces? ¿Cuál no seria su celo i su fe evanjélica al ir a hablar por primera vez a aquellos salvajes sin nociones de Dios, sin culto, sin ídolos i sin mas templos que las grutas i las montañas, de una doctrina tan elocuente como la del cristianismo, que toca a un tiempo el espíritu i el corazon?

FELIPE PÉREZ.

UNA VISITA.

—Beso sus piés, mi señora.
—Servir a usted, caballero.
Siéntese usted.—Muchas gracias.
—Parece que está molesto,
Tome el sofá.—No, señora,
Estoi bien aquí; aprecio.
—Es que el taburete suele
Ser mui incómodo asiento.
—No, señora, yo estoi bien
Donde quiera que me siento.
No tiene usted novedad?
—No, señor, gracias.—Celebro;
I el señor don Luis?—Salió
A la calle há poco tiempo,
Sin novedad.—I el chiquito?
—Gracias, señor, está bueno.
Es tan gracioso! si viera....!
Tan lindo que es un portento!
Josefa, trae a Lisandro
A que le hable a don Anselmo.
(I no responde) Josefa!
Josefa! (Si se habrá muerto!)
Pues ve usted? Si las criadas
Solo sirven de tormento....
—Si, señora, i es difícil
Encontrar una entre ciento.
—Permítame usted, señor,
Que dentro de poco vuelvo.
Quizá será que Lisandro
Todavía se halle durmiendo.
—No vaya usted, mi señora,
A despertarle.—Yo creo
Que está en el jardin jugando.
Le traigo en este momento.

—Dispense usted que le haya
Dejado solo.—Yo siento
Haber a usted molestado....
—No es molestia, don Anselmo,
Aquí le traigo a Lisandro
Para que vea su despejo.
Jesus! qué ropa tan sucia!
Parece sepulturero!
Venga le ato la camisa
Que tiene suelto ese cuello;
No le paran los botones,
Pues los arranca al momento.
Nada le dura....es preciso
Hacerle ropa de cuero.
Arrímese, Lisandrito,
¿No saluda al caballero!
No sea tonto...—Venga acá...
No me saluda....?—No *quero*.
—Ja, ja, ja, ja, qué gracioso!
Mírele usted....no es mui bello?
—Sí, señora, i no desmiente
Que usted le llevó en su seno.
Lisandro, no me conoce?
Venga acá.—Qué majadero!
No le doi una cosita
Si no le habla a don Anselmo.
Si usted le viera, señor,
Cuando está solo; qué juegos!
Qué gracias dice! ¡no cesa
De hablar i decir portentos!
Le viera usted remedar
A cuantos pasan: al perro
Lo imita tanto....Lisandro,
Cómo hace Turco?...?—No *quero*.
—Así se dice a mamá?
Qué dirá este caballero!
Que es bobo; no, pero el niño
Sí me obedece; no es cierto?
Remede a Turco, mi hijito,
I esta tarde va a paseo.
Cómo hace? a ver?—Gua, gua, gua.
—Qué bien lo hace! déme un beso.
La fábula diga ahora,
Que se aprendió en Samaniegó.
—I sabe leer el chiquito?
—No, señor, ya va aprendiendo
Con una facilidad....
Casi todo el alfabeto
Lo sabe, i apénas hace
Unos seis meses i medio
Que empezó a aprender, pues tiene
Un admirable talento.
—Sí, señora, i lo demuestra
Lo que ha aprendido tan presto.
—Sí, señor, para su edad
Son seis meses poco tiempo....
—I qué edad tiene?—Nueve años
Ha de cumplir en febrero,
I así tan niño se aprende
Cualquier cosa en un momento.
Diga, pues, la fabulita;
Deje el gato; estese quieto.
A ver! con formalidad;
Lisandro, no sea travieso.
La de la Zorra i el Busto,
Que estudió con tanto empeño.
—La Zorra le dijo al Busto
Cuando lo olió...—Bueno! bueno!
Siga...a ver?... ya no se acuerda?

—Bonito pero sin seso.
—Mui bien; mui bien; Lisandrito
Déme un abrazo, mi cielo.
¿No dijo con mucha gracia
La fábula, don Anselmo?
—Sí, mi señora, mui bien;
Habla con mucho despejo.
—I hasta oido de poeta
Va sacando el bribonzuelo!
—Sí, señora, pues recita
Con mucha gracia los versos.
—Si esto es una maravilla;
No es cierto, mi hijo? no es cierto
Que en usted tengo un tesoro?
No es cierto que vale un reino?
Don Anselmo, le aseguro
Que saben en estos tiempos
Tantas cosas los muchachos
Que se hace dudoso creerlo;
Por esta razon yo juzgo
Que aprendidos nacen.—Cierto!
Dice usted mui bien, i sabe
Mas un muchacho que un viejo.
Mi señora, hasta otra rato.
—Porqué tan pronto? yo espero
Que no se vuelva a perder
Otra vez por tanto tiempo.
—Sí, señora, i mas despacio
Volveré....Mucho celebro
Que se halle sin novedad.
—Hasta despues, don Anselmo.

I así salió renegando
Este pobre caballero,
Harto ya de necedades
De la mamá i del chicuelo.
Al verse libre en la calle
Alzó las manos al cielo,
Dándole gracias a Dios
Que en libertad le habia puesto.
Pero lleno de basura
I ajado vió su sombrero;
Se halló con baston sin borlas,
I con un guante de ménos;
Chorreados los pantalones,
Sucios casaca i chaleco,
I hasta entónces conoció
De Lisandrito el portento.

GREGORIO GUTIÉRREZ GONZÁLEZ.

LA TIERRA CALIENTE.

AL SEÑOR DOCTOR MANUEL POMBO. Flándes, setiembre 15 de 1858.

Mi querido amigo: ¡conque usted, que deberia esperarme en el Magdalena, cuando yo vengo regresa para Bogotá; usted a quien creia un esparciata sufrido i resignado, al encontrarse en frente de los zancudos i del tasajo calentano se ha fugado precipitadamente a buscar la ópera, el fresco i la jugosa carne sabanera! No le encuentro vocacion para descubrir continentes, ni para llevar vida de ermitaño viejo. ¿Si será usted de esos filósofos estóicos, cuya abnegacion se parece a la del raton de la fábula, que dejó el mundo i sus engaños para meterse entre un queso? Yo no hago caso del calor, he descubierto que el sol es un sofisma, me rio de los mosquitos, de las garrapatas, de los zancudos i demas bestias (estilo frances) que pueblan estas bellas comarcas; i, como un verdadero *gentleman*, voi a enriquecer las ciencias naturales recojiendo escamas de culebras i coleccionando zancudos. Estoi siguiéndole la pista a un lagarto rojo, i casi lo he descubierto. Usted con un

poco mas de resignacion habria participado de estas glorias, pero por amigo de las comodidades i de la tierra fria lo declaro indigno de la inmortalidad. Su ausencia me ha privado de un insigne colaborador en mis tareas de naturalista, defraudándome al mismo tiempo de la grata compañía i de la conversacion llena de travesura i de aticismo de uno de los mas altos representantes de espíritu bogotano.

Comenzaré a castigarlo escribiéndole esta carta, en la cual derramaré en el papel, sin órden ni concierto, todo lo que se me ocurra; i por desgracia suya probablemente se me ocurrirán muchas cosas.

Salí de Bogotá, en compañía de varios amigos el dia....no me acuerdo: con el almanaque no cultivo relaciones de ninguna clase. ¡Qué importan las fechas a los bohemios como yo, que vivimos de hoi para mañana como los pájaros errantes atenidos a la munificencia de Dios, i que no tenemos arrendamientos de casas que percibir al fin del mes, ni cupones que cortar! El calendario no sirve sino para saber uno el dia en que nació, cosa por cierto mui poco importante, cuándo tuvo sarampion, o lo pusieron en la cárcel, o perdió su fortuna, o lo engañó un amigo o fué burlado por una mujer! ¿Qué objeto nos traia de Bogotá a las tierras calientes? Sospecho que ninguno, sino el de variar de clima, de relaciones, de alimentos i de horizonte. El primero a quien se le ocurrió decir que en la variedad i los contrastes está el placer, por cierto que no era un majadero. Fatiga i descanso, movimiento i pereza, calor i frescura, pobreza i abundancia, tempestades i calma son los ingredientes con que debe condimentarse, para que tenga algun sabor, este manjar agridulce que se llama vida. Gastamos de Bogotá a Tocaima siete dias: no quisimos marchar mas ni ménos aprisa que todas las cosas del pais. Trajimos un almofrej con hamacas i ropa, i por toda provision, siguiendo las provechosas tradiciones del jeneral Maza, una carga con líquidos. Los buenos bebedores de Antioquia profesan el principio de que viajando debe beberse al dia en setenta i nueve partes, salvo las repeticiones en los casos fortúitos que puedan ocurrir. Nosotros nos acercamos un poco, aunque nunca llegamos a practicar rigurosamente esta sana doctrina. En todas las ventas surtidas que encontrábamos hacíamos alto hasta concluir con las provisiones de la despensa i las aves del corral. Miéntras estaba la comida o el almuerzo, como nos encontró usted en Apulo, colgábamos las hamacas, poníamos cerca de ellas al alcance de la mano, vino, brandi, cigarros; fumábamos, conversábamos, bebíamos i, a falta de otra cosa mejor, nos resignábamos con nuestra suerte. Le recomiendo esta manera de viajar.

A propósito del Apulo, creo que a usted le habrá causado como a mí indignacion el ver el hermoso puente construido hace pocos años, en vísperas de caerse por no gastar unos pocos reales que costaria componerle algunas averías. I causa muchísima estrañeza que ricos e intelijentes propietarios, que tanto necesitan ese puente para el tráfico de sus haciendas, esperen que las autoridades, de suyo indiferentes i dormilonas, pongan remedio, pudiendo ellos cotizarse i a costa de un pequeño sacrificio componer rápidamente los daños, so pena de que ántes de poco tiempo esté el puente destruido.

El Bogotá, como esos hombres cuya juventud es serena i la virilidad i la vejez tormentosas, se arrastra por las sabanas en la primera parte de su curso fangoso i enervado, sin murmullo i sin espuma; pero al lle-

gar a la cordillera, como avergonzado de aquella inaccion, de aquel silencio, tórnase espumoso i rujiente, i en alas del vértigo salta a los abismos formando esa catarata de Tequendama, de pavorosa i eterna belleza, i hasta morir en el Magdalena sigue ajitado i turbulento. Este rio no arrastra arenas de oro como el Tajo i el Pactolo, no es clásico como el Escamandro i el Eurótas, ni como el Nilo arroja periódicamente limo fecundante sobre arenales abrasados; pero para tener una pájina brillante en la jeografía i en las descripciones bástale su espléndida catarata.

Ademas recorre en todo su curso los terrenos mas fértiles i productivos que hai tal vez en la República. Las sabanas no necesitan apolojía: con dificultad se encontrará en América otro globo de tierra de tan gruesa capa vejetal i de una fertilidad tan fecunda e inagotable. I para producciones de otro jénero las comarcas calientes que atraviesa tambien son magníficas. En el distrito de la Mesa, cerca de sus orillas, existen plantíos de caña que tienen cerca de un siglo, i todavía no está agotada su primera fecundidad. Mas abajo sus terrenos ribereños contienen inmensos cebaderos, i tienen para estas especulaciones un mérito incuestionable. En todas las márjenes del Bogotá, hasta su confluencia con el Magdalena, existen establecimientos de caña i potreros de ceba que valen millones. De pocos años para acá se ha creado esta gran riqueza.

Tocaima, situada en una meseta ardiente, pero seca i salutífera, con escelentes baños, medicinal el de Catarnica, fresco i delicioso el del Bogotá; cruzada por caminos por donde transitan grandes intereses, i rodeada de productivos i valiosos establecimientos, parece que deberia ser indudablemente un pueblo de alguna importancia. Sinembargo vejeta pobre i despoblado, i el viajero esperimenta un sentimiento repulsivo al atravesar sus calles solitarias. No pude encontrar quien me esplicara las causas de su prosperidad durante el vireinato. La riqueza i el comercio afluirian seguramente allí por alguno de esos medios artificiales que estilaba el despotismo español. Hoi tiene reputacion de ser el pueblo ménos hospitalario de la República; i a los pobres leprosos, que van a buscar alivio en su buen clima i benéficos baños, parece que los tratan con una hostilidad tan injustificable como inhumana, pues la esperiencia ha probado hasta la saciedad que esa enfermedad no es contajiosa.

Desde Moises hasta nuestros dias la elefancia ha atravesado todas las jeneraciones como una maldicion implacable. En la edad média la caballería, que peleaba por los débiles i por el honor i la belleza de las damas, dirijió tambien una mirada simpática sobre los pobres leprosos. Con el objeto de protejerlos se fundó la órden de San Lázaro, en la cual debia ser lazarino el gran maestre, para acordarles una proteccion mas decidida i filantrópica. En la iglesia encontraron tambien auxilios i consuelos, la cual, para librarlos del odio de pueblos egoistas, los puso bajo su poderosa salvaguardia. Andando los tiempos parece que la sensibilidad de la iglesia se ha ido embotando, i no sé que en Nueva Granada intente algo en favor de esos infelices.

Por cualquiera parte que uno ande en estas tierras ardientes encontrará a los señores Latorre moviendo grandes masas de ganado, haciendo derribar montes, construyendo puentes, fundando haciendas. Ellos han formado casi todos los establecimientos importantes que hai en estos

distritos: es una familia de titanes. Como hombres de industria i trabajo merecen una mencion honrosa. Pocos individuos en la República han llevado al cabo tantas cosas como el señor Evaristo Latorre. Ha manejado casi todas las haciendas de la sabana, construyó el importantísimo camino de Occidente, en el cual si ganó plata era mui justo, pues nadie trabaja para el Obispo; ha establecido la vasta introduccion de ganado llanero que existe hoi; ha construido un puente utilísimo sobre el rio Bogotá, i ha formado no sé cuántas haciendas, dando pan i salarios a muchísima jente i aumentando considerablemente la riqueza pública. Ojalá hubiera muchos hombres en el pais como él, de tanta iniciativa i enerjía.

En Tocaima disolvimos el capítulo, i frailes i monaguillos tomamos rutas diferentes. Separéme con pesar de mis buenos amigos i compañeros de viaje, i al trote largo de una mula me dirijí a la hacienda de su compadre i mi amigo Salvador Camacho Roldan, conocida con el nombre clásico de Útica.

Es de un agrado imponderable viajar por la mañana en tierra caliente al traves de los bosques. Habrá usted reparado que en las selvas de tierra fria reina por lo regular lóbrego silencio, i si algun pájaro se atreve a interrumpirlo es exhalando notas melancólicas, las cuales mas bien que canto parecen un lamento. En los valles ardientes el canto de las aves, sonoro i armonioso, saluda la aurora con *allegros* prolongados que espresan la felicidad i la vida. Loros innumerables se entregan a la mas ruidosa vocinglería; i las ardillas, los micos i los monos saltan alegres por las ramas de los árboles. Recréase la vista contemplando el plumaje vistoso de los loros i guacamayas, i los variados matices de la gran familia de los toches, de los cardenales encendidos i de los azulejos color de cielo. Por todas partes se oyen ruidos estraños, se aspiran perfumes desconocidos. La salida del sol se solemniza en los valles calientes con la música mas variada, con la fiesta mas espléndida.

El terreno en todo este camino de la Mesa para acá, sólido i compacto, compuesto en gran parte de cascajo i arena, se presta admirablemente para un camino carretero. Del Magdalena hasta Tocaima han pasado ya carros pesadamente cargados. Este camino cambiaria como por ensalmo la faz del alto Magdalena, daria salida en grande escala a los frutos de la sabana, ocupacion ventajosa en esta tierra a los capitalistas de Bogotá, que hoi no saben qué hacer con su dinero, atrayéndolos la facilidad de las comunicaciones i lo cómodo del viaje, fomentaria tráfico, fraternidad i relaciones provechosas entre los pueblos de las cordilleras i de los valles, i daria rápido vuelo a la industria, la civilizacion i el bienestar de estas bellas comarcas. El sol, que es un espantajo para los delicados sibaritas de Bogotá, no los molestaria pudiendo venir en coche soplándose con abanicos. En estas planicies el aire no está impregnado de esas emanaciones pútridas con que la exuberante naturaleza vejetal, en eterna fermentacion, mata al hombre en el bajo Magdalena. Como el terreno jeneralmente es seco i el aire puro, los ricos podrian sin peligro inspeccionar sus empresas i traer sus familias por temporadas construyendo casas cómodas i cármenes arbolados i risueños. Tengo profunda fe en el porvenir de estas comarcas. Sobre las ventajas económicas del camino como especulacion, considerándolo por todas sus faces, pensaba escribir un artículo serio, pero siendo cuestion de núme-

ros i de cálculos, dejo esta tarea a la pluma mas competente de nuestro amigo Camacho Roldan.

Su compadre me recibió con la cordialidad mas afectuosa. Al hombre serio de los cuadros i del boletin, al rei de los números, lo encontré con un buen humor inagotable. Intelijencia elevada, carácter lleno de entereza, corazon apasionado i entusiasta, en el cual el uso del mundo no ha marchitado las creencias jenerosas de la juventud, trato sencillo, pero lleno de distincion, todas estas cualidades i otras muchas hacen de Salvador Camacho Roldan uno de los hombres mas notables, queridos i respetados del pais. Es tal la confianza que inspira la franqueza i lealtad de su carácter, que hasta sus adversarios políticos lo han tratado siempre con respeto i consideraciones. Él ha probado que el entusiasmo i la imajinacion no escluyen las cualidades prácticas del hombre de negocios ni las dotes del financista. Un dia de estos hemos de escribir en colaboracion un retrato concienzudo de este bello carácter.

Pasamos algunos dias juntos bañándonos en el Bogotá, que conserva la frescura de sus aguas hasta perderse en el Magdalena, leyendo a Balzac i a Teófilo Gautier, comiendo como unos ogros i cultivando en hamacas la pereza como verdaderos calentanos. El que inventó la hamaca sabia dónde le apretaba el zapato. Apelo a su erudicion para que me diga cuándo, cómo i por quién fué hecho este importante descubrimiento. Sospecho sea orijinario de América, pues en el Oriente, donde se han descubierto o inventado el café, la nuez moscada, las pipas, los perfumes, los harem i muchas cosas buenas, no dicen nada de la hamaca. La idea de esta blanda cama sin duda se le ocurrió a alguno de los aborijenes americanos, rollizo i perezoso. Debe erijírsele una estatua en las tierras calientes con esta inscripcion: "Al egrejio Creador de la Hamaca, los Calentanos refrescados i agradecidos."

Aceptando el amistoso convite que me habia hecho el señor Fernando Nieto, de Útica me dirijí a Peñalisa. En el tránsito se encuentran magníficos terrenos casi incultos, esperando capitales i brazos para producir ricos i abundantes frutos. Las pocas habitaciones que se hallan en el camino da grima verlas. Si usted al medio dia se acerca a una de ellas a encender un cigarro, encontrará poco mas o ménos el espectáculo siguiente. El dueño, con camisa de listado sin abotonar, calzoncillos de lienzo i pañuelo de algodon amarrado en la cabeza, arroja, medio dormido, bocanadas de humo meciéndose en una hamaca de cabuya. Su mujer, o sea lo que fuere, con saya de fula i camisa de lienzo o de zaraza, dejando al aire los exiguos pechos, pela plátanos o desgrana maiz cerca del fogon. No mui léjos está rascándose con entusiasmo un perro sarnoso. Los chicos desgreñados i sucios duermen bañados por el sol bajo el alar de la choza. En el patio descansan voluptuosamente en un pantano algunos cerdos canonicales. Cerca de unas matas de penca o a la sombra de un naranjillo o caracolí sestean unas cuantas cabras, en medio de las cuales descuella con el pelo erizado, las barbas prolongadas, luengos los cuernos i la mirada licenciosa el cabro sultan. Allí no hai árboles frutales, ni enredaderas, ni huerta, ni flores; aseo i comodidades ni por pienso: nada se encuentra que revele la fuerza i el trabajo del hombre ni la gracia de la mujer. Presenciando el embrutecimiento de esas jentes siente uno apesarado el corazon. ¿Cómo levantarlas de postracion semejante? Llevando a esas comarcas industria i movimiento

que hagan brotar la riqueza i con ella el bienestar, que tanto mejora al hombre física i moralmente; fundando escuelas que lleven a esas almas lóbregas algunos rayos de luz, i sobre todo, encomendando a sacerdotes de vida pura i de corazon cristiano, que inspiren a esos insignes quietistas hábitos de moralidad i dilijencia.

Hace seis años que estuve en Peñalisa i entónces no habia allí sino unas casas pijizas i potreros principiados. De entónces para acá el señor Fernando Nieto, que es otro de los titanes de la industria, ha metamorfoseado aquello, creando pastales enormes, construyendo la mejor factoría que hai en el Magdalena i una casa magnífica. Allí se encuentran buenos sofás, espejos, libros, camas de bronce, bodega bien provista, buena mesa, confortables de toda clase. El señor Nieto i sus hijos me recibieron con las mas esquisitas atenciones. I la sorpresa es tanto mas agradable, cuanto que en las haciendas del Alto Magdalena, inclusas las de Neiva, con rarísimas escepciones, las jentes viven como perros. Capitalistas fuertes conocemos que solo tienen en su casa una hamaca i algunas sillas desvencijadas; jamas salen del aguardiente de anis como bebida i del sancocho como alimento. ¿Para qué querrán la plata esos pobres diablos?

Esta hacienda, situada entre el Bogotá, el Fusagasugá i el Magdalena, tiene algunas leguas de estension, grandes lomas con pastos naturales, valles húmedos mui fértiles i terrenos secos donde pueden producirse en grande escala todos los frutos de la zona tórrida. Está cruzada por caminos para Neiva, Bogotá i el bajo Magdalena; tiene varios pueblos circunvecinos i brazos abundantes. Creo que en los años buenos produce diez mil arrobas de tabaco por término medio, pues en este, que ha sido la cosecha tan mala en todo el Magdalena, se han cojido cerca de ocho mil, segun las cuentas que he visto yo. Con el tiempo puede doblarse i cuadruplicarse la produccion, pues solo una pequeña parte de las tierras está cultivada. Sobre todo, el Callejon, estenso valle escondido entre cerros, es de una fertilidad imponderable. Existe allí un lucrativo establecimiento de caña, potreros de guinea i pará, que se conservan siempre verdes, sombreados por bellísimas palmeras, donde crece el ganado mas grande que conozco en el pais. Brotan en aquellos terrenos fuentes sulfurosas, cuyas aguas pienso hacer analizar, bañándose en las cuales, los hérpes, la sarna i demas enfermedades cutáneas se curan rápidamente. En una palabra, la hacienda de Peñalisa, con su establecimiento de caña, sus grandes potreros de ceba, su produccion de tabaco i el desarrollo a que se presta para el porvenir, puede decirse que es la mas bella propiedad que hai en el alto Magdalena.

Estoi fatigado i determino dejar en el tintero otras muchas cosas con que deseaba atormentarlo, pues siento correr sangre corsa por mis venas i le he jurado lisa i llanamente la *vendetta*. Por ahora, en castigo de su desaguisado, espero que todas las pulgas de Bogotá se conspiren contra su sueño; que al salir de la casa, como a los griegos en sus dias nefastos, le estornude siempre una vieja al lado izquierdo, que las muchachas lindas no tengan para usted una sola sonrisa, que los pepitos lo persigan por todas partes, que cuando vaya a la ópera encuentre a Rosina acatarrada i que siempre le sirvan el café frio i el chocolate sin espuma.

Adios. Volveré a Bogotá cuando concluya mi coleccion de insectos i me ponga en el lagarto rojo. JUAN DE DIOS RESTREPO.

Al señor Juan de Dios Restrepo.

Mi querido amigo: Sobre el tema de la presente me dirijió usted una carta con que "El Tiempo" último obsequió a sus abonados. Escrita en el estilo de que Dios hizo a usted gracia, tan galano i tan flúido, i conteniendo en el fondo gran caudal de las finas i oportunas observaciones que singularizan su talento, nada tendria que replicarle si usted, de suyo bellaco, no la hubiese principiado formulándome cargos graves que debo rebatir, i si al concluirla se hubiese abstenido de ciertos anatemas que espeluznan al comun de las jentes. Afortunadamente no hirió usted a Aquíles en el talon, i si algo dificulta mi defensa es lo anchuroso del campo en que tengo que verificarla. Voi, pues, sobre usted, i embrace la adarga i afírmese en los estribos para aguantar la arremetida.

Empieza usted por estrañar que no le hubiese esperado en el Magdalena, cuando usted, recluta en achaques de tierra caliente, escabulló el bulto lindamente el dia en que se trató de que marchase a ella a la par i en competencia conmigo, veterano en el oficio. Hubo entónces todo aquello de los negocios críticos, la importuna jaqueca, los vueleos i compromisos del corazon; i el resultado fué que usted se quedó plantado en Bogotá, esperando la *Lucía* del domingo siguiente, haciendo la penitencia en mas de una mesa confortable, i repartiendo sus ratos perdidos entre las damas de los dulces ojos i los cachacos de la buena charla. No se puede negar que tiene usted irresistible embocadura para cenobita, i que es un compañero de encargo! Si usted se portase siempre como en esa ocasion, i si la sangre antioqueña, activa i emprendedora, no circulase por sus venas, tal camino lleva que no seria difícil llegase a revivir el tipo, casi perdido en la moderna Bogotá, de lo que ántes se llamaba el *santafereño raizal.* Por lo que pueda convenirle, i en atencion a que esa figura histórica pudiera haber escapado a sus miradas, distraidas de su propio individuo i fijas en otras de mas inmediata fecha, voi a diseñársela rápidamente.

Era aquel un hombre en cuya fisonomía halagadora i mansa, las ajitaciones de la juventud no habian trazado un solo pliegue; esencialmente rutinero i metódico, ni habia perdido la siesta de una sola tarde, ni omitido afeitarse un solo sábado, ni déjadose de mudar de limpio un solo domingo con la ropa puesta bajo la almohada desde la víspera. Quizá podria usted aislar su cabeza del sombrero, pero la capa de sus hombros.... nunca, ni el paráguas de sus manos, ni la cigarrera de piel i el pañuelo de algodon de los bolsillos de su chaqueta holgada. Era por lo regular o síndico de manos muertas, o empleado en diezmos o en alcabalas, i sus aspiraciones se limitaban al bienestar del dia presente i a la acumulacion lenta i sijilosa de un capital mas o ménos modesto con que fundaba una capellanía, cuando bajo su pabellon de macana, entre el físico i el confesor, exhalaba su postrer aliento. Pero el rasgo prominente del santafereño era la inmobilidad, el enraizamiento en la tierra donde habia nacido: un par de paseos a Yomasa o Chapinero cuando muchacho, un viaje a las fiestas de Funza cuando jóven, i la romería a Chiquinquirá, si el fervor relijioso le inspiraba mas tarde tamaños brios, formaban sus épocas heróicas i le suministraban materia para la conversacion de su vida entera.

Si por ventura intervenia caballo en alguna de estas escursiones,

la cuestion se complicaba gravísimamente i la familia entera tomaba cartas en ella. El animal se colocaba en pleno patio, donde hacia de las suyas con los retamos de las esquinas i las flores de las tazas; el peon que lo habia conducido i que estaba iniciado en los misterios del ensillar, era el único que lo manejaba, entre el corro de los chicos de la casa, que se perdian en comentarios pavorosos sobre los movimientos de los ojos i las orejas del bruto, síntomas inequívocos de que era pajarero i corcoveador. Las mujeres, entre tanto, habian buscado garantías en los corredores altos, i apostrofaban sin cesar a la jente menuda para que huyese de las patas i se pusiese fuera del alcance de los dientes de la fiera. El futuro centauro, objeto de las amonestaciones jenerales, asistia con mal finjida tranquilidad a tan varias escenas, i llegado el momento supremo, trepaba sobre la silla, repetia sus últimos encargos i al esprcsivo trote de su cabalgadura se echaba a la calle perseguido hasta doblar la esquina por las miradas de todos los suyos, apiñados los rapazuelos en la puerta, i en los balcones las damas.

Volvamos a las inculpaciones. Ni la paciencia de Job, ni la edad de Matusalem serian suficientes para esperar a usted aunque fuese en el mas delicioso punto de la tierra. Soberbia ancheta llevaria el buen prójimo que tal intentase, con un sujeto de las rarísimas prendas de usted, que carga almofrej i petacas, que sestea en todas las ventas desolando los gallineros i dejando limpias las despensas, que preconiza las setenta i nueve libaciones diarias exijidas por los profesores, deplorando no poder llevarlas a puro i debido efecto, i que, resumiendo su sistema de viajes, gasta siete dias mortales en las diez i ocho leguas de escelente camino que separan a Bogotá de Tocaima! Cómo se conoce que ni fué usted el que inventó el telégrafo, ni será el que resuelva el problema de la navegacion aérea! Me admiro ahora de que usted nos hubiese acompañado en aquella memorable ascension al Monserrate, en que, asociados al insigne naturalista Luis Bernal, descubrimos la lagarta (*lagarthus uxor* de Cuvier) que tenia cuatro cavidades en el corazon i que mantuvo en sesion permanente por veintiocho dias a una de las mas condecoradas sociedades de sabios británicos. I mas me admiro de la asidua e intelijente colaboracion que le debimos en el "Essai sur les lézards (du grec *sauros*) par une societé de savants," que casi casi nos hace ir a Prusia a presentar nuestros respetos al panejirista de nuestra obra, el célebre cuanto antiquísimo Baron de Humboldt....Si fuera usted siempre como en sus buenos ratos!

Me califica usted de prófugo de la tierra caliente, i esto merece un retazo sentimental....No sabe usted que en esos climas de cielo diáfano i luz reverberante corrieron los mejores años de mi juventud; pero corrieron como los arroyos limpios i murmuradores que el invierno cria i los rigores del verano secan i absorben luego. Cuando mi corazon ardia como el sol de esas tierras, cuando mi alma necesitaba un horizonte mas amplio que el que en ellas limitan las azules cumbres de las montañas remotas, busqué esos climas i les hice la ofrenda de cuanto tenia i esperaba. Allí donde todo vive i todo tiene movimiento i voz, la palma sacudida por las livianas brisas, las flores ajitadas por los errantes céfiros, el agua con sus corrientes, las aves con sus trinos; allí donde la naturaleza une sus innumerables conciertos i los eleva sin cesar al Dios omnipotente i eterno que tan magnífica la crió, i pregona al hombre amor i libertad,

allí apuré a gruesos tragos cuanto habia para mí de celestial deleite i de amargura suprema en la revuelta copa de la vida. Si el pasado pudiera dividirse, si fuera dado a la memoria recordar solo lo que la estimula i halaga, el paraiso de mis recuerdos habria quedado en la tierra caliente. ¿Puedo yo desertar de ella en busca del frio, que llevo a todas partes en el corazon?

Basta i quizá sobra de romanticismo: volvamos al paso llano. Hace usted alarde de no dar importancia al calor, i agrega que ha descubierto que el sol es un sofisma. Distingamos, amigo mio. Cuando los sibaritas como usted se tienden al amor de la hamaca i leen entre sueño i sueño las novelas del gran Balzac o los folletines delicados de Gautier, bien puede arderse Troya sin que les llegue el humazo; pero cuando los esparciatas como yo, bajo el palio del cielo donde el sol meridiado derrama a torrentes su luz abrasadora, tomamos voluntaria parte en las quemazones de rozas grandes como ciudades, entónces la carne débil se rebela i el espíritu necesita toda su enerjía para no darse por vencido. Ya quisiera ver a usted cruzando los interminables llanos de Neiva al trotecillo de una mula de alquiler, que parece no moverse de un solo punto, apagando el sol en las espaldas, respirando fuego, devorado por la sed i sin esperanza de sombra ni refrijerio. O, volviendo al antiguo réjimen, quisiera verlo subiendo el Magdalena durante mas de cuarenta dias, consignado a los bogas, i llevando vida comun con los caimanes del rio, los culebrones de la tierra i las nubes de mosquitos del aire; o remontando las corrientes marinas en una goleta paiteña, cargada de azúcar o de cueros, atravesar la línea equinoccial, i estenuado por el sudor, la abstinencia i el mareo, llegar a Guayaquil; olvidada la fecha en que habia salido de Buenaventura. En estos trances desearia oir filosofar a usted i verle complementando su galería de insectos, i no a las goteras de Bogotá, mimado por los amigos i alojado i servido como el Papa en Roma.

Menciona usted como accion distinguida de valor el no hacer caso de los mosquitos, de las garrapatas i de los zancudos. Hace usted mucho honor a esos pobres bichos, la grajea de los climas cálidos, en cuyo número es necesario que usted incluya el cafiff, el jejen, las chinches, chiribicos, pitos, cucarachas, i las belicosas abispas que poco há han obtenido en la India una victoria completa contra el jeneral inglés Sir Colin Campbell. Si usted dijese lo mismo de las culebras, las iguanas, las salamanquesas, los alacranes, los ciento-piés, las coyas, las rayas, los murciélagos, los sapos enormes, las arañas de largos colmillos, &c, &c, podríamos entrar en materia; i seria yo capaz de escribir un folleto sobre cada uno de esos animales que, a lo sumo, le habrán sido presentados a usted por pura etiqueta en sus esploraciones científicas, pero que conmigo tienen las relaciones de viejos camaradas. Está visto que usted no conoce a fondo sino los prolegómenos de la tierra caliente, pero que tiene disposiciones para engolfarse en los estudios trascendentales a que ella se presta, i en que tanto han avanzado los sabios desde Aristóteles i Plinio hasta los de nuestros dias. Lea usted las obras de todos ellos íntegras i muchas veces, i cuide de hacerlo en los idiomas orijinales para no perder ni una coma.

Viniendo a la erudicion que yo tenga para decirle quién fué el inventor perínclito de la nunca bien ponderada hamaca, por no negar a

usted las temporalidades que lo faculten para ponerme en tal aprieto, le confesaré que sobre este punto no nos podemos cobrar hechuras. La hamaca es esencialmente americana i de ello debemos enorgullecernos todos los dias. Cuando Colon descubrió el Nuevo Mundo, en que a usted i a mí nos ha tocado pasar nuestras crujidas, la hamaca era de uso jeneral entre los aborijenes de las islas i los de las costas de tierra firme: derivada de éstos todavía la conservan las tribus independientes del Darien. Debió de hallarla deliciosa el ilustre jenoves, i aun se puede presumir que encontrándola a propósito, por lo cómoda i sencilla, para la jente de mar, hizo que la adoptase la que le acompañaba, remontándose hasta allá el uso que de ella hoi se hace universalmente por los marineros. Apoya esta hipótesis la circunstancia de ser el *coi* como ellos la llaman, la imitacion del *chinchorro*, que es la jenuina aunque imperfecta hamaca americana. Le añadiré que las mejores hamacas que he visto son las tejidas en Corozal i Jipijapa; que la tierra en donde por escelencia imperan es en Guayaquil, i que no he podido esplicarme por qué son completamente desusadas en Cartajena. Para cerrar este asunto dignamente, recordaré a usted que el señor José Fernández Madrid pulsó su lira de oro en honor de la hamaca i le dedicó una de sus mas dulces i mas sabidas canciones.

Acepto gustoso la colaboracion que usted me propone para que tracemos el retrato concienzudo de nuestro amigo i compañero Salvador Camacho Roldan. Con él marché de Bogotá, i en Útica, esa hacienda que puede citarse como la prueba i el estímulo de lo que se alcanza con solo el trabajo perseverante, la conducta honrada i la bien entendida economía, me obsequió durante varios dias con la misma fineza que empleó para con usted. Cuando íbamos para el Magdalena con Camacho Roldan, nos detuvo en Tena i nos colmó de agasajos i favores nuestro antiguo catedrático el doctor Francisco Javier Zaldúa: séame permitido citar su nombre i tributar este pequeño homenaje de respeto al eminente jurista, al político de convicciones firmes, al ciudadano laborioso i útil, i al hombre que no prodiga el título de amigo, pero que cuando lo concede es con toda la firmeza de su alma i para todas las vicisitudes de la suerte.

Aniquilados los cargos que usted me formuló i atendidas las escitaciones que me hizo, réstame, para quedar dueño del campo, manifestar la eficacia que tienen sobre mi persona los anatemas fulminados por usted en cumplimiento de la *vendetta* que me ha jurado. Soi, para honra mia, popayanejo lejítimo, i no es dado, por consiguiente, a las friolentas pulgas bogotanas arrebatarme el sueño, sueño de la inocencia, profundo i acompasado como el del marido de mas quilates. Tente pluma!.... Las viejas todas reunidas en Congreso, las pasadas i las presentes, pueden estornudar, toser i bostezar al lado mio que elijan, sin que por esto haya novedad: otro gallo les cantara si se propasasen hasta el uso de los suspiros o la apelacion a la retórica.... pero hasta allá no se estiende el anatema de usted. Aquello de que las muchachas lindas no tengan para mí ni una sola sonrisa, ojalá usted lo cambiara por otra cosa; pero... aunque no lo cambie, he reflexionado ya que esto implica una prohibicion para ellas, i que Eva fué la que dió orijen al aforismo "la privacion es causa del apetito." En cuanto a la persecucion de los *pepitos*, la cosa es mas grave; pero eso seguramente lo hace usted para que partamos

utilidades, pues usted no debe estar en paz octaviana con ellos mediante cierto articulejo en que no les dejó ni cara en qué persignarse. Es usted tan malévolo que, por tal de que yo sufra en la ópera, consiente en que Rosina se acatarre i en privar al público entero del encanto con que esa artista inspirada lo sustrae del mundo de los sentidos, i como la maga de la fábula, lo trasporta a las rejiones olímpicas del idealismo i del jenio; pero no: a tanto no alcanzará el enojo de usted. En lo relativo al café frio i al chocolate sin espuma, me daré mis trazas para evitarlo, lo que no es difícil miéntras haya fuego en la hornilla i Chiquinquirá no cierre sus fábricas de molinillos.

En reciprocidad de sus gratúitos anatemas, yo me doi por satisfecho con poca cosa: que no tenga usted blanca, que todos los cigarros le salgan *jorros*, todas las botas le resulten de mampara i se le destaconen para honra i provecho de los callos, que le deseo donde mas le duelan.

Adios, Emiro: aunque usted anda por los bancos de Flándes dando rienda suelta a su imajinacion i yo me hallo apegado al positivismo i a la vida práctica de Bogotá, volverá usted algun dia i entónces arreglaremos cuentas.

Bogotá, octubre 4 de 1858. MANUEL POMBO.

SEÑOR DOCTOR MANUEL POMBO. Bogotá, octubre de 1858.

Mi querido amigo: me tiene usted aquí sano i salvo, de vuelta del Alto Magdalena, sin fiebre, ronchas, llagas, picaduras ni carate. Esas pobres tierras calientes son por los raizales atrozmente calumniadas. Imajinan que allá, a los rayos del sol puede bonitamente encenderse un cigarro, que los moscos i los zancudos no le dejan a uno cara en que persignarse, que las rayas clavan su arpon en todas las corrientes, que los tigres aguzan los colmillos contra las piedras para esperar a los viajeros, i que las serpientes silban, colgadas de las ramas, formando una melodía infernal. Ya usted ha visto que la fiebre no habita en el Alto Magdalena, i que los insectos son casi inofensivos; hallar un tigre en los bosques es un acontecimiento, i se tropieza con una culebra por muerte de un obispo.

Despues de largas escursiones en las selvas tuve la gloria de encadenar el famoso lagarto, que he traido vivo a Bogotá; pero como en el camino se le descompuso una mano, i por el tamaño es una verdadera bestia, voi a confiarlo a los cuidados intelijentes del distinguido veterinario señor Juan Malo.

Su epístola del 4 de los corrientes es, como el vino de Siracusa que preparaban los Borgias, sabrosa i homicida a la vez: bajo la gracia i donosura de las formas se ocultan cargos malignos, que cumple a mi reputacion desvanecer completamente.

Usted, que, como buen abogado, ha comenzado el lítis conmigo echándose la conciencia a las espaldas, me enrostra con admirable aplomo que no quise acompañarlo disculpándome con la jaqueca, los vuelcos i compromisos del corazon, &c. ¿Quién le ha dicho a usted que yo sufro

jaqueca? Esta es una de las pocas enfermedades que han desdeñado a mi pobre humanidad. Padeciérala yo, que otro gallo me cantara. Amen de que la jaqueca, a semejanza de la gota, es enfermedad de jente sibarita i arrentada, i por lo tanto imprime carácter, sirve, como a las mujeres las enfermedades nerviosas, de pretesto para no recibir una visita importuna, para no salir a la calle cuando se tiene pereza, para no asistir a una mala comida, para sacar el cuerpo a mil percances de la vida social. Declárese usted en plena jaqueca i ¿quién le prueba lo contrario? Por consiguiente esta enfermedad es una cucaña, casi una canonjía, i a fuer de cosa buena no me ha tocado en lote.

Vuelcos i compromisos del corazon. Ya en uno de mis escritos habia manifestado que en esta materia pertenezco a la barra inofensiva i sedentaria, i en otro he declarado solemnemente que no considero a las mujeres sino como objetos artísticos. Hai corazones de tal manera calcinados, que no podria cultivarse en ellos esa bella planta que se llama amor, ni aun abonándolos con huano. Ademas, enamorarse uno en Bogotá seria dar un escándalo, convertirse en fenómeno. En salones i ventanas, en fiestas i tertulias, en prosa i en verso, en buen lenguaje i en necia jerigonza, todos i todas mienten el amor, pero una pasion profunda, jenerosa i ardiente no la encuentro en parte ninguna. En Bogotá el amor es una gran comedia representada por casi todos; i algunos debemos quedar en el patio para arrojar ramilletes a los buenos actores i silbar a los malos.

Indica usted maliciosamente que tengo mis puntas i collares de santafereño *raizal.* Si Alejandro derramó lágrimas porque las victorias de Filipo no le dejaban reinos que conquistar, yo me aflijo tambien profundamente de que no haya por ahí rezagado un pequeño continente que descubrir. No pierdo la esperanza de darle una vuelta al mundo como Vasco de Gama o el capitan Cook, i por falta de una fragata no he navegado en busca de Franklin a los mares del Norte. Sinembargo, la inmovilidad santafereña debe tener sus encantos cuando cuenta entre sus sacerdotes i admiradores a hombres de jenio artístico, sabrosa conversacion i distinguido talento como nuestro amigo Santander. Espero que el *raizalismo* encuentre en él un denodado defensor.

Que me atribuya la jaqueca, aficiones a la vida *raizal*, vuelcos i compromisos del corazon, pase; pero que se atreva a llamarme *sibarita*, eso sí no lo soporto, vive Dios! Tambien seria capaz de llamar al Papa hereje, i gólgota a Luis Napoleon. Por cierto que no he pasado mi vida comiendo trufas i faisanes, ni durmiendo sobre colchones de pluma. Por un dia de placeres en Lidia he pasado largos años comiendo salsa negra en Lacedemonia. Permítame una pequeña digresion para que este cargo atroz quede confundido, i tenga usted de grado o por fuerza que esclamar *peccavi* con sincero arrepentimiento.

Cuando vine casi niño la primera vez a Bogotá por la fragosa montaña de Sonson, en vez de viajar como todo el mundo, caballero en un cristiano, siguiendo mis naturales ímpetus i respetando la dignidad humana, me vine a pié hasta Honda, caminando ocho dias mortales. A mis cualidades de chasqui peruano hubo de hacer usted plena justicia en la memorable ascension al Monserrate, de tan fecundos resultados para la ciencia. El naturalista Bernal, que estaba aquel dia disecando un escarabajo, tuvo la fineza de aplazar sus graves ocupaciones por acompa-

ñarnos, al paso que Antíoco, el pérfido Antíoco, que tambien debia ser de la *parranda*, nos abandonó por aceptar otro convite mas confortable de un capitalista, vendiéndose sin rubor al oro ruso.

Tambien por no cabalgar en criaturas humanas, de Antioquia fuí a pié hasta el Chocó, trepando serranías abominables, atravesando rios a nado i durmiendo muchas noches en pleno bosque. Sobre mis correrías en aquellas selvas inmensas, en que descubrí muchas plantas fuera de las sesenta mil familias conocidas hasta hoi, mis estudios sobre los zoófitos i los moluscos, pienso escribir, cuando me den algun vagar mis ocupaciones, cuatro volúmenes en folio dedicados al sabio Bernal. Por ahora evocaré algunos recuerdos de los dias que pasé en aquellas comarcas anchurosas i salvajes.

En la parte alta del Andágueda, en un pais de clima dulce i sano, situado cerca de Antioquia i de la antigua provincia del Cauca, mi hermano descubrió i rejistró un grupo de minas vírjenes, el mas estenso i rico que hai en la República i tal vez en América. Con esclavos, o poblacion laboriosa establecida allí, aquello seria un emporio. Nosotros, que no calculamos lo difícil i costoso que es colonizar con antioqueños aquel pais, ni la imposibilidad de llevar a cabo cualquier empresa con peones del Chocó, contemplando aquellas minas inagotables, donde podrian emplearse cien mil trabajadores, hacíamos castillos en España i formulábamos para el porvenir un programa casi real. La esperanza dió a nuestra voluntad una tension poderosa i con esta frájil organizacion que usted me conoce, soporté, esplorando aquel abismo de rios, quebradas i montañas, hambres, caminatas i fatigas incalculables. Haciendo caminos, casas, acequias, queriendo regularizar la introduccion de víveres desde mui léjos, creando la agricultura i trayendo familias antioqueñas, que nos abandonaban a los pocos dias enfermas de nostaljía, sostuvimos una lucha, cuyos angustiosos pormenores son un secreto entre Dios, mi hermano i yo.

Subimos por el caudaloso Andágueda hasta los farallones, i lo vimos pequeño raudal saliendo de una roca como un niño de las entrañas de su madre. Costeamos el rio Colorado hasta su nacimiento, donde nunca han subido ni aun los indios, por miedo a los truenos. Mi hermano, delante de cuyo valor i abnegacion me inclino, con la pesada barra en una mano i la batea en la otra recorria las playas, las mesetas i los cerros, cateando en todas partes buena pinta de oro. Apoyado en su brazo vigoroso atravesaba yo los rios correntosos i trepaba peñascos escarpados. Pero aquella vida escéntrica i salvaje tenia para mí un encanto poderoso.

Miéntras construiamos una casa mui buena, la mejor tal vez que hai en el Chocó, habitábamos un pequeño tambo, cuya parte baja estaba dividida en dos piezas; en la una nos hacian de comer i en la otra se guardaban las provisiones. Un dia, por allá a las once, no parecia el almuerzo, i con una hambre de caníbales, pues la humedad de aquellas selvas estimula mucho el apetito, nos fuimos de la casa en que trabajábamos al tambo para averiguar si habia ocurrido alguna novedad.

—¿Porqué no ha parecido el almuerzo, dije a la criada; no ves que estamos muertos de hambre?

—No encontré en la despensa qué hacer de almorzar, respondió.

—Por ventura se fugaron las provisiones? Habia para dos dias.

—Se las comieron los ratones anoche.

—Sírvenos aunque sea un pedazo de carne asada.

—Qué carne voi a preparar si no han dejado una hilacha!

—Diantre! aunque sea unas arepas i un poco de chocolate.

—Pero si el maiz, el chocolate, la carne i todo se lo comieron!

—Segun eso atacarian la despensa todos los ratones del Chocó.

—No, señor, los que hicieron el daño están allí todavía: fueron cuatro no mas.

—Cuatro! Vamos a ver la cara a esos insignes gastrónomos. Ciertamente, allí estaban durmiendo con el sosiego del justo, pues de puro llenos habian quedado impotentes para refujiarse en sus guaridas. Eran unos ratones monstruosos, grandes como cerdos; la barriga hiperbólica i los enormes colmillos de aquellos vándalos los habilitaban, no solamente para devorar en una noche nuestras exiguas provisiones, sino tambien para arrasar la nutrida despensa de un convento de frailes. Pertenecian a alguna familia perdida que no conoció Plinio, ni Buffon, ni el malogrado Cuvier. Los hice amarrar con lazos, i de las pieles de dos de ellos, que fueron desollados como San Bartolomé, hice un par de zamarros; los otros los conservo empajados en el Chocó en un gabinete de curiosidades. Pienso pedirlos para que adornen el cuarto en que trabaja en ciencias ocultas nuestro célebre alquimista Januario Salgar.

—Qué hacer? le dije a mi hermano: tenemos plata i oro, pero estos metales sirven para muchas cosas, ménos para almorzar.

—No hai cuidado: nos iremos a casa del indio Damiasa; algo ha de haber allí, aunque sea un mico matado con veneno de rana.

Este indio vive dos leguas abajo. Para ahorrar fatigas i tiempo construimos con cuatro balsos una frájil embarcacion; pero contando con la proteccion de mi hermano, que náda como un buzo, me embarqué tranquilamente en la balsa, que rodó por la tempestuosa corriente como alma que lleva el diablo.

—Compadre, le dije a Damiasa, dénos pronto algo que almorzar.

—Bueno: compadre convidar en su casa, i yo convidar en la mia. (Los indios no conjugan los verbos: hablan siempre en infinitivo.)

El pobre salvaje, a quien nosotros habiamos obsequiado otras veces, nos sirvió con la mayor voluntad lo que tenia. Almorzamos un caldo de yerbas, dos perniles de marimonda i una totuma de leche del *árbol de vaca*. (*Galactodrendum utile*, de las *urticeas* de Linneo; aunque el ilustre horticultor Teodoro Valenzuela se inclina a clasificar esta planta cerífera entre las *ceroxylonandicolas* del Quindío, en donde ha fundado su célebre Jardin botánico-indíjena, tan recomendado por el señor José Caicedo Rójas en su obra póstuma "Geographia Plantarum.") Lúculo, en las espléndidas cenas que daba a Craso i a Ciceron, no comió con tanto placer como nosotros.

Otro dia, despues de almorzar, provocado por un sol brillante, raro en esos paises nebulosos, cojí la escopeta i me fuí a vagar por las selvas. No encontrando caza mayor me divertia cojiendo esas pequeñas i lindas ranas color de oro, de cuya piel se estrae un veneno mortal, matando hormigas negras llamadas congas, cuya picadura da vértigo, i contemplando los colores variados i caprichosos de infinidad de insectos alados que usted no conoce ni conocerá jamas. El pais es lijeramente accidentado, i, atravesando colinas, laderas i pequeños valles, me perdí com-

pletamente en la espesura. No me curaba de las culebras ni de los tigres, pues si el peligro cara a cara puede aterrarme, nunca el peligro contingente. Encontré un arroyo con aguas tan límpidas, que me propuse seguirlo hasta su nacimiento; poco a poco se iba apretando su cauce en rocas de pórfido, hasta que al fin solo caminando por entre el agua pude seguir su curso. De repente se abrió la estrecha gruta que seguia, presentándose a mi vista un salon con paredes perpendiculares, tan lleno de sombra i de frescura que parecia un retrete construido por las hadas. Arriba, los árboles del bosque, entrelazados por tupidas lianas, formaban un verde pabellon; flores de rara belleza i perfume delicioso colgaban en festones sobre las rocas. Un torrente salia de entre las enredaderas formando una cascada vaporosa, cuyas aguas descompuestas en espuma caian como lluvia de perlas. Miríadas de mariposas azules volaban por todas partes. Abajo, en derredor del semicírculo formado por la roca, habia una ancha faja de césped cubierta de flores rosadas; i en medio, el agua de la cascada formaba un pozo cuyas ondas trasparentes eran dignas de refrescar las formas pudorosas i olímpicas de la Diana cazadora. Las flores, las enredaderas, el lago, la cascada, las mariposas i el pabellon tupido de los árboles formaban un conjunto de belleza indescriptible. No pudiendo resistir el deseo de bañarme me sumerjí en el agua. Parecíame que a cada momento veia entrar una ondina de verde cabellera, o una sílfide de mirada voluptuosa. Pero de repente penetró por donde yo habia entrado una culebra cascabel, i en pos otras corales, équis, mapanáes, verrugas, &c: toda la gran familia venenosa estaba allí representada. Juguetearon un momento sobre el césped i se arrojaron al agua. Me quedé inmóbil, sumerjido hasta el pescuezo, pues sabia que al hombre quieto no lo muerden las serpientes. Jugueteaban en el agua formando figuras caprichosas; algunas veces se rozaban contra mí, i el frio de sus anillos me penetraba hasta el corazon. Conocí pronto que no tenian ninguna mira ofensiva, sino bañarse únicamente. A poco rato se salieron por donde habian entrado, i no volvieron mas. Yo debia haber quedado loco, o por lo ménos con el pelo cano, i sinembargo conservo algunos átomos de juicio i no tengo una sola cana en los cabellos. Supe despues por los indios que aquel baño se llama *el lago de las serpientes*, mui frecuentado por ellas en los dias calurosos.

Ahora bien, esta vida ajitada, estropeada, asoleada i fatigosa que he llevado durante largos años en las montañas de Antioquia i del Chocó ¿le parece propia para formar un sibarita, como me llama de llano en plano, o un sacerdote de la pereza, como lo deja entrever el espíritu de su epístola? Vamos a ver su hoja de servicios. Ha cultivado relaciones con el cafiñ, los chiribicos, el jejen, las abispas? En todos los rios de la República le han favorecido estos cándidos animalitos con sus picaduras, que no pasan de la piel? Todos ellos juntos no valen la hormiga conga del Chocó. Ha atravesado los llanos de Neiva al trotecillo de una mula de alquiler, bañado por el sol? ¿Cómo se atreve usted a mentarme el sol, cuando yo he descubierto que es un endriago quimérico, un sofisma? El trote lo estoi manejando hace tantos años, que ya me parece delicioso. Ha subido el Magdalena en champan? pues yo lo he navegado sin toldillo. Ha ido de la Buenaventura a Guayaquil. Conque usted ha ido a Guayaquil? Qué horror! Habla usted de esas fati-

gas microscópicas, de esos viajecillos salpicados de molestias vulgares, como hablaria Orellana de su escursion por el Amazónas. Cualquier mediano caballero andante ha sufrido mas que usted: si no son otros sus trabajos insisto en negarle cualidades de esparciata i en declararlo indigno de la inmortalidad.

¿Qué son esas relaciones pasajeras con insectos inofensivos, esas correrías por los llanos de Neiva al trote acompasado de una mula de alquiler, esa subida del Magdalena en champan i esa navegacion a Guayaquil sobre las ondas azules i dormidas del Océano Pacífico, en comparacion de haber yo atravesado la montaña de Sonson a pié i los empinados farallones, esplorado el nacimiento de rios caudalosos, comido perniles de marimonda, yerbas silvestres i otras zarandajas, descubierto el lagarto rojo i ratones monstruosos, intentando civilizar el Chocó i bañádome en compañía de una lejion de serpientes?

¿Cómo intenta usted denostarme con el apodo de *raizal* a mí, juguete de la fortuna cual la hoja lo es del huracan, que vivo siempre errante, léjos de los afectos i del hogar i que no sé todavía en qué rincon de la patria, o en cuál playa estranjera, clavaré definitivamente mi tienda de peregrino para dormir mi último sueño?

En esta parte del Magdalena que nosotros hemos recorrido, las mujeres poco voluptuosas de suyo, están ahora casi todas pintarrajeadas por la viruela, i por consiguiente no ofrecen ningunas conveniencias. Meditando profundamente sobre su injustificable fuga del Magdalena, no vacilo en atribuirla, entre otros motivos, a que la diosa de Páfos está por allá mui mal representada. Si hubiera en esta banda de esas calentanas que suelen encontrarse en el Guamo i el Espinal, de talle ondeante, ojazos negros, pelo de azabache, con sombrerito de paja i camisa bordada, de esas que tienen lo que los franceses llaman belleza del diablo, de seguro que usted estaria todavía de eremita en la tierra caliente. Si acaso para escapar de algun chubasco hizo el voto indiscreto de Idomeneo, no le arriendo las ganancias. Aficioncillas le encuentro mui parecidas a las del sabio autor del Cantar de los Cantares. Si Satanas tuviera la feliz ocurrencia de llevarlo a la montaña, como a Jesus, i ofrecerle todos los reinos de la tierra, seguramente usted tomaria para su gasto la Circasia i la Jeorjia, por tener en materia de bellezas el pasto a la rodilla.

Usted con su pluma de oro, trazó contra mí cargos malignos, que he desvanecido a brochazos. El público imparcial decidirá cuál de los dos posee mejor embocadura para mártir, perjenio i disposicion para cenobita.

JUAN DE DIOS RESTREPO.

UNA TERTULIA CASERA.

No hace muchos dias que, hojeando por curiosidad varios papeles amontonados sobre nuestra mesa de escribir, nos encontramos en uno que habia ido a dar allí hecho cartucho de dulces, la siguiente curiosa carta:

Bogotá, agosto de 1865.

Mi querido Pepe: Te ofrecí al separarnos que te contaria en mis cartas cuanto me sucediera en esta capital, i hoi cumplo esta promesa de amistad refiriéndote un episodio que tal vez no dejará de interesarte.

Como te lo habia anunciado, el domingo tuve el gusto de ser presentado a una familia que, desde mi llegada, me habia inspirado la mas ardiente simpatía, i que despues he sabido es una de las mas honorables i distinguidas de la ciudad.

Cuando pasados los cumplidos de ordenanza, la conversacion, sin dejar de ser frívola, comenzaba a animarse, empezaron a oirse en la puerta de la calle golpes repetidos que se hacian mas fuertes de momento en momento, hasta que perdida la esperanza de que de adentro se movieran, una de las señoritas que nos recibian la visita, dejó su asiento i salió a ver quién era.

Debo advertirte, por paréntesis, que aquí no tienen portero ni las familias mas acomodadas, ni aun los hombres de negocios que tienen su oficina en la casa, estando mui jeneralizada una costumbre tan ventajosa para los rateros, como incómoda para los que no acostumbramos entrar clandestinamente en el hogar ajeno. Me ha sucedido ya cien veces encontrar el cuerpo principal de una casa enteramente abandonado por sus moradores, i tener que pasarme largos cuartos de hora golpeando, ántes de oir el consabido *quién es?*

Volviendo a mi cuento, te decia que una de las señoritas habia dejado su asiento para hacer las funciones de portero; luego se oyó un diálogo entre ella i una criada, al que se siguió una escena que me hizo temer algun accidente que nuestra presencia impedia publicar. Era de ver, en efecto, la ajitacion que reinaba en la sala: las muchachas salian de una en una, entraban i volvian a salir, conferenciaban en el corredor i volvian a entrar. Se conocia que querian decir algo, pero que no se atrevian; trataban de romper el silencio, pero lo que hacian era ponerse encarnadas i bajar la cabeza; alguna hubo a quien se le saltaron las lágrimas al querer hablar. Aunque esta emocion mal disimulada de las niñas, no causara alarma ninguno en la mamá, que, haciéndose la desentendida, seguia conversando de cosas indiferentes, nosotros íbamos a retirarnos ya temiendo ser importunos, cuando Adela, como mas atrevida o mas influente con la madre, espuso con voz temblorosa el motivo de aquel estraño movimiento. La criada de unas amigas íntimas traia un recado de sus señoras invitándolas a una tertulia para esa no-

che, i a guisa de credenciales, un billetito escrito con lápiz i concebido poco mas o ménos en estos términos, salvo los errores de ortografía.

"Mi querida Adela: Como tú sabes, hoi es el santo de Pepita; no hai baile sino una reunion mui de confianza, pero las aguardamos precisamente. Si no vienen, no esperen que nosotras volvamos allá.

Tuya—*Mercedes.*"

—¡Eso es, contestó la madre; ya yo me lo sabia! Pero cómo quieren ir a bailes; ¿no saben que Luisito está enfermo, que su papá no puede salir de noche i que a mí me matan las trasnochadas? ¡Pero el asunto es divertirse i aunque una sea despues la embromada!

—Es decir que no vamos? replicó Adela.

—Mándales decir que son mis señoras, que siento mucho no poderlas complacer, porque tengo a Luisito mui malo i estoi sin criadas, pero que allá iré a hacerles una visita en cuanto pueda salir, i que deseo que se diviertan mucho.

Adela salió a trasmitir a la criada el recado de su mamá, pero sin dejar de añadir de su bolsillo: "dile a Mercedes que repita sus instancias; que finja una carta de su papá para mamá, a ver si así nos llevan; pero no se te olvide." I volvió a entrar a la sala haciéndose indiferente i resignada.

Esta posdata surtió tan buen efecto, que ántes de un cuarto de hora llegó un ajente mas autorizado de las invitadoras. En vano se le opusieron inconvenientes; él los allanó todos, instó, rogó, importunó, hasta que arrancó a la señora la promesa de que llevaria a las niñas, pero eso sí, con la condicion precisa de que se volverian ántes de las once.

Algunos de los jóvenes que estaban de visita conmigo, que no conocian como yo, sino de nombre, a la familia que daba la tertulia, empezaron a quejarse de la monotonía de la vida bogotana, de la falta absoluta de diversiones, &c, &c, dejando comprender que darian algo por ser de los convidados. Yo, pobre forastero, que no me habia imajinado ir nunca a baile sin previa invitacion, a ménos de afrontar el grave peligro de ser puesto en la puerta por el dueño de la casa, no le veia remedio al mal; pero las muchachas, mas entendidas que yo en ese punto, lo allanaron todo así que comprendieron las indirectas de sus amigos. "Es seguro, nos dijeron, que de allá vendrán por nosotras esta noche; procuren ustedes estar aquí oportunamente, i el que venga a llevarnos se verá en la precision de invitarlos. Pero aunque no sea así, no hai nada perdido; se van con nosotras i mamá los presentará."

Así quedó convenido, i mis compañeros adquirieron desde entónces la certidumbre de ir a bailar esa noche a una casa donde nadie los conocia. En cuanto a mí, aunque no consideraba la aventura mui exenta de peligros, impuse silencio a la delicadeza i dejé hablar sola a la curiosidad en el fondo de mi conciencia.

Efectivamente, a las nueve de la noche hacia con mis compañeros de la mañana, parte del grupo de jóvenes que obstruia la puerta de la sala del baile. Alumbrada por las seis u ocho espermas de la araña i dos vistosas lámparas de aceite mineral colocadas en las consolas, i cuya luz se esparcia reflejada por dos grandes espejos; perfumada por varios ramilletes de vistosas flores, colocados en elegantes jarrones i por las aguas de olor en que estaban empapados los pañuelos; la sala contenia diez i

seis o veinte muchachas vestidas sin lujo pero con gracia, i mui bonitas en su mayor parte, que aguardaban impacientes la primera pieza, miéntras sus buenas mamás fumaban i conversaban en la alcoba.

El número de hombres, ya triple del de las parejas, se aumentaba continuamente, lo que me hizo comprender desde entónces que muchos pobres hijos de Adan, tendrian que resignarse al papel de mirones.

La hora tan deseada llegó; la música, compuesta de bandolas, tiples i guitarras, despues de un buen rato de preludios, rompió el fuego con un delicioso valse. Pero los jóvenes no parecian tener tanta impaciencia como las hermosas hurles; los músicos se cansaban ya i ellos permanecian agrupados en la puerta, donde se habrian quedado si el dueño de la casa no los hubiera metido casi a empellones. ¡Cómo iba yo a figurarme, al ver esto, que las parejas estuvieran monopolizadas ya, i muchas desde por la tarde! I sinembargo así era.

Cuando yo me dirijí a la que me pareció mejor, esperando encontrarla libre, ella me contestó casi desde que adivinó mi intencion:

—Siento mucho no poder complacer a usted; pero estoi comprometida.

—I podremos bailar la pieza que sigue? respondí yo ya picado.

—Tengo pareja para siete piezas, me replicó ella, pero si usted quiere bailaremos la octava.

No me quedó otro partido que hacerle una cortesía i dirijirme a otra i otras, pero con todas me sucedió lo mismo.

Fué preciso resignarme a la quietud, i para distraerme me acerqué a una solterona que, no pudiendo hacerlo de otro modo, se divertia trazando la mortaja a cuantos pasaban bailando, i de quien solo me separaba de vez en cuando para salir al corredor a fumar.

Así habia pasado una hora en que habrian bailado cinco o seis piezas, cuando vinieron a llamarme con mucha instancia de parte de la señora de la casa. Oir el recado i volar a la alcoba a ponerme a sus órdenes, fué todo uno.

—Como usted es de confianza, me dijo, (de confianza i nos habíamos conocido esa noche!) me he atrevido a llamarlo para rogarle que saque a bailar a aquella señorita; pertenece a una familia por la que tengo mucho aprecio, i estoi muerta de afan de verla constantemente sentada." I diciendo esto, me indicó una señora como de cuarenta abriles, ridículamente vestida, i que no llamaré fea, porque era protofea, que yacia olvidada en un rincon.

Yo, mas condescendiente o mas majadero que otros varios a quienes la señora habia hecho inútilmente la misma propuesta, me dirijí a buscar la pareja que se me indicaba sin hacer alto en la sonrisa de burla que se dibujó en todos los labios al ver mi resignacion. ¡Ah, si yo hubiera podido adivinarlo a tiempo!....Lo que producia la hilaridad no era la edad casi provecta de mi pareja, ni su desgraciada cara, sino que la pobre entendia de baile lo que los libres pensadores entienden de relijion.

Para mayor desgracia mia, tocaban entónces un rápido straus, i como la sala no era bastante grande para que bailaran cómodamente las parejas que habia, éstas se chocaban, se pisaban, i formaban aquí i allá remolinos de que mui hábil coreógrafo habia de ser el que saliera ileso. Yo aguardé prudentemente a que se desbarataran los remolinos, i entónces trató de poner en movimiento a mi cuarentona. ¡Lo mismo

hubiera sido tratar de sacudir con mis flacas fuerzas una piedra de molino! Ya empezaba a creer que se habia convertido en estatua, cuando un violento sacudimiento me hizo dejar mis meditaciones. Lo que sufrirá un pobre pescador sorprendido en alta mar por una borrasca, lo que sentiria el infeliz Mazepa atado a los lomos de un potro bravío, apénas podrá compararse con lo que esperimenté yo miéntras iba a remolque brincando por la sala, dando i recibiendo empellones i pisotones sin saber siquiera por dónde iba. En vano procuraba poner los brincos de mi vestiglo en relacion con la música; a un caballo desbocado no se le hace tomar el paso! Por fin paramos: yo estaba sin fuerzas, sentia las mejillas i las orejas ardiendo i el cuerpo tan molido como si hubiera recibido una paliza. Solo al reponerme de mi aturdimiento pude notar los daños que habíamos hecho en nuestra vertijinosa carrera: habia *colas* destrozadas, crinolinas rotas, piés magullados, parejas de chiquillos estrelladas contra los muebles; en fin, te diré sin exajeracion, que un toro suelto en la sala hubiera hecho ménos destrozos.

Con el tiempo fuí notando que varias señoritas, en vez de las seis o mas parejas que me habian dicho, no tenian mas que una o dos. Se las veia bailar seguido dos, tres i aun mas piezas con uno solo, i cuando éste o algun recomendado suyo no las sacaba, se declaraban cansadas i respondian invariablemente a los que iban a citarlas: "no bailo esta pieza."

Aun habia dos o tres a quienes sus pretendientes, mas celosos o mas exijentes, les habian prohibido absolutamente el baile. Estas tomaron pavo toda la noche por complacer a sus ídolos de un dia, sin cuidarse siquiera de los comentarios a que su estraña conducta daba márjen. ¿No te parece, Pepe, una cosa de mal gusto, por no decir otra cosa, ir a las tertulias a hacer ostentacion de relaciones de esta especie, que mui rara vez paran en casamiento, haciéndose la fábula de la reunion por complacer al zopenco que ha logrado impresionarlas, tal vez solo por algunos dias? ¿No te parece que las madres de familia no debieran, por decoro, tolerar eso?

Observé tambien que los muchachos de catorce a diez i ocho años (pepitos, o en lenguaje vulgar cachifos) eran los mas audaces para monopolizar parejas; los que hacian mas gala de mantener relaciones amorosas con las muchachas mas bonitas de la tertulia; i que sinembargo de manifestarse exijentes, atrevidos i hasta soeces; aquellas no los recibian mal, i aun prodigaban desaires, por complacerlos, a jóvenes dignos de respeto por su educacion i cualidades.

Despues he sabido que estos coqueteos con los adolescentes son los primeros ensayos de las muchachas en la comedia de amor. Duran solo miéntras llega un pretendiente que les dé mas prontas esperanzas de casamiento; el dia que esto sucede, la turba imberbe sale por la tanjente para no merecer en lo sucesivo sino desprecios a la juiciosa i altiva señorita.

El monopolio de parejas no podia dejar de producir confusiones i disgustos.

—Esta es nuestra pieza, no es verdad? decia un jóven a una señorita.

—No señor, es la siguiente.

—Luego no van seis desde que yo la cité a usted?

—No he puesto cuidado, pero lo que sí sé es que mi pareja para esta pieza es E....

—I lo peor es que yo, convencido de que ésta era la nuestra, he citado pareja para la otra....

—Es que le ponen a una la cabeza tan grande que al fin no sabe lo que hace.

En otra parte el diálogo era éste:

—Llegó nuestra hora, no es verdad?

—No, señor; si la pieza que debíamos bailar era la anterior i usted me ha dejado esperándolo!

—Perdóneme usted mil veces. Qué olvido! pero cuál bailamos?

—Ya estoi comprometida para ésta i cinco mas.

Mas allá dos o tres tendian a un mismo tiempo la mano a una bella; era indudable que se habia comprometido con varios; pero ella, que era diestra, se decidia por el que mas le gustaba dejando a los otros medio convencidos, medio chocados.

Estos incidentes suelen producir camorras i enjendrar odiosidades que no se apagan tan fácilmente, alteran el buen humor i convierten una diversion en un semillero de disgustos. Es casi seguro que basta un malcriado de uno u otro sexo para hacer perder a una tertulia todo lo que tiene de agradable; i lo que sí puedo asegurarte es que el que se muestra moderado i fino, puede estar seguro de verse siempre postergado en estas competencias: para ser atendido es necesario hacerse temer.

Eran las once i média i el hambre hacia sentir poderosamente su aguijon, cuando se presentaron dos señores llevando en charoles, el uno bizcochos i el otro unas copitas de plus-café. Cada señora tomó, despues de dejarse rogar bien, uno o dos bizcochos i una copita. Por mi parte, era tal mi apetito que me hubiera comido un carnero. La racion que se distribuyó a los hombres en el comedor no fué ménos exigua. Ya se ve! no siempre se ha de gozar de todos modos.

Los que no bailaban, empezaron a pedir que se tocara algo para oir, i Laura X... que pasa por pianista consumada i cantatriz mas que mediocre, fué el candidato proclamado a la voz para lucir sus habilidades en presencia de aquella multitud ávida de placer. En vano trató ella de escusarse; su tímida modestia tuvo que ceder a repetidas instancias, i trémula i conmovida se dejó arrastrar al piano. Despues de tocar con soltura i gusto unas variaciones, cantó con una voz tan dulce como la espresion de sus lindos ojos, una aria de Bellini que le hicieron repetir tres veces, acojiéndola con tan ruidosos aplausos, que no debieron dejar bicho dormido en cuatro manzanas a la redonda.

Ya estarás imajinándote que durante ese cuarto de hora nadie habia tenido ojos sino para ver ni oidos sino para oir a la linda cantora. ¡Cómo te engañas si tal piensas! Puedo asegurarte que de todos esos aplaudidores no habia seis que dieran mas razon de lo que habia tocado i cantado Laura, que de lo que estuviera pasando a esas horas en Lóndres o en Pekin. Miéntras ella creia cantar sola, le hacian coro adentro, piano pianísimo, los galanes i sus bellas, i afuera a *sotto voce* los papás que, formados en ancho corro, hablaban calorosamente de política i actualidades.

A las doce, una de las matronas mas ríjidas o dormilonas empezó a tratar de irse con su familia. ¡Hubieras visto qué conspiracion la que se formó para detenerla! Pronto vino a ser el centro de un inmenso grupo formado por las señoras de la casa i otros muchos interesados en detenerla.

—Qué afan es ese! le decia la una; cómo en otras partes no le da sueño tan temprano!

—Cómo es eso, decia otra, ¡querer irse cuando apénas empezamos a ponernos de humor!

—Mire, mi señora, le decia un pepito; yo he sacado a Paquita para la pieza siguiente, i usted no me hará el desaire de llevársela sin que baile conmigo....

I miéntras esto pasaba al rededor de la señora, en otro grupo decian: "nadie se va; aquí nos ha de amenecer," i en consecuencia de esta decision, pañolones, sombreros i bufandas iban a dar al último rincon de la casa, i la llave del *porton* pasaba al bolsillo del mas decidido partidario de la trasnochada completa. Indudablemente en esta tierra, donde tanto se habla de libertad, le hacen coaccion a uno hasta para que se divierta.

Ahora van a ver una cosa divertida, dijo por último la señora Paula; Pacho va a hacer gracias.

—Dónde está Pacho? que lo busquen, repitieron veinte voces.

Pacho es un jóven de figura simpática i modales distinguidos, de intelijencia clara i una instruccion no comun, i por último, laborioso, modesto i honrado; digno por consiguiente de respeto i consideraciones; pero tiene la desgracia de ser o pasar por chistoso, i por eso a las tertulias a donde tanto *quidam* va a divertirse, a él solo lo llevan para que divierta a los demas. Fué inútil toda escusa, no le quedó al infeliz ni el miserable consuelo de escojer entre el ridículo i la puerta; fué preciso ser bufon, i agotar por decirlo así todos los rigores de la burla.

Cuando el pobre hubo acabado su tarea de remedar bobos, locos i jubilados, agotando la lista de celebridades en estos jéneros, dos o tres graciosos de pacotilla se presentaron con un disfraz entre indecente i grotesco, a representarnos una especie de sainete que figuraba una demanda de indios ante su alcalde. Nos engastaron en veinte sandeces cuatro gracejos mui usados, pero la jente se rió i ellos quedaron mui satisfechos de su trabajo.

Terminado el párrafo de gracias, como los músicos no parecian i fuera preciso tocar para que nadie pensara en salir, una señorita dejó su asiento i voló al piano, i yo, que al fin habia visto llegar mi turno de bailar con buena pareja, me dirijí a ella palpitando de emocion. Pero como en esa noche todo habia de ser desgracia para mí, ahora era la música la que no se podia aguantar. En esta epoca, en que se protesta contra todas las tiranías, la oficiosa tocadora habia protestado contra la del compas, i su música no lo tenia mas igual que el ruido que hace al rodar una piedra que arrastra un torrente. La buena niña se imajinaba sin duda que para acompañar una danza basta hacer sonar un instrumento; i en vano se le pedia que tocara polka, redowa o valse; el resultado era siempre el mismo: una descarga de reclutas sobre las teclas del piano.

Aunque se habia tenido cuidado de parar a las diez todos los relojes de la casa, los de bolsillo marcaban las dos de la mañana, i la conspiracion contra los encerradores empezaba a hacerse formidable. Los papás fatigados de sus discusiones políticas, que habian concluido con aquellas esclamaciones de ¡este pais está perdido! ¡esto no tiene remedio! etc, tan frecuentes en los labios de los egoistas, habian acabado

por dormirse en los canapés que adornaban corredor i costureros, i a esa hora empezaban a despertarse mal humorados i a *pronunciarse* por todas partes, miéntras las mamás se pronunciaban en sala i alcobas. Pero para este caso estremo se habia reservado un recurso heróico: la contradanza es sin duda alguna el mas decente i elegante de los bailes, pero como en ella se baila con todos i todas, no es del gusto de los jóvenes de ogaño, cuyo placer principal consiste en decirle cuatro boberías al oido a la niña con quien van bailando (cuando no sea en una cosa mas reprensible aún), i está reservada como último recurso para detener a los viejos cuando el sueño empieza a triunfar en ellos de la condescendencia.

—Que toquen contradanza, i que la ponga don Rufo, dijo una voz.

—Que toquen contradanza, repitieron todos.

—Viva don Rufo! viva el buen humor!

—Viva! repitieron todos sin consideracion ninguna por los que dormian en la vecindad.

Decidido esto, las parejas comprometidas se aplazaron para la pieza siguiente, i las muchachas salieron a reclutar rodillones para que bailaran la contradanza.

La mas bonita i coqueta de todas se presentó luego trayendo del brazo a don Rufo, cuya aparicion produjo una esplosion de buen humor. Solo despues que depositó sobre el espaldar de un sofá su capote de calamaco i su sombrero de paja, de anchas alas, pude contemplar a mi gusto la figura del tal don Rufo. Era un viejecito de fisonomía simpática i mirada intelijente i viva, blanco i bien afeitado. Abrigaba su despoblada cabeza un pañuelo blanco, por debajo del cual se asomaban dos o tres mechones de cabellos finos i tan blancos como el pañuelo que los envolvia; otro pañuelo, blanco tambien, hacia las veces de corbata formando un pequeño nudo en la garganta despues de dar dos vueltas al rededor del cuello. Su cuerpo se movia holgadamente entre su gran chaleco de marsella, su chaqueta i su ancho pantalon de dril de lino. Unas médias de lana parda i unas chinelas amarillas completaban el vestido de don Rufo. Tras él venian, casi arrastrados por sus parejas, varios otros monumentos del pasado, cuyos vestidos formaban un verdadero museo de modas.

A los viejos se mezclaron varios jóvenes que, por maldad o impericia, echaron a perder de tal modo la contradanza, que a pocas vueltas nadie sabia lo que hacia, ni dónde estaba.

Despues de la pieza aristocrática debia venir el aire popular. El alegre bambuco hizo brincar dentro de los pechos todos los corazones, i un jóven se dirijió a sacar una señora de tez arrugada i prominente garganta, que salió a bailar, entre aplausos, envuelta en su pañolon i con su pañuelo de seda en la cabeza. A esa se sucedieron en el puesto otras varias parejas durante el bambuco, que duró tres cuartos de hora. Ya era una niña de quince abriles, que nos dejaba encantados con la flexibilidad de su talle i la gracia i soltura de sus movimientos; ya una anciana, que al verse en el puesto, parecia recobrar todo el brio de su primera juventud. Ya un pequeño pié primorosamente calzado, se dejaba ver apénas bajo los anchos pliegues de un traje de cola, ya el zapato de cordoban i la media blanca se mostraban libremente bajo un traje largo apénas hasta el tobillo.

Al bambuco debia seguir la pieza de despedida, que las mamás con-

sintieron en esperar, con tal que fuera mui corta. Pobrecitas!.... Los músicos tocaron hasta romper la plumeta contra la última cuerda de sus bandolas, i cuando ellos se dieron por vencidos, una niña se zafó del brazo de su pareja i corrió al piano. Cansada esa, se sentaron a tocar sucesivamente otra i otra i otra. Las madres andaban ya como mariposas tras de sus niñas, con los pañolones i las bufandas que habian conseguido desenterrar de su escondrijo; el piano tenia seis u ocho alambres reventados, i la música seguia!

La mayor parte de los danzantes habian caido sin fuerzas sobre los asientos; los mas incansables no bailaban ya, se arrastraban penosamente sobre la estera destrozada.... i la música no se acababa!

Pondré punto a mi carta diciéndote que eran las seis i média de la mañana cuando salíamos de la tertulia, medio muertos de cansancio, de sueño i.... de hambre;.... i pidiéndote mil perdones por haberla llenado con esta insípida i larga historia.

JUAN B. ORTIZ T.

REMIJIA

O VICISITUDES DE LAS HIJAS DE ALEGRÍA.

Iba yo un dia por la calle de San Juan de Dios con otro amigo un poco veterano en esto de aventuras mundanales, i al pasar por un zaguan nos alargó la mano descarnada i amarilla, como de momia sepulcral, una pordiosera que, envuelta en mil andrajos, i apoyada en muletas, con la cara medio carcomida, voz gangosa i lastimera nos pedia limosna. La fetidez que despedia de su cuerpo nos hizo dar una rehuida tal que por poco vamos al caño.

—Lo que hace la miseria! dije yo.

—No digas la miseria, sino otra cosa, me replicó Pacho. Voi a contarte la historia de esta infeliz, porque son dignas de observarse las vicisitudes de las hijas de alegría, por el escarmiento que de ello pueda resultar.

—Qué! i ésta era alguna de ellas? ¿Cómo ha podido hacer tal papel en el mundo un sér tan horrible?

—Oh, amigo! esto es lo que vas a saber. Qué linda muchacha era Remijia! La conocí desde que empezó su carrera en el mundo. Doce años tendria cuando andaba vendiendo fósforos por la calle real. Miéntras estuvo chica, éste fué su oficio: a todos les ofrecia en la calle i en las tiendas los fósforos de *cerita*, pero con nadie sacaba candela, a no ser con uno que otro chicotero que por encender su tabaco le hacia que-

mar inútilmente a la pobre muchachita un fósforo de prueba, i despues le decia que no ardian bien.

Mas luego que llegó a los 14 años, los comerciantes que, como tú sabes, hai algunos que son peores que las comadrejas para cierta clase de cacerías, empezaron a comprarle los fósforos aunque no los necesitasen. Porsupuesto que el negocio empezó a serle productivo; iba a los almacenes de los que venden por mayor a comprar las docenas de cajitas, i miéntras mas grandecita iba estando, mas baratas se las daban, de modo que el precio del artículo bajaba segun iba subiendo la edad de Remijia. A poco tiempo llegó a cero el precio de las cajitas de fósforos; ya se las regalaban i le daban *ñapa*, agasajándola con alguna suave palmadita en las mejillas o un tironcito de orejas. Al mismo tiempo que hacia las compras con cuenta, las ventas eran seguras, de manera que los negocios mercantiles de Remijia iban perfectamente. Ya no necesitaba de envidar, como ántes, los fósforos, porque los consumidores de este artículo, que por lo comun son los de las tiendas de menudeo, la llamaban para comprarle, i no solo se los compraban sino que la trataban con mucho cariño i bondad, entablando con ella conversacion sobre cosas indiferentes, como, si tenia madre, en dónde vivia, que si le gustaban mucho unos zarcillitos. La muchacha, torciéndose toda i cargándose contra el mostrador, volvia la carita poniéndose colorada i contestaba de aquella manera que es tan natural en tales casos i en tales personas: "para qué lo *quere* saber?...." i la bondad del comerciante llegaba a ratos hasta cojerle la manita, con el mostrador de por medio, eso sí, i entónces la muchacha decia con vocecita ajitada: "deeéjeme, deeéjeme, *tese queto*.... adios.... hasta luego," i se salia corriendo.

¿Pues con tan buen trato no se habia de aficionar al comercio desde chiquita la muchacha, i no se han de aficionar a él tantas que lo emprenden todos los dias bajo los mismos auspicios? Algunas veces encocoré yo a varios, porque cuando la veia en la tienda arrimadita a la puerta o al mostrador, medio agachada, rayando con la uña la tabla, o deshilachando la punta de la mantilla, o sacando con el dedo de la patica basuritas de algun hoyito del suelo, i al comerciante parado del lado de adentro con las manos en los bolsillos mirando para afuera, o cargado sobre el mostrador, me metia yo con pretesto de preguntar alguna cosa, i me estaba ahí hasta que Remijia se aburria i decia: hasta luego, i dando un revoloteo se salia.... ¡Ah chivos, padre, los que he metido yo de esta clase! Pero voi al cuento.

Llegó Remijia a los 15 años i empezó a desarrollarse en su físico lo que los franceses llaman la *beauté du diable*, que es aquella edad en que hasta las feas parecen bien. Entónces ya no eran pañuelitos de rabo de gallo los que le regalaban, ni papeles con leon i unicornio de las platillas, sino pañuelos de seda, cortes de zaraza, la cinta ancha para el sombrero, frasquitos de aguas de olor i tarritos de pomada. Entónces el fosfórico comercio ya era en grande, por partida doble.

Ya rayaba en los 16....ya estaba grande, de talle esbelto, de un color blanco mui despercudido, con sus lijeros frescores carminados en las mejillas; sus labios de coral, frescos como el boton de rosa que empieza a abrirse, dejaban ver con una graciosa sonrisa dos hileras de dientes parejos i tan blancos como la porcelana. Su frente hermosa se apoyaba sobre un par de cejas oscuras, sin ser enteramente negras, que

parecian pintadas i daban un lijero sombrío a sus ojos lánguidos i al mismo tiempo brillantes como dos luceros, de color un poco garzo; su nariz acordonada i en una proporcion divina, completaba un conjunto encantador en aquel rostro tan bien ovalado. Su pelo castaño i fino, su cuello torneado, sus manos blancas i bien hechas; en fin, a todas estas bellezas daba realce el aire i la frescura juvenil, agregándose el sencillo adorno que usaba con tanto gusto, de ese gusto que es instintivo i natural en algunas muchachas bonitas, que cualquiera cosa que se pongan les rie. Remijia andaba regularmente con un camisoncito sencillo de zaraza oscura o de color medio, su mantilla de paño negro i sombrerito de paja con cinta ancha, cuyas puntas le caian graciosamente a un lado.

En este estado ya la muchacha no vendia fósforos sino que vendia en los zaguanes muchos efectos, como cajas de zarcillos, tijeras, navajas, estampas, aguas de olor, &c, porque estaba mui acreditada entre los comerciantes, que le vendian a precios mui baratos i con grandes plazos, sin temer los malos resultados de un concurso de acreedores.

Hasta entónces Remijia no se habia corrompido, a pesar de que los comerciantes se habian esplicado con ella en los términos mas claros, i sus ofrecimientos i propuestas eran tales, que ántes por milagro llegó a esta edad sin avería. Un infeliz artesano anduvo enamorado de ella, i aunque era jóven, honrado i con oficio, no quiso darle palabra de casamiento por la inquietud de los cachacos i no cachacos del comercio, los cuales la embromaban con el *guachecito*, como lo llamaban, i le decian que no fuera a hacer el disparate de casarse, porque luego la llenaria de familia, la pondria a trabajar i que hasta le daria de palos. Con estas juiciosas i morales reflexiones, la muchacha lo desengañó por entero i se entregó al elocuente orador que le ofreció casa, saya, zapatos, tapete, ridículo i paragüita, llevarla al coliseo, a maroma, &c, &c. A esto la acabó de resolver una tia suya que habia corrido la caravana en su mocedad i se hallaba ya reducida a torcer tabacos i sacar almidon.

No hubo casa por lo pronto, pero hubo casi-tienda, la cual fué paramentada bajo la direccion de la tia. Sus muebles eran una caja de nogal, una cama de cuero, una mesa de aplanchar con *sueltas* de cabuya, una silla de vaqueta i un bastidor para poner de biombo delante de la puerta. Las paredes de la pieza se adornaron con algunas estampas de paisajes en que habia pintados pájaros tan grandes como los hombres, i éstos mas grandes que las casas, con mas unas láminas del "Mensajero de Lóndres;" unos dos espejitos i tres estampas de totilimundi completaban el adorno. La tia llevó sus moyas de sacar almidon, su rallo, dos zuros, una gallina, un gallo i una lora.

Así estuvo viviendo Remijia algunos meses, porque no se encontraba casa, que era lo ofrecido i lo que ella reclamaba todos los dias; i a ratos ya se incomodaba i no dejaba de moquear algo, diciendo que se la engañaba i que si ella hubiera sabido.... cuándo! La tia la consolaba, porque ella siempre iba ganando; pero a todas estas la muchacha estaba enferma, i lo peor fué que al cumplirse el mes mandaron a cobrarle el arrendamiento de la tienda, lo que en los anteriores no habia sucedido e indicaba que ya no habia esperanzas de casa, ni de sayas (porque hasta entónces aún no se habia calzado), ni de ridículo, ni de todo lo demas.

Se desesperó, se arañó, se repeló, maldijo a la tia i cojió furiosa la escoba i echó tras de los palomos i las gallinas, que salieron dando ale-

tazos por la calle, quebró un moyo, i la tia no podia apaciguarla. Pero últimamente lo consiguió ofreciéndole mejores esperanzas; i en efecto, a pocos dias Remijia tenia casa, saya i todo lo que deseaba, con mas un par de sofás, tocador, criada, buena cama.

Empezaron a visitarla jentes; empleados de categoría, abogados, jueces, escribanos, militares, comerciantes. Remijia se presentaba en la calle con el último lujo, i se atraia las miradas de todos, pues que ya alentada enteramente se habia puesto mas bonita. Iba a la iglesia con criada i tapete, llevando entre el ridículo un libro de oir misa, en tafilete i con dorados; pero como no sabia leer, unas veces tomaba el libro al derecho i otras al reves, hasta que un dia la reparó un viejo rico i casado, que era uno de sus tertulios, i se empeñó en que habia de enseñarla a leer, lo cual emprendió con gran paciencia, hasta que logró que decorase.

En tertulias, meriendas, paseos i fiestas, Remijia pasaba su vida en grande. Tenia buenas alhajas que le habian regalado los ministros estranjeros, i plata; comia mui bien, i complacia a todo el mundo con su jenio corriente i alegre. Así se deslizaron dulcemente algunos años, salvo ciertas alternativas de poca monta, hasta que empezó a enfermarse i tambien a deteriorarse mucho su físico. Las tertulias ya no eran tan numerosas, ni de jente tan lucida. Últimamente cayó en cama. La vió un médico, de los que eran sus amigos, i sin preguntarle nada, porque todo lo sabia, le recetó una promesa a San Jacinto de Tocaima.

Obedeció la enferma disponiendo su viaje. Un oficial le facilitó todo, i se fué a llevarla. Ella tenia buen galápago i demas aperos, porque habia hecho paseos al Salto i a otras partes. Se estuvo en Tocaima bastante tiempo, lavándose en Catarnica, i cuando ya se sintió bien, volvió a Bogotá. Trató de establecer su crédito i tertulias; a todos les decia que estaba tan buena i alentada como una manzana, pero nada le valió; fué necesario que se acomodara con jente de menor cuantía, i la halló entre los tinterillos de los juzgados, principalmente de los progresistas nieblinos, que son de una sensibilidad esquisita; entre los militares retirados, i por fin entre los mercachifles i guardas. Mas como con esta clase de individuos no se podia hacer frente a gastos de lujo, porque ni las pensiones de los retirados, ni los sueldos de los guardas, ni los medios de las boletas, ni demas zurrapas de que viven los tinterillos de los juzgados parroquiales le daba para tanto, le fué preciso reducir sus gastos, i empezar a vender las cosas de lujo que tenia. Se redujo tambien a una casa bastante mala i húmeda, por el lado de Belen, en la cual se volvió a enfermar; hasta los tertulios se habian enfermado tanto en ella que ya no contaba con ninguno la pobre mujer. No tenia mas amiga que una india que le cocinaba, porque la tia se murió en el hospital miéntras Remijia estuvo en Tocaima.

Postrada en cama i sin recursos, ya casi no tenia qué vender, no le quedaban sino unos zarcillos, los cuales en una mejoría que tuvo los vendió en doce pesos para hacer algun balance; i emprendió el de hacer velas, por parecerle que tenia ménos que saber, pues ella no habia aprendido a hacer nada, no habiéndose dedicado en su vida a otra cosa que al comercio i la plancha a ratos.

Compró un velero, pabilo, palitos, sebo, i alquiló fondo para derretirlo. La india la imponia de lo que se necesitaba; pero la gracia es que

la india tampoco sabia hacer velas. Tuvo tambien que comprar una yunta de varas para el tendal, con lo cual se le fueron los doce pesos, quedando empeñada con el del sebo en seis reales.

Hicieron los pabilos, cortaron el sebo i lo derritieron. La infeliz Remijia, enferma, no acostumbrada al trabajo, sudaba la gota, le lloraban los ojos con el humo, i se afanaba con la esperanza de doblar la plata con las velas.

Llenaron el velero de sebo derretido i empezaron entre las dos a mojar las velas, pero a poco rato el sebo habia bajado i las velas no se alcanzaban a mojar sino cada vez mas abajo, porque los palitos no podian pasar del borde del velero. Aquí entraron en dudas sobre el modo de hacer las velas, pero la india sostenia que la cosa iba bien, i que el ir bajando el nivel del sebo nada queria decir, que eso siempre sucedia i que por eso las velas eran mas gruesas de abajo que de arriba, que si así no fuera saldrian iguales de arriba a abajo; pero como habiendo querido proseguir vieron que las velas no salian como todas, suspendieron la cosa, i Remijia salió hecha una angustia en busca de una mujer de allí cerca, quien viendo aquello le dijo, que al velero se le echaba agua caliente i que el sebo se echaba por encima, i que segun fuera mermando le fuera echando mas. Se le abrieron los cielos a Remijia con la receta: lo hicieron así; pero las velas resultaron todas torcidas como raices, por la circunstancia de no haber sabido que los pabilos se sobaban con sebo ántes de mojarlos. Item mas; las velas salieron chirriadoras, porque faltando aquello, el agua penetra algo los pabilos. En fin, el desconsuelo volvió, pero se hicieron los masos de velas. A los tres dias fueron a venderlas, pero nadie las queria por lo que apestaban de mal olor. I esto qué seria? Válgame Dios, decian.... Pues qué habia de ser sino que derritieron el sebo sin haberlo lavado despues de cortado. Lo dejaron con toda la sanguaza i se corrompió.

Pues a la cama de redondo fué a dar la infeliz despues de tanto estropeo, i de haber gastado lo que tenia, sin alcanzar a pagar lo que debia del sebo.

Aquí fué donde la miseria le acometió de frente. La india se fué; la echaron de la casa i tuvo que refujiarse en el Hospital, donde adquirió relaciones con otras dos que habian ido a carenarse al astillero de *Charitas*. Estas salieron a navegar de nuevo, i con ellas salió Remijia. Tomaron entre todas una mala tienda ahumada i llena de hoyos, allá por el chorro de María Teresa, en donde se mantenian con longaniza asada en la vela; sus cortejos eran soldados. Un dia le tocó a ella ir a llevar los diez reales del arrendamiento a la casa de la señora dueña de la tienda, a quien encontró con un sujeto de capa i botas i cadena de oro en el reloj, que era el marido de la señora; pero ¿cuál seria la sorpresa de Remijia al reconocer en este rico sujeto al artesanito que en su juventud la habia pretendido en matrimonio? Él no la reconoció absolutamente, porque era imposible. Ella salió confundida diciendo para sí: ¡Esta casa i esta riqueza debian ser mias, si yo hubiese tenido mas juicio i no me hubiera creido de los cachacos! I era la verdad, porque todo aquello lo habia adquirido el artesano con su trabajo, despues de casado con una muchacha todavía mas pobre de lo que estaba Remijia cuando lo despreció por las ofertas de paragüitas, sayas i maroma.

Como la miseria la lanzó a la mas baja prostitucion, las enfermeda-

des la acabaron de rematar en términos tales, que arrastrándose volvió al Hospital, pero sin que le alcanzara remedio alguno, por lo cual se salió a pedir limosna de la manera que la acabas de ver.....

—Hombre! esa es Remijia? esclamé yo dando un paso atras i juntando las manos con un fuerte golpe.

—La misma, me contestó, i mira ahí *la carrera que recorren casi todas las mujeres que se entregan a la prostitucion.*

—Pero no tienen tanto ellas la culpa, *sino esos hombres inmorales que las seducen desde la mas tierna edad.....*

José Manuel Groot.

EL RAIZALISMO VINDICADO.

Díme hasta dónde has viajado,
Porque tu aire es de estranjero.
—Por el Norte a Chapinero,
Por Oeste a Fontibon;
I por los otros dos puntos,
El Oriente i Mediodía,
Estuve en la Peña un dia
I en Tunjuelo una ocasion.

Ricardo Carrasquilla.

Ha dado usted en la flor, señor Restrepo, de andar buscando camorras con todo el mundo; se entiende, camorras de éstas en que a peor andar perderá uno la negra honrilla de escritor. Ahí me las den todas! Que al ser usted uno de tantos matasietes, que a la segunda palabra envían a pedir esplicaciones con acompañamiento de amenazas i terríficas baladronadas, ya me guardaria de recojer el guante que usted me ha arrojado, así al desgaire, poniéndome en el dudoso predicamento de campeon capaz de sacar en palmas lo que usted i otros profesores de paleontolojía han llamado *raizalismo.*

Ya en cierta ocasion tuve ímpetus de salirle al paso cuando, enardecido usted contra el quieto i reposado raizalismo, se complació en representarlo con rasgos que cuadran a mi perjenio. "Ese soi yo," estuve a punto de gritar en tal ocasion; pero, enemigo de engalanarme con adornos que otros saben llevar fundamentalmente, guardé silencio, que al fin en boca cerrada no entra mosca.

Pero está visto que con usted no vale longaminidad. Ahora mismo, sin saber porqué, se da por ofendido de que Manuel Pombo le descu-

briera propensiones al raizalismo, i respinga como si le hubiese picado un tábano. Mas luego, como volviendo en sí, recapacita que el raizalismo debe ser una cosa de tomo i lomo, cuando me cuenta, dice, entre sus sacerdotes i admiradores. I a renglon seguido me festeja con aquello de jenio artístico, sabrosa conversacion i distinguido talento. A mí con leoncitos? A mí con floreos hijos del miedo? Tiempo perdido.

Cepos quedos, señor Emiro, i repare usted que aunque ya soi hombre que está de vuelta, tengo todavía la dentadura intacta, para esto de no pasar entero. Cierto es que en mis mocedades cultivé un tanto la música, i casi, casi estoi por decir, al reves del príncipe de la Paz, que lo tengo por desgracia. I no lo diria por mal, puesto que a aquel arte divino debo instantes de arrobamiento, de trasportes dulcísimos; instantes acaso comparables con esos fujitivos en que se aspira nueva vida, cuando la ventolina de Ubaque sopla fresca en una risueña mañana de Santafé. Pero el cultivo de las artes, en una época bien cercana a los tiempos de la colonia, como dijera el patron Murillo, hacia perder en gravedad i compostura al que aspirara a otra carrera. Vea usted lo que me ha costado seguir, aunque de léjos, las huellas de Franco i Sálas, Londoño i Guarin, jenios positivamente artísticos, a quienes yo agraviaria si así, de buenas a primeras, hubiera de consentir en poseer las cualidades artísticas que usted me atribuye.

No sé si mi aficion a las artes, en vez de infundirme ese desenfado de que adolecen en jeneral los artistas, me hizo soltar la lengua, i de aquí me venga tambien que eche mi cuarto de espadas, cuando en pláticas amenas, i con humillos del Jerez, me suelo engolfar en recitaciones que solo tendrán de sabroso lo que de heróico i portentoso tienen las hazañas de nuestros padres en la magna guerra, el recuerdo de hechos i dichos de hombres que han desaparecido, dejándonos memorias mui gratas. Al ser yo un Vicente Lombana, un Vicente Piñéres, créame que no declinaria aquello de la "sabrosa conversacion," que a ellos sí les viene de molde.

Al llegar al punto de lo del talento, querria que mi protesta estuviese autorizada por ante notario. Esto del talento es un destello de la Providencia, dispensado con mano avara a señalados mortales. En nuestro pais, por poco que usted adelgace, creo que no encontraria média docena de hombres poseedores de ese privilejio. No estamos mui distantes de aquellos dias en que nos concedíamos talento en todo i para todo; i ya es tiempo de que nos vayamos corrijiendo de este defecto, de que los discretos se han aprovechado para calumniarnos suponiendo que de él hemos hecho una galantería con que nos obsequiamos recíprocamente.

No crea usted por eso que yo trate de achicar mi propio valer, resabio mui comun en los santafereños, con el que suelen paliar su natural desidia. Es porque así lo siento, es porque si en mejores días borroneé tal cual articulejo de costumbres, hoi la brocha pintamonas ha soltado briznas que todo lo ensucian, a fuerza de ejercitarse en lo del *pido i suplico*; o en tal cual *necrolojia*, que viene a salir lo mismo.

Ya podrá usted imajinarse por esto cuál vendrá a ser mi defensa del raizalismo. Dicen que no hai peor defensor de sus propias cosas que el dueño mismo. De esta suerte, i si no tuviera la seguridad de que usted i don Javierito Serna han procedido con la mejor intencion del mundo,

creería que me hubiesen tendido un lazo para hacerme *escribir*, nada ménos que *el sermon de la Bordadita*.

Bien he podido, por via de escepcion dilatoria, dar largas a esta contestacion, exijiendo que usted aclare su libelo. Usted que metamorfosea su pluma, ora dejándola correr tierna i armoniosa, ora festiva i lijera, la convierte luego en un pincho, i lastima i hiere usando de vocablos que no se ha tomado la pena de definir. Raizal i raizalismo significan para usted algo de añejo i vetusto, por aquello de la inmovilidad santafereña, i es cuanto he sacado en limpio, por el uso que usted hace de aquellas palabras.

¡A mí, los que han visto la luz primera en los cuatro vientos de esta hija de Quesada! ¡A mí, los que no han visto el humo de las chozas del estranjero, ni han bebido otras aguas que las de los Cristales o el Boqueron! Vosotros, mas dignos que yo para tan alta empresa, acorrednie para que pueda dejar mal parado al musulman Emiro, demostrándole arreo que en la *inmovilidad santafereña* hai mas encantos que delicias en Capua, mas ensueños májicos que en las plácidas noches de Venecia, mas fruiciones i gozos que en la renombrada Lutecia!

La noble i leal Santafé, la ciudad del águila negra i granada de oro, no bien salió de la mente de Quesada, armada como la hija de Júpiter, cuando ya ostentaba las eminentes prendas de grave matrona. Recostada sobre las faldas del Guadalupe dejó descorrer de un golpe su majestuoso ropaje, i en un dia se enseñoreó de cuantas comarcas la dió en dote el *Prudente Felipe*, de inmarcesible gloria. En su seno alimentó cuanto de mas ilustre se desprendió de las "encantadas riberas del Bétis;" i para que nada faltase a su imperial continente tambien tuvo su fuente de *Cibéles*, reproducida en nuestra *pila de la plaza*, cuyas aguas, una vez bebidas, adormecian en el regazo de la ínclita ciudad a los acuitados peregrinos que le pedian hospedaje.

Cuerdo i sesudo el español de aquellos tiempos, hubo de trasplantar a esta tierra sus lares i sus queridos penates, i con ellos el intenso amor que lo ARRAIGA (anóteme usted la palabrita) al suelo en donde se meció su cuna. El español tuvo ánimo para dejar ese suelo, pero luego le faltó el valor para arrancarse de aquí, en donde ya habia echado *raices*.

Tenemos, pues, que nosotros derivamos del español ese apego al terruño. Es sabido que en la escala de los pueblos que tienen mas propension a abandonar la patria, el español ocupa el penúltimo grado. Si a esto se agrega que el indio tiene en aquella escala el útimo lugar, i que en nuestra revuelta sociedad, cual más, cual ménos, de indio algo se nos ha ido entre vena i vena ¿qué tiene de estraño, al fin, que el santafereño sea entre los nacidos el mas adherido a este pedacito de tierra?

I porqué habria de huir de ella? Ni el hambre, ni la peste, ni una nobleza insolente, ni una plebe revoltosa, ni el mismo despotismo colonial se hicieron sentir como en otras rejiones desafortunadas, que han lanzado millares de hijos que no pueden sustentar, que no ofrecen púbulo a la industria, en donde son perseguidos de muerte por sus opiniones políticas o relijiosas. Ninguno de estos motivos obró en la antigua colonia para hacer que sus hijos la abandonaran. Trescientos años de una vida cuyas graves ocupaciones consistian en comer i dormir, apénas alarmada por las contiendas de la madre patria, o apasionada a ratos por las demasías de un presidente o los amoríos de un oidor, hubieron de crear

hábitos de sosiego, blandura i bienaventuranza, a cuya sombra la vida se deslizaba como la humilde barquilla resbala sin vaivenes sobre las ondas mansas de un límpido lago.

Imajínese usted cómo seria aquel paraiso, del que una abuela que yo tuve, me hacia una pintura que no me atreveria ni aun a bosquejar, de miedo de trastrocar los colores, a causa de hallarse mi paleta un sí-es-no-es impregnada con otros vívidos i gayos, que han venido confundiéndose en ella de 1810 para acá. Mas, cumple a mi intento el que usted me haya comprendido que hai hondas *raices* en el pasado, de donde parte ese *raizalismo* que los mozalbetes oligarquistas aparentan menospreciar, hasta que les llegue la hora de sentirse *enraizados*.

Bueno es que de paso apunte que en Santafé debe de haber algo que enamore i seduzca; algo en su cielo, algo en sus dias de espléndido sol, de atmósfera diáfana i reanimadora; algo en sus dias de grandes lluvias, cuando el padre Monserrate se echa a cuestas su manto de nieblas i bruma. ¿No cree usted conmigo que tambien haya algo en la acojida cariñosa, en el trato jovial, a la par que cortés i decente, de esas chicas que hieren con los ojos, seducen con la sonrisa, hacen enloquecer con ese conjunto que forma el todo de un palmito que rinde i esclaviza al mas rabioso i espetado *spleen*? I atienda que si le hago esta pregunta no es porque yo acepte que usted se haya quedado de miron en el patio, asistiendo a lo que usted llama la comedia del amor. El que una vez ha hecho como usted de primer galan en el drama, bien puede reir luego en la comedia, pero nunca olvidará que su primer papel fué lucido; i que le ha dejado caros recuerdos de ternura infinita, de acrisolada fe, que la risa de Momo no alcanzará nunca a borrar de un corazon bien puesto. I volviendo a mi asunto ¿no hai atractivos que encadenan en esa socidad parlera, cuentera, bufona, en esa *cachaquería* que de todo se rie, ménos del infortunio?

Ello es que si no acierto a esplicarme, sí me habrá usted comprendido que trato de darme razon por qué Santafé es patria comun, tierra de amigos. Me remito a usted, señor *provinciano*. ¿Cuál es de ustedes el que no halle en mi tierra sabroso hogar, afectos, consideraciones i caminos francos que los conduzcan a la fortuna o al poder? I es la gracia que apénas han trascurrido algunos años de estada en Santafé, cuando los de *otra parte* se hacen a los hábitos, a las propensiones de los raizales, i aceptan, casi por completo, la manera de ser del mas consumado raizalismo. Así aclimatados, van produciendo esos retoñitos del corazon, nacidos ya en Santafé, i crecen i toman todo el aire i continente de *raizalitos*; i a la postre ninguno, si no es por el árbol jenealójico, que todavía se guarda algo de esto, podria sacar en limpio de dónde fueron sus abuelos, si españoles, socorranos, neivanos o marquetanos. De aquí es que, platicando sobre estas niñadas con el *frater* Plata, concluia con esa su lójica aristotélica, que a la larga resulta que todos somos *parvenus*, o si usted gusta, santafereños hechizos.

Convenga, pues, por Dios, que en Santafé hai ese no sé qué, que en una criatura no acertamos a definir; porque decir gracia i zandunga, todavía es poco para decir en qué consista. Si usted conviene, como lo espero de su docilidad antioqueña, en cuanto llevo espuesto, no queda duda que le he ganado el pleito.

Haga usted la esperiencia, si ya no es que, trabajado de andar a sal-

to de mata, llevado del *auri fames*, pereciendo de hambre entre los farallones, en lúbricos baños con las ondinas chocoanas, o cazando lagartos, le ha tocado Dios el corazon i ha dicho, como otros tantos: "A Santafé me vuelvo mas que sea en una pata." Tan luego como usted tome esta cuerda resolucion le prometo iniciarlo en la vidorria santafereña, seguro de que a pocas vueltas llegará a convertirse en mi baquiano. Consulte usted este punto con sus paisanos, que tan atras están dejando a los *nativos*, o si quiere ir a la fuente, consúltelo con Ricardo Carrasquilla, sujeto que, en esto de raizalismo, le daria lecciones a mi maestro don Victorino García.

Oh! i cuánto siento no poder envidarle hoi la inolvidable capa española! El santafereño ha perdido con este traje la mitad i el tercio i quinto de su gala mas socorrida, desde que la recortaron i le dieron la forma mezquina en que al presente se gasta. Imajínese usted si no, que en una fresca mañana, a eso de las siete, abrigado lo íntimo con una jícara del bueno de Neiva, salia usted de su casa i echaba, por esa de San Diego, el embozo hasta las narices; i por entre las sombras de los sauces, halagado por el canto de los pajarillos, desperezado por el ambiente vivificador del claro dia, daba *su vueltecita*, i tornaba a la casa como nuevecito. No me atrevo a provocarlo describiéndole un desayuno de ajiaco, frito, i mas del bueno, i para coronar la obra un vaso de agua, si de los *Molanos*, del chorro de *María Teresa* o de la *Manita;* esto no importa, que las aguas de Santafé manan de un brazo de las del paraiso, que subterráneamente la atraviesa. En seguida iba usted con achaques de quehaceres, a la calle real; una palabra al uno, a otro le hablaba de negocios, a todos de la crónica escandalosa, hasta que a las dos dadas tomaba el camino de su casa, a hacer por la vida. La tarde se deslizaba entre la siesta, el obligado paseo, i la noche..... a pedir de boca. La tertulia, ese eterno charlar con la mamá, con las muchachas, de todo i sobre todo; luego un valsecito; luego el "Corsario" o la "Estranjera;" i derretido de amor, o aplacado por el frio de la noche, tomaba la cama. Qué he dicho! La cama! Usted que las echa de andariego ¿puede decirme si en alguna parte del mundo hai cosa comparable con la cama de Santafé? Cuenta un viajero que Mr. de Boussingault, en Guayaquil, se tendió a la bartola en una hamaca i pasó quince dias enteros fumando i meciéndose; con esto decia que esos quince dias habian sido los únicos de ventura que el cielo le habia dispensado. El ingrato! así habia olvidado la cama de Santafé!

Cuando usted, señor Emiro, se hace acaso de las nuevas i con sorna dubitativa supone que la inmovilidad santafereña *debe tener sus encantos*, da a conocer que no ha pasado en esta ciudad una semana santa, un córpus, una noche-buena; i que no ha encontrado quien lo conduzca por la mano para que usted pudiera llegar a comprender cuánto de majestuoso e imponente, de profundamente conmovedor, de tierno i edificante a la vez hai en aquellas solemnidades, si usted asiste a ellas con el respeto de la tradicion, con los recuerdos de la infancia, con las emociones volubles de la juventud. Referir a usted uno por uno tantos *encantos* como los que el santafereño paladea en cada una de aquellas grandes ocasiones, seria perder mi tiempo; porque usted, hombre culebrero i desasosegado, no me comprenderia jamas.

Nos pasa a los santafereños que cuando alguno de los nuestros

torna al hogar, despues de haber visitado a Lóndres i París i corrídose hasta Madrid, nos mantenemos colgados de sus labios miéntras nos está contando de los boulevares, de los cafés, el ferrocarril i los vapores. No se admire usted si luego de oirlo le levantamos que estuvo (el viajero) en las Tullerías, que bailó con la Eujenia, i que la casaca o el chaleco mas ruidoso que haya importado lo debió a la munificencia napoleónica. Pase usted por estas chanzonetas que, en verdad sea dicho, forman la delicia de la parlotería de Santafé. Mas la jente machucha se pregunta qué es la vida íntima en Europa? El vapor i la electricidad, acortando distancias i *movilizándolo* todo, ha destruido costumbres, ha trastrocado hábitos, ha borrado todas las tradiciones domésticas. ¿Qué es entónces la vida sin el *inmóbil* asiento a cuyo rededor jiran la esposa, los hijos, ese comercio jeneroso de afectos que solo el tiempo i el sepulcro pueden acabar?

Recoja usted, como Dios le dé a entender, de entre las especies que en este artículo-carta, desgreñado i desperjeñado he zurcido, las que puedan encaminarlo a esta conclusion: "el raizalismo es un profundo amor, un amor sin término al pedacito de tierra en que a la Providencia le vino en voluntad mandarnos crecer i multiplicarnos."

Considerado el raizalismo bajo este punto de vista, es claro que si los santafereños lo poseemos en alto grado, somos mui dignos de elojio.

Pero el raizalismo es a manera de un lago tranquilo en el que se dejase caer un cuerpo que conmoviese sus ondas; éstas se estenderian en círculos concéntricos hasta sus mas apartados lindes. Así el santafereño ama primero su ciudad, sin que esto le estorbe esparcir su amor hasta ir a derramar su sangre, en bien de sus prójimos, desde las plateadas ondas del Orinoco hasta las heladas cimas del Potosí.

El raizalismo es relativo, i no he de concluir con usted sin referirle los *cachitos* que le darán la mas cumplida idea de cómo comprendemos aquel sentimiento los *fijos e inmobles santafereños*.

Usted es patriota i sabe como yo que el ilustre relijioso Padilla tuvo que ir a dar con su humanidad hasta Roma, echado de esta su tierra por envidias i calumnias con que se quiso vengar en él su decision por la causa de la Independencia. El sabio agustiniano llevó consigo nada ménos que un chibcha neto de Fontibon. Dias despues de estar en Roma, el espatriado Padilla entablaba con su indio uno de esos diálogos que tan gratos deben de ser en tierra estraña, aunque se tengan con un indio.

—I bien, Juancho, mucho has paseado en esta ciudad de Roma?

—Sí, mi amo, mucho.

—¿Has recorrido las plazas, los monumentos, sus grandiosas ruinas, has visto sus innumerables palacios?

—Sí, mi amo, casi *todito*.

—Dime ahora, qué tal te ha parecido la soberbia Roma?

—*Poro* mucho bonita, mi amo, lo que es *Fontibon* es mas mejor!

¿Qué le pide usted ahora a este rasgo de raizalismo? ¿No le dice a usted que en aquel corazon de indio habia mas amor a su tierra que en muchos de los que vociferan patriotismo?

Pero hai otro linaje de raizalismo, que con todas véras quisiera yo que predominara entre nosotros. Conozco a un cierto inglés i digo que lo conozco para diferenciarlo de tantos amigos como tengo. Departíamos en estos dias, como ya debe usted suponerlo, sobre la obra de for-

tificacion de Cherburgo i la del cable submarino; aquella debida a los cálculos de un hombre ambicioso, i ésta a la tenacidad i pertinacia de John Bull, i del hermano Jonathan. Yo sostenia con todas las fuerzas de mi alma i finjiendo sublime admiracion hácia aquel hombre prodijioso, encanto i adoracion de los colonos de Cayena, que los siglos pasados i futuros no ofrecerian al asombro del viajero una obra mas fructuosa para la dicha del jénero humano que la de Cherburgo. Mi contrincante no anduvo escaso de razones en su vano empeño de probar que la obra del cable submarino, al fin obra de la pérfida Albion, multiplicaria, estrecharia las relaciones entre los dos mundos, que el comercio i la civilizacion en todas sus relaciones tomarian tal vuelo, que hasta nosotros habríamos de participar ampliamente de sus beneficios.

—Inglaterra, me dijo, es mui grande para que Francia pueda igualarla nunca en esta clase de obras: ella sola ha hecho más por la ilustracion i la libertad del mundo, que cuanto han intentado i cuanto hagan todas las otras naciones unidas.

—Ya se ve, le repuse, pero dígame ¿qué tan grande es Inglaterra?

—*Es dos veces i média mas grande que el mundo!*

Esto sí que es raizalismo, i de patente.

Provocado, en fin, por usted i mi malquiriente Javierito Serna, he escrito este *sermon de la Bordadita*, a saltos i brincos, i solo en cumplimiento de un deber, que mas de uno de mis paisanos habria desempeñado mejor. I si por ventura echase usted a descortesía la tardanza de este escrito, note usted que si me hubiese apresurado a *macanearlo*, mis paisanos me habrian vituperado tan culpable presteza, como ajena de su carácter, i como contraria a los fueros del raizalismo.—He dicho.

RAFAEL ELISEO SANTANDER.

LA SERENATA.

Delio a las rejas de Elisa
Le canta en noche serena
Sus amores.—ESPRONCEDA.

Hablemos claro: ¿Quién es el que no ha amado algun dia? ¿Quién el que no ha sentido palpitar alguna vez su corazon viendo una doncella, de cuyos negros ojos salia una luz blanda, suave, dorada, que iluminaba una cara de quince años? ¿Quién no se ha embelesado contemplando los contornos de una vírjen, en aquella edad en que la naturaleza adorna a las mujeres con todas sus gracias? La mujer se parece entónces a la primavera de España, o a la aurora del dia. I así es que unos se pren-

dan de sus lindos ojos, otros de sus bellos dientes; quiénes dan la preferencia a sus redondos brazos, a su flexible cintura, o a su cándido seno; cuáles se enamoran de sus hermosas pestañas, o de las trenzas de sus sedosos cabellos. Hai quienes se pagan del conjunto, i lo aceptan con todas sus perfecciones, como quien abraza un partido político con todas sus consecuencias. El pié que dicen *cuco*, la mano que denominan *ebúrnea*, la voz que llaman *arjentina*, la palidez que titulan *romántica;* todo, todo les sirve de pretesto para dejarse resbalar a lo hondo de ese despeñadero que apellidan *amor*, en cuya horrible profundidad rujen los zelos i rechinan los dientes los adoradores de la belleza.

Un autor ha dicho *atrevidamente* que no hai mujer fea; i yo soi del mismo parecer, desde luego que supe que un amigo mio se habia enamorado de una tuerta, cuyo defecto no llegó a notarle, sino al cabo de cuatro meses de matrimonio.

Lo cierto es que hai entre persona i persona, entre corazon i corazon un lazo de simpatía, que los sabaneros de Bogotá llaman el *garabato*. ¡Feliz, pues, la muchacha que tiene buen garabato, i mas feliz el que no queda engarzado en él; porque el amor da muchos pesares, como lo confirma el suceso que intento referir a mis lectores.

El pueblo de Titiribí es famoso en el Estado de Antioquia por sus pastos, sus minas de oro i sus bonitas muchachas.

Entre éstas, no há muchos años, habia una que se llevaba la palma. Cuando la conocí estaba en sus quince. Era una Hebe; tenia el cuerpo mas bien formado que he visto en toda la República. Tan bien proporcionado, que hubiera podido servir de modelo a un pintor o a un estatuario. La garganta, los hombros, el pecho i los brazos de una blancura deslumbradora; la cintura redonda i flexible como un junco; el pié como el de una andaluza; buen color, mucha gracia, i unos cabellos de azabache, que se partian en su frente i le formaban una preciosa corona, eran el adorno de su cabeza.

Si tuviera la pluma del afamado Balzac, que no omite en sus descripciones ni el negro de la uña al tratar de una persona, ni el musgo de las paredes al describir un edificio; aquí me cabia enumerar una a una todas las gracias de la belleza de Titiribí; mas cada uno tiene su manera de pintar que le es propia, i confiado en la penetracion del que leyere este artículo, juzgo impertinente el detenerme en describir los encantos de Matilde. Tal era el nombre de la reina de Titiribí. Sus labios eran como flores, sus mejillas como rosas, i sus ojos ocultaban un *garabato* que....que....que....Pero ¿qué cosa hai en el mundo mas hermosa que los quince años de una doncella de nuestras montañas?

Matilde era única hija de Tenorio Jil, pobre en sus principios, patan en sus medios i en sus fines, quien tuvo la fortuna de encontrar una mina de oro que lo ha vuelto poderoso, suceso que nada tiene de raro en el Estado de Antioquia. La mina de Tenorio Jil le ha dado muchas arrobas de tan apreciado metal, que el bueno del hombre debe de tener soterradas, pues su riqueza ni luce ni parece. Cuatro perros, tremendos animales que se comen ocho libras de carne todas las mañanas, están encadenados por el dia i duermen sueltos por la noche, guardando su injente tesoro. Tenorio Jil es timorato, rezandero, hombre de bien a carta cabal, i si no fuera por una tos seca que le acompaña, cualquiera diria que le restan largos años de vida.

Por lo poco que he dicho de la señorita Matilde, puede inferirse que tendria el pueblo en candela: me esplicaré mas claro, quiero decir, que tendria muchos adoradores. I así era a la verdad. Martin Pérez, mozo de veinte a veinticinco años, carilargo i boquifrío, con unas piernas mui largas i un aire dejativo, abrigaba un corazon mui sensible, que ardia, ya para dos años, en el fuego que encendieron en él los ojos de la risueña Matilde. Ético, consumido lo tenia la pasion; pasion que no ignoraba el pueblo, i de la cual se reia a sus anchas la festiva muchacha. Tal era el estado de las cosas, cuando yo me presentê en aquel dichosísimo pueblo, por mal de mis pecados, a mediados de diciembre de 1848.

Los negocios que me llevaron allí me detuvieron algunas semanas, bien a mi pesar; pues como no estaba enamorado no tenia materialmente en qué divertirme. Pasaba el dia haciendo cálculos i números, i las noches oyéndole ponderar al bueno de Martin Pérez las gracias de su adorada Dulcinea.

Llegó a visitarme una noche a la hora acostumbrada, i con una sonrisa que hacia mas patente su terrible pasion, que se revelaba también en el fuego de sus miradas, me dijo: esta noche vamos a dar una serenata i es preciso que usted nos acompañe.

—Con muchísimo gusto, le contesté, porque aunque las serenatas solo sientan bien cuando hai correspondencia entre los enamorados, soi decidido por toda clase de armonía, i la música....

—Sí, ya verá usted qué buen rato nos pasamos!

—Ya me lo supongo. Pero dígame usted ¿cuántos vamos, quiénes tocan, cuáles cantan? esplíqueme usted, como quien dice, el programa de la fiesta.

—Vea usted, nos reuniremos a las nueve en casa de la Matea; allí nos entretendremos jugando a los dados o a la primera. I por cierto, ahora me acuerdo, que esta noche van a hacer la rifa de las pistolas de Camilo. Linda alhaja! es preciso que usted éntre a la rifa i se las gane.

—A eso no me comprometo, porque aborrezco el juego por instinto, por conviccion i por cálculo.

—De todo hai en el mundo: vea usted, otros juegan por inclinacion. Bien: usted se divertirá entretanto en conversar con las hijas de la Matea, que son un par de pichonas mui divertidas. Miéntras usted conversa con ellas, alguno se sacará la rifa, i la média noche irá viniendo. Hora grande i solemne para los que saben amar! Se descorcha una botella, se llenan las copas, se apuran a un tiempo, i empiezan a templar las guitarras. Sale la procesion, se acerca a las ventanas de Matilde, se cantan dos famosas canciones, i se va cada uno a recojer. Para eso se escojen los sábados en la noche, pues se puede dormir hasta las diez, que la misa del domingo poco importa.

Pasmado me quedé al oir tal esplicacion; i mas bien por observar que por divertirme, me dejé llevar a la serenata.

La noche era magnífica: el cielo estaba despejado i sereno; la luna brillaba con una luz tibia i suave que rielaba por entre las hojas de los árboles, o por sobre los techos de paja; el aire, impregnado de esencias, se sentia por todas partes con el olor de los azahares, de los jazmines, de las rosas, i de tantas plantas como florecen en éstos países. Reinaba un gran silencio cuando llegamos cerca de las ventanas de Tenorio Jil.

Miéntras acababan de igualar las guitarras, i para limpiar el pecho

tosian los cantores, me acordaba yo de las relaciones que me hacia un amigo que ha recorrido gran parte de la Europa, i me figuraba estar oyendo las *barcarolas* de los venecianos, o las serenatas de los andaluces a las señoritas de Sevilla. Veia cómo la luna, que duerme tranquila en la playa de los mares, segun la espresion de Milton, bañaba con su luz las olas del Adriático; i las góndolas de donde salian, al són de los remos que iban cortando las aguas, esos cantares tan afamados en toda Europa por su ternura i por su sencillez. Parecíame luego que veia la Jiralda, que cual una flecha queria rasgar las nubes; veia al español con su capa revuelta al brazo, con un sombrero chambergo en la cabeza, tañendo la guitarra i cantando un bolero, con aquel chiste que colora i anima las palabras i los acentos.

—En qué parará esto? me decia.

—¿Cuál es la ventana que dice al cuarto de los viejos? preguntó uno de los acompañantes.

Martin Pérez, conocedor de las entradas i salidas de la casa, señaló la última, de cinco que daban a la calle. Uno preguntó que qué cantaban primero, si el *Arroyuelo* o la *Barquilla?* Otro propuso que empezaran a tocar a duo una contradanza con las guitarras, fundándose en que era preciso llamar primero la atencion del enemigo; quién fué de opinion que comenzaran el ataque bruscamente sin preludios, ni preparativos. A todo esto habíamos formado un corrillo de siete personas que deliberaban en voz baja, como si aquello fuera una conspiracion. Yo era el mueble mas inútil, i hacia por lo mismo las veces de secretario. El parlamento estaba dividido en pareceres i la disputa llevaba filos de no dar ningun resultado favorable al palpitante corazon de Martin Pérez, que, como perfecto enamorado, hubiera querido tener en aquella noche la voz de los serafines para encantar a su adorada princesa. Esta se hallaba renegando de un dolor de muelas que no la dejaba pestañar; i sabida cosa es que con tal dolor el que lo sufre no desea sino dormir, porque, segun afirman los que lo han padecido, es mal tan violento que hace renegar hasta de la existencia. Martin Pérez habia escojido, pues, una hora fatal; i dicen los políticos, entre ellos Talleyrand, que muchos triunfos diplomáticos se han debido al haber aprovechado el feliz momento de hacer una proposicion.

Esta regla es infalible en la práctica respecto de las mujeres.

Como digo, en el corrillo no sabian qué resolver cuando uno, jayanote estupendo que descollaba con toda la cabeza, propuso que se cantara un *solo* acompañado con la corneta piston, que sacó de bajo del capote, i con la cual ofreció hacerlo a las mil maravillas. La oferta fué recibida con un palmoteo de aprobacion. Martin Pérez se colocó en la mitad del círculo i a su lado aquel nuevo Orfeo, que iba a evocar la sombra de aquella casta Eurídice, que estaba bien acostada bocarriba, llorando como una Magdalena su dolor de muelas.

Soltó la voz el bueno de don Martin cantando:

En las sombras de la noche,
Cuando el mundo duerme en paz,
Las caricias de....

La corneta piston iba siguiendo, como un galgo que corre tras un venado, con su clamoreo desapacible, la voz de aquel patan de las montañas, cuando ladró un perro, i ladro otro, i por fin ladraron i respondieron en coro todas aquellas fieras desatadas que guardaban a la vírjen de Titiribí i las onzas de Tenorio Jil, más vírjenes todavía.

No paró en esto: quiso nuestra desgracia que, como estaban haciendo una reparacion en las paredes del corral de la casa del asmático Jil, los perros saltaron a las bardas i las coronaron dando ladridos espantosos. El de la corneta, que estaba mui distraido, volvió a hacer retumbar su instrumento, i los perros se nos vinieron encima como unos toros. Yo desenvainé inmediatamente mi estoque, i el parlamento se volvió *una merienda de negros*. A fuerza de pegarles con las guitarras en la cabeza a aquellas furias, i de haber atravesado de una estocada al mas atrevido, nos dejaron volver a casa de la Matea. Allí pasamos revista.

Dos guitarras quebradas, un sombrero i un zapato perdidos i una capa hecha pedazos, fueron las bajas que tuvimos en aquel encuentro. Si sigue el amor, si las serenatas siguen, o si hubiera permanecido yo por mas tiempo en aquel santo lugar, no me habria quedado ni cara en que persignarme.

Martin Pérez se desmayó en casa de la Matea, i a fuerza de hacerle respirar humo de plumas quemadas, volvió en sí, fijo en su amorosa idea, como lo están en su tema los maniáticos. Lo primero que preguntó fué si Matilde se habia asomado a la ventana?

—Qué Matilde, ni qué sota de bastos! le respondió el de la trompeta, lo que usted debe hacer es guardar el mas profundo silencio, i que nadie trascienda tan negra aventura, para tapar la boca a los maldicientes.

En los lugares cortos es mucho lo que se murmura, mucho lo que se repara, i mucho lo que se miente; sin que por esto queden santificadas las ciudades populosas, en donde tambien se cruzan los maldicientes i los murmuradores. Al otro dia no mas se supo ya en Titiribí que los ladrones habian asaltado la casa de Tenorio Jil, i mostraban en el juzgado parroquial un zapato roto, como cuerpo del delito, del cual hablaba el juez con mucha formalidad en la cabeza del proceso que estaba instruyendo para averiguar el hecho. Otra ventaja indisputable de los lugares cortos, en donde se levanta un sumario por una friteza, i en donde hai una pocilga en que fragua sus iniquidades algun tinterillo de aldea, que, como la araña, estiende su tela en los mas oscuros rincones.

Lo que no estaba en mi librito, ni llegaria nunca a sospechar Martin Pérez, fué lo que de ahí a poco se supo: que la encantadora Matilde se casaba con uno de esos suizos que se aparecen en nuestros poblados con un mono o con un organito en vez de credenciales i de pasaporte; éste decia que era insigne sacamuelas, i que sabia poner dientes artificiales.

El lector querrá saber si Matilde se casó por fin, o si las de su matrimonio fueron meras hablillas de pueblo; i como narrador concienzudo i verídico de esta historia, me toca informarle que se casó en efecto, influyendo mucho en acelerar su determinacion las burlas que comenzaron a propagarse respecto de la mencionada serenata.

Martin Pérez, que amaba a la muchacha de buena fe, i que a pesar de su semblante cadavérico tenia un corazon que ardia como el abrasado Monjibelo, adoptó, para consolarse i olvidar a su bella, el pésimo re-

curso de frecuentar la casa de la Matea, jugar i beber. Tenia ya sus buenos principios, i pienso que le daria poco trabajo para llegar a ser uno de los discípulos mas aventajados de aquel famoso establecimiento. Qué bien decia Samaniego:

Cuenta con los primeros pajaritos.

JUAN FRANCISCO ORTIZ.

JOAQUIN GUARIN.

Estaba yo ausente de Bogotá cuando recibí la noticia de la muerte de GUARIN. Temiendo haber sido mal informado, ya sobre el hecho mismo, ya sobre las circunstancias que lo hubieran acompañado, i no queriendo dar crédito a una cosa que para mí era imposible, escribí inmediatamente a un amigo mio, suplicándole me informase de lo que habia en el particular, i, si por desgracia aquella noticia era cierta, me comunicase todos los pormenores de ella. Él me contestó la carta que a continuacion se verá, i que vale bien por una sentida necrolojia.

Aunque ésta es una carta puramente familiar, i como tal entra en ciertas interioridades ajenas de cualquiera otra clase de escrito, no creo que los pormenores que ella contiene puedan carecer de interes para las personas que conocieron i supieron apreciar el mérito del jóven GUARIN.

Mi querido amigo:

Me pides que te hable de GUARIN, i me preguntas porqué no he escrito su necrolojia....La necrolojia de GUARIN....Palabras terribles que jamas me figuré tuviera que pronunciar, i que ni por la imajinacion me habian pasado!....

¿I para qué seria bueno escribir lo que tú llamas la necrolojia de GUARIN? Se escriben tantas cosas de cualquiera que muere! La sola palabra necrolojia, ya gastada i sin resortes ¿no seria suficiente motivo para que el mas sentido recuerdo de nuestro amigo fuese visto con indiferencia, i aun tal vez con repugnancia? Por lo que hace a la biografía de este jóven estraordinario, paréceme que aun no es tiempo de escribirla: aguardemos mejor época, i por ahora libremos la memoria del jenio del ultraje de la indiferencia, i aun del desprecio de los contemporáneos, i contentémonos con llorar en secreto su pérdida, aquellos que supimos apreciar lo que valia.

Así que, esto, que en tono bajo i familiar te escribo, tenlo i guárdalo como cosa privada, que no debe ver la luz pública, sino solamente quedar dentro del reducido círculo de algunos amigos que sepan sentir como tú i como yo.

Hacia algun tiempo que no veia yo a GUARIN, porque los maldecidos acontecimientos del mes de abril (1854) i la distancia de una milla a que vivíamos uno de otro, nos habian separado; cuando a mediados de agosto me propuse arriesgar *mi personalidad* en la calle, i como una rata que atraviesa velozmente de un agujero a otro, me presenté en su casa una tarde. Agradecióme él sin duda esta visita, i me recibió, como siempre, con los brazos abiertos. No hai satisfaccion mas grande que la que se esperimenta al ver el júbilo sincero, natural i espontáneo que la presencia de uno produce en casa de un verdadero amigo: aquellas caras alegres de amos i criados, que asoman por todas partes, aquellas sonrisas amables, aquellas carreras de los niños que anuncian bulliciosamente la llegada, serian capaces de romper un corazon ménos elástico que el que Dios nos ha dado para amar. "Vengo a ver *nuestro* nuevo departamento, le dije, cuyo arreglo me ha anunciado usted hace tanto tiempo." En efecto, me condujo a las piezas que habia preparado con tanto gusto como profusion i elegancia; porque tú sabes que aunque GUARIN no era rico, era grande i rumboso en todas sus cosas, pero sin afectacion ni bambolla, i que su bolsillo jamas se cerraba para proporcionarse todas las comodidades de la vida. En aquel departamento, compuesto de una sala, un gabinete i un jardin, que apénas comenzaba a plantar con sus manos, habia colocado ya su magnífico piano de cola, i veíanse amontonados aquí i allí en un gracioso desórden, que pudiera compararse al delirio de un amante, las óperas de Bellini, Donizzetti, Mozart i Verdi; las sinfonías de Haydn i Beethoven, libros preciosos, *albums* riquísimos, bustos i estatuetas de mármol, retratos de todas las notabilidades artísticas, cuadros de Vásquez, lámparas de bronce, relojes historiados, periódicos de todos jéneros, fósiles i otras curiosidades jeolójicas. En igual desórden estaba su pequeña biblioteca: aquí andaba por el suelo frai Luis de Granada con Humboldt; por allá estaba la Biblia con César Cantú; por aquí Juan Flórez de Ocariz con Lamartine i Bossuet; allá las obras de Gaume con Dumas i Feijoo; i en otro rincon Cervántes con Kempis, el diamante empastado, como él le llamaba.

En medio de este acervo de cosas tomé asiento en una poltrona que allí estaba, i supliqué a GUARIN tocase una de mis fantasías favoritas. Con aquella condescendencia que le era jenial, se sentó al piano i ejecutó admirablemente *el sueño*, luego *le roulis*, fantasía marina, i otra cuyo nombre no recuerdo, todas del jénero que GUARIN i yo llamábamos *música contemplativa*.

Con la última nota que espiró entre sus dedos como un eco lejano, brotó de sus ojos una lágrima furtiva, que se apresuró a enjugar con disimulo, a tiempo que yo sacaba mi pañuelo para enjugar otra que respondia a la suya, producidas ambas por las mismas emociones, i tal vez....por un mismo presentimiento.

Para mejor disimular, me dijo levantándose neglijentemente del piano:

—Si es cierto que el Ánjel del Juicio ha venido ya a la tierra en forma humana, creo que no será el único ánjel que haya bajado a visitar a

los hombres: el autor de estas melodías indefinibles lo era tambien sin duda.

—Así es, le contesté: solo un ánjel puede tener pensamientos del Cielo.

Permíteme que continúe refiriéndote este diálogo, por la significacion que tiene para mí.

—Qué ha hecho usted en todo este tiempo? me dijo.

—Creo haber hecho algo de provecho, le contesté: he complementado mi matrimonio, *velándome*.

—Las circunstancias son mui tristes.

—Por lo mismo.

—I se confesaria usted! añadió sonriéndose.

—Es condicion *sine qua non*, le contesté con una seriedad verdaderamente diplomática; i lo he hecho con el mayor placer. ¿Usted se ha reconciliado alguna vez con un amigo enojado?

—No tengo amigos que se enojen.

—Cierto! quién habia de enojarse con usted!

—Pero bien!....

—Ha sido un dia mui feliz para mí; porque lo son todos aquellos en que veo feliz a mi esposa....I despues, no hai cosa mas dulce que reconciliarse con el mejor de los amigos, i por consiguiente con el prójimo! Ni hai cosa mas sabrosa que saldar cuentas con la conciencia i con el mundo.

—Usted me está provocando, dijo alargándome la mano, voi a confesarme. Hacia algun tiempo que por una inspiracion secreta lo deseaba, i usted es el ánjel que viene a conducirme.

De allí mismo me dirijí al convento vecino a hablar con el santo relijioso que con tanta paciencia habia oido mis pecados, i quedó arreglada su entrevista con mi amigo.

Ocho dias despues, GUARIN, esa alma candorosa i sencilla, en que no habia un solo punto negro, estaba limpio como una paloma, i puro como el agua que salta de la roca. Tres meses mas tarde hizo su tercera confesion en el lecho del dolor, i fué la última!....

La siguiente visita que hice a GUARIN despues de la escena que acabo de referirte, me proporcionó un momento feliz: él estaba fuera de casa, pero me recibió su bella i amable esposa con las demostraciones mas vivas de gratitud.

—Usted es nuestro mejor, nuestro verdadero amigo, me dijo entre otras cosas. Yo me congratulé con aquella alma piadosa i llena de candor, sin esquivar sus palabras lisonjeras, i me instalé en mi poltrona favorita, diciendo a la jóven compañera de GUARIN:

—Aquí se respira por todas partes un perfume de felicidad inesplicable. Cuán dichosos son ustedes! Solo yo puedo comprender esa dicha. Una sonrisa acompañada de un suspiro fué su única respuesta. El corazon de la mujer es el verdadero magnetismo que adivina los sucesos al traves de los tiempos i de los lugares....

A pocos momentos entró él, lleno de un alborozo casi infantil: los Relijiosos de Santo Domingo acababan de regalarle una Magdalena de Vásquez, que colocó al frente de otros dos bellos cuadros. Un buen cuarto de hora gastamos en observar aquella pintura cuyo paisaje nos parecia, aunque legos en el arte, demasiado bueno para ser del pincel de

Vásquez, que, segun los conocedores, no era mui fuerte en este jénero, o por lo ménos se le tacha de amanerado.

Guarin, que en sus últimos dias hallaba en todo una especie de tinte místico, sin duda porque su alma estaba preparándose ya para volar a las mansiones celestes, me dijo: "este regalo tiene una gran significacion, i es una rara coincidencia." En efecto, no pude ménos de reconocer con admiracion en aquel lienzo animado un elocuente aviso de *perseverancia*.

En las dos o tres veces que estuve despues en casa de Guarin, siempre huyendo de ser conocido en la calle, no ocurrió nada de notable; pero no quiero dejar de referirte una circunstancia que, aunque insignificante a primera vista, me ha preocupado mucho despues de la catástrofe que lamentamos. Sobre un elegante armario de rosa tenia siempre nuestro amigo una pequeña redoma de porcelana, de cuello estrecho, i en ella conservaba una flor, una sola flor, que sin duda renovaba todos los dias. La primera vez que hice alto en esta flor aislada i solitaria, léjos de mirarla como un emblema de soledad i de viudez, solo vi en ello un capricho de artista, o tal vez una casualidad; pero fué tan repetida mi observacion, que al fin le dije:

—Es usted partidario de los floreros *unitarios?* Para un soltero seria un bello emblema de amor.

—No entiendo el lenguaje de las flores, me dijo; i un preludio vago i distraido que murmuró en el piano, cortó nuestro diálogo, que sin duda habia herido su corazon con una espina.

¿Era esta flor un terrible pregon de desgracia para su esposa, o tal vez para mí? Por tal lo he traducido yo despues.

Soi mui susceptible a esta clase de impresiones producidas por tristes coincidencias. Por via de episodio, i como se trata de asuntos familiares, te referiré una anécdota bien singular i que te interesará por ser amigo de las personas que en ella figuran. Cuando el malogrado jeneral Acosta i yo exhumábamos el cadáver de nuestro amigo el jeneral Acevedo, notó aquel que en la caja esterior en que debíamos depositarlo, formada de tablas de pino, estaban casualmente estampadas las iniciales J. A, que lo eran de José Acevedo i tambien de Joaquin Acosta, i debajo esta palabra francesa *Fragile*....La conmocion que esperimentó Acosta fué visible, i dirijiéndose a mí, "qué dice usted de eso?" me preguntó. "Que es una especie de epitafio bien epigramático," le contesté. Un mes despues de esto murió el jeneral Acosta, i su cadáver fué colocado en la bóveda que ocupaba el del jeneral Acevedo. Refiriendo yo esta triste anécdota a Guarin, me dijo: "Amigo! crea usted, que el Cielo nos anuncia muchas cosas que pasan desapercibidas para nosotros....Esta vida no es mas que un *cánon*, para hablarle a usted en términos del arte; una *fuga*, como decimos los músicos, en que nos vamos alcanzando unos a otros en diferentes entonaciones i claves, pero siempre en el mismo tema, i siempre *al final*.

Volvamos a nuestro pobre amigo. Todavía has de admirar dos cosas que tú llamarás pequeñeces, si quieres. Quince dias ántes de su muerte se hizo retratar por tercera o cuarta vez, i llevó el retrato a su esposa, diciéndole que era *un regalo* que queria hacerle. Esto fué en medio de los dias mas aciagos de la revolucion.

Por ese mismo tiempo la esposa de Guarin habia encargado a un

amigo suyo que le hiciese un pequeño dibujo con el cabello de su primer hijito, que ya habia muerto. Este amigo, encontrando a Guarin en la calle, le cortó, casi por la fuerza, una guedeja de pelo, i pocos dias despues, en el cumpleaños de la señora, le remitió un primoroso trabajo compuesto del cabello de entrambos. Este amigo habia adivinado que, a aquel primer dardo que habia desgarrado el corazon de la madre, debia seguirse bien pronto otro que desgarrase el corazon de la esposa.

El dia 4 de diciembre se batian en las calles i casas de Bogotá catorce mil hombres: era el combate del crímen con la virtud, de la Nacion con algunos granadinos desnaturalizados: era la lucha de la serpiente con el condor! en medio de esta tempestad de dos dias, que derribó tantos árboles, orgullo de la Patria, i que agostó en flor tanta mies, el jenio se estinguia al soplo de una fiebre violenta: Guarin apénas respiraba ya, acometido por crueles paroxismos. Momentos terribles! Su casa era un campo de batalla; los soldados constitucionales que atacaban la ciudad por el Oriente, se habian apoderado de ella; el vivo fuego de fusilería se hacia a diez pasos del lecho mortuorio; los toques de corneta, las voces de mando se daban casi a su cabecera; las fantasmas que el agonizante jóven veia en su delirio, no eran fantasmas..... eran los oficiales i soldados que, despues de dar la muerte al enemigo, iban a socorrer al pobre febricitante, a sujetar al desdichado que habia perdido la razon por la afeccion cerebral, i de allí volvian a cargar su fusil o a desenvainar la espada:.... Algo de mui estraordinario debia haber, i en efecto lo hubo, en la muerte de Guarin.....

Haydn, a quien tanto admiraba nuestro jóven compositor, murió en circunstancias idénticas; i refiriéndome éste los últimos momentos del profesor aleman, se estremecia. "Figúrese usted, me decia, que la ciudad de Viena era un infierno i el combate que se habia trabado en sus calles i casas con el ejército frances que la sitiaba, era horrible. Haydn estaba espirando, i en vez de las dulces armonías que debian haber acompañado sus últimos instantes, solo oia a su rededor las multiplicadas detonaciones del cañon, de las bombas i fusiles, los gritos de guerra, los lamentos de los heridos: el humo de la pólvora le sofocaba!... Si el gran maestro conservaba su razon debió creer por un momento que estaba ya irremisiblemente condenado!" ¡Quién hubiera dicho a nuestro Guarin que en aquella relacion que le aterraba, hacia la de su propia muerte!

Los defensores de la lei, del órden i de la moral triunfaron al fin. Guarin, que esperaba saludarlos con alegres canciones, no vió su triunfo, como tampoco sus *amigos* hemos gozado de él. La Providencia, que tenia levantado el brazo de su justicia sobre esta ciudad por las blasfemias i abominaciones de sus moradores, nos perdonó como a Isaac, pero señaló víctimas. Os concedo la paz, dijo, pero a condicion de arrebataros seres bien queridos.... El cambio se efectuó, i Bogotá i la Patria, i el Arte quedaron huérfanos; i Herrera, i Mendoza, i Olarte, i Caro i Guarin i otros varios perecieron en aquel dia de ira i de clemencia.

Las exequias se hicieron en la iglesia de la Candelaria el 6.... aquel dia funesto en que Bogotá lloraba cubierta de luto; en que no se oia sino el lúgubre concierto de mil campanas, las detonaciones del cañon i los tristes lamentos de una poblacion entera; en que por todas partes i a todas horas tropezaba el transeunte con un féretro, con un cortejo funerario.

Se cantó el magnífico oficio de difuntos que el mismo GUARIN habia compuesto; i aquellas lecciones llenas de sublime melancolía, aquellas notas llenas de lastimera inspiracion, subiendo del coro a las bóvedas del templo, para reflejarse despues sobre el mismo que las habia dictado, no eran parte a despertarlo de su último sueño!

Una señorita, discípula suya, dotada de una alma grande i de una sensibilidad esquisita, se adelantó al catafalco, en el momento solemne del miserere, i colocando sobre él dos coronas de cipres e inmortales, lo regó con un rio de lágrimas.

Aunque las circunstancias eran poco propicias para desplegar toda la pompa fúnebre del caso, sinembargo, la orquesta fué mas numerosa de lo que era de esperarse, i en ella se veian algunos estranjeros que iban a pagar su postrera deuda de admiracion i de amistad. Yo mismo tomé parte en aquellas tristes armonías, i mas de una vez dejé el instrumento para enjugar las lágrimas, al par de mis desolados compañeros.

Al declinar el dia marchábamos silenciosos por la avenida del Cementerio algunos amigos que llevábamos en hombros aquellos restos queridos, los cuales dejamos en su lecho de tierra, dándoles el adios postrero en medio de sollozos. El sol se despedia tambien en aquel momento de nuestro amigo, haciendo penetrar tímidamente sus últimos rayos por entre la arboleda del panteon, i dorando con ellos las rosas que se mecian tristemente enfrente de aquella tumba que iba a cerrarse.

Al siguiente dia una mano desconocida escribió sobre el calicanto que cerraba la entrada de la bóveda, estas palabras latinas:

ÆS RODIT TEMPUS, RODERE CORDA NEQUIT;

pensamiento que vendrá mejor cuando la futura civilizacion de nuestro pais haya levantado a la memoria de GUARIN un monumento duradero.

GUARIN contaba apénas 29 años cuando murió. Habia sido feliz: tú sabes que su carácter apacible i bondadoso, su injenuidad i sencillez, su jovialidad bogotana, su escelente corazon, lo hacian dichoso en el recinto doméstico i fuera de él. Tenia tantos amigos i admiradores cuantas personas le conocian, porque sabia hacerse agradable a todo el mundo, i poseia aquel iman secreto i misterioso que se atrae todas las simpatías. Pero habia sufrido ya grandes golpes: en edad temprana perdió a su madre, quedando huérfano, i mas tarde dos hijos varones, uno de ellos de edad de seis años.

Creo haber satisfecho en lo posible tus deseos, haciéndote la sencilla relacion de pormenores que sin duda tendrán un grande interes para ti, i que no he podido recordar sin profunda emocion, i sin verter una lágrima de dolor.—Tu amigo, * * *

JOSÉ CAICEDO RÓJAS.

UNA NOCHE DE FIESTAS.

Si los sucesos que pasan
En las fiestas, de un sol claro
A la viva luz, se esconden
Al ojo mas avisado,
Hora que la noche tiende
Sobre Bogotá su manto,
¡Cuántos misterios habrá
En esta plaza encerrados!
Mas por dicha, de la luna
Ya asoma el tranquilo carro,
Sobre la estendida plaza
Largas sombras dibujando;
I numerosos faroles
De mui diferente rango
Alumbran escasamente
Los incómodos tablados.
Hai en ellos pocas damas:
Todas están paseando
De la plaza en derredor,
Apoyadas en el brazo
De los amables galanes,
Que ocasion han encontrado
De mostrar el sacro fuego,
Que largo tiempo ocultaron
En sus tiernos corazones.
Las niñas no son de mármol;
I les responden así....
Claro está, con cierto agrado;
Mas con toda la prudencia
De un antiguo diplomático.
—Qué habrá esta noche?—Unos globos
De colores, fabricados
En el barrio de las Niéves,
I toro encandelillado.
En un corro numeroso
Hai unos negros caucanos,
Que al són de sabrosos tiples
El bambuco están cantando
Con las coplas que improvisan.
Copiaremos tres o cuatro:

Los ojos mejores son,
Por mas que todos se alaben,
Los que espresar mejor saben
Lo que siente el corazon.

—

Una muchacha encontré
Graciosísima, divina;
Pero luego la dejé
Porque tiene crinolina.

Me gusta toda mujer,
Aunque fuere vieja i goda;
Pero no puedo querer
A las niñas a la moda.

—

Entre mujeres prefiero
Las niñas de Santafé;
Porque tienen un salero,
I un garbo... i un no sé qué...

—

Qué diferentes rüidos!
El chirriar del pescado
Que se frie en la sarten;
Los silbos de los muchachos;
De infinitas loterías
Los mil gritos destemplados;
El largo mujir del toro,
Porque le están amarrando
Los candiles; chuchas, tiples,
Panderos, alegres cantos;
El sonido de las copas,
Los cubiertos i los platos;
Los gritos de las guarichas
Que se insultan peleando;
I el estruendo del concurso,
Semejante al són lejano
Del mar rabioso, o de un rio
Con las lluvias desbordado.
—Globo, globo!—Qué bien sube!
—Ya se enredó en los tablados.
—Que se quema.—Se quemó!
—Oh! qué millon de muchachos!
—Cómo gritan! cómo corren!
—Se queman.—Jesus, qué bárbaros!
—Ya sueltan el otro globo.
Música.—Bueno!—Qué alto!
—Está como una estrellita.
—Ya las nubes lo ocultaron.
—El toro sale por fin.
—Pobre! va a morir asado.
—Jesus, cuántos toreadores.
—No embiste: ya lo embobaron.
—Aquí no hai nada que ver;
Dejemos la plaza i vamos
Allí a las casas de juego,
Para darles un vistazo.

En una casa contigua
A la plaza, están mezclados
Mil i mil juegos distintos

En que se disfraza el dado,
I otros mil en que se roba
Con admirable descaro.
En ella se ve un concurso
Indescriptible, formado
De toda edad, todo sexo,
Toda condicion i rango.
Al lado de un niño rubio
Está un enorme negrazo;
Junto a dos lindas doncellas
De alta alcurnia, dos borrachos,
Una vieja, dos mendigos,
Un pepito i tres soldados;
Allí con la inmunda frisa
Se rozan trajes de raso;
I nagüitas de zaraza
Con...—No digas eso, Fabio,
No es bueno decirlo todo;
Que el lector adivine algo.
—Oh! qué confusion, qué estruendo!
Parece el juicio! Escribamos
Algunas frases tomadas
De este Babel, de este oceano,
Donde se confunden clases,
I condiciones i rangos.
—Sí, mi negro.—Sí, mi china.
—*El morrion de Juan soldado.*
—No lo dudes, te lo juro,
Será ardiente, eterno.—*El cháfaro*
Del calentano.—Se va
La bola.—Un amor sagrado.
—Sí, los hombres dicen eso
I despues...—Me apunto al cuatro.
—Esos son hombres vulgares.
—*La fruta de chil colgando.*
—Juro romperle la crisma.
—Alto, amigo, yo no aguanto
Roncas.—Salga aquí si es hombre.
—*Los antojos de Pilátos.*
—Apúntese, caballero.
—Gracias, mil gracias, Medrano.
—A primera sangre.—A muerte.
—Mi padrino será Flavio.
—*El chulo jalando tripa.*
—Dame dos condores, Pacho.
—Otro bizcocho, Adelaida.
—*El chirlobirlo en el árbol.*
—Este será el chirlobirlo?
—No señor, ese es el sapo.
—Brandi.—Mas vino.—Adios, Pepe.
—Otra copa de anisado.
—Celos yo? ni los conozco.
—Diez i ocho i seis, veinticuatro.
—Hola! señor don Felipe.
—Hombre, José, qué milagro!
—Los alféreces mañana
Son los antioqueños.—Malos.
—I las niñas?—Están buenas.
—Fuera de aquí! Qué muchachos!
—Porqué me bota mis chochos?
—Qué bueno está el monte dado!
—Por Dios, no rompan las copas.
—Arriba, arriba, cachacos!
—Blanqueó.—Coloreó.—Me apunto.
—Pintó por tres: treinta i cuatro.
—Está jugando de flor.
—Pague.—*La bota chirriando.*
—Qué rondas las que nos echa!
—Qué calor! estoi asado!
—*El martillo taque taque.*
—Infeliz! lo desbancaron!
—Ñongo.—Puertas.—Cero negro.
—Josefita, tome el brazo.
—Préstame unos ocho fuertes.
—Ya no tengo, estoi pelado.
—Caballero, una limosna
A su cojo.—Voto al chápiro!
—Reserva para la cena
Unos fuertes.—Abran paso.
—Hombre, con las crinolinas
Nos tienen aquí sitiados.
—Por tres i cuartillo libres
Se va la ficha.—Ande, blanco.
—Qué miseria!—Qué piojera!
—Todos son descamisados.
—Dejemos este barullo
I a las otras casas vamos.

En una mesa forrada
De paño verde, sentados
Están un lindo Pepito,
Que tendrá diez i siete años,
Un viejo blanco de canas,
Mui corto de vista i calvo,
I un militar bigotudo
I de jesto avinagrado.
Hai como esta mesa muchas,
I en cada una están jugando
Tres o cuatro hombres, i entre ellos
Hai pobres, hai millonarios,
Lindos, feos, viejos, mozos,
Grandes, chicos, gordos, flacos,
Nobles, plebeyos, pepitos,
Cornabacetes, letrados,
Altas notabilidades,
Comerciantes, democráticos,
Militares, congresistas,
I médicos, i empleados,
I autoridades, i músicos,
I pintores, i artesanos,
I hombres de todas naciones,
I hombres de todos estados.
Oyese un rumor confuso,
Producido por cien diálogos
Que solamente comprenden
Los señores iniciados.
—Paso.—Juego.—Juego mas.
Robe.—Quiere oros?—Qué diablos!
—Usted da la carta.—Bueno!
—No se duerma.—Pase el plato.
—Mas vale rei que....—Caramba!
—Maldito sea el caballo!

—Oh, qué polla la que pierdo!
—De eso no tengo.—Son bastos.
—Bravo!—Oremus.—Oh! qué bestia!
—Qué codillo!—Contrafallo.
—Qué calaverada, entrar
Solo con malilla i basto.
—Haga todas las podridas.
—Esta tal vez no la gano.
—Mándeme dar chocolate.
—Puesta.—Yo vuelvo arrastrando.
—Esta polla no se pierde
Aunque lo manden los diablos.
—Pero, hombre, es mucha torpeza:
Porqué no le pone el basto?
—No se me corra, mi viejo.
—Ambos nos fuimos al plato.
—Esa sí estuvo fregada.
—Una, dos, tres, diez morlacos.
—Imposible que se pierda:
Seis de espadas, rei, caballo,
Malilla, punto, una mas,
Rei de copas ensotado.
—Jugó.—Espadas.—Robe espadas.
—La chilló.—Jesus, qué escándalo!
—Se le mojan los papeles.
—Hombre, qué tal si me agacho!
—Maldita sea mi suerte!
—Oros.—Quiere oros?—Negado.

Se me olvidaba decir
Que a mas de los tres sentados
Hai muchísimos mirones,
Que no hablan en estos diálogos,
Pero que comentan siempre
Al terminar cada mano,
Diciendo así, por ejemplo:
—Si larga al arrastre el basto
No la pierde de codillo.
—El sólo era condenado.
—El contrahombre jugó bien.
—Si le hubiera vuelto el cuatro....
—Hizo mui mal en chillarla.
—Siempre se va por debajo.

En un salon frio i húmedo,
Lúgubre, hediendo, ahumado,
De pié en torno de una mesa
Hai diez hombres agrupados.
Unos están encendidos
Como un tomate, otros pálidos,
Otros con sonrisa irónica
Muestran un gozo satánico;
Unos se tiran el pelo,
Otros se muerden los labios,
Otros....En una palabra
Están al dado jugando.
Unos dicen: paro pinta;
Otros cincos.—Senas.—Paro;
Otros.—De a cómo la dice?
Otros.—Bueno.—Otros.—Barajo,
Pasando la mano abierta
Por encima de los dados.

—Cinco i sena.—Me voi dentro.
—Qué demonios!—Hasta el rabo.
—Arrastre.—Senas.—Maldito!
—Maldita suerte!—A mi tráido.
Topo.—Pago.—Séna i as.
—Arre!—Va vuelta, i barajo.
—Ai!—Paro seco mi resto.
—Topo su mute.—Qué diablos!
—Me voi de cují.—Se corre.
—Écheme el dulce.—Qué bárbaro!
—No me sancoche la sangre.
—Pago.—As i dos.—Qué mulato!
—No los amarre, rebulla.
—Dígala.—En senas.—Cambiado.
—Su resto en parada.—Bien!
—Otra igual, a qué la gano?
—Deme veinte pesos.—Gracias.
—No me la converse tanto.
—No la perderás.—Divino!
—Paro pinta i a mi tráido,
Que es caridad; i que tiene
Sangre en el...—Ai! fueron cuatros.

Dígame usted, i estos juegos
Tan fuertes no están vedados?
—Sí, pero son en oculto.
—Cómo en oculto! si entraron
Aquí las autoridades
I....Preciso es tolerarlos.
—En qué toldo cenaremos?
—En el de la Chata.—Vamos.

Pudiera llamarse el toldo
De la Chata aristocrático,
Porque todo es relativo
En este mundo. Son varios
Los estrechos aposentos
De este hotel improvisado.
Alcoba, una; sala, dos;
Tienda, tres; cocina, cuatro;
En la sala hai una mesa
Grande, donde están cenando
Tres muchachas, dos pepitos,
Dos viejas i un colombiano.
Al compas de alegres chanzas
I requiebros afectados,
Las muchachas comen pisco,
(No queremos decir pavo,
Por no despertar recuerdos
Que suelen ser mui amargos.)
Los pepitos toman vino,
Chocolate el colombiano,
I las dos viejas devoran
Sabroso i humeante ajiaco;
Item mas, grandes tamales,
Pan i lomo atomatado.
En la alcoba hai tres mesitas;
En la una están sentados
Una muchacha mui bella,
Que viste camison blanco;
I un sastre barbilampiño
Con sombrerito arriscado,

Linda bota de charol
I ruana negra de paño;
Ella está mui ruborosa
I tiene los ojos bajos;
Él alegre i decidor;
I ella i él están cenando
Ensalada de lechuga,
Tierno pan, i pollo asado;
I con mucha pulcritud
Comen menudos bocados.
Hai en la segunda mesa
Dos fornidos democráticos,
Con ruanas de bayeton,
Botas i calzones blancos;
I una mujer bizarrota
Con camison encarnado.
Cenan rostro de cordero,
Papas con queso, ají bravo;
I del dorado licor,
Hasta el borde rebosando,
La ancha timaneja tienen,
Que pasa de mano en mano.
Están en la última mesa
Un militar retirado,
I una vieja desdentada
Con nariz pico de yátaro.
Juegan tute con un naipe
Roto i mugriento, i al lado
Tienen en un charolito
Tres bizcochos, seis tabacos,
Dos copitas desiguales
I remendadas, i un frasco
Dé mistela, cuya tapa
Es un clavel colorado.
En un canapé sin forro
Hai tres jóvenes borrachos;
Uno duerme a pierna suelta;
Los otros con tono lánguido
Hablan a un tiempo de amores
I negocios diplomáticos.
Perfeccionan i completan
Los dos precedentes cuadros
Dos perros flacos i hambrientos,
Un hermosísimo gato,
I un muchachito en camisa
Flaco, mocoso i tiznado.

Antes de entrar a la tienda,
A la Chata conozcamos:
Es una mujer rechoncha
Que tendrá unos cuarenta años,
Mas colorada que un pisco,
Mas gorda que un buei cebado,
Mas brava que una serpiente,
Mas fea que el mismo diablo.
Viste naguas de bayeta
I camisa con bordados
Negros, i tiene los piés
Sin médias i con zapatos;
Lleva aderezo de perlas,
I en la cintura un gran mazo
De llaves, que suenan mas
Que cuarenta presidiarios.
Tiene la Chata una hija
Jóven, de notable garbo,
I que atiende a todo el mundo
Con jentil desembarazo;
I tres criadas tan mugrientas
Que causan horrible asco.
Está la tienda atestada
De jamones, i estofados,
I de lenguas, i pasteles,
I de pollos, i de pavos,
I de ricos encurtidos,
I de sabroso pescado,
I de mistela, i de chicha,
I de vinos afamados;
I en fin, de lo que pudiera
Saciar a mil Heliogábalos.
Cenan sobre el mostrador
De la tienda unos soldados;
I en la puerta alegremente
Torbellino están tocando
Dos tiples, a los que ahogan
Con indecible entusiasmo,
Amen de tres alfandoques,
Dos panderos destemplados,
Una disforme tambora
I diez cantores borrachos.
Al concluir advertiremos,
Porque es preciso ser francos,
Que nosotros (los autores)
Tambien estamos cenando;
I que si en estos romances
Hai versos cojos i malos
Es porque estamos así....
Ebrios no, sino chispados.

RICARDO CARRASQUILLA.

(De las "Fiestas de Bogotá.")

LA DOCENA DE PAÑUELOS.

Al señor Ricardo Silva.

Me metiste un clavo, Ricardo, i a fe que no me quedé con él adentro. Por supuesto que ya ni te acordarás de que una vez que estuve en esa capital a emplear mis cincuenta pesos, tú me metiste unos pañuelos "rabo de gallo," tan caros como te dió la gana. Por poco que no me queda plata con que comprar el clavo, la canela, las puntillas i demas artículos que formaban el presupuesto de mi factura. De lo que sí te acordarás, porque eso se lo dices a todo el mundo, es de los argumentos que me hiciste para convencerme de que debia darte mis cincuenta pesos por la docena de pañuelos. Ya, que eran pañuelos *madrases* mui finos, pinta firme; ya, que eran tan grandes que con uno solo habria para toldo de un ejército; que la guerra del Norte habia hecho subir los algodones, i que en Inglaterra estaban las fábricas casi sin trabajo por falta de materia prima; que esos artículos eran caros, porque en Europa se manufacturaban tansolo por los pedidos especiales de estas plazas, pues debia suponer que las parisienses no usaban pañuelos "rabo de gallo," ni fulas; i sobre todo, que siendo artículo de tanto consumo no debia regatear, pues ya no quedaba sino esa docena i que me la vendias por ser a mí, pues la tenian apartada. Diablo! me acuerdo que si apuras mas la dificultad, te dejo mi plata i firmo una obligacion por el resto.

Cojí mi docena de pañuelos, compré mis otros *chismecitos*, tomé al fiado en el almacen de Párraga i Quijano las bogotanas i cuartos listones, acomodé mi carguita i, vámonos para nuestro pueblo!

Te juro por San Crispin el sabio, que nunca habrás tenido sueños como los mios. Cuando se tiene factura adelantada i que el consignatario anuncia que los bultos están de Honda para arriba, se goza mucho; pero nunca, eso sí, como un principiante que lleva consigo todo su capital i toda su esperanza en una maleta. Nunca hizo la lechera cuentas como las mias. Estudié por el camino todo lo que me habias dicho para decírselo a los indios i sacarles un doscientos por ciento en mis pañuelos. I cómo crecia mi capital como si fuera espuma! Qué de esperanzas fundadas en aquellos chismes! Qué disertaciones mentales acerca del trabajo i lo próspero del comercio, que en todas épocas ha servido para llevar entre sus fardos, no solo la riqueza material, sino la intelectual tambien! Un pueblo sin comercio es un pueblo bárbaro, decia para mí, i orgulloso por ser comerciante, traia a la memoria la gloria de los fenicios; i qué se yó qué mas diabluras pensaba, hasta que llegué a casa.

Aquí debia poner yo punto, dejar lo anterior como disertacion preliminar i empezar con números romanos una serie de artículos; sinembargo, me contento con poner solo esta rayita.

En juéves llegué a mi pueblo; al dia siguiente es el *mercado grande*, con el item mas que el juéves próximo era dia de Córpus. Me iban a faltar manos i pañuelos para vender. Mui a la madrugada, entre os-

curo i claro, me fuí para mi tienda, que está en la plaza, i empecé a arreglarlo todo. Los cominos en mui finos cartuchos aquí, allí la canela i el azafran en envoltorios mui grandes para darlos cada uno por una mitad, pero por dentro con dósis homeopáticas; las piezas de bogotana, que fueron dos, bien estendidas para que ocultaran un hueco; los cortes de zaraza colgando desde la tabla de mas arriba, no tanto porque llamaran la atencion, cuanto porque cubrieran el inmenso vacío que mi falta de crédito i capital, dejaban entre tabla i tabla. Reconté despues los pañuelos que traia, los intercalé entre los otros que se habian convertido en *hueso*, e hice una sarta de todos ellos, que, amarrada desde adentro, saliera hasta mas afuera del marco de la puerta. Con un pañuelo colorado, izado en un palo, anuncié que la legacion estaba ese dia de fiesta, i despues de haberles hecho todas esas trampas a los compradores, me senté a esperar. Una araña, despues de haber tejido su tela, no lo haria mejor que yo esperando a mis parroquianos para cojerlos en todas esas trampalinas que les tenia preparadas.

Poco tuve que esperar. Un indio fué acercándose el primero, como receloso, i con un aire de desconfiado o estúpido, cojió la punta de un pañuelo i preguntó:

—*Cuánto da* este pañuelito?

(Ahora lo que Ricardo me dijo, i el indio quedará convencido.)

—Vale cinco reales, le contesté. Es pañuelo Madras mui fino, i como los algodones se han escaseado con la guerra del Norte, i ademas los derechos de importacion i el peso bruto hacen subir tanto las facturas..... El camino de Honda, los fletes, el peaje, la contribucion directa i tantos otros derechos hacen subir tanto los artículos, que no se puede dar por ménos de lo que he pedido.

—Cuánto, mi amo? volvió a preguntar con el aire propio de quien se ha quedado a oscuras.

—Cinco reales, volví a decirle, i resolví hablarle de otro modo.

—Iiihh! *enque* fuera de seda, mi amo.

—Mejor que de seda, hombre, porque es pinta firme, no destiñe, i miéntras mas lo laven mas le sale el color. Un pañuelazo como ese, es regalado por cinco reales.

El indio por toda respuesta movió la cabeza lentamente. Despues refregó bien la punta, lo sacudió, lo puso contra la luz i dijo:

—I se deja pedir *esque* cinco *riales!*

—I qué tiene ese pañuelo?

—No ve sumercé que es pura tierra? Mire, queda *que ni un* cedazo de puro *escarralao*.

—Pero hombre, así, refregándolo, ni un cuero resiste. Ese pañuelo no puede ser mejor.

—No ve sumercé que en el lavadero se le *qué toitica* la tierra colorada i queda que..... Cuánto es *último?*

—Cinco reales.

—Dos i medio será bueno?

Me rasqué la cabeza i contesté con calma.

—No se puede.

—Dos i medio, mi amo, i me encima la *aujita*.

—Dios me perdone i me dé paciencia. Lo único que puedo rebajarle es medio real i le encimo la aguja.

El indio contestó con un jesto de desprecio, i sin decir nada salió.

Aquí quisiera ver a Ricardo, para que vea si es lo mismo vender allá en su almacen, que en una de estas tiendas en que se lidia solo con indios, pensé, i me puse a esperar otro.

—Tenemos por suerte cuerdas, mi amo? preguntó otro.

—Sí hai, mui buenas: barcelonas.

El indio tomó un rollito en la mano, escojió la que le pareció mas a propósito i le metió diente. Habrá cuerda que se resista a tal prueba? Suponte que la cojen con los dientes i tiran a dos manos. La que resiste ilesa a tal esperimento es la buena. Luego que escojió unas pocas preguntó:

—A cuántas da, mi amo?

—A tres: son mui buenas.

—Las da sumercé a cinco por cuartillo?

—Imposible, aunque me las hubieran regalado.

—Me cambia su mercé dos huevos por un cartucho de cominos? preguntó una india.

—Sí. No me destuerza las cuerdas; si quiere, llévelas, i si no....

En esto empezó a llenarse la tienda.

—*Abájeme sumercé* un lazo, pero escójamelo.

—Me cambia un franco? Pero buena plata.

—Estos reales *cundinos* no los quieren.

—Cuánto es lo último del pañuelito? volvió a preguntar el mismo indio del principio.

—Cinco reales. Miéntras usted se fué he vendido tres, i han quedado de venir por mas para el Córpus.

—Rebájele *sumercé* i tratamos. Buena plata.

—No puedo. Lleva las cuerdas, o no? I si no, déjelas.

—No, mi amo, de mí no haga *esconfianza*, *enque* soi indio....

—La bogotana?

—A dos i medio.

—Compra mantequilla?

—No.

—Alcáncela *pa* verla.

—Mui fina i ancha.

—Pero como un *colador*, dijo la india despues de refregarla.

—Un cuartillo de clavo i canela.

—Tome, pero deme cuartillo hecho.

—Lo último? Le llevo média vara.

—Que si hai *piedra contra*.

—Es a dos i medio. No hai. Se la mido bien. Lleva por fin el pañuelo?

—Hai por fin la *piedra contra?*

—No.

—Recaditos le mandó mi señá Eduvíjis, i que qué tal le fué a sumercé en su viaje, i que es su señor i que si trajo bogotana fina, que le mande una pieza para verla, i que no le vaya a vender los pañuelos bonitos porque quiere comprar uno, i que si trajo algo particular, que se lo mande sumercé i que acá lo mandará despues.

—Dígale que no traje sino una pieza de bogotana, i que de esa estoi vendiendo, i que me fué muit bien.

—Hasta luego.

—Memorias.

—Hai *alimento belisanio?*

—Qué?

—*Alimento belisanio*, de ese que sirve para las *lacras*.

—Linimento veneciano, será.

—Sí, mi amo. Véndame sumercé un cuartillo.

—No hai.

—Manda decir mi señora que le mande para la semana, porque ya es tardísimo, i cuando vaya ya no hai nada i todo caro.

—Toma, llévale, dije abriendo el cajon. No habia vendido sino real i medio en toda la mañana, i ya eran las nueve.

El hambre, el ruido del mercado i el alboroto de la tienda me tenian zonzo, i, para colmo de todo, una maldita india se habia situado junto a la puerta con una marrana parida, i los cochinos gritaban sin cesar. Tuve intenciones de comprársela para no aguantar los chillidos.

En alcanzar alpargates para que se los midieran, en bajarlo todo i volverlo a alzar, i contestar preguntas de cuantos iban llegando, se me pasó média hora mas. La tienda era un laberinto de indios que entraban i salian, el mercado derramaba por las esquinas su jente a fuerza de concurrido, cuando el primer campanazo a *sanctus* sonó. Todos los indios i los sombreros cayeron como movidos por resortes ocultos, los primeros de rodillas, los segundos boca arriba, para que no se salieran los pañuelos.

I nada volvió a oirse. El órgano dejaba escapar una sonata a manera de marcha, i cada campanazo iba produciendo un ruido como si fuera un eco, producido por los golpes de pechos i el murmullo de las oraciones que a média voz rezaban todos; aquel ruido parecia el oleaje lejano de un mar que se azota contra las costas. I, cosa estraña! hasta la marrana i los cochinos que habian chillado en toda la mañana callaron. Tres campanazos sonaron i otras tantas veces se oyó el ruido de los golpes de pechos i oraciones, pero eso sí, no acababan de dar el tercero cuando los de la plaza, aprovechando el silencio en que estaban, empezaron a gritar:

—Maiz a siete reales!

—Yo lo doi a seis!

—Turma a cuatro!

—Quién compra carne gorda, i si no la boto!

Los últimos gritos ya no se oyeron, porque el ruido del mercado empezó de nuevo, como si les hubieran destapado a todos las bocas a un tiempo.

Al punto empezó en la tienda la misma barahunda de ántes; pero yo no aguanté más por entónces, i me preparé para cerrar e ir a almorzar. Cuando ya iba a torcer la llave llegó de nuevo el indio del pañuelo i me dijo:

—No cierre sumercé, véndame el pañuelito.

—A ver la plata que trae.

—Buena plata, mi amo, no haga *esconflanza*.

—Entónces cierro: así como así no tengo necesidad de apurarme. Están volando; ya casi no quedan pañuelos.

—Abra sumercé, que no *haiga* miedo que....

—Entónces me voi, dije, i cerré la tienda.

A tiempo de irme reparé que una india mocetona i robusta acompañaba al indio.

Aquí venia como pedrada en ojo de boticario otro capítulo i su mote en letras grandes que dijera: *Planes para engañar indios;* pero ya que he adoptado el sistema de rayitas pondré esta otra.

En tanto que me servian el almuerzo, i despues, miéntras que almorzaba, me puse a pensar en que lo mejor del mercado habia pasado ya i yo no habia vendido un solo pañuelo. Los castillos formados perdian su base i venian a tierra; el nuevo viaje a Bogotá a traer mas pañuelos i artículos para la tienda, lo veia mui lejano, i mi viaje a Europa cuando hubiera enriquecido con esa tienda, se nubló tanto como la esperanza que hoi tiene un empleado de ver cuartillo. I revolviendo ideas, formando planes i pensando en tretas, se me ocurrió la tenacidad del indio del pañuelo, me acordé de la india mocetona que lo acompañó a lo último, i hasta la criada que me servia el almuerzo vino a figurar, quién lo creyera! en primer término para mis nuevos fines. Cierto es que el almuerzo se me fué sin sentir, pero yo combiné un plan.

Ántes de volver a la tienda instruí debidamente a la cocinera, i me fuí a completar el plan de mis nuevas operaciones.

Lo primero que hice fué esconder los pañuelos, no dejando sino dos colgados; despues salí a la puerta i llamé a un muchacho, le ofrecí un caramelo por que buscara a otros i me ayudaran en mi proyecto, i luego que lo hube arreglado todo me senté a esperar.

El primero que entró fué el indio del pañuelo, acompañado de la india.

—Mire, le dije al verlo, por no haber querido llevar el pañuelo desde esta mañana, ya no queda sino aquel, i ese otro está apartado.

—Mire qué caso! dijo la india, i era el mejor.

A este tiempo llegó un muchacho ahogándose i dijo:

—Que manda decir la niña Juanita *Castra*, que aquí están los seis reales por el pañuelo i que se lo mande, i que si tiene otro de esos mismos, que se lo aparte, que *ora* mandará por él.

—Vean a ver, dije a los indios, si quieren el pañuelo i si no, ya ven que van a llevárselo.

—Pero seis *riales*, cuándo! esta mañana me lo daba por cuatro i medio.

—I no quiso llevarlo; ahora ni un cuartillo ménos.

Los dos indios se miraron.

—Nos encimará alguito, mi amo.

—Un alfiler les doi.

El indio sacó una bolsa de cuero i a escondidas empezó a sacar real por real, luego echó sobre el mostrador; fuí a contar i habia cinco i medio.

—Falta medio.

—Rebájenos sumercé, mi amo, ese mediecito.

—No puedo; si no lo quieren, déjenlo.

Entónces el indio echó un cuartillo mas.

—Ahi está, dijo, rebájenos sumercé el cuartillo, no sea sumercé tirano.

—No, les contesté, moviendo la cabeza.

Un cuarto de hora lo ménos me estuve para sacarles el otro cuartillo.

Al despedirse la india, le di su trago i le dije que tenia escondidos otros dos, i que si necesitaba más le vendia uno. Mui agradecida salió, a tiempo que entraban otros. Cuando esos me ofrecian dos i medio por el pañuelo, entró la criada de casa i me preguntó qué valia el pañuelo.

—Ya no lo vendo, le contesté, no hai sino ese i lo necesito.

Me rogó con seis reales que me los echaba sobre el mostrador, i no quise darlo. En tanto los indios se miraban unos a otros. A fuerza de súplicas les vendí el pañuelo. Así me estuve toda la mañana sosteniendo esa posicion falsa, para ver de vender a los indios los pañuelos. A las doce no habia uno solo ni de los tuyos ni de los otros viejos, que hacia tiempos tenia ahí. Nueve pesos saqué de la docena de pañuelos "rabo de gallo," i han durado preguntando por dos semanas los mismos pañuelos. Gracias a los muchachos que cumplieron su comision i a la criada que llegó a tiempo, i mas que todo a mis ardides, que si no, Ricardo, ahí estuvieran tus pañuelos.

Despues de esta fiel historia, de lo que es vender en una de estas tiendas, ¿volverás a meterme tan cara otra docena de pañuelos? Todavía me duelen los cinco pesos que te di por ella, aunque les gané cuatro a los indios a fuerza de trampas.

José David Guarin.

PONGA USTED TIENDA.

Al señor David Guarin.

Grande i buen amigo—Ha llegado a mis manos el número de "El Mosaico" que contiene la historia que has forjado, tal vez con el único objeto de hacerme un sér odioso i temible a los ojos de los cuatro mercachifles que, en los ratos de ocio, llegan aún a mi tienda a buscar dulzainas, fósforos i papel de carta....

Así empezaba la sentida queja que pensaba dirijirte en contestacion a tu "*Docena de pañuelos*," cuando fuí interrumpido por varios de los amigos que me favorecen con su tertulia, i que han llevado su bondad hasta hacer de mi tienda un club acreditado, en donde se ajitan diariamente las mas graves cuestiones políticas i sociales. De mi tienda ha salido la solucion de los mas difíciles problemas, i es en ella en donde se resuelven puntos como estos que, de paso, quiero someter a tu recto juicio:

Debió Napoleon I dar la batalla de Waterloo el 18 de junio?
En qué año vino la viruela a la Nueva Granada?
El caballo rucio del tuerto Prieto es el mismo de Pacho Blanco?
Cuánto le costó el moro chamicerano a don Calisto?
Se casó por fin Arturo Casasnuevas, o no se casó?

Cuántas cargas de trigo cojió el comandante Castellanos, de las catorce que sembró en el potrero del "Escritorio?"

Cuestiones todas que, como tú ves, David, están íntimamente ligadas con el precio de mis mercancías, i que de consiguiente son de la mayor importancia para mí.

Te dije que fuí interrumpido por aquellos amigos que, habiendo leido tu artículo, venian a darme su opinion i a marcarme la línea de conducta que yo debia observar contigo: nada mas natural.

—Ese artículo está mui gracioso, dijo uno, pero contiene una burla para usted, que usted no puede permitir sin comprometer su dignidad; pida usted, pues, en el acto cuenta de su conducta al tal David; yo tendré el placer de ser su segundo....

—Pero si Guarin vive en Ubaté, i Ricardo....

—No, señor, agregó otro; pido la palabra para proponer: yo de usted, me dijo otro, escribiria un folleto, "*A la nacion, a la historia i a mis contemporáneos en particular;*" desmentiria en él el cuento de los pañuelos; le agregaria todos los documentos que pudiera recojer sobre la materia, i en un estilo elocuente le diria: "Señor David....!"

—Qué elocuencia, ni qué cuadernos que nadie lee! Nada, Ricardo, contestó otro; déjese usted de camorras con ese caballero; la paz a todo trance, i en vez de provocarlo, escriba usted otro artículo en que le cuente al señor David los percances que a su vez haya sufrido usted en su calidad de comerciante; sí, señor; páguele usted en la misma moneda, i si puede, suéltele tal cual sátira; por ejemplo....

—Basta, dije; escluyendo lo de las sátiras, que no son de mi carácter, estamos de acuerdo, i agradezco a usted mucho su sabio consejo.

Ahora te esplicarás, David, cuál es la razon que he tenido en cuenta para dirijirte estos apuntamientos que tú podrás apellidar confidencias, memorias, fragmentos o pesadilla, i que, sean lo que fueren, te dedico como ribete de los pañuelos susodichos.

Llegó para mí un dia en que me dije: tenemos que desempeñar algun papel en la comedia de la vida; algo debemos ser en ella. El trabajo es la fuente de la riqueza; trabajemos, pues, para ser ricos, porque el dinero trae consigo los placeres i las comodidades, así como la virtud nos da el respeto i las consideraciones. Ha sonado la hora en que yo deba hacer alguna cosa en mi obsequio: vamos, pues; i acto continuo, tomé el Oráculo, sujeto a quien podia consultar con toda confianza, i le pregunté:

—*Qué oficio o profesion debo emprender?*

—PONGA USTED TIENDA, me contestó.

Entónces soñé, David, como tú soñaste en el camino de Ubaté, cuando llevabas mis pañuelos i las dos bogotanas de Párraga & Quijano; yo tambien me vi haciendo enormes ganancias i disfrutando un dia de las cuantiosas rentas, que de seguro me guardaban entre sus sencillos dobleces las modestas piezas de madapolan.

Don Gaspar Cipagauta me cedió su derecho a una tienda con la sola condicion de que le comprara las existencias al *ojo*, como dicen que bailan en la *sabana*, i en efecto, así negociamos. Esceptuáronse en el contrato los zapatones i el paraguas del vendedor, que descansaban debajo del mostrador, i yo firmé un pagaré por siete mil pesos, precio redondo. Segun la opinion de Cipagauta, yo hacia una brillante operacion, que solo por simpatía hácia mí se resolvia él a llevar a cabo.

Me instalé, sacudí todo, i lleno de gratitud por mi jeneroso protector aguardé, como tú, el momento de llevar a cabo mis primeras combinaciones mercantiles. El primero que entró en mi tienda fué un provinciano de casaca i sombrero de fieltro.

—Sus primas, caballero? me preguntó.

—Sin novedad, señor, muchas gracias.

—Están a la mano?

—No sé, se encuentran mudando temperamento en Ubaque.

—Son primas de guitarra las que busco, i usted....

—Ah!....no señor; no tengo guitarras, pero tengo clarinetes.

—Qué bruto! me contestó i salió dejándome confundido.

—Muéstreme usted sus camisas interiores, me dijo otro comprador.

—Con mucho gusto, i me desabrochó la levita con la mayor prontitud.

Este no aguardó, David; se fué riéndose de mí.

—¿Cómo está usted señor, tiene usted *garibaldis* o *zuavos* para señora, i *solferinos* para caballero? me preguntó una elegantísima dama.

—No sé, mi señora, contesté algo corrido, temiendo cometer un nuevo barbarismo, porque te aseguro que me quedé tan a oscuras con estas preguntas, como el indio a quien le espusiste las razones que tenias para pedirle cinco reales por un pañuelo.

—Qué me dice usted, caballero?

—Que no sé, mi señora, si tengo. Si eso que usted busca son retratos, o vistas de alguna batalla, por ejemplo, no hai.

—Quede usted con Dios, i entienda que no le permito burlas a nadie, me contestó i salió enfurecida.

—Qué es esto, esclamé aturdido, ¿qué idioma es el que se habla en el mundo comercial? Por ventura estaré yo loco?

—Tiene usted polisonas? me preguntó un caballerito, sacando de su cartera una lista que me fué leyendo:

—Pelo de cabra?

—No señor.

—Un chatelain?

—No señor.

—Prismas?

—Tampoco.

—Pachulí?

—Nada.

—Racó?

—No señor.

—Otard?

—Es inútil caballero: esta no es botica, i esas drogas que usted busca deben de ser mui raras, porque yo no las habia oido nombrar jamas.

—Ha hecho usted tal vez profesion de gracioso, no es verdad? *Au revoir, mon cher*, me dijo yéndose.

—No hai de qué, le contesté azorado, i conviniendo conmigo en que yo era un ignorante sin segundo.

Ocurrí a uno de mis vecinos para suplicarle que me iniciara en los grandes misterios de mi nuevo estado, indicándome los nombres de las mercancías que tenia en mi poder. Éste me dijo con cierto tono de burla:

—Pues, amigo, tiene usted aquí calamacos para capote, anzuelos, ternas blancas, flautas, peinetones de carei, i así me repitió uno a uno los

nombres de todo el surtido, sin nombrarme los artículos que me habian pedido.

—Es decir, le dije, que aquí no hai *racoes*, ni prismas, ni polisonas?...

—Creo que no, me contestó riéndose; pero ante todo, dígame, ¿usted compró estas existencias?

—Sí, señor, i en ellas debo yo hacer una brillante utilidad, porque solo por simpatías hácia mí se ha resuelto a cedérmelas el señor Cipagauta, junto con el local.

Juzga, David, de lo que pasaria en mí cuando mi buen vecino me manifestó que yo habia sido engañado como un niño. Sus desgarradores conceptos llegaron a lo íntimo de mi alma; fué entónces que yo vi en borrador la tristísima historia de mi porvenir. De pié, con los brazos cruzados i lleno de angustia, contemplé aquellos muérganos, mudos testigos de mi dolor, como debió contemplar Jeremías las ruinas de Jerusalen....

¡Gratitud eterna al que inventó las rifas, David! Sin tan útil sistema de realizacion, yo habria sido arruinado. Yo lo aproveché; anuncié al público que, teniendo que ausentarme de este pais, rifaria las existencias de mi bazar. Influí, puse ajencias en Moreno, en Pasto i en la Costa; obligué a mis parientes i amigos a tomar boletas, i cinco meses despues la suerte protejia a un coronel, que, lleno de desengaños, se retiraba de la vida pública, i que, deseando dedicarse al comercio, me dió lo único que poseia, una casa en el "Rodadero," en cambio de la cual recibió de mí mil boletas de a cuatro fuertes, con una de las cuales se hizo dueño de todos los chismes que formaban la sin igual factura que me vendió Cipagauta.

Feliz, i arrullado por las mas dulces esperanzas, enfardeló el coronel los calamacos i demas objetos con que la suerte lo obsequiaba, i se dirijió a los Llanos a negociarlos por ganado.

Yo pagué mi noviciado con mil fuertes que tuve de pérdida neta en mi primer ensayo; i no pudiendo subarrendar el local, que me costaba cuarenta pesos mensuales, resolví, ayudado de los conocimientos que habia adquirido, surtirlo de nuevo. Compré lo que llamamos los de la Calle real *pan* i *carne*, seguro de no ser engañado en esta vez. Cambié mi nombre de pila i mi apellido por la razon social de "*W. X. hermanos & C.ª de Bogotá*," i para dar importancia a mis negocios tomé dependientes, hablé de los mercados de Europa, pasé circulares, jiré letras, hice ruido i me di a conocer entre los negociantes de alto rango, convencido de que en esta vez no serian ilusorias las cuantiosas ganancias que me habia prometido.

Pero me engañé, David, porque tropecé con mil dificultades imprevistas, que los coroneles desengañados i las rifas no podrán remediar hoi, como en otro tiempo.

Vino la revolucion; tras ésta los empréstitos forzosos i voluntarios de dinero i de mercancías. Mis bayetas i mis mantas siguieron a los campos de batalla a cubrirse de gloria, convertidas en cómodas blusas i en vistosos pantalones. En un parte detallado que leí, me encontré tres de mis deudores muertos, dos gravemente heridos i uno prisionero. Siguieron las quiebras con el mayor entusiasmo; dejaron de circular las pesetas peladas i los reales colombianos; se paralizaron las ventas, i los tertulios invadieron mi territorio.

Desde entónces mi tienda es el lugar de cita para todos, i el mostrador la tribuna que ocupan constantemente los oradores amigos mios.

En mi tienda se firman todas las representaciones i manifestaciones de gratitud. En ella se recojen, bajo mi responsabilidad, las contribuciones para los bailes, banquetes, entradas triunfales, &c. &c.

En la puerta se paran los que no caben adentro, i allí se leen los boletines, hojas sueltas i mensajes.

En mi tienda se reforma todos los dias el sistema de gobierno, se analizan las costumbres, se cuentan los últimos chistes i se leen lindísimas producciones.

En mi escritorio se escriben las órdenes para entregar caballos, i corrije sus *Cantos a Laura* i sus *Meditaciones* uno de mis dependientes, que por el ruido no puede escribir en los libros.

Soi miembro de la Junta de comercio, perito, avaluador i testigo obligado de todo pagaré que se firma.

Yo debo saber en dónde viven todas las personas a quienes buscan, i si éstas están aquí, en el campo o enfermas.

Mi libro diario me dice a cada paso de dónde proceden las fuertes sumas que debo, i me manifiesta que he dado al fiado las mercancías i que éstas no me han sido pagadas; cosas que yo tambien sé hace mucho tiempo, i las pájinas de mi mayor guardan con relijioso respeto los nombres de mis deudores, como guardan las losas de las tumbas los restos *de los que fueron....*

A ti, David, te dejaron los indios el derecho de escojer *el lazo* que les vendias; a mí no me dejan este consuelo los que me los tienden a cada paso, i si así seguimos comparando tus percances con los mios, creo que al fin tendrás que convenir conmigo en que no tienes derecho de quejarte, porque éste me corresponde desde que puse tienda en Bogotá.

RICARDO SILVA.

UN SUEÑO DE DOS COLORES.

Dedicado al estudio de nuestras antigüedades hace algunos años, tengo la costumbre de emplear parte de la noche en la lectura de cuantos documentos puedo conseguir sobre este asunto importante. Cuando he leido o escrito algunas horas, me pongo a pasear en la sala hasta que el sueño me obliga a tomar la cama.

En una de esas noches habia estado leyendo varios documentos sobre los trabajos científicos de los sabios MÚTIS, CÁLDAS, LOZANO i VALENZUELA. Mi imajinacion se enardecia al contemplar el majestuóso arran-

que de las ciencias en nuestro pais. Contemplaba con cierta especie de orgullo nacional el progreso que habian llevado por algunos años, i me decia a mí mismo: ¿en dónde están los sucesores de aquellas altas inteligencias? ¿Quién ha continuado la serie de trabajos que aquellos sabios emprendieron? Yo alcancé a conocer el establecimiento botánico i el observatorio astronómico ántes de su ruina. ¿Qué se ha hecho todo esto? No queda sino el mudo edificio en un deterioro lamentable. Lo demas no existe....

Con estos tristes pensamientos me fuí a la cama, i apénas me dormí cuando empecé a soñar que me hallaba en un gran salon, donde trabajaban varios pintores sobre papel, en grandes mesas. Al primero que reconocí fué a MATIZ, que con grande atencion dibujaba una planta del natural. Luego vi a HINOJOSA, que despues fué mi maestro de dibujo; a BARRIONUEVO i a otros, todos ocupados en la misma tarea. Estaban tan embebidos en ella, que ni hacian alto en que yo andaba por allí dando vueltas de curioso, observando lo que cada uno hacia.

En esto entraron Mútis i Lozano; éste con un rollo de papeles en la mano. Era una parte de la *Fauna Cundinamarquesa*, obra que actualmente escribia como encargado de la parte zoolójica de la espedicion botánica. Acercáronse a unos estantes que estaban llenos de objetos de historia natural, entre ellos multitud de muestras de diversas maderas. Estas son, dijo Mútis a su noble compañero, las muestras que últimamente me han traido de la montaña de Carare; por el correo próximo las remitiremos a la corte con el *té* de Bogotá que tenemos preparado.

Pasaron luego a un gabinete contiguo a la sala, i yo, que andaba allí como una sombra invisible, seguí tras ellos. Entrados a la pieza se sentaron los dos sabios, cada uno en su grande silla de brazos, junto a una mesa. Allí tenia Mútis parte de los manuscritos de la obra que estaba escribiendo bajo el título de *La Flora de Bogotá*, i parte tambien de la magnífica coleccion de láminas que debian acompañarla, trabajadas por los pintores de la botánica. Tenia tambien la memoria del doctor Parra, cura de Matanzas, sobre el cultivo del trigo; la disertacion del doctor Duquesne, cura de Gachancipá, sobre el calendario de los indios Muiscas, dedicada al mismo Mútis; la memoria del doctor Valenzuela, cura de Bucaramanga, sobre la mina de alumbre de Jiron, i en fin otros muchos papeles, libros e instrumentos matemáticos. Las paredes de la pieza estaban cubiertas de mapas i de pinturas de objetos raros de la naturaleza. En el suelo i sobre otra mesa habia varias máquinas de física.

En un estante tenia Mútis la correspondencia con el virei Góngora, que se hallaba en Turbaco, i con la corte de Madrid. Acercándose al estante tomó un oficio que acababa de recibir por el correo; volvió a su silla i lo leyó a Lozano. Era una real órden suscrita por el marques de Sonora, ministro español, en que se decia que el *té* de Bogotá habia sido reconocido por don Casimiro Gómez de Ortega, primer catedrático del real jardin botánico, i que lo habia hallado tan bueno como el mejor de la China, con cuyo motivo se prevenia que se hiciesen grandes remesas de este artículo. Pasaron luego a hablar sobre el cultivo de los árboles de canela, de los cuales se habian logrado ya once en Mariquita.

Yo estaba suspenso viendo i oyendo a los dos sabios, cuando de repente me hallé, sin saber cómo, en un jardin donde andaban varias

personas, unas con sus lentes observando las flores, i otras conversando con gran sosiego. Se me figuraban a aquellos personajes de los campos Elíseos que Fenelon nos pinta en su bella obra de *Los diálogos de los muertos*. Allí volví a ver a Matiz que esplicaba a otro, que no conocí, la naturaleza i propiedades de la *verónica*, planta medicinal.

El dia era hermoso, no había una nube en el cielo, i serian como las once de la mañana, cuando hé aquí otra novedad sonámbula. El dia se volvió noche en un abrir i cerrar de ojos. Quedé a tientas entre las matas, con las que me enredaba i tropezaba al caminar; tal tenia de ofuscada la vista, como cuando en noche oscura la hiere la instantánea luz del relámpago. Mi anhelo era salir de aquel laberinto, en el cual me hallaba solo, porque las otras personas habian desaparecido no sé cómo. Estaba atemorizado, i más cuando vi blanquear a alguna distancia una enorme fantasma o bulto blanco tan alto como una torre. No me engañaba. Era el Observatorio astronómico situado en el mismo jardin, pero que por una especie de encanto yo no habia visto con la luz del dia. Las estrellas brillaban en el cielo como diamantes, sobre un turquí tan oscuro como las aguas de alta mar.

Con el objeto de ver si habia quien me guiara a la puerta de la calle, me acerqué a la del Observatorio i di dos golpes, cuyo eco resonó en la sala acústica, i se me erizó el cabello. Una voz me contestó desde arriba, i a poco bajaba un sujeto con luz en la mano, i desde la escalera me dijo:

—Siga usted.

Era Cáldas el que me hablaba. Yo le respondí que andaba buscando quien me guiase a la puerta de la calle.

—Suba usted, volvió a decirme, haciéndose con la mano sombra en la cara para verme.

Empecé a subir por aquella escalera espiral, hasta donde él estaba. Allí me saludó i dió la mano con agrado, fijando bien en mí los ojos, como para reconocer con quién estaba. Siguió para arriba i yo tras él.

Llegamos al primer salon, donde tenia los libros i varios instrumentos de observacion que preparaba para aquella noche.

—Es usted aficionado a la astronomía? fué lo primero que me dijo cuando estuvimos arriba; i en seguida me dió asiento junto a la mesa, donde tenia dos luces.

—Sí, señor, le contesté, me gustan mucho las ciencias naturales, i ahora doi por bien empleado lo que me ha sucedido, proporcionándoseme la ocasion de estar con usted.

El modesto sabio bajó los ojos dándome las gracias, i me dijo:

—Ha estudiado usted astronomía?

—Apénas tengo una lijera tintura; la que se puede adquirir en el curso de filosofía que se hace en el colejio. Ojalá que esta ciencia se adelante entre nosotros, i que ustedes logren ver el fruto de sus trabajos!

—De eso se trata, dijo Cáldas, i si no, vea usted cuánto se ha hecho ya. Este Observatorio, debido a la jenerosidad i patriotismo del doctor don José Celestino Mútis, se comenzó el dia 2 de mayo de 1802, i se concluyó el 20 de agosto de 1803. El arquitecto a quien el señor Mútis confió la formacion de los planos i la ejecucion de la obra, fué frai Domingo Petres, lego capuchino, que la ejecutó tan perfecta como se ve. Tambien contribuyó mucho para su pronta conclusion el celo i actividad

de don Salvador Rizo, mayordomo de la Espedicion Botánica. Esta sala es la principal del edificio: vea usted qué octágono tan hermoso.

—Oh! esclamé, interrumpiendo a Cáldas, ¡Bien quisiera yo que usted no tuviese tanto que hacer esta noche, para que me hiciese conocer la situacion jeográfica del Observatorio, que, segun me han dicho, está ya determinada por usted, i es mas feliz que la de cuantos observatorios se conocen.

—Como es temprano i la noticia que usted desea no es mui larga, tiempo hai de sobra para satisfacer su laudable curiosidad. Permítame usted un momento, miéntras subo a la azotea este anteojo.

Quedé solo en la sala i me puse a reparar lo que en ella habia. Globos, instrumentos, mapas, libros, &c, se veian por todas partes; pero lo que en particular me llamó la atencion fueron dos cosas: la piedra en que estaba grabado el calendario de los indios muiscas, cuyos caractéres habia descifrado el doctor Duquesne, i un péndulo astronómico que estaba colocado entre dos ventanas. Lo observaba yo con la vela en la mano a tiempo que volvió Cáldas.

—Está usted viendo el péndulo? me dijo.

—Sí, señor; me ha llamado la atencion este instrumento, lo mismo que la piedra del calendario de los indios.

—Este péndulo, continuó el sabio, es una de las mejores alhajas del Observatorio, porque a mas de su perfeccion, tiene su historia. Es obra maestra de *Gaban*, i célebre porque sirvió a los académicos del viaje al Ecuador para determinar la figura de la tierra. Mr. de La Condamine lo vendió al reverendo padre Feral, dominicano de Quito, i mui profundo en el arte de la relojería. Cuando murió este padre, lo compraron los oidores para arreglar las horas del tribunal en su despacho; pero poco propio para este destino, pasó a manos de don N. Proaño, hábil relojero, de cuyo poder lo saqué yo para este Observatorio. Tenemos tambien un cuarto de círculo de *John Brid*, de 18 pulgadas de radio, con micrómetro esterior, que sirvió a Humboldt en su viaje al Orinoco, i que don José Ignacio Pombo, del comercio i consulado de Cartajena, compró a este sabio para mis espediciones a la provincia de Quito, i que a mi regreso a esta capital deposité aquí.

Otra alhaja preciosa posee el Observatorio, que está en la segunda sala, i la verá usted mañana si gusta. Esta alhaja preciosa para los astrónomos es una lápida, despojo del viaje mas célebre de que puede gloriarse el siglo XVIII, i formada por los académicos del Ecuador. Cayó entre mis manos en Cuenca, i resolví trasladarla a nuestro Observatorio, como lo he verificado. Tiene 20 pulgadas de pié de rei de lonjitud, i de latitud 19; pesa cinco arrobas 10 libras; es de mármol blanco medio trasparente; está escrita en latin, en caractéres mayúsculos romanos, i contiene la distancia del cenit de Tarquí a la estrella *Thita de Antinoo* i las demas indicaciones relativas al lugar en que la colocaron esos astrónomos. Bouguer, La Condamine i Ulloa no hacen mencion de ella en las obras que publicaron sobre este viaje. La descubrió en 1793 el doctor don Pedro Antonio Fernández de Córdoba, arcedeano de la catedral de Cuenca, i se publicó en el *Real Mercurio Peruano* del mismo año, aunque con algunos errores. Este canónigo ilustrado, a quien tanto deben mis trabajos astronómicos i botánicos en esta provincia, me informó de su paradero i del destino que pensaba darle su poseedor, i con-

tribuyó a sacar esta preciosa lápida de unas manos que no la merecian. Usted la conocerá luego i verá tambien todos los anteojos i telescopios, tres de los cuales son de reflexion; todos debidos, con otros cuantos instrumentos i libros, a la jenerosidad del monarca i a las fatigas del señor Góngora para fundar i establecer la Real Espedicion Botánica, que abraza un programa científico capaz de llevar el pais al mas alto grado de civilizacion i de progreso.

Admiraba yo a aquel sabio que tan empapado estaba en las ciencias como atento i sencillo era en su trato. Pero el tiempo corria i era preciso que le recordase la oferta que me habia hecho. Se lo indiqué así, i entónces, acercándose a la mesa, despabiló las velas i, tomando su asiento, dijo:

En diciembre de 1805 puso el señor Mútis el Observatorio a mi cargo; en esta época monté los instrumentos i comencé una serie de observaciones astronómicas i meteorolójicas que no he interrumpido. Aun no he podido determinar con toda precision su posicion jeográfica, por las nubes que ocultaron el sol en el solsticio de diciembre de aquel año, i en los de 1806 i 1807 no han permitido concluir de una manera invariable i libre de toda suposicion la latitud de este edificio. No obstante, por numerosas alturas meridianas del sol i estrellas tomadas al norte, al sur i al zenit, he hallado que está a cuatro grados, treinta i seis minutos i seis segundos norte; determinacion que no puede inducir cinco segundos de error, atendido el cuidado que se ha puesto en este elemento capital para un observatorio.

Por lo que mira a la lonjitud, aunque se han observado muchas emersiones e inmersiones del primero i segundo satélites de Júpiter en el discurso de 1806 a 1807, no hemos recibido ninguna correspondiente de los observatorios de Europa; pero nuestros primeros ensayos, usando del cálculo, sitúan el meridiano del nuestro a cuatro horas, treinta i dos minutos, catorce segundos al occidente del real observatorio de la isla de León. Su altura sobre el nivel del océano, deducida de una larga serie de observaciones del barómetro lleno, con todas las precauciones necesarias, es de 1352,7 toesas.

Si los observatorios de la Europa hacen ventaja a éste por la coleccion de instrumentos i por lo suntuoso del edificio, éste no cede a ninguno por la situacion importante que ocupa sobre el globo. Dueño de ambos hemisferios, todos los dias se le presenta el cielo con todas sus riquezas. Colocado en el centro de la zona tórrida, ve dos veces en un año el sol en su cenit i los trópicos casi a la misma elevacion. Establecido sobre los Ándes ecuatoriales, a una prodijiosa elevacion sobre el Océano, tiene poco que temer de la inconstancia de las refracciones; ve brillar las estrellas con mas claridad i sobre un azul mas subido, de que no tiene idea el astrónomo europeo. De aquí ¡cuántas ventajas para el progreso de la astronomía! Si el célebre Lalande anunció con entusiasmo la ereccion del observatorio de Malta por hallarse a treinta i seis grados de latitud i ser el mas meridional de cuantos existen en Europa ¿qué habria dicho del nuestro a cuatro grados i medio de la línea? Léjos de las nieblas del norte i de las vicisitudes de las estaciones, puede, en todos los meses, rejistrar el cielo. Hasta hoi suspiran los astrónomos por un catálogo completo de las estrellas boreales, i apénas conocen las australes; ¿qué no se debe esperar de nuestro Observatorio si llega a montar su

círculo como el de Piazzi? Con un Herschel a esta latitud, cuántas estrellas nuevas! Cuántas dobles, triples! cuántas nebulosas! cuántas planetarias! cuántos cometas que se acercan a nuestro planeta por el sur, o vuelven a hundirse por esta parte en el espacio, escapan a las observaciones de los astrónomos europeos! Mi amigo, la gloria de conquistar las rejiones antárticas del cielo está reservada a nuestro Observatorio, así como tiene la de haber sido el primer templo que se ha erijido a Urania en el continente americano; i la posteridad colocará al sabio i jeneroso Mútis al lado del Landgrave Guillermo i de Federico II de Dinamarca; i como astrónomo al lado de Tycho, de Kepler i de Hevelius.

Al llegar aquí sentimos que subian por la escalera. Cáldas tomó una luz i se dirijió a la puerta, cuando se presentaron en ella dos sujetos, de los cuales conocí el uno, que era el piadoso don Julian Tórres, mi maestro de matemáticas, que venian a acompañar a Cáldas en sus observaciones. Quise retirarme dándole infinitas gracias por la bondad con que me habia tratado, pero no me lo permitió.

—Aguárdese usted, me dijo; ya que es aficionado a la astronomía i que se halla en el Observatorio, suba usted con nosotros i verá con el telescopio de reflexion el anillo de Saturno.

Con grande gusto me detuve i resolví estarme con tan agradable compañía hasta la hora en que se retirasen a sus casas. Subimos, pues, cargando con un teodolite nuevamente montado, i un sestante de Dollon. Cáldas dirijió la mira del telescopio a Saturno, para que yo lo viese. Luego me dijo: gradúelo usted a su vista, i se retiró a empezar sus observaciones con los dos compañeros. Estaba yo entretenidísimo mirando el planeta, cuando empezó a soplar por el oriente un aire tan recio que me llevó el sombrero, i de tal modo se aumentaba la violencia que ya no podíamos mantenernos en pié, hasta que por fin nos echó al suelo i nos habria llevado como basuras si la azotea no estuviera guarnecida de su alto muro contra el cual nos pegamos como mariposas. Empezaron a desprenderse del cerro de Guadalupe enormes piedras que nos pasaban zumbando por encima, como disparadas con honda. Todos pedíamos misericordia; solo Cáldas estaba sobre sí, i con la tranquilidad de un filósofo decia: "Este fenómeno es digno de observarse." Pero en esto vino tal golpe de aire que, haciendo inclinar el edificio de arriba a bajo, como si fuera fundido de una sola pieza, hácia el solar de las monjas de Santa Clara, íbamos describiendo por el aire una curva, mui airosos, por supuesto, aunque pensando estrellarnos contra la tierra que nos iba a recibir, como madre comun, para darnos el último descanso. Aquí dijo Cáldas: "Es un arco de noventa grados el que vamos recorriendo."

Don Julian Tórres gritaba: *Montes, sicut cera fluxerunt a facie Domini.*

El decir esto i dar entre el solar de las monjas fué todo uno. Habian salido las madres de sus celdas al solar temiendo no se les cayese el convento encima, i les caimos nosotros con toda la ciencia astronómica. Al golpe (de estado, porque ahora todos los golpes son de estado) que dimos contra el suelo, sentí que me habia hecho pedazos, i dando un vuelco en la cama desperté..... Pero cómo! sudando a mares i con el corazon que se me salia por la boca. Me palpaba i abria bien los ojos a ver si de véras estaba despierto. Tomé resuello i me senté en la cama.

Pasado el susto, no quedé impresionado de otra cosa que de las gratas memorias de Cáldas, sus ilustres compañeros Mútis, Lozano, &c, i de todas las cosas ligadas a estos nombres. Habria querido que (sin la caida i el aire) el sueño se hubiera prolongado tanto como el de Epiménides. Aun me parecia que estaba en la época de aquellos sabios. Tenia que hacerme violencia para persuadirme que estaba en tiempos bien diferentes, i traia a la memoria los hombres i las cosas presentes para borrar aquella impresion; i entónces un amargo dolor se apoderaba de mi corazon. Comparaba un tiempo con otro, unos hombres con otros, i me parecia que la ciencia habia muerto en esta tierra junto con aquellas intelijencias que, como un hermoso meteoro, la habian iluminado por un momento para honor de un gobierno que tal interes tomaba por el progreso de las ciencias útiles en el pais. Sentia en mi alma la misma impresion que cuando habiendo perdido a una persona querida, sueña uno que está viva, que está con ella, i al despertar se halla con la triste realidad.

Fatigado con estos pensamientos, me preguntaba como ántes: dónde están los sabios? dónde el templo de las ciencias?....No existe sino el Observatorio; que existe como la necrolojia de aquellos sabios; como el monumento sepulcral de la jeneracion que los produjo; pero más como el monumento de oprobio para la presente, que como una loca grita: *¡Adelante, adelante con el progreso, con la perfectibilidad indefinida!* miéntras estingue i demuele los elementos de la civilizacion i del saber, debidos a un gobierno a quien se acusa de ser enemigo de las luces.

Pero somos políticos, somos socialistas, tenemos la *nueva idea*, *la república que viene*, *el pasado que se va*, el *yo* i el *no-yo*, *las tríadas*, las *grandes derivaciones del cristianismo a novo*, la *sustancia única* mas allá *del fenómeno; los espíritus del vacío que sueñan en las nebulosas*, con otras mil curiosidades dignas del tiempo del peripato, de que tanta burla habia hecho el siglo de la filosofía; i tenemos, sobre todo, las tres grandes palabras *cuasi-cabalísticas* LIBERTAD, FRATERNIDAD, IGUALDAD, con las *evoluciones de la humanidad*, que se asesina i se mata en guerras i revoluciones para establecer la *armonía social* i la *república jenuina*, que consiste en abolir los gobiernos i las leyes....Para qué es mas? Para esto no necesitamos de observatorios sino de balas.

Estas ideas, mas pesadas para mí que la pesadilla del aire, me lanzaron de la cama, como si tuviera espinas. Tomé la vela i me fuí para mi cuarto.

JOSÉ MANUEL GROOT.

EL ULTIMO ABENCERRAJE,

O LA TRATA DE CABALLOS.

A José María Samper.

Yo he sido siempre mui aficionado a poseer caballos, *haciendas*, casas i almacenes de comercio. Lo único que no he deseado nunca son carboneras i minas de azufre. Qué diablos queria usted que hiciera yo con un depósito de tres o cuatro mil arrobas de azufre, por ejemplo?

No piense, Pepe, que voi a espetarle la historia de las haciendas que he pensado comprar, ni de las casas que aun no he comprado, ni de los almacenes que me han ofrecido en venta, i que no he comprado porque no pudimos convenirnos con los dueños en....los plazos. Voi a hablar solamente de mis caballos.

He tenido ocho, por junto. Todos ellos tenian la ventaja de marcar las lecturas que acababa de hacer. El primero, titulado Rodin, lo compré poco despues de haber leido el Judío Errante. Era un negro manso, *petacon*, que aguantaba perfectamente, no una jornada larga, sino la espuela. Tuvo siempre un profundo desprecio por este instrumento: no le hacia ningun caso. Me costó $ 80 en dinero, i lo vendí en $ 60 a cambio de *féferes*. El segundo se llamaba el Gólgota, porque acababa de leer yo varias poesías sumamente románticas; este sujeto era moro, farolon, boquiduro, de mucho brio i buenos movimientos. Me costó $ 120; me sirvió lealmente cuatro años i murió, no entre mis brazos como mi fino amor lo deseaba, sino entre mis piernas, porque iba yo caballero en él el dia que le dió un torozon mortal.

El tercero llamóse el Cólera; me daba tres porrazos por dia, un dia con otro, una veces porque le quedaba la cincha floja i otras porque estaba apretada. Habia adquirido la loable costumbre de caminar arrimándose a la pared, cuando andaba en las calles de Bogotá, por cuyo motivo adolece una de mis dos rodillas de un dolor que, algunos médicos, con una lucidez digna de otro enfermo, han calificado de reumático. El Cólera me costó $ 200 i lo vendí a plazo por igual suma. El plazo se cumplió, pero....no sé cómo esplicármelo....el pago no se ha cumplido. El Cólera era bayo, mayor de edad i sin....No, señor: ahora que me acuerdo, sí tuvo un jeneral en la guerra de 1854; pero ya no era mio.

El cuarto se llamó el Cacique.

> Qué bien lo coronaron!
> Qué bien su porvenir adivinaron
> Los que velaron su primera luz!

En mi vida he visto un sujeto mas digno de ser cacique. Tonto, resabiado, coleador, haragan, de poco aliento i de muchísima soberbia. Creerá usted que un dia (delante de mi amada), porque le arrimé un

poquito la espuela, volvió su feo hocico i me mordió, ai! ai! ai! la espinilla? "Hombre, le dije yo, caraí! qué jenio! qué modales! Es usted un....grosero: dispénseme la palabra." Eso sí, él no dijo *esta boca es mia*. Seria seguramente porque calculaba que yo estaba convencido de que esa boca era suya. Escusado es decir que el Cacique era morcillo. Di por el Cacique una silla chocontana, las obras de Say, un relojito de mala conducta i un lapicero de plata. Cuando lo vendí recibí una obligacion de un quebrado, *a ver si la podia cobrar*, por valor de $ 800; una resma de papel ministro; la coleccion de láminas representativa de la conversion del Judío Ratisbonne; una cartera i un chaleco de seda. No pude cobrar la obligacion; ahí la tengo todavía, i si usted quiere, se la negocio por *chécheres*. Este caballo no me proporcionó mas ganancia que la estensa erudicion que tengo en materia de concurso de bienes; porque para *ver si podia cobrar*, me aprendí de memoria a Pardesus i Robron. Bien es cierto que la tarea nocturna que tuve me costó una reuma i la reuma mi dentadura de marfil, i ambas cosas un ataque de nervios, que me obligó a ir a temperar, i gastar.... no lo creerá usted! exactamente la misma suma de mi obligacion. I dicen que no hai casualidades! En aquellos estudios que hice *a la vela*, adquirí un profundo horror por esta clase de trabajo. Por eso, cuando me cuentan que en el Pacífico anda un buque *a la vela*, digo yo: pobre buque! Cómo le quedará la dentadura! I si me agregan que el susodicho buque navega de *conserva*, esclamo: peor por ahí! si la *conserva* es un veneno para los dientes!

Despues del Cacique tuve el *Suspiro!* Maldito sea el Suspiro, la yegua, su señora madre, el padre que lo enjendró i los pastos que lo criaron! El Suspiro era alazan, cenceño, tan cenceño que se podia atravesar con un alfiler. Engordaba en seis meses i se adelgazaba en média hora. Las jentes decian que yo le ponia corsé: pura calumnia! El Suspiro tenia un pasito corto, un galopito corto, un trotecito corto, i el aliento no era mui largo. Le monté en Bogotá, para pasear en las calles, i resultó que era afeminado i boquirubio: delante de las ventanas donde habia señoritas, enarcaba el cuello, abria las narices, tascaba el freno; i seguro de que la jornada no lo habia de matar, se ponia a dar salticos, salticos....Yo saludaba con la mayor elegancia, i el caballo daba salticos, salticos; iba a seguir, i el Suspiro se estaba dando salticos, salticos! Avergonzado de mi posicion horrorosa, le apretaba los diminutos tacones de mis botas, i el Suspiro, acariciado por aquel suave agnijon que no le dolia, seguia dando salticos, salticos! Al fin reventaban las carcajadas de las lindas muchachas de la ventana, viendo ese indescribible espectáculo, i el ruido de las risas animaba al Suspiro, quien seguia dando salticos, salticos! Todas las ventanas se abrian, todas las familias se asomaban, las cocineras i las *chinas de adentro* (la última escala de la sancion social) salian a los portones a ver aquel nunca visto cuadro; i el Suspiro, entusiasmado con la concurrencia, seguia dando salticos, salticos!

Al fin, la noche, criada por Dios para tapar los dolores i la vergüenza, echaba sus velos de merino sobre la ciudad; se cerraban las ventanas; se retiraba la jente, i yo ciego de vergüenza i de cólera, me desmontaba i cojia de cabestro al fementido animal, quien, visto que terminaba la funcion, cojia ese trotecito que toman los cómicos cuando

se van de las tablas al vestuario. Por eso, cuando leí en Olmedo, que para ponderar las gracias del caballo dice

Que da mil pasos sin salir del puesto,

tiré el libro indignado esclamando: si hubieras montado en el Suspiro! Toma tus saltos!

El Suspiro me hizo echar a perder como cuarenta matrimonios que armé en distintas calles. A pié, me trataban favorablemente las muchachas; en el saludo a caballo, era Troya. Salticos, salticos!

El Suspiro me habia costado $ 300 en vales de 8.ª clase, i lo vendí en igual suma por vales de 3.ª; pero los vales de 8.ª se cotizaban con mucha demanda al 80 por 100 por moneda de talla mayor; i despues que yo poseia mis delgados vales de 3,ª dijo un Congreso que ya se habian pagado muchos vales de 8,ª i que por lo tanto, no se pagaran mas. Aquella lei se llamó "Lei de arbitrios fiscales, autorizando al Poder ejecutivo para levantar el crédito nacional." Yo la llamé la *lei del Suspiro*, e hice una poesía que empieza así:

Salve, decreto próvido, ilustrado!
Salve, noble alazán, piel de carei!
Mas, ¿quién hiló, decidme, mas delgado,
El Suspiro o la lei?

Hubo un tiempo....Mi patria, ai! era esclava
Del español sultan....!
Ai! dónde están mis vales, los de octava?
Por lo que hace a los otros, *aquí* están!

Aquí! Sabes tú dónde? En mi cartera!
Pichincha! Juanambú!
Qué recuerdo! Ayacucho! La Porquera!
Fué en la Porquera do naciste tú?

Luchamos i vencimos! Yo te admiro,
Bolivar colosal!
Mas yo puedo decir que en un suspiro
Se fué mi capital!

La salida del Suspiro me costó no una pulmonía, sino un déficit en mis fondos: el balance del presupuesto no vino a verificarse sino despues de tres años; pero el de los números colorados, está por hacerse en mis libros.

Tras el Suspiro vino el rucio *Ilusion*. El Ilusion era una maravilla, un asombro. Qué dulzura de movimientos! Qué brio! qué boca tan dócil, qué estampa tan linda! El bellaco orejon que me lo vendió, se hizo de rogar un mes; al fin *abrió gola* al trato, me lo dejó montar, i anduve desde San Diego hasta San Victorino, i volví por el camellon de los Carneros hasta San Francisco. Oh! yo me sentia elevado a las nubes! Me encontré con el Presidente de la República, i dije para entre mí: pobre hombre! mire usted con lo que se ha contentado, con ser Presidente! El orejon tenia un airecito como de quien aguarda a que le devuelvan su cigarro recien encendido; se le conocia en la cara que hubiera vendido todo, ménos su lindo caballo. Se dejó rogar, le eché empeños; hablé con un amigo mio que era primo de un concuñado suyo;

i todos juntos le rogaron en mi nombre que me trasladara su Ilusion! Al fin dijo que sí, de mala gana; le hablé de precio, i me dijo él que ofreciese. Yo, con el color de la vergüenza i del pudor en mis mejillas, le dije: quiere usted....cuatrocientos pesos? El pícaro orejon volteó la cara i comenzó a silbar un valsecito que ya no se usa, i que él aprenderia en algunas fiestas en Ubaque.

—Cuatrocientos....cincuenta? Don Pablo silbó entónces el principio de una contradanza. Sabia contradanzas ese monstruo! Yo me moria, estaba ebrio de dolor i de amor.

—Cuánto? le dije en última instancia.

—Seiscientos pesos.

—Nada ménos?

—Ni esto, me dijo, haciendo sonar su uña contra los dientes. El bribon tenia dientes, cosa envidiable para mí! estuve por decirle en mi aturdimiento: seiscientos pesos por el rucio i los dientes! Pero afortunadamente me contuve.

—Con qué condiciones?

—Al contado.

—Da algun plazo?

—Con buena firma. Como se ve, el taimado era lacónico. ¿En dónde diablos pudo aprender laconismo,

> lengua que Ajesilao
> aunque viejo, la hablaba en *champurreao?*

Como no cedió *ni esto* (i haga él la seña) yo tuve que salir a hacer mis quiebras. Pude dar $ 200 al contado, se los llevé en oro, i cuando quise descontarle el premio, empezó a silbar otra contradanza. ¡El desdichado sabia dos contradanzas! Fué menester dárselo a la par. Por los $ 400 restantes le otorgué escritura con hipoteca de un solar por San Diego. Cuando se concluyó el negocio, llevé mi criado con el galápago i ensillé el caballo. Al salir del zaguan, cuando ya el caballo era mio i mui mio, creí notar una espresion de profunda alegría en el moreno semblante de don Pablo, i dije para mi saco: este hombre es capaz de reirse de un entierro. Vea usted que alegrarse al perder este caballo!.... Ya montado le pregunté:

—Cómo se llama el rucio?

—Ilusion.

—Quién le puso ese nombre?

—Eujenia, mi hija.

—Póngame a los piés de esa señorita.

—Se *los* apreciará mucho.

I puse mi caballo al paso largo.

El primer mes todo fué dicha. Resultó que el rucio Ilusion era *engordador*, que comia de todo con buena gana, i me ahorraba así muchos pesos por mes, propinándole en tres dósis diarias los desperdicios de la cocina. Ademas, era manso como una oveja mansa, porque las ovejas de las *manadas*, lo que ménos tienen es ser mansas. Yo podia darme el placer de llevar mis amigos a la caballeriza, i manosear delante de ellos todo el cuerpo del caballo, sin que él se enojara. Le golpeaba amigablemente el vientre, las ancas, las corvas, i con pedirle la pata! la pata! o bien la mano! la mano! levantaba la pata o la mano i la dejaba tomar por mí.

Averigüé toda su jenealojía i condiciones: por el diente se vió que tenia ocho años, la juventud del caballo; supe que era *sogamoseño*, es decir, que no era de ninguna parte. En Bogotá, cuando no conviene al dueño de un caballo revelar su orijen, para que hagan rectificaciones de sus palabras, dice que es sogamoseño, lo que quiere decir en buen castellano, que uno no debe tener la indiscrecion de seguir preguntando. Monté a Ilusion varias tardes, i fuimos en las calles la admiracion del mundo entero. Algunas veces, acompañado de dos o tres amigos, solia ir hasta Chapinero o Aranda. En la sabana era mucho mas sabroso que en las calles. Por aquellos tiempos, i gracias a la poderosa cooperacion que me prestaba la hermosura de mi rucio, pude anudar mis relaciones con Luz, la mas querida de mis cuarenta escojidas. Se atravesó un proyecto de paseo al Salto, i yo lo apoyé enérjicamente, porque allí esperaba que el rucio me haria vencedor al fin en la lucha amorosa que habia empezado. El dia solemne llegó; yo habia conseguido que Juan Sayer me prestara un bayito alhaja que tenia; ensillé mi Ilusion con la montura de Luz, i como el bayo era igualmente *aco*, dejamos atras a los padres, a los amigos i nos embriagamos de amor, de soledad, de aire i movimiento, cuatro drogas que componen la píldora que llamamos juventud, cuarta parte de esa otra píldora mas grande que se llama vida. Mas de repente, oh Dios! qué hai durable en este mundo? ni el amor, ni la dicha, ni el imperio de los Persas, ni Roma, ni Puente-grande! Cayó Ilusion en el camino, maltratando horriblemente a Luz. Permítame que ahorre detalles, i cuente el resúmen. Ilusion padecia de una enfermedad que no le sobrevenia sino en viaje un poco largo. Esa enfermedad vergonzosa, era tal vez el resultado de una mala conducta....Ai! cómo me atreveré a decirlo?.... Ilusion padecia de *mal de perros!*

.....

Es forzosa una pausa....La emocion me ahoga.

.....

Desde que adquirí la certeza de aquella fatal i vergonzosa enfermedad, no dejé persona a quien no preguntara con qué remedio se curaba. A favor de esta imprudente conducta hice público el espantoso secreto, de tal manera que al decir *Ilusion*, todos agregaban *mal de perros*. Yo le quité el nombre, i en recuerdo de los Misterios de Paris, le puse D' Harville, que mi paje pronunciaba *ardil*, i que al fin se convirtió en *ardila*. El rucio Ardila fué vendido por mí en la cantidad de $ 200, a un caqueceño recien llegado a Bogotá, i que esperaba que en la tierra templada se curaria de la enfermedad, porque yo lealmente le descubrí el secreto. Cuando me encontré con don Pablo i le hablé del mal de perros, sacó de su bolsillo copia de la escritura en que me reconocia yo deudor de $ 400 por *valor recibido a mi satisfaccion*, sin decir cuál era ese valor. Miéntras yo leia, él silbaba una contradanza que yo no le habia oido la primera vez. El infame sabia tres contradanzas!

Luz, la postrer luz de mi vida, debia consolarme de mis desventuras. Pero ai! el mal de perros de mi caballo le habia inspirado hácia mí la misma repugnancia que sentia por su esposo la señora de Harville, cuando descubrió que su esposo tenia tambien mal de perros. En vano le insté con mi ardiente amor; en vano le dije: *est-ce ma faute si mon cheval a mal de chiens?* Ella volvia la cabeza; i en una de as veces que la volvió, vió al que es hoi su feliz esposo.

El sétimo caballo que compré fué un pisador retinto, de crin guedejuda, ojos saltados, casco negro i acopado, ancho pecho i resonante nariz. Me costó $ 200 (los mismos que me dieron por Ilusion Ardila), escojido entre una corraleja de potros cerreros. Lo hice quebrantar en mi presencia. Al ver su soberbia figura lo llamé Atila; i, como si me hubiera oido! no se dejó amansar nunca. Lo vendí a la diabla, que es un precio innominado mui significativo.

Hé aquí la historia de mis siete caballos: fáltame referir la del octavo.

Voi a llorar la historia dolorosa
La historia del postrer Abencerraje,
Mas voi a descansar, porque esa historia
Merece ser cantada en pliego aparte.
Descansad, pues, oyentes, mientras lloro;
Luego comenzaré por punto acápite.

Musa antigua! Tú que inspiraste al poeta de Sorrento i al ciego de Albion! Tú que inspiraste sus inmortales cantos al cisne de Mantua, Musa griega o romana, ven a templar las cuerdas de mi lira! Musa consoladora de mis dolores, ven i con tu auxilio cantaré al último Abencerraje!....

—Qué te parece, Pepe, el parrafito?
Lloras! tu faz escondes?
—No! quién puede llorar cuando se escucha
Literatura fósil!

Cansado ya de poseer caballos indignos, me dirijí al señor Aquilino Quijano, dueño de San José, i le abrí mi corazon. Contéle todas mis cuitas, i le rogué que me vendiera un potro sin ninguna de las cualidades de mis caballos: que no se cansara, que no diera salticos, que no fuese viejo ni mozo, ni tuviera mal de perros, ni fuera *pasador*, ni espantador, ni alto ni chico, ni castaño, ni moro, ni rucio, ni sogamoseño.

Él me hizo ver una recojida de cien potros, i entre todos ellos escojí un peceño, cuya figura parecia, como el clima de Popayan, inventada por los poetas. Ofrecí ciento cincuenta pesos; pero el dueño no quiso dármelo sino por ciento. En seguida me exijió que se lo dejara allí para que lo amansara su *chalan*, i que no lo llevara hasta que estuviera perfectamente manso i arreglado; i que últimamente, si me lo daba en ese precio, era con la condicion de que siempre que se enflaqueciera se lo enviara allá para engordarlo. Yo suscribí suspirando a todas esas condiciones: era forzoso resignarme, porque él estaba en su casa. Por la tarde me exijió que montara en uno de sus mejores caballos i fuéramos a pasear en los pantanos; i por la noche, tras una buena cena me hizo dormir en una buena cama. El hombre se resigna a todo!

Un año despues me presentaron en el zaguan de mi casa, en Bogotá, un hermosísimo caballo peceño, suave i brioso, perfectamente sano, gordo como un cerdo i manso como un perro. Lo monté, i abandonándome a sus propios instintos, porque la rienda era un lujo en él, descubrí que tenia todos los movimientos conocidos. Unas veces echaba paso trochado de indecible suavidad; otras pasitrote de novecien-

tos milésimos; ya galopaba sobre la mano izquierda; ya sobre la derecha; el galope era unas veces tan corto como el paso de un hombre, otras largo como el de un caballo vaquero. Le solté a la carrera i gané una apuesta contra un afamado corredor; le arrimé a una zanja de tres varas de ancho, i la salvó como si fuera un pájaro. Lo llevé en una larga jornada hasta Nemocon i llegó con mas brio que el que tenia al salir de Bogotá, i sin mal de perros. Yo les preguntaba a los pasajeros que alababan la hermosura de su estampa, qué remedio seria bueno para ese mal, i me decian que mi peceño moriria de todas las enfermedades conocidas, ménos de mal de perros, porque era mui bien conformado. Lo hice avaluar i lo avaluaron en $ 400.

Al volver a casa, le tenia pensado ya nombre: le puse el noble dictado de Abencerraje.

Cuatro años viví dichoso con aquel escelente animal, durante los cuales no me dió ni una mala pisada. Como apénas tenia ocho, i un caballo cuidado dura veinte en buen estado de servicio (dígalo el rucio de J. M. Quijano), tenia por delante un porvenir entero: doce años de Abencerraje! Durante la última guerra lo mantuve escondido entre un cuarto de mi casa. Mas, un dia que tuve que hacer una dilijencia gravísima en Villeta, donde me esperaba un amigo moribundo, tuve que sacarlo a luz. Atravesé la Sabana como si fuera en coche de blandos resortes, e iba ya tomar el monte, en dónde yo sabia que mi Abencerraje avergonzaba a las mas prudentes i fuertes mulas, cuando, oh desgracia! me encontré con el impavido Coronel Samudio, que marchaba en comision a Ambalema, i con la impavidez que lo caracteriza....

No puedo decir mas.... El Abencerraje fué declarado bagaje a pesar de mi resistencia.

En dónde yaces ahora, Abencerraje mio? Has muerto en Neiva o Mariquita? Te hicieron atravesar la cordillera? Vagas por el Cauca, o pisas oro en Antioquia? Te vendió el coronel Samudio, como hizo el coronel Infante con el Chamelote? Has ido a dar a los Llanos con aquellas partidas de bestias que llevaban unos señores militares? Ai! nada sé de ti, Abencerraje; pero en cualquier parte donde estés, muérete, Abencerraje adorado, muérete i verás lo útil i sabroso que es irse de la Nueva Granada, en donde ni un caballo de buena conducta está libre de un mal encuentro.

Pasado el período áljido de la guerra, vino el de los suministros, en que tiene que mantenerse el enfermo con caldo de pollo para que no haya una recaida. Yo me presenté con una informacion de nudo hecho de testigos buscados aquí i allá, que declararon que era cierto que yo habia dado en suministro (voluntario?) un caballo negro que segun su leal saber i entender valdria cien pesos. El Procurador opuso escepciones de pago que me dilataron mucho los términos del juicio; pero despues de dos años logré sentencia favorable i he recibido los cien pesos en bonos del 3, que he vendido al 20 por 100. De éstos $ 20 he deducido 12, valor de las costas i del papel, i me quedaron 8: los voi a gastar en imprimir este artículo, que será el único, el postrer recuerdo que en el mundo se tribute al *último Abencerraje*.

José María Vergara Vergara.

LA PIRÁMIDE DE LA ÍTICA-POL.

(VIAJES POR SUR-AMÉRICA.)

Los tres viajeros continuaban la esploracion de aquellas hermosas comarcas, en que la naturaleza habia sabido distribuir la trasparencia en los aires, la variedad en el paisaje i la sombra en los caminos.

Habiendo dejado su nave surta en la costa vecina, i despues sus caballos al pié de la montaña enriscada, continuaban la ascension de ésta, en el declivio de la cual su guia les habia ofrecido un bello espectáculo; como a Jesus, desde la cumbre del monte, habia ofrecido el reino de la tierra el espíritu de la tentacion.

Era su guia, natural de aquellas rejiones, uno de esos seres particulares que el mundo se cree con derecho para llamar alternativamente sabios i locos.

Los árboles, que enredaban sus raices dentro de la tierra, que entretejian sus ramas en los aires i que mezclaban sus aromas en el cielo; la yerba de que salian, sobre tallos desiguales, flores de nunca vista belleza; las aguas cristalinas i rumorosas, sobre cuyo cauce ancho i sesgado formaban un velo abigarrado centenares de insectos de alas fulgurosas i lijeras; las aves de canto i plumaje desconocido, que revoloteaban, rasgando el encaje de las hojas i la nube de los perfumes; todo esto, que se prolongaba en la vereda que seguian, encantaba los sentidos i enajenaba el espíritu de nuestros viajeros. Si su vista se apartaba de la oblicua línea del camino, cuestas que remataban en valles floridos o en mansas corrientes, ribazos crespos i verdecidos, o a lo léjos, escarpas de piedra amarilla, mesetas de pizarra gris, o bancos de césped pajizo, iluminados por un sol equinoccial i dilatados en horizonte hasta el limbo indeciso del cielo o del mar, desvanecian por decirlo así, su mirada en el espacio i su alma en el infinito.

I no era la menor causa de la dicha que, delante de tal espectáculo, sentian todos ellos la entera identidad de sus sensaciones i la completa conformidad de sus juicios, lo cual hacia como una sola de sus tres almas i uno solo de sus tres estasiados corazones.

Mui cerca ya del tope de la montaña i en el lugar en que la ruta enderezaba al oriente, espaciándose en forma de semicírculo i asomándose como un balcon sobre los valles comarcanos, hizo de repente alto el guia, i con voz decisiva les dijo:

—Hasta aquí!

—Termina, pues, aquí el paraiso que nos has mostrado?

El guia enjugó las gotas de sudor que rodaban como rocío por su frente coronada de pocas i plateadas guedejas.

—No, les replicó. Este paraiso, como quereis llamarlo, cubre ambos repechos de la montaña; i aun dicen que, traspuesta la cumbre, son mas las hojas i las flores, mas limpias las aguas i mas espléndido el cielo.

—Porqué entónces te detienes aquí?

—Porque cien pasos arriba se halla la cumbre.

—I bien! Desde esa cumbre, en la opuesta pendiente, volveremos a ver el eden de esta montaña sin par.

—Pero es que desde esa cumbre se mira mui alto.

—I qué importa que miremos desde el mismo umbral del cielo?

—Importa; porque la vista desde mui alto alcanza hasta mui léjos.

—Mejor! Miraremos alto i léjos.

—En tal caso distinguireis el otro cordon de la serranía, cuyo cuello festonado está casi todo ceñido de nieve.

—I veremos su larga fila desigual i azulada destacarse hasta el cielo.

—No! no debeis verla; el sol debe iluminarla ahora con sus rayos perpendiculares e intensos.

—Mejor! así podremos percibir su forma i seguir sus perfiles.

—Os engañais. La luz solar, rechazada de las faces inmensas de esos montones de nieve, volverá contra vuestros ojos una llamarada blanca i penetrante que les será fatal.

—Nos volverá ciegos?

—A unos volverá ciegos, i a otros volverá locos.

—I porqué a nosotros no mas?

—A vosotros no mas; porque yo no os acompañaré. Hasta aquí he venido siempre con los viajeros; aquí he aguardado a los que han pretendido ver, desde la cumbre, los nevados fatales; i desde aquí los he vuelto a conducir al valle, por la mano cuando han vuelto ciegos, i de léjos cuando han vuelto locos.

—Indícanos, pues, el camino hácia esa cumbre siniestra, i aguárdanos aquí. Procuraremos no cegar todos tres, como quiera que con tus dos manos no podrás guiar sino a dos. Ya decidiremos cuál de nosotros haya de volver loco, para que a ese le conduzcas de léjos.

I los tres viajeros, sonriéndose compasivamente de la ignorancia supersticiosa de su guia, que en esta vez les pareció loco, emprendieron solos el camino indicado hácia la cumbre, para ver el níveo yelmo de los farallones distantes reverberar a los rayos de un espléndido sol.

A los cien pasos, con efecto, se encontraron en el ápice de la altura. Esta era estrecha i sinuosa, con vejetacion rara i raquítica. Gramíneas formaban la ceja velluda de esa masa estupenda, que a uno i otro lado estaba vestida de selvas, con aves i arroyos, con aromas i ruidos.

Mas una vez en el término de su ascension, de nada se acordaron los viajeros; nada mas pudieron ver que el manto de nieve que envolvia, como una túnica de plata, la cordillera fronteriza, bañada por una luz meridiana.

Espectáculo singular! Una fila jigantesca de montes alzadísimos coronaba su cúspide con anchas diademas de nieve, contra la cual se partian los rayos del sol, llenando en su reflexion de lumbre blanca i penetrante el seno del horizonte.

Uno de esos nevados, sobre todo, era como una pirámide de plata bruñida, i parecia por un efecto caprichoso de la reverberacion de la luz, que jiraba sobre su base, i que ostentaba a la vista de los viajeros sucesiva i rápidamente, sus prismas diamantinos. I era cada uno de esos prismas como el escudo enorme con que Milton cubre los costados colosales del arcánjel batallador.

Esa pirámide, que no era otra que la de Ítica-pol, atrajo i fijó como

un iman los ojos de los viajeros, quienes la miraron hasta que sintieron fatigarse sus fuerzas, oscurecerse sus pupilas i medio unirse sus párpados.

En seguida quisieron descender hácia donde el guia los estaba esperando.

Pero entónces uno de los tres, precisamente el que por mas tiempo se habia estado contemplando la espléndida masa, al separar de ella sus ojos los tuvo que cerrar; i al volverlos a abrir, buscó el camino para bajar; mas en tal punto sintió que le pasaba por delante una bruma helada, una neblina turbia, que desvaneciéndose en el aire, le dejó al fin ver la misma pirámide, aunque inmóbil i descolorida, a donde quiera que volvia el paso o la vista.

—Por dónde bajamos? preguntó a sus compañeros.

—Por aquí, le respondió uno de ellos, enseñándole el camino que él mismo seguia.

—Pero por ahí está la pirámide, observó el primero, la veo i casi la toco.

—Venid, pues, por este lado, le dijo el otro viajero, indicándole la parte por donde él descendia.

—Oh! Por ahí tambien está la pirámide! Me he vuelto i la he encontrado. Camina delante de mí, i se vuelve conmigo.

—Dadme la mano i seguidme, le replicó el primero. I diciendo i haciendo, le condujo hasta donde encontraron al guia, en el punto de donde no habia querido pasar.

—Es que estais deslumbrado, le decia el que hacia de lazarillo.

—Es que está ciego! le corrijió el guia. Yo os lo advertí....mas, dadme la mano de él, i seguidme vosotros.

—Los locos, no es verdad?

El guia no contestó nada. El espectáculo estraordinario que presenciaba no era nuevo para él; mas no por eso perdia en su ánimo ninguno de sus horribles caractéres. Él sabia que aun faltaba el lance mas estraño en esta escena fatal.

Los otros dos viajeros caminaban detras. Al silencio en que los habia dejado la no respuesta del guia, poco a poco se habia ido sucediendo primero el ruido de una conversacion, despues el clamor de una disputa, i por último, el tumulto de una riña.

Entónces el guia se detuvo un instante i escuchó.

—Es esa flor que está a vuestra izquierda, decia el uno.

—Yo no veo a mi izquierda sino una piedra; la flor está al otro lado; cabalmente que su matiz es rojo i que sus pétalos se estienden en forma de cruz.

—Entónces el guia tiene razon respecto de vos! Estais loco, si no veis que está donde yo digo, que su matiz es amarillo i su forma casi redonda.

—Pues repito que os equivocais como un tonto.

—I yo insisto en que mentis como un miserable.

—Pero yo os advierto a entrambos, les dijo entónces el guia en tono solemne, que disputais como dos locos. Uno i otro teneis razon, o mejor dicho, ninguno de los dos la tiene....I mirad! En vez de disputar, mirad que uno de vosotros ha tomado uno de los estremos de la vereda, i el otro ha tomado el opuesto estremo. Os vais a despeñar si no os acercais uno i otro hácia el justo medio.

—Precisamente es el que yo llevo! respondió el uno sin apartarse del borde fatal.

—Yo sí que voi por él, i de él no saldré por nada! replicó el otro; i siguió el filo peligroso.

—I entretanto, añadió aquel a quien el guia llevaba por la mano, entretanto la pirámide aun está delante de mí, i no me deja ver nada mas que ella con sus vueltas eternas i su brillo encendido i flotante.

—Peor le va al otro, le replicó el uno de los otros dos; porque si vos no veis mas que el nevado, él lo ve todo al reves i todo de rojo.

—Verdaderamente que me inspirais compasion, contestóle aquel a quien se aludia; sois vos quien lo ve todo al contrario i todo amarillo.

—Nada, nada teneis que echaros en cara en punto a locura, les dijo ásperamente el guia; ni sé en verdad a cuál de vosotros haya tocado lo peor. En lo sucesivo a donde quiera que el uno vuelva los ojos, no percibirá mas que el nevado fatal. Los otros dos lo verán todo, pero en opuesto sentido, con diferente color i en forma distinta.

Los tres viajeros inclinaron la cabeza. Su conciencia i sus presentimientos, lo que entre ellos se estaba verificando, todo confirmaba las ominosas profecías del guia; i el sobresalto se apoderó de sus corazones.

—Desechásteis mi oportuno aviso, continuó implacablemente el guia, aviso que ha salvado a no pocos viajeros; quisísteis a todo trance contemplar las nieves iluminadas, i ya jamas vereis otra cosa que ellas, o jamas vereis el mundo del mismo modo.

—Pero esplicadnos, por Dios! este horrible misterio, gritaron como a una voz los tres aterrorizados viajeros.

—I qué quereis que os esplique yo? Yo soi un simple hijo de la naturaleza. Vosotros, hijos de las ciudades, volveos a ellas, i en ellas encontraréis sabios que, si no os esplican los hechos, por lo ménos les dan nombre, i forman con el conjunto de las cosas que ignoran admirables tratados i eruditas clasificaciones. Ellos acaso os digan que en el cuenco de vuestros ojos se ha efectuado un fenómeno tanto mas grande, cuanto ellos ménos lo temian, i precisamente mas estupendo por lo ménos remediable que es. Así, por ejemplo, sin devolveros la regularidad de la vision, os convencerán de que los humores maravillosos que ni el calor dilata ni el frio condensa, i que están guardados, como diamantes líquidos entre las láminas oculares vírjenes de todo color, en uno de vosotros han dejado de trasparentar la luz, de la que ántes no amortiguaban el brillo aunque quebraban el rayo; i que en los otros dos, esos mismos humores descomponen ahora la luz para teñir con uno de esos colores todo, todo lo que pasa al traves de ellos: fenómeno, os dirán ellos con toda cordialidad, perfectamente raro i enfermedad perfectamente incurable. Yo nada de eso os digo: ¿ qué sé yo de las leyes de la naturaleza ni de los misterios de Dios?

Por lo que hace a esta vez los viajeros no tuvieron al guia por loco. Habia llegado el caso de que le tuvieran por sabio.

—Vos debeis conocer esas leyes i esos misterios, le contestaron, puesto que no quisísteis subir con nosotros a la cumbre funesta.

—No; yo no conozco absolutamente nada de ello. La esperiencia, que habla con hechos, me ha enseñado que existe el mal; mas no me ha dado su esplicacion ni su remedio. Bastaba sí para evitarlo saber, i yo os lo advertí, que el brillo de la luz en esas nieves eternas de la Ítica—

pol, apaga para siempre unas pupilas i trastorna en otras los elementos ópticos, para que la vision por ellas sea perpetua i sistemáticamente en sentido contrario.

O el guia volvió a parecerles loco, o los viajeros no encontraron nada que oponer a su demostracion. Lo cierto es que todos ellos guardaron silencio.

Despues llegaron al pié de la montaña. Allí estaban los tres caballos, que impacientes, tascaban los frenos espumosos i herian con sus cascos la tierra.

No muchas leguas distante i del lado del poniente, el mar se estendia como una sábana azul plegada, i la nave que habia traido a los viajeros, amarrada al ancla, se balanceaba al vaiven de las ondas i al vajido de las brisas.

El guia entónces se despidió de los viajeros.

Los viajeros montaron en silencio, operacion que ejecutaron maquinalmente, e iban a partir.

—Este es el camino que trajimos, dijo uno de los que venian, mirando el del sur, i se lanzó por él a galope.

—No! no es ese, se dijo el otro, i soltando la brida a su caballo, enderezó por el camino del norte.

—Yo nada veo aun, sino la pirámide, se dijo a sí mismo el tercero; pero supuesto que ellos están en diametral contradiccion, yo seguiré, para acertar, el medio entre ellos.

I guiándose por el ruido de los dos caballos que habian arrancado, procuró que el suyo lo hiciese por el medio.

Con efecto, su caballo se lanzó a la carrera hacia el oriente.

Ya dijimos que la nave los estaba aguardando en el occidente.

El guia, que no se habia separado gran trecho, los vió apartarse unos de otros, i los vió alejarse, a cada cual por su lado, del punto que buscaban, i al que necesitaban llegar todos tres. Sinembargo, nada les dijo.

Él habia presenciado muchas de esas separaciones insensatas, muchos de esos alejamientos incomprensibles; i habia llegado a convencerse dolorosa, pero profundamente, de que nada podia arrancar la impresion deslumbradora de la Ítica-pol, a los que ella una vez habia atraido i cegado; así como tambien de que nada haria que viesen con el mismo color ni en el mismo sentido cosa alguna, aquellos a quienes la misma pirámide habia engañado, mostrándoles en sus vueltas falaces dos distintos de sus prismas seductores.

El guia sabia perfectamente todo esto. Lo que no sabia, o por lo ménos, lo que nunca confesó que supiese, era la causa eficiente de ese fenómeno de ceguedad relativa i de estrabismo moral de los ojos que se abandonaban indiscreta i porfiadamente a la contemplacion de los reflejos i a la reverberacion de la luz en las nieves de la Ítica-pol....

Despues de aquellos tres viajeros, otros muchos llegaron.

El guia los condujo a todos, i a todos hizo la misma oportuna i solemne advertencia.

No obstante, algunos de esos viajeros volvieron ciegos.

Los demas volvieron locos.

I cuando los niños de los contornos preguntaban al impacible guia porque los niños tienen derecho de preguntarlo todo:

—Porqué acompañais a los viajeros?

—Porque acompañándolos, les contestaba él, a lo ménos se salvan algunos; miéntras que, yendo solos e ignorando el peligro, ni uno solo se salvaria.

—Entónces, porqué no los conducís por el otro lado de la montaña?

—Hijos mios, volvia a responderles el guia, es que el otro lado lleva al mismo punto i con el mismo peligro. Vosotros no sabeis todavía, i yo lo sé ya mui bien, que entre el otro lado i éste solo hai una diferencia.

—Qué diferencia?

—La del nombre: en este lado la pirámide jirante i deslumbradora, que ciega i que vuelve locos a los que a ella se entregan, se llama la Ítica-pol.

—I en el otro lado cómo se llama?

—En el otro lado se llama la Política.

SANTIAGO PÉREZ.

ANTIGUO MODO DE VIAJAR POR EL QUINDIO.

CUADRO DEL SEÑOR RAMON TORRES.

La litografía de los señores Martínez Hermanos reprodujo un paisaje, dibujado en la piedra por el señor Ramon Tórres Méndez, que representa el modo de viajar por nuestras montañas; paisaje que debe llamar la atencion de los curiosos, tanto de los que han atravesado la cordillera, como de los que solamente han dado la vuelta al rededor de su cuarto, como Mr. de Maistre. Este último modo de viajar es bastante comun entre las señoritas de Bogotá, de las cuales algunas lo mas que han estendido el radio de sus escursiones es hasta Chapinero, los Laches o Puente-Aranda. Sinembargo, tales mujeres son andariegas, comparadas con la señorita***, que materialmente no conoce sino la plazuela de San Diego por el norte, la de las Cruces por el sud, la Peña por el oriente, i esa corraleja o quisicosa (entre paréntesis) que hai al entrar en la Alameda Nueva, frente al edificio del colejio del Espíritu Santo.

Es el caso que compré, en dias pasados, uno de esos paisajes que dije, i, como quien no quiere la cosa, fuí a ponerlo a los piés de la señorita de Tres Estrellas. La señorita lo merece, dígase lo que se quiera: la justicia por delante. Hé aquí un fragmento del diálogo a que dió márjen mi obsequiosa galantería.

—Usted ha pasado el Quindío? me preguntó.

—Si, señora, le contesté; i el Guanácas, el Almorzadero, Sonson, Herbé, Remolino, Barragan i....qué sé yo!

—Es decir que usted es todo un doctor en eso de pasar montes?

—Sí, señora, respondí sonriéndome, i en esos montes me he graduado en pasar muchos malos ratos, i muchos malos pasos.

—En cambio de algunas horas deliciosas, no es verdad?

—Sí, verdad es.

—Oh! cuando llueve! Hai casas en la montaña?

—Cuando pasé el Quindío, en 1842, no habia mas que una casucha a la entrada, i otra a la salida. Ahora dicen que hai casas i tambos en la Palmilla, las Tapias, el Moral, Buenavista, Toche, la Colorada, las Cañas i Piedra de moler; i dos poblaciones nacientes, una en Boquía i otra en la Balsa, poblaciones que apénas merecen el nombre de tales.

—Bien: i qué representa esta lámina?

—El modo de viajar por la cordillera. Ese que ve usted casi desnudo, es un fornido ibaguereño que lleva sobre las espaldas a un individuo, sentado en una silleta hecha de guaduas mui livianas, pero de mucha consistencia. El viajero lleva encojidas las piernas, i apoyados los piés en una tablilla. El carguero se apoya en el bordon, que maneja con la derecha, siendo de advertir que los antioqueños no lo usan. La selva primitiva, como usted puede ver, está dibujada con bastante naturalidad i desembarazo. Esos grandes árboles, esos troncos, esas enredaderas que cuelgan formando ricos pabellones de verdura, en fin....

—Ya! ya! me hago cargo. Muchas leguas de montaña, i subidas, bajadas, rios i torrentes, precipicios i despeñaderos, de todo eso habrá por allí....

—Sí, señora, con sobrada abundancia.

—I quién será ese de la ruanita pintada?

—A lo que comprendo, el pintor quiso retratar a uno de los Senadores de la República, que vino al Congreso el año pasado, hombre enjuto de carnes, macilento de rostro, pensativo i ensimismado, que hablaba solo algunas veces i manoteaba, cual si estuviera perorando en el Congreso, en cuyas sesiones no se atrevió a chistar palabra. Aquella que ve usted en otro carguero es la esposa del senador, muchachota alegrona, de veinte i seis años, que pesaba entónces nueve arrobas, quince libras; i hacia pujar, sudar, estremecer (i maldecir a veces) al miserable carguero que trajo a cuestas su rolliza humanidad. I ese otro que se divisa, trepando por allá arriba en el último término del cuadro, lleva a un muchacho hijo del cejijunto senador, que viene a estudiar en un colejio de Bogotá, para salir tan doctor i tan hábil como su señor padre. Ni mas ni ménos.

—I cómo sabe usted todo eso?

—Porque así lo he oido contar a personas que lo entienden.

—Qué paisaje tan bonito, señor! qué bonito! I qué dirán en Europa de nuestro modo de viajar a mediados de este siglo tan vaporoso, tan civilizado i tan romántico?

—Dirán lo que se les antoje. Cada uno viaja como puede; i en la cordillera de los Andes, miéntras se establecen los ferrocarriles, lo cual tardará su *poquito*, debemos dar gracias a Dios si conseguimos un carguero robusto, de anchas espaldas i fornidas piernas, para que nos conduzca; gracias debemos darle tambien si hallamos un árbol caido sobre un rio invadeable; gracias, si encontramos un tambo donde pasar la noche; gracias, si no nos muerde una culebra; gracias, si no nos devora un tigre; gracias, si no nos acometen los frios i calenturas; gracias, si el

carguero sale de paso, en vez de salir de trote; i gracias, últimamente, si no nos *riega* por el suelo, como le sucedió al Libertador Bolívar.

—I quién habrá dibujado ese paisaje? me preguntó con viveza la señorita de Tres Estrellas.

—Pues quién, sino nuestro célebre compatriota Ramon Tórres?

—Ah! ya se me habia puesto en la cabeza que él habia de ser! Si usted me guardara el secreto, añadió con tono misterioso, le recitaria un soneto compuesto en elojio de dicho Tórres, que se me ha quedado en la memoria.

—Bien! Prometido i ofrecido: sírvase usted recitármelo, que pronunciados por esa linda boca, deben sonar mui bien aun los peores versos.

—Yo no sé cómo sonarán. El soneto dice así:

El azul de los cielos, el celaje,
Las caprichosas nubes, el torrente
I las palmas que ciñen la ancha frente
De la cascada en medio del paisaje
Imita tu pincel; i hasta el ropaje
De púrpura i de rosa trasparente
Con que se adorna el sol en el oriente....
Mas no iba a hablarte de eso: me distraje.
Al niño, al hombre, a la mujer hermosa
Copia tu mano con destreza suma,
Los ojos engañando artificiosa;
I por eso es en balde que presuma
Disputarle la palma jenerosa
A tu pincel la mas correcta pluma.

—Gracias, mil gracias por su fineza, señorita, dije yo, cuando ella hubo terminado. ¿Sabe usted quién compondria ese soneto?

—Sí, señor, lo sé; pero no se lo puedo decir.

—Bien! será porque yo no puedo decir a usted los nombres del senador i de la senadora, que tiene usted delante de los ojos. Justa represalia!

—Si usted quisiera darme algunos informes más sobre ese peregrino modo de viajar en cabalgadura humana....porque, en fin, puede ofrecérseme algun dia, i nunca está por demas....

—Sí, señorita, con mucho gusto: continuaré mi descripcion, que no será tan buena que merezca un soneto, pero sí verdadera.

—Figúrese usted que sale uno de la hermosa poblacion de Ibagué, que, aunque pajiza en su mayor parte, tiene un aspecto risueño i agradable. Esta poblacion, hoi capital de provincia, demora, como usted lo sabrá, al pié de la gran cordillera central de los Andes, que es esa que vemos desde Bogotá cerrando nuestro horizonte por el occidente en último término, i que eleva sus crestas de plata, entre las cuales domina el pico del Tolima, que en las mañanas i tardes despejadas se divisa claramente. Sale, pues, el viajero de esa ciudad, que la tradicion ha hecho célebre por las antiguas invasiones de los belicosos indios Pijaos i por la famosa lanza de don Baltasar, en que dicen que los ensartaba, como escorzonera, hasta de a ciento cincuenta.

—Sí, ya recuerdo los versos de la novena de la Lanza, que se adoraba en Ibagué:

I era tanta la pujanza
Del señor don Baltasar,
Que dicen llegó a ensartar
Ciento cincuenta en la lanza.

I el pueblo respondia en coro el estribillo:

Lanza no caigas al suelo,
Porque vienen los Pijaos.

—Las tradiciones del vulgo son de una estravagancia verdaderamente....romántica, por no decir ridícula. Pero nos desviamos del objeto.

—A poco andar se toma el suave repecho, despues de pasar el pequeño rio llamado Combeima, i entónces, dejando las cabalgaduras cuadrúpedas se instala uno sobre los lomos de las bípedas, en las toscas aunque seguras monturas que ellos mismos fabrican, quedando en esta posicion, que podria traducirse por el emblema de un matrimonio desavenido, o de los partidos políticos, espalda con espalda, pero siempre el uno dominando al otro.

—Me gustan las moralejas de usted.

—Por fortuna son moralejas en diminutivo. La primera jornada es hasta el sitio que llaman la Palmilla: esto es de cajon, i de allí no pasan los cargueros ni hechos pedazos.

—I este capricho porqué?

—Porque estando mui cerca de Ibagué, tienen tiempo de volver a la poblacion, de donde parece que se separan con pesar, i pasan en ella la noche para despedirse con alguna diversion, i madrugar a tomar sus respectivas cargas.

—Segun veo, estos bogas terrestres son tambien orijinales, i tienen sus puntos de contacto con los acuáticos o fluviales.

—Tiene usted razon: se parecen mucho los unos a los otros, ya en lo semi-desnudos que andan, ya en el bordon i la palanca, ya en los cuentos i chistes, ya en los caprichos i ya finalmente en lo mucho que comen, pues es preciso saber que todo el avío que se saca de Ibagué o Cartago, que por lo regular es abundantísimo, lo devoran en pocos dias; la cantidad de carne i panela que consumen es enorme, i frecuentemente el viajero que quiere tenerlos gratos, compra en el camino uno o mas cerdos para obsequiarlos.

La Palmilla, donde se hace la primera jornada, es un sitio pintoresco por su situacion: el paisaje que se presenta allí a la vista, es verdaderamente encantador, pues desde aquella eminencia se desarrolla a los piés del viajero el mas hermoso i risueño panorama que pueda imajinarse, i que abraza todas las faldas i vertientes de la gran cordillera, el plano donde está asentada la ciudad de Ibagué, con todas sus haciendas i labranzas, sus riachuelos i montecillos i la ciudad misma.

—I no habiendo caseríos en el tránsito, dónde se pernocta?

—Al aire libre, ni mas ni ménos, como lo hacian los patriarcas en aquellos tiempos felices que nos refiere la Escritura. Llega la noche, se suspende la penosa marcha, echan pié a tierra los desorientados viajeros, no sin cierta especie de desvanecimiento o mareo, producido por el movimiento desigual i de trepidacion del carguero, i con una que otra contusion i rasguño, señales visibles de la exuberante i tenaz vejetacion

de la montaña. Una vez en tierra, los cargueros se dan prisa a cortar ramas de árboles para hacer largas estacas, que, clavadas en tierra, se cubren despues con hojas i ramazon, lo que viene a formar un rancho o tambo, donde se pasa la noche. Estas casas improvisadas i de una arquitectura tan sencilla i lijera como el *Palacio de cristal*, no sirven mas que una noche, i al dia siguiente quedan abandonas. Por lo regular la ranchería se hace en un pequeño llano limpio i escampado, que no faltan en todo el trayecto de la montaña, i por donde ordinariamente corre alguna quebrada de aguas cristalinas i puras.

—Los frios i calenturas no son tambien en esta montaña el resultado de algunos dias de marcha, como en Carare?

—Al contrario, el clima de la montaña es el mas sano que puede darse; i es fama que no solo no altera la salud, sino que la procura a muchas personas enfermas, no siendo raro entrar a la montaña con algun achaque i salir de ella bueno i sano, con escelente apetito i buena disposicion para todo.

—Habia oido decir que se habia abierto un camino por donde podia transitarse ya en bestias.

—En efecto, hace como diez años se comenzó a abrir el camino, i se logró descuajar i banquear una gran parte de la montaña, pero la naturaleza no permite allí mantener abierto por mucho tiempo un camino, pues la vigorosa vejetacion se reproduce admirablemente, ni mas ni ménos como en la América del Sur se reproducen las revoluciones i desórdenes. Sinembargo, no deja de trabajarse constantemente, i el presidio del tercer distrito se halla empleado en aquellos trabajos, de manera que, segun tengo entendido, un gran trecho puede andarse a caballo.

Al otro lado de la montaña se halla Cartago, primera poblacion considerable de la provincia del Cauca, i poco mas o ménos en una posicion topográfica semejante a la de Ibagué; de manera que estas dos ciudades pueden considerarse como las columnas de Hércules de la cordillera....

—I diga usted....

Aquí llegábamos de nuestro diálogo, cuando tres golpecitos dados en la puerta del cuarto por cierta visita no mui oportuna, vinieron a interrumpirlo, por lo cual tomé mi sombrero i me despedí, *hasta otro dia en que vendrá otra lámina*, i con ella quizá otro diálogo.

PARTIDA DEL LIBERTADOR.

(HONDA—1830.)

Exiguos eran los recursos que llevaba para su viaje el hombre que por tantos años habia gobernado la potente Colombia i el opulento Perú, habiendo consumido la mayor parte de lo que heredó de sus mayores, en la guerra de la Independencia. Afectado con la idea de verse en la indijencia en un pais estranjero, escribió de Guáduas a su apoderado en

Carácas una carta manifestándole su absoluta penuria i previniéndole que vendiese cuanto le quedase de sus posesiones para no verse en la mendicidad en tierra estraña; carta que la Historia ha conservado por ser ella un testimonio más de la probidad i honradez del grande hombre perseguido, comprobando su pobreza.

Al llegar el Libertador a Honda fuí a recibirle al puerto con el Concejo municipal, los empleados públicos i los principales ciudadanos. De los pueblos inmediatos habian ido a la ciudad cuantas personas pudieron, algunas con sus familias; i como en todos los del tránsito fué recibido con iguales demostraciones de afecto i gratitud, su corazon se ensanchó i se complacia en manifestarlo.

Al caer la noche, el capitan de la compañía de granaderos se puso a colocar centinelas en el balcon, en los patios, en las esquinas de las calles, i algunos de los oficiales acompañantes aparentaban una vijilancia ostentativa mirándome de reojo. Esto me disgustó i manifesté al Libertador que en la ciudad de Honda i en mi casa gozaba de completa seguridad, i que por tanto le rogaba que mandase cesar esas precauciones, i así lo hizo.

Para preparar de un todo los champanes eran necesarios todavía tres o cuatro dias. Aprovechando este intervalo, el director de las minas de plata de Santa Ana, que estaba en Honda, le invitó a pasar un dia en aquel establecimiento, distante unas seis leguas de la ciudad, i lo hizo con tanta instancia que aceptó Bolívar la invitacion, mas por condescendencia que por curiosidad. En Honda no ha sido ni es fácil conseguir buenos caballos de pronto para mas de dos o tres personas, causa por la cual no pudimos salir sino mui tarde en la mañana siguiente.

El sol en el cenit derramaba torrentes de fuego quemando la tierra cuando llegamos a la quebrada de Padilla, bello *oásis* de los llanos de Mariquita. El Libertador, en estremo fatigado i débil como estaba, quiso descansar allí i, echando pié a tierra, hubimos todos de hacer lo mismo con mucho gusto, acostándonos sobre nuestros pellones a la orilla del cristalino arroyuelo. La frescura del ameno sitio que la sombra de los árboles seculares producia; el murmullo apénas perceptible de las límpidas aguas que se deslizaban reflejando oscilantes sobre las hojas los rayos del sol que podian penetrar por el espeso follaje; el roce de las ramas que un suave vientecillo blandamente balanceaba, el bramido sordo i lejano del rio Gualí, que estrellándose de una en otra roca sobre su lecho pedregoso, se precipita al Magdalena en rápida i espumosa corriente; el reposo de la naturaleza en aquella hora en que todo lo que vive, ménos el esclavo, descansa en los campos de los climas ardientes; todo, todo producia en nosotros un dulce sopor que escitaba a unos a la meditacion, a otros al sueño. Despues de mas de média hora en que descansábamos en una especie de somnolencia, levantó Bolívar la cabeza, se sentó impaciente, i dirijiéndose a mí, que estaba a su lado, me preguntó:

—Porqué piensa usted, mi querido coronel, que estoi yo aquí?

Tan estraña pregunta me sorprendió. Si yo hubiera respondido lo que instantáneamente se me ocurrió, le habria contestado que por el gravísimo error político que cometió al regresar del Perú no sosteniendo el principio de legalidad, sufocando la revolucion de Venezuela de una manera diferente de como lo hizo; pero tímidamente, por no ofenderle, le contesté:

—La fatalidad, mi jeneral.

—Qué fatalidad! No! me replicó con vehemencia, yo estoi aquí porque no quise entregar la República al colejio de San Bartolomé; i calló inclinando meditabundo la cabeza sobre el pecho.

El jeneral Santander habia sido colejial de San Bartolomé, el mayor número de los miembros de la sociedad *filolójica* i de los conjurados del 25 de setiembre eran o habian sido del mismo colejio, i ellos figuraban como corifeos del partido liberal: a esto hacia alusion aquella palabra de Bolívar que manifestaba la preocupacion incesante de aquel hombre desgraciado, que no podia olvidar a Santander i el atentado del 25 de setiembre. Levantándose apresurado, pidió a un criado una sábana de la maletera i dijo que iba a bañarse: yo le hice algunas observaciones sobre el riesgo que habia de hacerlo en aquella hora, despues de una ajitada marcha i acabando de llegar de un clima tan frio, respecto de Honda, como lo era el de Bogotá, i le dije:

—Recuerde V. E. que Alejandro Magno murió en la flor de su edad por haberse bañado estando acalorado.

Mirándome con indefinible dulzura, me contestó:

—Cuando Alejandro se bañó acalenturado, estaba en el apojeo de su gloria: yo no corro ya ese peligro; ademas, la muerte de Alejandro la atribuyen unos a que Antípater lo hizo envenenar ..... i otros a que su enfermedad se agravó por el esceso del vino en una orjía, i yo jamas me he embriagado.

Efectivamente, no hubo ejemplar de que Bolívar se embriagase ni en los espléndidos banquetes que se le dieron muchas veces. Despues del baño seguimos, i en todo el camino iba hablando sobre su tema constante de cuál seria la suerte que correrian estas Repúblicas, por la anarquía de las ideas, por la facilidad que las instituciones daban a los ambiciosos para alzarse con el poder público, desmoralizando el pueblo i arruinando el pais.

Al subir el cerro que separa la pequeña colina de Santa Ana, de los llanos de Mariquita, se detuvo a admirar el magnífico panorama que desde allí se presenta a la vista en aquella hora: la cordillera oriental bañada por el sol poniente, reflejando los colores del íris en una prolongada línea de páramos sobre sus elevadas cimas; las estensas llanuras cubiertas de ganados i sembradas aquí i allá de aldeas, de caseríos, de alquerías i de las chozas del pobre jornalero; el Magdalena en un tortuoso curso recojiendo los rios menores i arroyuelos que de uno i otro lado bajan de ambas cordilleras i serpenteando por las praderas se deslizan mas o ménos turbulentos, a perderse en él; las bandadas de guacamayos de variado plumaje, de loros, de pelícanos i de mil otros pájaros que al declinar el sol atraviesan el espacio con gritería atronadora, en busca de las ramas donde pasan la noche o donde dejaron sus polluelos; los palmares lozanos i pintorescos que abundan en grupos aislados proporcionando sombra al ganado en las horas de calor sufocante, i alimento con sus corozos a otros animales; del lado opuesto, el nevado del Ruiz, en la cordillera central, reverberando como plata bruñida sobre las nubes doradas, matizadas de púrpura i azul, que formaban su dosel, los torrentes de luz con que el sol lo hiere al descender a su ocaso; el esplendente indescriptible arrebol que mas o ménos purpúreo iluminaba la bóveda celeste; todo esto formaba un estupendo i sublime cuadro,

que obligaria al espíritu mas fuerte a humillarse ante el Criador omnipotente de tantas maravillas, i que detuvo a Bolívar largo rato en relijiosa contemplacion, de la que participábamos, en silencio respetuoso, los que le acompañábamos.

—Qué grandeza, qué magnificencia! Dios se ve, se siente, se palpa! Cómo puede haber hombres que lo nieguen? fueron sus primeras palabras al salir de su éstasis.

—Mi jeneral, le dije yo, los hombres que lo niegan tambien lo ven, lo sienten, lo palpan, no solo en sus obras grandiosas, no solo en los millares de soles que pueblan el espacio infinito, sino en el mas pequeño insecto de efímera existencia que se arrastra en el lodo i huellan nuestros piés sin percibirlo; pero lo niegan por orgullo, por vanidad, queriendo aparecer superiores al resto del jénero humano, que suponen ignorante, o para aturdirse, para ahogar los gritos de una conciencia sobresaltada con el delito: yo no creo que haya ateistas por conviccion....

A pocos pasos se nos presentó el caserío pajizo del establecimiento, que es hoi una aldea, mucho mayor de lo que era entónces. El director, los mineros ingleses, como unos doscientos jornaleros del pais, con sus herramientas en la mano, armas inofensivas del pacífico trabajador, formados haciendo calle en dos filas, i sus esposas i sus hijas teniendo ramos de flores en la mano, todos decentemente vestidos, nos esperaban. Al vernos, una esclamacion entusiasta de "Viva el Libertador!" retumbó repercutida por el eco en todas las sinuosidades de la montaña i coloró las pálidas mejillas de Bolívar, que sensible a aquel homenaje al hombre caido, i no al poder imponente, se esmeraba en manifestar a aquellas buenas jentes su gratitud.

Despues de visitar, en la mañana del dia siguiente, el establecimiento, bajando a las galerías subterráneas por una lumbrera de trescientos piés de profundidad, con inminente riesgo de caer; despues de observar con tristeza el ímprobo trabajo que cuesta sacar el codiciado metal de las entrañas de la tierra, las vidas que se pierden para lograrlo, la miseria de los que lo hacen, su aspecto enfermizo i la brevedad de su existencia, siendo mui raro el que de ellos alcanza a vivir cincuenta años, nos pusimos en marcha para Honda.

Al llegar al crucero de los dos caminos en que se separa el de Mariquita, le propuse que pasáramos a ver las ruinas de esa antigua ciudad, donde descansaríamos, i siempre tendríamos tiempo de llegar a Honda a prima noche. "Mariquita, le dije, fué la primera ciudad que fundó el conquistador Gonzalo Jiménez de Quesada en el interior del Nuevo Reino de Granada, en el estenso territorio que los indios llamaban Marquetá, i estuvo en competencia con la naciente Santafé para capital del vireinato; tuvo unas quince mil almas i hoi no tiene quinientas; el nombre indíjena de la aldea o ranchería que en su área encontraron los españoles era Marequipa, que pronunciado por los pobres indios marquetones, a quienes se despojaba de la herencia de sus padres, lo adulteraron los españoles por el de Mariquita, burlándose de ellos porque no sabian pronunciar el castellano. Existe la primera ermita que, segun la tradicion, construyeron los conquistadores, i en ella un Cristo espirante, quizá la mejor imájen que hai en Nueva Granada. Situada al pié de la cordillera central, en una rinconada fértil, amenísima, sobre un plano lijeramente inclinado, le entra por cada una de sus calles, perpendiculares a

la cordillera, una acequia de agua clara, de arroyuelos que bajan directamente de la montaña, i al salir de la ciudad se pierden filtrándose. Fué hasta fines del siglo pasado, aunque ya en mucha decadencia, la capital de la provincia. Tuvo ricos conventos de órdenes monásticas, casa consistorial, cárcel espaciosa i otros edificios públicos. Sus calles, tiradas a cordel, se cortan en ángulos rectos, cosa rarísima en las ciudades españolas; todas las calles están empedradas, i los restos de sus edificios públicos, i las paredes derruidas blasonadas en sus puertas, manifiestan que fué una ciudad rica i aristocrática; las principales familias de Bogotá traen su orijen de Mariquita. En Mariquita existia el pendon de raso carmesí bordado de oro, con las armas de Castilla en el centro, que trajo Quesada a la conquista; este pendon se esponia al público con gran solemnidad desde la víspera del dia de Córpus, en la casa consistorial, espléndidamente iluminada toda la noche. De los ayuntamientos de la provincia venian a la procesion comisiones con el estandarte de su respectivo concejo, como un homenaje al pendon real. Yo me he divertido algunas veces en hojear el carcomido archivo del ayuntamiento de la ciudad i en una de las actas de ahora há mas de cien años, que en toda forma se estendia de la augusta funcion, se espresaba en letras gordas que habian concurrido a la procesion siete caballeros cruzados hijos de la ciudad. Una tradicion indudablemente errónea suponia el pendon real de Mariquita bordado por la reina Isabel la Católica, i esta creencia lo hacia mirar con una veneracion relijiosa. Todavía en 1819 existia este trofeo de la República, descolorido pero sano, i a la fuga del virei por consecuencia de la victoria de Boyacá, el gobernador patriota de la provincia lo hizo quemar en la plaza, con publicidad oficial, EN ODIO DE LA MONARQUÍA. Los patriotas de la primera época lo respetaron. Mi jeneral, dispense V. E. que yo me estienda con cierta complacencia en referir lo que fué una ciudad, hoi deprimida, como todo lo caido de un esplendor antiguo: en ella nació mi madre!"

Bolívar, sonriéndose me contestó: "bien me suponia yo por la vehemencia que usted manifestaba en su relacion, que algun motivo de fuerte simpatía lo preocupaba a usted en favor de los escombros mariquiteños." "Mi jeneral, contesté yo, mi madre meció mi infancia hablándome siempre de los recuerdos de la suya i quizá esto me preocupa como dice V. E." I rehusando Bolívar entrar a Mariquita, continuamos nuestra marcha con la mayor lentitud, paso a paso. Con los hondanos que nos acompañaban, hablaba de comercio, de agricultura, de minería con la mayor precision; por ratos guardábamos todos silencio, i así pasamos unas ocho horas en un camino que se anda en cinco, hasta que llegamos a Honda a prima noche.

Los miembros del concejo municipal, los empleados públicos i los principales vecinos habian dispuesto un baile para esa noche, en el que Bolívar, a pesar de su cansancio i debilidad, se manifestó complaciente i agradecido a tantas atenciones, que en su posicion no esperaba.

El Secretario de la guerra me habia autorizado para contratar un pequeño empréstito voluntario, para preparar los champanes, víveres i lo demas que era necesario, suponiendo como en efecto así era, que en la tesorería de Honda no habria fondos sobrantes, i los hondanos se apresuraron a suscribirse.

Al gran champan para el Libertador i los oficiales que le acompa-

ñaban, le hice abrir ventanas en cada costado de la tolda, forrarlo interiormente de zaráza i entapizarlo lo mejor que se pudo; le puse mesa, asientos, piedra de destilar para clarificar la turbia agua del cenagoso Magdalena. En un champan embarqué una abundante provision de víveres para todos, inclusa la tropa; frutas, bebidas refrescantes, en fin, hice lo que debia hacer en aquel caso.

Todavía descansó Bolívar un dia en Honda, miéntras se concluian los preparativos para su viaje, i al siguiente a las siete de la mañana se embarcó. La concurrencia al puerto fué numerosa: a caballo, a pié, todo el que pudo ir lo hizo. Al tiempo de embarcarse, abrazándome me dió las gracias por las atenciones que habia tenido con él, i poniéndome en la mano la medalla de oro de su busto, me dijo: "Use usted este recuerdo mio en mi nombre." Todos querian abrazarle, i a todos manifestaba su agradecimiento, visiblemente enternecido. Al arrancar los champanes de la playa, pasó a la popa i nos dió el último adios, con el sombrero en la mano. Los que, apiñados a la orilla del agua, seguíamos con la vista el rápido descenso de los buques, le contestamos del mismo modo, i Bolívar oyó por la última vez nuestro voto de ¡Viva el Libertador!

Así despedí yo a Bolívar de la playa del Magdalena, habiéndome tocado encaminarlo vivo al sepulcro que le esperaba abierto en las costas del Atlántico. En su lugar se verá que tambien me tocó sacarlo de él i entregarlo muerto en la de Santamarta, a su patria, que, si ingrata lo maldijo i lo proscribió, arrepentida volvió por su honor recojiendo los restos venerandos de su hijo escelso, a quien debe principalmente el esplendor con que brilla en la historia colombiana.

Los franceses no se olvidan nunca del abrazo dado por Napoleon al jeneral Petit en 1814, al despedirse para la isla de Elba. No! ningun frances olvida aquel tierno "adios de Fontainebleau" a su guardia imperial i demas cuerpos del ejército que no lo abandonaron en su desgracia como lo hicieron sus mariscales. Nosotros nos olvidamos de todo lo noble, de todo lo digno, ocupados como estamos en barbarizar nuestro pais, haciéndolo despreciable i hasta odioso al mundo civilizado. Dispénseseme, pues, que yo haga algunos recuerdos de la dolorosa despedida del preclaro venezolano, nuestro jefe en los dias gloriosos de Colombia, que si Bolívar cometió algunos errores, tambien los cometió Napoleon.

"Memorias histórico-políticas." JOAQUIN POSADA GUTIÉRREZ.

ES MAL QUE ANDA.

Aquí me tiene usted otra vez, señor Redactor, con otra pamplina como la de ahora dias. Cansado estoi de oir a las viejas aquello de que no hai *pisacito de tierra como el de Bogotá;* sin que pueda yo saber si tal es la costumbre en las viejas de todas partes, que las haga decir que nada

hai mejor de lo que conocen relativamente al pais en que viven o nacieron. Por desgracia no me hallo yo en el caso de admitir la frase en toda su estension; pues no dejo de tener motivos para rechazarla como falsa en muchos puntos. ¿Habrá a quien agraden poco o mucho las lloviznas de San Juan, que tontamente llamamos *páramos?* ¿Gustará álguien de ver llover dia i noche desde marzo hasta mayo i desde octubre hasta noviembre, como sucede muchos años? ¿Habrá quien se regocije con los vientos de agosto i con los hielos de diciembre? A buen seguro que no; o por lo ménos, si algunos hai, no seré yo de ese número. Cierto, certísimo es que no esperimentamos aquí las brisas de Santamarta, las tempestades de Honda, Guadalupe i Mogótes, las fiebres de Chágres ni los frios de Guanácas i Sumapaz, ni los mosquitos del Magdalena, ni las niguas de Popayan, ni los cotos de mi tierra i Mariquita (sea esto dicho con perdon de algunos *reverendos* que aquí conozco, aunque no lo sean tanto que necesiten de ir envueltos en paños de manos), ni el carate de Neiva i Tocaima, ni las hinchazones de Cartajena i....Aunque mejor me está el callar, que dirán que con tales chismes contribuyo a dificultar la inmigracion, dando malas noticias de mi patria; pero como por acá a la capital no habrán de llegar en muchos años sino jentes de mico i organito, o de cuerda tesa i columpio, o de Melpómene i Talía, o cubileteros (qué a Bogotá venga de eso tambien!) o equitadores o farsantes con disfraz de literatos, jentes todas de a ciento en carga, como decirse suele, i no sin razon; o bien, personajes a sueldo, como químicos, arquitectos, matemáticos; ninguno de estos se ahuyentará o dejará de llegar, porque diga yo que abundamos en piojos i pulgas, en ratones chicos i grandes, en gozques, mastines i galgos (de estos últimos hai muchos, i si no que lo digan los tenderos i fonderos), en romadizos, constipados, toses, dolores de muela i de cabeza, disenterías, cuando comemos turma verde, i pobreza i vagamundería i piés hinchados i erisipelatosos. Nada de esto arredrará a quien tenga ya en las mientes el venirse para acá.

Pero no es esto lo principal de mi artículo. Salia yo de la iglesia de San Cárlos, a donde tengo costumbre de asistir cuando se celebran las cuarenta horas, i despues de haber rezado i oido a la jente que en el templo habia, no solo rezar la estacion, sino estornudar, toser, sonarse i regoldar, me paré en la puerta a esperar a un mi compadre con quien suelo acompañarme, i noté que casi la totalidad de éstas que los libertinos llaman beatas vagamundas, salian unas con bayeta en el pecho, otras con pañuelo en la cara o en la cabeza, éstas santiguándose, aquellas suspirando, &c; reparé despues que se saludaban, diciendo unas a otras:

—Qué tiene usted, hermanita?

—La reuma, que me desespera; i usted siempre con su tosecita, no?

—Puf! no solo eso sino que estoi rabiando de la garganta.

—Ah! *ese es mal que anda.* ¿No sabe que el *Pé* Fulano se rompió una pierna?

—Mire! lo mismo sucedió a Juana, yo creo que es mal que anda tambien.

Por otro lado se oia igualmente que alguna lamentaba el robo hecho a una sobrina, i que le respondia con el mismo estribillo de que era mal que andaba; i no pude ménos de ponerme a pensar si estaria yo soñando, o si consistiria lo que oia en que siendo las enfermedades de

cada uno el tema principal de las conversaciones en pais tan favorable a afecciones reumáticas, catarrales i nerviosas, el tal propósito de *es mal que anda* se habia encarnado de tal modo en el lenguaje familiar, que no era estraño el que a cada momento se escapara de los labios.

Respóndanme ahora si serán males que andan tambien los atrasos de sueldos, la mordacidad de los escritores, no solo de un bando sino de ambos, los organitos ambulantes, la maroma, las fiestas (así las llaman!) el mercado de San Francisco, la falta de venta, la *macadamizacion* de calles, el ansia de empleos, aun en los que por tener plata, casas i hacienda no los necesitan, los retratos de daguerrotipo, los petardos, las congojas del Ecuador, la revolucion de Venezuela, los apuros de nuestro gobierno, la danza, en una palabra, en que anda todo el mundo, i la en que nos meteremos nosotros si no seguimos el consejo de tener juicio. I pasándome esto como episodio, volvamos a mi tema.

El *es mal que anda*, repetido a cada momento, nos manifiesta que este nuestro clima no es de los mas sanos, aunque sí de los mas agradables que se conocen. I no puede ser lo primero, porque es en el que mas vicisitudes atmosféricas se esperimentan: despues que el sol ha calentado como en Tocaima i que está uno tal vez sudando, cójele un viento fresco o una lloviznita que lo matan i que cuando ménos le causan un dolor de cabeza o una coriza. El cielo varía a cada paso como los pensamientos de sus habitantes, segun el dicho de ellos mismos; i esto no puede verificarse sin que alguna influencia ejerza sobre la tierra i sus moradores.

Desearia, para contento de todos, que llegara el tiempo en que pudiéramos decir cuando oyésemos hablar de lo bien que alguno iba en sus negocios, que ese era *bien que andaba*, que lo era tambien la paz i salud de que disfrutábamos; que era *bien que andaba* el estado próspero del tesoro, el floreciente de las ciencias i las artes, el aumento de poblacion, de caminos, puentes i canales, i la ausencia de males nerviosos, reumas, toses i calenturas catarrales. Pero ai, Dios de los cielos! que de esto no habrá ni un asomo en nuestros dias! Tomaremos ya aqueste mundito como nos lo han entregado, i el que venga atras....

No soltaré la pluma sin dar algun consejo. Desde que he dejado de serenarme i de acostarme tarde; desde que uso camisa de franela, i ni bebo ni juego, ni entro a donde entrar no debo; desde que ni se me humedece el calzado, ni ceno; desde que no como frutas verdes ni tomo agua de pozo; desde que prefiero el pan sin aliño al de manteca; desde que cambié la vida ociosa por la activa; desde que no me ocupo en saber cómo viven los demas; desde que, como usted, señor Redactor, no pienso en partidos ni hago cuenta de sus vergonzosos estravíos; en un palabra, desde que soi lo que soi, esto es, desde que leí los Misterios de Paris para formar mi corazon, i las cartas de Chesterfield para formar mi cabeza, desde entónces i desde que me conformé con estar en mi lugar, valiendo tan solamente tanto como creo valer, desde ese momento, i desde que eché a un lado la envidia que me devoraba, las intrigas que me quitaban el tiempo, la maledicencia que me hacia aborrecible, la intolerancia i la pedantería que me volvian despreciable, desde ese dichoso tiempo, digo, no padezco ya muchos de los *males que andan*.

ULPIANO GONZÁLEZ.

LOS VICEVERSAS DE BOGOTA.

VIAJES.

I.

"No hai cosa como viajar:
El mundo es un libro abierto."
(Fábulas de un injenio de Guatemala.)

Así me dije un dia, i tomando una resolucion heróica, salíme de mi *rústico albergue*, i caminando por la recta i anchurosa calle de Neiva (vulgo de los Carneros), di a poco rato con mi humanidad en el lindo i cómodo ferrocarril que de esta ex-monástica ciudad conduce por entre los indolentes cerros de Monserrate i Guadalupe a paises ignotos. Todo viajero instruido sabe que este ferrocarril, arrancando del Ejipto, viene a parar al pintoresco sitio llamado "Pico de la Guacamaya;" sitio poético, sitio de inspiracion. Entre los antiguos griegos, aquel que se sentia con *vena* (nosotros diríamos embocadura) se ponia en camino para la fuente Hipocrene; fuente que el caballo Pegaso, despidiendo una coz titánica, hizo brotar de la cima del monte Helicona. Coz terrible i portentosa! (entre nosotros solo algunos diputados al Congreso pueden dar tan olímpicas patadas.) Digo, pues, que el que se sentia con vena, se dirijia a la dicha fuente, i sin necesidad de copa, jarro, totuma o calabazo, se metia en la barriga un diluvio de aquellas cristalinas aguas; i héteme a Periquito convertido de repente en un portentoso orador, en un célebre poeta, o cosa por el estilo. Nosotros en el "Pico de la Guacamaya" tenemos nuestra fuente Hipocrene. ¡Cuántas veces al oir a un congresista; al leer un trozo de algunos de nuesttos poetas vibradores, o al escuchar una proclama de alguno de nuestros innumerables héroes, no he esclamado: "Viva el hombre portentoso inspirado por el "Pico de la Guacamaya!"

Este monumento, que es todo de guijarro, descansa sobre la falda de Monserrate por la parte sur, teniendo a su pié el espumoso rio que llaman el Boqueron.

Muchas son las opiniones que acerca de este Pico se han emitido; unos opinan que es un monumento elevado por los chibchas. Otros opinan que es un capricho de la naturaleza, que alguna convulsion jeolójica lo hizo brotar del seno de la tierra. Los que opinan que fué obra de los chibchas, no saben darse cuenta de la época en que fué construido, ni del acontecimiento que diera motivo para su ereccion.

Hai una antiquísima tradicion que parece mui razonable, i que presenta, si no una prueba irrecusable, a lo ménos apariencias de verdad. Esta tradicion es la siguiente.

El pueblo chibcha, dividido en pequeñas parcialidades, sujeto a una guerra civil continua, pobre en medio de la abundancia, i hablando un idioma casi ininteligible; cansado de tantos males, i no esperando nada nuevo de sus consejos i asambleas, que eran (como en nuestros dias) muestras del mas irreprochable desórden, recurrió a Bochica, su Dios, i haciéndole sacrificios, fervorosas súplicas i elevándole un monumento para que hiciera cesar guerra tan destructora i permitiera que los habitantes de Bogotá se entendiesen i comprendiesen, le ofrecieron una completa enmienda para lo sucesivo. Pero, sea que Bochica no tuviese confianza en las promesas de un pueblo tan inconstante i novelero, o sea por otra causa que no es del caso averiguar, lo cierto es que el dia ménos pensado, el Dios de los chibchas tocó con su báculo el cerro de Monserrate, donde estaba el mencionado monumento, i al instante empezó un terremoto mui bien ordenado, pues solo destruyó el obelisco chibcha. Aun hubo una cosa mas rara: en el mismo lugar en que éste estaba, brotó del seno de la tierra una jigantesca guacamaya, animal significativo entre los indios por su variado plumaje, sus abigarrados colores i porque no hace sino repetir, sin comprenderlo, lo que una vez ha oido. Bochica tuvo la feliz idea de anunciarles a los indios i a sus descendientes su suerte futura. Asegúrase que en el pico de este animal habia unos jeroglíficos que decian: "Nunca os comprendereis."

Contemplaba yo este obelisco haciendo varias reflexiones filosóficas que no quiero contar ni repetir por no pasmar a mis lectores, cuando sentí que por el camino de oriente trotaba un caballo. Un hombre montado venia con direccion al paraje en donde yo me hallaba. Cuando estuvo cerca, se apeó i atando el caballo a unos arbustos, se me acercó, i saludándome con una cortesía matemática, me pidió algunos informes acerca del camino que debia seguir para llegar pronto a Bogotá. Suplicóme le proporcionase un cicerone para que le mostrara i esplicara lo mas notable de la ciudad, i añadió: "en mis dilatados viajes he aprendido que hai en el mundo muchos i estraños viceversas; pero, segun recientes informes de varios sabios viajeros, Bogotá es un emporio de los viceversas mas estupendos; pudiéndose decir que es un solo i completo viceversa en todo lo tocante a política, relijion, comercio, adelantos materiales, &c, &c, &c." Díjome que se llamaba Jhon Bull, que viajaba para instruirse; i que se tendria por un *dichoso hombre* si quisiera yo admitirle en el número de mis amigos. Yo le contesté como bogotano, es decir, con una grande cantidad de promesas i una mayor afluencia de palabras i cumplimientos, en lo que no habia un ápice de formalidad. Díjele mi nombre (Tequendama, como lo saben mis lectores) i le ofrecí ser seguro cicerone. A esto me contestó con un apreton de manos mas espresivo de lo necesario i de lo que a mi tranquilidad corporal conviniera.

Llegó en esto el criado de sir Jhon Bull, i éste le dijo que se fuera a la posada i que se llevara el caballo, pues queria hacer a pié el camino que faltaba para entrar a la ciudad.

Partió el criado, que no era la primera vez que venia a Bogotá; i mi compañero i yo quedamos contemplando el Pico de la Guacamaya. Le conté todo lo que ya saben mis lectores del referido Pico, de lo que el inglés quedó mui maravillado, i yo contento por haber hecho la obra de misericordia *de enseñar al que no sabe.*

II.

Emprendimos nuestra marcha, Boqueron abajo, distrayéndonos mirando a varios tritones, náyades i nereidas que en traje natural i de gran confianza retozaban entre las rocas i chorros espumosos del rio. Sir Jhon Bull las miraba alelado i no se atrevió a hacerme pregunta alguna; ni yo me di por entendido de su sorpresa.

A poco rato llegamos a un edificio de mui buena construccion, de estension considerable i en mui buen estado.

—Este edificio, dijo mi compañero, debe ser un establecimiento fabril.

Yo estendí el brazo i le indiqué un letrero tallado en piedra: "Fábrica de tejidos de algodon."

—*God dam*, dijo. Esto es mui bueno.

Estando mirando detenidamente este edificio, salió un hombre con algunas piezas de paño burdo; el inglés, despues de examinarlas prolija i minuciosamente, preguntó si aquellas telas eran fabricadas en aquel establecimiento, a lo que el obrero le respondió que sí. Sacó en seguida una cartera el inglés i apuntó: "*En Bogotá los tejidos de algodon se hacen de lana sola, al contrario de los paños de lana ingleses que se hacen de puro algodon.*" Admirable viceversa!

Mi compañero, al ver la antigua fábrica de papel, me dijo: aquel establecimiento será sin duda tambien de manufacturas.

—Es una fábrica de papel, le dije.

—Yo quiero verla.

Nos dirijimos a la entrada. Apénas habíamos llegado, cuando salieron mas de treinta bestias cargadas de sacos.

—Aquí se conduce el papel en sacos? preguntó el inglés.

—Lo que usted está viendo no es papel sino harina de trigo; pues la fábrica de papel se ha convertido en molino de pan, le contesté.

Volvió a sacar Jhon Bull su cartera i escribió: "*En Bogotá el que sabe hacer papel, puede hacer mucho pan.*"

—I qué tal papel salia de esta fábrica?

—Mui malo, respondí; pues aunque algunos temerarios dicen que el mundo nos contempla, que vamos a la vanguardia de la civilizacion, en esto de hacer papel no adelantamos gran cosa.

Sir Jhon Bull me mostró el campanario de la iglesia de las Aguas, i manifestó que queria verla de cerca.

Un hombre que pasó casualmente por allí i habia oido las últimas palabras de mi compañero se nos acercó, i saludándonos atentamente, nos dijo que él nos conduciria, pues era el sacristan de aquella iglesia, i que con mucho placer nos informaria de todo lo relativo a ella.

Mi compañero le dió algunas monedas i marchamos.

—Esta iglesia (dijo el sacristan) está unida a un pequeño convento i pertenecia a los frailes domínicos.

Despues que entramos i hubimos admirado el completo desórden, deterioro i abandono de la iglesia, me dijo mi compañero: el abandono de estos templos, en esta ciudad tan católica romana, me prueba mas i mas lo que ántes me habian asegurado: que Bogotá es la ciudad de los viceversas. Vea usted, entre los ejipcios, entre los bramas, entre los kur-

dos i entre muchísimas naciones que no profesaban la relijion verdadera, sino una idolatría ridícula, los sacerdotes, que tanto engordaban con las preocupaciones de los pueblos, cuidaban de que los templos fueran los lugares mas aseados i de que sus adornos fueran los mas esmerados.

—Esta iglesia, dijo el sacristan, hará como cincuenta años que no produce grandes ganancias a los sacerdotes; así es que se halla en el estado en que ustedes ven. A fines del siglo pasado era otra cosa. Entónces la afluencia de jente era grande; las limosnas llovian; las donaciones eran frecuentes; las fiestas lo eran igualmente. Los frailes eran tenidos en mucho; i en mucho se los hacia tener a las jentes sencillas un cuadro que representaba una mujer jóven, cuya cabellera la formaban horripilantes serpientes. Este cuadro se llamaba "EL DESPELUCO DE LAS AGUAS." Una tradicion refiere lo siguiente:

Habia una bellísima jóven, llena de todas las perfecciones i gracias que en una criatura humana pueden hallarse. Poseia (i era de lo que estaba mas ufana) una linda i abundantísima cabellera, que era el pasmo de cuantos la miraban. Un dia que se contemplaba al espejo, esclamó llena de soberbia: "*Ni la Virjen de las Aguas tiene una cabellera tan bella como la mia.*" Anúblase súbitamente el cielo; quedan trasformados repentinamente en asquerosas serpientes los ponderados cabellos; exhala la tierra un insufrible vapor de azufre; óyese un espantoso i prolongado trueno i un demonio en hábitos de fraile domínico arrebata por los aires a la soberbia muchacha, dejando con un palmo de narices a mas de cuatro galanes que suspiraban por ella. Despues, se aclaró el cielo, desapareció el hedor de azufre i todo quedó en calma.

—¿I no se ha sabido nada mas de la muchacha desde que se la llevó el diablo? preguntó el inglés.

—Nada, absolutamente, contestó con sencillez el sacristan.

El inglés le preguntó:

—¿No le parece que en esta tradicion que usted nos acaba de narrar hai algunas exajeraciones?

—Tal vez haya alguna, dijo el preguntado, en lo del azufre i en lo de las serpientes; pero en cuanto a lo del fraile hecho el diablo por una bonita muchacha no hai ponderacion ni exajeracion alguna; siendo, como es la cosa mas natural del mundo, que aquí se ve con alguna frecuencia en las muchachas del pueblo; i yo he visto algunas cosas.....; pero, mejor es callar.

Sir Jhon Bull apuntó en su cartera: *En Bogotá se ve con frecuencia que muchachas del pueblo, bonitas, son arrebatadas por frailes hechos el diablo, o viceversa, por diablos vueltos frailes.*"

Salimos de la iglesia.

El puente viejo de las Aguas, o por mejor decir, sus ruinas, fué lo que primero llamó la atencion de Jhon Bull.

—Antes de que usted me haga observacion alguna sobre la utilidad de este antiguo puente, le dije, quiero que usted vea el puente nuevo de las Aguas, el cual hará como diez años que se construyó i dista mui pocos pasos de aquí.

Nos pusimos en camino i pronto llegamos, i mi compañero se puso a examinarlo detenidamente.

—Observe usted, le dije, que este puente nuevo está edificado exactamente por el mismo sistema del antiguo, pues tambien carece de piso.

—En todas las partes del mundo; en todas las naciones, desde las mas civilizadas hasta las mas salvajes, dijo él, los puentes han servido, sirven i servirán para dar paso a los yentes i vinientes.

Luego saoó su cartera i apuntó: "*Hai en Bogotá un puente viejo i otro nuevo, llamados ambos 'de las Aguas;' ambos sirven para atajar el paso a los transeuntes. Estos dos puentes son dos verdaderos viceversas de cal i canto.*"

Tomamos luego una estrecha senda que llega hasta la misma orilla del rio. En frente de una bocacalle hallamos un pequeño puente de madera, lo pasamos i subimos una cuesta. Desde lo alto de la bocacalle divisó mi compañero el Molino del Cubo; preguntóme el destino de tan deteriorado edificio, i quedó sorprendido al saber que, siendo un molino de trigo, se moliera trigo en él.

—Yo aguardaba, me dijo, que en este *molino de trigo*, se fabricara losa, papel, armas, pólvora, o que se curtieran pieles, o se enseñaran idiomas, matemáticas i medicina, o que se hiciera moneda; es decir, que sirviera para todo, ménos para moler trigo; pues por lo que llevo visto, en esta ciudad no deben tenerse en cuenta los nombres de las cosas.

Me preguntó luego el nombre de una calle contigua al Molino, la cual comienza por un peligroso barranco.

—Se llama "Cara de Perro."

—I porqué tiene ese nombre tan injustificable?

—Porque en esta calle aparecia antiguamente todas las noches *un perro sin cabeza.*

Jhon Bull se puso a escribir: "*En Bogotá salen por las calles animales con cara, pero sin cabeza.*"

Seguimos nuestro paseo i a breve rato nos hallamos en la plaza de San Francisco.

Lo primero que llamó la atencion del isleño fué el arco que comunica el convento de franciscanos con la iglesia de la Tercera. Despues de mirarlo un rato, escribió:

"*Hai en Bogotá un puente de incontestable utilidad: la jente i el agua pasan por debajo de él.*"

—Esta iglesia que está a mano derecha, dije al inglés, se llama la Tercera, tiene un pequeño claustro que ha servido para ejercicios espirituales, para exhibir animales raros, i actualmente sirve para fábrica i esposicion de muebles. Lástima es que esté cerrada la iglesia, pues veria usted algunas obras de talla de bastante mérito.

Jhon Bull escribió:

"*En Bogotá hai un convento que sirve para lo relijioso, para lo zoolójico i para exhibir trastos.*"

—I esta iglesia que está a mano izquierda, cómo la llaman? preguntó el inglés.

—La Veracruz, respondí.

—Como estaba abierta resolvimos visitarla. El inglés observó con atencion varias de las efijies, que en esta iglesia las hai de reconocido mérito. Llamóle particularmente la atencion la estatua *del Señor del Comercio*, i mucho mas la del judío que se halla arrodillado delante de la bella imájen del divino Jesus.

—Este sayon o verdugo, cómo se llama?

—Ignoro completamente su nombre de pila: aquí se le llama vulgarmente el judío del Comercio, i el pueblo cree que es el patron i protector de los comerciantes.

Escribió mi compañero:

"*En Bogotá el comercio está protejido por uno de los que dieron muerte al Redentor del mundo.*"

En seguida nos dirijimos al Humilladero. El compañero me suplicó le contase lo que de esta pequeña iglesia se supiera, i le referí lo que sigue:

Terminada la conquista de esta hermosa i fértil llanura, se mandó levantar, por el Adelantado Jiménez de Quesada, jefe de los conquistadores, un altar para dar gracias al Todopoderoso, de los venturosos esfuerzos de los españoles. Elijióse este sitio, i el dia 6 de agosto de 1538, reunidos todos los jefes i soldados i algunos indios ya catequizados, se dijo la primera misa por el reverendo sacerdote Juan de los Barrios. Algun tiempo despues se edificó esta pequeña iglesia, que es, sin disputa, el monumento mas antiguo de los que existen en la ciudad.

—Será sin duda dedicada al Salvador, pues veo un gran Cristo en su nicho o camarin.

—Así es, respondí.

—I quiénes son estos otros dos crucificados?

—San Dímas el *buen ladron*, i Jéstas el *mal ladron*. La estatua de este último sirve de término o comparacion al pueblo, ya sea para la maldad, la fealdad, la firmeza, la enerjía, la tenacidad, i en fin, para espresar comparando las prendas o los defectos de determinadas personas, con los defectos o las prendas que varios escritores biográficos atribuyen al señor Jéstas, que es el protector de los usureros. Así se dice jeneralmente, hablando de un hombre malo, malísimo: *este es peor que el mal ladron*. Hai una persona que disfrute de una reputacion bien sentada, de gustar tomarse las cosas contra la voluntad de su dueño? *Este le puede dar lecciones al mal ladron*. Hai un individuo de completa e indisputable fealdad? Popularmente se dice: Fulano es mas feo que el *mal ladron*. "Cara del mal ladron," es uno de los insultos que mas popular i frecuentemente se oyen en las muchas riñas a pico que hai en esta ciudad.

Si por gran casualidad alguno de nuestros grandes hombres da alguna prueba de abnegacion i de firmeza, sus partidarios dicen a voz en cuello: *Zutano es mas sostenido, mas firme i mas enérjico que el mal ladron*. I tambien dicen los no partidarios del grande hombre: *Zutano es mas tenaz i testarudo que el mal ladron*.

En fin, *el mal ladron* es la representacion mas cónspicua de la verdadera popularidad i una prueba esplícita i flagrante de que entre nosotros no suenan bien las palabras *badulaque* ni *pasado*.

Sir Jhon Bull escribió:

En Bogotá los ladrones tienen algunos altares i gozan de grande popularidad: raro, rarísimo pais. En Inglaterra a los ladrones se les levantan patíbulos i disfrutan del cordel.

Continuamos nuestro camino. El inglés se puso a mirar la torre de San Francisco, la que le pareció bastante bien, i despues de decirme que estaba bien edificada, entramos a la iglesia. Habia en ella preparativos para una fiesta. Varias personas entraban con candelabros, vasos de

flores, espejos, cortinas i láminas; otras clavaban colchas de varios colores en las columnas i cornisas de los altares. Conduje a mi compañero hasta el altar mayor, en donde habia mas empeño en poner cortinas i otros adornos de no buen gusto. Le hice notar los magníficos bajos relieves que hai a los lados de dicho altar. Le parecieron de gran mérito los pocos que pudimos ver, pues la mayor parte estaban completamente ocultos tras las malhadadas cortinas de percal, de seda, de lana, &c, todas ellas de dudosísimo color, con manchas de cera, de sebo i de qué sé yo qué mas. Estos adornos tan suciamente intrusos, me dijo el inglés, estarian bien en un templo de la India Oriental, en donde se ven las muestras del culto idólatra elevadas hasta la estravagancia; pero en la católica Bogotá, son un contrasentido, un viceversa del buen gusto i de la bella sencillez que deben reinar en un lugar consagrado a rendir culto al Sér supremo. Aquí se ocultan tras de algunas sucias telas varias obras artísticas que hacen honor al pais. Luego apuntó en su cartera: "*En Bogotá lo poco que hai de mérito se cubre con los harapos del mal gusto.*" Largo rato estuvimos viendo lo mas notable de esta iglesia, que es de las pocas en que hai algun aseo. Salimos i tomamos por la calle de los "Carneros," nombre que hizo sonreir a mi compañero i que (segun dijo) le parecia de mal agüero para los casados que vivieran en tal calle.

Ántes de tomar esta calle estuvimos contemplando el puente de San Francisco; puente, que segun le pareció a Jhon Bull, es digno de mejor rio.

—Este puente, le dije, es uno de los pocos que hai en esta ciudad que haya sido acabado por mano de los hombres. Pero esto que le digo se lo esplicaré despues, i sigamos nuestro camino.

Llegamos al puente que está algunos pasos mas abajo que el anterior. Este puente carece de bardas o barandas (me dijo el compañero), i en una noche oscura, cualquier transeunte puede dar una caida en que su humanidad no quede mui bien parada.

—Porqué no se ha concluido?

—Esta cuestion, contesté, la resolveré a su tiempo.

Habia en la ancha calle algunas montañas de tierra; algunas maderas interrumpian el paso por un lado, grandes depósitos de barro le interrumpian del otro; montones de tejas i de ladrillos cocidos al sol oponian al libre tránsito, si no un obstáculo insuperable, sí un estorbo que no dejaba de causar algunas detenciones. I si a esto se agregan los no pocos carros que continuamente suben i bajan se comprenderá porqué el paso por esta calle es tan incómodo.

Mas abajo hallamos una grande zanja o foso que hacia casi intransitable el paso. Estaban componiendo una cañería que iba a la casa de un particular. Sir Jhon Bull me preguntó si no habia alguna lei que pusiera remedio a tales abusos, i no quedó poco sorprendido cuando le contesté: aquí en esta tierra todo individuo es libre para hacer lo que le dé la gana, aun cuando sea estorbar el libre tránsito de todos los demas individuos, así es que la mucha libertad está en pugna con la libertad verdadera.

Jhon Bull escribió: "*En Bogotá la libertad individual se opone a la libertad colectiva.*"

Llegamos a la plazuela de Capuchinos, que le pareció al inglés

algo alegre. Preguntóme el nombre de la iglesia i el destino del edificio adyacente.

—Este edificio que vemos es un antiguo convento de frailes capuchinos. Ahora sirve de colejio de niñas.

—La iglesia es bonita, i veo que en el cambio del destino del convento gana algo la civilizacion.

—Tal vez, le dije, hallaremos pocos que, como éste, no hayan perdido en el cambio.

Pasamos luego a la plaza de San Victorino, en donde mi compañero estuvo examinando detenidamente la gran pila o pilon que provee de agua a todo el barrio.

—Esta obra fué costeada por el canónigo Andrade, quien tuvo que hacer grandes desembolsos, pues hizo traer el agua desde el rio llamado "del Arzobispo," que dista dos millas de aquí.

—Seguramente, dijo el inglés, seria para hacer ver que los canónigos pueden ser útiles cuando se proponen serlo.

Llamóle mucho la atencion el edificio conocido con el nombre de "la Filarmónica."

—Aquello, me dijo, parece un palacio.

—Sí, señor, es un proyecto de palacio consagrado a una de las bellas artes: a la música. Se ha quedado sin techumbre porque se ha tenido en cuenta que un edificio dedicado a la armonía debe ser lo mas fácilmente abierto, para que el mayor número posible de personas goce de sus encantos. No sucederia esto si, siguiendo una miserable rutina, se le hubiera puesto un techo que, por elegante que fuera, no llenaria aquel objeto.

—Bastante silencio i calma hai en este santuario de la armonía, me dijo él; pero fué interrumpido por un prolongado rebuzno que partiendo de los pulmones de un individuo de la familia de los pachidermes (que habitaba en el edificio), vino a herir nuestros oidos con las escalas cromáticas de mas difícil ejecucion.

De esta clase de música i no de otra se disfrutará en este encantado palacio, por muchos años.

El inglés escribio: "*Hai en Bogotá un edificio filarmónico que tiene por cubierta un verdadero cielo.*"

Llevé a Jhon Bull a que conociera el puente que existe a pocas varas de La Filarmónica.

—Este puente poca comodidad presenta a las personas que por él pasan. ¿Porqué es que en esta ciudad se principian tantas cosas i ninguna se concluye?

—Aquí, respondí, las obras de utilidad i de ornato se comienzan con calor, luego viene el desaliento, i despues se quedan las cosas al cuidado del tiempo.

El inglés apuntó: "*En Bogotá las obras útiles i las de ornato se principian por la mano del hombre, i el tiempo las concluye;*" i luego preguntó:

—¿No hai en esta ciudad alguna corporacion que cuide, que disponga que las mejoras materiales que se inicien sean una realidad?

—Hai, le contesté, una corporacion que se llama Municipalidad, i que tiempo atras se llamó Cabildo: esta corporacion tiene por objeto velar por las mejoras materiales de la ciudad; pero sus miembros no han en-

tendido bien el objeto de su mision. Siempre ponen trabas a los proyectos de adelanto que forman algunos particulares que desean variar las cosas de una manera ventajosa en lo tocante a comodidad, aseo, buen gusto, &c; pero se quedan siempre en proyecto. Tales son los obstáculos. Si usted por ejemplo, quiere mejorar el cauce de los pequeños rios que riegan la ciudad, si quiere poner murallas que defiendan a los habitantes de las corrientes que en la estacion de las lluvias causan graves daños, verá usted cuántas molestias le proporciona su buen deseo. Parece que tal corporacion hubiera puesto en su programa las palabras Abandono, Descuido, Inercia, así como las palabras Libertad, Igualdad i Fraternidad han figurado en algunos lambertines de escudos de armas.

Usted se admirará: hai un desaliento jeneral, una pereza, una inercia tal en esta poblacion, que si alguna autoridad celosa de sus deberes emprende la obra mas sencilla para que la ciudad esté aseada, para que se haga algo bueno, la oposicion sistemática mas terca i obstinada, no deja que el tal funcionario cumpla con sus obligaciones. Un individuo de buen gusto quiere hacer algo, pero no hai quien le ayude; i hoi que se puede mejorar mucho la ciudad, sus esfuerzos son casi siempre estériles por falta de cooperacion, aun de los mismos individuos que mas ventajas podrian sacar si hicieran un pequeño esfuerzo i sacudieran su mucha pereza.

—¿No hai en este barrio, como en el que dejamos, algun establecimiento fabril?

—Sí que lo hai, dije, es una gran fábrica que podemos ver ahora mismo.

Nos dirijimos por la carrera de Boyacá, camino que ya habiamos andado, pasamos la calle de Capuchinos i nos detuvimos frente a una casa de regular apariencia.

—Aquí tiene usted, le dije, una fábrica de cristal; en este establecimiento puede usted proveerse de lo que necesite de este ramo de industria.

Un minuto despues varios peones sacaban de la fábrica unas mesas, camas, asientos, cómodas i varios objetos de ebanistería.

Mi compañero apuntó en la cartera: "*En Bogotá hai una fábrica de cristal sin igual en Europa; se fabrican en ella muebles de madera de todas clases.*"

Sir Jhon Bull se sintió cansado (como lo estarán mis lectores), me pidió tuviera la bondad de darle las señas de mi casa; se las di i quedamos en que al dia siguiente iria a visitarme, agregando que, si yo lo tenia a bien, continuaríamos nuestras escursiones.

BERNARDO TORRENTE.

LA RETRETA.

....Luego que refrescaron, que fué ya bastante tarde, Santiago empezó a mostrarse impaciente por ir a tomar puesto en la retreta, imajinándose que el concurso seria mui numeroso i que los puestos eran mas o ménos preferibles; pues habiendo otras veces oido hablar de las retretas de Bogotá, habia llegado a formarse de ellas una idea que se las representaba como algo de cierta importancia..

Ántes de irse queria hacer embolar sus botas, afeitarse, peinarse i hasta salir en cuerpo; pero como venia de un clima ménos frio que el de Bogotá, le hizo presente don Juan que no le seria fácil soportar así por primera vez una atmósfera tan helada como la de aquella noche. A esta razon añadió la instancia de que saliesen ambos mas bien de ruana, cuyo traje, le dijo de un modo enfático, suele ser mui socorrido en las retretas; i aunque Santiago se desesperaba por quitarse la ruana, sabiendo que éste era en Bogotá el vestido de la clase ordinaria, por lo que deseaba vivamente ponerse cuanto ántes a lo cortesano, cedió al imperio de esta reflexion, no obstante haber preparado ya el escaso atavío que habia traido para su decencia i que debia integrarse con lo que don Juan tenia que suministrarle, a cuyo efecto le habia hecho ya las indicaciones convenientes acerca de todo lo que le faltaba.

Al fin salieron vestidos de ruana, dejando a los sirvientes acomodar sus modestas camas en diferentes rincones que por entónces tomaron el título de lechos, solo porque allí debia descansar i dormir un cuerpo humano, bien que con tanta tranquilidad, que bajo este aspecto no podia censurarse aquella denominacion. Los dos amigos se encaminaron para la esquina en donde se acostumbra tocar la retreta. Aun era temprano para eso; pero el concurso que poblaba ya el *altozano* de la Catedral, por el cual tenian que pasar, reanimó en Santiago la curiosidad i el deseo que de escojer puesto se habia apoderado de él, como un capricho infantil. Por este motivo no quiso detenerse en el altozano, prefiriendo acercarse lo mas pronto posible a la esquina de la retreta, i aguardar allí las ocho de la noche para oir comenzar la funcion. Fué lástima, sinembargo, que no hubiera querido pasearse un rato en aquel altozano, sitio de tantos misterios, donde bien pronto habia de pronunciarse su nombre.

Pocos momentos despues de haberse parado en la esquina, se vió aparecer a lo léjos un gran farol, que asegurado en la estremidad de un palo, iluminaba con sus reflejos una enorme *tambora* cargada sobre las espaldas de uno de los músicos que venia al lado del que traia el enastado farolon; un luciente *chinesco* venia tambien al hombro de otro músico, i su continuo campaneo hizo palpitar el corazon de Santiago, que empezaba a considerar aquel aparato como el anuncio de una solemnidad no ménos agradable que nueva i sorprendente a sus oidos. Apoyándose entónces contra la pared, como quien se cansa de estar parado, manifes-

tó a don Juan la estrañeza con que veia un farol tan luminoso en una noche en que la luna, que no se habia ocultado todavía, dispensaba bien de la molestia de cargarlo. Don Juan persuadia a Santiago de la utilidad de llevar luz en las noches en que la luna, apénas empezando, debia ocultarse mui temprano, cuando se vió venir otro farol poco ménos grande que el primero, que a la sazon ya reposaba fijo en la esquina, sostenido por el asta en las manos del que esclusivamente estaba destinado a su manejo; una nueva tambora i un nuevo chinesco vinieron con otros varios instrumentos, a ocupar sus respectivos lugares en el sitio consagrado a la funcion, o mas bien, al que la funcion se consagraba.

Sonó por último la campanada de las ocho, i una caterva de jente de todas clases se aglomeró sobre el mismo sitio, entre el áspero i destemplado toque de clarines, pífanos i tambores, que parecian empeñados en imitar a su modo el funesto bullicio de las campanas; por lo ménos así se lo hizo notar don Juan a su compañero, para hacerle creer que tal estrépito, ademas de ser esencial de aquel toque militar, no era de tan pésimo gusto, i que la funcion principiaba por una especie de golpe teatral.

En seguida se ejecutó por los clarinetes i demas instrumentos una pieza cuyas armonías no pudieron ser atendidas por nuestros dos espectadores, a causa de que desde el principio de su ejecucion se propuso un hombre que tenian al lado acompañarla, silbando del modo mas fastidioso que puede hacerlo un chambon de esta música vulgar. Pero ni silbada la composicion pudieron hacerse cargo de ella, porque en una taberna que quedaba al lado de arriba, a dos o tres pasos de distancia, cantaba uno a plena voz, acompañándose con un tiple aun mas destemplado que sus gritos, los que, no es menester hacerlo notar, carecian en su tono i en sus combinaciones de armonía con los instrumentos de la retreta. En la tienda que estaba del otro lado sostenia la tabernera una reyerta estrepitosa con dos soldados de la guardia que acababan, segun decia ella, de romper no sé qué cosa, i habian hecho derramar un líquido que, bañando gran parte de la calle, perfumaba con su olor fuerte i desagradable toda la estension en que el aire impregnado de esas moléculas fermentadas, vibraba con las modulaciones agradables de uno de los grandes maestros de la escuela moderna.

—En verdad, decia Santiago, que esta es positivamente la escena del sonido.

—I tambien la del olfato, añadió don Juan.

—I hasta la del tacto diria yo, continuó Santiago, que observaba a la sazon a una muchacha que estaba cerca tomándole la mano a hurtadillas a un mozalbete de capote de calamaco, miéntras la madre de aquella procuraba arrimarse a la pared para dejar libre el paso a una familia que subia por la calle maldiciendo del concurso que no la dejaba andar, i a la cual alumbraba un farol que iluminando de paso notablemente a los circunstantes, los puso en la curiosa actitud de tratar de conocerse recíprocamente, viéndose las caras en el momento en que pasaba la luz; mas como varios parecia que andaban de incógnito, eludieron aquella impertinente investigacion, los hombres embozándose hasta los ojos, i las mujeres volviendo con disimulo las espaldas.

—Lucida reunion, don Juan! dijo Santiago luego que pasó el farol; mas, porqué les disgustará tanto la luz?

—Es porque la luz siempre molesta a los ojos mui delicados, respondió don Juan.

—Esas personas de los ojos tan delicados, continuó Santiago, tendrán tambien el oido mui fino, no es verdad?

—Sí, señor, i por eso les gusta la música i frecuentan las retretas.

—Con razon, si pueden oirlas sin la molestia de atenderlas; pues yo los veo a todos conversando unos con otros, como si de lo que ménos se ocupasen fuese de oir la música; i esto es que aquí se toca a las mil maravillas.

—No solo eso, Santiago; pues a todos agrada tambien mucho esta mezcla tan vistosa de clases i de sexos, tan fraternalmente unidos en medio de una calle tan angosta i de un modo tan compacto.

—Sí, señor; los ojos políticos de que hablábamos esta tarde contemplarán las retretas como una especie de rato democrático; miéntras los ojos morales demostrarán con ellas que la música suaviza las costumbres.

—Por eso le decia yo, repuso don Juan, que siempre concurro a las retretas, porque son una costumbre mui suave.

—A lo ménos, dijo Santiago con desden, pueden considerarse como un momento de distraccion.

—Sin duda; i si no, vea usted que distraida parece aquella señorita con el jóven que está a su lado.

—Cuál señorita? que deseo mucho ver una señorita.

—Aquella que con la roja brasa de su largo tabaco, se alcanza a divisar desde aquí.

—Es una señorita esa que tanto fuma?

—Sí, señor: es una señorita, por lo ménos de retreta.

—Vaya! repuso Santiago con desprecio i acercándose a una muchacha que se habia reido maliciosamente de las últimas palabras de don Juan, se anuncia la tal señorita con una linda gracia.

—Sí, señor: aquí hai señoritas que han añadido a una de las tres gracias, la gracia de echar humo, continuó don Juan acercándose a Santiago, que se le habia alejado un poco.

—No lo creerá usted; pero....

Aquí tuvo que interrumpirse Santiago, quien a su vez fué abandonado por don Juan, que corria a arrimarse a la pared, para dejar libre el paso a la banda de músicos que en medio de un piquete bien armado, atropellaba sin reparo por entre la jente, que con ménos reparo todavía, se precipitaba contra las paredes a uno i otro lado, abriendo dócilmente el camino que se necesitaba i que luego volvió a cerrarse.

—Pues hemos tenido un momento peligroso! dijo Santiago sacudiendo de la ruana el polvo que le habia quitado a la pared. Ya se ve; no dejamos aquí para los que tienen que subir o bajar mas espacio del que ocupa el caño, i lo peor es que los desagradecidos se han propuesto no usar de él.

—Vea usted unas señoritas, dijo entónces don Juan, que deseaba hacia rato satisfacer la curiosidad de Santiago i no habia podido, pues aunque con frecuencia van algunas señoras a retreta, esa noche no habia ido ninguna: las que don Juan señalaba eran estrañas a la funcion, i por la decencia con que estaban, se conocia que no habiendo podido continuar su camino para alguna visita, por estorbárselo la jente que

esperaba la continuacion de la retreta en otra música, se detuvieron a alguna distancia.

—Hacen mui bien de no acercarse mucho, dijo Santiago, que la cosa no es para alquilar balcones, si usted me permite hablar con franqueza, señor don Juan.

—Qué! Se queja usted de la retreta? repuso éste: a mi me parece que aquí se ha ejecutado cuanto puede exijir la música, por decirlo así, de arte mayor. Vea usted aquel de la capa corta detras de una de las señoras de gorras i chales, que son una de las familias mas ricas de Bogotá: cualquiera diria por su actitud que representa una ansiosa *aspiracion;* i miéntras tanto, ha de saber usted que una de las otras señoritas, está haciendo *apoyaturas* en una nota cuatro tonos mas baja, por lo ménos. Mire usted este corrillo del frente: lo componen una madre i una hija mui pobres, i un comerciante mui rico; si usted lo oyera de cerca, se formaria la idea de una bien difícil, pero deliciosa *armonía*, en que el comerciante entonando la *canzoneta*, apénas atiende al *non troppo presto* de la jóven i al *soprano del si mordente* de la señora. Vea usted este que viene tan embozado a pasar por aquí, despues de haber pasado cien veces; es el *metrónomo* de la funcion.

En esta esplicacion estaban cuando Santiago, despojado de su puesto, iba a colocarse en medio de la calle; pero al hacerlo sufrió un fuerte empellon, de uno que por venir con la barba sobre el hombro, tratando de mirar a las mujeres que estaban a su izquierda, no veia en consecuencia por dónde iba.

—No me parece de mui buen gusto su retreta, dijo Santiago con un poco de mal humor, i componiéndose el sombrero que habia perdido su lugar con motivo del encuentro.

—Con todo, contestó don Juan, esto es bastante filarmónico no solo en la parte instrumental, sino tambien en la animada.

A este tiempo marchó la música para la plaza; i ese era el momento en que debia desempeñar Santiago tambien su nota musical, entre el nuevo atropellamiento que causaba siempre la banda de músicos al abrirse paso. Le tocó, pues, como al mas inesperto, verificar una especie de *estaccato* en medio del caño; i habria dado en tierra si no hubiese escapado haciendo veloces *acciaturas* sobre el hombro de una muchacha que venia por la orilla del caño junto a él, i acompañada de una mujer que representaba alguna edad.

Ésta, bien por aprovechar la ocasion que creia ofrecerse, bien porque le gustase el talle de Santiago, bien por ambos motivos, o bien últimamente por razones sobre las cuales podrán hacerse despues conjeturas mejor fundadas, le tomó como por casualidad la mano haciéndole una seña i diciendo algunas chanzas alusivas al peligro de que acababa de librarlo su pupila. Esto bastó para que Santiago empezase a sentir su natural susceptibilidad, i a considerar como agradable la retreta.

Ya los músicos iban adelante, i la jente, estendiéndose por la calle, los seguia. Al lado de Santiago iba su defensora, a quien parecia abandonar la mujer que la acompañaba i que tan afectuosa con él se habia mostrado. Este se inclinaba de cuando en cuando por ver a aquella la cara, que su imajinacion le iba iluminando con los rasgos mas interesantes de la belleza; pero en sus tentativas solo lograba ver parte de

las cejas, cuando ella salia de la sombra que hacian los tejados i recibia la débil luz de la luna, que ya estaba ocultándose.

Sinembargo, el airoso i casi elegante continente de esta jóven, sus movimientos graciosos, pero mas que todo, cierta timidez, susto i vergüenza que se dejaban traslucir a pesar de ella misma, inflamaron de tal suerte la sangre de Santiago, que ya no fué dueño de evitar el seguir, aunque a ciegas, aquel cortejo. Para ello empezó por perderse de su compañero, quien de repente hallándose solo, comenzó a buscarlo en vano por entre el tumulto, pensando que por alguna casualidad se habria estraviado. Primero se paró; luego volvió a mirar atras, a un lado i otro, estirando el cuello para buscar por encima de las cabezas, la de su amigo. Todo fué inútil: Santiago no parecia i don Juan se inquietaba en estremo previendo el peligro que aquel corria de perderse por las calles de la ciudad i tener por consecuencia que pasar la noche sin dar con su habitacion.

Hacia ya rato que la música iba por la plaza, en cuyos ángulos se estendian las bulliciosas cadencias de una contradanza, acompasada por los solemnes dobles de las ocho. Don Juan continuaba buscando afanoso a su amigo, ya entre la jente que rodeaba a los músicos, ya entre la que se habia colocado en el altozano.

Últimamente la retreta se acabó, toda la jente se fué retirando i don Juan no sabia donde pudiera encontrar a Santiago.

José María Ánjel Gaitan.

LITERATURA FOSIL.

No há muchos dias que me sucedió. Habia llegado el *paquete* (o la *mala*, como dicen los que saben lenguas), i yo habia rejistrado montones de periódicos franceses i españoles; operacion que, sea dicho de paso, habian rebajado notablemente no sé cuántos empleados de correos, gracias a sus buenas mañas.

Fastidiado con la lectura de tantas insulseces que prodiga la prensa francesa, con una especie de fiebre nerviosa que se parece a la de un hombre estenuado por la perversion o el abuso de sus fuerzas mal empleadas, reflexionaba yo sobre las causas que influyen en la dejeneracion o perversion de las letras, o que detienen su desenvolvimiento.

I me decia con tristeza: ¿En qué consiste que, poco mas o ménos, se ve tan pervertido el periodismo en América, donde la prensa es jeneralmente libre, como en Francia i España, donde está sujeto a previa censura o estrecha represion? ¿Porqué, si la emision del pensamiento

es libre en casi toda la América española, su literatura periódica o militante no adelante como debiera i se ajita con dificultad bajo el yugo de mil vulgaridades tradicionales? ¿Porqué, siendo la América un mundo enteramente nuevo, i debiendo la literatura ser la espresion del movimiento social, i del *medio* en que este se produce, la nuestra es tan poco orijinal, tan esclava de imitaciones, citas pedantescas, formas prestadas i lugares comunes?

No he podido responder a estas preguntas, sino diciéndome tambien: Es que en América no tenemos sino una vitalidad intelectual ficticia que obra en el vacío, sin rumbo conocido i sin perfeccionarse, porque no procede de una vitalidad social claramente determinada. Es que vivimos en un aislamiento moral, acaso mas notable que nuestro aislamiento físico; que vejetamos por incomunicacion. Es que nuestra literatura, arrastrada en su curso por la fuerza dominante de la pasion política o personal, carece de fuerza propia i no ha sabido ni podido crearse una existencia libre i autónoma ni formas peculiares. Es que en Hispano-América no hai todavía *pueblos*, sino apénas *poblaciones*; i las poblaciones no leen ni meditan, sino que duermen o vejetan: solo los *pueblos* alimentan las letras. Por eso, careciendo de una índole bien determinada, de horizonte, de opinion pública que critique, de estímulos i casi hasta de objeto, la literatura se mantiene jeneralmente con plajios i vulgaridades, imitaciones serviles i tradiciones. Con *tradiciones*, quién lo creyera! en un suelo donde todo es nuevo en la naturaleza, i todo debe ser renovacion i progreso en la sociedad!

Estas reflexiones me trajeron el recuerdo de un amigote hispano-americano, que no há mucho tiempo me perseguia con su "cariño sincero" en cierta capital de Sud-América, " de cuyo nombre no quiero acordarme." Os haré brevemente su biografía, no tanto por el mérito de la persona, cuanto por el *tipo* literario que en ella se manifestaba.

Modesto Pichon (así se llamaba o era llamado mi digno conciudadano del Nuevo Mundo) rayaba ya en los treinta; pero tenia mas pretensiones que dias de vida, i mas aire en la cabeza que sangre en las venas. Su frente parecia marcada con el sello del delito; i en efecto, habia perpetrado tantos del jénero literario, que ninguna penitenciaría hubiera sido suficiente (dado caso que estuviese reconocida la inviolabilidad de la vida inhumana del dislate) para hacerlo purgar sus culpas i pecados. Si Modesto se hubiese visto procesado, al interrogarle el juez por su profesion, se habria encontrado en el mayor embarazo para responder con precision; a no ser que algun caritativo le hubiera *soplado* desde la barra: " Cazador de la fortuna;" o bien, para ser mas esplícito: "Tra-pero en literatura."

Modesto, como un hongo silvestre, habia resultado publicista, literato i político, de la noche a la mañana. Verdad es que el nombre de im-político hubiera podido venirle de molde, por mas de un motivo; pero él se creia político, por el solo hecho de meterse en los berenjenales de la política, i esto bastaba. Se habia zampado de rondon en el mundo de la ciencia i las letras, sin la menor ceremonia, diciendo para sí con toda la filosofía de la presuncion: " puesto que no tengo título alguno para que otro me introduzca, yo mismo me presento."

I no le faltaba razon para tal desembarazo, puesto que poseia escelentes cualidades para figurar en su tierra como periodista, literato, ora-

dor parlamentario, &c. Desde luego, ignoraba profundamente la lengua castellana, ventaja que le hacia irresponsable de no conocer la francesa, la inglesa ni otra alguna. Se hallaba a paz i salvo con la jeografía, la historia, la lójica, la gramática jeneral, la física, la economía política, la ciencia de la lejislacion, la estadística, la ciencia constitucional, el derecho de jentes, i otras trivialidades semejantes. Pero habia leido muchas novelas traducidas i no pocas comedias españolas, i tenia una memoria prodijiosa, amen de un desparpajo sin igual exornado con una alta idea de sí mismo.

Tenia una habilidad intuitiva maravillosa para descubrir los hombres predestinados a la buena fortuna, como al martirio o al *fiasco;* i con una perseverancia incontrastable se aplicaba a ensalzar a los primeros i escarnecer a los segundos. Esto no quiere decir que Modesto fuese un hombre malévolo, apasionado ni adulador. Pero Modesto hizo carrera. El hongo se hizo árbol, contra todo principio de historia natural.

Dichoso hijo de una madre feliz! En breve, Modesto no tuvo fuerzas para soportar el peso de su propia grandeza. Le llovieron los empleos civiles i militares (i por poco no llegó a los clesiásticos!) como toda clase de favores i aplausos. Si hubiera querido, le hubieran hecho canónigo, aun sin pasar por el diaconado. La fama le coronó hasta la nuca, sirviéndose, en obsequio de él, de un clarinete mandado hacer *ad hoc.* Las mejores relaciones aristocráticas rodearon de grandeza al *modesto* i humilde Pichon. El *pichon* se habia convertido en condor o avestruz. Quedó establecido que su talento era asombroso: al ménos él fué de este parecer.

I fué personaje de primer órden, consejero íntimo de gobernantes, periodista en primera fila en los sillones de orquesta, orador parlamentario mui ruidoso, i casi hombre necesario. Mimado por la fortuna como un sobrino de prior, rubio i bizarrote como un oficial de granaderos, no hubo lista de candidaturas *populares* (i qué candidatura no lo es?) en que su nombre no apareciese como *notabilidad de efecto* (estilo frances); no hubo *Album* (u *Omnibus*, como decia por *lapsus linguæ* cierto funámbulo, aludiendo al libro de oro de su consorte) que no le fuera enviado con envidiosa solicitud. Por eso sus amigos le decian: "Ah, Modesto! muchos percances se te esperan en el otro mundo, si eres tan dichoso en éste!"

—Pero qué diablos! decian los envidiosos: este pichon debe de tener algun talisman, algun secreto para medrar en este mundo donde tantos que valen pelechan trabajosamente! I se pusieron a indagar el secreto de Pichon, como quien busca una rica mina. Pero nadie daba con él, porque aquel hijo de la fortuna sabia esconder su laboratorio.

Un dia, en una de esas horas de mal consejo i debilidad en que los hombres se pierden, se le antojó a Modesto de invitarme a una lectura sustanciosa. Habia escrito un poema de sensacion en veinte pájinas, i no contento con haberlo perpetrado, sin cómplices i a deshoras de la noche, en su escritorio, estaba impaciente por espetármelo, no para que yo fuese su fiel encubridor, sino a fin de que, convertido en vil delator, corriese a contárselo a todo prójimo; preparando así en el mundo literario el coro de las trompetas del renombre. Tuve la abnegacion de aceptar la invitacion.

Pocos dias despues, Modesto me aguardaba en su gabinete, armado

hasta los dientes de instrumentos fulminantes i mortales, o sea rodeado de todo un arsenal de necrolojias i sonetos, romances i fragmentos de dramas en veinte cuadros, sin perjuicio de los prólogos de ordenanza. Cuando llegué a su lado, le hallé sentado cerca de su escritorio, provisto de la bata sacramental de los hombres de gabinete i del gorro frijio que las musas suelen poner en la frente de los hombres inspirados; i noté que meditaba con la majestad de un pensador que tiene la conciencia de su mérito i reputacion.

Pero el consabido poema no estaba visible, porque algunas familias encumbradas i varios personajes de grueso calibre se disputaban los borradores, queriendo beber la luz i la armonía "en sus *fuentes autógrafas.*"

Yo tenia la firme resolucion de "forzar en sus trincheras" a Modesto, a fin de conocer el secreto de sus fortunas. (Envidioso!) Eché, pues, ante todo una ojeada sobre el ámbito del gabinete o taller de Pichon: ausencia total de biblioteca! Así, evidentemente, Modesto era, en su calidad de pensador i escritor, un hombre orijinal. Pero en compensacion de la falta de libros, la mesa del grande hombre estaba colmada de manuscritos i periódicos, hacinados en desórden, como conviene a la dignidad de un literato. Qué confusion aquella! qué olla podrida en prosa i en verso, i en algo que no era ni lo uno ni lo otro! qué California de ideas fujitivas!

Habia necrolojias por docenas; felicitaciones motivadas por matrimonios i bautismos; artículos de carácter político; versos para el álbun de Juana i Antonia, de Clotilde i Mercedes; esbozos de poemas titánicos; estractos de novelas para tentativas de dramas; apuntamientos para discursos mortuorios (o mortíferos) i parlamentarios (o charlamentarios); articulejos de crónica local i personalidades; prólogos propios para obras ajenas; laudatorias de actos gubernativos; listas de candidaturas, con comentarios hiperbólicos en pro o en contra, segun el color político de cada camaleon; informes sobre proyectos ministeriales, aplaudiendo a sus autores; noticias (siempre ensalzando complacientemente) sobre las funciones de teatro, bailes, conciertos i banquetes a que Modesto habia tenido el honor de ser invitado.

Aquello era, pues, toda una lista civil, todo un censo de poblacion, una estadística en prosa i verso. Verdad es que, en materia de estadística útil, la mesa de Modesto no contenia una jota de administracion pública, historia, economía politica, jeografía u otros ramos de la ciencia social. Pero eso no obstaba para que Pichon fuera un sabio de la nuca a los tobillos, i un hombre mui importante.

Tuve la tentacion de leer algunas muestras del injenio de Pichon.

Lo primero de que eché mano fué una necrolojia, entre veinticinco o treinta, que parecian piezas de un protocolo de notaría, segun era completa su uniformidad. No habia que hacer sino cambiar los nombres i trocar los adjetivos en masculinos o femeninos, segun el caso, i todo quedaba en regla, lo mismo para Juan Pérez que para María Tórres. Leí la necrolojia i decia:

"*La parca destructora cortó con su tijera despiadada el hilo de los dias* de doña Petrona Cienfuegos. El 15 de los corrientes *voló su alma pura al seno del Altísimo, dejando en la orfandad i la tristeza a su inconsolable cuanto numerosa i virtuosa familia. Amante hija, tier-*

na madre, fiel esposa, inmejorable amiga, doña Petrona *deja un inmenso vacío entre todos los que tuvimos la fortuna de admirar sus virtudes ejemplares, &c. &c.*

—Vamos, Modesto! esclamé al terminar la lectura; dime la verdad: Conociste a esa ilustre señora doña Petrona?

—Pues.... personalmente no; pero....

—Entónces no has tenido *la conciencia* de su necrolojia.

—Oh, eso sí! Una señora tan conocida....

—¿I sabes si ella mereció los elojios que le haces despues de muerta?

—Pues cómo no! La opinion pública....Ademas, uno de los deudos es mi amigo, i....

—Comprendo: eso basta. Respeto tus benévolas intenciones.

Eché mano a un artículo de "Crónica local," fresco todavía, que contenia los siguientes párrafos:

I.—"El 10 del corriente *recibieron la dulce coyunda matrimonial el estimable* señor H. H. i la *simpática* señorita *Z. Z. Reciba nuestros cordiales parabienes la interesante pareja, que merece mil felicidades por la perfecta armonía de los afortunados cónyujes, que nacieron el uno para el otro.*"

I Dios sabe qué dramas de codicia, desesperacion i vergüenza han determinado la union de la "interesante pareja!"

II.—"Insertamos con gusto la siguiente lista de candidatos para... (no importa el nombre de la ganga). *Intelijencia, ilustracion, desinteres, acrisolado patriotismo (&c. &c. &c.) son las cualidades que adornan en alto grado a estos candidatos, i les aseguran la popularidad debida al mérito i un espléndido triunfo.*"

I cuántas intrigas vergonzosas no habrá de por medio! Cuántas bajezas no habrán cometido muchos de esos candidatos, para luego incurrir en otros tantos prevaricatos!

III.—"*Hemos tenido la mas profunda satisfaccion de asistir al espléndido banquete dado* ayer por el señor N. N, en honor de.... (tal personaje o aniversario), banquete seguido de *un brillante concierto. La funcion superó toda esperanza, pues estuvo en todo tanto a la altura del objeto como del dignísimo anfitrion.*"

Pobre anfitrion! cuánto te habrán mordido tus convidados i censurado los no invitados!

IV.—"Hemos leido con *la mayor satisfaccion* el reciente decreto del Poder ejecutivo sobre.... (cualquier embrollo) *i no podemos ménos que asociarnos con nuestros aplausos entusiastas al feliz pensamiento del hábil majistrado. Prevision absoluta, método, claridad, acierto i equidad, son las cualidades características de aquel acto, que promete opimos frutos.*"

I el tal decreto causó el descrédito del Estado, o arruinó una renta nacional, o provocó una insurreccion!

V.—"Acaba de llegar a nuestra capital *el honorable señor Ministro K* (o el *eminente sabio* señor B; o el *brillante artista* señor R; o el *muí reverendo i piadoso* misionero señor X, &c. &c.) *Sabemos que tiene las mas benévolas disposiciones respecto de nuestro pais. Deseamos que su residencia en esta capital le sea grata i se prolongue, i le ofrecemos cordialmente nuestras simpatías.*"

I el tal Ministro tal vez cubrió de humillaciones al pais; el misio-

nero sembró en él acaso la cizaña; el sabio (si lo era) fué quizas perseguido por la envidia, o si era un zote tunante, se llevó medio museo; i el artista se marchó aprisa por no morirse de hambre, o era algun caballero de industria, algun corsario armado de clarinete o violoncello!

Cuando terminé la lectura de los cinco acápites laudatorios, miré fijamente al buen Pichon i le dije:

—Diantre! tú no tienes relaciones sino con arcánjeles! ¿Tu "Crónica" mantiene este estilo en estado crónico?

—Qué quieres, Juancho mio! la vida es una gran lotería (me respondió Modesto), i es bueno *injeniarse* para conseguir los mejores lotes.

—Pero al ménos, le repliqué, ya que ves las cosas así, podrias variar un poco las formas i el estilo....

Para qué? Si con mui lijeras *variantes* de una misma sinfonía se alcanza el objeto ¿a qué fin devanarse los sesos con innovaciones arriesgadas? Todo está dicho en este mundo, aun desde ántes de Aristóteles, i el hombre es a todas horas una repeticion de sí mismo.

Mui poco seducido por la filosofía de Pichon, púseme a leer en silencio un artículo político que él parecia destinar a producir gran sensacion. Era un editorial lleno de prevision i ciencia, nervio i orijinalidad, relativo a un suceso que debia realizarse una semana despues. Modesto habia escrito para su periódico este elocuente farrago:

"Hoi ha tomado posesion de la Presidencia de la República el escelentísimo señor don....(creo que era un jeneral) en medio del entusiasmo de las Cámaras i de toda la capital. Una *nueva aurora alumbra nuestro horizonte político;* una *nueva éra comienza* en los fastos de nuestra historia. *De hoi mas, la hidra de la discordia no levantará su cabeza.* El *timon del Estado* estará en manos de *un hábil piloto*, que no dejará *zozobrar la nave* de la República, *azotada por contrarios vientos:* él sabrá *conducirla* por en medio *de los escollos al puerto de salvacion.* La Nacion se levantará de ese *lecho de Procusto* en que la ha tenido *la ciega ambicion de los partidos enemigos del órden* (o de la *libertad*, segun el caso.) Nuestra administracion no será, como hasta ahora, una *torre de Babel.* El nuevo Presidente ofrece a todos *el ósculo i la oliva de la paz.* La anarquía no *devorará mas las entrañas de la Patria*, cual otro *buitre de Prometeo*, porque los *protervos* sabrán que *la lei inexorable* estará *suspendida sobre sus cabezas* como *la espada de Damócles.* Durante cuarenta años hemos vivido haciendo i deshaciendo leyes, sin provecho alguno, de manera que nuestra obra política solo ha sido *una tela de Penélope.* Hoi nuestro primer majistrado, *fuerte por su popularidad como por sus títulos legales*, nos promete una *paz octaviana;* i es de esperarse que, bajo su influencia, no solo *cicatrizarán las heridas de la Patria*, sino que el Congreso no será como en tiempos anteriores, *un campo de Agramante.* Nosotros sostendremos el poder *que se ignaugura* con la *conciencia, lealtad e independencia de los hombres de bien*, resueltos a *hacer todo sacrificio* que pueda evitar que *la tea de la discordia* produzca un nuevo incendio i *que la anarquía nos devore.* Por tanto, combatiremos los *planes proditorios* de una *oposicion sistemática* que, con su eterna utopia de reforma, verdadera *caja de Pandora*, aspira a perdernos en un *laberinto inesplicable* de contradicciones i errores, de donde no podríamos salir ni conducidos por *el hilo de Ariadna.* La *lejitimidad* será nuestro *caballo de batalla;* la justica

el *único norte* de nuestras aspiraciones (el bolsillo será el *sur*); la fidelidad nuestro *broquel;* la lei nuestro mejor *ariete;* la verdad, apoyada en la opinion pública, nuestra *palanca de Arquímedes;* i formando siempre en las filas del *gran partido*.... (el nombre, segun el caso, porque es de ordenanza que todo partido sea *grande*) seguiremos *imperturbables la meta* que nos señalan *los principios*...."

Aquí suspendí para tomar resuello. Miré de soslayo a Modesto i comprendí que se sentia coronado de luz i gloria. Leso que aun no me habia dejado ver sus obras de literatura epistolar (o *pistolera*) ni las de aquel jénero vergonzante que hace del *álbum* de cada señorita un hospicio de incurables i espósitos; jénero que bien pudiera llamarse el de la literatura parásita.

Modesto era un chico amable i galante (salvo en sus ratos de grosería pedantesca), siempre sediento de adoracion i exuberante de entusiasmo; aunque, a decir verdad, su persona ocupaba el primer lugar en los dogmas de su feticismo profano. De ahí resultaba que, por lo comun, como ciertos aspirantes a empleos que solicitan diez o doce a un tiempo i en los ramos mas heterojéneos, porque lo que abunda no daña, Modesto tenia siempre entre manos una média docena de ídolos femeninos, sin perjuicio del escelentísimo señor presidente i los demas ídolos masculinos.

Otro se hubiera encontrado apurado con aquella poligamía de coqueterías, aquel politeismo de crinolinas i corsés. Pero Modesto era fecundo i listo en espedientes, i a fuer de hombre versado en cosas de administracion, sabia servirse hábilmente del sistema de circulares, i burlarse de toda patente de privilejio literario. Sus cartas amorosas i sus idilios de álbum (que no por ser de *álbum* eran mui *albuminosos*) no necesitaban de borrador. Tenia su molde o modelo (*su lecho de Procusto*, diremos) de donde salian himnos i flores para Concha lo mismo que para Maritórnes, con lijeras modificaciones, segun la edad i condicion. Así es que no hai en América hombre que haya perpetrado tan considerable número de *albumicidios* como el buen Modesto.

Modesto era, pues, un hombre *práctico* en todo el rigor de la palabra. A pesar de su ignorancia orgánica i radical, conocia el mundo con la profunda intuicion del interes o el amor de sí mismo, i sabia por esperiencia que la lisonja es en el mar de la vida el mejor anzuelo para pescar la fortuna. I como la lisonja tiene dos formas esenciales, positiva i negativa, Modesto la prodigaba ensalzando a sus ídolos i maldiciendo a los adversarios de éstos; jénero de adulacion que, bajo las apariencias de la noble indignacion i de la independencia de opiniones, es quizá el que mas complace a los mezquinos adulados, por ser el mas vil.

Yo habia, pues, descubierto el talisman de Modesto. Profundamente ignorante del fondo de las cosas, por falta de verdadero talento, estudio i método, sinembargo, algunas lecturas superficiales, el trato con el mundo, la memoria de las palabras, i sobre todo su admirable desparpajo, le habian hecho adquirir cierto caudal de sofismas, frases tradicionales, citas i lugares comunes; variedades de algas parásitas que viven en las aguas de la literatura sin razon de ser, porque sobrenadan en esa espuma inestinguible que se llama el *hábito*. A fuerza de remendar frases, cebándose como un cuervo en los despojos de la literatura *fósil*, que los cataclismos del tiempo han dejado a flor de tierra, Modesto habia pelechado, ganado fama i subido a la categoría de personaje. Nada fa-

vorece tanto a las nulidades, sofismas de la especie humana, como esas mil vulgaridades del lenguaje o el estilo, que sobrenadan en las letras i son los sofismas de la literatura.

Está demostrado que el gran arte de hacerse notabilidad consiste en uno de dos sistemas: o el del silencio estúpido pero mañoso, que hace de los taimados ineptos hombres modestos, cuerdos i profundos; o el de las citas de aforismos latinos, frases felices producidas en lenguas estranjeras, i alusiones mitolójicas o de historia antigua, que dan pasaporte a los pedantes para entrar en la categoría de los sabiondos populares. La jeolojía se ha equivocado en su nomenclatura, porque ha omitido incluir entre sus ramos de investigacion la *paleontolojía literaria.*

Pobre América española! A virtud de dolorosas pruebas, a fuerza de revoluciones, has logrado emancipar:

A los indíjenas, de su *tributo;*

A los esclavos, de su *cadena;*

A los negociantes, de la *alcabala;*

A algunos trabajadores, del *monopolio.*

Pero tu literatura, arrastrándose todavía por las encrucijadas del plajio i el mal gusto, no ha podido emanciparse de la vulgaridad! No hai quien no haya hecho su pronunciamiento en favor de alguna causa política o personal; pero nadie ha pensado en encabezar una revolucion que liberte las letras americanas del yugo que sobre ellas hacen pesar:

La *Parca destructora, cortando con su tijera el hilo de la vida.*

El *timon del Estado*, siempre *en manos de pilotos esperimentados*, con su correspondiente *puerto de salvacion* i su respectiva *estrella polar;*

La *espada de Damócles*, suspendida sobre todo auditor i todo suscritor de periódico;

La *palanca de Arquímedes*, que hoi no levanta sino tercios de tontos;

El *lecho de Procusto*, que ya no sirve ni para cama de pordioseros;

El *buitre de Prometeo*, que roe los tipos de todas las imprentas;

La *caja de Pandora*, que ya no es sino una jaula de ratones i cucarachas;

La *manzana de la discordia*, que está mohosa;

La *oliva de la paz*, que nunca reverdece;

La *torre de Babel*, con todos sus habitantes pretéritos, presentes i futuros;

El *caballo de batalla*, que a fuerza de montarlo todo el mundo, está reducido a esqueleto;

El *campo de Agramante*, donde ya no caben los plajiarios;

El *nudo gordiano*, que mas de un necio debiera desatar con las muelas;

La *tienda de Aquíles*, donde se refujian i han refujiado todos los bribones de gran tono;

El *talon* del susodicho Aquíles, tan gastado ya que ni serviria para calzarle un espolin;

La *túnica de Dejanira*, que de mui buena gana pondria yo en las costillas a mas de cuatro majistrados, si no estuviera ya hecha trizas;

Los *huevos de Leda*, que no han producido, no digo un cisne, pero ni un miserable pollo, i están hueros de tanto manosearlos;

El *suplicio de Tántalo*, que se ha hecho mui vulgar, porque lo sufren todos nuestros empleados cesantes;

El *tormento de Sísifo*, que tantos padecen sin saberlo, soportando una mujer, un empleo, un periódico, una fortuna mal habida, u otra bagatela;

El *ojo derecho de Filipo*, que tantos tuertos han plajiado sin gracia ni talento;

El *manto de César*, en que han envuelto su nulidad muchos fatuos enaltecidos;

El *tonel de las Danáides*, monopolizado desde hace mucho por nuestros gobiernos para convertirlo en caja de la Tesorería nacional;

La *amistad de Damon i Pítias*, que ha dejenerado en el *comercio de amistades u otros*, de Cabrion i Pipelet.

I de ribete, *la tela de Penélope*, que ya deberia destinarse como trapo mui viejo a la fabricacion de papel.

Preciso es convenir en que todo este mobiliario carcomido i lleno de telarañas debe de pesar mucho sobre el cuerpo magullado de nuestra pobre literatura. I qué hacer? Propongo uno de dos recursos radicales:

O hagamos una inmensa pira con todos esos mamotretos, esa leña podrida que nos viene por herencia de los siglos, i metámosle fuego con cartuchos de necrolojias, felicitaciones, proclamas militares, programas gubernamentales i otras variedades mentirosas;

O fundemos un gran museo de paleontolojía literaria; releguemos a sus armarios todas las ruinas del injenio, entre las cuales vivirá el mal gusto como un viejo lagarto, i escribamos en el frontispicio:

"Depósito de literatura fósil: se admite grátis toda la que se traiga."

José María Samper.

DESCRIPCION DEL PUENTE DE ICONONSO,

LLAMADO JENERALMENTE DE PANDI.

El pueblo de Pandi está situado en un punto desapacible i mui desigual i lleno de piedra; Pandi ha estado como las mariposas, que se sientan en un punto, i luego se levantan, se sientan en otro i se levantan de éste i bajan a otro, i así sucesivamente; dos veces del otro lado del rio i dos del lado contrario, pero últimamente escojió el peor.

El temperamento es mui sano, seco i libre de epidemias; allí no

hai coto, llagas, ni bobos; los niños son mui despiertos desde chicos, i aunque algo pálidos, son mui sanos; allí no hai rocío sobre la yerba por la mañana sino cuando llueve.

En este terreno se daria toda clase de árboles frutales, si los habitantes hubieran tenido un maestro que les enseñara a cultivar la tierra, pero por desgracia, ni aun los curas se han tomado el trabajo de sembrar ni para ellos mismos un solo árbol frutal, ni mucho ménos el de enseñar a sus feligreses. El que quiere comer frutas, las pide de Fusagasugá, en donde han quedado algunos árboles frutales, sembrados en otro tiempo, pues hoi nadie se apura por sembrar ninguna planta.

Los vecinos de Pandi son sencillos i buenos. Allí no hai nada de lo que se llama ilustracion, no hai ni aun escuela de primeras letras, i casi todos los vecinos firman a ruego: da mucha lástima ver esto.

A un cuarto de hora hácia el Sur, corre el rio de Sumapaz, de Oriente a Poniente, habiendo dejado poco ántes su curso que traia de Sur a Norte.

Sobre este rio está formado el maravilloso puente de Icononso, que hoi se llama "Puente de Pandi."

Fuera de la hondura natural por donde debiera correr el rio, se formó por la fuerza de las aguas del diluvio, otra hondura sobrenatural que tiene como una milla de largo, desde donde entra el rio hasta donde sale de este estrecho cauce.

Este es admirable por su formacion, pues parece como que el agua hubiera formado este angosto camino, siendo el terreno de arena o arenilla sumamente blanda; pero no es así, pues desde el fondo del rio hasta la cuarta parte de su álfaro poco mas o ménos, todo es de piedra blanquecina i bastante dura, lo que se ve bien en la entrada i salida del rio.

Casi toda la altura de este cauce está dividida en gruesos bancos de piedra, divididos por una mui delgada capa de arena blanca, lo que se nota mui bien subiendo desde el desagüe del rio hasta el puente.

Entre la parte que hai desde la embocadura hasta el puente hácia la mitad, hai una inclinacion que llega hasta el rio, i por la cual se puede bajar hasta la orilla.

SITIO, FORMACION I ALTURA DEL PUENTE.

Hácia la mitad de este estrecho camino del rio está el puente, que inspira admiracion por su forma i firmeza.

Al formarse el cauce estraordinario, en la parte en que está el puente no se rompió por arriba sino en una pequeña abertura, quedando de uno i otro lado casi unidas las dos partes de la roca, especialmente del lado de donde viene el rio, i que será como las dos terceras partes de lo que está cubierto; en estas dos terceras partes, que fué lo mas alto que quedó, cayeron despues tierra de aluvion i algunas piedras medianas que cubrieron nuevamente la abertura que dejó el agua, quedando así nuevamente cubierta en parte la abertura; sobre el último punto cubierto del lado de donde baja el rio, cayó despues una piedra desprendida del lado del Sur i cubrió una parte de lo que ya estaba cubierto de tierra de aluvion i piedras medianas, dejando por debajo un hueco desde el que fácilmente se puede observar bien todo. Esta piedra se apoyó en los dos

lados de la roca, quedando con una firmeza sin igual; tiene 43 piés de largo i 40 de ancho; sobre esta piedra cayó otra del mismo lado del Sur, quedando ademas apoyada contra una de las piedras de la roca de donde cayó, i casi perfectamente unida. Por sobre esta piedra se pasaba, teniendo que llenar siempre de piedras i tierra su desigual superficie, i poniendo al lado descubierto una barandita, para evitar la mas horrorosa muerte, cayendo al precipicio. Hoi los pandises, se quitaron de ruidos i formaron un puente de madera desechando el que habia construido la naturaleza: ellos consultaron su seguridad.

Todo lo que está cubierto tiene 32 varas, pero lo mas alto solo tendrá catorce, i lo restante va en descenso hasta donde está la última piedra que cayó de la roca de encima, i quedó ajustada entre el hueco del banco de piedra dura i fuerte, i contra esta piedra hai varias que fueron cubriendo la restante abertura que quedó cuando todo se rompió; por entre tres de estas piedras quedó un agujero, por el cual se ve lá profundidad i tambien el rio, causando un horror espantoso a pesar de su seguridad i firmeza.

Desde este punto para adelante hácia la orilla derecha hai un alar, por el que se camina fácilmente para observar algo la roca opuesta, pues el rio no se ve; allí hai un árbol que sirve para atar algunas cuerdas i bajar a tomar otro alar que hai por debajo de todo lo que está cubierto, i desde este punto es que se observa mui bien la abertura que quedó en la roca.

Desde este alar para abajo, hasta el fondo del rio, todo es de piedra, como dijimos, i de allí para arriba está el terreno dividido en bancos de pizarra negra quebradiza; luego otra de piedra gruesa de diferentes tamaños, encima otra capa de pizarra i luego otra de piedra, i así sucesivamente.

Hai un punto de vista para el rio que llamaremos el Observatorio; a este punto se va en tres minutos, bajando como seis varas a la derecha, i tomando la orilla alta se llega a un sitio desde donde se ve un punto ancho del rio i un gran pozo.

ALTURA DEL PUENTE.

La discrepancia que hai en la medida del puente por diferentes autores, lo mismo que la altura del Salto de Tequendama me ha puesto en la necesidad de tomar la cuerda i hacer una medida que sea la verdadera, pues yo no trato de mentir.

Habiendo echado la cuerda con un peso como de 4 libras, hallé un número de 123 varas castellanas, o lo que es lo mismo 369 piés o 105 metros: se entiende que la medida es hasta el fondo del rio, i por consiguiente debemos descontar 2 varas de profundidad, quedando solo 121 varas.

El que quiera satisfacer la curiosidad de si es cierto que esta es la lejítima i verdadera altura, puede tomar la cuerda i examinar si es o no cierto lo que dice Romualdo Cuervo, que quiso desengañarse i desengañar a los que no han podido hacer lo que él hizo, a presencia de dos testigos.

Al bajar como la mitad de lo cubierto, se ve a la izquierda una cueva, i examinando qué era, hallé una mina de lajas con que los indios

cubrian sus sepulcros. Estas lajas tienen como de 2 a 3 pulgadas de grueso. Todo esto estaba olvidado, porque nadie se toma el trabajo de examinar estas cosas, que parecen insignificantes porque no son oro ni plata.

Desde el puente para arriba, está el monte, en donde hai un árbol que produce una leche, llamado Avichure.

En un punto bien arriba hai un sitio llamado *La laja*, porque baja el agua sobre piedras lisas. Allí labraron los indios algunos jeroglíficos.

Tambien hai muchas piedras de primera magnitud. Yendo por un punto que se llama Buenos Aires hai una piedra que está tendida horizontalmente, encima hai cuatro piedras medianas, i tiene 36 varas de largo, 33 de ancho i 100 de circunferencia; es mui pareja por encima, i por la parte de abajo tendrá como 8 varas de alto.

Frente i cerca de Pandi está un grupo de piedras que llaman *La piedra del Rei;* allí hai varios jeroglíficos de los indios, en medio está el sol todo grabado con tinta de piedra de chica colorada.

En el paso de *la Nútria* hai otras piedras de mucha magnitud, una de ellas tiene 21 varas de largo, 18 de altura i otro tanto de ancho.

Todas estas piedras parece que descendieron de la montaña que está al Oriente, pues es mui semejante la una i la otra, i como la montaña está dominando todo aquel terreno, parece que el diluvio hizo descender toda aquella multitud de piedras que cubren casi todo aquel terreno, el cual en muchas partes solo tiene descubierta la tercera parte, i las otras dos están cubiertas con piedras mas o ménos grandes.

Sospecho que no faltará quien tache de impertinentes estas minuciosidades; pero como ningun viajero ha querido ocuparse de ellas, me propuse escribirlas en obsequio de algun curioso, tan curioso como yo.

ROMUALDO CUERVO.

LOS ARTESANOS.

I.

No hai que alarmarse, queridos compatriotas mios, si el "Duende" os toma hoi en boca, i con su brocha descompuesta trata de presentar la parte del rostro de esta nuestra madre, que vosotros representais dignamente, i que forma uno de sus rasgos fisonómicos que mas la distinguen, i que bajo muchos aspectos mas la hermosean. Ocúpense otros, enhorabuena, en describir las demas clases de la sociedad bogotana, i sobre ellas compongan artículos de costumbres, que compitan con los mas aventajados en el arte; pero cuando de vosotros se hable, esta tarea corresponde al "Duende," que así en opiniones e intereses, como

en esperanzas i en porvenir, está identificado con vuestro destino, desde que en 1810 hizo de sus ejecutorias un solemne auto de fe, *perteneciendo desde entónces al pueblo, viviendo con el pueblo, i muriendo por él, probablemente.*

Hecha esta prevencion, que los entendidos llamarán prefacio, nada tiene de particular que el sér que tan de cerca os pertenece, quiera sorprenderos, intentando bosquejar algunos de los rasgos que mas caracterizan la clase industrial de Bogotá, puesto que entre vosotros vive, i ha participado de vuestros limitados contentamientos, como de las penas i sinsabores que constantemente os aflijen; que os ha acompañado desde la ruidosa francachela, hasta la fiesta de *San José* i el mes de *María;* i desde que en 1830, sellásteis en el *Santuario* con sangre preciosa vuestra decision por los principios liberales, hasta el dia que en *Tescua* sufocásteis la hidra de la guerra civil. Tal vez alguno tachará al "Duende" de pródigo en elojios hácia sus compatriotas, i de apasionado i parcial lo criticará; mas a vosotros toca justificar cuanto de bueno se diga en este artículo, mostrando con hechos la verdad; i tambien debeis perdonarle si, al lado de vuestras virtudes, dejare entrever vicios o defectos, que si lastiman vuestra reputacion, por desgracia son comunes a todos los humanos.

Sin querer va ese otro prólogo, i no faltará quien diga que es porque el "Duende" no halla cómo entrar en materia. No, señores: lo de ménos seria decir, como pudiera decirlo cualquiera otro, que estamos ya bien distantes de aquellos felicísimos tiempos en que los gremios i cofradías fueron un plantel esquisito, donde bajo la influencia de un riguroso aprendizaje se formaban nuestros artesanos, i previo el noviciado i el competente exámen, raro era el aspirante que alcanzaba el *glorioso título de maestro mayor*, que lo autorizaba para abrir un taller, ejercer por sí, i poder enseñar su industria. Tal procedimiento formaba entre los artesanos cierta aristocracia que frecuentemente pasaba a ser hereditaria, en lo que no poco influian la forma de gobierno, el flujo de las costumbres, i sus naturales tendencias a la imitacion. No es de nuestro resorte entrar en el exámen de si semejante réjimen fuera a propósito para formar escelentes maestros i oficiales en las artes, a favor de un sistema que establecia la normal enseñanza de un preceptor, por algun tiempo, i el embarazo que un exámen ofreciera a los que con decision i talento pensaran vencer la rivalidad, la envidia i el orgullo que les opusieran los maestros; ni nos toca tampoco encomiar o vituperar el sistema de libertad actual en que, sin aquellas trabas, hemos visto improvisar talleres, inaugurarse maestros, i pulular oficiales, que es una maravilla. Quede para otros decidir si de estas novedades la sociedad ha reportado algun provecho, obteniendo mejores obreros, que trabajen con perfeccion i mas barato; o si hemos caido en las manos de mil chapuceros, farfulladores, que así lo hacen de mal, como piden de caro por sus hechuras. Los límites de este bosquejo son tan circunscritos, que de nuestra pluma no hai que esperar sino breves i toscas pinceladas, que apénas revelen la existencia de un artesano, existencia que hoi se desliza entre las fugaces ilusiones que se desvanecen con la realidad tempranamente.

Si tan preciso no fuera, prescindiríamos de remontarnos hasta inquirir la cuna del artesano; pero es fuerza comenzar por hallarla en esta clase numerosa que en el antiguo réjimen se llamaba *el pueblo bajo, la*

plebe, la canalla, destinada siempre a formar el pedestal de la sociedad, sin *aspiraciones, sin esperanzas, sin porvenir*. De ella jerminaban los que sin tener mas espectativa se dedicaban a ejercer los oficios mecánicos que por escarnio se titulaban *oficios viles*, porque hacian incapaces de obtener ningun puesto de distincion o carga honorífica, al que a ellos se consagraba. Así que los oficios de sastres, carpinteros, zapateros, albañiles, &c. estaban como vinculados en la familia cuyo jefe lo ejercia, quien por afecto o mecanismo guiaba a sus hijos por el mismo sendero. Aquí entraba la aristocracia de que hemos hablado, i constituia la distancia que habia entre maestros mayores, simplemente maestros, i oficiales o jornaleros. Aparte de los años de aprendizaje i demas requisitos que eran necesarios para venir a ser maestros, el vestido mismo hacia una distincion de estas categorías, que el ménos avisado podia comprender. Figúrese el lector amigo, que encontraba por esas calles con un hombre frescachon aún, a pesar de los sesenta años, de formas abultadas, rostro lleno, barba enteramente rapada, el cabello recojido atras, sujeto en apretada trenza, camisa con cuello desmedido i prolongada gola, enorme chaleco a la Luis XV, gran chaqueton de cuero de venado curtido (i recurtido por el uso), calzon corto id. con su botonadura de mulętilla a la rodilla, i la charnela a veces, média blanca aborlonada, i zapato de oreja recojida por una hebilla de plata; si a todo esto se añadia la capa magna de paño azul o blanco, i el sombrero chato de vicuña, no habia que dudarlo, este personaje era un *maestro mayor*, con voz i voto en el gremio i cofradía, taller abierto para recibir discípulos, i perito nato en todo avalúo judicial. Seguíase a esta categoría, la de los oficiales con opcion al maestrazgo, i no ménos reconocidos por su vestimenta, que consistia en chaqueton i calzones tirando a zaragüelles, como los que se han descrito ya, gruesas botas de lana azul, las competentes alpargatas, sombreron de lana pardo, gran ruana *guasqueña*, i el indispensable pañuelo *rabo de gallo* atado en la cabeza. Por este estilo, aunque en inferior escala, se ataviaban los demas oficiales i aprendices que a un arte se dedicaban, dejando siempre traslucir un algo que los identificaba, a no dudar, con su oficio, de manera que el sastre por aseado, el zapatero trascendiendo a cuero, el herrero por lo mugriento, el albañil por lo embarrado, i así de los demas, todos revelaban en su grotesca i jenial figura el gremio a que pertenecian.

No nos atrevemos, de miedo de pasar por difusos, a llegar hasta el hogar doméstico de los buenos artesanos de aquel dichoso tiempo, en que todo representaba una humilde cuanto pacífica situacion. Una casita pequeña, casi a estramuros o en apartada calle, i en ella una salita que servia de *salon de recibo*, de comedor, de oratorio, adornada la testera por un crucifijo de cobre, una Vírjen de Chiquinquirá, los gloriosos patriarcas i otros personajes de la corte celestial, distribuidos en lo demas de ella; una mesa habilitada para altar, para comer i aplanchar la ropa, i pesadas sillas hácia los lados; i en seguida la alcoba, donde de noche se recojia toda la familia, los amos en la ancha cama, cubierta del pabellon socorrano, circundada del labrado rodapié; i los chiquillos i los criados, i el perro i los gatos aquí i allí en sabrosa confusion. El patio no era mas animado, a pesar de los *borracheros*, la rosa blanca, el romero i el curubo enredador, i el corredorcillo en forma de ángulo recto, adornado con las estampas del hijo pródigo, o la entrada triunfal de Felipe

V en Madrid; ántes bien venian a aumentar la gravedad, la séria pobreza; así como en las casas de los *grandes* reinaba la misma gravedad, pero rica en muebles sin gusto, en toscos servicios de plata i adornos que infundian recojimiento i tristeza.

No descendamos mas, i quédese a un lado la tienda, este asilo del jornalero, que le sirve como de antesala para pasar al hospital, i de allí a la fosa. La pluma se detiene a delinear este cuadro, no porque inspire horror, sino porque en una estension de seis piés cuadrados estaba, i continúa encerrada la familia del jornalero, compuesta de la esposa, cinco hijos, tres hembras i dos varones, aquellas creciendo en cuerpo i en gracias, *para pasto de lobos*, i aquéllos para el oficio, para ganar el jornal. Allí anida tambien otro matrimonio sin hijos, i hai perro que aulla a la luna, i gato que se torna en vagamundo dañino, i en ocasiones frecuentes, los huéspedes apuran por demas el *guatumillo*, se arma una *zagarrera* en que dan al traste con la tabla colgada a la pared, a guisa de aparador, i sucumben las pocas vasijas del preciso uso, despedazan la cortina de crudo que forma la alcoba; i una desvencijada cama, una ruin mesita, i quién sabe qué más, todo en espantoso desbarajuste, remeda el encontron de los hombres que riñen, de las mujeres que se traban por las encrespadas melenas, i los chicos que gritan i lloran sin misericordia, acompañados por el cacareo de las gallinas. Todo se ha perdido, los hombres, las ruanas, las mujeres, las enaguas, el comun aparador; i no quedan sino harapos i cacharros, una cabeza rota, un brazo del otro descompuesto, mordiscos i *solucion de continuidad*, como dijera un médico novel.

I ya que se atravesó este *toque*, que comprende, hasta hoi al ménos, a todos los jornaleros pasados i presentes, i probablemente a los futuros, miéntras que, como dice el actual Secretario de las finanzas, no concluyamos con la *ruana* i la *frisa*, volvamos a nuestros pasados artesanos, que no conocieron sino paz i serenidad, sanas costumbres, debidas en parte al celo i rijidez con que el oidor de semana, sin trámites ni enredos, correjia a fuerza de azotes, aplicados en público por la mano del verdugo, al pobre diablo que se aficionaba a lo ajeno, o que de cualquier otro modo quebrantaba los bandos del buen gobierno, que hoi se llaman reglamentos de policía de órden (que no tenemos), de aseo (que no se conoce), de ornato (que no se entiende), i de salubridad (que nos hace vivir casi apestados). Entónces, el artesano que reñia o injuriaba a otro, que maltrataba a la mujer o la abandonaba, que era sorprendido en culpable contubernio, o en un oscuro garito, no tenia mas que poner su alma con Dios i las posaderas a disposicion del verdugo, quien lo maniataba a la rejilla de la cárcel chiquita, i al grito de

Quien tal hizo que tal pague,

le acomodaba desde veinticinco azotes para arriba, hasta doscientos, segun lo demandaba la gravedad del caso, i negocio concluido. A pesar de tan amables correcciones, algunos, hoi que se sufre un dilatado proceso, la detencion en la cárcel por largos meses, i luego por pena seis de arresto, diez de prision, i dos años de presidio, preferirian el ver su... *en fiestas;* la subordinacion, decimos, i el respeto, como cierta pureza de costumbres i algun tanto de moralidad que se nota de ménos, eran cualidades que distinguian al artesano i lo mantenian en su ignorada condi-

cion, que sino era la servidumbre, no dejaba de tener sus parecidos, que con ella la identificaran. Así sus entretenimientos, sus diversiones i pasatiempos eran tan limitados, que aparte de unas *fiestas reales*, motivadas allá por faustos acontecimientos para el Rei nuestro señor, i en las que el artesano no gozaba sino del espectáculo de los toros, jugados con todo el ceremonial i gravedad española; para él solo habia la sustanciosa merienda, servida en despoblado, bien por Fucha o el Boqueron, San Diego o San Victorino, en la que se desplegaba el gusto i la abundancia: enormes cazuelas de pescado *sudao*, de *lomo atomatao*, de *arroz de menudo*, flanqueadas por colmadas bandejas de papas guisadas, cubiertas de derretido queso, con la indispensable ensalada i la afamada chicha del *Cedro* o de *Cuatro esquinas*, rebosando en labradas totumas de Timaná; i todo esto en una hermosa tarde de verano a la caida del sol, cuando

Es púrpura el horizonte
I el firmamento una hoguera,
Es oro la ancha pradera,
La ciudad, el rio, el monte;

i al són del guitarrillo i el pandero, los ánimos se habian desahogado de las fatigas de la semana, con un rato de solaz i de confianza, coronado por el alegre *torbellino*, alternado con la *manta redonda*, i de vez en cuando una endecha popular, que algun cuitado amante no dejaba de dirijir a la *niña Estefana*, la hija del maestro el *Muelon*, por quien estaba perdido de ternura.

Tal era la vida de los artesanos de aquellos buenos tiempos; así corria monótona i tranquila, sin que ningun acontecimiento viniera a perturbar su serenidad, ni ella misma osara traspasar los límites que le impusieran los hábitos, las preocupaciones i la educacion consiguiente a la forma monárquica que rejia. El sastre, el carpintero, el albañil dejaban a su larga sucesion los cortos bienes que su industria i economía les proporcionaban, i descendian al sepulcro con el consuelo de haber enlazado a sus hijas con sus iguales, i cuando mucho, con haber dado un hijo a la iglesia, bien de clérigo de misa i olla, o bien de relijioso en alguna de las órdenes monásticas. La crónica rejistrará con veneracion los nombres de los Leones, de los Cortázares, Ortegas, Garayes, Tórres i otros mil artesanos que en esta tierra ejercieron su humilde profesion, porque supieron honrarla i embellecerla con el ejercicio de todas las virtudes.

Tocamos ya al grande acontecimiento que vino a conmover nuestra sociedad, que la sacó de sus cimientos, que la ha traido en perpetuas ajitaciones i que la ha trasformado en todas sus clases. Seguiremos a este mismo artesano desde 1810, en que, como era natural, los principios i las ideas que entónces se proclamaron i no acaban de desenvolverse aún, debieron encontrar en su corazon gratas simpatías. Trataremos de describirlo tal cual hoi se ofrece a nuestra contemplacion, con el temor de que no alcancemos a hacerlo con propiedad i maestría, porque, lo confesamos, *no siempre está el palo para cucharas*. Acepta el lector el partido? Sí? Pues ya verá la segunda parte.

II.

Creeríase que la clase de estos beneméritos ciudadanos quedara estinguida en la ardiente lucha que trabamos con los *godos*, desde 1810 hasta 1826, segun que su sangre jenerosa fué prodigada en Bárbula i San Mateo, como en Tasines i Juanambú, i Várgas i Boyacá, como en Pichincha i Ayacucho. I recuérdese que el patíbulo español tambien fué marcado con ella, i no poca tiñó las aguas del Magdalena i salpicó los muros de la heróica Calamar.

De esta hueste de artesanos ¡qué raros fueron los que volvieron a pisar las riberas del San Francisco! Era de verlos tornar a la patria, cubiertos de cicatrices, adornados con gloriosas preseas, i afectando en su porte i maneras los modales cultos de un hijo de la capital, que en todas partes se distinguiera por su valor i moderacion, por su gracia i galantería, i siempre echándola de fino i esmerado en su comportamiento. Pero llegaba a *Santafé*, abandonaba el servicio militar, o pedia su retiro; i pasado un año o dos cuando mas, ya habia reconocido el pelo de la dehesa, i esta fuerza de la primitiva inclinacion le hacia tornar a sus antiguos hábitos. La ruana, o cuando mas la capa, volvia a reemplazar la casaca de dos colores, el enorme cuello de la camisa, al apretado corbatin, los *suizos* amarillos a las botas, i el sombrero enfundado al morrion. Tras de una vida de azares i ajitaciones, olvidado ya el oficio, i mas que todo, acostumbrado al ocio i distraccion de un viejo soldado, imposible fuera volver al trabajo apacible del taller. Así que (no quisiéramos decirlo) con mui cortas escepciones, el artesano, militar retirado, ha pasado el resto de una vida gloriosa, alimentando los vicios adquiridos en las campañas. Parroquiano celoso del bodegon de la *niña* Serafina, allí permanece desde que por la mañana va a enjuagarse la boca con el anisado, para quitarse el mal sabor, hasta las once en que ya ha almorzado; de allí a la tesorería, si es que no ha vendido la pension a algun desalmado de estos vampiros que se han repletado con la sangre del inválido, o del empleado calavera; i si alguna cosa logra, vuelve a la taberna, se entiende, a tomar las once, a *platicar* con los otros camaradas sobre si pagarán la pension o si ya la vendió al *cabayero*, que le dió cinco pesos por los veintisiete que percibiera al fin del mes. Miéntras tanto llega la *consorte* diciendo que aun no se ha desayunado la familia, ni tiene con qué ir a la plaza, i que ya fueron a cobrar el alquiler de la casita; i se arma una de los diablos, en que ella le increpa que es un vagamundo, que se está malgastando el tiempo i el *mónis*, jugando i bebiendo, miéntras que la pobre lo pasa haciendo tabacos i bregando con los chicos, que la tienen sin vida. Si a esto se agrega una chispita de celos, provoca i desafía el enojo del veterano, que llegara al punto de descargarle buenos muletazos, si en aquel momento no lo contuviera el teniente *Roncancio*, que lo toma por el brazo i se lo lleva. A dónde? nada ménos que a otro ventorrillo, frecuentado tambien por otros camaradas, i allí se pasa el resto del dia entre un trago, una manita de dado i la relacion de una batalla; i por la noche baile, se entiende *torbellino i zarandé*, hasta quedar rendidos con el peso de la *culebra*.

Quién sabe si este toque habrá estado por demas en el cuadro que nos hemos propuesto trazar; i si lo estuviere, quede en descuento por

los que nos faltaren, atendidas las variedades que en nuestra tierra ofrece el tipo artesano, a tal punto, que no nos es posible comprenderlas en un pobre articulejo como el presente; falta que será cuando mas un baldon de nuestra insuficiencia, i como en castigo de nuestro atrevimiento. Puede ser que alguno mas induljente haya encontrado que de este modo nos ha sido preciso entrelazar la casi fenecida jeneracion de artesanos, con la actual, que comprende la que se ha formado en estos últimos treinta años.

Lindo cuadro, por cierto, tenemos a la vista! Mas, comparándolo con el que hemos ofrecido en nuestra primera parte, cuántas degradaciones de luz, cuántas alteraciones, cuántas pérdidas; i qué inmensa variedad en todos los representantes de esta fantasmagoría que llamamos vida! Sin mayores conocimientos sobre las artes liberales i mecánicas, como sobre las nobles artes, gracias sean dadas por esto a la ignorancia misma de los señores españoles, o a su desidia, o si se quiere, política mañosa, para mantener a sus colonos en el mayor estado de brutalidad posible, nosotros no conocimos ni un pintor, ni un arquitecto, ni un escultor: no tenemos que echar de ménos al relojero, al maquinista, al carpintero en fino. I sinembargo, han desaparecido de la lista de los industriales, el que fabricaba sombreros de lana, el que torcia pita, el que hacia pajuelas i cuerdas de *chivo;* el que engarzaba rosarios, i el fuellero, como el que sacaba hormillas de totuma, i el batihoja. Qué es hoi un platero? Estupefacto se ha quedado a la vista de las piezas fabricadas en *estránjis*, que si bien no es oro todo lo que reluce, ya no es aquel tiempo en que él hiciera cálices i custodias, gargantillas i pendientes, i otros adornos i muebles en que, disponiendo con abundancia del oro i la plata, i de preciosas esmeraldas i rubíes, componia, es verdad, un todo bronco, ordinario, sin finura, sin elegancia. Nada diremos del barbero, que se ha quedado estacionado al traves de su rejilla, limitada su industria a rapar a algunos perezosos parroquianos, i a jornaleros i campesinos, que ya no hai pelucas que empolvar ni cabelleras que rizar, desde que una inmensa mayoría ha encontrado ser mas cómodo el afeitarse cada uno por sí mismo, en su casa, bien que haya otros barberos que nos *afeitan* a todos; i esto de las pelucas haya venido a ser negocio puramente de los *peluqueros* franceses.

Vengan, pues, bajo nuestra pluma, los restantes artesanos, de todos los gremios ántes conocidos, que así en confusa mezcla habremos de considerarlos, ya que por tantos motivos se hallan entre sí relacionados. Sastres, carpinteros (hoi tambien ebanistas), herreros, silleros, que nosotros llamamos inocentemente *talabarteros*, zapateros, albañiles, &c, forman esta *cohorte* de maestros, oficiales i aprendices, así dividida, miéntras que el órden i la natural dependencia de otro subsistan; porque esta desigualdad existe en todas partes, miéntras que existan unos hombres mas intelijentes, laboriosos i emprendedores que otros, mas ricos i afortunados que otros, i hasta mas apuestos i hermosos que tantísimos feos, que son los mas. Pero en estas clases de obreros no es la adulacion ni la lisonja o el valimiento i el favor, lo que los eleva en su carrera, sino sus talentos i los medios con que pueda contar el hijo del pueblo para hacerse notable en la sociedad. Como de un manantial escondido, brotaron de repente maestros en todas las artes, rompiendo las trabas que tuvieran encadenada la industria, i comenzaron a llenar la ciudad de ta-

llores. Hemos visto reemplazar los pobres obrajes, donde no habia mas que los precisos muebles para trabajar, por espaciosos i aseados almacenes, surtidos de todos los elementos para la obra, a pedir de boca para el consumidor, quien encuentra en ellos cuanto le sujiera su deseo. El nombre del maestro, inscrito sobre la puerta en pulida muestra, provoca al elegante o al necesitado a acudir allí, que será bien servido, conforme a la última moda de Paris, es decir, la de ahora dos años, un tanto reformada i adaptada al gusto del pais, que en esto no vamos tan de carrera. Se nota cierta novedad por todas partes, que revela el injenio, gusto i elegancia en la obra; pero sea la esperiencia o la propension a ponderar lo de otras edades, todo parece superficial, débil i de escasa duracion. Si es en el vestido, ya no hai aquellos afamados paños que desafiaban los siglos, i que convertidos en capas o casacones inmensos, formaban un artículo considerable del patrimonio de la familia; en punto a muebles, todo es frájil, los asientos, las mesas, las camas, todo cede al menor esfuerzo, miéntras que nuestros antiguos muebles, sobre ser macizos i corpulentos, ofrecian una completa comodidad. Hasta las casas hemos dado en hallarlas hechas al vapor, montadas al aire, divididas i subdivididas en cuartitos, i donde el comun está junto al fogon, la caballeriza debajo de la alcoba, i eliminado el patio como superfluo. Nosotros felizmente marchamos a la par con estas novedades, i las alabamos a despecho de ciertos vejetes, i de ellas nos complacemos mas, cuando han venido a alterar los hábitos, jenio e índole de nuestros artesanos, para hacerlos mejores bajo muchos aspectos.

Como resto de las mas ruines preocupaciones, quedó sentado el que la *ruana* i las alpargatas fueran el vestido i calzado de las jentes del pueblo; de esta usanza no era permitido salir, ya por el ridículo con que la jente noble lastimaba al que se metia a novelero, i ya porque en virtud de órdenes suntuarias el *corchete* tenia el cargo de advertir al que se desmandaba, que la capa era peculiar a los *Dones*, como el *tapete* a las damas. *Pero el flujo por que nos hagan caso* es el ajente mas poderoso para movernos a dejar el puesto en donde plugo a la Providencia colocarnos. Bien que estos remontamientos repentinos, sin brújula ni remos, ni lastre ni armaduras, traigan consigo unas caidas ruidosas; a pesar de esto el anhelo es el de subir i brillar. El que no puede mas se engalana, trata de parecer, que es lo que le sucede al artesano; i véase cómo nos lo refiere *ño Chepito*, sastre remendon de viejo, que ha conocido a todos los maestros presentes, porque él mismo fué *oficial* en el *oficio* del maestro el *Muelon*, i los vió criaturitas, cuando comenzaron el aprendizaje.

Él dice, por ejemplo, que *Facundo* era un muchacho travieso, alborotador, que apandillaba a sus compañeros de oficio en los juegos de toros, cometas i guerrillas; que a su madre, que vivia por Belen, le costó amargas lágrimas hacer que el *patojo* no destrozara la *ruanita* de lana, los pantalones de manta azul i el sombrero de paja; con el bien entendido que cada infraccion, cada falta, le costaba una docena de lapos, aplicados por el maestro, suspendido el paciente sobre las espaldas del mayor de los compañeros, i estirado de los piés por los chicuelos, lo que a veces les servia de escarmiento, i de causa de burla las mas. Poco a poco Facundo fué entrándole al oficio, i comenzó a obrarse en él la metamórfosis, viéndosele ya mas aseado. Elevado al rango de oficial i entrado ya en la edad de la juventud, ganando por semana en pro-

porcion de su trabajo, adoptó la ruana *guasqueña* o la de *cúbica*, cuidadosamente cosida, abierta por ancho cuello, que deja ver el del dorman i parte del de la camisa; la corbata anudada con desden; pantalones a la moda i zapatos de cuero inglés, para los domingos, i amarillos de *soche* para los demas dias. El sombrero, de ordinario pajizo, o imitando el jipijapa, adornado con cinta negra, o bien cubierto con funda trasparente, lo lleva picarescamente cargado hácia un lado, afectando en todo su porte el de un tunante enamorado, que desde la tienda (hoi almacen) dirije chicoleos a las criaditas que van al mandado, o va a verse con ellas a la puerta de la casa donde sirven. Otros, en las alturas de Facundo, despues de haberla corrido en bailecitos de *confianza*, paseos al Boqueron, jugarreta i pasatiempos, se casan al fin, Dios sabe cómo i entregan la pelleja, dándose a rezar, cuidando trabajosamente de la familia, i despidiéndose de las milicias, en donde *dragoneaban* de sarjentos segundos; otros se acreditan de calaveras, i de este número son los que traen un porte mas elegante i pasan por ser de entre *ellos* los mas cortejantes con las.... *señoritas*. Son los que están al frente de toda *parranda* cuando se trata de divertirse, i conocen por sus pelos i señales, i saben dónde vive cada una de las.... *señoritas*, i tienen relaciones con los *cachacos del bronce*, cuentan con éstos para todas las partidas de placer i se dejan llamar cariñosamente los *guachecitos*. Si se trata de un baile, por supuesto a escote, ellos son los que solicitan la sala i los músicos, los que invitan a las....*señoras* i compran el refresco; i se toman todos estos cuidados, por bailar a la noche un *valse* con *misia Ularia*, i tener el segundo puesto en la contradanza que dirije *don Pepe*, la que baila con *misia Encarna;* tratando con toda delicadeza i finura a las que con cierta socarronería llaman *señoritas;* lo que no impide que, por un desden, desaire u otra cosilla, las manejen luego a los puros *trómpis* i les regalen ciertos dictadillos que.... ya usted me entiende. Por andar en estos picos pardos, resulta que los tales oficiales no han ido al taller a trabajar, han quedado malísimamente con el maestro, que por lo mismo los despide. Como el *mónis* no se deja ganar de otro modo, hai que tomarlo *emprestado a rédito*, para poder pagar el escote i lo que se ha tomado fiado; de aquí resulta que el dia ménos pensado, el alguacil los anda buscando con una boleta para que vayan a contestar demanda sobre lo que deben i les cobran; i para mayor desgracia, los sarjentos del cuadro de la guardia nacional, que son su pena negra, tambien los andan persiguiendo, porque hace cuatro domingos que no van al ejercicio. Por esta *embrolla*, como dicen ellos, han perdido su ropa, sus trastos, deben el alquiler de la tienda, no tienen para semana i a punto de dar el alma al diablo, los reclutan para un cuerpo veterano i van a engrosar las filas del 7,° que está en Pasto. Oh dolor....! Queda para otra pluma elocuente i patética describir el rostro angustiado por momentos, grosero i burlon por otros, que pone el *guachecito* el dia en que, confundido en una partida de *voluntarios*, sale de Bogotá, dirijiendo sus adioses a los compañeros de *capuchinadas*, que se asoman a verlo partir, entre condolidos, escarmentados i bufones.

Pero volvamos a Facundo, que si bien no ha dejado de participar de estas *francachelas*, ha tenido en cambio mejor conducta, ha sido mas sobrio i económico, i la fortuna junto con la *gubernata* que ha observado le han soplado a su contentamiento, de suerte que se ha encaminado

por la senda que conduce al *maestrazgo*. Despues de haber economizado algunos realitos, i recibido alguna parte de herencia que le tocaba por el intestado de un su tio, siguió por ponerse médias i sombrerito castor; corridos algunos dias, abrió una tienda, puso una gran muestra, i se anunció en "El Dia;" i para el *corpus* inmediato, se presentó con capa magna, corbata verde, chaleco de terciopelo colorado, calzon de casimir blanco, i quedó inaugurado el *maestro N.*....Esta feliz circunstancia lo ha puesto en contacto con los intrigantes en política, que se aprovechan de su ignorancia i palurdería, para hacerlo un fanático o un demagogo, i enredarlo en todas las cuestiones de partidos i elecciones, i hacerlo que trabaje, pobrecito! en beneficio de otros. Así es que se le ve dejar el taller, quizá en un momento precioso, para ir a alumbrar en la procesion de Jesus Nazareno, i renegar de los *faiciosos;* o se esconde i encierra a referir las noticias que tiene del *catire Obando*, i a exhalarse en votos por que este pajarraco vuelva algun dia a su pais, que al fin es granadino como todo hijo de vecino, de estos que tambien han sido facciosos, i han matado....i hoi están *en grande*. Esta circunstancia, decimos, lo ha colocado en situacion de que si sus compromisos no han sido mui esplícitos, no sea molestado para el servicio en la guardia nacional, i de hecho quede eximido de ser cívico; pues no parece sino que la capa es circunstancia para darlo de baja en aquel cuerpo, o para no ser alistado; como si solo fuera carga que hubiera de gravitar sobre los granadinos de alpargata i ruana, el ser guardias nacionales. Ya lo veremos.

Aquí parece que vamos a poner término a este trabajo. No queremos engolfarnos en las consiguientes reflexiones acerca de si nuestros artesanos han ganado con la trasformacion política, i han mejorado su condicion, como su porvenir, adelantando un algo, con el comun progreso que ha hecho avanzar nuestra sociedad. Si dijéramos que los artesanos de hoi tienen mejores modales, son mas cultos, mas atentos; que tratan de imitar los modos, el tono i la cortesanía de la fina sociedad; que se consagran con mas esmero, no solo a su oficio, sino al cultivo de las otras artes liberales; creerian algunos que les adulábamos para granjearnos sus votos en las próximas elecciones para la Presidencia, a la que indudablemente aspiramos. O bien, no querríamos que nos contestasen que nuestros artesanos, de cuenta de haber leido el Contrato social, han comprendido que la *igualdad* que allí se encomia, ha de entenderse pelo a pelo, sin contar con que de otro lado la madre comun nos ha hecho tan desiguales, que es una necedad pretender que el que no ha recibido una buena educacion, haya de tratar i alternar con otro que sí la ha recibido o que tiene otros motivos para que se le considere de otro rango; así es que la cosa mas salada de este mundo, i que veríamos con placer, seria un billete de desafío dirijido por un zapatero a un diputado, pidiéndole esplicaciones por las ofensas que le ha irrogado en el momento en que probándose unas botas, i resultándole angostas, ha maldecido de todos los zapateros del mundo. Chocaríanos tambien el que a nuestros oidos llegase, que una parte de nuestros artesanos que se entretiene en prácticas relijiosas, en confesarse i comulgar, es acaso mas intolerante i....al paso que otra parte, que ha leido las Ruinas de Palmira i el Citador, sin entenderlos, vociferara que no hai tal Dios, ni tal relijion cristiana, i se burlara de estos objetos santos i respetables. Semejantes

contrastes nos aflijirian demasiado, al paso que solo deseamos que nuestros artesanos sean piadosos, creyentes sinceros, sin fanatismo ni hipocresía; que se ilustren sin alcanzar a entrever el impiismo, que todo lo pervierte; i que sean tan exijentes como quieran en cuanto por derecho les toque, mas sin propasarse con groseras vulgaridades, con inepcias de taberna, ni con manejos soeces. Para nada de esto, aquí concluimos, jurando no proceder de malicia, &c.

RAFAEL ELISEO SANTANDER.

EL TIEMPO VALE DINERO.

En este afortunado siglo, tan justamente apellidado de las luces, se ha descubierto que el espíritu es nada i la materia todo; i que el tiempo es un tesoro inestimable, no por ser el corto plazo concedido al hombre para conquistar una felicidad eterna, sino porque *vale dinero*. Persuadidos de esta poética verdad los hombres, i hasta las mujeres de progreso que andan en zuecos i a trotecito, procuran hacerlo todo en el menor tiempo posible; i con los modernos descubrimientos no hacen sino compendiar todos los que nos legaron los pasados siglos;

Pues un ferrocarril, si se calcula,
Viene a ser el compendio de una mula;
I un billete de banco, bien mirado,
Es oro compendiado;
I el cable submarino, segun creo,
Es compendio abreviado del correo;
I una niña coqueta i descarada
Es lejion de demonios compendiada.

Es una mala vergüenza, que cuando todo marcha a paso de vencedores, cediendo a la imperiosa voz con que lo aguija el espíritu de progreso, solo la literatura permanezca estacionaria. ¿Quién puede tener tiempo i paciencia para leer la Ilíada traducida por don José Gómez Hermosilla? ¿Quién no se indigna al ver que Fenelon gasta una pájina entera de su Telémaco para decir que Calipso,

A pesar de ser mujer
I a pesar de sus deslices,
Ne pouvait se consoler
De la partida de Ulises?

Asombra reflexionar
Que es necesario gastar

ochenta pesos de a ocho décimos i uno o dos años, cuando ménos, para aprender en la Historia universal de César Cantú

Este axioma tan sabido:
"El partido vencedor
Es siempre conservador,
I liberal el vencido."

A qué se reducen los cuatro enormes tomos de la Historia de Colombia? A enseñarnos que

Bolívar tumbó a los godos,
I desde ese infausto dia
Por un tirano que habia
Se hicieron tiranos todos.

Dicen que la novela de Pablo i Virjinia es digna de admiracion, principalmente por su incomparable sencillez; pero me parece que mucho mas sencillo seria compendiarla así:

Dos niños juntos se criaron,
Por supuesto se quisieron;
Mas luego los separaron,
I de dolor se murieron.

En virtud de lo dicho, i de mil otras razones que pudiera añadir, yo, que deseo como el que mas el progreso, la prosperidad, &c, de mi patria; yo, que he gastado los mejores años de mi vida en promover, &c, &c, quiero

Con mi claro talento
Levantarme a mí mismo un monumento,

fundando la literatara homeopática, que consiste en sacar la quinta esencia de todas las obras maestras, siendo de advertir que aun las mas románticas i venenosas vienen a ser inofensivas por la estremada pequeñez de la dósis. Mis lectores no llevarán a mal que les presente un botiquin de bolsillo, que contiene

Varias de las sustancias mas usadas
En el sistema antiguo, rotuladas:

Corina.

Osvaldo a Corina amó;
Pero tuvo la simpleza
De dar su mano a una inglesa
I Corina se murió.

El Moro Espósito.

El de Mudarra i Kerima
Era un amor que da grima;
Pero como las mujeres
Tienen tantos pareceres,
Al tiempo del matrimonio
(Yo se la doi al demonio)
La niña se arrepintió,
I por fin no se casó.

El Conde de Montecristo.

Fué Dantes un majadero
Que, por quererse vengar,
Se privó de disfrutar
En calma de su dinero.

Los Misterios de Paris.

El Zar goza de su imperio,
El Conde de su condado,
I el pobre vive *fregado*,
En lo cual no hallo misterio.

La Iliada.

Se robaron una niña,
I como era linda joya,
Hubo furibunda riña,
I ardió la ciudad de Troya.

La Odisea.

Hizo Ulises un gran viaje,
I padeció tanto afan
Como el que va en mal bagaje
De Bogotá a Popayan.

La Eneida.

Enéas, quizá impelido,
Por un destino fatal,
Dejó abandonada a Dido,
I en mi concepto hizo mal.

Compendio de todas las anacreónticas.

Miéntras el tiempo veloz
Nos roba, Juana, la dicha,
Dame un cuartillo de chicha,
Papas chorreadas i arroz.

Compendio de todas las invocaciones.

¿Qué haré yo solo
Con mente obtusa?
Sálvame musa!
Sálvame Apolo!

Compendio de todos los prólogos modestos.

En ocios rápidos
Hice estos versos,
Perdona, oh público,
Los muchos yerros.

Estracto de un soneto de Lope de Vega.

Soneto pide Violante,
Nunca me vi en tal aprieto;
Son los versos del soneto
Catorce, i van tres delante.

No pensé hallar consonante,
Tengo uno i medio cuarteto;
Si llego al primer terceto
No habrá cosa que me espante.

Al primer terceto entrando
Voi, tal vez con pié derecho,
Pues que ya fin le voi dando.

Llegué al segundo i sospecho
Que ya lo estoi acabando:
Contad catorce, está hecho.

Primera diluicion.

Soneto, Violante,
Me pides? qué aprieto!
Ya van del soneto
Tres versos delante.

Hallé consonante,
Hai medio cuarteto;
Si llego al terceto
No habrá quien me espante.

Al terceto entrando
Voi con pié derecho,
Pues fin le voi dando.

Amiga, sospecho
Que estoi acabando:
Caramba! está hecho.

Por medio de diluiciones sucesivas puede lograrse que este soneto se componga de catorce versos monosílabos; lo cual, si no se consiguiera en castellano, podria obtenerse fácilmente en chino, que entre otras ventajas tiene la de que nadie lo entiende.

Mui probable es que mis amigos José María Quijano Otero, José María Vergara Vergara i Ezequiel Uricoechea Rodríguez, que son idó-

latras de lo pasado i que malgastan el tiempo en amontonar libros i papeles viejos, se opongan a mi patriótica empresa, por una razon igual a la que tienen los

Boticarios alópatas
Para hacerles la guerra a los homeópatas;

pero yo seguiré imperturbable en mi gloriosa tarea, i no mui tarde tendré la satisfaccion de que mis benévolos lectores vean

Con asombro profundo,
Los libros de Colombia i de Castilla
(I tal vez los del mundo)
Estractados en una redondilla.

No quiero terminar este artículo sin hacer mencion de otros dos descubrimientos aplicables al fin que me propongo: el primero es la fotografía microscópica, con cuyo auxilio pueden estamparse

Por medios injeniosos,
Aunque sencillos,
En una cajetilla
De cigarrillos,
Las producciones
De Voltaire, el Tostado,
Samper i Lope.

Del otro descubrimiento, aunque mui antiguo, no se ha hecho todo el aprecio que merece: es el de los puntos suspensivos, que pudieran llamarse compendio de todo lo que no se sabe, o no se quiere, o no se puede decir.

¿Qué seria de la pobre humanidad si los románticos de la escuela empalagosa no hubieran encerrado en puntos suspensivos los innumerables pensamientos que rebosaban en su rica imajinacion?

Las composiciones de estos señores deben compendiarse copiando el primer verso de cada una i representando todos los demas con renglones de puntos.

Mas para qué, diré yo con el inmortal Rioja,

Mas para qué la mente se derrama
En buscar por doquier nuevo argumento?
Basta ejemplo menor, basta el presente.

Pues si escribiera todo lo que tengo pensado, resultaria la contradiccion de emplear un volúmen colosal en hacer patente la utilidad de la literatura microscópica. Concluyo, pues, compendiando en dos renglones de puntos suspensivos

Mis grandes i profundos pensamientos,
Mi vasta erudicion i mis talentos.

. . . . . .
. . . . . .

RICARDO CARRASQUILLA.

UNA PAJINA.

(A MI HIJA.)

Era el 25 de mayo de 1854. Estábamos ya en el sesto dia de navegacion entre San Thomas i Nueva York. Por una rara casualidad, todos los pasajeros eran personas apreciables i de buena posicion, cuál mas, cuál ménos; i esta circunstancia, unida a la de que íbamos en un magnífico vapor i al trato inmejorable que en él nos daban, hacia que nuestro viaje fuera completamente un *viaje de placer*, como diria un frances.

A las 12 del dia 19 zarpó de la bahía de San Thomas el vapor Curlew, que así se llamaba, i sobraba razon para que con tal nombre lo hubieran bautizado, porque efectivamente parecia una ave marina. Era de la mas elegante construccion; un velámen lijero ayudaba a la poderosa máquina; la proa, fina i cortante, hendia las ondas con velocidad cuando el vapor daba movimiento a sus alas; i sin vacilacion i casi sin movimiento, hubiera podido decirse no que zarpaba sino que emprendia el vuelo.

El dia 23 llegamos a San Jorje, capital de una de las islas Bermudas, donde el vapor se detenia seis horas a aguardar la correspondencia del resto de la isla; seis horas era tiempo mas que suficiente para recorrer la pequeña ciudad i sus alrededores; i todos los pasajeros saltamos a tierra con ese fin. Me agradó aquella pequeña poblacion, i sobre todo el fuerte que la domina i defiende. Sinembargo, el aspecto de la isla es triste; todas las casitas están blanqueadas i los tejados son de pizarra tan blanca como las paredes, lo que resalta mucho mas por estar el campo cubierto de espinos negros. Acaso contribuyó mucho a que el aspecto me pareciera lúgubre, la vista de tres pontones que habia en el puerto, llenos de prisioneros, i el saber luego que San Jorje era en pequeño la Cayena de la Inglaterra. Desde aquel instante ya no estuve contento, i así fué que cuando volví a nuestro bellísimo buque, lo hice de mui buen grado.

Poco ántes de que se pusiera el sol, levaron anclas, i pronto estuvimos en alta mar. El sol se hundia en el horizonte como un inmenso globo de fuego cuando perdimos de vista a San Jorje; volví los ojos por última vez, i aquellas bellísimas casitas blancas, esparcidas aquí i allí sobre un campo negro, me parecian gotas de cera que habian caido sobre el paño negro de un funeral.

Esto me impresionó mas de lo que pudiera creerse, i pasé largas horas de tristeza.

Me levanté mui temprano, porque el espectáculo del amanecer es el mas bello que puede verse. Se descubre en el horizonte una zona rosada, cuyo color va encendiéndose rápidamente, hasta que el sol, sacudiendo su luminosa cabellera, va saliendo de entre las ondas como empujado por la mano de Dios. Yo me quedaba estático, recostado en la obra muerta, hasta que el sol desprendiéndose de las aguas empezaba

su carrera en el firmamento, i nunca dejó de latir mi corazon al verlo aparecer; pero aquel dia no habia podido olvidar esos pontones de San Jorje, i no pude dejar de pensar que acaso habria allí mas de un desgraciado que hubiera preferido una noche perdurable.

Pronto la conversacion de los compañeros, todos los cuales se hallaban en el puente, me sacó de mis tristes reflexiones, las que en verdad no volvieron a asaltarme.

Al dia siguiente, la tripulacion estaba mas contenta que de ordinario, lo que sin duda consistia en que nos anunciaban que aquel habia de ser el último dia de navegacion, i cada cual se preparaba ya para estrechar la mano de alguna persona querida, i los que a la llegada no teníamos quien nos aguardara, aguardábamos a las emociones que produce siempre una ciudad desconocida.

A las tres i média de la tarde, despues de una opípara comida, todos los pasajeros nos encontrábamos sobre cubierta; la alegría habia subido de punto, i aquello era positivamente una fiesta. Parecia que la naturaleza ponia tambien su continjente, pues aunque en toda la navegacion habíamos gozado de mui buen tiempo, aquel dia reinaba una calma tan completa que el mar parecia un manso lago. Repentinamente notamos que el capitan observaba con marcada atencion un lijero punto que se veia en el horizonte, i pocos minutos despues dió algunas órdenes con aquella irresistible voz de mando que solo tienen i comprenden los hombres que han vivido largos años en el mar. Inútil seria decir que la tripulacion se apresuró a ejecutar las órdenes del capitan, lo que contribuyó mucho a aumentar nuestra alegría al ver a los marineros trepando por las jarcias a los tres palos, con una ajilidad i una firmeza que solo la costumbre puede dar, i suspenderse sobre el abismo para doblar la punta de una vela; i casi lanzarse para alcanzar la estremidad de un cable que se suelta.

Entretenidos con la maniobra, apénas notamos que el mar empezaba a encresparse i el horizonte a ennegrecerse. Apénas habia trascurrido el tiempo necesario para dar cumplimiento a las órdenes del capitan, apénas habia bajado el último marinero, cuando echamos de ver que teníamos encima la tempestad. Veíamos a lo léjos en el mar, que un momento ántes parecia un lago, elevarse las olas como montañas para volver al abismo convertidas en espuma. Aquel elemento, poco ántes tan tranquilo, semejaba ya en cada onda una inmensa catarata. Oh! el mar es bello cuando está enfurecido!.... Un lado del horizonte estaba claro, límpido, sereno; miéntras que en la parte opuesta, la bruma se amontonaba sobre la bruma, el huracan silbaba, i de tiempo en tiempo el rayo se desataba de las nubes como una cinta de fuego.

Levantó los ojos al sol para calcular cuánto tiempo podríamos gozar aún de aquel espectáculo, i vi con sorpresa que tenia una pequeña mancha. Fijamos todos la atencion i vimos que la mancha crecia por momentos i se ponia mas o ménos oscura.... Ya nadie se reia: la risa habia espirado en las labios.

Pocos minutos despues, el sol estaba completamente eclipsado. Faltaba esto para que el espectáculo no pudiera ser mas solemne: nos hallábamos, pues, entre dos inmensidades: por una parte el mar embravecido, la tempestad deshecha por otra, i sobre el todo, Dios, que, como airado, velaba su pupila. Oh! Cuán pequeños nos sentimos entónces! Ca-

llaron todas las vanidades mundanas, cesaron todas las ambiciones, la risa murió en los labios, la fe se despertó en el corazon. I quién no hubiera creido? Aquel espectáculo era la imájen del poder de Dios, que con su ceño encrespa el mar, i suelta la tempestad i apaga el sol; i que con su simple voluntad vuelve a darnos suaves brisas i luz i serenidad.

Al dia siguiente todo estaba como pocas horas ántes: el mar se veia como un lago tranquilo, los vientos eran favorables, el cielo brillaba despejado; pero aquella impresion, una de las mas fuertes de mi vida, no pasó como la tempestad ni yo he podido olvidarla nunca: he querido escribirla para ti, hija del alma, rogando al cielo que aleje de tu vida las embravecidas pasiones, la tempestad airada, el sol opaco; i que si alguna vez muere instantáneamente la sonrisa en tus labios, reine en tu corazon la fe dulce i sencilla, con la que conseguirás llegar al puerto de bonanza. Con ella, en ocasion parecida, te sentirás pequeña, pero no impotente; i como yo, sentirás pequeño el cuerpo ante el poder de Dios, pero no el alma, porque lo sentirás i lo admirarás.

José María Quijano O.

LO QUE PUEDE UN PIE!

A JOSÉ MANUEL MARROQUIN, MI AMIGO MUI QUERIDO.

I.

Pocos dias há escribiste i publicaste un artículo cuyo título fué, si a mi memoria es dado recordarlo, "Vamos a misa al Pueblo," en el cual describiste con exactitud los usos *domingueros* de Chia, de donde eres vecino. Ya te sonríes! i te comprendo bien: te acojiste a tal aldea o pueblo, o como tú quieras llamarlo, porque en él has observado *de cerca* lo que has querido jeneralizar a todos nuestros pueblos: te asiste la razon indudablemente; i hablando con franqueza, has logrado hacer un artículo maestro de costumbres de pueblo.

Hoi se me viene a las mientes ofrecerte un cuadro, aunque pálido, de costumbres rústicas: quiero decir, de una de las escenas mas interesantes i variadas que ofrecen nuestros campos: una escena que produce tantas emociones, cuantas miradas tiende uno a su alrededor en ciertos momentos dados, o cuantas veces nos palpitan los pulsos durante el curso de un minuto: esta escena la llamamos comunmente *rodeos*, nombre que creo adecuado porque viene de *rodear* la Hacienda para recojer los ganados, contarlos, señalarlos i herrarlos.

Vamos, pues, a rodeos a Tilatá.

Ante todo, ¿has estado alguna vez, por acaso o por voluntad, en dicha hacienda de Tilatá? Si no has llegado nunca, al ménos habrás oido hablar de sus estensas serranías, de sus inmensos páramos, del caprichoso curso de sus rios, de la ajilidad de sus caballos i de la bravura de su ganado vacuno, ájil, saltador i estraordinariamente fuerte.

Con esta corta advertencia, vamos al páramo. Adviértote que de los ocho o diez dias de trabajos *rodeando*, solo me voi a fijar en el primero, que es el principal i el que te dará una idea de los demas.

Imajina formado en las inmediaciones de las casas de la hacienda, una especie de cuerpo de ejército constante de cuarenta jinetes, diestros *vaqueros* todos, i montados los mas en bizarros potros, cuyo mayor número es aun de *falsa-rienda;* i ademas setenta peones, todos i cada uno de los cuales ostenta en la diestra, en ancha *chipa* formada de numerosas vueltas, el dócil i naranjado rejo; o como hubiera dicho nuestro Vicente Herrera:

> Amarillando en espiral el *rejo*,
> Con que la fuga de la res amaga.

Figura dicho rústico ejército alejándose ya hácia las vecinas lomas, en las cuales los pequeños zapadores van ensayando su *lazo* en tal cual toro manso que anda mujiendo por ahí, o en una que otra yegua alebrestada que salta aquí i allá en busca de su mimado *potranco*. Luego sigue trepando sierra arriba, i despues aun mas, páramo arriba.

El páramo! Alerta, hijos de la sierra i de los bosques! Porque el páramo contiene árboles colosales, jigantes troncos derrumbados por el huracan, enormes piedras, profundos abismos; i al cabo un viento nebuloso i casi helado. ¡Alerta, intrépidos domadores de la naturaleza fiera!

El páramo es la viva imájen de un amor turbulento: está lleno de obstáculos casi insuperables; i en él solamente halagan el ímpetu de la voluntad o el anhelo de la esperanza, algunas florecillas de lindo color incrustadas en la roca o nacidas en el borde de un abismo.

Entre el páramo i mi alma hallé una notable semejanza: en medio de esa vigorosa naturaleza, esos estupendos árboles i esas enormes rocas a cuyos piés murmura tal cual suave fuentecilla, me representaban mis vigorosas pasiones calmadas por la dulce fuente de la ternura.

¡Aquí de los conflictos, de la alegre vocinglería, i por decirlo así, de un febril entusiasmo en estas elevadísimas i perfiladas rejiones de los Ándes! En uno de los altos picos el jefe supremo, es decir, el dueño de la hacienda, ordena la partida en ocho pelotones, cada uno de los cuales debe marchar sujeto a su jefe parcial, por allí, por allá, por allende, por aquende, en busca de algun hatajo que posa en un pico gramoso, o de otro que pasta en el fondo de una cañada; pero tales jefes, obrando al fin *parcialmente*, despues de recibir órdenes espresas, desfilan con su peloton a su antojo, o por donde mejor los guia su capricho. En esta ingrata anarquía no pude ménos que contemplar la fiel imájen de nuestra *Desconfederacion* Granadina: precisamente dividimos nuestra República en ocho Estados, así como la partida buscadora de reses bravas se dividió en ocho pelotones, i desfilan o se precipitan por donde creen que les conviene, váyale bien o mal al jefe supremo, asístale o no favorablemente la suerte; i esto despues de celebrar solemnemente un pacto

federal, i sujetarse a obedecer el mandato jeneral, sinembargo de conservar su mando particular. Aunque algunos alegarán en su abono, que el jefe en su marcha les señaló fragosos i difíciles senderos, i se vieron obligados a evitarlos.

La dura i penosísima, pero variada i alegre faena de buscar i rebuscar, de cojer i recojer, duró de las nueve de la mañana a las cinco de la tarde, hasta que a esta hora bajaron páramos, sierras i lomas, en inquieto i tormentoso tropel, mil i doscientas reses de rabiosa estirpe, es decir, bravas i ariscas como te tornas tú cuando te falla el gusto i delicadeza en una octava real, o se manca tu magnífico estilo en un acápite de artículo.

Bajaron, digo, hasta juntarse en un sitio bautizado con el nombre de "Las Tapias," distante de las casas de la hacienda un poco mas de média legua, i llamado así porque en él existen unas antiguas ruinas de cierta casa de los jesuitas. En tal sitio se encuentran inmensas *corralejas*, en donde se obligó a reposar por algunos minutos al ejército cornudo. Despues, formándose en semicírculo los ciento diez guardianes de tan poco amables i corteses prisioneros, dejan desfilar a éstos en vueltas i revueltas, en tumbos i en rápidas carreras, con no poca zozobra i solícito cuidado por evitar, segun las reglas del instinto, el desagradable choque de alguna aguda asta, deslizada furtivamente en la parte inferior del muslo o en las ancas

Del dócil potro o la revuelta yegua.

Todo esto, acompañado de un no interrumpido i estrepitoso ruido formado por el penetrante grito de los peones, el mujido afanoso de los terneros correspondiendo al tierno llamamiento de las vacas, i haciendo coro al terrible bramido de los toros. Supongo que la horrenda *grita*, o guazabara, que levantaban los indíjenas en la guerra de la conquista, cuando avistaban algun cuerpo de soldados españoles, era apénas un leve alboroto respecto a esta estruendorosa vocería; i sus rápidos movimientos i sus emboscadas, nada en comparacion de este correr i parar, volver i revolver, subir i bajar.

Un usurero de nuestros dias no forja en su revuelta cabeza tantas combinaciones para robar al gobierno i esquilmar al primer prójimo que cándidamente se le acerca, como ejecutaba esta turba de bravío carácter para burlar el círculo formado por los jinetes i los peones, o ensartar blanditamente a algun descuidado guardian.

Al fin, a eso de las seis de la tarde llegamos alborozados a la gran corraleja de la hacienda, en la cual, de grado o por fuerza introdujimos nuestro bramante ejército, a la manera que arribara un barco al ansiado puerto despues de un terrible naufrajio, alegre i satisfecho de haber salvado su tripulacion.

Dejemos, pues, nuestros animales ahí encerrados hasta mañana.

II.

Ya son las cinco de la mañana del siguiente dia; i ten presente que aunque arriba te digo que me voi a ocupar tan solo del primero, es que éste i el anterior son uno mismo, pues ayer fué el encierro i hoi será la funcion.

En la hacienda se encuentran cuatro corralejas: una mui grande, que está destinada al encierro, la siguiente a la *herranza*, la tercera a recibir los terneros que por su tierna edad no pueden resistir ni la señal ni el hierro, i la cuarta a guardar las reses chicas i grandes herradas ya desde el año anterior.

Colócate en definitiva en el corral de la herranza, i si tienes prudencia, miedo o pereza, súbete a un palquito levantado al efecto, en el cual se hallan entreteniendo a una chiquilla dos señoras, una de las cuales es la madre de tu amigo que te dedica este articulejo, i la otra la hermana de quien lo escribe. Ya que estás a su lado, sentado sobre una alfombrilla i con los piés colgando, fija tu atencion en lo que va a pasar ante tus ojos.

En un ángulo se levanta en forma de pira un monton de leña, cuya chispeante llama calienta hasta tornarlos candentes, cuatro hierros cuyos estremos contienen cuatro diferentes signos semejando letras, que son una especie de *visto bueno* o sello con que se marca, como tú sabes, ya en la paleta, ya en el costado, &c, la res que lo necesita.

Aquí de ese embrollo babilónico de rejos que se levantan sobre todas las cabezas o se arrastran bajo todos los piés; o mejor dicho, de esa especie de hilo del laberinto cretense, con la diferencia que éste guiaba i aquellos desvían i enredan de tal modo, que en tan complicada red podrian cojerse todos los diablos, por alados i casquivanos que fuesen.

Que surje un novillo por la puerta de la corraleja grande! Allá le va la soga de cuero a ceñirle la cornamenta con el un estremo, miéntras que casi con el otro el jinete amarra a la cabeza de la silla i pára firme; entónces uno de a pié enlaza el pié trasero izquierdo, o derecho o ambos del novillo; otro se aferra a la cola; i entre los tres lo obligan a venir al suelo de costado, tan largo cual es el pobre animal; luego varía la escena, porque otro, apoyando su rodilla en la paleta del novillo, le agarra fuertemente la cola, la introduce por entre las piernas de éste hasta subirla por el ijar; i así cojido, queda tan asegurado que lo desenredan de los estorbosos rejos, i se van precipitadamente, escepto el que tiene la cola, a maniobrar con otra res, i despues con otra i otra sucesivamente. La operacion es corta: un peon encargado de la señal se acerca al toro o ternero tendido, i con un cuchillo *ad hoc* le corta por mitad las orejas; i esto es como una carta de naturaleza que recibe un novillo en Tilatá. Luego, el mismo dueño de la hacienda viene apresurado saltando por entre peones, rejos i reses tendidas en tierra, con el ardiente hierro i se lo planta en la paleta i despues el herrete en la quijada. El animal humeando i sufriendo se irrita i brama; lo sueltan, se apartan violentamente o esquivan la embestida, i él parte atropellando cuantos objetos encuentra.

¿A qué tomar mas actores o modelos de corraleja para describirte minuciosamente esta operacion, que dura de las cinco de la mañana a las tres de la tarde, i que es repetida en setecientas reses mas o ménos? A estas horas (a medio dia) este teatro de lidiadores, herrando diez i ocho o veinte reses a la vez, escapando por allí, huyendo por aquí, *sacando el lance* por allá, es una delirante batahola, una deliciosa barahunda que produce un frenético entusiasmo. Qué lances! Qué enredos! Qué sustos i qué ajitacion en medio de esta estupenda gritería, de este tormentoso ruido para evitar la muerte que viene en la punta de una asta por delan-

te, por detras, por uno i otro lado! Oh! qué deleitoso frenesí! Cuánta animacion i entusiasmo! Cuánta vida!

Pero ya son las tres de la tarde, hora de comer nosotros i de tomar su chicha i su mazamorra los peones. Unos pocos minutos de descanso.

.....

Ya pasaron. Volvamos a la faena; i aquí viene lo mejor del cuento para los espectadores i lo peor para mí: atencion, Manuel querido, porque vas a asustarte i a reir a un tiempo; aunque para ello necesitas fijarte mucho i oir la gritería, pues siendo miope ves mui poco de léjos.

Puf! que ya huelo a tierra.

A esta hora empiezan a precipitarse a las corralejas i trepan a las cercas divisorias, abandonando hasta la noche sus casas pajizas, unas veinticinco o treinta lindas serranas, tan lindas como las puedes pintar tú, ménos no; una de ellas, la mas gallarda i lozana entre todas, que es digna de las mas tiernas poesías pastoriles, fué la primera que con la ajilidad de una cervatilla trepó de dos brincos a la barrera, como si fuera la reina del espectáculo, destinada a conceder el premio al mas diestro lidiador; pero por desgracia, tuviéralo o no, yo dejé de recibirla. Héme en frente de ella montado en un bizarro potro, i admirando absorto su preciosa fisonomía, su elegantísimo talle; i a pesar de que,

Con las mejillas de granada i nácar,

como dice mi amigo Rafael Pombo, arrobaba mi imajinacion, lo que desde el principio fijó mi vista (ya sabes tú mi caprichosa pasion por unos piés femeninos) fué su voluptuoso par de bellas patitas, las cuales me sembraron ahí como la estatua del Comendador.

En tanto, un mozo de jentil apostura, de quien hubiera dicho Zorrilla lo que dijo del famoso Pedro Romero de Sevilla: "El mozo de mejor trapo i mas certero pulso que pisó jamas arena de redondel," descendió a la arena i provocó i capeó el violento novillo que a todo i a todos atacaba; le abandonó por fin, i el animal, hallándome de blanco, atacó con su encrespada frente por el anca a mi caballo; i entónces yo, que estaba distraido contemplando la linda patita de la serrana, i el caballo, que estaba desapercibido, entónces....

Caballo i caballero caimos a la par.

Un solo grito coreado i una nube de polvo en mi cabeza, me advirtieron que estaba en tierra luchando por desembarazarme de un toro, de un caballo i de un rejo; al levantarme catándome las contusiones, no pude ménos que esclamar: *Lo que puede un pié!*

MARIANO GONZÁLEZ MANRIQUE.

PEREGRINACION

POR EL NORTE DE LAS PROVINCIAS DE NUEVA GRANADA.

(FRAGMENTOS.)

Yendo por el camino que traspone la colina del Oriente i deja a mano derecha el pueblo de Chibatá i a la izquierda el de Soracá, se llega al punto en que desde lo alto se ve la ciudad, média legua distante, i en el promedio del valle margoso, árido i desgarrado, cual si acabara de ser lavado por torrentes impetuosos que lo hubiesen roto en grietas llevándose la vejetacion i el suelo cultivable. Arrimada a los cerros de Occidente alza Tunja las torres de sus numerosos templos i los ennegrecidos tejados de sus casas. Contemporánea de Vélez, tercera de las ciudades castellanas fundadas en el pais de los Chibchas, los años han pasado silenciosos por encima de ella, han encontrado jeneraciones sucesivas en la misma inmovilidad de hábitos i costumbres, i han añadido marcas de vejez sobre las marcas que pusieran los siglos ya olvidados, i que intactas atestiguan cómo los tiempos modernos no han llevado por allí sus innovaciones. Tunja es para el granadino un objeto de respeto, monumento de la conquista i sus consecuencias, que es la Edad média de nuestro pais, i una especie de osario de las antiguas ideas de Castilla esculpidas i conmemoradas en las lápidas de complicados blasones puestas sobre las portadas de las casas, o viviendo todavía dentro de los conventos, es decir, fuera del siglo i estrañas a todo comercio humano con el cual han cesado de armonizar: mansion de hidalgos a quienes la revolucion republicana cojió de improviso, i la aplaudieron sin echar de ver que les traia el final político de los privilejios i el término social de las ejecutorias.

El aspecto material de la ciudad es silencioso i húmedo; las calles torcidas, mal empedradas i por lo jeneral cubiertas con la pequeña yerba que anuncia falta de tráfico i movimiento, como el no haber puentes ni camino bien transitable para entrar al poblado indica la total ausencia de policía i buen gobierno. Las mujeres pobres visten saya i mantilla de bayeta oscura, llevan sombrero i andan embozadas, lo que las da el aire de frailes franciscanos; los artesanos i jornaleros no abandonan las pesadas ruanas, que les embarazan los movimientos, ni han dejado aquel esterior abatido que en los tiempos coloniales revelaba el menosprecio en que eran tenidos. En compensacion las jentes acomodadas demuestran gusto i aseo en el vestido i las habitaciones, particularmente las damas, que son bellas, agraciadas i de una elegancia señoril sin afectacion ni quijotería, candorosas i en estremo sensibles para las afecciones domésticas.

Por los restos de la antigua riqueza conservados en las iglesias se conoce que los tunjanos amaban las artes liberales i tenian tacto para juzgar i apreciar sus buenas obras. Lo primero que en esta materia repara el transeunte es la portada de la iglesia mayor, esquisitamente labrada

en piedra, hermosa i noble en el conjunto. Compónese de dos columnas istriadas con primorosos capiteles dóricos sustentando una cornisa de labor acabada, i flanqueadas por dos pilastras que terminan el revestimiento de piedras sillares i resguardan las inscripciones latinas, casi indescifrables por las embrolladas abreviaturas del estilo pastrano en que fueron escritas: coronan la obra tres perfectas estatuas de mármol comun oscuro, que en cierta manera templan con su severidad el lujo de tallados i altos relieves del resto; flor espléndida que ha brotado en un viejo paredon rústico parece esta portada, sobrepuesta al muro de la fachada del templo junto a la bárbara i pesada torre, no siendo menester traducir las inscripciones para comprender que aquella joya de arquitectura vino de paises mas cultos, puesto que no acertaron a rodearla de construcciones que armonizaran con ella, o la hubiesen dejado aislada, sin el ruin vecindario de masas de ladrillo toscas i desmañadas. En lo interior es la iglesia sólida, espaciosa i levantada en arquerías ojivas. Ocupa la testera un vasto altar mayor recargado de estatuas de estuco bastante buenas, especialmente las de los camarines laterales; en lo demas no hai una sola cosa de mérito, sino figurones ridículos, o grupos tan absurdos como el de un altar en que un fiero i colosal soldado de Judea recibe directamente el incienso del sacerdote, miéntras Jesucristo yace postrado i eclipsado a los piés de su verdugo; disparate repugnante i mentira de bulto, fabricada para perpetuar el odio a los judíos cuando el fanatismo i la intolerancia eran las únicas virtudes que se pedian al pueblo.

Guarda el convento de Santo Domingo dos prendas de que se envanece: la una es la estatua de uno de los judíos que hubieron de intervenir en la crucifixion, i la otra es la capilla del Rosario. Sobre la primera no me atrevo a decir cosa alguna, por cuanto pertenece al gremio de las reputaciones tradicionales en que todos se ponen de acuerdo por rutina o por bien parecer, i el que se atreviera a disentir padeceria bajo el poder de tanto amor propio lastimado como el que contra él se levantaria para anonadarlo; acerca de la capilla diré que es una obra maestra, en cuya contemplacion he pasado enteras las horas, admirando lo que pueden la fe i la devocion sincera, i la vida con que son capaces de animar la inerte materia. Como se entra en la iglesia i a mano izquierda se hace un recodo de mas de doce pasos de largo i seis de ancho, tan alto cual la nave lateral e iluminado en el fondo por dos ventanillas con vidrios de colores. Desde la raiz de las paredes hasta la cornisa del techo semicilíndrico i cuajado de estrellas i arabescos de esmalte, se estienden tableros de madera esculpidos i dorados ricamente, los cuales sirven de marco a muchos cuadros representativos de la pasion del Salvador, tallados a medio relieve, pintados como los personajes i lugares lo requerian, segun el gusto de la escuela florentina i observando las reglas de perspectiva; cuadros ejecutados con admirable paciencia i mucho esmero, lo mismo que el altar del frente, admirablemente cincelado i dorado. Lo demas de esta iglesia no merece mencion.

Como en Tunja no hai cosas notables que ver sino las iglesias, me hallaba en la de Santa Bárbara examinando infructuosamente sus innumerables retablos, cuando se me acercó un sacerdote lleno de cortesanía, i adivinando mi propension curiosa, o acaso conociéndome, ofreció mostrarme la imájen de la patrona que, salvo en las ocasiones solemnes, permanece invisible en su camarin detrás de un triple velo. Acepté con el

agradecimiento que es de suponerse, i el sacerdote, cura de aquella parroquia, levantó los velos i me puso manifiesta la santa.

—Doctor, le dije, temo mucho que mi pobre opinion desagrade a los admiradores de esta imájen. Yo no veo sino una carita escondida entre cabellos postizos i afeada con una inmensa corona de paja de avena, i un cuerpo sin forma racional, o enteramente ofuscado bajo los pliegues de esa ropa de muselina i zaraza: ahí no hai belleza ni elegancia.

—Queria que usted la viese primero tal como el capricho de algunas mujeres la pone disfrazada, para enseñársela despues tal como la produjo la inspirada mente del artista.

I llevándome a la sacristía me hizo entrar al camarin por detras. La estatua es de la estatura que llaman heróica, es decir, como vez i média la talla ordinaria. El benévolo doctor comenzó a quitarle adornos postizos con ademanes que revelaban una alma de artista encolerizada contra los despropósitos de la ignorancia, i al acabar:

—Qué dice usted ahora? me preguntó sonreido i con aire de triunfo.

Yo estaba absorto. Era una magnífica imájen con los brazos en cruz, la cara mirando al cielo, el cuerpo inclinado hácia atras i casi al caer de rodillas. De la cintura para abajo pendian en pliegues ondulantes las ricas vestiduras como abatidas por la violenta mano del verdugo; de la cintura para arriba la vestian su cabellera de oro, las marcas del tormento i el carmin de la sangre que brotaban unas heridas al parecer palpitantes; la vestia no sé qué de virjinal esparcido por aquel cuerpo perfectísimo, i la santificaba la espresion de dolor i resignacion pintada en el rostro: imposible mirarla sin conmoverse, sin maldecir a sus verdugos.

¿Quién fué el injenio superior que supo modelar en estuco hasta los sentimientos mas delicados del espíritu? Busqué i en el reverso de un pliegue del ropaje leí "1605," pero el nombre del autor estaba borrado. Cuán efímera es la gloria civil! Dos siglos i medio habian pasado; la estatua se conservaba desfigurada con enaguas i camisa de zaraza por el pecaminoso rubor de unas beatas: el nombre del artista habia sido raído i su recordacion aniquilada por la estólida mano de algun aprendiz de sacristan!

Pos los años de 1820 a 22 el presbítero Felipe Salgar, virtuoso cura de Jiron, detuvo a un pastuso que acaso pasaba de viaje, i supo de él que en las cercanías habia innumerables palmas llamadas *nacuma*, cuyos cogollos preparados convenientemente suministraban a los neivanos el material para tejer sus afamados sombreros jipijapas. El buen sacerdote concibió al punto la idea de proporcionar a las mujeres de su feligresía este nuevo medio de ganar la subsistencia, "porque, decia, donde vive el trabajo no entra el pecado;" i en efecto, logró que el pastuso permaneciera en Jiron hasta dejar enseñadas algunas jóvenes. De éstas pasó la ciencia a otras i a otras, salvando en breve los límites de la parroquia i estendiéndose a las demas. Si el santo ministro viviese, veria hoi la suma de felicidad que su benéfica mano ha esparcido entre las mujeres del pueblo, regularmente desheredadas de todo trabajo productivo por la invasion que ha hecho el hombre aun en los oficios sedentarios. Cerca de 3,000 de ellas emplean sus manos en tejer anualmente 83,000 sombreros de calidades diversas en solo el canton Bucaramanga, los

que vendidos les dejan 59,000 pesos de utilidad neta, deducidos 20,000 pesos, valor de los cogollos de nacuma i palma ordinaria. La mayor parte de esta cantidad la ganan las tejedoras de la villa, habiendo mujer que realiza una renta de 200 pesos anuales, suficiente para cubrir los gastos de existencia i algunos de placer i regalo, en un pais en que la manutencion abundante no cuesta mas de 92 pesos al año. Así es que en este gremio, interesante bajo muchos aspectos, se hacen notables el esmero en el vestir de telas finas, i cierta dignidad en el porte i modales, sujerida por el sentimiento de la independencia i el laudable orgullo del propio mérito modesto, inofensivo i callado; no ese orgullo petulante de las mediocridades vanidosas que se ajitan, i se pregonan i oprimen a los demas con su enfadoso individualismo. La tejedora permanece toda la semana en su casa, ora sentada en la sala barrida i pulcra, sobre una esterilla momposina, cabe la cual está una taza de agua para remojar la paja miéntras confecciona la copa del futuro sombrero, ora invisible terminándolo a puerta cerrada, pero anunciando su afan i su esperanza con alegres cantares interrumpidos i variados cada rato, como quien tiene la atencion puesta en otra cosa. Llega el sábado; el sombrero se ha terminado en mitad de la noche anterior a la luz de un candil; la jóven tejedora peina desde temprano su cabellera de ébano, dividiéndola en dos trenzas magníficas, que deja caer a la espalda; cíñese a la breve cintura las enaguas profusas de muselina o zaraza fina, no tan largas que al andar no descubran el arqueado piececito metido al descuido en un alpargate blanco i diminuto; cúbrele el firme busto una camisa de tela blanca, entre opaca i trasparente, ribeteada con flores i calados, obra de sus incansables dedos; i puesto al desgaire un pañolon bien matizado, sale despejada i risueña, ladeado en la cabeza el sombrero que para sí ha tejido poco a poco los domingos con todo el primor de su arte teniendo escojida de antemano la brillante cinta que lo adorna, i se encamina para la plaza en busca de los compradores de sombreros, quienes la esperan sentados con aparente indiferencia en la esquina de la tienda, i junto al taburete la rolliza mochila de reales, elocuente aunque mudo reclamo. El sábado es dia de pocas ventas, porque las tejedoras van, mas bien que a negociar, a esplorar el campo del mercado, calcular la estension de la demanda i contraminar la confabulacion de los mercaderes para no pasar de cierto precio mínimo. La tejedora no se deja engañar por la indiferencia postiza de sus contrarios: sabe que ellos deben completar con urjencia las partidas de sombreros exijidas por los comerciantes de Cúcuta, i opone los incalculables ardides mujeriles al cómico estoicismo de los mochileros. Éstos, que de cierta hora en adelante comienzan a sobresaltarse, llaman, se sonríen, dicen cariños, i cuando llega el domingo acaban por sucumbir, olvidando sus pactos de oferta i tomando cuantos sombreros alcanzan, ántes que sus rivales se los lleven. Triunfantes las hijas de Eva, como lo usan i acostumbran en materias que les interesan, vuelven a sus casas con los manojos de nacuma para la tarea siguiente, arman sus corrillos alegres, pasean un poco, i al empezar la noche empiezan tambien el sombrero de la otra semana, sin perjuicio de....pero respetemos los asuntos de aquellos injenuos corazones. Sin el amor, sin el aura divina de los íntimos afectos, qué seria la vida?

Al pisar el suelo de Ocaña, bajando de las alturas de Pamplona, hai una repentina mutacion de escena, una especie de sorpresa del entendimiento miéntras se descarta de las ideas que trae para dar cabida de súbito a las nuevas. Llegamos al sitio llamado Guayabito, es decir, a una pequeña casa de palma puesta en el reducido plano que forman varios cerros de arena i piedras con raros arbustos creciendo sin flores entre amarillentos pajonales. La casa, la esplanada fronteriza i el diáfano ranchito que servia de cocina estaban barridos con esmero: ni una yerba, ni un puñado de barro. Las gallinas reposaban a la sombra de las malvas; el sol deslumbraba i adormecia. Una mujer, toda coyunturas i goznes flojos, vestida con camison de zaraza, sueltos los cordones del traje, arrastrando los alpargates convertidos en chinelas i fumando un tabaco decadente con la candela entre la boca, salió a recibirnos trayendo en las manos el comenzado sombrero de cuba.

—Buenos dias, patroncita, le dije a estilo de los serranos. ¿Tiene algun pollo que nos venda para almorzar?

—*Je, señol!* respondió escupiendo el tabaco: lo *ques poyo* no hai, porque con el verano están *redijios i no rinden;* pero si gustan *apiarse veremo que daile.*

—Bueno está: con cualquier cosa nos conformaremos, pues tenemos que seguir viaje.

—*Mustedes* vienen del reino, segun las bestias que *tren. Pa onde van?*

—A Ocaña, patrona.

—*Ajá!* ora sí se puede *dir* a Ocaña, porque hai mucha jente, i ha *venío* una *inmundisia* de forasteros a *comercial*, i *se hase buen balanse.*

—Pase lo de inmundicia por la parte que pueda tocarnos. ¿I el camino es tan malo como lo dejamos atras?

—O, no *señol!* De aquí *palante* no soi *laucha*, pero sí es camino mui ameno.

Júzguese cuál será la estrañeza del que por primera vez llegue a Ocaña viniendo de las Cordilleras, i oiga este lenguaje, repare en el traje, los modales i la entonacion del habla del pueblo llano. Las habitaciones abiertas a todo viento, con esterillas sirviendo de muebles; las paredes sin el indispensable altar recargado de arrayan i flores en que el *reinoso* coloca devotamente una imájen de la Vírjen, rodeada de viñetas arrancadas a las piezas de bretaña i jabones de olor, i acompañada por alguna vieja litografía suficientemente profana; el aseo de las casitas contrastando con la humedad i desidia de los ranchos de la tierra fria; i en suma, la sangre africana manifestando aquí su actividad ruidosa i parlante, allí la parsimonia i paciencia del indio reconcentrado i al parecer inerte, pero que ama con tenacidad i aporrea a su compañera, i él mismo se aporrea sin hablar palabra cuando lo exaltan los celos: dos linajes, dos castas diferenciadas acaso por el oríjen, i fundamentalmente diversas por el influjo del pais sobre el hombre.

Aspasica se halla seis leguas al N-E. de Ocaña, dentro de los límites de la rejion alta i margosa que constituye el centro de la provincia. Camínase por enmedio de colinas i pequeños valles de denudacion cortados por barrancas ruinosas, que los cercenan cada vez que las lluvias se pre-

cipitan por aquellos instables cauces i trasportan mas abajo las tierras flojas para formar nuevos valles de arena cuarzosa sin fertilidad ni consistencia. Luego que se andan tres leguas se encuentra una casita, despues de la cual no hai refujio cómodo hasta llegar al pueblo. Habítala una mujer anciana, bondadosa i amiga de saber lo que pasa en el mundo, conociéndolo a su modo por las relaciones de arrieros que allí hacen posada, i por algun viaje a la capital en dias de fiestas i procesiones. Sirviónos el brevísimo almuerzo en platos de barro sobre una barbacoita de cañas, que alternativamente era mesa, estrado i cama, pues no habia otra cosa; i miéntras lo despachábamos, sentados en sacos de café, con el acompañamiento de dos perros nada tímidos para pedir i aun cojer lo que tardábamos en darles,

—¿Cómo no ha ido a Ocaña, le pregunté, a ver la Semana Santa i las procesiones?

—No voi, señor, porque ya no está como en otro tiempo. Ahora hai mucha jente *vocabularia* que no piensa sino en hacer daño a la relijion, como dicen que lo han hecho en Bogotá.

—De véras? yo no he sabido nada.

—Sí señor, dijo la patrona con aire despreciativo: sí han hecho. Dizque han quitado las procesiones para no ver a Dios en la calle, i van a quitar los curas, i van a poner una lei para que los hombres puedan mudar de mujer cada cinco años. (Aludia a la proyectada lei de matrimonio civil).

—Sopla! Quién le ha contado eso?

—*Puuuí!* Aunque una viva por acá sembrando reptiles i cuidando sus animalitos, una sabe lo que pasa en este Gobierno que hai *ora*. Pero mejor es no hablar.

I como para indicarme la fuente de donde habia tomado tan estupendas noticias, se apartó i con la punta de la mantilla púsose a limpiar un papel manuscrito pegado en la puerta del aposento. Levantéme i leí:

ORASION CONTRA LA PESTE.

Jesus Maria i josé livranos del mal amen
ten piedad de Nosotros por buestra madre
Maria i José livranos del mal colera mosbo
esto senifica la orasion que hase el Señor
en la Cruz en que pedia perdon a sus
enemigos.

por flor José Casariego sacristan de Ocaña.

Tate! dije para mí: aquí está la fuente, i no podia ser otra. Cada cual defiende sus aprovechamientos con las armas que le vienen a la mano.

—Mui bonita oracion, patrona: cuánto le costó?

—Lo *ques* costarme....mi compadre me la *trujo*, i por *mor* de ella no ha venido esa enfermedad por acá.

Tuve la desgracia de reirme al copiar el papel cuando llegué a lo del Señor *pidiendo perdon a sus enemigos*, i no fué menester mas para que la patrona se pusiera de mal talante i cortara nuestro instructivo diálogo. Con todo eso, bastante dan de sí, para el hombre reflexivo, las palabras de aquella buena mujer, anotadas fielmente luego que tomamos nuestras cabalgaduras i el camino, continuando la jornada.

Aspasica, llamado "Santa Catharina de Espacica" en una Guia del Vireinato impresa el año de 1794, tiene poco mas de veinte casas cubiertas de palma, i una iglesia nueva i sencilla por falta de medios para echarla a perder con los adornos acostumbrados. Está situada en la estrecha falda de un cerro a 1,599 metros de altura sobre el mar, gozando de temperamento fresco i sano, i es cabeza de un distrito parroquial en que se numeran 1,317 habitantes blancos i mestizos de indio. En su orijen fué pueblo de los Motilones, tribu numerosa cuyos restos perseguidos se han refujiado en los desiertos del N. cerca del tortuoso Catatumbo. Los desmontes no han concluido en Aspasica con todos los árboles, como al rededor de Ocaña, ni ha perdido el suelo la capa vejetal que mantiene frescas i lozanas las sementeras; pero con el tiempo i el continuado cultivo habrá de empobrecerse hasta lo sumo, porque debajo del mantillo está la formacion margosa cargada de arenas cuarcíferas que hace tan ingrato el centro de la provincia.

Poco mas de dos leguas, casi al N, queda La Palma, rudimento de pueblo con 18 ranchos i una iglesia miserabilísima, de cuyo pequeño altozano habian tomado posesion los cerdos, poniéndolo como deja considerarse. El cura es un anciano inválido i achacoso que ni puede ya servir la parroquia, ni ésta le da medios para tomar ayudante. Cerca de 1,400 feligreses le están confiados, viviendo a largas distancias en pais montañoso, i de hecho privados de los consejos i auxilios morales que solo un párroco activo podria suministrarles. Quisiera el cura retirarse del puesto, pero la suma pobreza se lo impide, i la horrible miseria le amenaza en sus postreros dias, pues carece del peculio radicado que llaman congrua sustentacion. * Nada mas justo que proveer a la subsistencia de estos inválidos merecedores del descanso, puesto que nuestro gobierno persiste en darles el puesto de funcionarios públicos: el sacerdote que haya pasado los sesenta años sirviendo curatos remotos i sea notoriamente pobre debia contar con su pension de retiro, tanto por la utilidad de los feligreses, como por recompensa del párroco fiel, envejecido entre las privaciones de un desierto por introducir en él la civilizacion.

El termómetro centígrado marca en La Palma 24° de temperatura média, indicando que ya se desciende a la rejion de las selvas; la vejetacion es bella i frondosa; la altura del pueblo sobre el nivel del mar 973 metros; i el inmediato rio Borra sigue acelerado al N-E. para confundirse cinco leguas mas abajo con el Tarra, entrando en tierras calientes, despobladas i montuosas. Frontero a La Palma i Aspasica, mirando para el Oriente, se levanta sobre cuanto la rodea una gran mole terminada en plano a 2,986 metros, cortada verticalmente a su espalda por el profundo cauce del Tarra: es la Mesa-rica, que mide tres leguas de largo i una i média de ancho, sustentada por estratos poderosos de arenisca, desierta hoi, pero en otro tiempo mansion de indios reunidos en un pueblo agricultor, que la opresion de los blancos destruyó, dispersando sus moradores, a quienes fatigaron con incursiones en busca de una soñada mina de oro. Los matorrales han invadido el espacio antiguamente ocupado por sementeras, i un grueso chorro de agua que se precipita majestuoso de lo alto parece reunir en su ruido las airadas voces de los indios desposeidos; tal es el ímpetu de su caida batiendo los árboles i las rocas,

* O como nos dijo una notabilidad femenina del lugar, *cóngula sustentativa!*

perdido en las breñas su caudal que ántes utilizaba el indíjena laborioso. No les dejaron los invasores ni aquel refujio: persiguiéronlos de asiento en asiento, i los han compelido a buscar asilo en las distantes soledades que riega la quebrada Orú, entre dos serranías llenas de asperezas, reducidos al número de veinte familias i quitándoles hasta su nombre nacional, pues les dan el apodo de Patajameños. Los míseros indios solian venir a las estancias de los blancos a ofrecer su trabajo en cambio de herramientas; i habiendo llegado una vez a la casa de los llamados Flores, vecinos de Aguablanca, los recibieron de paz, les hicieron creer que les darian herramientas i *viuditas* (mujeres) i los convidaron a comer en la cocina. Confiados los indios, creyéndose bajo el seguro de la hospitalidad, sagrada para ellos, dejaron las armas i fueron a sentarse al rededor del fogon. Inmediatamente les cayeron encima sus pérfidos convidadores, i a machetazos los ahuyentaron ensangrentados i despavoridos. Un indio quedó postrado, i juzgándolo muerto lo arrojaron por la barranca de la quebrada como a vil animal. A la mañana siguiente dos de los agresores entraron en la cocina i hallaron al indio acurrucado en el hogar calentándose las heridas: "No mata, hermano," esclamó el infeliz arrodillándose.... i lo hicieron pedazos! Un hombre viejo i de severo aspecto me refirió en La Palma esta infame trajedia como recientemente sucedida, i le temblaban los labios al referirla.

—No son nuestros prójimos, señor? me preguntaba. Porqué tratarlos así? Ellos se han vengado arrasando las estancias, i ya no salen a nuestras tierras sino como enemigos a robar i matar.

—I ustedes les harán guerra como a forajidos, le repliqué, cuando no son sino agraviados, despojados de su patrimonio, asesinados a traicion. Lo que se debe sentir es que sean tan pocos i no tengan un jefe que supiera reinstalarlos en las tierras de sus mayores, barriendo cuanto hallara por delante, sin piedad ni perdon para nadie.

MANUEL ANCÍZAR.

INVESTIGACIONES SOBRE ALGUNAS ANTIGÜEDADES.

AL SEÑOR DOCTOR RAFAEL ELISEO SANTANDER.

Te has empeñado, Pepe, * en que has de ser nuestro anticuario, i como a la postre te has de salir con la tuya, eres acreedor a que yo te dirija, dedique i consagre este artículo que he compuesto metiendo mi hoz en mies ajena, i nada ménos que en tu propia mies, a fin de apuntar

* Santander, Majistrado de la Suprema Corte o abogado de los tribunales de la República, es Rafael Eliseo. En todas sus otras acepciones es Pepe. No se estrañe, por tanto, que despues de haberle dado en el encabezamiento de este escrito el nombre de respeto, se le dé ahora i se le siga dando el mas familiar i de entre casa.

el resultado de ciertas curiosas investigaciones que acabo de hacer acerca de cuatro o cinco nombres que se han inmortalizado i que todo raizal conoce, sin que de los sujetos que los llevaron tengan noticia ni las personas mas apasionadas por nuestras antigüedades.

Desde mi niñez estaba yo oyendo hablar de la *Huerta de Jaime*, de la *Mana de Zavaleta*, del *Chorro del Fiscal*, del *Chorro de María Teresa* i de la *Calle de las Béjares*, sin saber quiénes habian sido ni las Béjares, ni María Teresa, ni el Fiscal, ni Zavaleta, ni Jaime; hasta que, revolviendo archivos, hojeando mamotretos, descifrando manuscritos apolillados i "preguntando a los ancianos," segun el consejo de la Sagrada Escritura, pude averiguar quiénes habian sido aquellos personajes i porqué se hallaba unido su nombre al de ciertos sitios o al de ciertos monumentos que, si son humildes a mas no poder, tienen el mérito, que las Pirámides de Ejipto pudieran envidiarles, de haber sabido guardar al traves de las edades el nombre que están destinados a inmortalizar.

Hé aquí, pues, sin mas preámbulos, los documentos que sobre aquellos sujetos he podido recojer.

Don Juan Alonso Nuñez de Jaime, cuyo nombre se ha perpetuado en cierta plaza de funesta celebridad, nació en la ciudad de Castellon de la Plana, en el reino de Valencia, a fines del siglo XVII o a principios del XVIII, que sobre este punto no están conformes los testimonios que he podido consultar; mas lo que está fuera de toda duda es que en el año de 1724, siendo todavía mozo, se embarcó para las Indias, i que en el mismo año arribó al puerto i ciudad de Cartajena, en la que permaneció hasta el de 1730 dedicado al comercio, i en la que casó con doña Clemencia de Sandoval, que fué luego conocida en Santafé por el sobrenombre de *la Piringa*. Pasó a esta ciudad en el año dicho, i segun parece, dió de mano a su primitiva profesion, pues no resulta que aquí se hubiera ejercitado en la mercaduría. Es de presumirse que vendria con mui buenos dineros, pues apénas establecido en la capital del Vireinato, le vemos ya dueño de dos de las casas altas de la calle de San Miguel, de las que ya no quedan vestijios i en cuyo asiento se habian edificado ya otras por los años de 1800.

Estaban comprendidos por entónces en los ejidos de la ciudad el terreno que hoi forma la modernamente llamada "Plaza de los Mártires," i los que han servido de asiento a los edificios que la cierran; pero en la parte oriental de lo que hoi es plaza habia cedido el Cabildo, años hacia, a doña Beatriz de Lugo, que se decia descendiente del Adelantado don Alonso Luis de Lugo, el área suficiente para construir una casa, con huerta i con todas sus dependencias. I ora fuese por la vaguedad de los términos en que se habia hecho la cesion, ora por el poco caso que el Cabildo debia de hacer en esos tiempos de terrenos eriales e improductivos como aquellos, los herederos de la doña Beatriz fueron poco a poco reputándose dueños, no solamente del terreno que lejítimamente les correspondia, sino tambien de todos los que arriba mencioné. I acaeció que, queriendo nuestro valenciano hacerse a ellos para los fines que adelante veremos, los herederos de la Lugo no tuvieron dificultad en vendérselos, i así lo hicieron por la suma de 180 patacones, sin que ni ellos ni don Juan Alonso hubiesen andado mui melindrosos en el exámen de los títulos de propiedad. La escritura de venta fué otorgada en el año de 1732.

Una vez en posesion de su nueva finca, el hidalgo Núñez de Jaime intentó establecer allí una tenería, i aun empezó a levantar una ramada con aquel fin; mas, sin que pueda saberse por qué causa, no tardó en desistir de su empeño, i lo que hizo fué edificar una buena casa en el paraje que hoi ocupan algunas de las mui ruines i miserables que por el E. limitan la plaza. Como el don Juan Alonso era por la cuenta emprendor i amigo de sus comodidades, i como por otra parte habia tela de donde cortar, la huerta de la casa vino a tener unas dimensiones que hoi no parecerian exiguas para un potrero. Era Núñez de Jaime en estremo aficionado a la horticultura, como buen valenciano, i así fué que, a la vuelta de pocos años, ese mismo suelo que vemos hoi en parte cubierto de edificios, en parte empradizado de carreton i de otras yerbas, i en parte cruzado por senderitos, se vió enriquecido con abundantes i bien cultivadas hortalizas i flores, i sombreado por árboles frutales tan variados i hermosos cuanto lo comporta la escasa disposicion que para producirlos i alimentarlos tiene nuestro clima i nuestro suelo.

Por mui venturoso se tenia el santafereño i por no poco afortunada la santafereña que cultivaba la amistad de don Juan Alonso i de la Piringa, pues no habia cosa como dar un paseo por la *huerta de Jaime* i como el salir de ella con los bolsillos o el pañuelo atestados de camuesas i duraznos. Los profanos se alampaban por aquellas i otras frutas, contemplándolas con ojos codiciosos por fuera de las tapias. Los pilluelos mas atrevidos de la época concibieron mas de una vez el temerario designio de escalarlas; pero los ladridos de un mastinazo disforme que guardaba el huerto, dieron siempre al traste con aquellas empresas.

Aquí dejan un gran vacío los manuscritos de donde he tomado estos apuntes, i no vuelve a hacerse mencion del valenciano ni de su huerta sino en una sentencia que lleva la fecha de 1744, en la que se declara que los herederos de don Juan Alonso Núñez de Jaime no poseen los terrenos de que hablo sino en virtud de una usurpacion hecha al Comun i en que se ordena que sean despojados de ellos i arrasadas las tapias que cerraban la huerta. De aquí se infiere que el valenciano habia muerto ya por ese año, i si la sentencia tuvo o no su cumplida ejecucion, díganlo el actual estado de la huerta de Jaime i los escasos vestijios que en ella quedan de los duraznos i de los camuesos.

En cuanto al chorro del Fiscal, lo que he podido rastrear es que a fines del siglo pasado habitaba la casa que queda sobre la fuente que lleva ese nombre, el Fiscal don Francisco Javier de Zarratea, conocido en la ciudad por *el Fiscal* durante los largos años que en ella permaneció; i que, habiéndose él hecho cargo de las penalidades a que estaban sujetos los pobres que habitaban aquella parte de la ciudad, por ser en ella escasísimas las fuentes públicas, hizo construir a su costa la fuente i la cañería. Malas lenguas dicen que no dejó de moverle a aquel acto de jenerosidad cierta quimera que tuvo con el Marques de San Jorje, quien se preciaba de hacer un gran servicio al público permitiendo que la jente pobre sacase agua de la pila de su casa, la que, como es sabido, está situada a pocos pasos del Chorro del Fiscal.

María Teresa no tenia *de* ántes de su apellido, como los dos personajes de quienes acabo de dar noticia: llamábase lisa i llanamente María Teresa Pinzon, i sus vecinos i conocidos solian llamarla *ñuá* Pinzona. Pero en cambio de aquel monosílabo, tenia fama de ser una buena mujer en toda la estension de la palabra. Era de orijen plebeyo, i no obstante que en su edad madura llegó a tener el riñon cubierto, nunca quiso salir de su esfera ni desdeñar el trato de la jente de su misma condicion. Fué en sus primeros años criada de una buena señora, la que al morir le dejó como legado la casa que se halla mas inmediata al chorro, con algunas tiendas i una regular cantidad de dinero, con lo que puso una tienda, que fué por muchos años la mejor surtida i la mas afamada de todas las de su jénero.

Los licores que en aquella tienda se fabricaban hubieran sido capaces de hacer despreciar el vino de Chio i aun el néctar de los dioses. El pan de María Teresa fué el término de comparacion de los buenos panes; a principios de este siglo quedaban aun algunos viejos que en sus mocedades habian probado otras viandas espendidas en aquella tienda, viandas que no me atrevo a nombrar por no hacer bajar demasiado el tono de este escrito, i cuyas exhalaciones llenaban los domingos por la mañana la mitad del barrio de Santa Bárbara. ¡I cómo se relamian aquellos buenos ancianos haciendo memoria de ellos!

Era María Teresa recomendable ademas por su caridad con los pobres, quienes nunca acudian en vano a la puerta de su tienda; i su devocion a Nuestra Señora del Campo era cosa proverbial. Enriqueció la santa imájen que en San Diego se veneraba, con muchas i mui preciosas joyas; costeaba anualmente la fiesta, haciéndola celebrar con singular pompa i solemnidad; i aun hizo una fund....pero tente lengua! que estas son cosas delicadas para dichas en estos tiempos i vale mas dejarlo en el punto en que se encuentra que al buen callar llaman Sancho.

Daria yo el mejor de mis poemas (si bien hasta la fecha no he compuesto ninguno) porque Crane o Parédes se hubiesen anticipado a su siglo i hubiesen sacado una buena fotografía de María Teresa. ¡Qué seria entónces ver reproducido i conservado para la posteridad aquel semblante, tipo i modelo del de la matrona plebeya, con sus ojos encapotados, su nariz ancha i aplastada, su boca grande i sus dos hileras de sanos i blanquísimos dientes! La espresion del rostro era la de cierta bondadosa gravedad. Su peinado, quién lo habia de creer? era a la María Estuardo, o para hablar en castellano, era como el de las criadas de monjas. Su talle....Poder de Dios! qué talle aquel! Si se hubiese tratado de darle un abrazo, habria sido menester hacer gavilla.

María Teresa disfrutaba en su casita de un chorro de agua de escelente calidad; su puerta estaba todo el dia abierta de par en par a fin de que los vecinos pudiesen proveerse de agua; mas como hubiese previsto que, despues de sus dias, pasando la casa a otras manos, los pobres que sacaban agua quedarian privados de este beneficio, hizo colocar la fuente en la calle, i en el mismo sitio en que hoi la vemos. La casa de María Teresa es la que forma la esquina norte de la octava calle de la carrera de Popayan en la acera oriental.

María Teresa se levantó a sí misma, sin saberlo, un monumento humilde como ella i como ella útil para los habitantes de su barrio. Si yo apeteciese fama póstuma, envidiaria para mí aquel monumento, mas

bien que una de aquellas pirámides de granito que con frecuencia ha levantado el orgullo a la ambicion.

Tú sabes, Pepe, cuál es la CALLE DE LAS BÉJARES; pero seguramente ignoras dónde estaba situada la casa en que las Béjares vivian. Si quieres (que sí querrás), vente conmigo una tardecita i te mostraré el sitio que ocupaba. Este sitio, ai! está hoi profanado por una casa a la moderna, de *ventanas arrodilladas* i de canales de hoja de lata.

¡Qué admirable es el poder de los recuerdos i el de la palabra en que se encarnan! Ha sido mas fácil hacer desaparecer de aquella antigua calle unas sólidas paredes de piedra que una palabra que se lleva el aire. En vano se ha pretendido quitar a la *Calle de las Béjares* este nombre monumental. Allá en algun rejistro o documento oficial se llama, segun creo, la calle 1.ª de la carrera de *Barinas;* pero el pueblo la sigue llamando la *Calle de las Béjares.* El pueblo sabe mas que los cabildos i es mas poeta que ellos; si bien es cierto que para esto se necesita mui poca cosa.

Dos eran las señoras Béjares, i el abuelo de cierto amigo mio, que me ha suministrado datos, las conoció ya bien entradas en años, hácia el de 1760. Llamábase la mayor doña Javiera i la menor doña Joaquina; i dizque el abuelo de mi amigo, habia caido en la cuenta de que la doña Joaquina era la menor, no porque su aspecto lo diera a entender, sino por ciertas muestras de deferencia que ésta daba a doña Javiera, como la de no llamarla Javiera a secas sino *la niña Javiera.* Tal era la costumbre entre nuestros antepasados.

Eran ambas hermanas de procerosa estatura, enjutas i acartonadas, i en la época de que he hecho mencion sus cabezas estaban cubiertas de cabellos canos, los que, recojidos tenazmente hácia atras, iban a formar un moño sobre la nuca. Usaban jubon de una tela de seda i enaguas de bayeta azul, singularidad de que no se admirarán poco las damas de nuestros dias que no tengan noticia de las modas de antaño. Atestadas tenian las antiguas cajas de nogal de *polleras* i de otras galas hechas de telas tan ricas i costosas como en los dias de su vida no las verán las petimetras de estos tiempos; ni en una rica i ponderosa papelera faltaban pendientes, brazaletes i arracadas en que los brillantes i los rubíes no escaseaban mas que las piedras falsas en los aderezos que lucen ahora nuestras damas. Pero todas aquellas prendas i ricas alhajas aguardaban en paz i sin ver la luz del dia un tiempo mas dichoso en que los diamantes habian de salir a lucir (o mas bien a deslucirse i abochornarse) en la ruin compañía de las piedras falsas, i en que las polleras habian de campar por su respeto en los bailes de disfraz, o bien convertidas en túnicas o mantos de alguna devota imájen.

Las toscas i desparejadas piezas de la vajilla de plata no llevaban, como las otras alhajas, una vida contemplativa i ociosa. Qué cubiertos tan macizos i qué lei tan subida la del metal de que estaban hechos! I, quién habia de creerlo, Pepe de mi alma? tú i yo hemos sido dueños repetidas veces de una parte de la vajilla de las Béjares. Hoi anda por ahí en manos de todos, aunque trasformada en despreciables monedas de seiscientos sesenta i seis milésimos.

Decoraban la sala de la casa dos inconmensurables canapés costosamente tallados, pintados de blanco con labores doradas i forrados en damasco verde; dos grandes mesas de nogal, igualmente talladas, que pudieran mui bien servir de modelo a las que hoi pasan por las de mejor gusto; un escritorio de carei con embutidos de marfil; un hermoso crucifijo con grandes cantoneras i chapas de finísima plata; la urna del niño Dios, de la misma manera que las mesas i semejante a un bazar o al arca de Noé por la infinita variedad de animalitos i de chucherías de que estaba atestada; un cuadro de la Santísima Trinidad, obra de Vásquez, por la cual tú darias al presente todo lo que tienes, pero que las buenas de doña Javiera i doña Joaquina no estimaban en dos ardites, por parecerles mucho mas lindo ¡mal pecado! otro cuadro de las Ánimas del Purgatorio que, colocado frente a frente con el primero, parecia desafiarle a que ostentase como él, el amarillo crómer por libras, i por kilógramos el mas rico bermellon. Completaban la decoracion dos cortinas de filipichin encarnado que ocultaban dos puertas laterales; i a propósito de filipichin, te diré que la mitad de las cortinas de aquella tela inmortal, que tú has visto ondear henchidas por el viento en las octavas de las Niéves, no han salido de otra parte que de la casa de las Béjares.

Omitiré por ahora otros pormenores concernientes a estas señoras i todas las noticias que sobre Zavaleta tengo recojidas, a fin de que me quede algo con que amenizar nuestra escursion a la calle de las Béjares, dado caso que tú me dejes meter baza.

I ahora, Pepe, háblame con franqueza. ¿Te huelgas de tener ya con quién compartir el polvo de los archivos i los constipados que persiguen a todo revolvedor de papeles viejos? O bien, incurriendo en una flaqueza de que puedes no estar exento, ¿sientes el aguijon de la envidia al ver que hai quien te prive del monopolio, de que por un instante has creido gozar, como único husmeador de las vejeces santafereñas?

Pues mira, Pepe: de cualquier manera que haya sido, has cometido una simpleza de marca i has dado muestras de ser un bolonio. Porque has de tener entendido que todo lo que acabas de leer no es mas que un acervo de dislates, patrañas, embustes i embelecos que he acumulado para solazarme un rato i para ver si puedo darte una tragantona. Conque no hai sino tomarlo a broma o echarte a hacer investigaciones sobre los asuntos de que tortíceramente i al principio de este farrago prometí darte noticia, a fin de que puedas darme codillo con un artículo biográfico i arqueolójico tal i tan bueno como el que contiene la historia del Humilladero; i no tengas miedo de que yo lo haya por enojo, principalmente si se lo dedicas a tu afectísimo amigo,

José Manuel Marroquin.

EL PASEO CAMPESTRE.

(CUADRO DE COSTUMBRES DE RAMON TORRES.)

Los bosques en la América meridional tienen la grandiosidad i hermosura con que se ostenta casi siempre la naturaleza primitiva, esa naturaleza a donde la mano del hombre no ha alcanzado todavía para imprimir el sello de su civilizacion, del refinamiento de sus gustos, de su esquisita sensualidad. Los jardines de las Tullerías i de Luxembourg, por ejemplo, exhiben la naturaleza trabajada por el hombre, notándose al primer golpe de vista la regularidad, la simetría, el artificio de las fuentes, la artística belleza de las estatuas ostentando la blancura del mármol, los estanques hechos cuidadosamente en forma de círculo, de elípsis o de cualquiera otra cosa, pero siempre en una forma esmerada, siempre con las pretensiones de la civilizacion i el refinamiento. Los árboles i los arbustos no crecen a su antojo llenándose de vástagos i de frondosidad con esa franca libertad con que lo hicieran en los bosques; no se levantan aquí i allí formando grupos caprichosos i enmarañados, de imposible análisis, de belleza inimitable. No, señor, los árboles i los arbustos de los jardines, esclavizados i oprimidos, nacen solo donde el hombre quiere, i, ai del inocente retoñito que se levante tímido i escondido en otra parte!: la hoz o el cuchillo de jardinero cortará su débil existencia. I las ramas que han crecido con el beneplácito de su amo, no seguirán la direccion que bien les plazca, sino que se encorvarán, se doblarán, se inclinarán, se desnudarán o morirán segun la voluntad de su señor. Hé aquí la naturaleza vejetal civilizada, la naturaleza esclava.

Pero la naturaleza libre de los Andes crece majestuosa i llena de vigor: el árbol orgulloso pretende ocultar su copa entre las nubes, estiende sus brazos como para abarcar el horizonte, se llena de frondosidad i de verdura, matiza sus colores a su antojo, engalana sus ramas con cándidas flores i sus flores exhalan perfumes deliciosos. El arbusto nace i crece débil pero tambien orgullosito con su adorada libertad: ni el roble ni la corpulenta ceiba, ni árbol alguno pretende embarazar su desarrollo, ni arrancarle una hojita, ni una flor; el árbol no abusa de su majestad ni de su fuerza para oprimir a las débiles criaturillas que se apiñan a sus piés, pues él se levanta de la tierra, se eleva en el espacio i no baja jamas su frente para estinguir la vida del arbusto, ni de sus ramas, ni tampoco de sus hojas ni de sus flores. Tolerado así por el soberano de las selvas, el arbusto crece cuanto quiere, abre sus bracitos cuanto puede, se perfuma, se engalana, se mece alegre al soplo de la brisa, se presenta bello i apacible. A sus piés la enredadera silvestre se arrastra i juguetea; mas tarde trepa por su tronco, lo abraza, lo acaricia, lo penetra, lo enmaraña, lo pone de punto de apoyo para trepar tambien en el árbol, lo adorna con sus propias flores, lo cubre i lo hace suyo. Todo lo consiente el

amoroso arbusto engreido con el apoyo que le presta a la tierna i juguetona enredadera.

Sinembargo, no todo es paz i ambrosía en ese mundo vejetante. El huracan que suele romper las cadenas con que lo tiene aprisionado el dios de los vientos, corre bramando, llega a la cumbre rocallosa de la montaña, se precipita por la rápida vertiente, penetra en el valle, entra mujiendo en las hendiduras de las rocas, se estiende i retumba en las concavidades subterráneas, sube veloz la vertiente opuesta, se apodera de nuevo de las cumbres i de nuevo desciende hasta los valles sin detenerse jamas, si la mano de un dios no pone fin a su carrera. El huracan desencadenado atierra el cedro del Líbano, encorva i parte el pino de los Álpes, i con terrible esfuerzo descuaja la ceiba secular que habita en los valles de los Ándes.

El poeta puede inspirarse en esta naturaleza animada. Allí puede invocar el númen de Anacreonte, pulsar la lira de Orfeo, hacerle libaciones al amor i presentarle ofrendas a la mas encantadora de las diosas. Si el poeta puede inspirarse en los prados i en los bosques, el pintor lo hará tambien hermoseando sus cuadros con una variada vejetacion, con caprichosas perspectivas, con mansos arroyos i cascadas bulliciosas. I en efecto, el señor Ramon Tórres ha escojido para exhibir la orjía de que vamos a hablar, una bellísima escena de la naturaleza rústica. Allí se han reunido hombres i mujeres a gozar de la sombra de los árboles, a respirar el ambiente de las flores, a escuchar el canto de los pájaros, el ruido de las fuentes, i en fin, a gozar de la naturaleza salvaje. Hai gran comilona, danzan, cantan i hacen libaciones en honor de Baco, sin olvidarse del amor, de ese dios que está escondido en todas partes, pero que en todas partes se ve inquieto, travieso i jugueton, animando las tinieblas solitarias, el alumbrado i ruidoso festin, las silenciosas selvas, la madreselva, la inmortal, las piedras que baña el arroyuelo, la húmeda roca del altísimo picacho que se dibuja en el azul del cielo, la luna, las estrellas, i todo, todo lo que existe, hasta el dolor, hasta la muerte. ¿Qué será lo que no llena de vida i de ventura el amor?... Pero no nos detengamos.

En estos paseos campestres se corre, se danza, se canta, se grita, se salta, se juega con el agua cristalina que eternamente se desliza por entre piedras i matas; quién se trepa con esfuerzo hasta la copa de los árboles para perseguir al pájaro en su nido; quién se pára en el picacho que domina la cumbre para gritar de allí a sus compañeros; quién desciende a la hondonada, quién al abismo; el uno rueda por el declive de la colina, el otro se mece en un columpio que está pendiente de dos árboles; éste corre en un caballo cuyas crines se ajitan en el aire; aquel juega con la inocente ternera destinada al sacrificio; aquí luchan dos jóvenes sin lastimarse en sus caidas; allí se oyen palabras de amor; mas allá la tierna i enfadada voz de los celos.... Qué movimiento! Qué alegría! Qué dulces emociones! I el alma, viéndose estrechada por las obras de la creacion, de esa creacion que, por decirlo así, aun no ha salido de la mano de Dios, se entusiasma, se eleva, se remonta, se lanza en la rejion etérea, quiere abarcar todos los mundos, i al fin, impotente i fatigada, se postra de rodillas para adorar al Eterno, a ese Sér que está llenando el espacio, que puede medir el infinito.... Oh! pero de nuevo me estravío i en lugar de permanecer en la mísera tierra voi a perderme en las magnificencias celestiales! Volvamos a la tierra.

La orjía, ese complicado cuadro de que vamos hablando, representa una perspectiva campestre, un paisaje. El bosque presenta dos senos o alamedas: el que está a la izquierda se prolonga entre dos hileras de verdura i va a perderse a lo léjos detras de los árboles i arbustos. Los ojos del espectador no ven el fin de aquella calle silvestre, pero el artificio del pintor ha sabido enseñorearse de la imajinacion i la conduce por toda su invisible tortuosidad. El prado comprendido entre los dos muros de vejetacion deja ver sus caprichosos surcos i sus yerbas matizadas. El seno que se ve a la derecha no se esquiva, por decirlo así, a la vista del observador i se deja medir en toda su estension. En él se nota un grupo compuesto de dos caballos i un hombre, cuya naturalidad sorprende; i mas a lo léjos, en último término, como dicen los pintores, se alcanza a percibir un hombre a quien la distancia no deja ver sino confusamente. Pero una de las figuras mas notables es un hombre que se dirije con las manos ocupadas hácia la mesa del festin; se nota que camina con cuidado, i como se encuentra a larga distancia i está rodeado de humo, sus formas son indecisas.

Hai en el cuadro cuarenta i siete figuras humanas i muchas de otros jéneros, colocadas todas en diversas actitudes, entre las cuales hai muchas notables por su naturalidad.

El sol está declinando en el ocaso i con sus débiles rayos ilumina las cumbres i las copas de los árboles; algunas de las brillantes emanaciones del astro se deslizan por entre las hojas i los troncos para dorar aquí i allí algunos de los objetos que están al pié de las colinas. El hogar ha sido encendido en una linda esplanada, al pié de algunos árboles, i el humo que se desprende de la combustion se eleva en grupos que, suavemente ajitados por el ambiente de la tarde, varían de formas, se disipan, se estienden a la manera de las nieblas i cubren los objetos de un color a veces azulado, a veces blanquecino. Algunos grupos mas felices han logrado elevarse hasta cubrir el disco del sol, i éste como enojado de semejante audacia les lanza sus amortecidos rayos; pero el humo, enemigo a quien no pueden vencer aquellas armas, los absorbe, los descompone i los convierte en escarlata, semejándose así a los magos del Ejipto que convertian las vacas en serpientes. Sinembargo, algunos rayos se deslizan a pesar de aquella majia, i atravesando grupos que empiezan apénas a elevarse, llegan en forma de dardos hasta el mismo pié de los árboles.

La caridad no fué olvidada, i allí en medio de la orjía, en medio de los cantos de Baco i los delirios de todas las pasiones, la Providencia aparece alargando su benéfica mano al desvalido. Un torrente de aguas cristalinas i espumantes atraviesa bullicioso por aquellos lugares; ya corre gran trecho estrechado i silencioso, ya desciende con ruido por las pequeñas cascadas que las rocas le han formado, ya se estiende lento i sosegado, para lanzarse de nuevo en mil tortuosidades. Pues allí, a la orilla de ese torrente, se ve un anciano solo, desamparado, desnudo; sus únicos compañeros son los árboles, las piedras i los brutos de las selvas, seres mudos para él, que no pueden aliviarlo en sus miserias, ni consolarlo en su dolor. Qué contraste! en la una márjen del torrente, el mantel estendido sobre las yerbas, el hogar encendido i humeante, los apetitosos platos circulando, los vinos ostentando la variedad de sus colores, la alegría estallando en repetidas carcajadas, la dicha en fin, derramán-

dose en las danzas i en los cantos; miéntras que, en la otra márjen, el hambre, la desnudez i todas las miserias de la vida, representadas en un anciano trémulo, aterido de frio, están conmoviendo el corazon. Así es la vida: los espléndidos goces al lado de esa miseria que desgarra el alma.....! La estrepitosa alegría rozándose con el abatimiento del dolor....! Pero en medio de estas dos voluntades del Eterno, se ve flotar casi siempre el cándido ropaje de la caridad, de esa virtud por escelencia, de esa virtud, la mas querida del Señor i la mas desconocida de los hombres. Tórres ha pintado en su cuadro uno de los rasgos mas característicos del mundo moral: ha pintado las dichas al lado de las miserias. El viejo detenido por el torrente, ve desde léjos cómo sacian su apetito los que están sentados a la mesa; es imposible pasar; pero de entre la alegre multitud salé una mujer llevando abundante provision para el hambriento anciano, i se la ve atravesando las aguas del torrente. El infeliz, impaciente de la tardanza de la mujer, alarga su brazo derecho para alcanzar el plato que aun tarda en acercársele, manifestando en todo su semblante la vehemencia del deseo.

LEON HINESTROSA.

EL SEÑOR EUJENIO DIAZ.

I.

El dia 21 de diciembre de 1858 estaba yo en mi cuarto de estudio, en ocupaciones bien ajenas de la literatura, puesto que eran libros de cuentas los que abrian sus pájinas ante mí, cuando tras un golpe que sonó en la puerta i un *adelante!* con que respondí al golpe, se presentó en mi cuarto un hombre de ruana.

En nuestras sencillas costumbres republicanas no se usa portero, que es una comodidad aristocrática, de manera que no hubo quien me anunciara el nombre de mi interlocutor. Por otra parte, la cristiana cordialidad española no exije las fórmulas usadas por el egoismo inglés, para tener el menor número posible de amigos. El individuo que me hacia aquella visita conocia mi nombre, puesto que preguntando por mí habia llegado a la puerta de casa, i esto bastaba para él; yo no conocia el suyo, pero era un hombre, i esto me bastaba para que le ofreciera asiento i esperara cortesmente su demanda. En el breve instante dentro del cual nos saludamos i nos sentamos, uno al lado del otro, eché una rápida ojeada por toda la persona de mi visitante. Era un hombre de edad madura: las canas de su cabeza acusaban en él cincuenta a sesenta años;

pero su vivaz mirada que atravesaba poderosamente los lentes de sus espejuelos, le daba un aspecto juvenil que contrastaba con su cabeza cana. Venia primorosamente afeitado i aseado. Vestia ruana nueva de bayeton, pantalones de algodon, alpargatas i camisa limpia, pero no traia corbata ni chaqueta.

Este vestido que es el de los hijos del pueblo, no engañaba: se veia sin dificultad que si así vestia era por costumbre campesina; pero su piel blanca, sus manos finas, sus modales corteses, sus palabras discretas, daban a conocer que era un hombre educado.

—Por acá me manda don Ricardo Carrasquilla, me dijo al sentarse.

—Viene usted de buena parte. I qué órdenes da Ricardo?

—Que me haga amigo con usted. Yo soi Eujenio Díaz.

—Cuente usted, señor don Eujenio, con que la letra está aceptada a la vista, contesté viendo aquel aire apacible, de hombre no solo bondadoso sino honrado, no solo honrado sino intelijente, tres cualidades que se encuentran raras veces reunidas.

—Fuí esta mañana a casa de don Ricardo, continuó él con su franca mirada i su cordial sonrisa, a proponerle que diéramos un periódico literario, i me dijo que viniera a hablar con usted.

—Conque usted.... es escritor?

—De *costumbres del campo*, nada mas.

—Como quien dice: "no tengo mas riqueza que una mina de oro." I ya tiene escrito usted algo?

—Sí, señor, aquí traigo la *Manuela*.

—Qué cosa es la Manuela?

—Una coleccion de cuadros de *trapiche*, la *roza de maiz*, la *estanciera*, i otros escritos de esas tierras donde he vivido.

I dicho esto, sacó de debajo de su ruana unos veinte cuadernillos de papel escritos, que puso en mis manos i que yo hojeé, leyendo una línea aquí i otra mas allá.

—Cuándo saldrá el periódico?

—Lo mas pronto posible, dije, al ver que el texto que habia adoptado el escritor era éste:

"Los cuadros de costumbres no se inventan, sino se copian."

—Qué nombre le ponemos?

—Le parece bueno el de El Mosaico?

—Escelente. I cuándo vamos a la imprenta?

—Ahora mismo, le contesté, porque acababa de leer rápidamente esta frase de La Manuela:

"Salió de la cocina una mujer de enaguas azules i camisa blanca, en cuyo rostro brillaban sus ojos bajo sus pobladas cejas como lámparas bajo los arcos de un templo oscuro...."

I nos fuimos en direccion de la imprentilla que estaba montando don José Antonio Cualla, quien aceptó al punto la propuesta que sobre el asunto se le hizo, i nos previnimos para dar el número 1.° el 24 del mismo mes, lo que sucedió como lo habíamos dispuesto.

Hé aquí cómo se fundó El Mosaico; i cómo fué su fundador el señor don *Eujenio Díaz*, que en paz descanse; porque el dia 11 de este mes se nos fué adelante, dejando en su periódico una pájina negra, la que

conmemora su muerte, i muchas imperecederas, las que contienen sus escritos.

II.

Otro dia he de hablar del bondadoso impresor que dió a luz el primer número de EL MOSAICO, hace ya cinco años i medio. La biografía del señor Cualla es larga e importante, porque a la sombra de su bondad hicieron sus primeras armas nuestros literatos desde 1835 hasta 1850, en "La Estrella Nacional," en "El Dia," que duró ochocientas treinta i cinco semanas, en "El Duende," de imperecedera memoria, en "El Albor," i en cien periódicos mas.

Los materiales del primer número de EL MOSAICO se fueron aprestando en dos dias. Borda escribió el prólogo, la *Revista* i las *Fiestas de Cherburgo*. Don Juan Francisco Ortiz un artículo titulado: *Vamos a la Ópera*. Marroquin unas redondillas a Cándido Rincon, que un año despues se fué a Roma, i murió al regreso. Don José Joaquin Ortiz nos dió su fábula de *Los dos ermitaños;* i yo farfullé *El Correista* i un prólogo para *La Manuela*. *La Manuela* quedaba de repuesto para el segundo número; i Carrasquilla aguardaba para escaramucear con sus letrillas.

Vuelvo al fundador de EL MOSAICO.

III.

DÍAZ nació en el pueblo de Soacha en 1804, i pertenecia a una honrada i antigua familia de Bogotá. Hizo sus estudios en el Colejio de San Bartolomé, a donde iba a cursar facultades mayores, en el tiempo en que estudiaban el doctor Florentino González, el doctor Ezequiel Rójas i otros sujetos de esa jeneracion. Un incidente decidió de su destino. Yendo al campo a visitar a su familia, cayó su caballo, dándole un golpe terrible en el pecho, que le dejó enfermo por mucho tiempo; por lo cual tuvo que abandonar su Colejio, en donde, al decir de sus contemporáneos, era reputado como mui buen estudiante. Retiróse a vivir en la hacienda de Puerta-grande, que era propiedad de su familia. Pasó despues a *tierra caliente*, donde unas veces fué propietario i otras mayordomo. De 1850 para acá dióse a escribir, no porque pensase en publicar sus escritos, sino porque se reveló, aunque tarde, enérjicamente su vocacion de pintor de costumbres. Con la mirada del injenio, que a semejanza de los anteojos, afina e idealiza los contornos de las figuras, descubrió que esos cuadros campesinos que lo rodeaban, i que se miran por todos como cosa vulgar, eran una rica mina de artículos, porque estaban llenos de poesía. Ademas don EUJENIO tenia ideas políticas, ideas mui sensatas, que constituyeron al fin en su cerebro un sistema político acabado. Viendo nuestras costumbres populares, observando los efectos de nuestra anárquica organizacion política, i la lijereza que preside a las deliberaciones de nuestros congresos, redujo su sistema a esta fórmula: "La República se debe fundar de abajo para arriba: de la parroquia para el Congreso." Con su *Manuela* se proponia mostrar lo vicioso de nuestra organizacion política, i hacer un cuadro donde los lejisladores vieran los resultados buenos o malos que daban sus leyes en el municipio campesino.

Para pintar esos cuadros necesitaba de pluma, papel i tinta; i en las retiradas haciendas en que vivia ganando apénas lo necesario para sostenerse, no era fácil proporcionarse estos útiles.

Para suplir los libros habia leido en la naturaleza; para suplir la pluma, tajó una caña seca de guinea; el vástago de plátano le suministró tinta, i todas las cubiertas de cartas que hubo a la mano se convirtieron en pájinas de su novela.

Con estos útiles i con aquella imajinacion injeniosa i artística trazó cuadros admirables: la *tierra caliente* quedó trasladada al papel, como si se hubiera empleado para ello el daguerrotipo.

Sus novelas carecen de esas peripecias que abundan en la novela del siglo XIX: no tienen mas situaciones dramáticas que las que aparecen en la vida. Sinembargo, agrupa los cuadros que quiere pintar, en derredor de su protagonista, de manera que le resulta una trama interesante aunque sencilla. Nunca *enreda* como A. Dumas; pero siempre describe como Cervántes i Walter Scott. Su estilo es caluroso i pintoresco, lleno de imájenes de buena lei, graciosas, orijinales; su lenguaje es incorrecto, pero está exento de galicismos i de neolojismos, porque Díaz no conocia la literatura estranjera.

Escusado es decir que siendo tan injenioso i delicado observador, no dió entrada en sus cuadros *a lo feo i repulsivo*, es decir, a lo inmoral. Por el contrario, un suave tinte de moral cristiana baña sus escritos como la tibia luz crepuscular dora los campos cuando va a ausentarse el sol.

En 1857 tuvo que trasladarse a Bogotá a acompañar a su madre enferma i anciana. Por modestia, por costumbre, i aun por no tener de sobra los recursos, no quiso vestir traje cortesano. Se exhibió como escritor, pero de ruana: nunca le dió vergüenza no tener levita. Este traje formaba parte de sus virtudes: una de ellas era la de ser tan riguroso republicano, tan riguroso cristiano, que se iba al *cuaquerismo*. No tomaba vestido cortesano; no toleraba que los domésticos le llamasen amo; no hallaba a nadie inferior a él. No tenia embarazo ninguno, ni se mostraba encojido cuando hablaba con personas de alta posicion; en cambio no tenia orgullo ni manifestaba desden o tosca familiaridad cuando hablaba con un criado. Eran para él literal i prácticamente iguales todos los hombres. Era fervoroso creyente de los dogmas de la Iglesia Católica con todo el dulce i tierno apego de las almas honradas i de los espíritus rectos; pero sin la intolerancia de las almas incultas o malas. Su programa en política era conservador; i a pesar de ser un perfecto republicano, o mejor dicho, por la misma razon de ser un republicano perfecto, no aceptaba la democracia anárquica. En sus amistades era constante i delicado, sin imponer ni aceptar pretensiones, sin cultivar cumplimientos, sin cambiar nunca lo cordial por lo familiar.

Tal era el hombre que conocí entónces como escritor de la bellísima novela que empezó a salir en El Mosaico, i que no siguió publicándose porque don *Eujenio* no queria poner en limpio los confusos borradores. Rogábale yo que lo hiciera; i él tomaba papel para obedecer; pero en el acto sentia el convite que la pluma hacia a la imajinacion; i en lugar de copiar i pulir la novela que tenia por delante, improvisaba otra no ménos larga, no ménos injeniosa, no ménos rica. Ya habia publicado *Una ronda de don Ventura Ahumada*, i luego escribió *El rejo de enlazar*,

Las fiestas de Chapinero i las *Aventuras de un jeólogo*, tres novelas de no menor mérito. Cuando empezó a publicar la *Manuela* me decia don Julio Arboleda que era una novela admirable, i en prueba de ello, repetia de memoria, acompañando la narracion con la mímica que en él se indica, este trozo tomado del capítulo 1.°:

"Iba el lector en un pasaje interesante de su lectura, cuando fué interrumpido por Rosa, la que poniendo un pié en el estremo de la barbacoa, levantó el otro con destreza i ajilidad para alcanzar a cortar un pedazo de carne de la pieza que colgaba de una vara suspendida con cuerdas del techo, i con la necesaria interposicion de totumas i tarros que garantizan de ratones. Si al viajero habia parecido Rosa, dándole posada, una mujer bondadosa, ahora, suspendida en un pié de la punta de una barbacoa, los brazos alzados i el cuerpo lanzado en el aire, advirtió que era elegante, i en aquella postura i recordando que estaba ocupada en su servicio, le pareció el ánjel del socorro."

O bien esta otra observacion social:

"Son los *chiribicos*, dijo Rosa, despues de examinar los dobleces de la sábana.

—I qué se hace con ellos? preguntó don Demóstenes.

—Con los chiribicos i con don Tadeo, el tinterillo, no hai remedio que valga."

En los años de 1859 i 1860 dió a luz la mayor parte de sus artículos. En la "Biblioteca de señoritas," cuyo culto redactor, el señor Eustacio Santamaría, le puso un pequeño sueldo, i en El Mosaico, salieron los siguientes:

A mudar temperamento—El Boqueron—El trilladero de la hacienda de Chingatá—El viaje de Carlitos a las grutas de San Diego. Una eleccion de prior—Un preceptor de escuela—Una cascada nueva. Un recuerdo del doctor Melendro—La Ruana—El Predicador—De gorra—Mi pluma—La mujer en la casa—Un paseo a Fontibon—Las fiestas de Monjasburgo—Federico i Cintia—Modismos del idioma—La variedad de los gustos—Un muerto resucitado—La hija i el padre. El canei del Totumo—La palma—María Ticince o los pescadores del Funza i *El Trilladero de la hacienda de El Vínculo*, que fué el último artículo que escribió, i salió en El Mosaico hace uno año.

Entre estos artículos i otros cuyos nombres no puedo recordar por ahora, hai algunos escelentes, pinturas de primer órden, siempre grandes por la verdad i la maestría, i siempre rebajadas por el lenguaje incorrecto. Si el señor Díaz hubiera poseido el lenguaje, como poseia injenio, hubiera figurado en la primera línea de los escritores castellanos.

IV.

Una enfermedad crónica, incurable i dolorosa, le postró en cama desde 1861. En ella sobrellevó con resignacion sus dolores, sin mas consuelo que su pluma, de que hacia uso sin cesar en su lecho, aunque sus achaques no le dejaban casi ni la posibilidad física de escribir, por lo cual tenia que escribir acostado. En todo el tiempo de su prueba i su martirio, escribió algunas de las novelas que dejamos apuntadas, i algunos artículos sueltos que, como sus novelas, yacen inéditos.

Últimamente, desde el mes de marzo, las horas de su vida, que habian corrido mansas i silenciosas, comenzaron a precipitarse, al acercarse la de la muerte, como las calladas ondas del Funza al acercarse a la catarata. Los primeros dias de abril los pasó en el último dolor; el 11 comenzó su agonía por la mañana, i al empezar la tarde, entregó su alma a Dios.

Todos sus amigos i admiradores concurrieron aflijidos a alzar sobre sus hombros el féretro en que, vestido de un habito de franciscano, descalzos los piés, la cara apacible i serena, yacía el injenioso escritor don Eujenio Díaz, cuyo cuerpo está ya entregado a esta tierra en la que siempre vivirá su memoria.

Bogotá, abril 13 de 1865.

José María Vergara Vergara.

La novela de don Eujenio Díaz, titulada "Manuela," de que se hace mencion en la biografía preinserta, pertenece al jénero de obras que nos hemos propuesto coleccionar.

Compónese de *cuadros de costumbres* nacionales, en los que brilla singularmente la verdad que constituye el principal mérito de todos los del mismo autor. Mas como estos *cuadros* son capítulos de una novela i tienen consiguientemente un enlace sostenido, la obra se lee con doble interes.

Por estas razones creemos adquirir un título mas a la benevolencia del público insertando dicha novela.

LL. EE.

Al señor Ricardo Carrasquilla.

A sus indicaciones, i al interes que usted ha tomado, se debe que mis pobres escritos hayan visto la luz pública: usted me ha llevado como de la mano en esta carrera, como un niño que guia a un anciano débil por un camino que no es el suyo, librándolo de los hoyos i de los pedriscos. El nombre de usted debe ser, pues, el apoyo que tenga la Manuela en su travesia por el mundo: por esto, i por gratitud, se la dedica, su viejo amigo,

Eujenio Díaz.

Bogotá, diciembre 13 de 1858.

MANUELA

NOVELA ORIJINAL

Por Eujenio Diaz.

"Los cuadros de costumbres
no se inventan, sino se copian."

CAPÍTULO I.

LA POSADA DE MAL-ABRIGO.

Eran las seis de la tarde, i a la luz del crepúsculo se alcanzaba a divisar por debajo de las ramas de un corpulento guásimo, una choza sombreada por cuatro matas de plátano que la superaban en altura. En una enramada que tocaba casi el suelo con sus alares, se veia una hoguera, i al rededor algunas personas i un espectro de perro, flaco i abatido sobre sus patas. Al frente de la ramada acababa de detener su mula viajera un caballero que entraba al patio, seguido de su criado, i de un arriero que conducia una carga de baules. Del centro de este segundo grupo salió una voz que decia:

—Buenas noches les dé Dios!

—Para servirle, contestaron los de la enramada.

—Que si nos dan posada?

—La casa es corta, pero se acomodarán como se pueda. *Entren para mas adentro.*

—Dios se lo pague! contestó el arriero, comenzando a aflojar la carga de la jadeante mula.

El caballero se desmontó i tendiendo su pellon colorado sobre un grueso tronco sustentado por estacas i emparejado con tierra, se sentó; miéntras el arriero desenjalmaba i recojia el aparejo, i el criado arrimaba las maletas contra la negra i hendida pared de la choza. Salió de la cocina una mujer de enaguas azules i camisa blanca, en cuyo rostro brillaban sus ojos bajo unas pobladas cejas, como lámparas bajo los arcos de un templo oscuro; i dirijiéndose al viajero, le dijo:

—Porqué no entra?

—Muchas gracias....está su casa tan oscura!

—No trae vela?

—Vela yo?

—Pues vela, porque la que hai aquí, quién sabe dónde la puso mi

máma; i a oscuras no la topo. I si la dejan por ahí, harto dejarán los ratones! ¡Conque se comen los cabos de los machetes, i hasta nos muerden de noche! Pero si tiene tantica paciencia voi a sacar luz para buscarla.

Ya tenian arrimados los baules los compañeros del viajero, cuando salió la casera de la cocina con un bagazo encendido. El bagazo seco i deshilachado, (la vela de los pobres!) era como una hoguera, i a su luz brillantísima pudo nuestro viajero examinar la mezquina fachada de la choza i la figura de la patrona. Era ésta de talla delgada i recta, de agradable rostro i piés largos i enjutos; sus modales tenian soltura i un garbo natural, como lo tienen los de todas las hijas de nuestras tierras bajas.

Cuando la vela, con gran pesar de los ratones, estuvo alumbrando la salita, los criados introdujeron los trastos; i sobre la cama que el paje habia formado con el pellon i las ruanas, se recostó el viajero fumando su cigarro, i lamentándose, por intervalos, del cansancio i del estropeo.

—Hombre, José! qué caminos! decia a su criado que ya se habia recostado tambien sobre la enjalma: si tú vieras los de los Estados Unidos! I las posadas de allá; eso todavía! Estoi todo desarmado aquí donde tú me ves. Qué saltos! qué atolladeros! No creia llegar vivo a esta magnífica posada.

—I en esas tierras que sumerced mienta, ¿no son caminos provinciales i nacionales como los nuestros?

—Como éstos? Allá va volando uno en un tren que lleva todas las comodidades de la vida civilizada.

—Pero la *Pólvora* en que sumerced bajó el monte, es superior para los viajes. Tiene un paso trochado, i un modo de bajar los escalones i de atravesar los sorbederos....! I recuerde sumerced que un mero dia desde Bogotá hasta aquí.

—Un dia! Allá hubiéramos hecho en una hora esta misma jornada, i no a saltos i *barquinazos*, como tú dices, sino acostado sobre cojines.

—Conque qué tal le va? preguntó el arriero a su patron, entrando a colgar los cabezales de las bestias.

—Ya puedes suponer....i tú, de dónde vienes?

—De manear las mulas i esconderlas; porque como dice el dicho, "mas vale contarles las costillas que los pasos." I por lo que hace a mi acomodo, yo en cualquier parte quedo bien. Pienso dormir debajo del alar sobre la enjalma, porque adentro no cabríamos los tres, con *ñuá* Estefana, su familia i sus cluecas.

—I porqué se te ocurrió llamar posada esta choza i hacerme pernoctar en ella?

—I en qué otra parte? Solo que en la casa grande de la Soledad....! Sumerced me dijo que las casas grandes tenian sus inconvenientes para pasar la noche.

—Pero si aquí ni cabemos siquiera! En fin....una mala noche pronto se pasa. Saca un libro del maleton, José.

I tomando el segundo tomo de los Misterios de Paris que le trajo su criado, empezó a leer en voz alta, miéntras su perro i su arriero dormian a sus piés. El perro de Terranova, que respondia al nombre de Ayacucho, no habia hecho el menor caso de los largos i destemplados ahullidos con que lo habia recibido el moribundo gozque de la choza;

i éste viendo el profundo desprecio de su huésped, i que, gordo como estaba, mas se curaba de dormir que de comer, dejó de temer la rivalidad i volvió a acostarse cerca del fogon.

Acababa de bostezar el viajero, viendo en su reloj de oro que eran las ocho, cuando entró la jóven casera de paso para su alcoba.

—I qué hai del cafecito? le preguntó el viajero.

—Cuál cafecito? le contestó ella con la mas franca admiracion.

—El de mi cena.

—Luego usted cena?

—Por de contado.

—Trajo de qué hacerle? Tiene algo en esos baules?

—Sí: los libros i la ropa.

—Eso merienda, pues?

—No, lo que tú me prepares.

—I si no hai nada?

—Cómo?

—Que en estos caminos hai que llevar de comer, porque no se encuentran las cosas al gusto de los pasajeros.

—Yo no acostumbro cargar nada de comida, mi hija!

—Pues entónces, aguante.

—I llevando condores?

—Qué son condores?

—Monedas de oro del valor de doce pesos i medio.

—I con qué pagábamos tantos *trueques?* Ni con todo lo que tenemos en el rancho! Ave María!

—I entónces, me dejas morir de hambre despues de criado? Tú que siendo tan buena moza, no debes ser inhumana!.... Cómo te llamas?

—Rosa, una criada suya.

—I mucho ménos siendo la reina de las flores.

—Nada!

—I no te compadeces?

—Solo que se conforme con lo que hai.

—De mil amores.

Continuó leyendo el viajero, miéntras Rosa se fué a reanimar el fuego, tomando nuevas i urjentes providencias, poseida de sentimientos humanitarios, i de algo mas, porque el viajero le inspiraba un si-es-no-es de cariño.

Iba el lector en un pasaje interesante cuando fué interrumpido por Rosa, la que poniendo un pié en el estremo de la barbacoa, levantó el otro con destreza i ajilidad, para alcanzar a cortar un pedazo de carne de la pieza que colgaba de una vara suspendida con cuerdas del techo, i con la necesaria interposicion de totumas i tarros que garantizan de ratones. Si al viajero habia parecido Rosa, dándole posada, una mujer bondadosa, ahora, suspendida de un pié en la punta de una barbacoa, los brazos alzados i el cuerpo lanzado en el aire, advirtió que era elegante de cuerpo; i en aquella postura, i recordando que estaba ocupada en su servicio, le pareció el ánjel del socorro.

—Siempre me favorecerás, Rosa? le dijo.

—No ve? para su cena....! dijo mostrándole el pedazo de carne, i dando un salto ájilmente, corrió a la cocina. Continuó la lectura durante otra hora; i cuando los bostezos del amo, del criado i del perro, se res-

pondian como el eco en las bóvedas de una cueva, entró Rosa con una servilleta del tamaño de un pañuelo, a tenderla sobre una cajita, cerca de un baul, i el viajero le preguntó:

—Qué noticias tenemos, Rosa?

—No ve ya la mesa puesta?

—Bien, bien! Si es el primer repique, procura que no tarden los otros dos.

—Aflójese tantico, si está apretado. I quién le manda ser descuidado i darse mala vida? Ya ve, los pobres lo primero que prevenimos es la comida cuando viajamos; porque si uno se muere, de qué sirve la plata?

—No te detendré con objeciones, porque tienes mucha razon, i ademas los momentos son preciosos.

Otro capítulo del libro fué leido en el intermedio siguiente, i al cabo volvió a aparecer Rosa trayendo una taza vidriada, no mui limpia por de fuera.

—Qué me traes, Rosa? preguntó el viajero sentándose en su barbacoa.

—Es el ají....Usted no se pica?

—De ti es que estoi medio picado. Ven acá, graciosa negra. Siéntate i conversemos.

—I la cena?

—Todo es secundario en tu presencia! Tienes un aire, una gracia i unas miradas que consuelan.

—Entónces no le traigo de cenar? Con que yo lo mire tiene bastante.

—Pues no es malo que me traigas algo. Quisiera que me hicieras la visita, porque tu conversacion me encanta; pero en fin, tú lo verás.

Cuando esto dijo el viajero, ya Rosa habia salido, para presentarse de nuevo como el verdadero ánjel del socorro. Puso sobre la mesa una taza i un plato de palo que tenia carne asada, de apetitoso olor; i luego se sentó en otro baul, poniéndose la mano en la cintura.

—Me gusta que me acompañes. Yo no puedo comer solo; i así será mi cena mas sabrosa. I qué potaje tenemos?

—Como no es potaje sino mazamorra!

—Esquisita! esclamó el viajero así que la probó; i no volvió a atravesar palabra hasta agotar la taza.

—Esta carne tambien está buena, dijo Rosa.

—Pues ahí verás que no me gusta tanto! Tiene un olorcillo.... De qué es?

—Para qué quiere saberlo?

—Ya se ve! Lo que importa es matar a quien nos mata. Qué buena cena! Ahora se me ocurre una cosa: tú me cuidas i ni siquiera sabes cómo me llamo.

—Eso qué le hace?

—Oh! de esto sucede mucho en la Nueva Granada! Mil gracias, Rosa.

—Que le haga buen provecho!

—Te quedo mui agradecido. Mira! cuando vayas a Bogotá, pregunta por mí, que tendré mucho gusto en atenderte.

—Mi hermano Julian es el que viaja i algunas veces mi madre. Yo les diré que vayan a la casa de usted.

—I vives contenta entre estos montes?

—I si no? El que es pobre....

—I en qué buscas tu vida, Rosa?

—En la labranza, cuando se puede trabajar; i la mayor parte del año en el trapiche de la hacienda.

—Eres trapichera?

—Sí, señor: de la Soledad, del trapiche de mi amo Blas, nada ménos.

—Él vive solo?

—Con mi señorita Clotilde, porque mi señora no se amaña, ni le hace el temperamento. Los niños suelen hacer sus viajes a la ciudad.

—Te gusta el oficio de trapichera?

—I qué se va a hacer?

—I quiénes más viven aquí contigo?

—Mi madre, yo, Julian i Antoñita, la mediana. Mi padrastro se murió hace poco; Matea se fué a Ambalema; i dicen que está calzada i como una novia de maja! Julian, mi hermano, está trabajando en el trapiche del Retiro, i no viene a casa sino por San Juan, la semana santa i la noche-buena. Otro hermano tenemos, que trabaja en la Soledad; pero ni caso ni cuenta hace de nosotras!

—I cuáles son tus obligaciones en la hacienda?

—Pagar ocho pesos por año, i trabajar, una semana sí i otra no, en el oficio del trapiche.

—I qué tal es tu señora Clotilde?

—Buena con nosotras; i, mui chusca que es la señorita!

—I en la parroquia, hai algo que sirva?

—Ave María! Pues la niña Manuela....que es lo que hai que ver!

Pero, tanto he hablado con usted, i hasta ahora no me ha dicho su gracia, es decir, cómo se llama?

—Yo me llamo Demóstenes, un criado tuyo, contestó el caballero haciendo una cortesía.

Seguramente don Demóstenes, por el hábito de no acostarse sino de las doce para adelante, estaba desvelado en esa noche. Por lo que hace a Rosa, como buena trapichera, estaba acostumbrada a trasnocharse; i en esta disposicion análoga, eran ya las diez, i todavía conversaban como dos novios. Don Demóstenes complacido con la injenua i sencilla charla de Rosa, i ésta, contenta de interrumpir su acostumbrado aislamiento i soledad, hablando con un pasajero de agradable conversacion.

La madre i los hermanitos hacia rato que dormian en la alcoba inmediata; al fin se retiró Rosa, llevando en la mano el bagazo encendido. Don Demóstenes apagó su vela i se preparó a dormir en su movediza barbacoa.

Mas cuando esperaba el reposo i el sueño bienhechor debido con tanta justicia al mal parado viajero, éste en vez de conciliar el sueño, no hacia sino moverse i ajitarse en su cama, sintiendo mil picadas en todo su cuerpo. Largo rato luchó con aquel tormento desconocido, hasta que por fin, agotada la paciencia, llamó a su criado.

—José, levántate, que estoi como metido en agua hirviendo i tengo una sed devoradora. Enciende pronto la vela, oyes!

—Como los ratones cargaron con ella! contestó José, despues de buscarla a tientas en toda la pieza.

—Llama a Rosa, pues.

Rosa se habia puesto en pié desde que oyó las voces i las plegárias de su huésped, i salió para ver cómo podia aliviar al viajero; pero no

habia otra vela en la casa, i hubo que recurrir al bagazo. Encendido éste, se encargó José de atizar la salvaje lámpara, miéntras Rosa examinaba la cama de don Demóstenes.

—Son los *chiribicos*, dijo, despues de examinar los dobleces de la sábana.

—I qué se hace con ellos?

—Con los *chiribicos* i con don Tadeo el tinterillo, no hai remedio que valga.

—Cómo es eso?

—Pues mire! Cuando los chiribicos se *empican*, no vale aseo, no vale arder la cobija ni el junco, ni quemar la barbacoa....

—I qué se hace entónces?

—Embarrar de nuevo la casa, o derribarla i hacer otra nueva.

—Pero miéntras se derriba, qué hacemos, Rosa? Yo me muero!

—No trajo hamaca?

—Corriente, Rosa! Viene entre los baules: que la saque José cuanto ántes.

Cuando colgaron la hamaca entre el criado i la casera, le advirtió Rosa:

—Pero no vaya a llevar a la hamaca ni una cobija, ni una pieza de ropa de las que tiene puestas, porque entónces se queda en las mismas.

Don Demóstenes siguió el consejo: se mudó, i envuelto en otra sábana hizo su ascension gloriosa a la hamaca, de un solo brinco, como el boga que sube al champan perseguido por los *policías*.

—Ahora quiero agua, porque tengo calentura i la sed me abrasa.

—Esa es la que aquí no hai, mi caballero.

—Qué beben ustedes, pues?

—Guarapo. Si quiere voi a traer un calabazo de agua al chorro; pero aquí son las aguas salobres.

—Te lo agradeceré, hija mia....Oh! las posadas de los Estados Unidos! esas sí son posadas, decia don Demóstenes al criado, miéntras esperaba el agua. Figúrate que en el hotel San Nicolas encuentra uno en su pieza hasta agua corriente! Pero esta posada de Mal-abrigo....!

Al cabo de média hora se oyeron los pasos de la servicial casera, i en seguida el grato acento de su voz.

—*Por ainas* no vuelvo, dijo al entrar, con una tranquilidad llena de filosofía. Se apagó el bagazo en el camino, i aquí no mas tuve que matar una taya que se me enredó en los piés....mañana la verá usted....!

Don Demóstenes se bebió una totuma llena de una agua no mui buena, i esclamó con todo el fervor de un corazon agradecido:

—Oh! Rosa! Eres como una Ejeria consolando a Numa!

—Que le eche otra totuma? *Apare....!*

—No, Rosa, mi sed está mitigada. Ahora conversemos alguna cosa. Mira, estoi curioso de saber porqué vino a colacion un don Tadeo, cuando hablábamos de chiribicos.

—Porque esa es otra plaga que tenemos en la parroquia. Al niño Dámaso lo tiene desterrado i lo persigue como los ratones a la vela, para no dejarlo casar con la niña Manuela. I usted descuídese, si va a estarse en la parroquia, porque ese es el hombre que sabe *empapelar* la jente; i acuérdese de lo que le dice Rosa, acuérdese! repitió al retirarse otra vez a su alcoba.

Don Demóstenes se rió del anuncio; se acordó un poco de la hermosa niña a quien dejaba en Bogotá; pero no tanto que lo desvelara esta memoria como lo habian hecho los chiribicos; i a no ser por el ruido que hacian los estribos cuando su criado estaba ensillando, ya mui entrado el dia, no se hubiera despertado hasta la tarde. Tan profundo era su sueño, i tan grande su cansancio!

Miéntras el arriero cargaba, reparando su posada, encontró la culebra muerta, i entre la casa una decoracion improvisada. La barbacoa donde le pusieron cama tenia una armazon como para toldillo, revestida de arrayan i flores, i un arco gracioso lleno de hojas en la puerta de la sala. Sobre una tablita encontró un libro mui usado, i al hojearlo, gritó: oh Guttemberg! hasta aquí llega tu sublime descubrimiento! Viendo el título, que decia: "Ramillete de divinas flores, i método para aprender a morir cristianamente," murmuró: método para vivir es lo que debemos aprender, que morir es cosa mui fácil. No te parece, José? añadió dirijiéndose a su criado.

—Pues para no morirnos es que bregamos hasta donde podemos, mi amo.

Cuando todo estuvo listo para marchar, se acercó don Demóstenes a la cocina, a despedirse de Rosa, dándole las gracias, i ofreciéndole una moneda, que ella rehusó con aire de desden.

—Pues, adios! adios!

—Adios, señor! dijo Rosa, i tomó su azadon para irse al pequeño platanar de su estancia.

Saliendo don Demóstenes al camino parroquial de la senda del barzal que ocultaba la casita, al recordar su mala posada i la jenerosa bondad de Rosa, pensaba preocupado en la frase de "descuídese con don Tadeo!" que ella le dijo con aire de profecía; i sacando su cartera escribio riéndose:

"5 de mayo—Posada de Mal-abrigo—Rosa—Descuídese con don Tadeo!—Manuela."

Dos horas despues entraba a la plaza de la parroquia de....i pronto se instaló en su nueva posada.

CAPÍTULO II.

LA PARROQUIA.

En las caidas de la gran sabana de Bogotá se encuentran algunos caseríos con los nombres de ciudades, villas o distritos, de los cuales uno que ha conservado entre sus habitantes el grato nombre de parroquia, es el teatro de esta narracion.

Está separado de los otros grupos algunas tres o cuatro leguas, por lo ménos, i casi incomunicado, porque los caminos atraviesan bruscamente montañas, rastrojos i fangales. En su plaza, demarcada hace mas de un siglo, hai dos costados cubiertos ya de casas, i en el uno sobresale la iglesia de teja, bien notable por su puerta verde i porque cuelgan de una viga de su fachada tres campanas, que sirven para llamar a la misa mayor los domingos, i entre semana para dar las doce, las seis i los dobles de

las ocho. El segundo edificio es el despacho de la alcaldía, llamado antiguamente cabildo; sigue despues la casa del cura con su largo corredor sobre la plaza.

Tiene la parroquia un retazo de calle i algunos trozos formados de solares de cercas de palos sostenidos por algunos árboles nacederos. Hai una casa que se distingue por su establecimiento de venta o tienda, de donde el público se surte de velas, guarapo o chicha, aguardiente, i algunas veces de pan. La sala de esta concurrida casa tiene una puerta al oriente, que da a la calle, i otra al occidente que sale al patio, el cual está cerrado por dos costados con dos tramos del pajizo edificio, i por los otros dos con cerca de guadua, en la cual hai un disimulado portillo, que equivale a la puerta oculta, de que hablan algunas novelas de Europa.

La tienda tiene una trastienda que comunica con la alcoba de la familia, con una pieza oscura de por medio, llena de ollas, barriles, artesas i trastos viejos.

La concurrencia en la tienda es todos los domingos i a veces los lúnes. Las arengas de los concurrentes son graves en ciertas ocasiones, i aun suele la discusion pasar a los porrazos.

De esta venta saca, tal vez mas ganancias que la dueña, un embozado, que desde un agujero practicado en la pared de su alcoba, atisba todos los movimientos, i escucha todas las palabras, apuntando en una grasienta cartera lo que a su entender tiene mayor importancia: en la parroquia hai tambien embozados.

De las otras dos puertas de la sala, que permanecen siempre cerradas por medio de cortinas de zaraza, la una conduce a la mencionada alcoba de la familia, i la otra al sur, está destinada para los forasteros.

Los muebles son un poyo de adobe, una silla de brazos, reputada por propiedad de los primeros jesuitas, i una mesa grande; los adornos, un San Antonio, una Vírjen del Rosario, i un retrato del jeneral Santander.

La edad de la silla, hasta de ochenta años, está bien comprobada por las muchas heridas que muestra en los brazos, hechas con alevosía las mas (i con navaja) i por la firmeza de su constitucion, pues sirviendo de andamio, o puente, o receptáculo para pesados cuerpos, suspensa entre el ángulo de la pared i el suelo, no han logrado desarmarla, como a muchos taburetes raquíticos i delicados, que yacen en los zarzos o en los ceniceros, por no haber resistido a esa cruel operacion. La mesa aun cuando no tan antigua, no carecia de mérito: sobre ella se deshacian marranos, se amasaba i se aplanchaba cuando era menester.

La propietaria de esta casa era doña Patrocinio; pero don Demóstenes se hallaba con dominio absoluto sobre la alcoba del sur, con medio dominio en la silla i la mesa; con derecho de colgar su hamaca en la sala, i de visitar tambien el interior de la casa, cuando a bien lo tuviera.

Así fué que un domingo hubo en la parroquia la gran novedad de un forastero que se mecia en su gran hamaca, en la sala de la niña Patrocinio, leyendo un libro, cuya pasta brillaba como carei, i teniendo debajo cuadernos i papeles, sobre una estera de Chingalé. Tambien se hablaba de un perro que estaba echado junto, tan grande como un ternero, i de un mirar espantoso.

Embebido don Demóstenes en sus libros, no habia hecho caso del

movimiento que habia en la calle, en donde se saludaban los estancieros de los partidos, o se paseaban en compañía, ni de la risa i dichos de las muchachas, que echaban sus revoloteos como las mariposas, miéntras daban el último toque a misa. Pero un ruido de bestias i voces de dominio, que pareció estallar contra la puerta, hizo levantar la cabeza al forastero, para ver el cielo abierto ante sus ojos.

Una señorita, montada en una mula retinta, con traje que bajaba hasta el suelo, dejando ver al traves de un velillo celeste un color bellísimo de mármol i unos ojos grandes, suaves i modestos, una dentadura fina i graciosa, conjunto de primores, vision enteramente milagrosa, era la divinidad que habia posado delante de la puerta. Don Demóstenes se puso de pié en el instante, i viendo que la comitiva hacia alto, ofreció sus servicios para que la señorita se apease. El caballero que la acompañaba estuvo pronto a su lado, i dándole el hombro i la mano, ella descendió majestuosa, para entrar en la sala con su foete en la diestra, i todo su largo traje recojido con la izquierda. Miéntras su compañero mandaba amarrar las bestias debajo de un hermoso caucho, i meter los frenos i los pellones, don Demóstenes le dirijió la palabra, despues del saludo de cumplimiento.

—Cómo es que habita usted en estos desiertos? le dijo el caballero.

—Porque vivo en la hacienda con mi padre, respondió Clotilde, que era la misma que en la posada habia sido nombrada por Rosa.

—Ahora concibo que puede haber un hombre dichoso, viviendo....

Don Blas, entrando presto de la calle, interrumpió este diálogo, que habria sido tal vez curioso; i miéntras que la señorita siguió al interior a preguntar por su mamá Patrocinio i por Manuela, don Blas se dirijió al forastero en estos términos:

—I la venida de usted....?

—Emigrado, señor.

—Santa María! Otra revolucion.?

—De los paramitos de San Juan, señor.

—Tiene razon. Son infernales! I qué de bueno deja usted por Bogotá?

—Pues no hai cosa particular sobre la crónica comun. Ahora, sobre los negocios públicos usted habrá leido "El Tiempo."

—"El Tiempo?".... No señor. Aquí no llega sino la "Gaceta" i se va al archivo, muchas veces sin desplegarla; dicen que a don Eloi le viene el "Porvenir."

—Es cosa mui rara!

—No señor: así andamos en muchas parroquias....Lo raro es ver a una persona como usted por aquí.

—Pues otros años he ido a Fusagasugá, que es magnífico por su temperatura, por sus aguas, por su jente, por sus bellas sabanas i sus célebres quintas.

—Pues eso sí no tenemos por aquí.

—Cierto, porque las tierras, como este distrito, húmedas, saturadas de sales, nitro, caparrosa i piedra azul de pizarra, i que se ablandan i se deslizan en derrumbes llevándose las estancias i los montes, son buenas para producir mucha caña i mucho plátano; pero no mucha vida, segun mis observaciones de tres dias a esta parte.

—Vendrá usted a comprar trapiche?

—No señor: no quiero comprar mi sepulcro, para adornarlo en vida

como lo ha hecho un compatriota nuestro: este cuidado se lo dejo a mis deudos.

—Pues ahí verá que el trapiche, *cuando no chorrea gotea*, dijo don Blas, con toda la seguridad de un profesor entusiasta.

La señorita Clotilde, que habia entrado a la alcoba a ponerse en traje de iglesia, salió radiante de belleza i majestad, como la actriz que asoma por segunda vez a las tablas.

Don Demóstenes levantó los brazos como para aplaudir, pero se quedó petrificado en presencia de tanta hermosura. La señorita siguió a la iglesia con don Blas; i don Demóstenes los siguió maquinalmente. Ella tomó su puesto en la iglesia, i al frente quedó el viajero, cada vez mas apretado por la concurrencia gradual de los parroquianos.

La molestia del viajero, a no ser por el hechizo que allí lo mantenia, deberíamos suponerla terrible por el calor, los vapores i los apretones; pero cuando él vino a conocer la grandeza de su sacrificio tributado a los ojos de la divina Clotilde, fué cuando sentándose el cura en una silla parecida (si no era hermana) a la de la posada, se santiguó; i se santiguaron con él todos los vecinos para oir la santa palabra.

Reflexionemos por unos momentos en la posicion de don Demóstenes:

Él sabia los dimes i diretes que reinan entre los curas i los filósofos.

Sabia lo que la prensa radical decia sobre papas, frailes i socialismo en esos dias.

Sabia que el cura estaba en su tribuna, como él mismo habia estado en la de la escuela republicana de Bogotá.

Esto, pues, lo tenia con cuidado, fuera del bochorno producido por la concurrencia; pero no habia medio de escapar sin un escándalo, i por otra parte, lo que Clotilde hubiera dicho....! Se limpió el sudor con su fino pañuelo de seda, i se resignó. Puso atencion i escuchó estas claras i distintas palabras:

"Amor, paz i caridad son el fondo de la doctrina que un artesano pobre comenzó a predicar en la Judea, i que hoi cuenta ya millones de sectarios."

Aquí respiró don Demóstenes, i levantó la cabeza.

—"Doctrina que halaga al pobre, continuó el cura, porque pobres fueron los Apóstoles, pobres los discípulos i pobres las mujeres piadosas que seguian en pos de la predicacion!!"

Miéntras que esto decia el cura, todos los parroquianos dirijian los ojos al forastero, quien por su gran frac blanco, por su buena corbata de seda, i por la hermosa cadena de su reloj, aparecia como el mas acomodado de todos, i tuvo la precaucion de agacharse un poco.

"Sí, mis oyentes, decia el cura, el mismo Jesucristo lo dijo por su boca: *Es mas fácil que un camello éntre por el ojo de una aguja, que un rico en el reino del cielo*....Pero la caridad nos manda que no les hagamos mal, porque son nuestros hermanos."

Aquí sintió don Demóstenes sumo agrado, i suma predileccion por el párroco; i se enderezó aliñándose su *chivera;* pero las palabras que siguieron volvieron a hacerlo agachar, porque el cura estaba diciendo:

"I la caridad vale mas que la divisa *libertad, igualdad, fraternidad;* pues con aquel pendon se han acometido mayores empresas en favor de la sociedad universal."

Esto tampoco le gustó a don Demóstenes; pero lo que siguió le pareció mui bien.

Concluida que fué toda la funcion parroquial, fueron saliendo todos los vecinos. Hubo nuevos abrazos, nuevas muestras de cariño entre los grupos que formaban en el altozano i la plaza aquellos desvalidos feligreses.

La señorita Clotilde se fué a cumplir con una visita, i don Demóstenes se acercó al cabildo, donde un octojenario en el traje de los parroquianos, aunque mas traido que todos, tocaba la llamada de granaderos en una caja que fué de los guardias nacionales de Colombia, segun las inscripciones i los timbres. I unas pocas mujeres i algunos de los muchachos acudieron al llamamiento, i acercándose el alcalde con el baston en una mano i unos papeles en la otra, le dijo a don Demóstenes:

—"*Léiganos* su merced los papeles del Gobierno, señor caballero, por vida suya."

Don Demóstenes comenzó a romper las cubiertas de las gacetas i ordenanzas, i el alcalde le dijo:

—Eso que viene en letra de molde se va así dobladito a la caja; lo que hai que publicar es este papel.

Obedeciendo al dictámen del alcalde, el forastero leyó lo que sigue:

ACUERDO.

El Cabildo del distrito de....acuerda:

Art.° 1.° Se matarán todos los marranos que anden por la calle, con escepcion de los que tengan horqueta.

Parágrafo único. Por el derecho de horqueta se pagará medio real por semana.

Art.° 2.° Por todo burro que ande suelto por la calle se pagará un real por mes.

Art.° 3.° Cuando un perro resulte loco será alanceado, i el dueño pagará cuatro pesos de multa, i sufrirá tres dias de prision.

Dado en el Cabildo de este distrito, a 18 de mayo de 1856.

El presidente, *José Londoño.*—Ejecútese.—El alcalde, *Gregorio Alguacil.*

A este tiempo pasaba ya la señorita Clotilde para su posada, i don Demóstenes entregando con precipitacion los papeles al señor alcalde se fué tambien.

Doña Patrocinio hizo servir unas frutas a sus huéspedes, en cuyo acto tuvo ocasion don Demóstenes de manifestar su civilidad, i hasta su singular aprecio por la señorita.

Esa noche dió por la calle un paseo el forastero, i se acostó en su hamaca, con mui buenas intenciones de dormir; pero el baile de la casa vecina le echó a perder sus profundos cálculos. La música se componia de algunos tiples que hacian el alto, i de dos *guacharacas* i dos alfandoques que desempeñaban por trompas i estrombones, agregándose por contralto un triángulo de hierro, de un sonido mas que penetrante. Las *guacharacas* son unas cañas de *chontadura* rajadas, que se frotan con una astilla de palo, i los alfandoques son dos tubos de guadua, en que se baten unas pepas de *chisgua* de forma de municion.

Eran pocos el sueño i la cabeza de don Demóstenes para recibir

tan selecta armonía, en la cual no habíamos incluido un tambor que no cesaba ni por un instante. Se levantó; dió un paseo, i luego se acercó a la puerta del baile.

Véamos, dijo, si hai algo adentro por lo cual unos oidos configurados como los mios, puedan aguantar el suplicio.

Estaba la sala alumbrada por un candil, que daba luz, ademas de la sala, a una especie de tienda, si es que merecia este nombre. Su poca luz se perdia entre el humo espeso de los cigarros.

El baile tampoco gustó al caballero: era el torbellino, en que el galan da las vueltas en pos de la esquiva pareja, repitiéndose una parte, con la ejecucion de cada cuatro de estas vueltas.

Tampoco merece la pena el baile, dijo entre sí don Demóstenes. ¡Ir a una vara de distancia de una bella, hoi que la palabra *distancia* es un borron del diccionario! ¡Hoi que Roma se ha puesto a las puertas de Paris con el telégrafo....! Esto es mui retrógrado.... Esto es contra la institucion del baile, que no se hizo para huir sino para avanzar; esto es mui colonial sobre todo.

Entre tanto los aplausos i la alegría resonaban en el baile; las parejas entraban, salian, se ponian de pié, mudaban de asiento; i los bailadores invadian i atropellaban, sin que hubiese desafíos a la pistola ni a los puñetazos. Entre las parejas oia don Demóstenes nombrar con frecuencia a una Manuela, a la que no pudo conocer, sinembargo, por la poca luz i por la distancia.

—I usted no entra a bailar, amigo? le preguntó don Demóstenes a un parroquiano que estaba recostado en un palo del corredor, embozado hasta los ojos con su ruana.

—No señor! le contestó con aire triste. Yo estoi privado de baile; i quién sabe por cuánto tiempo!

—Cómo, amigo?... Es usted un proscrito?

—No es sino que ando huyendo de las persecuciones de don Tadeo. I si usted viene a permanecer aquí, descuídese!

Esta palabra exactamente igual a la que le habia dicho Rosa, lo animó a interrogar al incógnito, i ya le habia hecho una pregunta, cuando un rumor de adentro cortó la conversacion.

—Porqué lo dejan? gritaba a los músicos un bailador, que cabalmente era José Fitatá, el criado de don Demóstenes.

—Porque la niña Manuela no es la única que sabe bailar aquí.

—I si ella quiere i yo tambien quiero?

—Se *friega* el *forajido*, porque el que manda, manda.

—En mí no manda aquí ninguno.

—Que lo apresen! gritó una voz del lado de la semitienda.

Es necesario saber quién era José Fitatá. Se habia criado de concertado en las haciendas de la Sabana, en el arma de vaquero; es decir, era toreador, jinete, enlazador, i fué soldado de las guerrillas de Ardila en la revolucion de abril; no le faltaba nada para ser un jaque, aun cuando era moderado i complaciente, como todos los sabaneros en tiempo de paz.

Habia tambien un personaje detras de los músicos, del cual es preciso dar una noticia aunque lijera. Era un hombre de ruana de listas verdes con el forro colorado, i de sombrero mui grande; el cuello de la camisa mui grande tambien i mui almidonado, no le dejaba toda la mo-

vilidad requerida para sus observaciones; tenia que torcer sus miradas como muñeco de resorte, las que eran fielmente observadas, i hasta obedecidas por el sumiso círculo que siempre lo rodeaba. Era aquel embozado la polilla de la parroquia.

Pero véamos en qué quedaron esas bravatas que habian sonado como una tempestad en la pacífica sala del baile.

José, viéndose acometido de repente, echó mano al alfandoque de la música, i de pié en un rincon, con la dignidad del tigre que espera a su agresor, contenia a sus enemigos con sus miradas.

Una voz del lado del rincon murmuró estas palabras solapadas:

—No habrá por aquí un comisario?

Entónces un hombre de malísima traza se presentó a la palestra, señalando un baston con cabeza de plata, i animados con su presencia los adalides, avanzaron unos pasos; pero José por desembarazarse del estorbo del primero que se le acercó, le tocó con el alfandoque, de tal manera que lo hizo caer sentado en el suelo.

—La carabina, la carabina! gritó un valiente desde mui léjos del puesto.

Se habian desenvainado dos machetes, los agresores ganaban un pié mas de tierra, lo que hubiera vencido la repugnancia de intervenir que tenia don Demóstenes, si una sombra de ájiles movimientos i airoso andar, atravesando con presteza el salon por entre el polvo i el humo, no se hubiese puesto delante del personaje del cuello monstruo, i le hubiese hablado a média voz, acariciándole una mano con las dos suyas, i derramando sobre él una mirada rápida.

Apénas esto sucedió, cuando sonó la voz de "alto el fuego," i una lei de olvido lo cubrió todo en el acto. Sinembargo, un misterio quedó trasluciéndose en el público, como sucede siempre despues de todos los tratados diplomáticos, i de esos indultos que ordenan el absoluto olvido, a los que tienen tanto de qué acordarse, por sus bolsillos o por sus personas.

La música i los vivas ahogaban los comentarios; el baile triunfaba con toda su fuerza, como las fiestas con que los cónsules romanos apartaban de la atencion del pueblo las cuestiones graves.

—Viva la alegría! gritó uno de los concurrentes!

—Viva el pueblo! viva la diversion!

—Viva la pacificadora Manuela!

—Viva la niña Cecilia, respondió una voz recalcitrante i proterva, que es la que vale mas aquí!

—Coja usted esos puntos, mi caballero, le dijo a don Demóstenes el incógnito, que observaba todo sin moverse, embozado en el gran canto de su ruana; i no se descuide!

Era ya mui tarde, i don Demóstenes se volvió a su hamaca, en donde se quedó al fin dormido, como a eso de las tres de la mañana; pero una singular ocurrencia lo vino a despojar de su dicha.

La hamaca habia sufrido un terrible sacudimiento, i al despertar el caballero, entre la incertidumbre i el temor, se quedó con el oido fijo, i le pareció que oia sonar el traje de una mujer; pero notando que la aparicion, o lo que fuese, se iba alejando, se fué calmando su corazon, cuyas palpitaciones fueron al principio terribles con tan inesperado susto.

Ya iba a llamar a José, cuando sintió que las caseras conversaban a média voz en su alcoba, i pudo oir sus palabras.

—Porqué vienes tan tarde? decia una voz algo severa, aunque a la vez compasiva.

—Porque estuvo el baile tan bonito!

—¡Si irias a abrir la puerta del lado de la calle, i a despertar al caballero!....

—Como entramos por el portillo ....! sino que por lo oscuro i porque ya no me acordaba, me estrellé contra la hamaca, i le metí un susto! Ave María, que tengo una vergüenza!....porque por poco me caigo!

—Pues es necesario venir temprano otro dia, porque los tiempos están delicados; i tanto va el cántaro al agua, que por fin, por fin....

—Pero *sumercé* verá que el que bien anda bien desanda.

—No supiste lo que le sucedió a tu comadre Pia?

—Eso seria por boba; o porque ya le convenia, mamá.

—Pues solo que así....

Don Demóstenes no pudo oir mas de la conversacion de la alcoba, i lo sintió en el alma; pues aun cuando este ruido fuese un nuevo motivo de desvelo, era mui útil para un forastero cualquier revelacion sobre asuntos de la parroquia, donde tenia que pasar una larga temporada.

Volvió a rendirse al sueño cuando el dia comenzaba a brillar; pero volvió a ser interrumpido por la patrona Patrocinio, la cual subida en un tronco, a voz en cuello gritó en la mitad del patio.

—*Piu, piu, piu, piu!* i, desde entónces, los marranos, los piscos, i gallinas i el burro carguero, no dejaron esperanzas de mas sueño con su alboroto infernal. Un gato mui taimado asistió tambien, aunque solamente como curioso.

Se salió don Demóstenes a dar un paseo por los campos, i el aire, la libertad i el silencio calmaron el trastorno que su cabeza esperimentaba desde los acontecimientos del baile, i desde el susto que tuvo a la madrugada por el sacudimiento de la hamaca.

CAPÍTULO III.

EL CURA.

Estaba don Demóstenes ciñéndose sus atavíos, i arreglando su traje de cacería, cuando sonó un golpe en la puerta.

En esto de golpes hizo él en la parroquia lo que hacia en Bogotá: dejarlos al cuidado de otro, para seguir en sus ocupaciones; pero como las caseras tampoco respondian, i los golpes sonaban ya por tercera i cuarta vez, se resolvió a las consecuencias, i, disimulando su enfado, gritó:

—Quién va?

—Soi yo, respondió una voz humilde; yo, el cura de esta parroquia.

—Sírvase usted sentarse miéntras acabo ciertos arreglos, le respondió con ménos retintin, apurándose a perfeccionar su tocado.

El cura se sentó en la jesuítica silla, i se puso a reparar con el lente unas flores que llevaba en la mano.

El traje del párroco era sencillo:

Llevaba un largo leviton gris, chaleco i calzon negro, cuello morado, sombrero negro de fieltro de ala tendida, aunque no pequeña. Su continente modesto i respetable decia bien con su traje, en el cual no

habia ni coquetería ni disfraz. Llevaba en su mano un largo baston, fiel compañero de sus escursiones al campo.

Al aparecer don Demóstenes en la sala se saludaron con la cortesía propia de las dos personas mas ilustradas que pisaban actualmente la parroquia.

—Sabia, dijo el párroco, que un caballero estaba en mi parroquia, i me he apresurado a darle la bienvenida, i a ofrecerme por mí i por los notables del distrito.

—Mil gracias, señor cura.

—Porque en una soledad es donde se aprecia el trato de la jente culta.

—Me honra usted demasiado.

—La verdad, señor. Yo no tengo aquí con quien conversar entre semana, sino con mis libros.

—Oh, la imprenta es el conductor de la ciencia i el baluarte de la libertad! Un hombre preso a quien se le conceda luz i un libro, nunca será desgraciado. La nacion que tenga libertad de imprenta jamas será tiranizada.

—I el cura que no lea, tendrá que adormecer su imajinacion con la conversacion sosa de las tiendas o de las esquinas, o con algun vicio que lo domine. Aparte de la necesidad que tenemos, hoi mas que nunca, de estudiar, por la lucha con el protestantismo.

—Es mui cierto, señor cura.

—I cuán vastos son los asuntos de la instruccion del cura, ahora que hai sacerdotes de otras comunidades en la República....! Yo por mi parte procuro leer aunque mis correrías poco tiempo me dejan.

—I es bueno el curato?....Da platica?

—No da plata; pero aunque corto el campo, es bueno para segar mucha mies. Ha hecho falta la doctrina; pero trabajando puedo conseguir mucho fruto aunque llevo poco tiempo de estar aquí.

—I el temperamento?

—No mui bueno, caballero.

—No deberia usted decirlo, porque entónces se puebla ménos su distrito parroquial.

—Yo no diré una mentira, señor, porque la cuestion *temperamento* es cuestion de vida o muerte ¿i cómo le iba yo a decir a usted que mi parroquia es sana, para comprometerlo a que trajese su familia a padecer epidemias. Seria un crímen inaudito!

—I cuando sea cuestion de hacer plata con trasplantar la jente?

—Eso casi no necesita respuesta entre cristianos.

—I de elecciones, cómo andamos, señor cura....usted no votará, no?

—Porqué no? señor, cuando la constitucion no me lo prohibe.

—Pero un cura, me parece a mí que no debe meterse en la política, por aquello de "mi reino no es de este mundo."

—Pues eso de "mi reino no es de este mundo," les ha dejado a los curas derechos i obligaciones subsistentes en el estado político, les ha dejado existencia i libertad, premunidas por la constitucion.

—La constitucion sí los abraza, de cierto; pero nuestras leyes han tratado de separarlos del cabildo, de la escuela, del Congreso, de las elecciones.

—Pues el texto es una sentencia de Jesucristo, en que les muestra a los judíos que sus glorias i triunfos no consisten en los tronos i cetros de

la tierra, sino en la bienaventuranza eterna; que no viene a apoderarse del poder civil, sino del moral, i nada mas. Señor, si la política no abrazara la moral, i si la moral se pudiera, en nuestra tierra, cimentar sin la instruccion evanjélica; mas, todavía: si no se versara la política sobre las dichas o desdichas del hombre, entónces sí se deberia abstener el sacerdote cristiano de ella; pero como donde está el hombre allí está la miseria, así como donde están los árboles se encuentran las hojas secas, es preciso tambien que allí esté el sacerdote, aliviando, aconsejando, educando el corazon, i previniendo el error i el crímen. ¿No tiene que hacer la política con el sacerdocio?..... I en una parroquia de éstas donde nadie lee, donde nadie esplica ni recuerda la lei escrita, donde nadie se apura por que haya escuela ¿quién señala el camino del deber? ¿quién recuerda el respeto a los padres? ¿quién contiene el robo que pudiera hacerse al hacendado? ¿quién lucha en favor de la institucion del matrimonio, base de la sociedad política?

—Es que la sociedad tiene su tendencia irresistible a perfeccionarse; i el pueblo tiene su instinto sobre lo que le conviene, dejándolo sin trabas. El principio "dejad hacer" vale mas que todas las leyes del mundo.

—Señor! si yo no supiera, (porque fuí cura en los Llanos), que ni los tunebos, ni los caribes, ni los guaques han adelantado nada en la civilizacion en trescientos años, por sus esfuerzos, miéntras otros pueblos bajo la enseñanza evanjélica han ido mas adelante, le concederia su teoría.

—Mas adelante que nuestra escuela?....Pues deje usted que se difundan nuestras doctrinas sociales, i verá que no.

—Pero ya los socialistas de mi escuela han llevado mui adelante la bandera.

—Cuándo? quiénes? de qué modo?

—¿No ha cruzado el sacerdote católico los desiertos del Meta, arrostrando las flechas, las garras de las fieras, i el hambre, i las infinitas plagas, por cumplir su mision civilizadora? ¿No ha soportado la pestilencia de los hospitales por aliviar? ¿No ha consagrado su vida al confesonario i al púlpito por correjir? ¿Civilizar, aliviar i correjir no es trabajar por la mejora de la sociedad?

—Nosotros escribimos i peroramos.

—I cuántos oyen las peroratas? i cada cuándo hai una perorata? i entre la jente del pueblo, quién lee lo que ustedes escriben? i cuántos se convencen i se aprovechan?....

—A nosotros nos oyen cada ocho dias, i, se lo diré sin vanidad, nos creen!....¿Le queda a usted duda de que nosotros hemos tomado la iniciativa, i de que hemos conseguido mucho?

—Por lo ménos nuestro fin es el mismo, la mejora de la sociedad; no hai sino que el método de ustedes es tan sumamente lento; pues llevan cerca de dos mil años, i nosotros concebimos una reforma, i zis! zas! la publicamos, i la planteamos, si no nos la tuercen nuestros contrarios. De todo esto deberíamos deducir que gólgotas i sacerdotes católicos somos una cosa parecida. I que no le quede duda, señor cura; todo esto que nosotros predicamos i escribimos de abolicion de monopolios, de division de los grandes terrenos, de igualdad fraternal, de trabas a los ricos, de aliviar al menesteroso con lo sobrante del avaro, todo esto no es otra cosa que la doctrina predicada en el Gólgota; no es otra cosa que el Catolicismo. Conque hágase gólgota por entero, señor cura.

—Tal vez sí es la misma cosa, señor; pero esto que publican ustedes en sus periódicos sobre el matrimonio, sobre el Papa, sobre el goce de los placeres....

—Estas son opiniones! i usted debe atender al corazon i a la doctrina. En el corazon de un gólgota encuentra usted franqueza, desinteres, verdad, i sobre todo la chispa de la libertad como la inspiracion de la divinidad misma. Nosotros los gólgotas no decimos libertad de sufrajio para trastornar elecciones por la violencia, nosotros no decimos libertad absoluta de la imprenta para fraguar revoluciones, que no son justificacables sino donde no hai imprenta libre ni sufrajio; nosotros no hablamos de fraternidad para aterrar, violentar i subyugar. Nosotros somos consecuentes con nuestros principios.

—Estamos tocándonos en muchos puntos, no es verdad?

—Fraternicemos, señor. Usted quiere votar?.....vote por mi candidato.

—Que es....

—El candidato radical.

—O vote usted por el mio, señor don Demóstenes.

—El conservador?....Imposible!

—¿I cómo iba yo a votar por otro, con todos los precedentes contra la Iglesia?

—I nos hará usted la guerra por el púlpito?

—Eso no, señor! sobre una mesa en la mitad de la plaza, si usted arenga sobre candidatura, arengaré yo despues, con la constitucion en una mano i el Evanjelio en otra.

—Pues no, señor cura: por mí no tenga usted cuidado. Lo que debemos es poner los ojos en jente buena, para que haga la dicha de la patria....i hablando de otra cosa, ¿no le parece a usted bueno que escribiéramos un artículo contra las autoridades de esta parroquia, que han descuidado tanto la cosa pública? Qué caminos! Llegué a Malabrigo descuartizado, i con una contusion a causa de que se atolló la mula conmigo entre unas palizadas sembradas entre el barro.

—Lo siento mucho! señor don Demóstenes.

—La posada! sobre todo. Una barbacoa dispareja i cundida de chiribicos....Oh, si no hubiera sido por Rosa!....I la cena....Gracias a Rosa, que me aderezó por ahí unas tostadas. Mucho me acordé de mis posadas de los Estados Unidos, señor cura!

—¿No será mejor denunciar a la vergüenza pública a nuestros lejisladores, a los tribunos, a los jefes de escuelas sociales, a nuestros políticos en jeneral, por tener el pais en postracion, a pesar de las loas de progreso, estando pisando los metales preciosos, i tantas fuentes de riqueza, i llevando ya cuarenta años de libertad?

—Pero las posadas, señor cura. Hai que darles un impulso. Yo le mostraré unos planos i vistas de algunas posadas de los Estados Unidos... pero, qué quiere usted?....la República modelo!....

—Es cierto, señor, la República modelo!.. .

—I a propósito de posadas, lo que sí me gustó fué una decoracion de mi posada, de un jénero romántico en grado superlativo: una portada de arrayan i flores, i la armazon de la cama cubierta de la misma graciosa invencion: es una idea mui pastoril.

—Eso lo usan mis feligreses de las estancias, cuando se administran

los sacramentos a los moribundos, así como es costumbre en Bogotá regar de flores las puertas i el zaguan.

—Moribundos? esclamó don Demóstenes con algun sobresalto.

—Fué que en esa cama murió en estos dias el padrastro de Rosa, i allí lo confesé yo: murió de la enfermedad que ellos llaman la *reuma gálica.*

—Con razon! ...esclamó don Demóstenes...pero en fin, con un buen articulito....está compuesto todo....ya verá usted.

La señora Patrocinio entró a este tiempo, i les interrumpió por dar al señor cura el recado siguiente:

—Manuela le pregunta qué dia será la fiesta.

—Dígale usted que el domingo siguiente a San Juan.....i porqué quiere saberlo?

—Ave María! señor cura! si esa niña no duerme, pensando en la pila que le tocó en el *reparto* de la fiesta de la iglesia, desde que supo que la Cecilia compone la otra. Dice que ella no se va a dejar vencer por su contraria.

Reparando entónces don Demóstenes una bellísima flor encarnada entre las que el señor cura traia del campo, le dijo:

—Qué hermosura! qué flor es esa?

—Es pasiflora, i se encuentra en los temperamentos de 70 grados de Farenheit, en bosques no mui altos ni cerrados, i en terrenos poco gredosos por lo comun.

—A mí me gusta la botánica, dijo don Demóstenes; pero no tengo lecciones prácticas.

—Oh, señor! la teoría sin la práctica, es como un libro en idioma estraño, que uno no haya aprendido, que dice cosas buenas, pero ahí se quedan. Yo soi aficionado, i sé dónde se encuentran muchas plantas curiosas..... ¡Qué recurso es para un pobre cura un ramo de las ciencias naturales! I no sé cómo no ha caido en la cuenta el señor Arzobispo.....Así es que si usted gusta haremos nuestras escursiones juntos.

—Mil gracias, señor cura.

—I tengo ajedrez i tablero de damas para que juguemos cuando usted guste, que será por la noche, porque en el dia no se puede.

No solo aceptó don Demóstenes las ofertas, sino que bendijo la ocasion de encontrar una visita segura para los dias de su permanencia en la parroquia. Se despidieron los dos personajes con disposiciones mui fraternales, como era de esperarse en aquellas circunstancias. *

CAPÍTULO IV.

EL LAVADERO.

No hai pasion que tenga mas alternativas ni peripecias que la de la caza. ¡Qué singularidades no encuentra el cazador en los bosques, en las pampas, a orillas de los arroyos, al pié de los peñascos i entre las

* Aunque sea cierto, por desgracia, que en la Nueva Granada tenemos curas que no corresponden en su instruccion, ni en su moral al estado de nuestras necesidades sociales, sinembargo, no nos faltaria entre los actuales un tipo, que por evitar personalidades no citaremos. De los que han existido nombraremos al doctor Ochoa, de Suba, al señor Céspedes, de Charalá, i no citaremos mas por no ser difusos.

grutas escondidas! La cornamenta de un venado puesta en los pilares de un corredor; el ave que adorna la mesa de un tirador de escopeta; la sarta de cráneos puesta en la choza de un calentano cazador de cafuches, ¿no son la historia de las mas singulares aventuras?

Pero ninguno, esceptuando el iniciado en los misterios de la profesion, conoce aquellos momentos de abatimiento en que regresa el cazador con armas al hombro, triste por la esperanza burlada, despues de tantas fatigas invertidas, de tantos goces malogrados en la infausta jornada! Como si cruzase entre los sauces del cimenterio de Bogotá, andaba don Demóstenes entre los dindes i los michúes oscurecidos en parte por las bejucadas de carare i tocayá, siguiendo una trocha de madereros, en busca de cualquier ave aunque fuera un *firigüelo*, cuando llegó a sus oidos un canto del lado de la quebrada. Aunque la voz no era de los pájaros que buscaba, le llamó la atencion; i con mil trabajos i agazapándose como el gato que se apronta para saltar sobre el incauto pajarillo, atravesó el enmarañado bosque hasta que se puso en un punto donde pudo ver perfectamente el ave que cantaba. Vió que era una jóven lavandera que divertia su soledad, soltando sus pensamientos i su voz, miéntras concluia su tarea. Los piés desnudos entre el agua, el pelo suelto, i cubierta con unas enaguas de fula azul que bajaban desde los hombros hasta las rodillas (traje que en los valles del Magdalena i en los del bajo Bogotá se llama *chingado*) i el cuerpo doblado para sumerjir la ropa entre el agua; tal era el espectáculo que divisó don Demóstenes desde su rústico observatorio.

Los golpes del lavadero i la tonada del bambuco que despertaban los ecos del monte, causaron tal impresion en el aburrido cazador, que se quedó como electrizado oyendo estos versos, acompañados por los golpes:

Los golpes del lavadero
Acrecientan mis pesares,
Haciendo brotar del alma
Suspiros por centenares.

La espuma del lavadero
Representa mis suspiros,
Que el aire los desbarata
En sus revueltas i jiros.

El sitio era pintoresco, i se habia acercado el cazador todo lo necesario para observarlo bien. Las ondas azules matizadas por la espuma de jabon, como el cielo por las estrellas en una noche de diciembre, se movian en arcos paralelos desde el lavadero hasta la barranca, de la cual colgaban verdes helechos. Se veian las sombras de las tupidas guaduas que circundaban el charco, con sus cogollos atados por las bejucadas de gulupas i nechas, cuyas frutas i flores colgaban prendidas de sus largos pedúnculos como lamparillas de iglesia en tiempo de aguinaldos.

Estático se hallaba don Demóstenes, i aunque tan adicto a la cacería, no se resolvió a hacer fuego sobre dos guacamayas, que por la caida de las frutas se hicieron sentir sobre el racimo de una de las cuatro palmas que con sus arqueadas hojas formaban la cúpula de aquel soberbio templo de la naturaleza.

Don Demóstenes hubiera tenido tiempo hasta de dibujar el cuadro

entero en su cartera; mas parecia que era en el alma que queria grabarlo, porque los instantes se le pasaban mirándolo, sin sentir el jejen ni los voraces zancudos. Por otra parte lo tenia indeciso el miedo de hacerla huir o avergonzarse por razon del traje tan de confianza que llevaba. Sinembargo, la indecision terminó por una tomineja, que cruzó haciendo levantar los ojos dulces, negros i afables de la jóven, que estaban en consonancia con los demas atractivos de su rostro. Mas el cazador tuvo la dicha de notar que su presencia no era molesta. Se acercó cuanto pudo, i como la urbanidad lo requeria, tuvo que saludarla.

—Qué haces? preciosa negra.

—Lavando, no me ve? le contestó ella con mui afable tranquilidad;....i usted?

—Cazando.

—I las aves?

—La suerte no me ha favorecido hoi, pues la guacharaca que maté se me ha ocultado, como si la tierra se la hubiese comido.

—Pues se busca hasta ver.

—Cuando Ayacucho no pudo!....Yo me vine porque ya no habia ni esperanzas.

—El cazador i el enamorado no pierden nunca las esperanzas.

—I tú sabes de eso?

—Por lo que uno oye a ratos a los demas.

—No has querido, pues, a ninguno de estas tierras?

—Ni ménos de otras; porque como dice la *canta:*

El amor del forastero
Es como cierto bichito,
Que pica dejando roncha,
I sigue su caminito.

—Bien picarona que serás tú....i dónde vives?

—Con usted.

—Conmigo!....Seria una dicha!

—I qué se suple, aun cuando así sea?

—Oh! seria mi mayor fortuna.

—Luego usted no es el bogotano que está posado en mi casa?

—No te he visto allí....i cómo te llamas?

—Manuela, una criada suya.

—Soi quien debe servir....Estoi recordando haber oido tu nombre en un baile de la parroquia, i aun haber visto tu sombra, tu bulto, tu semejanza, o no sé cómo diga, allá entre la oscuridad, entre las nubes del polvo i el humo de los cigarros; pero en la casa no recuerdo haberte visto en los cuatro dias que hace que estoi en la parroquia.

—Es porque he estado mui ocupada en la cocina....i sabe?.... vergüenza que le cojí desde el domingo a la madrugada.

—A la madrugada?....Qué hubo a la madrugada?

—Ave María! que tuve tanto susto cuando di contra su hamaca.... i tan cosquillosa como soi yo!.... Qué pensó usted que era?

—Yo estaba dormido; sentí el estrujon en efecto, i como percibí las undulaciones de la ropa, creí que seria algun huésped perdido de su cama; o alguna lechuza que huyéndole al dia se encaminaba para su guarida.

—Válgame!

—Hoi me alegro de conocerte para darte las gracias por tus cuidados en los dias que he estado en tu casa...i ahora sabiendo que tus manos...

—Lavan la ropa?

—Pues, francamente, es por lo que ménos, pues yo no soi del parecer de Napoleon, que decia que la ropa sucia no se debia lavar afuera, sino que me parece que se debe dar a lavar mui léjos, i creo que tú no debes ocuparte de ella. Me bastan tus cuidados, me basta que tus preciosas manos se ocupen de mi mesa; yo lo que deseo es tu amistad....

—I luego su *catira* que tiene en Bogotá?

—Yo?

—Ni nada!....*catira*, i con un lunar sobre el labio izquierdo, que le pega como trago en dia de San Juan.

—Has ido a Bogotá por acaso?

—Ni soñando!

—Ella ha venido?

—Con el pensamiento, quizas.

—Te han magnetizado?

—Pero quién? Cuando don Alcibíades trajo esa imprenta a la parroquia, yo no me dejé; con Marta no logró sino dormirla, i eso cuando no habia nadie mirando. Puede ser que a mi sia Juanita, la de la Soledad, la hubiera magnetizado: yo no supe por fin. Buen cachaco que era don Alcibíades, mejorando lo presente, aunque ingrato, segun dicen.

—Hai, pues, un misterio entre manos.

—Pues adivine.

—Me doi por vencido, Manuela.

—Se da por vencido i por corrido?

—Todo, todo, Manuela: lo que quiero es que me saques de la duda cuanto ántes.

—Pues vea! le dijo entónces la lavandera, señalándole un retrato en miniatura.

—Qué gracia!....En el bolsillo lo encontrarias, entre mi cartera.

—I un escudito: tómelo....i vi una trencita de pelo catire, i una cintica i otras cositas.

—Un descuido del indio; pero ya me la pagará. Suponte, ¡echar la ropa sin rejistrar los bolsillos!....así es que si tú fueras otra....!

Miéntras que don Demóstenes acomodaba otra vez el retrato dentro de la cartera, se hundió Manuela de un brinco en el charco para salir en la otra orilla, botando un buche de agua, i golpeando las ondas cristalinas con sus manos preciosas.

—I usted no se baña? dijo a su huésped: está el agua mui sabrosa. *

—Muchas gracias, Manuela: estoi sumamente ajitado.

—Es mucha lástima!

—Pero allá mando mi repuesto, le dijo don Demóstenes, haciendo consumir en el charco al tremendo Ayacucho, solo con botarle una piedra despues de haber escupido en ella.

—Esa la hago yo tambien, dijo Manuela, con aire de burla....Eche el escudo i lo verá usted.

* Si todos los detalles de este capítulo no fueran fiel retrato de costumbres, cuya verdad nos consta, temiéramos que se calificara de libre esta narracion. Sinembargo, a pesar de la aparente libertad que reina entre las calentanas, no hai disolucion sino imprudencia, que los usos disculpan. *N. del E.*

—Lo sacas?

—No le digo?....Pero coja su perro, no vaya i se eche al pozo. Hui! tan lanetas!....

Don Demóstenes cojió el perro con su pañuelo de seda, i en el acto se consumió Manuela en las aguas, para volver al cabo de dos minutos, mostrando el escudo en su boca, como el cuervo, que en las amarillentas aguas del Funza clava la cabeza i se hunde para reaparecer rio abajo, mostrando el pescado que acaba de prender; i nadando hácia la orilla se fué a entregárselo a su dueño, que tuvo a bien regalárselo por la gracia que en su presencia acababa de hacer.

Pero lo que don Demóstenes admiró mas de su linda caserita, fué la prisa con que se vistió al lado de una piedra, pues cuando ménos acordó ya estaba atándose las enaguas; bien es que todo su vestido constaba de unas enaguas de cintura hechas de bogotana, i de otras azules de fula igualmente de cintura; de una camisa de percal fino, de un pañolon encarnado que ella se puso por debajo de su negro i rizado pelo, con los hombros a medio cubrir. Roció las piezas de ropa que dejaba enjabonadas, i cojiendo en la mano una gran totuma con el jabon i los peines, dijo a su huésped:

—Nos vamos?

—Juntos? le respondió él, con mas contento que admiracion, por cierto.

—I eso qué le hace?....Sola o acompañada nadie me ha comido hasta la presente.

—I lo que dirán en la parroquia de verte ir de los montes con un cachaco?

—Allá en su Bogotá no van acompañadas las niñas que vuelven del rio de lavar o de bañarse?

—No, Manuela, ellas no van al rio, sino las peonas que llaman lavanderas.

—I las señoras no van a bañarse?

—Se bañan en sus paseos de familia, sin que al tiempo de estar en el pozo o rio, se acerque hombre ninguno; otras se bañan en sus casas. Ni creas que una señorita salga sola sino hasta despues de casada.

—¡Conque al reves de nosotras, que solteras tenemos la calle por nuestra, i el camino, i el monte, i los bailes, i cuanto hai; i despues de casadas nos ajustan la soga!

—Oh! las costumbres que varían tanto, segun lo estoi viendo..... ¡Cuándo en Bogotá caminábamos los dos así viniendo del rio de San Agustin o del Arzobispo!

—Es decir que cuando yo vaya allá, no saldremos juntos a la calle?

—Pues tal vez no, Manuela.

—I sale usted con una señorita?

—Con una señorita i la familia, sí; pero con la señorita sola, no. Ahora con una parienta, con una señora casada, sí es admitido en nuestra sociedad. Pero en los Estados Unidos puede un galan llevar en un carruaje a una señorita sola. Yo me acuerdo de haber llevado una señorita al teatro, i haberla devuelto otra vez a su casa, con tanta confianza como si hubiera sido mi hermana.

—De todo esto lo que sacamos en limpio, dijo Manuela, es que usted en Bogotá no andará conmigo, i tal vez ni aun hablará conmigo.

—La sociedad, Manuela, la sociedad nos impone sus duras leyes: el alto tono, que con una línea separa dos partidos distintos por sus códigos aristocráticos.

—Es decir que usted quiere estar bien con las jentes de alto tono, i con nosotras las del bajo tono; i yo no puedo ni aun hablar con usted delante de la jente de tono?

—Ni sé qué te diga.

—Pues me alegro de saberlo, porque desde ahora debemos tratarnos en la parroquia, como nos trataremos en Bogotá; i usted no debe tratarnos a las muchachas aquí, para no tener vergüenza en Bogotá, porque como dice el dicho, cada oveja con su pareja.

—Eso seria intolerancia, Manuela.

—Yo no sé de intolerancias: lo que creo es que la plata es la que hace que ustedes puedan rozarse con todas nosotras cuando nos necesitan, i que nosotras las pobres solo cuando ustedes nos lo permitan, i se les dé la gana.

El camino por donde tenian que andar Manuela i su compañero, era estrecho, ya por las piedras, ya por algunos troncos de palos gruesos. Don Demóstenes con toda la galantería del alto tono, instaba a su casera que siguiera adelante.

—Ni lo piense, le decia ella, manteniéndose parada con la mano en la cintura.

—Es el uso, Manuela: para entrar al comedor, o las salas, para pasar un estrecho que no da cabida mas que para uno solo, la señora ha de ir adelante. I al caballero, lo mismo, hai que comprometerlo a que siga adelante en señal de atencion. Si vieras tú las disputas que se ocasionan! Hai veces que la comida se enfría miéntras que en la puerta se pelea por no entrar primero!

—Pues aquí es al reves, a lo ménos en esto de ir adelante en las angosturas i en todos los caminos de montaña. El hombre va adelante, i con su palo o su cuchillo, aparta la rama, o la culebra venenosa; i en los puentecitos se asegura si están firmes o no están; la mujer va detras *escotera* o con su maleta, con el muchacho cargado entre una mochila. Ni tampoco les consentimos el que vayan detras, porque casi siempre hai rocío o barriales, i segun el uso de las trapicheras, vamos alzando la ropa con una mano adelante por no ensuciarla; o tal vez porque el uso nos agrada, porque segun me han contado hai pueblos en que ninguna se alza la ropa aunque se embarre hasta el tobillo, i si mal no me acuerdo, Ambalema es uno de ellos.

—Conque no sigues adelante?

—No le digo que no?

Tal vez no era un punto de política lo que hacia porfiar a don Demóstenes por ir detras, sino par ver caminar a Manuela, que tenia jentileza en su andar, belleza en su cintura i formas, que a favor de su escasa ropa se dejaban percibir como eran, como Dios las habia hecho.

Pasaban por debajo de un elevadísimo cámbulo, que, en cierto mes del verano, cambia de la noche al dia su color verde por colorado de fuego, sustituyéndose los ramos de hojas por ramos tupidísimos de flores, no quedando mas puntos verdes que las brillantes tominejas, que como esmeraldas flotantes revolotean en el afan de estraer con su fino pico la miel de cada una de dichas flores. En un gajo reposaba un pája-

ro, mayor que una paloma, blanco por debajo, i con las puntas de las alas pardas, de una cabeza enorme i de pico corvo i pequeño. Iba a tirarle don Demóstenes, pero Manuela le bajó el brazo, diciéndole con precipitacion:

—Es pecado!

—Cómo!

—Porque se come las culebras. Vea mas adelante el nido. ¿Pues sabe que cada vez que trae que comer a su hijitos es una culebra? i en seguida se pára en ese gajo i canta ese *cao, cao, cao!* tan seguido que usted habrá oido.

—La naturaleza es tan sábia!....En efecto, se haria un mal a la sociedad matando ese bravo esterminador de los reptiles venenosos.

—No le digo que es pecado?

—Pero presentarme con las manos vacías es una vergüenza grande! la fortuna que nadie nos vé....es un lugar tan corto la parroquia!

—No dicen que en los lugares cortos es donde se repara todo?

—Tambien es cierto, Manuela. Bogotá es una montaña donde cada uno anda como quiere, i sin que nadie lo repare.

—Pero andando uno bien, qué hai con que sus pasos sean vistos de todos?

—Dices bien, Manuela.

Así conversando, entró el cazador a la calle de la parroquia sin llevar ni un pajarito de los mas comunes. Era dia de trabajo, i no se veia mas jente que un hombre de ruana colorada, parado en su puerta tajando una pluma, sin mirar a parte ninguna.

—Quién es ese literato? preguntó don Demóstenes a su honrada lavandera.

—El viejo Tadeo, la *cócora* de todos nosotros.

—Cómo?

—Que es el que mas sabe aquí; i al que coje entre ojos se lo come crudo en ménos que se lo digo.

—A los tontos quizá.

—Sí? ... Ya veremos.

—Veremos?.... Ja, ja, ja, ja!

—Pues descuídese, i no le ande con muchas atenciones, i verá hasta dónde le da la agua... A mí me tiene *aburrida* ese viejo: yo le contaré eso despacio. No lo ve que se parece al gato colorado de casa?

Don Demóstenes entró, sonriendo, a la posada.

CAPÍTULO V.

EL TRAPICHE DEL RETIRO.

Don Demóstenes se habia quedado esperando la esplosion del Retiro, como el cantero que en las minas echa taladro, pisa el saco, i prende luego la mecha. Véamos, pues, qué cosa es el Retiro. La esplosion que esperaba era la contestacion de una carta, segun lo verá el que se tome el trabajo de leer este capítulo.

El Retiro es un trapiche que está metido en las quiebras de un terreno montuoso, al cual no se llega impunemente, como decia Calipso de

su isla, porque está fortificado, especialmente en el invierno, con fosos llenos de barro i con angosturas i bejucadas. La obra principal se llama ramada, i es un cuerpo de edificio ancho i mui prolongado, i sin mas paredes que los estantillos o bastiones, la cual abriga la máquina de esprimir la caña, las hornillas, i los cuerpos humanos, que en ocasiones amanecen por allí botados, cuando la molienda es apurada en estremo.

Los contornos de esta fábrica del Retiro harian reventar de pena el corazon de un radical, porque los grupos del bagazo, el tizne de la humareda, la palidez de los peones, el sueño, la lentitud i la desdicha, no muestran allí sino el mas alto desprecio de la humanidad. Las tres razas, a saber, la africana, la española i la india, con sus variedades, se encuentran allí confundidas por el tizne, la *cachaza*, los herpes i la miseria, de tal manera que no son discernibles ni aun por un norteamericano, que es cuanto pudiera decirse: tal es la degradacion de los proletarios del trapiche del Retiro.

Pero un diamante resplandecia en aquel sitio de miserias i desdichas i era la señorita Clotilde, que se habia puesto al frente de los negocios domésticos, desde que su delicada madre no pudo resistir a las malas influencias de los miasmas, de la soledad i de las plagas de los trapiches. El corazon de Clotilde no se habia encallecido con la frecuente vista de los molidos en el trapiche, ni de los quemados en los calderos, ni de los cuadros de estúpido libertinaje, que se tienen como un mal necesario. Por el contrario, sus lágrimas rodaban sobre la lepra, i se oian sus tiernos suspiros al racionar a la jóven que, separada de su madre para sacar su tarea de trapiche, dormia sobre el bagazo entre la brutal peonada.

Pero no era sobre las aras de la *plata* que don Blas, el tierno padre de Clotilde, hacia el sacrificio de su hija. Era que no habia encontrado quien le administrase su hacienda, aun cuando ofrecia la tercera parte de las ganancias, porque él conocia que, pagando una miseria, no se encuentra administrador para un trapiche.

La señorita vivia sin amigas ni trato humano, porque las arrendatarias habian sido educadas en el Seminario del trapiche, que es como criarse en los cuarteles; pero contaba con una vecina a legua i média de distancia, que era su único consuelo. Era Juanita, la hija de don Cosme, el dueño del trapiche de nuestra Señora de la Soledad, el cual aunque de distinta opinion que don Blas, conservaba con éste regular armonía i se visitaban cada tres o cuatro meses, cuando sus negocios lo requerian. La señora Juanita, a pesar de sus sufrimientos de nervios i del corazon, era hermosa i de facciones mui agradables, aunque sombreadas constantemente por las huellas del dolor.

La huerta i las aves, el baño i algunas veces la lectura, eran el alivio de Clotilde en las horas desocupadas; pero hacia tres dias que ni aun el cuidado de los árboles le gustaba. Unos toches que estaba criando con esmero; las criadas i hasta las trapicheras habian notado la displicencia con que su señora lo miraba todo. Era la causa de esto una carta que habia recibido de la parroquia.

Juanita era su paño de lágrimas, como decia la misma Clotilde, i en consecuencia se resolvió a escribirle una esquela que decia:

" El Retiro, junio 8 de 1856.

"Mi querida Juanita: Necesito que me vuelvas una visita que me debes. Me ha sucedido una cosa de tanta gravedad que ni aun confiarla puedo al sijilo de una carta. Tengo afliccion, incertidumbre, miedo....no sé. Ven corriendo al consuelo de mi aflijido corazon. Dí que estoi mala. No dejes de venir por cuanto hai en el mundo! Yo te contaré, Juanita.

Tu amiga, CLOTILDE."

A las once del dia siguiente se presentó Juanita en el Retiro con su acostumbrado traje negro, todo salpicado de barro, i su velillo despedazado por las *chamizadas* que embarazan el camino. La acompañaban su padre i uno de sus hermanos. Los cariños i los abrazos de la primera vista seria imposible describirlos; baste decir que las lágrimas vinieron en refuerzo de tan escesiva alegría.

—Conque qué ha sido? preguntó Juanita a su vecina, cuando ya estuvieron en su cuarto.

—Perdóname, Juanita, tú sabes que en estos desiertos no tengo mas consuelo que tu amistad.

—Porsupuesto, Clotilde; pero qué es?

—Una cosa mui grave.

—Alguna enfermedad?.... I se me pone que es en el corazon.

—No seas tonta!

—Por fin asomó fuego a la cumbre del frio Tolima? Por fin!....

—Entónces no te digo nada!

—Dí, dí cualquiera cosa que sea, que puede suceder que yo te consuele.

—Una carta: me lo crees?

—De don Narciso?

—El no me ha vuelto a decir nada....ni aun ha venido en las dos semanas pasadas.

—I entónces?

—Un señor que está en la parroquia.

—Ya lo sabia yo, porque una arrendataria me lo dijo, i hasta sabia que te *echó flores*.

—Cuando llegamos a desmontarnos en casa de Manuela, lo encontramos allí posado. Mal hecho de doña Patrocinio, no te parece?

—Pero allí posó tambien Alcibiades.... Manuela es mui formal: les oye i coquetea; pero de allí no pasa. Pero la carta, la carta!

—Vamos a la huerta para leerla mas a gusto.

Al entrar no mas encontraron un camino de hormigas de a cuarta de ancho, i a otros pasos el esqueleto de un naranjo dejó suspensa a Clotilde.

—Qué fuerza de destruccion! esclamó, juntando las manos, con el mas compasivo ademan. Hace dos dias que este naranjo ostentaba en sus hojas i flores mas vida que una muchacha a los quince. Lo que es la union, el plan i la constancia, no, Juanita?

—Ojalá que estos bichos no fueran tan constantes!.... No les has hecho remedio?

—Pu!.... Papá les ha dado píldoras de antimonio, les ha quemado azufre, les ha pisado las bocas de los hormigueros, i les ha hecho todo lo

que los periódicos han aconsejado; pero ellas no se han dado por notificadas. Yo solo he visto acabarse un hormiguero cavándolo, i quemando las hormigas una por una.

—Pero la carta....

—Vamos a sentarnos debajo de los pomarrosos, que son mas tupidos que los mangos.

Así que las dos amigas se sentaron en un sitio oscurecido por la densa ramazon de los árboles, oyó Juanita leer lo siguiente:

"*Parroquia de.....junio* 8 *de* 1856.

Desde el domingo, dia en que tuve la dicha de conocer a usted, no he cesado de admirar las perfecciones que la adornan: esto es un deber. Lo que es divino tiene que arrastrar el culto de los humanos.

La dicha de acercarse a usted i de poder tributarle homenajes, es cuanto un mortal puede apetecer.

La amistad de usted seria la felicidad suprema para el mas rendido servidor de usted.—D."

—Qué te parece? le preguntó Clotilde a su bella amiga.

—Que no es nada.

—Cómo?

—Nada, nada!.... Si vieras las cartas de Alcibiades! Eso sí es puro fuego! Eso sí es hablar al corazon! Pero esta no da ni muestras de estar flechado el candidato.

—I entónces, porqué me escribe?

—Porque no tiene con quién conversar en la parroquia, por matar el tiempo, o (como dicen ellos) por tentar vado.

—Imposible! Yo no lo puedo creer.

—Lo que oyes, Clotilde! será rico o tunante i piensa divertirse....

—No digas eso, Juanita: ni es creible tampoco.

—Estás mui boba todavía, Clotilde.... I bien, te gusta?

—Es mui buen mozo! i si vieras con qué gracia se viste. No tiene audacia en sus miradas, i sino engaña su fisonomía, es un hombre humanitario.

—Te gusta mas que don Narciso?

—Su fachada deslumbra; pero no sabemos.....

—Adios del otro!

—No, Juanita, no es que yo lo prefiera, eso no! pero tiene don Demóstenes un no sé qué....

—I de palabra te dijo algo?

—Ni sé, porque fué tal la vergüenza! ya ves, metida una por aquí entre el monte....

—Dices bien.... Qué hiciera yo para conocerlo?....Pero, sufriria... Tengo tan presentes mis males! Con aquella facilidad que una le abre su corazon a una persona desconocida i le entrega su suerte, su existencia....!

—Sí, Juanita, parece increible.

—Pero tan cierto es, que aquí estoi yo que lo diga. Es porque no hai plaza segura en el sitio, si adentro hai partidarios de quien la ataca.

—Cómo? Juanita.

—El corazon, no ves, Clotilde? Bien pudiera la educacion, la inteligencia, la reflexion, ser una impenetrable muralla; pero cuántas veces

en el corazon mismo se abre la brecha i las fortificaciones caen. Por eso se ven conquistas de un dia para otro. ¡Cuántas lágrimas me causan hoi los contentos de que goza Elvira, despues de dos años de casada con el que yo despreció por Alcibiades! Así te digo, Clotilde, que si es tiempo todavía, tengas presente que a don Narciso lo conoces, que hace años que te quiere, que simpatiza con tu familia, i que.....

—Juanita! por Dios!

—Es que no sabemos lo que puede suceder de un momento a otro: el amor es traidor en ocasiones.

—No te comprendo, no sé si hasta me injurias.

—Injuriarte?....Tú eres la que profieres una injuria contra tu amiga.

—A esto fué que vinimos al asilo sagrado de la amistad? Para esto es que dos corazones se abren? dijo Clotilde, estrechando en sus brazos a su amiga i vertiendo un rio de lágrimas, como si se tratase de la muerte de una persona querida.

—Estás conmovida, le dijo Juanita, cálmate i escúchame.... Yo me espanto hoi como la cierva que una vez se ha escapado en una de estas sendas enmarañadas, de una de las *trampas de lazo* que ponen nuestros arrendatarios, i vuelve a ser cojida. Recuerdo todo lo que de Alcibiades me decian tus hermanos; ellos, que sabian mas del mundo que lo que yo podia saber en las cuatro paredes de mi cuarto.

—I qué hacemos de la carta?.... Yo lo que siento es el haberla abierto sin licencia de Papá.... Tengo algunos borradores escritos, me ayudas a contestarla?

—Animándolo a sostener correspondencia?

—No, no, Juanita!.....Para qué echarme a cuestas ese trabajo, cuando yo no pienso....

—Es lo mas fácil. Esta noche si quieres.

—Corriente!

Los dos trapicheros i el hijo de uno de ellos se habian quedado en el corredor conversando sobre la profesion.

Habian comenzado por elecciones; pero como don Cosme era un liberalon de siete suelas, i se lo iba entripando a don Blas, que era poco tolerante, tuvieron a bien el doblar la hoja.

—I qué tal de peones? le preguntó don Cosme a su comprofesor.

—Me llueven, le dijo don Blas.

—A mí se me iban escaseando; pero le mandé picar el rancho a un arrendatario que se me estaba altivando, i temblando o no temblando, están todos ahora obedientes. No hai cadena tan poderosa como la de la tierra....Me obedecen de rodillas el dia que yo quiera. Porque figúrese usted que les arrendáramos aire, así como les arrendamos la tierra que les da el sustento; con cuánto mayor respeto nos mirarian estos animales!

—Pero i aquello de la proteccion al proletario i del socorro a los pobres?

—Ba, ba, ba!....Eso fué en la Cámara de provincia que lo dije, i en un artículo que escribí; pero usted no me vió despues comprar tierras en el Magdalena i poner esclavos a que me cosechasen tabaco i me sembrasen pastales; i despues vender aquello i comprar un trapiche?

—Solo que así! le contestó don Blas.

—I de cañas qué tal, se *parará* usted?

—Pararme?....Tengo siete hanegas de cañas, tan buenas que ningunas les igualan.

—I yo tengo catorce.

—Magnífico!

—I cuánto muele usted?

—Cien botijas por semana.

—Es mui poco esto, cuando yo, con ménos mulas i con ménos peones, muelo ciento cincuenta.

—I no sabe usted que el trapiche del Purgatorio se parará desde la semana entrante?

—Sí, señor, i que el de la Hondura está en vísperas de pararse.

—Pues viva la patria! porque entónces se nos *alza* la miel a los que nos quedamos andando.

Miéntras que los señores trapicheros conversaban de esta suerte, las dos señoritas habian pasado a tratar del socialismo, cosa que les parecerá mui estraña a mis lectores.

—I cómo es eso? Juanita, preguntaba Clotilde a su amiga.

—Pues que hai una escuela que quiere que hagamos nuestro 20 de julio, i nos presentemos al mundo con nuestro gorro colorado, revestidas del goce de nuestras garantías políticas.

—Será que dicen.

—Que escriben.... Desean que votemos, que seamos nombradas jurados i representantes, i todo eso.

—I para qué?

—Para elevarnos a nuestra dignidad, dicen.

—Con que respetaran nuestras garantías de mujeres, con que hubiera como en los Estados Unidos, una policía severa en favor de las jóvenes...

—Cómo, niña!

—Pues no ves que porque nos ven débiles i vergonzosas, i colocadas en posiciones difíciles nos tratan poco mas o ménos; i ahora a las pobres!....eso da lástima. ¿Hai infamias por las que no hagan pasar a estas desdichadas arrendatarias, nada mas que por ser mujeres i mujeres pobres?....Por eso te digo, Juanita, que con que nos trataran con la dignidad debida a nuestro sexo, aunque no nos invistieran de los derechos políticos, no le hacia. ¿No has reparado cómo nos trata don Diego? I hasta el beato de don Eloi?

—No.... lo que me parece es que son mui tratables.

—Eso de dar tanto la mano, i apretársela a una tanto! i sobársela!

—Eso qué tiene!

—Que acabando de apearse de su mula corren el riesgo de haber enderezado la silla i cojido el sudadero con la mano....

—Pues hai mas que pedir permiso i correr a bañarse una de pronto cuando le dan la mano?

—I que tienen tambien el resabio de saludar a las chicas con uno o dos años de descuento en su propia edad.

—Cómo, Clotilde?

—Con palmaditas o cariñitos, como a las chicas.

—I si nos gusta?

—I si no nos gusta?....I ahora sus equívocos i sus chancitas, que le hacen salir a una los colores a la cara?

—Eso es porque son jocosos, nada mas.

—Es porque no respetan ellos nuestras garantías de pudor, que son la base de nuestra soberanía; i luego nos halagan con la esperanza de hacernos *juradas!*.....Ahí está la pobre de Pia tan graciosa i tan jóven, condenada a la degradacion por causa del dueño de tierras, forzándola a asistir al trabajo del trapiche, entre una peonada corrompida, sin reglamentos ni inspeccion de ningun jénero. Pobre Pia! cuando solia venir a trabajar a este trapiche, yo la cuidaba i la aconsejaba hasta donde podia.

—Pero si te digo que en esta materia todo el mundo es Popayan!

—Pero en algunos se hace mas notable, porque siempre están hablando de libertad, i de fraternidad, i de proteccion a las clases desvalidas.

Por la noche, cuando todos estuvieron acostados, i las amigas instaladas en el cuarto de Clotilde, se abrió la sesion sobre el negocio de la carta.

—Aquí está el proyecto de contestacion, dijo Clotilde, lleno de borrones i de majaderías; pero tú me ayudarás, sin duda.

—A ver, dijo Juanita.

—Déjamelo leer a mí.

"Señor don Demóstenes....

—Te *pelastes*, esclamó Juanita. El *don* no es castellano granadino; por lo ménos no lo es oficialmente. *Don* no se escribe nunca.

—Pero no se habla? I como se habla, no dice la ortografía que se ha de escribir?

—Entónces los bobos serán los republicanos que abolieron el *don* de los discursos i de los oficios i lo usan de palabra.

—No tan bobos, que el *real* no lo abolieron, sino que lo adoptaron, i con alma, vida i corazon.... Pues dejémoslo sin borrar, i sigamos.

"Señor don Demóstenes, continuó leyendo Clotilde, contestando a la mui apreciable de usted, le doi las gracias por las perfecciones que usted se digna atribuirme, i por la oferta de su amistad. Mas, si la carta de usted fuere una manifestacion amorosa, que, porsupuesto, tiende al matrimo....

—No, niña de Dios! Eso hai que borrarlo, aunque sea con el codo, porque ellos nos levantan que andamos siempre a caza de casamiento.

—Pues lo borramos, i adelante.

Correjida i enmendada la carta, la copió Clotilde en mui regular letra i la pegó con oblea blanca, porque no hubo de otro color, i la guardó para mandarla con Manuela, que debia venir al otro dia por cuatro totumadas de miel para su fábrica.

La vela se estaba acabando, i al abrir la ventana que daba al campo, oyeron las tiernas amigas un canto que no sonaba mui léjos. Pusieron atencion i oyeron lo que sigue:

Dicen que los celos matan:
Los celos no matan, no;
Pues si los celos mataran,
Ya me hubiera muerto yo.

Me decis que teneis una:
No solo una, sino dos!
De lo que vide aprendí:
Porqué me enseñásteis vos?

A estos acentos acompañaba el crujido de la máquina del trapiche, que resonaba como el canto mas lúgubre que pudiera producir un concierto de los infiernos para el tormento de las almas.

—Es mui tarde, dijo Clotilde. ¿No oyes el canto en diálogo de los dos trapicheros?.... Es que ya pusieron *la molienda del primero.*

—Porqué será tan triste todo lo del trapiche?

—No ves, Juanita, que se trabaja contra las estaciones, contra la sazon, contra la humanidad, contra la razon finalmente?

—Cómo así, Clotilde?

—Se muele todo el año caña pasada o biche; se hace envilecer i degradar el ente físico i moral con las trasnochadas i el desenfreno; se raciocina sobre los datos falsos de arruinar los animales, los hombres i las cosas para obtener de prisa lo que por el órden natural sucederia por caminos mas seguros i con mas lucro pecuniario.

Sobre lo último desearia que te esplicases.

—Tú eres trapichera como yo, mi querida Juanita, conoces los secretos de nuestra profesion, i sabes que yo no exajero. Fuera de las dificultades de los caminos para las mulas cargueras, en que se les hace brincar zanjas con cargas de a doce o catorce arrobas, o rodar por los despeñaderos, te citaré un solo caso de mal raciocinio. Hai, por ejemplo, que hacer un puente para que pasen las mulas? Pues bien, se hace de balso o de guarumo para tener que reconstruirlo tres veces en un año, o se manda echar bagazo sobre el chorro o manantial. Surje el mismo obstáculo a pocos dias para las bestias? Pues se echa mas bagazo. Se forma un piélago de barro, que embaraza mas el paso? Pues se repite la operacion, hasta inutilizar el terreno i tener que echar por otra parte.

—Es verdad el bagazo es la *materia prima* de los trapicheros para puentes, para alumbrado, para techos, para cobertores i sábanas, para tapones, para leña i para adornos.

—Niña! esclamó Clotilde, son las dos de la mañana, i nosotras trasnochándonos de cuenta de gusto, escribiendo cartas sin estar enamoradas.

—Pues durmamos, dijo Juanita.

Por la mañana, ántes del almuerzo, fueron las dos amigas al trapiche, que distaba poco de la casa de habitacion. El espectáculo de unas peonadas, tendidas en el bagazo, i de un *chino* que estaba desnudo, desayunándose con caña, sarnoso, barrigudo i lleno de bubas, fué lo suficiente para hacer volver la cara a Clotilde, a tomar por otra entrada.

Miéntras las señoritas visitaban la alberca de la miel, la cocina i un caedizo en donde estaba acostado un peon que se habia quemado en un fondo de miel hirviendo, en la quebrada conversaba la cocinera de peones, despues de haber llenado su calabazo de agua, con Rosa, que estaba de cañera, i amolaba su machete en la piedra del lavadero.

—Antoja Mónica, no sabe que le van a agrandar a la cabuya?

—Mas? Antoja.... Tras de tener ya 18 brazadas de los brazos de ese condenado capitan, que así los diablos lo han de medir a él en los infiernos.

—I otra cosa!.... Que en la casa grande están bravos con los que vivimos *mal*, como dicen los blancos.

—Esos son cuentos! Ellos por no quedarse sin peones no nos hacen casar jamas. I que hai otra cosa....

—Qué? Antoja.

—Que en la casa grande hai tambien amor.

—De véras? Mónica.

—*Pus* sí.

—I eso?

—*Mi sia* Clotilde.

—Ahí sí meto yo mi brazo en la candela, i no se me arde, dijo Rosa.

—Conque la misma criada de la casa grande, que lo vido i me lo contó no hace nada.....

—Pero qué vió?

—Escribiendo una carta para un cachaco que está *posao* en la casa de la niña Manuela, mudando temperamento i recojiendo cucarachas.

—Serán cuentos; o la carta será en contra. Ya verá usted cómo eso no es asina.... i hasta luego, que se me hace tarde.

—I qué afan nos corre? todavía no son ni las ocho siquiera: el dia no es el que trabaja sino es el peon.

Juanita hizo una visita de dos dias a su vecina, i por cierto que la dejo consolada.

CAPÍTULO VI.

LA LÁMINA.

En la semana siguiente pagó Clotilde la visita a su querida vecina; i como para Juanita no habia en la Soledad otro placer que el retiro, la lectura i el baño, despues del almuerzo la invitó al Silencio.

Era el Silencio un charco escavado por una quebrada que golpeaba repartiendo sus aguas en varias porciones, perdiendo el color del cristal por los rechazos de las piedras sobre que se estrellaban. Todo el recinto lo cubria con sus brazos horizontales una estraordinaria ceiba, el único de los árboles que tiene su cepa mas delgada que la mitad del tronco, la cual se eleva como torneada columna hasta la altura de veinte o mas varas castellanas. El cajeto i el amé rodeaban por mas abajo las orillas del charco, i en la márjen habia helechos. Era hondo el pozo, i en él se podia nadar con toda la comodidad apetecible.

Fuera del golpear de las aguas en los contornos de aquel charco, no se oia sino el quejumbroso arrullo de la pechiblanca, que de tiempo en tiempo despide un sonido en *sol* de flauta: hu, hu, hu! que es el melácolico jemido de todas las palomas; sintiéndose tambien a ratos el chillido periódico de la guapa que vela su nido, colgado de un gajo de la ceiba a manera de un bolsillo, con un cabestro de una vara de largo, tejido de mui finos bejuquillos. Para llegar al Silencio se camina por una senda impenetrable a los rayos del sol, i a las miradas de los pasajeros, con escepcion del ciudadano Dímas i del ciudadano Elías, que todo lo penetran por sus fueros de cazadores raizales.

Clotilde tenia sus principios propios acerca del baño, como los tenia acerca del baile, que ambas cosas tropezaban con su habitual pudor.

Despues del baño siempre leia Juanita, miéntras se le secaba el pelo. Clotilde era mas escrupulosa para las novelas que Juanita: solo leia las que su padre i sus hermanos le indicaban: las demas eran como prohibidas. Qué adelantamos nosotras en nuestro retiro, le decia a su amiga,

con enardecer la imajinacion con pinturas exajeras, i nuestro corazon con emociones apasionadas? Los hombres, viajan, varían de objetos i disipan o disminuyen la idea fuerte de que se impresionan. Pero nosotras?....

Habian llevado libros; pero miéntras se oreaban los trajes i se secaba el pelo, lo que hizo Juanita fué contarle sus celos a su amiga, capítulo de sus aventuras que hasta entónces le habia ocultado, por mui doloroso tal vez. Sentadas sobre un pequeño barranco alfombrado de menudos helechos, con el pelo suelto i la peinilla en la mano, i casi tocadas por las flores entre rosadas i blancas del amé, que las cubrian por encima, Juanita comenzó así su narracion.

—Me habia dicho Jacinta, mi criada, que el segundo tomo de mi Ivanhoe estaba en la tienda de la Lámina i que a la hora de misa podríamos pedírselo desde la puerta si yo queria. I yo me habia figurado que seria una tienda como esas que llaman del Árbol, del Buei o del Tigre, que hai en los Portales de Arrubla.

Efectivamente, al pasar una mañana a las seis, mi criada me indicó la referida tienda. Puse, sin advertirlo, un pié en una grada de piedra, i al llevar el otro al otro lado del umbral, vi peinándose a la tendera, jóven, blanca, de ojos bellísimos aunque rodeados de lijeras sombras, i de traje mui casero, al parecer, la cual me dijo en el acto:

—Siga usted!

—Dispénseme usted, le dije, echando un pié atras con precipitacion.

—Es aquí, mi señora, en donde está su libro, me dijo la criada, no tan pasito que la jóven no lo entendiese.

Ahora se hace obligatorio que usted me diga el objeto de su llegada, pues veo que estoi comprometida, a causa de algunas sospechas..... me dijo la jóven.

—Era que me habian dicho que usted tenia un libro....

—Tengo algunos, es verdad.

—Un Ivanhoe?

—Con una lámina iluminada.

—El segundo tomo?

—Cabal.... i miéntras lo alcanzo puede usted tener la bondad de sentarse.

Yo me quedé parada i miéntras la jóven trasteaba sobre una mesa donde habia frasquitos, peines, frutas, flores i libros, i pasaba a rebuscar en una caja, recorrí lijeramente con la vista la estrecha tienda de la jóven; ahora conozco que hice mal, mi querida Clotilde, i que ninguna otra señora lo habria hecho; pero lo hice sin advertir, sin caer en cuenta, por mi misma inocencia.

Era la tienda una pieza de siete varas en cuadro, a lo sumo, de paredes en parte empapeladas i en parte cubiertas de grabados de modas, de retratos de granadinos ilustres i de granadinos ridículos, como, por ejemplo, una lámina de tres bobos. Entre los ilustres habia tambien caricaturas de aquellos que han pasado por las dos faces del prisma de la vida, auje i caida. Estaba en el frente una cama de vistosas cortinas i lazos de cinta, i de un lado estaba un canapé de zaraza i al otro la referida mesa. En un rincon se determinaba por la ceniza i hollin, un fogon que estaba situado en un pequeñísimo departamento de cocina, i en su inmediacion, al pié de un tinajero, funcionaba, como cocinera, una mujer

que no inspiraba curiosidad ninguna. En el rincon opuesto se veia un ropero, del que colgaban trajes de lujo, i un sombrero a la pastora.

Aquí tiene usted el libro, me dijo la jóven.

—Mil gracias, le dije yo tratando de salir de pronto.

—Me interesa, sinembargo, que usted sepa de qué manera vino ese libro a mis manos, no sea que usted juzgue mal de mí.

—No tenga usted cuidado: estoi segura de que usted lo compraria.

—No, señora: el libro, aunque ha sido estraido del poder de usted, no ha sido comprado por mí.

—Pues no puedo dar con la persona que lo ha sacado de mi poder.

—Yo puedo mostrársela, si usted gusta, para que en lo venidero no se fíe usted de nadie.

—Pues no seria malo conocerla, por sí o por no.

—Aquí está, dijo la jóven, volviendo un retrato que tenia allí puesto al reves contra la pared.

—Él? dije yo, a punto de caerme, porque mis piés no me pudieron sostener.

—Siéntese, me dijo la jóven, con mucho cariño. ¿Qué tiene usted, mi señora?

—Es que el aroma de las azucenas de su florero....

—Pues recuéstese en el canapé, i que la criada corra por entero el bastidor de percala, con que nos ocultamos de las miradas de los que transitan por la calle.

—De ninguna manera, porque me voi.

—Está usted indispuesta de manera que no puede dar ni un solo paso....caeria usted en la calle.... Huela usted este frasquito....

—I porqué le regalaron a usted ese libro? le pregunté como involuntariamente, cuando me vi restablecida de mi acceso.

—Fué que me trajo ese señor libros para leer i se debió de olvidar de la entrega de éste, i deseaba yo devolvérselo a usted desde que vi su nombre, porque yo sé lo que es una obra manca.

—I me conocia usted?

—Sí, señora, porque usted vivió encima de mí, i yo debajo de usted.

—Cómo?

—Fuí arrendataria por muchos meses de una de las tiendas de don Cosme, el padre de usted; i el cuarto de usted quedaba casualmente encima. Así es que, cuando daban alguna serenata en la calle o tocaban el piano, a mí me tocaba mi parte.

—Pues me voi, le dije yo entónces, tomando mi cotidiano i mi camándula de sobre la mesa, donde la habia yo puesto sin saber lo que hacia, i mui arrepentida de haber entrado a la tienda.

—Si usted no está mui de prisa ...

—Mucho; porque salí a misa, i tocan en la Concepcion en este instante. Me voi!

—Pero le importa a usted saber un secreto.

—Lo doi por sabido.

—Es sobre su vida: créamelo usted!

—Otro dia, porque me voi a misa.

—Seria tarde, mi señora, me dijo, con una espresion de respeto, de interes i de ternura, de esas que arrancan aun las prevenciones mas fuertes.

—De mi vida, decia usted? le pregunté, cayéndome de nuevo en el canapé, temblando de miedo i de vergüenza.

—Sí, señora, i yo la aprecio a usted mucho, para despreciar esta ocasion de salvarla.

—Pues, dígamelo; pero pronto, porque me voi.

—¿No es verdad, mi señora, que ha muerto del tifo una criada de la casa de usted, en la semana pasada?

—Cierto!

—I que uno de los niños estuvo desahuciado?

—Pero a qué conduce todo esto? Dios mio!

—Que yo puedo evitar ese mal de que está contajiada su casa. Pero es menester que usted me atienda mis esplicaciones sin afan i....si usted me dispensa, sin prevenciones.

—Prevenciones yo? con usted?....

—Es verdad, usted es mui señora. Usted me ha mirado sin irritarse, por lo ménos sin dar a conocer el odio. Se ha hecho indiferente como si tal cosa no hubiese pasado, como si no me hubiese nunca conocido.

—Sí, como que la vi un dia en la puerta de su tienda.... i así una que otra vez, pero no la recordaba bien: lo cierto es que hoi no la conocia.

—Sí, señora, la prudencia o bien sea el verdadero señorío; porque ese dia que ese señor me alzó a mirar llevándolas del brazo a usted i a la otra señorita de su casa, i que yo le contesté con poca discrecion, la vi palidecer a usted; pero despues ni una mirada, ni un jesto siquiera... porque usted es verdaderamente señora.... Conque me recuerda....! Pues como le decia, yo fuí arrendataria de una de las tiendas de debajo de la casa de usted, i no hace sino unos pocos dias que me fuí a otra parte, i con pena, porque es cierto que la calle me gustaba infinito. Yo tenia buenas vecinas, i entre ellas Dolores, la otra criada de usted, que solia hacerme sus visitas, siempre que podia la pobre.

Es una vida mui particular la nuestra: guarecidas como las ratas entre los cimientos de las mejores casas de Bogotá, somos como de nacion separada. Teniendo relaciones íntimas con la sociedad, la sociedad nos desdeña; así es que no se ve que nadie nos salude por la calle, como si fueramos judías de los tiempos antiguos.

Pues bien, una de mis vecinas era la niña Modesta, que no se metia ni en bueno ni en malo, que bien puede arder la cuadra que a buen seguro que ella diga "esta boca es mia." Da gusto ir a visitarla porque su tienda es un jardin: tiene tazas de rosas, de zulias, de hortensias, i hasta una olla con una mata de plátano.

—I con qué objeto va usted a describirme las tiendas?

—Porque es menester así, para un denuncio terrible que afecta la existencia de su familia; sobre todo la preciosa vida de usted.

—Pero dígamelo presto, porque me voi.

—La otra de mis antiguas vecinas es la curtidora, que con su propio gargüero i el de una guacamaya i dos pericos de cabeza colorada que tiene, atruena toda la cuadra, i hasta las que le siguen. Allí deposita un curtidor sus pieles frescas, i aun ella, que es un poco descuidada, conserva comunmente atados de ropa mugrosa; aparte de que el rincon en que duerme el marrano que está cebando, no se barre nunca.

La comunista es una mujer mui trabajadora: aplancha, cocina mazato, suele sacar aguardiente, compra menudos para hacer almuerzos los

domingos, i tiene fábrica de labrar estaño, o fundicion, en donde se funden soldaditos, jenerales, coches i cruces. Esta tienda queda debajo del cuarto de Dolores, quien me ha dicho que de noche parece un horno; i fué la que primero cayó con tifo; porque hemos de estar, mi señora, añadió la jóven, en que yo conozco a palmos la casa de usted, i todo lo que pasa sobre el tifo, i algunas cosas mas.

La otra tienda es la que llaman El Museo; ahí vive la niña Mónica, llamada la directora, quien, fuera de su loro, tiene una cria de palomas i de gatos, dos toches, cuatro pericos chicos, un gallo, i cuatro compañeras jóvenes de bastante mérito.

Ahora, yo vivia sola, con mi loro i con mi criada, sin dar que decir en la vecindad, bien que yo no valga nada. Me llaman la Lámina; no sé porqué será.

Con que ahora le digo, que si usted puede comprometer a su papá a que les arriende esas tiendas a algunos artesanos, aunque tenga que rebajarles, o a que las meta al cuerpo de la casa para almacenes, o para algunos parientes pobres, es seguro que se acaba el tifo en casa de usted. I todavía no es eso solo, sino las malas consecuencias de lo que las criadas i las niñas vean u oigan.... o piensen acerca de nosotras.

Ya miraba yo a la Lámina de una manera distinta. Su habla dulce, su locucion que no carecia de gracia i civilidad, el bien que me acababa de hacer i el miramiento con que me trataba; todo iba ya labrando profundas simpatías, que yo moderaba de mi parte, porque así debia ser.

—Ahora sí me voi, le dije, porque qué dirán en casa! Ave María!

—Falta lo mas interesante de mi denuncio, me dijo entónces la Lámina, porque ha de saber usted, continuó ella, que el curtidor, que las echa de polvorero, tiene escondidos en la tienda de la curtidora unas cuantas arrobas de pólvora desde la revolucion de abril, i esa mujer deja la hornilla prendida muchas noches, i los fósforos regados, i la vela acabándose en ocasiones en el candelero de lata. ¿I quién quita que usted vuele un dia como el señor Ricaurte?.....No lo permita Dios! i para que esto se evite, es que yo se lo comunico a usted.

Ahora, si yo fuí a esa tienda, me dijo la Lámina, fué por esto: yo vivia mui feliz en el canton de Cáqueza con toda mi familia, en una estancia propia; la casa era mui bonita, i teníamos en el patio, donde lavábamos, una alberca entre naranjos, i una mata de plátano guineo, donde anidaban los toches i los cardenales. Todos los contornos estaban empradizados de grama que pastaban los caballos de nuestro servicio i unas vacas que yo misma recojia para ordeñarlas con mis hermanas. Se atrasó mi padre en sus negocios, i nos vinimos con mi madre a la capital. A los seis meses murió mi madre, i yo quedé en la misma casita, protejida por uno que se me habia vendido por pariente. A pocos dias los paseos, trajes i regalos vinieron a ahogar mis sentimientos naturales; i los libros, las prohibiciones i los ejemplos a disipar las ideas relijiosas. Sinembargo, yo me fastidiaba del ocio, pues con mis manos, en compañía de mi hermana, ganaba la subsistencia en mi pais, lo mismo que todas las estancieras de mi clase; al principio yo repugnaba, por un instinto de vergüenza i de pudor, cosas compradas tan caro.

Mas el tiempo, la inclinacion, la costumbre sobre todo, me pusieron una venda que no me dejó ya ver mi violenta situacion.

Yo carecia de amistades i de todo trato, porque mi protector no

era sino mi carcelero, inexorable, siempre que se trataba de llaves; i si álguien entraba por casualidad en la casa, la vista de las pistolas sobre la mesa, del sable en la pared, del garrote en el rincon, i sobre todo, de sus cejas i de sus inflados labios, lo hacian retroceder en el acto.

Esta vida, al fin, me fastidió, me cansó, me desesperó, i saliéndome una noche a las siete con un lio de ropa debajo del brazo, di por casualidad con una mujer que me dijo dónde habia una tienda desocupada, i dándole con que la pagase adelantada, la ocupé, conservando a la mujer de criada o compañera. Un caballero que pasaba todos los dias por la puerta, que era la de la tienda de la casa de usted, por algunos descuidos mios solia verme, siempre triste i siempre leyendo, porque mi tutor me acostumbró a la sola ocupacion de leer novelas.

Por fin entró el dicho caballero a la tienda: era bien parecido i sumamente afable. Yo era desgraciada, jóven, mui pobre, i sin familia de quien esperar algo, ni a quien deshonrar. Don Alcibiades fué desde luego para mí mucho mas apreciable que mi carcelero. Entre los muchos libros que me dió a leer, uno fué el Ivanhoe, i no sé porqué no se lo llevó a su dueño.

Yo no sé, mi querida Clotilde, continuó Juanita, qué clase de ascendiente iba adquiriendo la Lámina sobre mi espíritu. La escena debia ser odiosa naturalmente: el primer personaje era un impostor; la Lámina, infeliz o no, era una rival, es verdad; pero yo le debia dos denuncios de vital importancia; su desgracia no habia consistido en ella.... no puedo esplicarte lo que mi corazon sentia. Ai de mí! Alcibiades era la causa de todos estos contrastes!

—Sí, Juanita: Alcibiades, que sin querer casarse, sin amarte tal vez, te indispuso con tu familia, te privó de tu quietud i te hizo incurrir en estos compromet imientos i hoi tal vez ni se acordará de ti!

—I lo desgraciada que me ha hecho! repuso Juanita; pero oye la conclusion de esta triste historia.

—Don Alcibiades, continuó la Lámina, no se portó bien conmigo: yo le habia cobrado cariño conformándome con que él no me perteneciera o confiando en que sí, yo no sé, por mayor! i se fué para Europa sin despedirse siquiera de mí; yo he llorado por él; pero qué son las lágrimas en mi estado actual? qué los sentimientos? qué mi porvenir?.... I cuando me acuerdo de mi tierra, de mi estancita, del lavadero, de mis propiedades, i comparo todo con estas cuatro paredes alquiladas, con este fogon i estas cortinas, con este tinajero i este ropero, i cuando pienso en la cama del hospital que me espera.....

Al decir esto la Lámina, continuó diciéndole Juanita a su amiga, se cubrió los ojos con un pañuelo de batista, i parecia que se esforzaba por ahogar sus sollozos; pero luego que estuvo algo tranquila continuó:

—I sin tener ya los consuelos de las creencias i de las esperanzas; porque tanta lectura i tantos raciocinios falsos de mi carcelero, por fin me condujeron a un indiferentismo tal, que nada me atrae.

—Pero todavía es tiempo, le dijimos a la vez, Jacinta i yo.

—De nada, porque dudando una vez.....

—Desgraciada! esclamé, no desespere usted de la misericordia de Dios: escoja usted otra clase de vida, que en la Nueva Granada ninguno se muere de hambre.

—Cierto, mi señora, contestó ella: no es de hambre materialmente que se muere aquí, como dicen los Misterios de Paris que sucede en Europa; es el hambre de figurar, el hambre de lucirse la que puede conducir al despeñadero, cuando no sea alguna pasion desordenada.... I despues.....ah! Usted no sabe lo que es el hambre de una alma abandonada por todos.....En mi tierra todas trabajan; en mi tierra hai celo por la buena conducta; por eso hai salud, matrimonios i hai tambien mucha limpieza en las calles i mucho órden en todo. I aquí tambien si quisieran podria dar una disposicion el gobierno, para que nosotras viviésemos en un barrio aparte, i entónces veria usted cómo los ricos nos hacian casitiendas, porque para ellos valdria esto mas que tenernos debajo de sus casas i entre sus familias dando mal ejemplo.

—Cuándo! si aquí defienden tanto las garantías.....

—Pero me voi, le dije a la Lámina, adios, adios.

—Adios, mi señora, me dijo ella, i me alargó la mano. Yo cojí mi Ivanhoe i mi camándula i me salí pronto. En la misa me acordé varias veces de la pobre Lámina i rogué a Dios por su conversion; despues la he recordado con alguna frecuencia.

—Pobrecita! dijo Clotilde, ya verás que ella no tiene la culpa. Si pusieran los ricos cigarrerías, o cualquier clase de fábricas en que se ocupasen las desgraciadas, no habria tantas mujeres perdidas.

Cuando esta relacion se concluyó estaba ya seco el pelo de las señoritas i hasta sus trajes de baño. Luego que llegaron a la casa grande se sirvió la comida, por la tarde se fué Clotilde con su padre, i Juanita se quedó en la Soledad, de donde no volvió a salir hasta las fiestas de la parroquia.

CAPÍTULO VII.

ESPEDICION A LA MONTAÑA.

En dos capítulos seguidos hemos tratado de dar a conocer los habitantes del Retiro i la Soledad, que aunque no representan el primer papel, o no *juegan el primer rol*, necesario era que acompañaran a los héroes de esta historia por las relaciones que tuvieron con ellos.

Volviendo a don Demóstenes, a quien dejamos entrando, armas al hombro, en su casa, al fin del capítulo cuarto, i cuyo súbito amor por Clotilde hemos sabido por la confidencia que ésta hizo a su amiga, diremos que, miéntras palos iban i venian, él no se olvidaba de proporcionarse todas las distracciones que se pueden hallar en la parroquia de.... teatro de los sucesos que narramos.

Habiendo aceptado el convite que le hizo el señor cura, de ir juntos a algunas espediciones por los alrededores, se fijó como artículo primero del programa, un viaje a la montaña. El plan del viaje habia sido estudiado i presentado por el cura, como el fiambre fué aderezado por Manuela.

El baquiano era *ñor* Elías, famoso cazador de osos i cafuches, quien conocia todos los montes como las palmas de sus manos. El traje de éste era un pantalon mui raido; en lugar de camisa tenia un camiseta pequeña, un sombrero redondo que casi ni ala mostraba, i unos zama-

rros que apénas bajaban a la rodilla. Al costado le colgaba un *carriel* mugriento que él llamaba *chuspa*, en el cual cargaba tabaco i el recado de candela, agujas i una navaja pequeña.

A la entrada del bosque visitó don Demóstenes unas piedras con pinturas de los antiguos panches. Estaban en partes cubiertas por helechos i otras plantas, pero el baquiano las despejó con su cuchillo de monte.

Aparecian allí unos círculos i figuras espirales, unos cuadrados i unas manos al parecer estampadas, todo trabajado como a punta de pico. Un remedo de la pintura de una mujer aparecia en una faz de la piedra i en una especie de cruz con los estremos de los brazos vueltos hácia arriba. Era majestuoso el sitio tanto por lo presente como por lo pasado. El silencio de los bosques, la presencia de don Demóstenes, de José i de Ayacucho; aquellas pinturas antiguas, adoratorios tal vez, de una nacion guerrera i populosa; todo era para meditar, para llenarse por lo ménos de una imprescindible melancolía.

—José! le dijo, en fin, don Demóstenes a su criado. Tú sabes qué es esto?

—Sí, mi amo....pinturas de los *antiguos*.

—I esos quiénes eran?

—No sé, mi amo.

—No?....No sabes que son tus abuelos? que son tus mayores, despojados de su libertad i de sus tierras por unos filibusteros de tantos?.. ¿i no sabes que otros filibusteros modernos coronarán la obra, defraudándolos con viciosas reparticiones; i que otros negándoles la saludable tutela de la lei, que los daba por ineptos en los negocios, los acabaron de despojar con la lei en la mano?

—Sí, mi amo: yo vendí mi derecho de tierra sin saber lo que vendia.

—Pues bien, José. Estos monumentos son los adoratorios sagrados de tus abuelos, que adoraban al sol. Sabrás que nosotros hemos dicho "que habria sido mejor no haberles cambiado a los indios sus inocentes ritos;" i las cosas se dicen porque se sienten....Ven acá! arrodíllate i adora el sol.

—Sí, mi amo, dijo el indíjena, i se puso de rodillas, en el suelo, mirando la piedra de frente.

—Dí una oracion ferviente que nazca del fondo de tu corazon.

—*Por la señal de la santa cruz*....

—Eso no es para nuestro caso; no seas tan bruto.

—*Dios te salve, María*....

—Ménos, hombre....Yo te iré diciendo i tú repites la oracion.

—Sí, mi amo.

—*¡O sol, que concedeis vuestra soberana luz*.....

—Tu soberana luz.

—*Igualmente al blanco que al negro, i que al indio*....

—I que al indio.

—*I lo mismo al cristiano que al mahometano*....

—Cristiano.

—*Recibid hoi el mas ferviente voto de adoracion, que os tributa José Fitatá.*

—.....que disfruta José Fitatá.

—Ahora, continuó D. Demóstenes, levántate, José, coje unas flores

de siempreviva, i bótalas al pié de la piedra en ofrenda a los manes de Nenqueteba, de Tisquesusha, i de Quemuchatocha.

—Sí, mi amo.

Los únicos concurrentes a esta ceremonia, fuera del neófito i del catequista, eran *ñor* Elías i el venerable Ayacucho, incompetentes por cierto para juzgar de las ventajas que sacarian los indios de separarse del catolicismo. Luego que observó don Demóstenes las labores i copió algunas en su cartera, se internaron en la inmensa selva, llevando *ñor* Elías siempre la vanguardia, José i don Demóstenes el centro i Ayacucho la retaguardia.

Los cedros i nogales, los botundos i los ocobos de tan bellas flores, levantándose al cielo daban al bosque un aspecto de agradable melancolía, que léjos de aterrar embelesaba, porque es un hecho que entre la naturaleza animal i la vejetal existen relaciones. El suelo estaba limpio en algunas partes, i en otras tupido de helechos, de bejucos i de largos tallos de la apreciable zarzaparrilla; en algunos sitios se hallaban como almacenados los montones de la fruta llamada castaña, cubierta de una cáscara parecida a la del cacao, que tiene la consistencia i el sabor del haba. El baquiano recojió unas cuantas de estas frutas en su mochila, i admirado de su abundancia, dijo:

—Sabe, patron?

—Qué cosa?

—Que por aquí hai tigre, porque los cafuches no han probado la cosecha de guáimaras i castañas, i es porque donde este ciudadano se pasea, ni lo piense que los cafuches se asomen; i mi compañero *Límas* tambien ha pasado por aquí.

—I no seria bueno volvernos, ántes que venga la noche?

—Pero este tigre no está cebado. En las quinerías le topábamos el rastro siempre; pero no tuvimos que sentir nada de él; no se metió con nosotros para nada, aunque lo molestábamos.

—Pues sigamos, que la montaña me está gustando mucho....Es un tigre tolerante.

Continuó, pues, su viaje don Demóstenes, en tal silencio que ni las pisadas se oian. A medida que se internaban, la selva estaba mas oscura, como un templo a média luz, protejido por bóvedas silenciosas i elevadas. Mas no era la idea del tigre la que ocupaba a nuestro viajero: eran los monumentos panches, i el recuerdo de esa belicosa nacion, que se figuraba dispersa entre el jigantesco bosque que lo cubria.

—Ai! decia, qué monumentos nos quedan de esa populosa nacion que cumplia su destino sobre la tierra como todas las que han existido?.... Fiestas i figurillas despreciables, i unos jeroglíficos que nadie puede descifrar. La lei, que proteje a los negros, despoja a los indios, a esta raza noble a la que no se enrostra sino el ser maliciosa, que es el instinto de todo el que es perseguido. Entónces mas maliciosos son los goajiros, que no han permitido, haciendo uso de sus flechas i su veneno, que sus tierras sean repartidas.

Un ahullido de Ayacucho que hizo retumbar todos los bosques, sacó al viajero de sus meditaciones, i en seguida oyó un ruido estrepitoso por entre las ramas de los estupendos árboles. Era el tropel de los ájiles zambos que corrian por las copas de los botundos i nogales con la velocidad del rayo, dando prodijiosos saltos en los palos que estaban se-

parados, porque fueron sorprendidos en la ocupacion de quitarles las tapas a unas como olletas, que encierran las almendras de un árbol llamado coco de monte.

Don Demóstenes por mirar para arriba se enredó en un bejuco de zarzaparilla, i cayó con riesgo de romper la escopeta, teniendo en aquel conflicto la desgracia de perder los fósforos, lo que fué una verdadera calamidad. Miéntras tanto los zambos se le alejaron de manera que no se alcanzaba siquiera a oir su ruido. Tonteaba i se desatinaba sin saber de los monos ni de sus compañeros, hasta que el ronco latido de Ayacucho lo vino a consolar. *Ñor* Elías i José habian logrado flanquear a los enemigos, i aunque ellos se afanaron por los tiros de la bodoquera de José, i por los latidos de Ayacucho, estaban protejidos por la elevacion en que caminaban, cuando una lijera detencion que tuvieron para hacerles jesticulaciones, i para echar encima de los agresores palos podridos i pepas secas, rebullendo con fuerza los gajos, dió tiempo a la llegada del cazador en jefe, quien hizo fuego sobre una zamba que por ir cargada no podia andar tan aprisa.

La zamba no cayó de pronto, pero quedó mal herida, segun la lentitud con que siguió desde entónces, i don Demóstenes hubiera hecho una carnicería completa si no hubiese perdido los fulminantes, porque el cuerpo de la espedicion seguia mui despacio por esperar a la herida, subiendo algunos de sus individuos hasta lo mas encumbrado de los árboles, i dando desde allí mui tristes gritos, miéntras ganaba camino el resto de la tropa. La zamba en ocasiones se cojia la pierna herida con las manos para poder andar, tomando la resolucion de una heroina.

Por fin hizo un esfuerzo soberano para trepar a la elevadísima cumbre de un balso real, i al colocarse en la trifurcacion de los gajos se quedó quieta por algunos momentos; el zambito, aprovechando la quietud, se pasó adelante a tomar el pecho; la madre por la posicion estrecha, parecia que lo sostenia entre las rodillas i los brazos, i bajando hácia él su cabeza dió dos boqueadas i espiró. Parece que el instinto de maternidad fué el que le dió fuerzas sobrenaturales para dejar su hijo en salvo despues de su muerte; pero fué en vano, porque *ñor* Elías con su cuchillo de monte emprendió el corte del árbol, que es el mas blando que se conoce, como que de él se forman las balsas en que se esportan todos los frutos del alto Magdalena. No duró la obra ni un cuarto de hora, porque José tambien ayudaba, i al caer el palo, el zambito no sufrió sino un fuerte estremecimiento, gracias a la configuracion de la horqueta.

Corrió don Demóstenes a ver su presa. Le encontró una pierna despedazada con una posta, i el costado traspasado con otra; sus últimas lágrimas habian caido sobre la cara del pequeñuelo, que acababa de soltar de sus labios la fuente de su alimento. El cuadro era propio para detenerse sobre él aun otro corazon que no fuese el de don Demóstenes, que era verdaderamente compasivo, i que se habia pronunciado contra la pena de muerte en todo caso. Estaba el paraje oscuro, i habia un cadáver mui semejante a los de nuestra especie: la frente i los ojos de la víctima estaban entrecerrados, las orejas pálidas por el estrago de la muerte, los largos i encanutados dedos de la mano apretaban al infante contra su pecho: todo le representó a don Demóstenes la imájen de una mujer madre, que acaba de espirar entre los brazos de su inocente hijo.

Don Demóstenes se enterneció, i entre su corazon abolió la pena de muerte para los monos.

En seguida se practicó otro acto no ménos tierno. Ayacucho habia cargado en Bogotá un mico diabólico sobre sus espaldas, i ahora llamándolo don Demóstenes le puso encima el zambito, el cual al ser desprendido de la lana de la zamba, de que habia estado aferrado como trementina, dió un triste jemido, i con la mayor inocencia se agarró de la lana de su padre adoptivo.

Despues de esta funcion séria por tantos motivos, desenvolvió José una servilleta en que la oficiosa Manuela habia acomodado carne, algunas viandas cocidas, bizcochos i dulce, i comió don Demóstenes, dando una parte a sus compañeros. *Ñor* Elías bajó a una hondura i trajo, en un cañuto de guadua de una cuarta de diámetro que cortó con su cuchillo, agua dulce i cristalina, i otro cañuto repleto de miel de abejas, sacado de un colmenar que, segun dijo, habia dejado ya señalado su compañero *Límas*. Se encontró por casualidad don Demóstenes dos fulminantes en sus bolsillos, i este hallazgo lo animó a continuar la correría hasta un punto mas distante, donde *ñor* Elías le habia dicho que encontraria las pavas. Dicho i hecho, allí estaban dos, donde el baquiano habia indicado, i disparando don Demóstenes, cayo una; la otra los hizo subir mucho trecho sin éxito favorable; i viendo que eran ya las tres i média de la tarde, i que se habian retirado demasiado, como lo indicaba la existencia de la quina i de la boba, pasando la cañada para bajar por una loma distinta, empezaron a caminar a paso largo a fuerza de trochar, porque la selva se hacia a cada paso mas impenetrable.

El baquiano se habia puesto un poco indeciso, i viéndolo tontear, le preguntó don Demóstenes:

—Amigo Elías, qué lo lleva a usted tan pensativo?

—Nuestra salida de entre estos montes de Dios.

—I eso porqué?

—Porque la memoria es frájil, mi caballero.

—No comencemos con esas!

—Pero lo que es salir, salimos aunque sea mañana, si Dios quiere. Yo he pasado algunas noches al pié de un botundo o de un higueron raizudo.

—I qué ha comido usted?

—He sacado candela, he tostado castañas i asado carne de lo que mis perros han cojido.

—Yo no tengo esa vocacion.

—Pero ya verá, patron, que el cazador se obliga a eso i a mucho mas....Pero si Dios quiere, sí salimos, trochando lijero i no perdiendo el tiempo ni el *talento* de la corriente de las quebradas.

—I no queriendo Dios?

—Pues entónces no salimos.

—I trochando lijero?

—Pues ahí verá, patron, que como dice el dicho, "el hombre pone i Dios dispone."

—Vea cómo nos saca del monte, i déjese de teolojía, *ñor* Elías; porque usted se obligó a servirme de baquiano, la noche se acerca i yo no quiero dormir al pié de un botundo.

—Así es, patron; pero ya verá sumercé que ninguno está al cabo de los contratiempos.

Don Demóstenes bajaba pensativo, *ñor* Elías avergonzado, José desconfiado i Ayacucho molesto con sus nuevas obligaciones, cuando se oyó mui a lo léjos un eco casi perdido entre los bosques, que hizo esclamar a don Demóstenes:

—Tierra! muchachos.

—Es grito de jente, dijo el baquiano; pero mui léjos, i para llegar hai mucho que trochar, i si la Vírjen no nos ayuda, todavía quién sabe; bien es que de la misericordia de Dios es malo a ratos desconfiar.

Volvieron a callarse los cazadores, i todo su empeño estaba en andar. Por fortuna no dieron cón cañadas, ni pedriscos, pues aunque tupido el bosque, el terreno era llano, i cuando se hallaron en una pequeña eminencia, pararon por ver si sonaba otra vez el mismo grito que tanto los habia consolado. Oyeron efectivamente una voz ya intelijible, i aunque con dificultad, percibieron que decia:

—Ah infames! ah malvados! ah pícaros!

Siguieron en la misma direccion por una estrechísima senda que la casualidad les brindó; aunque José tuvo que quedarse un poco atrasado para sacarse una espina de guadua que se le atravesó en la planta del pié derecho, tomando la vanguardia el infatigable Ayacucho; mas éste se resistió a pocos pasos con cualquier pretesto, i *ñor* Elías siguió a la cabeza con sus ínfulas de baquiano.

Pero no habrian caminado média cuadra, cuando *ñor* Elías, que se habia adelantado, dió un lastimoso grito diciendo:

—Socorro! socorro!

—Qué hai? le preguntó don Demóstenes corriendo a donde se hallaba Elías, a quien halló colgado de un pié.

—Que mi compañero Límas sabe mas que yo, porque me ha cojido en una de sus trampas. Me tiene colgado de una pata nada ménos.... corte sumercé esta soga o bejuco con su cuchillo; pero no le hace, que arrieros somos i en el camino nos toparemos.

—I si das en el suelo mui recio?

—Eso no es tan malo como estar colgado uno de la pata.

Entónces cortó don Demóstenes un hilo mui duro, i cayó el baquiano sonando como una piedra. Despues les esplicó que aquello era una *trampa de lazo* que se ponia para cojer venados o cafuches, i algunas veces tigres, i hasta ladrones.

Les contó tambien que en una parroquia llamada Quipile la habian puesto para guardas, en tiempo del monopolio del aguardiente, i que habian cojido una vez a uno, poniéndole en una senda una tinaja por cebadera; i a otro, a un soldado licenciado cabalmente, lo habian cojido de la garganta del pié, haciéndole romper las botellas de aguardiente que habia decomisado en otra estancia.

Segun las largas esplicaciones del baquiano, don Demóstenes comprendió que la trampa de lazo es una cimbra fuerte, hecha por lo regular de una vara de *arrayan bejuco*, enterrada de una punta, i templada o sostenida de la otra por una cuerda que está sujeta por el medio de una trabilla de cuatro o cinco pulgadas, de un gancho de palo clavado a boca de tierra; de esta trabilla o crucero está pendiente un *lazo* de un torzal de fibras de palmas de cuesco semejantes al alambre de cobre; el *lazo* queda encubierto o disimulado en un hoyo de cinco dedos de profundidad, en el cual están tambien estendidos unos palos o astillas que

tocan la trabilla i la hacen zafar del garabato o gancho, del cual estaba pendiente la cimbra, i luego dicha cimbra, al rehacerse, tira del *lazo*, el cual coje del pié o brazo al animal que la ha tocado, i lo deja colgado en el aire.

Volvieron los cazadores a oir otras voces mas cercanas, que claramente decian: Ah pícaros! ah ladrones!

Pronto se les puso el monte mas tupido con árboles que estaban entrelazados, i bejucadas tan densas como enredadas de intento; i al salir por entre unas matas de platanillo, a lo que los viajeros las rebulleron, una piedra cayó con grande ruido i oyéronse unas voces diciendo:

—Condenados! allá les va piedra!....*Urria!*

—Son las guardianas, dijo *ñor* Elías, que cuidan de lo que es suyo.

No acababa de decir esto *ñor* Elías cuando otra piedra acompañada de iguales imprecaciones cayó sobre la culata de la escopeta, dejándole una señal profunda.

—Es una guerra esta tan injusta como contraria al derecho de jentes, n previa declaratoria i sin reglas ningunas. Seria bueno que nos anunásemos, dijo don Demóstenes.

—Somos cazadores perdidos! gritó *ñor* Elías.

—Sigan! contestó una voz delgada i al mismo tiempo agradable, sigan, que se les mostrará el camino.

Al oir esto los viajeros siguieron detras de *ñor* Elías, i a las cuatro o seis varas de distancia dieron con una sementera de maiz i el baquiano les dijo:

—Esta es la roza de mi compañero Límas, segun me parece.

Por entre el maizal i los troncos mal quemados, i a veces por entre la yerba i los tiernos bejucos, llegaron por fin a una especie de teatro de palos, erijido sobre ocho varas, formando cuatro costados en forma de X, con sus escalas de varas bastante apartadas unas de otras. La elevacion total seria de cuatro varas castellanas por lo ménos. Una jóven de ojos espresivos i rasgados, de pelo negro, corto i mui crespo, de camisa mui sencilla i un pañuelo anudado en la garganta en forma de manto de las damas muiscas era la que presidia esta fortaleza tan singular.

—Por dónde hallaremos nuestro camino? le preguntó don Demóstenes a la jóven.

—Suba aquí a la *garita*, que desde aquí le mostraré lo que solicita usted.

—Por estos palos? Imposible! dijo don Demóstenes, probando a subir sobre las dos primeras gradas.

—Cómo yo subo, i soi mujer?

—Eres mujer, contestó el viajero, i bien graciosa; pero eres educada entre las selvas, por eso puedes llevarme algunas ventajas.

—I no sube? repitió la guardiana, soltando la risa.

—Si tú me hicieras el favor de bajar?....I ¿cuáles son los enemigos que....

—Las guacamayas, los loros, las catarnicas, los pericos grandes, los pericos chillones, los pericos cascabelitos, que todos son de la comparsa de los del pico redondo. Ahora las guapas, los lulúes, los cauchaos, los toches; más los micos, los cuchumbíes, los ulamáes, las arditas, i un sinnúmero de los de cuatro patas....I véalos allá!.....Ah cochinos! ah pícaros! ahí les va piedra! *Urria!*

I diciendo esto, de su honda que habia jirado como tres ocasiones, se despidió una piedra zumbando por los aires como una bala agujereada.

—Toma, demonios! dijo entónces la centinela, con un aire de propia satisfaccion que la hacia cada vez mas graciosa a los ojos de don Demóstenes, quien quitándose las botas, con el auxilio de su criado, iba ya trepando por el remedo de escalera.

—Me ibas matando, valerosa guerrera, le dijo el forastero: mira una marca de una de tus pedradas.

—Con eso se acuerda de la guardiana Pia.

—Pia te llamas?

—Una criada suya.

—Creo haber oido nombrarte, no sé cuándo....

—Tal vez.

—I cómo es que te hallas en este oficio?

—Mi suerte que lo ha querido.

—Ah, sí! eres desgraciada... Recuerdo haber oido algo de tu historia, por incidencia, en un baile de la parroquia.

—Desgraciada como no hai otra en el mundo, contestó Pia, con los ojos llenos de lágrimas.

—I qué era lo que me ibas a mostrar desde aquí encima? le preguntó don Demóstenes, por apartarla de los recuerdos dolorosos a que la habia conducido.

—Pues vea la parroquia, vea otra parroquia allá en aquel humo, vea las cañas de la Soledad i un pedazo de las ramadas; vea una estancia del trapiche del Retiro.

—Oh preciosa guardiana! el ánjel malo subió a Jesucristo sobre un monte, desde donde le mostró todo el mundo: tú me muestras tambien mucho mundo; tú serás mi ánjel bueno. Yo no me olvido de los infelices que me socorren cuando las revoluciones o los caprichos de la suerte me ponen al arbitrio de ellos. Espero poder servirte algun dia, porque tengo un corazon liberal.

—Muchas gracias, señor.....Ahora vea el camino que ha de llevar. Se baja hasta aquella cañada, rodea aquel cerrito, pasa por aquel *rancho* que apénas se columbra allá entre las matas, i a poco ya está en la parroquia; pero eso sí, llega con la noche; la fortuna que ahora hace mui buena luna!

A cada paso interesaba mas la guardiana a nuestro viajero. Sus actitudes, su desembarazo i el puesto que ocupaba se la hacian ya mirar como una heroina de novela de los desiertos, aun cuando no era sino la *rijida historia.* Se bajó el caballero de la fortaleza de palos, i a poco rato lo alcanzó la sostenedora i le dijo:

—Ahora que los loros se han aquietado, voi en tanto a llevarlo a casa porque por ahí es por donde sale al camino, i que allá tengo qué darles, aunque sea guarapo i una mazorca asada, o lo que se pueda.

Iba Pia de baquìana, i don Demóstenes la seguia de cerca. Habia veces en que era menester caminar por las empalizadas, i entónces llevándolo Pia de la mano, salia con bien. De golpe oyeron una voz que decia:

—*Upi! Upi!*

—Qué significa eso, guerra tambien? preguntó don Demóstenes.

—Es que mi mama piensa que es el zorro, porque la pisca i las dos gallinas se asustaron con nosotros.

—I tambien lo ahuyentan con la honda?

—No tenga cuidado, caballero: mi mama está *de baja por el vejigon*, i no puede tirar hondazos.

CAPÍTULO VIII.

LA CASA DE UN CIUDADANO.

Don Demóstenes i sus dos compañeros habian llegado a la casa de *ñor* Dímas, atraidos por los gritos de la guardiana Pia. Aquella era una de las estancias mas separadas de la cabecera del distrito, colocada en una falda del gran bosque que ciñe la cordillera oriental de los Ándes por la parte del occidente.

No consistia el establecimiento de *ñor* Dímas, sino en una pequeña labranza de ménos de una fanegada, en la cual se hallaba una roza de maiz del tamaño de una cuartilla, esto es, el área que se siembra con una medida de média arroba de semilla de maiz. Tambien habia unas pocas matas de plátano guineo, i un cuadro alfombrado con las plantas bejucosas que producen las ahuyamas, batatas i calabazas. Lo demas era rastrojo, esto es, un enjambre de arbustos i bejucadas que se levantan a reponer los árboles que han caido a los golpes de los machetes i del hacha. Los costados de este hueco de la montaña se veian como cercados por los troncos de los botundos i cedros, que parecian desafiar las herramientas que habian dado en tierra con los miembros de sus familias.

En contorno del establecimiento de que hablamos no habia mas que la casa de un vecino llamado Juan Solano, que estaba a tres cuartos de legua, por la cual pasaba la senda del establecimiento del ciudadano Dímas, marcada por debajo del eterno bosque o montaña, como se denomina por los vecinos.

La casa, que llaman *rancho* los estancieros pobres, era una enramada cubierta de palmicha, sumamente aplanada de techo, dividida en dos departamentos por medio de un tabique de palma, elemento de que se componian las cuatro paredes de este cuarto, llamado el *aposento* por sus moradores; éste no pasaba de siete varas de largo. La otra mitad del edificio gozaba de la plena luz del dia, no teniendo pared ninguna; servia de comedor, sala, granero i cocina; i aquí estaba colocado el fogon, notable a la verdad por la sencillez de la fábrica, que no consistia mas que en la buena colocacion de tres piedras areniscas de poco tamaño. La piedra de moler, que era un guijarro de cinco arrobas de peso, estaba al lado suspendida sobre una tijera de tres palos de corazon, a una altura proporcionada para que la molendera funcionase de pié. Un grueso tarro de guadua de cinco cañutos estaba amarrado del mas ancho de los estantillos de la enramada, de cuyo fondo se levantaban por minutos ruidos sordos a manera de truenos, siendo éstos efecto de la fermentacion del guarapo que allí estaba envasado. Una troje de maiz estaba formada en uno de los ángulos con tarimas o atajadizos de guadua picada. Dos machetes, una hacha i dos azadones estaban colgados al lado de la troje.

En el aposento habia dos barbacoas en forma de camas; la una de varitas de resino, i la otra de guadua picada, debajo de las cuales estaban instaladas dos cluecas, i algunas viandas i trastos mas o ménos necesarios. Una cruz de ramo, o de hojas de cogollo de palma i dos láminas de santos, la una de la Vírjen del Rosario, i la otra anónima por su vejez, hacian lo que llaman altar las jentes pobres de las estancias, del cual parece que no hacian uso los propietarios.

En el patio se levantaba un papayo de altura prodijiosa, ostentando debajo del paraguas de sus hojas, un capitel erizado en contorno de sus sabrosas frutas. Una vara que se alzaba del centro de las espinosas hojas del cáctus que da las fibras que llamamos *fique*, como una azucena de en medio de una taza, blanqueando con sus flores espirales, hacia un contraste admirable con la columna vejetal que presidia las decoraciones. Cuatro matas de café i otras tantas de ají ostentaban sus frutos maduros junto a los verdes i a las flores, que cedian al peso de los racimos. El solitario desmonte estaba regado por un chorro que murmuraba debajo de las bejucadas i ramas con un rumor venerable como el de la pila principal de un convento, i cruzado por una senda apénas hollada por la planta de dos mujeres que acudian a lavar o a cargar agua.

Dos personajes conversaban en el rancho de que hemos hablado, miéntras que otras dos habian bajado al chorro o pequeña quebrada, i eran la dueña de la casa, llamada Melchora, i el huésped de la señora Patrocinio. La señora Melchora tenia cuarenta años, pero representaba cincuenta, era alta, delgada, de tez macilenta i ojos apagados, rodeados de manchas oscuras; estaba desgranando maiz cerca de la troje, con un pié estirado, sobre el cual estaban estendidas algunas hojas de higuerilla blanca, i se quejaba de cuando en cuando.

—I de qué padece usted? le dijo don Demóstenes.

—Del vejigon, mi caballero. Es una enfermedad que comienza por una ampolla, a veces del tamaño de un cuartillo, i si no se cruza con unas puntadas de seda carmesí, al dia siguiente está del tamaño de un real, i al otro dia del de una peseta, i al otro dia del de un peso fuerte, i así va creciendo hasta que le da la vuelta al tobillo o a la planta del pié. Es enfermedad de la tierra caliente. Gracias al señor cura, que me vino a ver el mártes i me dejó remedios i me regaló con qué comprar unas velas i média libra de azúcar.

—I qué remedio le dió?

—Me dejó unos papelitos con unos polvitos para tomar en una cucharada de agua, uno todos los dias, i me dijo que me bañara con el agua del bejuco que llaman agraz. Pero como a ratos tengo que caminar, porque ya su merced verá que la pobreza no da campo para estarse una guardada....

—Pobreza? con tierras tan fértiles i exuberantes?

—I qué hacemos con ellas?

—Cómo qué hacemos con ellas? Descuajar todos estos montes i sembrar plantaciones para la esportacion, como café, añil, cacao, algodon i vainilla; i no sembrar maiz esclusivamente como hacen ustedes.

—Mui bueno seria todo eso; pero la pobreza no nos deja hacer nada, i que como no hai caminos ahí se quedaria todo botado; i no es eso solo, sino que los dueños de tierras nos perseguirian. Es bueno que con lo poco que alcanzamos a tener, a medio descuido ya nos están

echando de la estancia, haciéndonos perder todo el trabajo ¿qué seria si nos vieran con labranzas de añil, de café i de todo eso?

—Dígame usted, señora, todos los arrendatarios están tan miserables como usted?

—Hai algunos que tienen un palito de platanal, i hasta el completo de seis bestiecitas; pero esos viven en guerra abierta con los patrones, porque no habiendo documento de arriendo, el dueño de la tierra aprieta por su lado, i el arrendatario trata de escapar al abrigo de los montes, del secreto i de la astucia. La primera obligacion es ir al trabajo el arrendatario, o mandar al hijo o a la hija; i los que se van hallando con platica se tratan de escapar mandando un jornalero, que no sirve de nada, i de esto resultan los pleitos, que son eternos. Mi comadre Estefanía i mi madrina Patricia son tan pobres como yo i padecen como si fueran esclavas. No conoce usted a Rosa? pregúntele usted lo que es ser arrendataria, cuando la vaya a visitar.

—No obstante, un gobierno libre da proteccion....

—Bonita proteccion! A mi hermanito lo cojieron en el mercado para recluta, i murió lleno de piojos en el hospital; i las contribuciones que no vagan, ya del Cabildo, ya del Gobierno grande de Bogotá! Mui buena me parece la proteccion! I esta *pata* que me duele que es un primor! Madre mia i señora de la Salud!

—No hai educacion gratúita en el distrito?

—No sé qué será lo que su merced dice.

—La escuela, la enseñanza pública.

—El señor cura es el que enseña a siete muchachos en la casa; pero yo tendré mucho cuidado de que no me vaya a cojer el menorcito, porque es el que desyerba, i el que *lorea* cuando se enferma la hermana. I que un pobre lo que gana con aprender a leer es que lo planten de juez i lo frieguen los gamonales.

A este tiempo dieron las gallinas un revoloteo en el barzal, se aparecieron asustadas, i la estanciera dejó ir a los aires este grito con todas sus fuerzas:

—*Uuuuupi! uuuuupi!*

—Qué significa la palabra *upi*, que no la he visto yo en ninguno de los diccionarios?

—Como las gallinas se asustan cuando sienten al animal.....

—Qué animal?

—El huron, el tigrito i el ulamá, que todos comen gallina, i ya no vale ponerles trampa porque están resabiados.

El que espantó las gallinas fué el Cura, abriendo la puerta de talanqueras del lado de la senda, i no dilató en presentarse en el patio diciendo: Ave María! Él, como se ha visto, habia desistido de acompañar a don Demóstenes.

—Adelante, señor Cura, que por aquí estoi yo, le contestó éste.

—Me alegro infinito; pero estraño que usted hubiese venido a dar por estos lados.

—Perdido, señor Cura, perdido.

—Con un baquiano tan selecto? En eso hai algo de incomprensible. I bien ¿qué halló usted de particular en su correría de la montaña?

—Plantas preciosas, señor Cura. Vea usted la zarzaparrilla, la castaña, el zapote de monte i el incienso; ademas dos pavas i un zambito.

Ayacucho, pase usted acá. No ve usted, señor Cura, con qué inocencia tan anjelical se ha acomodado en las lanas de Ayacucho, en lugar del regazo de la madre? Pobre criatura! Yo soi el verdugo de su madre; pero eso sí, allá en el monte hice mi protesta de abolir la pena de muerte para los zambos. Qué hermosa semejanza la de una madre mujer i una madre zamba! Yo he llorado de lástima, señor Cura.

—Ahora véamos cómo anda la casera de males.

—Bien, con la ayuda de Dios i los remedios del señor Cura, respondió Melchora con admirable tranquilidad.

—I qué ha habido de mi empeño?

—Que se lo he dicho varias veces, i se ha hecho sordo. A mí me parece que él no está por esas.

—Pues entónces hai que separarse.

—Tambien es trabajoso, señor Cura; porque ya sumerced verá que él es el que roza i desyerba, i pone sus lazos para adquirir la carnecita.

—Pero la salvacion del alma está primero que todo, i Dios no falta con su misericordia, ni la tierra de la Nueva Granada se niega a sustentar al que tiene manos. I que yo no encuentro obstáculo ninguno para este matrimonio. Qué ha dicho de lo que le propuse el otro dia?

—Dice que ya pasaron esos tiempos en que no era libre un hombre para vivir con una mujer cualquiera, i que para eso ahí están viviendo juntos muchos solteros en la parroquia, i que así como así, ni la justicia ni el Cura le pueden quitar su libertad.

—Hola! Conque ya las doctrinas de Tadeo alcanzan hasta la última choza de la montaña? Porque Tadeo es el que les predica esas doctrinas, i don Leocadio algunas veces. Dígale usted a Dímas que hable conmigo, que yo volveré el juéves, i usted haga todo empeño a ver si se casan en este mes; hágalo usted en bien de la familia, para que se eduquen esos muchachos con alguna regularidad i no resulten perjudiciales al estado i a las mismas haciendas; porque usted habrá reparado que de estas uniones civiles de los trapiches i las estancias no resultan sino uno o dos muchachos enfermizos, para cuya educacion nò ayudan los padres: hágalo por la familia, *ñuá* Melchora.

—Pero qué familia? el cuba será, porque los dos mocetones, Calistro i Depomuceno, ya no arriman aquí a la casa, porque su vida es en los trapiches en la semana, i en los gastos los domingos i lúnes.

—I así andan por ahí todos los mocetones, desde doce años para arriba; i cuando rompen una maza del trapiche, o matan una mula, o queman una falca, entónces se pasa el de la gracia a otro, llevando por certificado de su buena conducta un garrote de guayacan, un tiple i una mujer, i como están escasos los peones, el amo de la tierra lo recibe con los brazos abiertos; i no hai peones porque los mismos dueños de tierras desacreditan el matrimonio i la doctrina cristiana en que se sostiene, pagando los domingos hasta el medio dia para que los peones no puedan ir a misa.

—I por lo que es Pia, esa es harina de otro costal, siguió diciendo Melchora, i de buena sangre ahí donde la ven susmercedes, que si no fuera porque le hicieron el perjuicio los amos de hacerla ir a dormir al trapiche, otro gallo le cantara, porque estaba poniéndose linda como una flor; pero seria que ya le convenia a la pobre de mi hija. Hoi

está que no tiene sino una sola mudita de ropa, i el negrito no tiene sino la mera camisita que le regaló su madrina, i hasta enfermo se halla de una enfermedad que padecia ese vagamundo de Pablo, que allá dicen que está en Ambalema con la Angarilla, i no ha sido para mandarle ni una peseta a la pobre de la muchacha. I yo le queria preguntar a mi amo, dijo a don Demóstenes, si la libertad se perjudicaria mucho con que los jueces lo obligaran a mandarle siquiera cuatro reales cada mes a la pobre, pues de aquí a la ciudad de Ambalema no hai sino tres dias, i vienen correos todas las semanas a la cabecera del canton.

—Seria mui justo, dijo don Demóstenes: en los Estados Unidos esa clase de travesuras i aun menores, se pagan demasiado caro, i en el juicio sumario, la declaracion de la misma jóven burlada vale por tres o cuatro testigos: allá se estima el honor de la familia mucho mas que en esta tierra. Buenos chascos se han llevado algunos traviesos de SurAmérica!

—Allá hai sancion moral, dijo el cura. I bien, doña María Melchora, qué le dijo Pia de la confesion?

—Que le da mucha vergüenza, porque ya está tan grande, i no se ha confesado nunca, i tambien que lo poco que sabia del rezo ya se le está olvidando.

—Dígale que repase la doctrina, i que se anime: la confesion es un precepto de la Iglesia, i usted no se debe descuidar en estas cosas; o cree usted que su hija se hará mala por confesarse? ¿Le dije a usted que fuese mala cuando se confesaba conmigo, o cuando escuchaba mis pláticas los domingos?

—Tiene razon, mi señor doctor; yo le ofrezco que si él se anima a casarse por fin, las cosas de la familia se irán reformando: haga todo empeñito, señor cura. Lo que tiene es que estamos tan pobres.

—Yo le hago el casamiento de balde, i le doi algo de plata para los gastos.

—Me suscribo en cuatro pesos, añadió don Demóstenes.

—Nos iremos, dijo el cura, porque son las cinco de la tarde, i nos coje la noche.

—Hace luna, i llevan un buen baquiano; aunque hoi se le mojaron los papeles, segun parece; bien es que se le habrá mejorado el talento de los caminos i sendas con el fresco de la tarde. ¡Que mi Dios i Señor me los lleve con bien, i que vuelvan a vernos! dijo Melchora, dándoles dos mil agradecimientos a los dos amigos de la humanidad.

Emprendieron éstos la bajada, echando a la vanguardia al baquiano i a José, i al monito cargado en Ayacucho a la retaguardia.

—Los caminos son mui parecidos a los rios, dijo el señor cura: el de la estancia del botundo, que viene desde el pié de la peña hasta donde suele ir *ñor* Dímas a sacar quina i zarza i a cazar osos, pasa por la choza, yendo a dar a la parroquia i de allí va a dar a Bogotá, juntándose a esta vena otras sendas i caminos. En este mismo órden están las arterias de la civilizacion, de modo que nosotros hemos llegado a dar con la última vena, en la casa del ciudadano Dímas, que es la última del distrito parroquial por ese lado. Hemos visto cómo comienza el ramal o la corriente de la humana civilizacion: usted habrá notado la falta de artes i de industria, la penuria de la choza de un ciudadano granadino, guarida semejante al conuco de un salvaje de Opon, que es cuanto puede decirse.

—Peor, señor cura; yo vi una hacha i un machete; pero esto mismo es un descrédito para las luces del siglo XIX, porque yo pienso que una familia de panches no estaria peor alhajada sin haber conocido el hierro.

—I en cuanto a las ideas morales, qué me dice usted?

—No sé qué decirle. A mí me parece que han saltado en la casa de Dímas una valla que no se pasa sino con el mucho roce de la civilizacion. No hai matrimonio, no hai confesion, no hai rezo: se han dado muchos pasos hácia la abolicion de la teocracia, que es donde termina la ilustracion del mundo.

—Aquí tiene usted un problema social de grandes trascendencias. ¿Ganará o perderá la sociedad granadina con tener la mayor parte de las familias parecidas a la del ciudadano Dímas? ¿Está la familia del ciudadano Dímas mui ilustrada, o se halla mas bien en el estado de salvajismo? ¿Han adelantado en ilustracion las jentes de esta parroquia todo lo que debieran en los cincuenta i seis años de independencia?

Las ramas de un curo, que ese mismo dia habia caido sobre el camino, habian detenido a la vanguardia, i llegando el cura, preguntó al ciudadano Elías:

—Quién taparia el camino?

—Fué, seguramente, mi compadre Límas; porque yo habia dejado señalada una buena vieja colmena de gallinazas, i él le pegó el corte al palo por manducársela; pero no le hace, que arrieros somos i en el camino nos toparemos. Hoi me colgó tambien de la pata; pero esa se la tengo apuntada en mi librito.

—No sabrá el ciudadano Dímas que los caminos son públicos? dijo don Demóstenes.

—Está mui ilustrado, dijo el cura, i ha sido dos veces cabildante; pero me parece que está mui léjos de saber i de respetar los mas simples deberes de los ciudadanos de una República.

—I las leyes de policía? preguntó don Demóstenes.

—Aquí no hai mas leyes que los mandatos del dueño de tierras; porque si él quiere, le manda a Dímas que venga i pique las ramas i las haga para un lado del camino, amenazándolo con echarlo de la tierra, si no lo hace, i por la picardía lo hace trabajar una semana, pagándole, se entiende, sus jornales.

—Feudalismo! Feudalismo!

—Pero ya ve usted la ventaja; i que don Cosme es liberal.

—Pues es un señor feudal liberal, como creo que hai algunos en el distrito.

—Pues ya usted verá cómo mañana está destapado el camino, i si el alcalde toma la cuestion por su cuenta, en la calificacion de los testigos, en la preexistencia de una hacha, i en la coartada i contracoartada se pasa un mes, i miéntras eso, los transeuntes se tienen que bandear por una senda tortuosa, porque ésta es la práctica de la parroquia, i al fin de todo, el que sale ganando tres o cuatro pesos es don Tadeo, que dirije el asunto por la autoridad suprema de gamonal de la parroquia.

Entre José i su compañero habian hecho una senda mui estrecha con los cuchillos de monte, i por ahí pasaron casi a tientas los viajeros de zapatos, porque la claridad de la luna no les bastaba, a causa de las ramas i bejucadas.

A poco rato oyeron unos gritos a lo que iban caminando por la senda, i luego unos quejidos. Apuraron todos el paso i encontraron a un hombre tendido en el camino, lleno de sangre, i sin movimiento vital en ninguno de sus miembros.

—Qué es esto! esclamó el cura, quién es el muerto?

—Es mi tocayo, contestó *ñor* Elías.

—Puede ser que no haya muerto, dijo el cura, despues de examinarlo atentamente, i sacando de su cartera un papelito, le puso sobre la len- un glóbulo del tamaño de la cabeza de un alfiler.

A los dos segundos se movió el paciente, i a los tres o cuatro se pudo enderezar.

—El filósofo del Gólgota curaba con la imposicion de manos, i usted con un papelito. Gloria a los protectores de la humanidad!

—Qué ha sido? preguntó el cura a su feligres.

—Que Juan Acero salió de golpe del monte, i me partió un brazo de un garrotazo, i me repitió otros en la cabeza i la espalda. Ai! señor cura, que tengo unos dolores que ya no puedo mas.

—I porqué le pegó Juan Acero?

—Porque hace ocho dias que está apoderado de mi casa i de mi mujer, i me dijo que si pisaba estos caminos me mataria. Ai! que ya no puedo mas.

El cura confesó al herido, i entre todos los cuatro viajeros lo llevaron a una estancia que estaba siete cuadras mas abajo, i mandaron a la cabecera del canton a buscar quien le cortase el brazo derecho, pués lo tenia despedazado. El cura dejó mui recomendado al enfermo, i avisó que fuesen a pedir lo que se ofreciese a la casa cural. Don Demóstenes ofreció su persona i sus intereses para el alivio del proletario, i siguieron su camino todos los viajeros en direccion a la parroquia. Caminaron unas cuadras en absoluto silencio, sumamente consternados por la desgracia del pobre estanciero. El zambito dió algunos lamentos sin soltarse de la espalda del viejo Ayacucho, que caminaba mohino detras de su patron. Por último desplegó sus labios el bogotano para recomendarle a *ñor* Elías que tuviese mui presente todo lo sucedido para cuando lo llamasen a declarar los jueces de la parroquia.

—Yo? esclamó *ñor* Elías; yo declarar contra Juan Acero? Solamente que estuviera bien aburrido. Antes lo que voi a hacer es no salir en dos meses de entre las montañas para que nadie me vea.

—Porqué, taita Elías?

—Porque a Juan Acero no lo apresan ni le hacen nada, i si lo apresan, lo saca con bien *ñor* don Tadeo o el amo don Cosme, i en despues pobre del juez i pobres de los testigos, porque es el garrote mas bravo de todo el vecindario.

—I porqué cree usted que lo saquen libre?

—Porque es del partido de don Tadeo, i porque los guapos tienen ahora mucha defensa. No ve su persona cómo a mis hijas me las libraron de ir a la reclusion de Guáduas por las cortadas que le hicieron a la tonta María Vásquez? Pero, en fin, a mí me gusta que defiendan a todos los perseguidos por la justicia, i por eso es que yo soi del partido de don Tadeo, i de mi amo don Cosme, aunque es la verdad que con la defensa de las muchachas me quedé yo de esclavo para muchos años de vida.

—Ahora dígame, señor cura, dijo el bogotano, cómo se ha hecho usted homeopático?

—Cuando estuve en mi primer curato, me daba mucha lástima el ver que iban a perecer por la falta de un remedio muchos de los enfermos que confesaba. Me puse a leer algunas obras de homeopatía, alopatía e hidropatía, i entre todas vi que la alopatía tenia el inconveniente de las boticas, que no se hallan en todas partes; la hidropatía el de hacer dar muchos gritos a los enfermos i no curar todas las enfermedades, i me decidí por la medicina homeopática por la facilidad con que se administra, quedando suprimidos los cáusticos, los baños, las sanguijuelas i sangrías, las purgas i los vomitivos, los moxas i las ventosas, i todas las drogas de las boticas, quedando toda la medicina reducida a administrar un glóbulo, que contiene la diezmillonésima parte de un grano. Esta medicina me decidió por lo barato, cómodo i pronto para su aplicacion i para la reposicion. Para los pobres es escelente.

—La medicina democrática entónces; la medicina de los proletarios! esclamó el humanitario don Demóstenes.

—Sí, señor, le contestó el Cura. I yo he visto en mi juventud al ilustre doctor Juan María Céspedes recetar a los feligreses de su curato, a quienes iba a administrar, las plantas medicinales que él conocia, con un esmero i una caridad de que se pudieran sacar luces i ejemplos para educar buenos curas, si en lugar de reformarlos no se quisiera destruirlos.

Así conversaban los dos amigos de la humanidad cuando divisaron la luz pálida de la lámpara de la iglesia que asomaba por una de las ventanas, oyendo al mismo tiempo las campanadas de las ocho, fúnebres i tristes como el objeto para que fueron inventadas; el Cura rezó una oracion en latin, de que don Demóstenes no quedó amostazado, porque era tolerante, i en el hotel *San Nicolas* de Nueva York, le habia soportado la oracion del mediodía a un mahometano que vivia con él, por un mes entero. Ayacucho se adelantó, como lo tenia de costumbre, i al pasar por la casa de don Tadeo se vió a gatas para defender de los perros a su pupilo, el que, cuando llegó a casa, fué mui acariciado por toda la familia, i en especial por Manuela, que era compasiva i tierna con todos los que padecian.

CAPÍTULO IX.

LECCIONES DE BAILE.

Cierto dia habia vuelto don Demóstenes a su posada mui aburrido, porque no traia mas caza que una tomineja del tamaño de una avellana, que se hubiera podido confundir con una mosca de las mayores, a pesar de que estaba en la plenitud de su desarrollo. La hamaca era en estos casos el único recurso del caballero, i se dejó caer en ella de la misma manera que cae la palma de cuesco sobre las ramas de los árboles en los desmontes que llaman rocería en las tierras calientes de la Nueva Granada; i, afianzando su baston en el suelo, como los bogas afirman la palanca, hacia que la hamaca se meciera constantemente. Convertido en un bajá de Constantinopla, recibia la poca brisa que cruzaba por las dos puertas de la sala, i tal vez se imajinaba huríes, como los hijos del pro-

feta de la Turquía, pues en la tierra caliente la hamaca equivale a los cojines mullidos, a la dulce embriaguez de la pipa i a las ilusiones suscitadas por el opio de los orientales.

Una hora entera llevaba don Demóstenes de estarse meciendo en su grande hamaca corozaleña, sin leer, sin hablar, sin mirar a los que pasaban por la mitad de la sala, a tiempo que Manuela estaba aplanchando encima de la gran mesa central, que ella habia cubierto previamente con sábana, frazada i sobrecama; viendo triste a su huésped quiso usar de su lenguaje blando i elocuente para sacarlo del estado de inaccion en que se hallaba. La voz de Manuela era dulce i sus frases tenian la fuerza i los adornos de locucion de las hijas de los llanos del Magdalena, que espresan mejor una idea que los estudiantes de retórica de los colejios, i se le dirijió en los términos siguientes:

—Señor don Demóstenes, en cuál se quedó pensando, en la catira de Bogotá, o en la pelinegra del trapicho del Retiro?

—Porqué me lo preguntas? contestó el caballero, como sorprendido.

—Porque ya va para média hora que ni los mosquitos lo hacen mover; i que hoi es cuando se les ha metido picar sin lástima.

—No es sino que la hamaca me tiene encantado.

—I ahí verá que no debia quererla, porque usted es liberal.

—I qué pitos toca la libertad con la hamaca?

—¿Luego, no sabe usted que la hamaca es el puro centralismo, estando en la mitad de la sala como la suya, haciendo estorbo a los que pasan?

—Vaya una ocurrencia! dijo don Demóstenes, mirando a Manuela i riéndose de su sencillez.

—Pero como no es eso solo, dijo la casera, sin cesar de mover la plancha por encima de una levita blanca de su huésped.

—I qué otra cosa es?

—Que usted echa a pasear la igualdad cuando se apodera de la hamaca en esta casa o en la de mi prima.

—La igualdad?

—Sí, señor, la igualdad; porque todos los demas estamos fregados en los poyos o los escaños, miéntras que usted se está meciendo en la visita, acostado muchas ocasiones, i ya usted ve que eso no se puede llamar igualdad. I si entran las señoras a ese tiempo, yo no sé cómo se entienda usted con ellas.

—Oh! pues entónces me levantaria.

—Eso tampoco se conviene mui bien con la igualdad de que usted nos habla; pues querria decir que a nosotras se nos debe tratar poco mas o ménos, i usted nos ha dicho que todos somos iguales.

—Ah! pero era porque estábamos hablando de la igualdad de derechos, me parece.

—¿Entónces no hai mas igualdad que esa igualdad de derechos que usted dice?

—Pues sí hai: la igualdad social; pero tiene sus escepciones.

—Igualdad i escepciones? está mui bueno!

—Es que una cosa es con guitarra.....

—Entónces diga usted que una cosa es cacarear i otra poner el huevo; una cosa es hablar de igualdad i otra sujetarse a ella.

A este tiempo hubo una novedad mui grande en el puesto central

de don Demóstenes. La marrana sintió por la calle algun ruido que le convenia, i sin acordarse del gran estorbo de la horqueta a que estaba condenada por la lei del supremo Cabildo del 18 de mayo, se salió por la sala i metiéndose por debajo de la hamaca le causó fuertes molestias al centralista en las espaldas con los palos i con el espinazo; pero en eso no paró todo, sino que viendo el burro carguero el buen éxito de la marrana, se alegró i emprendió la carrera, a la voz de un rebuzno, i al pasar por debajo de uno de los lazos, dió un empellon tan recio al tranquilo huésped, que si no se coje con viveza del costado de la manta va a dar al duro suelo.

Manuela se asustó; pero luego que pasó la sorpresa, i que se enteró de que a don Demóstenes no le habia sucedido nada, no pudo ménos de reirse como era natural, i cerró la puerta del lado de la calle, para evitar la segunda pasada.

—Oh, Manuela! le dijo don Demóstenes a su casera, que estaba tocando la plancha con el dedo mojado en la saliva de su linda boca para examinar los grados de calor que tuviera; tú has visto cuál ha sido mi castigo por un solo pecado de centralismo; pero te intereso mui sériamente para que cesen todos estos desórdenes, pues el derecho de colgar mi hamaca....

—Pierda cuidado, que no volverá a suceder nada, contestó Manuela.

Volvió a quedarse callado don Demóstenes i con mayores trazas de melancolía, i viendo Manuela que no volvia la cara para donde ella estaba, a pesar de sus golpes repetidos con la plancha, ensayando por segunda vez el modo de hacerlo entrar en conversacion, le dijo estas palabras:

—Hole! se me pone que la carta que le entregaron hoi le trajo alguna mala noticia de la familia, segun está usted de afijido.

—Ah, no! Era sobre negocios.

—De alguna rueda de agua, o sobre el cuido de las avecitas, o sobre qué cosa? dijo Manuela, saliendo a remudar plancha en el corredor en donde tenia su brasero.

—Manuela sabe algo sobre la carta de Clotilde, dijo don Demóstenes a sus solas, i éste tambien es un mal precedente.

—Qué es lo que le está pasando, que ya conversa solo, como los jubilados? preguntó Manuela al caballero, entrando con la otra plancha.

—Es que quiero morirme.

—No le da susto?

—Pero de qué? La muerte es un hecho comun, es el último sueño, i nada mas.

—I la cuenta de nuestras buenas o malas obras?

—A mí no me tocan esas cuentas; i te encargo que me hagas llevar a la estancia de Dímas, al pié del botundo que corona una colina desde donde se ve la parroquia, i que allí me entierren, al lado del arroyo que corre por debajo de los pabellones del batatillo i ojo de buei, formando una música con su eterno susurro, de lo mas aparente para los sepulcros; i dejo dispuesto que me siembre Pia una mata de siempreviva al lado del mio.

—I dormido con el último sueño ¿qué se suple con la música del arroyo, ni con la vista de la colina? ¿no será mucho mejor que lo entierren en el cementerio bendito, con su cruz encima, igual a la que se pone

encima de las sepulturas de todos los cristianos? No se ha de volver tierra como todos los hijos de Eva?

—Así es, Manuela, dijo don Demóstenes, con un suspiro; pero no sé si es por un sentimiento de orgullo, o por algun presentimiento de inmortalidad, o qué sé yo; pero lo cierto es que todos deseamos que duren nuestras reliquias entre los vivos, i que se noten con epitafios, o con mausoleos, i con árboles funerarios como el cipres.

—Pero al fin, ya verá que ricos i pobres se vuelven tierra, i que las señales que dejan los ricos tambien se acaban algun dia para que haya igualdad, porque esa sí es la igualdad lejítima. I lo mejor es que, siendo usted tan alentado, i tan buen mozo, i tan formal no se desee la muerte.

—Gracias, Manuela! Pero has de saber que la tumba con sus adornos tiene una poesía que me encanta.

—Ojalá vaya a hacer la tontera de matarse usted mismo! Ni mucho ménos por alguna que cuando lo sepa se encoja de hombros i nada mas. Ya usted ve que las mujeres aguantamos calladas cuando hai alguno que no nos quiera querer. Conque déjese de suspiros i de pesares por la niña que le mandó esa carta, i no se deje morir hasta despues de San Juan, con eso bailamos los dos un buen *bambuco*, o un buen *torbellino*, o una *caña* aunque sea.

—Todo eso es colonial i mui retrógrado, segun vi la noche de la pelea de José. El bambuco me pareció el juego de las escondidas, sin el buen resultado de cojer a la persona escondida; el torbellino me pareció baile de piscos o pavos, todo con algunos amagos de ataque, pero con mucha distancia de las fuerzas belijerantes, que, si se llegan a arrimar, es a média vara de distancia, lo cual es un oprobio para los adelantos del siglo XIX, en que la palabra *distancia* no figura ya en los diccionarios, desde que Roma se ha ido a rendir a las puertas de Paris i Lóndres en fuerza de la invencion del telégrafo eléctrico. Por manera que el retrógrado bambuco i el torbellino vetusto no hacen otra cosa que oponerse al espíritu del baile, que consiste en avanzar i estrechar la distancia de los corazones, i por consiguiente de los cuerpos, i me admira que tú, siendo jóven i linda.....

—Muchas gracias!

—Sí, Manuela, continuó don Demóstenes con algo de entusiasmo; la hermosura no debe estar en oposicion con las luces del siglo.

Verdaderamente que Manuela estaba seductora ese dia. Su brazo, no mui blanco a la verdad, pero carnudo i sombreado por el vello, se desplegaba con elegancia hasta la mitad de la mesa, llevando i trayendo la pesada plancha, de cuyos movimientos se resentia su delgada cintura; su pecho se avanzaba en ocasiones sobre la mesa, sin mas adornos que su fina camisa de tira sencilla, i es sabido el influjo favorable de la naturaleza en todos los climas calientes para la conservacion de la lozanía, aun en las mujeres de alguna edad; bien es que nuestra heroina no pasaba todavía de los 17. El rostro de color aperlado de la parroquiana estaba sonrosado ese dia por el ejercicio i sobre todo por el brasero i la plancha, i la sonrisa habitual de sus labios brillaba en aquellos momentos sobre sus facciones, por el interes de consolar a su huésped.

Don Demóstenes se habia vuelto a quedar serio i se estaba meciendo en su hamaca con ese grado de pereza que es el opio del estanciero

del Magdalena i sus llanuras cuando se mece en su propia hamaca, mui seguro de que el pescado solicita la carnada del anzuelo, que el venado busca la trampa de lazo i los vástagos de plátano *paren*, segun la metáfora de que usan los calentanos para espresar la fecundidad con que se multiplican.

Viendo Manuela que los golpes de la plancha eran insuficientes para llamar la atencion de su alojado, le volvió a decir:

—Hole! por fin se muere?

—Tal vez, le contestó don Demóstenes, sin volverla a mirar.

—Déjelo para despues de San Juan, con eso bailamos bambuco hasta que nos sepa a feo.

—¿Qué cuento es eso de san Juan, que todo lo que hablan es de san Juan, i lo que hacen es para san Juan, i vuelta san Juan, i torna san Juan?

—Luego usted no sabe que ese dia nos volvemos locas de gusto?

—¿I porqué ese dia, i no el 20 de julio, que es el aniversario de nuestra independencia?

—Porque ese dia se recuerda a san Juan, que fué el que bautizó a Nuestro Señor Jesucristo.

—Yo creo que en esta parroquia mezclarán mucha dósis de supersticion i de fanatismo con ese recuerdo.

—Ya verá cómo usted tambien se vuelve loco de gusto ese dia i grita con nosotras, i baila con nosotras, i se lava el cuerpo como todas nosotras.

—Pero bailar bambuco? Imposible! ni mucho ménos servir de estatua, o de pedazo de alcornoque para que te hagas los entes de que estás bailando con tu novio.

—Pero cuál?

—No te diré fijamente; no te endulzaré los oidos, porque no lo conozco de nombre; pero un sujeto que te espiaba todos los pasos i movimientos la noche de la pelea de José i que vi yo retirarse en otra ocasion de tu tienda, ese es tu amante; i desearia conocerlo, porque lo vi disfrazado i no tengo de él sino una idea confusa.

—I no es lo mismo bailar con cualquiera persona?

—Entónces cuando te saca un viejo barrigon como una tinaja, o uno seco i largo como un estoque, bailas con todo tu gusto?

—Porqué no?

—I de dos jóvenes de los cuales el uno sea feo i el otro buen mozo?

—Cualquiera.

—I si te saca una mujer?

—Quién sabe!

—No hai quién sabe que valga. Yo por mí lo digo, que si bailo contigo en el san Juan será movido de tu belleza, de tus encantos, de ese conjunto de cualidades que te hacen la mas linda de todas las muchachas de tu parroquia.

—*Naaada!*

—Sin lisonja, Manuela.

—Bueno, pero levántese de esa cama de pereza i salga a la mitad de la sala ahora mismó, i le esplico el bambuco a la carrera para que lo vaya aprendiendo i en el san Juan lo bailemos juntos.

—Voi porque no digas que te desairo, dijo don Demóstenes poniéndose de pié i amarrando la hamaca por encima para que no estorbase.

—Mire, le dijo Manuela a su huésped: despues de dar una vuelta en la mitad de la sala al rededor de la pareja, se va usted bailando por un lado i su pareja por el otro.

—Apartarnos? Oh, qué disparate!

—Cómo, pues?

—Unirnos, estrecharnos, confundirnos como la enredadera i el árbol que la sostiene!

—Pero cómo se baila? si en el bambuco los que bailan han de ir separados.

—Entónces el bambuco se debe desterrar de la sociedad actual, como el bolero i como todo lo que se oponga a las luces del siglo.

—Entónces no bailaremos los dos en el San Juan.

—Bailaremos *strauss* o *varsoviana*, que son los bailes que están mas en moda en la capital.

—Pero como yo no sé!

—Te los enseño.

—Cuándo?

—Cuando se pueda; comenzando desde hoi: con medio cuarto de hora de leccion será suficiente.

—I su ropa a qué horas se la acabo de planchar?

—Otro dia.

—I música?

—José silba cuanto le manden, i sabe los toques de corneta.

Llamó don Demóstenes a su criado, que estaba limpiando la mula de silla en el corral i le mandó entonar el strauss, imitando los golpes de la tambora sobre la mesa grande; condujo a su discípula de la mano i comenzó la primera leccion.

—Ten cuenta, le dijo: llevar el paso de la manera que yo lo haga; pero brincando con aire, con elegancia i con mucha soltura sobre todo; porque es necesario comprender lo que es el espíritu del baile. Déjate de vergüenza por ahora, porque con ella no hai baile posible.

Manuela ejecutó la primera leccion, i su maestro se quedó mui admirado de sus buenas disposiciones. Ella habia bailado valse dos o tres veces.

—Ahora te dejas rodear la cintura con uno de mis brazos i me entregas una mano a todo mi albedrío.

Don Demóstenes rompió el baile por la orilla de la sala, pero la discípula se resistia.

—No temas, le dijo el maestro.

—No ve usted que me quedo sin libertad?

—Es indispensable.

—No se arrime tanto, por Dios!

—Es la naturaleza del strauss.

—Qué hago yo? dijo Manuela, algun tanto sobrecojida de temor.

—Hai que tener fe en la doctrina, le dijo el maestro.

—Hui! dijo Manuela i salió corriendo a cojer la plancha.

—Eso qué es? dijo el maestro, tan serio como admirado de una defeccion tan a destiempo.

—Qué ha de ser? dijo Manuela, que yo soi la madre de las cosquillas, i así no puede ser; i ménos tan de mañana. Ave María!

—I eso qué quiere decir?

—Que música, miel i ventana no pegan por la mañana, como usted lo sabe; i yo le agrego que ni amor, supuesto que el baile es amor como usted lo decia no sé cuándo.

—La adicion del adajio es mui filosófica; se echa de ver que tienes talento; pero da lástima que no abjures de una vez de todas las ideas teocráticas i monacales de que está infestada la Nueva Granada.

—Yo digo que es cierto el adajio, porque cuando me levanto por la mañana, veo la cocina i là huerta, i me entrego a mis oficios tan sosegada, tan tranquila i tan inocente como para comulgar; en el dia es que me asomo a la puerta de la calle i tomo dulce, la música es hasta la noche que me agrada con mas véras, habiendo la ventaja de que la noche es tiempo desocupado.

—I el amor?

—Pues es cuando hai mas tiempo de conversar de esas cosas; pero yo lo que hago es suspirar i estar triste por mis desgracias i cavilar: hai noches que se me pasan en blanco.

—La ausencia del disfrazado!

—Ya dió usted en embromar con el disfrazado.

—Esa cuestion es separada i la dejaremos para despues; ahora me permito hacer algunas observaciones sobre el adajio popular i sobre la nota tan filosófica que tú le has agregado. Es verdad que la mujer no es tan hermosa en misa ni en el estrado como lo es en el teatro o en el baile, aumentada su belleza con la iluminacion; es evidente que el corazon palpita con mayor vehemencia tocado por las armonías de una serenata de média noche, que por la música de los toros o de la parada; que el cachaco bogotano espera las horas de la noche para hacer oir a su amada los trinos de su bandola como lo hiciera con su laud el castellano de la Edad média; que la oscuridad misteriosa de la noche favorece mas citas de amor, que la luminosa carrera del sol; que en los desvelos de la noche se medita con mas sosiego i mas profundamente sobre la ausencia del esposo prometido; que las comunicaciones amorosas de las flores se verifican en el espacio de la noche: todo esto confirma tu asercion, pero eso no quita que bailemos média hora de dia por via de aprendizaje. Aplícate, Manuela! Una muchacha linda como tú, redobla sus atractivos, con ser la primera pareja del lugar.

—Ven a bailar, Manuela! repetia don Demóstenes, queriendo llevar cojida de la mano a su discípula, de las cercanías de la mesa grande hasta la mitad de la sala.

De repente lo encontró en estos empeños doña Patrocinio, que venia de la calle, i luego que fué informada de todo el asunto, dirijió la siguiente reconvencion a Manuela:

—¡Malhaya la chiquitica, que la pueden ojear por la gracia! Conque ahora que pudiera aprovecharse de la ocasion se hace la remilgada? Entónces cuándo se aprende todo lo bueno de la capital, para ir saliendo de las vejeces de la parroquia? Lástima que Pachita se hubiera ido a lavar, que buenas ganas tengo de que don Demóstenes me la vaya enseñando!

—Pero si no me gusta! yo por qué gracia?

—A fe que si fuera un ruanon entónces sí no decias nada; pero como es un caballero noble el que te quiere enseñar, por eso sales ahora con tus fullerías. No seas tonta; déjate enseñar, con eso les echas cacho en

las fiestas a la Cecilia i a la Liboria, que se han figurado que ya no hai otras mejores.

—Es lo que te digo, Manuela, agregó don Demóstenes; lo que se debe aprender es la varsoviana, el strauss i la polka, que son los bailes de alto tono i dejarse de los usos retrógrados de los pueblos semisalvajes. No hai que poner estorbo a los adelantos del siglo.

—Para que lo veas, añadió doña Patrocinio; i al caballero no debemos desairarlo siendo un señor tan amigo de nuestro bien. Sal a bailar i déjate de fullerías, que ya no eres tan chiquita.

No habia palabras con qué resistir unas razones de tanto peso, i Manuela salió a recibir las lecciones gratúitas de su maestro.

—Ya tenemos mucho adelantado, dijo don Demóstenes, sobre el paso, los movimientos i el oido, no queda nada que desear. Ahora lo que falta es que Manuela salte con propiedad.

Cojió don Demóstenes a su discípula como debia, José silbaba, doña Patrocinio daba palmaditas, i la pareja partió como un relámpago recorriendo un costado de la sala.

—Mas aprisa! esclamó don Demóstenes, i adelante! adelante!

—Pero no me apriete, dijo Manuela en un tono mui deprecativo.

—Mas adelante ese brinco, i adelante! adelante!

—Mas?

—Mas, mas, mas!

—Pero cuándo mas, don Demóstenes!

—Sí! mas! con entusiasmo, con fe, con enerjía!

Don Demóstenes estaba lleno de contento por los buenos resúltados de su enseñanza; a mas de eso, se estaba inspirando con los placeres del baile; se hallaba tan cerca de su casera como no lo habia estado nunca; sus manos estrechaban con dulzura los miembros palpitantes de una beldad i cuando inclinaba la cabeza al sonido de los compases, su barba se mecia por encima de la frente de su pareja, como las hojas de una palma sobre las hojas i flores de los árboles de su contorno; los ojos de Manuela brillaban sobre los suyos de una manera prodijiosa i la leccion era una gloria; pero Manuela se retiró del puesto i la leccion quedó suspensa.

¡Qué lástima que no hubiese allí otros espectadores que doña Patrocinio, José i Ascension, que estaba parada en la puerta con el cuchillo cocinero en la mano derecha, i una papa en la izquierda, de la cual colgaba hasta el suelo un hollejo hábilmente sacado en forma de espiral!

Era de sentirse que pasase desapercibida una escena de baile europeo en una pequeña parroquia de las caidas de la cordillera oriental de los Ándes, cuando el profesor habia tomado sus lecciones del arte en Paris i Nueva York, i las utilizaba civilizando una belleza del pueblo descalzo.

—Caramba con el baile! dijo Manuela. Lo que hai que admirar es que bailen así en las ciudades en que hai tanta sabiduría. A fe que las indias bailan la manta sin alzar casi los piés de la tierra. Como que las pobres son mas recojidas en eso de baile, no le parece?

—Vamos a repasar la primera leccion, porque San Juan se acerca, i será lo único que bailaré contigo.

—Solo por eso, dijo Manuela, i salió al puesto.

Una vuelta por toda la sala habian ejecutado los bailadores, cuando Manuela se desprendió otra vez de las manos de don Demóstenes i se fué corriendo a meterse a la alcoba.

—Oh malditas cosquillas! gritó don Demóstenes, dando un zapatazo contra la tierra.

Don Demóstenes no habia visto al señor cura, que habia asomado a la puerta, i fué la causa de la carrera de la discípula.

—Éntre el señor cura, dijo doña Patrocinio.

—Mil gracias, le contestó el cura; i despues de todos los saludos i de tomar asiento en la hamaca a instancias de don Demóstenes, empezó la conversacion diciendo:

—Parece que estamos de fiesta?

—Fué que se empeñó el señor don Demóstenes en enseñar a Manuelita algo de lo que bailan en Bogotá, dijo doña Patrocinio.

—Sí, señor, contestó don Demóstenes, enseñar al que no sabe.

—Pero el baile!.... dijo el cura.

—La Escritura nos presenta el caso de haber bailado el santo rei David delante del Arca.

—Pero bailó solo, no por sensualidad sino por alegría de hallarse en la presencia del Señor. ¡I lo que padecen las señoritas con estos bailes de ahora!

—I si no padecen, señor cura?

—Tanto peor para las señoritas; pero yo sé que hai muchas que sufren, i lo digo en honor de las señoritas en jeneral.

—Es decir que el señor cura no baila nunca?

—Yo no sé la idea que el señor don Demóstenes tendrá del baile; pero yo creo que es impropio de un sacerdote.

—Esto va en los jenios, dijo doña Patrocinio, porque el señor doctor Ramírez no se queda atras de ninguno para un bambuco, ni para un valse ni para un torbellino, i canta i toca que es una maravilla, i ha quedado de venir para el San Juan.

—Es en lo único que no me parece tolerante el señor cura, dijo don Demóstenes.

—Yo tolero, señor don Demóstenes, pero espongo mis razones. Ojalá qne los reformadores i novadores actuales i venideros me toleren a mí de la misma manera.

—Sinembargo, señor cura; al sacerdote que exhorta a que no se tome un manjar por dañoso, cuando él mismo se abstiene, no solamente le tolero sino que le respeto sus ideas; usted tiene un pleno derecho a mis respetos. Un hombre virtuoso, instruido i humano tiene que ser apreciado en todas partes, mucho mas en un desierto como éste.

Despues de esto conversaron los dos personajes acerca de las escursiones a los montes, de las plantas curiosas i útiles i de las aplicaciones que se podian hacer en bien de la humanidad. Don Demóstenes era patriota i realmente humanitario; era un buen liberal i no perdia la menor ocasion de ser útil a la causa de la civilizacion humana.

Luego que salió el cura, preguntó don Demóstenes por su discípula, i doña Patrocinio le señaló el escondite con los ojos i la boca, i entrando el caballero a la alcoba, encontró a Manuela con la cabeza debajo de la almohada, i retirándosela con sumo respeto, le dijo:

—Porqué te escondiste, majadera?

—Por la vergüenza que me dió de que me hubiera visto el señor cura dando brincos como loca.

—I vergüenza porqué?

—Luego no sabe que es el que nos dirije?

Don Demóstenes salió a la calle con direccion a la casa del cura a recibir unas plantas de curare i de pionía para su coleccion de curiosidades, i Manuela siguió cantando i aplanchando.

CAPÍTULO X.

DOS VISITAS.

Don Demóstenes habia dado en la idea de que estaba enamorado de Clotilde, i bajo este supuesto procedia en todas sus acciones. La contestacion de su carta no le agradó, i resolvió hacerle una visita. Se proveyó de municiones, i sin olvidar la peinilla ni el espejo emprendió marcha en direccion al Retiro, acompañado de su fiel Ayacucho, siguiendo por gran trecho el mismo camino que habia llevado de Bogotá a la parroquia; pero no mui confiado en las señas que le habia dado la señora Patrocinio, porque no siempre se retienen en la memoria instrucciones de esta clase. Una legua habia caminado cuando vió venir por el mismo camino que él llevaba, un estanciero con un garrote en la mano, seguido de una mujer agobiada, segun parecia, por una maleta que llevaba a la espalda, compuesta de hojas de plátano entre una mochila de mallas. Don Demóstenes seguramente se dolió de ver la suerte de la pobre estanciera, porque esclamó en palabras bien claras i retumbantes:

—Que se revistan ellas de sus derechos políticos i lo veremos! Agobiada ella con una carga enorme, i él mui fresco con su garrote en la mano!

Ayacucho se habia adelantado unos pasos i tratando de examinar el contenido de la mochila de la estanciera, se fué a encontrarla, lo cual visto por el estanciero, le sacudió un latigazo con el rejo del garrote.

—Amigo! le gritó don Demóstenes, mi perro no hace mas que asustar a la jente; él es inofensivo.

—Esta niña no está para que la asuste nadie, dijo el caminante, i los caminos deben ser libres para andar sin estorbo de ninguna clase.

Don Demóstenes dió unos silbidos, que tal vez corresponderian a uno i diez i ocho de la corneta, porque Ayacucho volvió atras en el acto. Cuando fué tiempo de cruzarse los viajeros en el camino, se hicieron a uń lado de la senda estrecha los estancieros, para dar campo a don Demóstenes, i el hombre dijo a su compañera:

—Que salga derecha la revolucion de que nos habla don Tadeo todas las semanas, a ver si por tener botas i casaca han de ser preferidos hasta en los caminos provinciales!

Luego que los viajeros se saludaron, dijo don Demóstenes al pasajero:

—Mi amigo, voi bien para el Retiro?

—Sí, señor, le contestó.

—No me perderé?

—Pues quién sabe; porque como de eso sucede en esta vida!

—¿No pudiera usted darme las señas del camino del Retiro?..... deseo visitar a don Blas, el dueño de la hacienda.

—No se moleste, su persona; porque él no está ahí, i no viene hasta mañana en la tarde.

—Yo podré dejarle un recado con el capitan i los criados.

—Mándeselo usted conmigo, que tengo que ir con la tardecita por una totuma de miel.

—No obstante, quisiera yo conocer la hacienda, si usted tuviera la condescendencia de darme las señas.

—Pues mire: siga así como va, que el camino lo lleva derecho, i Dios lo lleve con bien.

Don Demóstenes llevaba mucha sed, i le dijo a la mujer:

—Usted llevará frutas en esa maleta, véndame algunas.

—No son frutas, dijo la estanciera.

—¿Cómo no, dijo don Demóstenes, pulsando la mochila, no es un mamei este que toco aquí?

El llanto de un chiquillo, le dió la contestacion, i la mujer añadió: es mi hijito, i este es el modo de cargar los chiquitos en estos lugares; así dobladitos entre las hojas de plátano.

—Pobres madres! esclamó don Demóstenes.

Por fin cruzaron el camino los viajeros, i don Demóstenes oyó por algunos instantes la conversacion que llevaban.

—Se hacen los caritativos con los pobres, decia el hombre, pero lo cierto es que los calzados nos quieren tener por debajo a los descalzos, siendo los descalzos los que componemos la mayor parte de la República. Este cachaco está siempre hablando de la igualdad i de la proteccion a los pobres; pero en lo que ménos piensa él es en la igualdad.

—Pero la niña Rosa me ha dicho que es mui jeneroso con los pobres.

—Eso lo hacen en donde ellos creen que hai hueso que roer; i yó de lo que me admiro es de que haya bobos que crean. Qué igualdades ni qué pan caliente! No hai mas igualdad que el garrote i no dejarse uno chicotear ni de los ricos, ni de las autoridades, ni de nadie, como lo hago yo; esa es la verdadera igualdad. Yo lo oí hablar contra mí la noche que le rompí las quijadas a Elías Pérez, porque yo estaba escondido en el monte; unas veces quiere que se castigue i otras que no se castigue; pero a mí no se me da nada, porque yo sé que don Tadeo me saca con bien de todos mis afanes. Qué le parece a usted la igualdad? Don Demóstenes les echa taba a las calzadas i a las descalzas, i yo no les digo mis penas sino a las descalzas. Ayer bajaba don Demóstenes de las estancias de Paula i Pia, i hoi va a la casa de la niña Clotilde. Los calzados se divierten con todas a un mismo tiempo; pero don Demóstenes dice que la igualdad está reinando en la Nueva Granada. Yo no sé cómo será la igualdad, miéntras que los ciudadanos estemos repartidos en la clase de los descalzos i la clase de los calzados. Don Tadeo dice que no puede haber igualdad hasta que no acabemos con todos los cachacos de botas i de zapatos.

No sabemos qué tanto alcanzaria a oir de este discurso el señor don Demóstenes, el cual iba demasiado inquieto por no tener seguridad acerca del camino que debia seguir. De tiempo en tiempo se detenia con el oido fijo al lado de la espesura del bosque, deseando algun animal precioso para presentárselo como trofeo de su espedicion a Clotilde; pero de

los grupos no salia sino el ruido de cien chicharras que lo desesperaban tanto como los ardores del sol. No habia fuente, pantano ni quebrada en donde apagar la sed que lo tenia casi muerto, i lleno de pena i de fatiga se acereó a la sombra de un iguá mui coposo, i se sentó encima de una piedra que estaba embebida entre la hojarasca, i miéntras rejistraba el muelle de la escopeta, Ayacucho le puso la mandíbula sobre la pierna, perseguido de los tábanos i devorado de tanta sed, que tenia una cuarta de lengua afuera; así que lo advirtió el compasivo caballero, le dirijió estas palabras en la forma de un discurso:

—Oh Ayacucho, mi noble i jeneroso amigo! De qué te servirán tus sacrificios, al fin de una carrera oscura i deslucida? ¡Te privas voluntariamente de tus afectos especiales, por seguir aventuras infructuosas!

Ayacucho meneó la cola i exhaló una especie de ahullido, con el cual parecia que contestaba los razonamientos de su amo, i éste mucho mas compadecido por la espresion de ternura, continuó diciendo:

—Pero no hai que aflijirse, que la historia es el premio de los sacrificios i de las virtudes. Tu nombre vivirá con mayor razon que el nombre de los Ganelon i de los Matalegría.

Dijo, lo acarició i lo convidó con un silbido a continuar adelante.

Desde allí se fué Ayacucho mucho ménos abatido que ántes, i rebuscaba las sendas de un solo costado como inspirado por el conocimiento de alguna novedad favorable. De golpe dió un ahullido al oler las ramas de una senda mui estrecha, i se volvió para atras i luego para adelante; esperó a su amo en la boca de una trocha que apénas era andadera; luego que el amo llegó, se internó con la confianza de un baquiano. Don Demóstenes lo siguió con fe, i a médio cuadra de distancia dió con el pequeño desmonte que componia todo el horizonte de la estancia de Malabrigo.

No pudo acordarse don Demóstenes de una sola pintura que se pareciese a Malabrigo, en donde no sonaba voz alguna de persona viviente. Las ruinas presentan la vista de alguna zorra o lechuza; los cementerios la imájen luctuosa de algun huérfano o de alguna viuda que atraviesa por medio de los sauces con el semblante abatido; pero en Malabrigo no habia sino avispas, abejas i algunos insectos que diesen testimonio de la vida. Una guadua del tamaño de los cedros mas corpulentos, sacudia sobre el patio su dilatada ramazon elevándose sobre los otros árboles no ménos sombríos. La idea del guardian de que habló Rosa la noche que don Demóstenes posó en Malabrigo, le sujirió a este señor la esperanza de averiguar la existencia de las estancieras. Fuése al fogon de la enramada i halló para su consuelo un tronco grueso de zapote, que guardaba candela oculta, i esto lo animó a gritar, aunque no como gritan los campesinos.

Sentóse don Demóstenes a descansar, bajo el alar de la choza, lo que tambien ejecutó su compañero Ayacucho; a poco rato apareció Bagazo por entre las ramas tupidas que cubrian la senda de la quebrada, i al ver a Ayacucho corrió latiendo a atacarlo con denuedo; pero Ayacucho despues de levantarse no hizo sino dar unos pasos i quedarse callado. Conducta mui rara por cierto, porque el raquítico defensor de la estancia de Malabrigo habria perecido de una sola tarascada del mestizo gordo i atrevido, acostumbrado a no sufrir insultos de ninguna clase; pero habiendo visto Bagazo que Ayacucho no entraba en pelea, se con-

tentó con adelantarse i olerlo en señal de fraternidad canina, lo que tambien hizo Ayacucho, i en el acto quedaron mui amigos.

No dilató Antoñita en asomar por la misma senda que Bagazo, trayendo un calabazo de agua, de la cual, aunque salada, tomó el caballero porque se hallaba devorado de sed, despues de un cortísimo saludo, i se ocupó en hacer el siguiente interrogatorio.

—Tu madre? le dijo a la bella estancierita.

—Mi mama está por la montaña i no vuelve hasta mañana en la tarde.

—Tu hermana?

—Mana Rosa no está por aquí.

—Qué hago para verla?

—Ella no se deja ver esta semana.

—Está mui léjos?

—No; pero usted no da con ella.

—Qué hiciera yo?

—Pues, quién sabe.

—No me la pudieras llamar?

—I si se pone brava?

—Dile que soi yo. Dale por señas que te regalé esta peseta: toma i muéstrasela allá.

Cojió Antonia la moneda, i corrió con el mayor gusto a llamar a su hermana, i cuando ya estuvo en lo mas espeso del bosque, se puso a cantar en el tono triste pero fuerte con que las estancieras hacen retumbar los bosques que ciñen las sementeras, quebradas i lavaderos de tierra caliente, comenzando por esta copla:

A los montes me retiro,
A hablar con los pajaritos;
Porque ellos sí me contestan,
Aunque son animalitos.

En ménos de un cuarto de hora se puso Rosa a la vista de don Demóstenes, por debajo de los floridos bejucos de adorote, i de las ramas aromáticas de los guayabos ulandas, puso al frente de la cocina unos palos que parecian tizones apagados, i se acercó limpiándose el sudor del pecho i de la frente con un pañuelo colorado que llevaba prendido de la copa del sombrero de trenza de palma.

El traje de Rosa no tenia las ventajas de la riqueza, sino todas las apariencias de la naturaleza selvática, porque sus enaguas eran mui altas de los tobillos i su camisa era de mangas sumamente cortas i de tira mui escotada.

Este golpe de vista pasó como una exhalacion miéntras que Rosa se trasladó de la mitad del patio al corredorcito donde se hallaba su huésped, al cual le dió la mano, sin reparar que la tenia llena de los rezagos de los palos quemados de la roza.

—Qué milagro que se hubiera acordado de la senda! le dijo la estanciera a su antiguo huésped.

—Te hablo la verdad: fué Ayacucho quien se acordó, porque él fué el primero que dió con la entrada; pero yo no te he olvidado nunca.

—Porqué no habia venido a pasearse por estos lados?

—He tenido poco tiempo.

—Mírenlo; i cómo para ir a ver a Pia sí ha habido tiempo?

—Quién te ha dicho?

—No sabe que en los lugares chicos i retirados no se da un paso que no se sepa? I qué tal de posada? Cómo le ha ido con la niña Manuela? Lo cuida i lo quiere mucho?

—Cuidarme, lo que es posible en un pueblo miserable; quererme mui poco, i te aseguro que no sabe lo que se hace.

—Ella no quiere a ningun rico, i le alabo el gusto, porque aquí donde usted ve, yo soi enemiga de la clase de botas, con toda mi alma i mi corazon i mi vida.

—Yo me alegro de que tú seas socialista, porque esta doctrina es la única que puede perfeccionar todos los gobiernos; pero me recelo que te vayas mui adelante. De dónde has tomado lecciones de tanto progreso?

—Acaso le entiendo nada?

—Mas claro. ¿Quién te ha enseñado que la riqueza acumulada en ciertas clases privilejiadas, o en ciertos hombres mas usureros, mas sagaces, mas afortunados, es contraria al espíritu de la democracia?

—Ahora sí que me dejó a oscuras.

—Entónces esplícame la causa de aborrecer tanto a los ricos, o si es alguna chanza de las tuyas?

—Es tan de véras, que si llegara a querer a un rico tendria que irme derecho a los infiernos.

—Boba! qué tiene que ver el infierno con los amores?

—Que hice un juramento, puesta de rodillas delante del buitron de las hornillas de la Soledad, con la cruz formada con el dedo pulgar de la mano derecha, de no querer a ningun rico, bajo ningun pretesto.

—Esos son votos temerarios, que no obligan en ninguna de las relijiones existentes. Se me pone que algun rico se portaria mal contigo, i que la rabia de un desengaño te ha llevado a los estremos; pero la lójica debe estar primero que todo. Hai ricos que son mui dignos de quererse.

—Es porque usted no sabe que un rico me acarició para reirse de mí i para desecharme luego, quitarme la estancia i arruinar a mi familia.

—Imposible! Yo no puedo creer que haya visires entre los republicanos de la Nueva Granada.

—Óigame i verá.

—Bueno, pero no me hables de amores, dijo el bogotano, que para todo hai tiempo a pesar de que la vida es tan corta.

—Es decir que yo me quedo en el concepto de embustera para con usted, ¿no es eso lo que pretende? Pues no, señor; me tiene que oir; le contaré una historia i verá que no soi ninguna embustera.

—Otro dia, Rosa, porque hoi tengo que ir al Retiro i se me hace tarde.

—Despues no hai tiempo, o no estamos los dos a solas, como hoi, que mi mama está en casa de mi madrina Patrocinio i la chinita está *despalizando* en mi lugar.

—Te oiré, pues, si tanto lo deseas.

—Pues fué de esta laya: como se fué Matea para Ambalema con el novio de Pia, i como mi señora madre perdió su brazo en el trapiche, i Antonia no tenia sino diez años a lo sumo, yo tuve que ir al trabajo del trapiche i desde el mismo dia me echó el ojo el amo de la hacienda, por

mi desgracia. Yo andaba en los catorce años i medio, i mi viveza i mi jenio les agradaba a todos. El amo no escusaba el decirme algo de mis ojos i mis pestañas, siempre que me hallaba sola.

—I con razon, porque te aseguro con toda verdad que en ninguna parte del mundo he visto unos ojos mas hermosos, decorados con cejas i pestañas de tal esplendor ...

—A mí lo que me daba era vergüenza i miedo al mismo tiempo, de hablar con el amo, i hacia todo lo posible por evitarlo; pero usted ha de saber que los amos, dueños de tierras, tienen el poder en sus manos para todo lo que quieren. Todos les ayudan para cumplir sus antojos. El mayordomo me mandaba a la casa grande con pretesto de llevar las raciones, o de llevar velas para el trapiche; i para que no me pudiera ir á dormir a la estancia, me puso de trapichera, que es oficio en que muchas veces se trabaja hasta las once de la noche, comenzando a la madrugada. Cómo estaria yo de molesta durmiendo entre la basura, a la vista de una docena de peones i algunas peonas sin lei ni rei, a distancia de tres cuadras de la casa grande de los amos i a cinco de la del capitan i el mayordomo? El amo se solia quedar una que otra ocasion en un cuarto que tenia en el trapiche para apurar la molienda, cuando habia partidas de bestias detenidas en la plazuela esperando la miel, i llamaba a los peones i peonas que necesitaba. A mí me llamaba algunas veces, pero como yo era tan vergonzosa, no iba sino acompañada de Liberata, una amiga que tengo, que vive allá en el trapiche desde que vino de su tierra, i es la caqueceña mas bonita que ha venido a los trapiches. Si usted la viera se quedaria *tuturuto!*

Por este tiempo se hallaba en el trapiche una mujer llamada Sinforiana, arrendataria de la misma hacienda; tenia a su cargo un destajo de siembra de un almud de caña, i habia llevado a sus hijas Cecilia i Francisca, para que le ayudaran; i esta buena mujer se me metió de amiga, i me llenaba de cariños i de regalos para ténerme grata, i dió en convidarme a las visitas del cuarto del amo por la noche.

Ántes de los dos meses comenzó el amo a tratarme con mucha dureza, haciendo creer que sobre mí tenia mayor mando que sobre todas las otras peonas; me quiso privar de ir a los gastos i a la parroquia, me mandó que no me chanceara con Celestino, un muchacho mui parcial que me cojió cariño. Entónces me dejé de ir al cuarto; pero el amo se puso en candela i regañó a mi mama. Viendo esto, lo que hice fué decirle llena de miedo, que a trabajar en su hacienda me obligaria, porque yo era su esclava, en el hecho de ser su arrendataria, pero que a quererlo no me podria obligar. No tardó cinco dias el comisario en ir al trapiche i amarrar a Celestino i llevarlo de recluta. Yo no quise volver al trabajo; pero el amo, por ver si yo me sujetaba por medio del temor, me mandó decir que si no lo iba a ver, me echaria de la hacienda. Tampoco hice caso de sus amenazas; pero le dió la órden a su mayordomo (que es un tigre cebado, a propósito para aterrar a los arrendatarios) de que nos echara de la estancia, con el plazo de veinticuatro horas para buscar casa i trastear.

Entónces fué cuando compramos esta estancia de Malabrigo por veinte pesos al fiado, i de pronto nos pasamos, perdiendo las matas de maiz, que estaba rodillero, i unas cien matas de plátano harton que teníamos en las orillas de la quebrada, i nos derribó los ranchos, dejan-

do algunos arbolitos, que aunque no valgan nada, pero se les coje cariño. Usted ve que el amo me causó los mayores daños, de cuenta de mis hermosos ojos, i sin el recurso de darle mis quejas a ningun tribunal de la tierra. ¡Gracias a que el pobre Celestino se pudo fugar del cuartel!

—Oh! los señores feudales! esclamó don Demóstenes, i en el siglo XIX i bajo un gobierno mas democrático que el de los Estados Unidos! Me horrorizo, me espanto de ver que así se desprecie la Constitucion.

—Para que vea que tengo mucha razon en aborrecer a los ricos, dijo Rosa, i se limpió las lágrimas con disimulo.

—Jesucristo i Proudhom tampoco los quisieron; pero hai escepciones en todas las reglas, i yo tengo derecho para que las hijas del pueblo no me aborrezcan, porque soi defensor del pobre, aunque gozo de regular fortuna.

Se quedaron callados los interlocutores por algunos momentos. Los ultrajes que la ciudadana habia sufrido en sus mas preciosos derechos habian contristado el corazon humanitario de don Demóstenes; habia visto correr las lágrimas de los ojos mas hermosos de toda la comarca, i sus ojos tambien se humedecieron. Era solemne aquella visita. Las decoraciones de la sala de Malabrigo tenian un aspecto grave por la humildad de la pobreza, el esterior era lúgubre por el silencio, i por la sombra del curo i de la caña jigantesca que se mecia por encima del patio. Don Demóstenes, que habia viajado i visto toda la grandeza de los hoteles i de las casas mas ricas de los Estados Unidos, era el socialista mas a propósito para apreciar en aquella situacion todo el mérito de la humildad i pobreza neogranadinas, conversando en tal salon con una estanciera descalza i vestida con el traje mas inmediato que puede haber al de los aborijenes de la tierra. ¡Oh, cuánta desigualdad delante del cuadro jeneral de la civilizacion humana! Cuánta distancia entre Rosa de Malabrigo i la hija de don Blas, el dueño de la hacienda! I cuánta distancia entre la señorita Clotilde i la hija de un grande de los reinos unidos de Inglaterra!

Despues de unos momentos de triste meditacion, dijo don Demóstenes a la estanciera:

—Ahora necesito que tú me hagas un favor.

—Siendo cosa que se pueda, dijo ella, cuente usted conmigo, patron don Demóstenes.

—Mui posible. Yo no exijo lo que no es racional i justo.

—I qué es lo que necesita?

—Que me vayas a llevar hasta las puertas del Retiro, porque en la jeografía práctica de los caminos, te hablo la pura verdad, entiende mas Ayacucho que yo, i hasta mi mula tal vez; por lo ménos las señas que me dió la patrona no las comprendo, aunque las tengo escritas aquí en la cartera, i son de este modo: "Coje usted todo el camino que va para Bogotá; mas adelante de Malabrigo tuerce a la izquierda por una senda donde sobresale un guayabo de monte; mas abajo hai una division de caminos, coje usted por el que tiene en la orilla una mata de payandé, mui llena de horquetas, i de allí como a veinte largos de tarea llega al dinde que está cerca de la hacienda, i pasando una quebradita de agua mui clara, llega a la puerta de la plazuela por debajo de unas ramas de iguá i del espino corono, abre la puerta de golpe, i ya está us-

ted en la casa grande del Retiro." Las señas que me dió un pasajero que iba con una mujer que llevaba un muchacho en la mochila, fueron estas: "Siga usted como va, que el camino lo lleva." I te aseguro que me hallo tan a oscuras como si no me hubieran dado ningunas señas.

—Pues ahí verá que en otra cosa le puedo servir, pero en eso no; porque mandé a avisar a la hacienda que no iba al trabajo por hallarme mui mala, solo con el fin de despalizar una rocita para sembrar unas cuatro maticas de maiz, i si me cojen en la mentira me *friegan*.

—Qué hago, Rosa de mi vida?

—I qué afan tiene?

—Te voi a decir la verdad: es que estoi apasionado de Clotilde. Oh, tan bella i tan amable!

—I no pudiera dejar la visita para otro dia?

—Entónces no sabes tú lo que es amor?

—Ojalá que nunca hubiera sabido!

—Anímate, que yo te seré agradecido; una vez me quitaste la sed i el hambre, i ahora me abrirás las puertas de la gloria.

—Pues estoi animada; pero tengo miedo de que me suceda algo: espérese le doi un piquete de una *trocha* de carne asada i un poquito de guarapo.

—Allá me obsequiarán inmediatamente. Siendo la casa de un hacendado que gana diez mil pesos por año.....

—No le hace. Dice el adajio que "aunque fueres a la casa de tu hermanito, sorbe primero tu caldito."

—Mil gracias! escucha el reloj i verás que es sumamente tarde, i no me puedo detener, dijo don Demóstenes; i tocando el resorte, contó Rosa los doce pequeños campanazos que la dejaron admirada, i se aplicaba el reloj a los oidos, empeñándose con don Demóstenes para que le mostrase lo que tenia por dentro la pequeña caja de metal.

Rosa dejó las gallinas encerradas, les puso nudo a las cabuyas que suplian la chapa de la puerta de guadua picada, i agarrando una varita en la mano, tomó camino, andando dos o tres pasos adelante de don Demóstenes.

Cuando se entraron los viajeros al monte mas oscuro, despues de separarse del camino provincial, por el lado de la mata de guayabo, le dijo don Demóstenes a su baquiana:

—No cantas como tu hermanita?

—Para que me conozcan i me frieguen?

—Conque la libertad de cantar tambien la quitan los señores dueños de tierras? El poder de los gavilanes no alcanza a tanto con las avecitas del monte.

—Ojalá que eso no mas fuera!

Rosa volvió a quedarse callada, i miraba con susto para todas partes, lleno su corazon de temores, como las esclavas de cuya sangre tenia la honra de haber descendido, cuando estaban escondidas de sus feroces amos. Llevaba sus enaguas arregazadas i saltaba las piedras i los pequeños barriales del camino del Retiro con mucha mas ajilidad que el bogotano, i como era conocedora de los sitios, se aprovechaba de las sendas de a pié que se apartaban de los fangales i palizadas. Rosa tenia que esperar cada rato a su pupilo, i en una de esas ocasiones se habia parado sobre una piedra cubierta de helechos i musgo, a la sombra

de una bejucada oscura de pasifloras, detras de las cuales se levantaba un pedron estupendo. Habian tomado las cejas i pestañas de Rosa proporciones infinitas, por la oscuridad del bosque, i todo su cuerpo se mostraba imponente como las estatuas de las jóvenes romanas, por la misma pobreza de los vestidos. El espectáculo era solemne, i don Demóstenes, que tributaba su culto a la naturaleza, tal vez hubiera doblado la rodilla, si la famosa Clotilde no estuviera tan inmediata.

—En qué piensas? le dijo el socialista a la triste proletaria del Retiro.

—En mi desdicha, i en que me he de morir mui pronto.

I saltó de encima de la piedra para seguir su camino.

Al cabo de un cuarto de hora se paró la estanciera, i le dijo:

—Mire la copa del dinde grande: desde ahí verá la puerta de la plazuela del Retiro, cubierta de las ramas del monte. Yo me aparto de aquí ántes de que me vean de la hacienda. Adios, don Demóstenes. Dios quiera que le vaya bien en su visita.

—Pues adios, bella Rosa! Mil gracias por tus favores.

No pudo abstenerse don Demóstenes de darle la mano a su baquiana, sin reparar en la mugre del carbon, como se da a las señoritas de alto tono, apretándola i sacudiéndola muchas veces, i hasta iba a darle un abrazo, mas en aquel momento se oyó un silbido que partió de lo mas espeso de las bejucadas.

Rosa corrió como una venada, i don Demóstenes se aproximó al dinde grande; i reparando en una guacharaca que comia las pepas del árbol, le apuntó, disparó, la mató i la tomó en las manos. Colgó el espejo en un tachuelo i se compuso de lijero las barbas i el pelo, i pasó triunfante por la puerta de la plazuela de la hacienda del Retiro.

Cuando sonó la puerta de la plazuela, latieron todos los gozques de las chozas, i gorjearon los pericos, i se asomaron algunas personas a las puertas de sus asilos domésticos, entre ellas Clotilde, quien se asustó de ver un cazador de botas i de saco de dril, como si hubiera visto una partida armada de espropiadores de mulas i de ganado. Mandó quitar unas lias de zurrones que el mayordomo habia dejado en el corredor, i unos costales viejos; guardó la costura, que era de los últimos remiendos que se pueden hacer a las camisas; entró a componerse el pelo en frente de su tocador, i salió a colocarse en su asiento, algo trémula i descolorida, sacando un bastidor de bordar que estaba colgado de una estaca de palo. Otra jóven, que cosia junto a Clotide, tambien cambió su costura por algo mas nuevo, se compuso sus bucles, enderezó las puntas de su pañoleta i se cubrió mui bien los piés, a tiempo que se presentó el cazador en frente de la puerta i saludó con la mayor cortesía.

—A los piés de ustedes, mis señoras.

—Siga usted, caballero, le dijo Clotilde, un poco asustada.

—Mil gracias, mi señora.

—Tome usted asiento.

—Mil gracias. Yo creia que no llegaba. Colon no sufriria tanto buscando el Nuevo Mundo, como lo que yo he sufrido por hallar esta casa.

El golpe de un tizon que cayó en la puerta de la sala, por el lado del patio interior, regando chispas para todos lados, sorprendió a las tres personas de la visita, las cuales oyeron en seguida estas palabras de rabia:

—Echen ese demonio! Que se largue para su casa!

La señorita Clotilde se levantó i vió al denodado Ayacucho, que se bajaba de la mesa del comedor despues de engullirse cinco libras de mantequilla que la misma señorita habia dejado allí tapadas con una coyabra. El visitador se levantó de su asiento i amenazando a su perro con un puntapié, le dijo:

—Qué es eso? Malcriado!

—No ven? dijo la cocinera; se las ha sorbido como quien se come un huevo.

La señorita salió entónces a la defensa del mestizo, diciendo con mucha dulzura:

—No tenga usted cuidado, señor: eso no vale la pena.

Ayacucho se entró a la sala lamiéndose los bigotes, i causando sumo respeto con su grave fisonomía i su talla jigantesca, de las mayores que se conocian en su clase, lo que observado por el amo fué causa de que les hiciese una esplicacion a las dos personas que no lo conocian de vista.

—No teman ustedes, mis señoras! Es el animal mas galante i fino que se conoce. No muerde a nadie, i fuera de eso sabe tales gracias, que ya lo reputan por sabio en la parroquia i hasta creen que sabe magnetizar.

—Este es el perro que dicen que saca escudítos del fondo del charco del Guadual? dijo la compañera de la señorita Clotilde.

—Es mui capaz de todo eso, mi señora, pero estas anécdotas del bajo pueblo suelen adornarse con circunstancias que los ociosos añaden a su arbitrio, como la señorita debe saberlo, dijo don Demóstenes.

—Es que las noticias corren así, dijo Sildana, que así se llamaba la segunda hermosura del Retiro.

—Oh, mi señora! esclamó el bogotano, yo suplico a usted, sinembargo, que tenga la dignacion de suspender el juicio.

Clotilde dió sus órdenes para dar tabaco al visitador bogotano, i habiendo ido su compañera a traer la candela, conoció aquel que no era señora sino criada la hermosa costurera, así que le vió los piés enteramente descalzos, bien que él no tuviese la culpa de que la criada de la señorita no hubiera tenido un letrero que la distinguiese, porque en cuanto al traje i al peinado estaba mui parecida a su señora; i esta clase de chascos se repiten en Bogotá con alguna frecuencia, en donde hai criadas blancas i bonitas, parecidas a las señoras. Pero la salida de la criada estuvo mui a tiempo, para que don Demóstenes continuase con el objeto de su viaje, i dijo lo siguiente:

—Por saber de sus propios labios la esplicacion de la carta que usted tuvo la bondad de contestarme, me decidí a atravesar dos leguas de bosque seguido, en guisa de cazador, como usted me ve.

—I no mató algunas aves?

—Oh sí! Una guacharaca que tengo la honra de regalar a usted, como fruto de mi escursion.

—Miren la guacharaquita de mi señora! esclamó la criada, al volver de la cocina con la candela.

—Yo he matado esa ave en las selvas, en un dinde mui grande.

—Hasta allí salia a comer las pepas maduras, i luego se volvia, i si no que vean si le falta o no el dedo mas chiquito de una pata.

—Es la mia! dijo la señorita, i de sus ojos rodó una lágrima que no pudo contener.

—Lo siento en el alma, mi señora, i voi a solicitar un par de estas preciosas aves, para reponer la que usted acaba de perder.

—No se moleste, señor, esto no quiere decir nada.

La entrada del jóven Lucinio, hermano mayor de la señorita, hizo terminar la fúnebre escena de la guacharaca, i el asunto de la conversacion se cambio por asuntos áridos de cañas, miel, arrendatarios i peones; pero queriendo amenizar un poco la conversacion don Demóstenes, se dirijió a la señorita en los términos siguientes:

—Tiene mui buen gusto la señorita en no ocuparse sino de la pintura o dibujo. El dibujo de sedas, así como el de colores sobre el papel, es un oficio mui digno de las finas manos de una señorita.

—Son parches que no valen nada, dijo la señorita con suma modestia.

—Por el contrario, dijo el bogotano con decision; yo veo flores sombreadas como por la mano de un hábil dibujante, i líneas de mucho primor.

—Seda enredada, dijo la señorita.

—Lo que no comprendo es la serie de líneas pardas con que se hallan atravesados los espacios, a manera de la ruta de los viajeros o conquistadores que se nota en algunos mapas de América.

El bogotano se acercó un poco al bastidor, i queriendo examinar de cerca las líneas, ya que se le presentaba la ocasion de lucirse como artista, rompió la ruta del comejen, que es una línea parda en forma de tubo, especie de camino cubierto por el cual se pasean los individuos del hormiguero llamado comejen, que se establece en todos los lugares de tierra caliente en los muebles que son abandonados por algunos meses, i que tienen algunos principios de corrupcion.

Viendo la señorita que era un recurso perdido la estratejia de haber bajado el bastidor de la estaca, se quedó petrificada de vergüenza; pero el bogotano no sufrió menor pesadumbre al reparar que el carbon i la mugre de las manos de Rosa se conservaba de una manera visible en sus manos, i que habia tenido la imprecaucion de contaminar las blancas i primorosas manos de la señorita, por apretárselas al tiempo del saludo de costumbre, i salió a pedir agua para lavarse.

A poco rato llamó la cocinera que le habia tirado al perro con el tizon, para que la señorita le fuese a oir sus consultas a la despensa, i no podemos prescindir de obsequiar a nuestro lector, con una copia del diálogo que tuvo lugar:

—¿Qué hacemos, Mauricia de mi alma, le decia la señorita a la cocinera, que ni tenemos patas, ni tenemos menudos, ni tenemos lenguas, ni tenemos sesos, ni tenemos nada para un principio, i el mercado no viene hasta la noche?

—I apostar a venir en último dia de la semana, como si fuera Bogotá para correr a la plaza, i comprar de todo en cualquier dia i a cualquier hora. No lo ve sumerced?

—I no haber sino plátanos, batatas, ahuyamas, frisoles i tasajo.

—I no saber si es bogotano, neivano, socorrano o antioqueño para darle por su sazon.

—Bogotano, no lo ves? Los bogotanos se conocen de a legua.

—Pues entónces le hacemos batatas i plátanos asados al horno i plá-

tanos en almíbar, una torta de ahuyama, otra de batata i otra de plátano harton; se le dice que es a la italiana, a la francesa i a la inglesa que es del modo que se usa en la casa de monseñor, i ya está la cosa.

—Pero qué hacemos de mantequilla?

—Que se coma el poquito que dejó su perro; no ve sumerced? andar con sus perros a la pata para que se los mantengan de balde.

—I sopa?

—Le hago a la jardinera, de caña menudita, los hígados i el pico de la guacharaca; que se la coma ya que nos hizo el daño.

—Ai, mi guacharaquita!

—I a qué vino el bogotano?

—A un negocio con papá.

—Sí papá, dijo la criada, i salió de la despensa casi tan desaviada como habia entrado.

Don Lucinio se llevó al bogotano a pasear el trapiche; miéntras que salian de los afanes en la casa, lo entretuvo tres horas mortales en las cuales exhaló algunos bostezos de colejial, acordándose de la oferta de Rosa i del adajio profético de las estancias: "aun cuando fueres a la casa de tu hermanito, sorbe primero tu caldito."

Al fin fué al trapiche la plausible noticia de que la comida estaba en la mesa; pero como hai tantas cosas que al hacendado le importan mas que comer a tiempo, dejó correr don Lucinio dos i tres avisos de suerte que Clotilde hubo de comer sola, i cuando los dos hombres fueron, tuvieron que comer solos. Tal vez la señorita no se detuvo en esperarlos sino un cuarto de hora, por no verse de frente con el bogotano que habia visto el comejen de su bastidor; i tal vez el caballero se alegró de no comer en la mesa con una señora inofensiva a quien habia causado los males de untarle las manos de carbon, de matarle su guacharaquita, de ensalzarle a su criada con el título de señora i ponerla en afanes el último dia de la semana. La presumida Sildana era la única que estaba de buen humor, i cuando iba a la cocina a llevar los platos se reia de una manera mui ostensible.

A poco rato despues de la comida, trató don Demóstenes de viaje. Se puso en pié, abrió por las hojas en blanco un libro mui grande que estaba junto del tintero, en una mesa esquinera i escribió:

"Hermosísima Clotilde, feliz el viajero que ha conseguido llegar a la mansion que esconde tantos hechizos a los ojos de todo el mundo!"

—Qué ha hecho usted? le preguntó la señorita cuando vió que el caballero soltaba la pluma.

—Escribir cualquier cosa en el álbum de usted, mi señora.

—Es el cuaderno de los apuntes de la sal, los plátanos i el tasajo.

—No es el álbum, pues?

—Yo no tengo álbum, porque yo no pido limosna con escopeta, como la que piden los salteadores de los caminos.

Cuando se acabó de despedir don Demóstenes de Lucinio i de Clotilde era cerca de la oracion, de manera que pasó casi a oscuras toda la selva, desde la plazuela hasta el camino provincial, embarrándose i tropezándose a cada momento por la falta de su amada baquiana; pero al llegar a la entrada de Malabrigo se encontró con Rosa i ella lo acompañó hasta la parroquia, a donde llegó mucho despues de las ocho. Fué para don Demóstenes un dia mui aciago el de las visitas, porque léjos de

adelantar en sus amores, parecia que habia retrocedido por las ocurrencias que tuvieron lugar en el Retiro i esto lo llenó de amargura. Don Demóstenes dijo a Rosa entre muchas cosas que conversaron sobre feudalismo, sobre política i sobre el arte de amar, que un rechazo en amor era lo mismo que en cacería, una pérdida de mucho tiempo i de mucha paciencia. En la casa estaba esperando una desgracia mui grande a nuestro bogotano.

Manuela era la mujer mas oficiosa de cuantas hai en el mundo; tenia el puntillo de que ninguna sabia mejor que ella componer i barrer los cuartos de los hombres, i sabiendo que su huésped no volveria hasta la noche, acometió la obra del arreglo del cuarto con una clase de esmero que cualquiera hubiera dicho que era un rasgo de coquetería; barrió suelo, paredes i techo, desarmó el catre para limpiarlo, sacudió la ropa i limpió i cepilló las botas i los zapatos; ventiló i ordenó de nuevo la ropa que estaba en los baules; limpió i bruñó las tablas de la mesa de la alcoba, i en todo lo que habia encima de la mesa estableció un nuevo órden de cosas, reduciendo las existencias a cinco clases por el método siguiente:

1.° Todos los libros, cuadernos i papeles públicos colocados horizontalmente i con los rótulos vueltos para el lado de la pared.

2.° Las navajas de afeitarse, tijeras, despabiladeras, anteojos, pinzas, *revólver*, puñal i cortaplumas.

3.° Candelero, tintero, salbadera, obleas, botellas, frasquitos i termómetro; i

4.° Pájaros disecados, cucarachas, dibujos, mariposas, pepas de árboles, conchas, fósiles i flores.

Cuando entró don Demóstenes a su cuarto i vió el arreglo, se agarró la cabeza con las dos manos, guardó silencio por un minuto i luego prorrumpió en la esclamacion siguiente:

—Oh, qué mano fatal ha pasado por sobre todas mis cosas! ¿Quién me ha trastornado las citas de mis libros? ¿Quién ha revuelto todas las clases i órdenes en los insectos i las plantas cuya clasificacion me habia costado tantos dias de trabajo? Oh! cuánta pérdida miéntras que yo perdia la cabeza en una visita, que tal vez me sale adversa! Esta ha sido Manuela! El gusto que les da componer mesas como los muchachos, cuando componen tiendas o altares para jugar! Le compusiera yo a Manuela la despensa, o la caja de costura, a ver a qué le sabia. Esta ha sido Manuela sin que me quede duda.

La jóven casera de don Demóstenes estaba oyendo desde la puerta de la cocina, estas quejas al aire, i acercándose a la puerta de la sala, se espresó en estos términos:

—A ver qué le hizo Manuela, qué es lo que se le ha perdido?

—Oh! las clasificaciones íntegras!

—Una peseta que estaba sobre la mesa, no la *topó* sobre los libros?

—I las flores disecadas?

—Eso tan seco? Ave María! Allá fueron a dar al muladar con los chicotes i las cáscaras de las frutas.

—I los borradores?

—Esos papeles tan negros, i tan sucios i tan borroneados? No los rasgué, i los emburujé i los eché a la candela?

—I quién te metió a ti en esos cuidados?

—Por componerle su cuarto, que ya parecia cuarto de locos. ¿Cómo don Alcibíades no se ponia bravo cuando le componia yo sus baules i su mesa? pero con no volver a entrar jamas a su cuarto está todo acabado.

—Esto es lo que llaman tras de cuernos palos, dijo don Demóstenes; sátiras i gritos despues de un perjuicio que no se puede subsanar con nada de esta vida.

Pasó mui mala noche el bogotano, pensando en sus discursos sociales i en la fatal visita del Retiro, i recordando la mui triste aunque agradable visita de Malabrigo. Se acordó de que habia dejado su espejo olvidado en la horqueta de un palo de las inmediaciones de las casas del Retiro, i esto lo llenó de molestia porque dentro de un secreto del espejo tenia guardada una carta de cuyo contenido no le convenia en manera alguna que Clotilde u otra persona se enterase.

CAPÍTULO XI.

EL MERCADO.

El huésped de la señora Patrocinio se despertó mui afanado, a causa de un tropel que sintió en los corredores, i a pocos instantes vió por entre las cortinas una luz que vagaba, i oyó los pasos de una persona que cruzaba la sala. Quedóse esperando los resultados de una invasion, atrincherado entre sus cobijas i sus almohadas, a tiempo que se le apareció Manuela, saludándolo con estas palabras:

—Vengo a ver qué se le ofrece por que me voi.

—No sé; siéntate i me dices qué novedad tenemos.

—Cómo qué novedad?

—No eran ladrones?

—Luego usted los teme?

—No me gustaria que cargasen con la escopeta, el reloj i los baules.

—Luego usted no dice que lo superfluo es para el que mas lo necesite? Para qué quiere reloj, si hai alguno que no tenga cuatro camisas para mudarse?

—El principio es corriente; pero que comiencen a practicarlo otros, porque una cosa es con guitarra i otra es con violin.

—Sí, señor, una cosa es cacarear i otra poner el huevo; por eso es que no les creo a los que hacen mucho alboroto. Con que no sabe que me voi?

—A dónde, Manuela?

—Al mercado; no me dijo que le avisara?

—Pues espérate, que te voi a encargar algunas cosas.

—Qué descansos los suyos! ¿No ve usted que ya quiere amanecer, i si uno va tarde en estos mercados del san Juan, ya halla todo caro?

—Pero si no me acuerdo!

—Pues entónces hasta luego.

—No te vayas: mira!

—Es el susto que no lo deja acordar; diga pronto porque me voi.

—Ah! Ya me voi acordando: un frasquito de tinta para escribir.

—No mas?

—No sé qué otra cosa....

—Pues diga, pero no me detenga.

—Ah! Los papeles del correo.

—Hasta luego, don Demóstenes, que ya me amanece.

—Que te vaya mui bien; que no te dejes engañar, eh?

—No es tan fácil tragar entero.

—Verás cómo me sales con tinta blanca, o semiblanca, despues que te haya jurado el mercader que es la tinta mas negra, con la que escribe el emperador Napoleon.

—Hasta luego, que me piense mucho!

Se persignó Manuela, i montó en enjalma en un macho que don Eloi le habia prestado, i al fresco delicioso de la mañana emprendió su marcha al mercado de la cabecera del canton.

Pachita corrió ese dia con el cuidado del alojado; pero éste, que no se acomodaba en casa cuando estaba ausente la festiva i servicial Manuela, se contentó con hacerle de paso algunos cariños a Pachita, i se fué despues de almorzar a casa de Marta, pasó allá la mayor parte del dia, conversando, leyendo, señalándole a Marta las láminas de los Misterios de Paris, i recitándole versos de algunos autores selectos como Espronceda i Zorrilla. De manera que gastó un poco ménos de siete horas en dos visitas, una ántes de la comida i otra despues, recostado en los juncos de la cama del pan, cuando se cansaba de estar en la hamaca, siendo de advertir que en la casa de Marta estaban ese dia de amasijo, i que el dueño de casa se habia ido al mercado a comprar hierro, acero i algunos preparativos para el San Juan.

Marta era la tercera notabilidad de la parroquia, despues de Manuela i Cecilia. Era blanca i tenia el pelo rubio, hermosos ojos negros i admirable cuerpo. Tenia jenio alegre i se reia de todo porque jamas estaba triste. Nadaba mui bien, bailaba con perfeccion i era afamada para el canto de las canciones populares. Su traje era el mismo de su prima Manuela: camisa bordada, enaguas de cintura i pié descalzo. Visitacion, su madre, era hermana de la señora Patrocinio. Marta sabia leer i aunque era mas verbosa i locuaz que Manuela, no tenia la gracia de locucion de ésta, que habia adquirido por herencia i algun tanto por trato el estilo de las hijas de Llano-grande, que se espresan por medio de imájenes i figuras rápidas i bellas, i con frases de una naturalidad i sencillez que les ha hecho gozar de bien merecida fama. Sinembargo, la conversacion de Marta era entretenida i aun solicitada de los hacendados, de los forasteros i de los estancieros, entre los cuales habia uno que, segun decian, la queria con buenos fines, i tenia bestias i buena estancia.

Marta habia leido "El compadre Mateo," que le prestó don Alcibíades, cuando estuvo en la parroquia, "El Hijo del Carnaval" i "La Lechera," que le habia dado don Leocadio; sabia retazos de las cartas de Eloisa i Abelardo, que le regaló don Cosme, habia conversado con jente despreocupada i poco escrupulosa, i era por consiguiente la ilustrada de la parroquia. Se le escapaban algunas burlitas acerca de las velas que llevaban los estancieros a la iglesia, de la bendicion de las semillas el dia de la Candelaria, i de las pesetas de los responsos; i es seguro que de aquí tenia que pasar Marta a la crítica sobre la prision de Jonas

dentro del vientre de la ballena, sobre el agua que salió de la piedra tocada por la vara de Moises i de aquí a la vergüenza de someter el entendimiento a las decisiones de un papa que vive tan léjos de la Nueva Granada. Sus lecturas i la conversacion con personas interesadas en *ilustrar* la parroquia, todo tendia a irla desprendiendo de creencias que le hacian mirar como supersticiosas, mediante la docilidad con que oia hablar sobre estos asuntos; lo difícil era saber a dónde iria a parar la despreocupacion iniciada por los buenos apóstoles de la civilizacion. Don Demóstenes pasaba ratos mui agradables a su lado. Para comer i para almorzar hubo que llamarlo repetidas veces el dia en que le hizo la visita de que se ha hablado.

Eran las ocho i doña Patrocinio estaba mui inquieta por la tardanza de Manuela, esto es, por los riesgos de una caida, o de la mordedura de una culebra, que por lo que era su honor, ella no temia, porque su hija era como las señoritas yankees, que cuidan de su *yo* por sus propios esfuerzos sin necesidad de guardias de corps ni de muros, cerrojos o llaves. De golpe oyó un canto lejano la señora i conoció que era la voz de Manuela, como la clueca conoce los chillidos de sus pollitos. La nueva se divulgó por toda la casa i pronto estuvieron en la sala todos los interesados inclusive don Demóstenes, que deseaba ver los periódicos de la capital.

Cuando estuvo Manuela en la puerta, trató don Demóstenes de auxiliarla galantemente; pero no teniendo las nociones comunes de la *encomienda*, la *reata* i el *lazo jurado* o de *petacas*, tuvo que ceder el puesto a Fitatá, que se portó mucho mejor. Despues del saludo jeneral, Manuela comenzó a abrir los costales; se sentó junto a doña Patrocinio en la mitad de la sala, i tras de un corto preámbulo comenzó a hacer sus cuentas, entre tanto que doña Patrocinio pasaba granos de maiz de un pozuelo a su regazo.

—Ah cosa chinche que es hacer mercado! dijo Manuela desatando unos talegos; i el sol que estaba como candela! Estoi cansada como si viniera de España. Aquí está la carne, que me costó a diez i ocho, pero es sabanera lejítima i de *anjas* que es la que mas le gusta a don Demóstenes; arracachas unas cuatrico por dos reales, i los cominos a dos cartuchitos por un cuartillo. La sal a catorce, cada dia mas cara i en la Gaceta dijeron que la iban a dar barata para favorecer al pueblo: lo que defienden al pueblo! En otro tiempo dicen que tenian hornadas los indios de Nemocon i los pobres de Cipaquirá, i don Tadeo dice que sí hai por fin federacion, la salina no ha de ser para el gobierno jeneral sino para la provincia de Bogotá, para que la federacion sea completa. Ya no habia lechugas ni coliflores, porque llegué tardísimo; que aguante don Demóstenes, a ver para que me detuvo esta mañana. Ese repollo me costó tres cuartillos, pero le encimaron dos alcachofas. Tome, don Demóstenes, sus papeles que me dieron en el correo, i la tinta, que la compré en la tienda de don Florencio: esa fué otra tardanza, porque, ah hombre conversador! Ave maría!

Don Demóstenes se puso a leer "El Tiempo" i el "Neo-granadino," meciéndose con lentitud en la hamaca, entretanto que la entrega seguia adelante.

—Traje média arroba de arroz i por *ainas* me lo derraman, porque se armó una pelea de lo mas grande, por un medio de chivera, que les que-

rian meter a los calentanos, i ¿qué será cuando se publique la lei que está componiendo don Demóstenes para que todos hagamos nuestra plata en la casa, con las marcas que mas nos agraden? Qué harán las indias para no dejarse engañar de los bribones?

—El pueblo tiene un instinto para conocer sus intereses que nunca lo deja equivocar, refunfuñó el huésped desde la hamaca.

—Los huevos a tres al cuartillo i las cucharas de palo para la tienda tambien a cuatro. ¿Qué les quedará a los indios de Guasca i Guatavita que las hacen i que las traen i despues de haber vendido sus tierras por chicha, o por plata para beber chicha? Don Eloi alegó por sacar un colador en medio real, hasta que me cansé de esperar i yo saqué el compañero por tres cuartillos; pobres indios! i la mujer de don Matías compró el otro, i está mui sonado por allá que en la Hondura hai sesenta mulas mulas robadas. El sombrero de Pachita me costó tres pesos i medio, i gracias a que mi prima Marcela me ayudó a alegar, i está tan hermosa que hoi tuvieron que hacer todos con ella, i viene tambien a las fiestas.

—A posar aquí? preguntó don Demóstenes, sin quitar los ojos de la lectura.

—Ella posa en la casa de mi tia. Se vienen don Florencio i don Pascualito i todos los músicos.

—Pero esos no posarán aquí, dijo don Demóstenes i siguió con su lectura.

—Mui sonadas están las fiestas. El doctor Ramírez estaba comprando manzanas, me regaló una i le mandó esta otra a mi prima Marta, i él tambien viene a las fiestas; tan bueno que es el cleriguito! Con que me dió la mano en toda la mitad de la plaza! A dos al cuartillo compré las manzanas, porque le gustan a don Demóstenes, al horno i con almibar. Éstas son aparte, que les traje a todos. Alcáncemele esa a don Demóstenes; pero no es para que la regale. Quién sabe si los encargos no les habrán gustado porque es una cosa difícil comprar al gusto de cada uno, i como dice el dicho: "cada uno para sí i Dios para todos."

—I los fósforos? preguntó doña Patrocinio como asustada.

—En la última tienda los vine a comprar, porque ya se me habian olvidado. Aquí en el seno los traigo, con una carta que me dió el administrador, al pasar, para nuestro alojado.

—I si se hubieran prendido? dijo doña Patrocinio, en tono regañon.

—Lo habria sentido por la carta.

—No mas? dijo don Demóstenes.

—Luego qué mas? dijo Manuela.

—Las famosas arandelas de la camisa bordada?

—Luego yo venia dormida? Miren qué cosas! Al señor Ayacucho tambien le traje un bizcocho, para que vea que no lo olvido.

—Eso es porque el que quiere a San Roque quiere a su perro, dijo Pachita i se fué a guardar su sombrero, i don Demóstenes tambien se fué a guardar sus encargos, despues de repetirle sus agradecimientos a la recomendada i parecia que todos habian quedado contentos.

Despues que se terminó la cuenta i recibió Manuela la aprobacion, se fué con su adjunta a poner en órden todas las cosas en la despensa, donde se hallaban las otras provisiones que eran del distrito, como los plátanos i las batatas, i habiendo llegado cansada se fué a acostar primero que las demas.

Pasada la média noche sintió doña Patrocinio en la alcoba de su alojado, ruido del catre i algunos suspiros i despertó a su hija mayor para que fuese a ver que era lo que habia. Manuela se acercó sin que la sintiese don Demóstenes hasta mui cerca de su cabecera, i le preguntó:

—Está desvelado? Lo han picado los chiribicos? Le sacudo la cama?

—No tengo nada, le contestó el bogotano i volvió la cara para el lado de la pared.

—Tiene calentura o dolor de cabeza?

—Nada! no tengo nada!

—Cómo estaba delirando?

—Estaria soñando.

—Tiene alguna pesadumbre? La carta le ha traido malas noticias? Se me pone que esa carta es de su catira i que le dice que ya no lo quiere porque habrá sabido algo de por aquí, o porque otro cachaco lo habrá rivalizado.

—A mí? Esa señora ha nacido para quererme a mí, i solamente a mí. Fué que le dejé una prohibicion para venirme i ahora sale con que no la ha cumplido.

—Le mandó que no callejeara, que no se pusiera maja, que no bailara miéntras que usted estaba por aquí pasando trabajos, i no le ha obedecido?

—Ella? No pienses que es una casquivana. En cuanto a dignidad no tengo que tacharle lo mas mínimo, es de una educacion i de una hermosura que no hai igual desde Nueva York hasta Bogotá. Es el conjunto de todas las perfecciones; pero ai! que la sotana todo lo mancha, todo lo corrompe!

—Celos, don Demóstenes?

—No, Manuela! Porque no hai otro mortal que la merezca, sino yo. No es nada de eso.

—Léame la carta, que me están dando ganas de oirla.

—Qué pretensiones las tuyas! No sabes lo sagrada que es una carta entre amantes?

—Yo lo que sé es que usted se apoderó de una carta de mi amante, i la leyó, i como sé lo que usted respeta la igualdad, creo que usted se halla obligado a leerme la carta de su querida de Bogotá.

—Qué despropósitos los tuyos! No hables de esta carta escrita con el veneno mas activo del fanatismo, i que a un mismo tiempo me enternece i me llena de ira.

—I me la lee?

—Vaya que eres impertinente!

—Ni aun me dice qué noticias son las que le pone la señorita?

—Es esto. Ahora verás que tengo razon de delirar, de maldecir i de volverme loco, porque la verdad te digo que arde un infierno en mi pecho.

—Jesus María! No diga eso, cristiano de mi corazon.

—Yo estaba persuadido de que ese dechado de virtudes no tenia otro defecto que la gazmoñería de que adolece toda la familia, i la antevíspera de venirme estando en la Esmeralda, que así se llama la hacienda de su padre, le espliqué mis ideas sobre la teocracia, sobre el matrimonio católico, sobre la autoridad del Papa, sobre la manía del rezo i los sermones i las confesiones de las bogotanas i le dejé prohibiciones espresas sobre estos puntos; i ahora me sale diciendo en su carta que oye misa, que se confiesa i que se quitó el bello nombre de Celia, para ponerse un

nombre del calendario, que es la lista de los mas famosos ilusos que se han conocido en el mundo.

—Vea usted!

—I para colmo de la mengua que me cubre a mí, se ha echado de beata.

—Una santa! esclamó Manuela.

—Ahora me dirás si no tengo razon en abjurar de su amor si no se arrepiente, si no me da satisfacciones!

—I porqué no quiere usted que sea santa? ¿Le daria ménos que hacer si fuera una incrédula que no pensara mas que en el lujo, i en el baile, i en la ventana, i en la vagamundería? No es usted tolerante? ¿Porqué no la deja que se vaya al cielo despues de haberlo querido a usted, i que se vaya al cielo del modo que mejor le parezca? Si a Dámaso le diera por rezar i confesarse, yo me lo alegraría infinito, porque sé que el cura no le habia de mandar que quisiera a otra, ni que malbaratara la plata, ni que me tratara mal despues que nos casemos. Conque no se eche a la muerte, don Demóstenes, porque su novia sea santa i se haya vestido de beata. Duerma i déjese de cavilar.

—Dormir? Imposible! Trato de aquietarme, i se me aparece una fantasma que me llena de espanto.

—Aquí nunca han asustado!

—Es la sotana, Manuela, es el confesor, es la potencia interventora, i tú sabes que donde hai intervencion estranjera ya no hai soberanía. Qué seria del *yo* con los preceptos de un confesor? Qué seria del amor mismo donde el ascetismo relijioso imperase por unos dias? Infierno i amor? Placeres i penitencia? Esperanzas de un eden i temores de un infierno? Oh, que todo esto no cabe en un solo corazon ni con todas las argucias de los teólogos i canonistas, i un corazon tan tímido, tan inocente, tan puro como el de Celia!.... Que escoja: o el confesor o yo; porque el fuego i el agua no pueden estar juntos....

—Pues si le parece tan mala tal vez sí seria bueno que usted la dejara.

—Pero tan linda! dijo don Demóstenes mirando el retrato de la señorita, que estaba sobre la carta. No ves, Manuela? qué facciones, qué pelo, qué garganta! qué boca! qué ojos! Oh, es para volverse uno loco!

—Pues mire, entónces lo que ha de hacer es escribirle una buena carta, mui cariñosa.

—I mi dignidad?

—Pero ya ve: santa i linda, qué más se quiere? I que ha de estar usted en que mi *siá* Clotilde está medio enajenada; i por lo que hace a Marta, no le aconsejo que siga entretenido con ella, porque cuando deja usted de estar conversando con ella en la tienda, le sigue uno de alpargatas, que vale ménos que usted; pero es la verdad, que él tiene el mismo derecho que usted para estarse en la tienda, i mas, porque se pone a tocar el tiple.

—Ah sí! los tiples que los aborrezco como a un medio de oposicion contra mí, i lo peor es que aquí no hai policía, porque....

—Sí, señor, porque la libertad de dormir debe respetarse tanto como la libertad de tunar, como decia don Alcibiades cuando estuvo posado aquí i lo molestaban con los tiples de mi tienda.

Don Demóstenes estaba recostado contra la pequeña baranda de su

catre que yacia apegado a la pared, tenia la cara levantada i el pelo todo erizado la camisa la tenia caida hácia atras i se le veia palpitar el pecho con suma ajitacion. Manuela estaba sentada cerca del catre, i le decia:

—Procure aquietarse, don Demóstenes, que está como acalenturado, no cavile mas en la carta ni en la sotana, miéntras que le voi a traer una agüita.

Salió Manuela con su cabo encendido, rodeado de un pedazo de papel, se fué a la huerta a cojer unas yerbas, i luego que echó agua en una vasija, la puso en el brasero de las planchas, en donde prendió carbones con la misma vela, i presto resonaron las piezas vacías, las de los sanos i la alcoba del enfermo con el ruido melancólico del fuelle, que se oye con angustia i pena en algunas de las horas mas silenciosas de la noche en todas las casas donde hai enfermo. Manuela habia puesto el cabo en un candelero de barro, i aquella luz pálida que se regaba por los corredores i el patio le daba a ella el aspecto de una pintura lastimosa. Ella era compasiva en las desgracias, así como era burlona en las horas en que se trataba de chanzas i palabras ociosas.

Cuando sonó el agua ajitada por el primer hervor, la echó en una taza, la enfrió un poco, le puso dulce, la probó i se la llevó al enfermo, al cual dijo con dulce i agradable voz:

—Tome, don Demóstenes, bébase esta agüita, pero bebásela con fe i no deje nada en el vaso.

—Mil gracias! Siento que te hayas molestado.

—No me molesté, don Demóstenes; la cocí con mucho gusto: lo que deseo es que le haga provecho.

Se tomó don Demóstenes el agua; le preguntó despues de qué era, i la caritativa jóven le contestó:

—Es agua de una ramita de toronjil de la huerta, i de dos clavelitos de los que traen les indios al mercado, que me los encimaron hoi en donde compré las cucharas de palo. Arrópese i estese quieto, i verá cómo se alienta.

Don Demóstenes se sonrió, i este fué el primer síntoma de su mejoría. Una sonrisa en los tiempos comunes no tiene mérito; pero una sonrisa recabada de los labios que han pronunciado la maldicion de los celos i que han protestado contra el amor, es una conquista de un mérito infinito.

—Dios quiera que amanezca bueno i que no vuelva a enfermarse, dijo Manuela a su huesped, i se fué a acostar.

Don Demóstenes se alivió mui pronto, bien fuese por virtud de la agua o por los consejos de su casera, logró dormir las últimas dos horas de la madrugada, i cuando se levantó, pensó en estrechar su amistad con la familia del Retiro, se fortificó hasta donde pudo en la idea de que Clotilde lo tenia cautivado, i se dedicó a pensar en sus ojos negros, i cuando venian a rivalizarlos en su imajinacion los azules de Celia, desechaba la imájen como un bello fantasma que lo venia a atormentar. Ayudábanle a conjurar este recuerdo los pasatiempos de la escopeta, los viajes a las estancias de las bellas hijas del pueblo, i el ajedrez i las damas en la casa del cura; hizo una segunda visita sin baquiana a la hacienda del Retiro, i aunque se perdió en el camino, i aunque no pudo hablar a solas con la señorita, sus miradas le parecieron consoladoras, i su misma dignidad le pareció un buen presajio para sus amores.

CAPÍTULO XII.

LA ESMERALDA.

Despues de exhibir el cuadro del mercado, en que figura una carta de Celia, ahora se nos hace preciso variar de teatro, para presentar al lector la hacienda de don Alfonso Jiménez, en la Sabana de Bogotá, i así mismo dar noticia de toda su familia que mas tarde ha de figurar en los cuadros de la parroquia.

Don Alfonso Jiménez era vecino de Bogotá donde tenia su tienda de comercio, i en la sabana poseia una bonita hacienda. Don Alfonso era conservador; pero nunca se dejaba meter en los compromisos de la política, porque para evitarlos montaba en su caballo i se iba a la hacienda, cuando sospechaba que sus copartidarios lo necesitaban, aunque no fuese sino para dar su voto en las elecciones; i por lo que hace a compromisos pecuniarios, todos los escusaba para que no lo persiguieran los enemigos de su partido. Sinembargo, nada le valió para librarse de que le espropiasen setenta novillos gordos, diez caballos de silla i dos arrendatarios en la revolucion del jeneral Melo.

La casa que tenia en Bogotá el señor Jiménez era suntuosa, i estaba construida de una manera acomodada al buen gobierno de la familia. Las casas de Bogotá no tienen mas que una sola entrada, que no se abre sino despues de unos cuántos golpes en el porton i no son rejistradas por las ventanas porque éstas son mui altas por el lado de la calle. Esto contribuye en gran parte a la educacion moral de la familia. Tal costumbre pertenece a los usos retrógrados de la colonia; pero en ello no hicieron nuestros antecesores mas que seguir la naturaleza, porque las golondrinas i los gorriones tambien precaven la familia menuda de la vista de los gatos i de los hombres, buscando lugares ocultos para sus nidos.

En la casa de don Alfonso, que era un verdadero convento, se criaban tres hermosas niñas, que fueron educadas segun los usos del alto tono i con toda la modestia de unas vestales: llamábanse Celia, Felisa i Virjinia. La madre que tuvo la dicha de conducir tales hermosuras al punto céntrico de la virtud, por en medio de los peligros de la sociedad, fué la señora Natalia Moreno, mui digna esposa de don Alfonso. El tema de su enseñanza era la piedad i el recato. Ella les recomendaba que se portasen con dignidad, i para esto les tenia escrito de su propia mano un manual cuyos principales capítulos eran los contenidos en este catálogo:

I. No exhibirse demasiado.

II. No abusar de los privilejios de la coquetería.

III. No dejarse tratar de sus apasionados, como ellos tratarian a las mujeres de mala nota.

IV. No reirse sino de lo que es risible.

V. No quererse distinguir demasiado por el lujo de los trajes.

Don Alfonso tenia la costumbre de llevar la familia a su hacienda de la Esmeralda en junio i julio i en enero i diciembre, épocas de cosechas. En 1856 se fueron desde el 18 de mayo, porque se hablaba de la conveniencia de derrocar el gobierno existente por una revolucion a mano armada.

Las señoras encontraron la Esmeralda convertida en una joya del mayor aprecio, despues del invierno de abril. Los potreros de cria estaban verdes completamente, merced a la exuberancia i a la frescura de las gramas, i habia uno de color amarillo anaranjado, por estar cubierto de las flores de la pacunga, a causa de haberse barbechado dos años ántes. Las cercas de piedra i de cepos demarcaban las líneas de los solares. El trigal era un horizonte de verdura, pues constaba de cien cargas de semilla, i la undulacion de los vientos lo hacia figurar como un mar cuyas olas se mecen con poca fuerza. Los potros retozában en un potrero por la doble causa de la juventud i de la gordura. Los ganados mujian, satisfechos del alimento diario.

El órden brillaba en todas las cosas. Los peones efectuaban las operaciones del campo con gusto, con actividad i con acierto.

Como la casa estaba situada en la parte ménos llana de toda la hacienda, dominaba los potreros, los caminos i las estancias, lo cual era una verdadera ventaja para las señoritas Jiménez, las cuales tenian un anteojo de mui larga vista para reemplazar la ventana de Bogotá, i aunque con alguna distancia, ellas suplian la vista de la calle con la del camino provincial, que pasaba a treinta cuadras de la casa por entre un callejon de cercas de piedra i tapia. La casa no era de balcon, lo cual no la privaba de las comodidades ni de la belleza de una verdadera casa de campo, estando como estaba sobre un terraplen artificial de dos varas de altura. El ancho corredor del frontispicio daba sobre las corralejas de ordeñar vacas i apartar animales i uncir los bueyes para el trabajo. En los costados habia corredores que daban sobre los alfalfales; i las hortalizas estaban sombreadas por nogales, manzanos, duraznos i algunos sauces en las orillas de los arroyos.

El patio estaba sembrado de ciruelos i rosales, i los corredores que servian de salon de las harneadoras estaban vestidos con las ricas enredaderas de las huertas del pais.

El comedor ocupaba todo el tramo que separaba dos patios mui hermosos, i en lugar de estar cerrado por tabiques lo estaba por unos bastidores de vidrios adornados esteriormente con enredaderas. El centro del primer patio lo ocupaba un alcaparro eternamente amarillo por estar siempre floreado. A las señoras las visitaban hacendados, estancieros, parroquianos, i todos estaban contentos de su trato, que por cierto era afable sin dar márjen a escesiva familiaridad. Algunas personas de Bogotá las solian visitar; i entónces tenian la precaucion de no dejarse mezclar en las cuestiones miserables de la política, ni en las rivalidades del lujo i de otras miserias de la sociedad. Sus trajes eran sencillos, por que ellasno se proponian deslumbrar a los lugareños. Cuando salian a las estancias o a las haciendas vecinas, iban con sombreros de palma, de los que usaban las arrendatarias. Parecia que las señoras Jiménez no salian de Bogotá sino por librarse de la tiranía del alto tono, como los colejiales que se libertan en el asueto de los reglamentos i los bedeles.

Un dia vió Virjinia que se habia desviado un jinete del camino

provincial para dirijirse a las casas de la Esmeralda; puso el anteojo con la presteza con que lo hiciera un ayudante de campo, i vió que iba sin ruana, i despues de largas observaciones alcanzó a ver un perro, i dió el aviso, que a la verdad no produjo inquietud ni afanes, porque la escoba habia hecho sus oficios a las horas debidas, i las criadas no estaban mugrientas, ni los trastos en revolucion. Solamente una persona habló alarmada, cuando se conoció el personaje: Celia, que amaba, i cuando se ama no hai órden en el corazon, porque todos los pensamientos se ponen en anarquía. El que llegaba era don Demóstenes.

Don Demóstenes estaba admitido como novio en la casa, i un novio nunca es mal recibido en estos tiempos. Se quitó el caballero los zamarros i las espuelas en el corredor, subió las seis gradas del terraplen, i saludó con finura i cortesanía. Dió todas las memorias de que se habia encargado i les dió a las señoras las principales noticias de la ciudad con relacion a la política de la Nueva Granada, que ya es indispensable en todas las reuniones.

Cuando don Demóstenes preguntó por don Alfonso, le dijeron las señoras que estaba en la sementera de papas, i lo convidaron a ir hasta allá.

Don Demóstenes llevaba de brazo a Felisa i Celia; en pos de ellos iba la señora Natalia con Virjinia, i mas atras la criada Crisanta con un canasto engarzado en el brazo. Los salones, palcos i alamedas no habrian tenido para don Demóstenes todo el atractivo de aquel retazo de sabana que pisaba, matizado con las flores de la achicoria i de la moradita, sin testigos, sin las importunidades de la etiqueta, sin ruidos de atambores, carros o martillos, oyendo solamente algun mujido de la vaca que llamaba su ternero, o el silbido de algun llanero o chirlobirlo; el aire estaba perfumado con las exhalaciones de las flores de borrachero, que venian desde média milla de distancia, i el cielo estaba enteramente despejado.

Despues que los dos amantes hablaron de la desgracia de una separacion por dos meses, teniendo don Demóstenes que marchar a una parroquia del occidente, Celia le dió su retrato con un rizo de pelo, al detenerla don Demóstenes para entregarle un ramilletito que acababa de formar.

Crisanta se habia quedado mui atras, a tiempo que se acercaban algunas reses corriendo en direccion a la familia, bramando terriblemente, sacando la lengua i despidiendo hebras de babaza que brillaban como los hilos reventados de las arañas. El susto de don Demóstenes fué sin igual, no viendo por allí cerca una trinchera, donde librar a las señoras del mal que las amenazaba, sino una zanja profunda llena de agua, que separaba el llano por donde se caminaba, del potrero donde estaba la sementera. Hasta la orilla corrieron las señoras i el caballero sin mirar para atras; entre tanto que los bramidos crecian i que todas las vacas del potrero se estaban viniendo desde sus comederos, con el objeto de auxiliar a las primeras.

—No hai mas remedio que arrojarnos al agua, les decia don Demóstenes a las señoras que llevaba de brazo.

—En esta agua tan fria? le contestó Felisa, llena de espanto.

—Es seguro que no nos cubrirá del todo.

—No las bote sumerced! gritaba Crisanta, que llegaba corriendo a libertar a las señoras del peligro verdadero.

—I los toros? observó Virjinia, mirando hácia atrás.

—Qué toros, ni qué pan caliente; no ve sumerced que todas son vacas?

—Cómo! dijo Felisa.

—¿No conoce sumerced la Petaca, la Toronja i la Sobrecama, que son las que ordeña sumerced algunas veces?

—De véras! dijo Celia.

—I porqué nos vienen persiguiendo? dijo don Demóstenes.

—No es a sumerced, ni tampoco a mis señoritas; es al perro Ayacucho. Eso lo saben hasta los bobos, que cuando hai vacas paridas de ternero chiquito en el potrero, se vienen encima del perro que las amenaza, i como el señor Ayacucho, hecho el buenazo, se fué corriendo detras del becerrito de la Paloma, por eso se ha ofrecido esta revolucion. No ve sumerced que no nos tiran a nosotras?

—Ave María! ¡cuando nosotras ordeñamos a la Petaca i la Sobrecama casi todos los dias!

Sinembargo, las vacas no deponian la rabia i parecia que trataban de sacar ensartado en los cuernos al cobarde Ayacucho que estaba asilado a la sombra del traje de su señorita Celia; pero Crisanta las espantó tirándoles pedazos de boñiga seca.

Siguieron las señoras en busca del puente i la puerta de golpe, i pronto llegaron a la parte del potrero donde se estaban cosechando papas. Eran mujeres las que trabajaban, pero habia tres o cuatro peones para hacer las cargas, i echarlas sobre los carros. Entre las peonas habia unas pocas arrendatarias de "La Esmeralda," i la mayor parte eran de los sitios vecinos. El traje jeneral de las peonas era de bayeta de frisa azul, i de sombreros de trenza de palma; pero habia algunas de mantilla de Castilla i de sombreros finos de los que usan las estancieras del Magdalena. Las peonas eran sesenta; cojian de dos en dos en cada surco, arrancando los palos secos, i luego juntando a manotadas las papas que aparecian, i botándolas a los canastos de chusque, i al estar recojidas las que la tierra brotaba por encima, escarbaban el surco con palos de tuno o encenillo, que tenian mucho mas de dos cuartas de largo, i volvian a recojer de nuevo, hasta dejar la parte del surco allanada, i pasaban a las matas que se seguian. Casi todas las peonas tenian mangas de tela blanca hasta la muñeca.

Cuando estaban llenos los canastos, se levantaban las dos compañeras de un surco a trasladar las papas de éstos a los costales que se hallaban al pié de los carros.

Entre los trajes de las peonas, algunos sobresalian por el mejor gusto i aseo, i eran infaliblemente los trajes de las peonas bonitas, por que la hermosura se hace distinguir tanto en la capital como en las aldeas. Habia muchas personas blancas, i de un blanco perfecto; i habia una que otra india, pero ni una sola que tuviese trazas de pertenecer a la raza africana. Un mayordomo vijilaba los trabajos; pero tenia órden de don Alfonso de dejar algo para el rastrojeo, i así era que al terminarse la operacion venian los pobres de las estancias i de la parroquia, i llevaban papas por cargas; de manera que hubo año en que se sacaron de los rastrojos ciento cincuenta cargas de papas.

Don Alfonso estaba a caballo cuando llegó don Demóstenes con la familia. Saludáronse los dos caballeros, i desmontándose de su famoso alazan el hacendado, mandó que lo amarrasen de un palo de la cerca.

Las señoras se dividieron i fueron, unas a cojer amapolas silvestres en las orillas de la labranza, i otras a ver cojer papas mas de cerca. Don Demóstenes i el dueño de la hacienda miraban las operaciones desde alguna distancia.

Despues de la vista jeneral de todo el cuadro, presentaremos a nuestro lector la escena de un solo surco. Se habian adelantado dos cojedoras algo mas que toda la cuadrilla, i estas eran mui amigas, segun la igualdad con que cojian las matas, i segun los ademanes con que acompañaban sus conferencias.

Hablaremos de cada una por separado. La una era blanca, de la raza española mas pura, i la otra india mui bien caracterizada; la blanca tendria 18 años, i siendo de un cuerpo regular, tenia un pié tan chico, tan pulido i tan rosado que llamaba la atencion a Celia i Felisa, quienes la observaban a diez pasos de distancia. La cara de la peona era mui perfecta, i estaba sonrosada como si llevase colores postizos; el traje era el comun de las peonas sabaneras, pero mas fino, porque tenia un sombrero bastante grande que parecia nuevo, i cuando se levantaba toda la mantilla de bayeta fina sobre la espalda i se ponia de pié, se descubria su limpia camisa con regulares adornos i un buen pañuelo cobijado, i en estas operaciones se conocian o se calculaban todas las perfecciones de un cuerpo esbelto, mui comun, sinembargo, en esas sabaneras robustas que a los cuarenta años de edad se pueden confundir con las muchachas de veinte. Era perteneciente a una de tantas familias que hai en los pueblos del norte i nordeste, en donde se encuentra la belleza del tipo latino tan a la vista como si se caminase por una de las provincias de España. Sinembargo, hai jentes que llaman indios a los de estos sitios, sin detenerse a contemplar las facciones i el pelo, i en los hombres la barba; pero nosotros sí nos detendremos a considerar por algunos momentos que algunas de las personas que así clasifican, tienen mucho mas determinadas las señales de ser indios o mulatos, a pesar del esmero con que se conserva la cútis en la ociosidad de la corte o de los grandes pueblos. La peona de que hablamos se llamaba Francisca Rubiano, i su compañera Dolores Gacha.

Dolores Gacha era india pura, i cualquiera la hubiera conocido como tal, por su color bronceado, su pelo liso i corto, sus ojos pequeños i tristes i por un rezago de la pronunciacion nacional de los muiscas, que todavía se nota en los pueblos de la Sabana. Estas dos amigas conversaban i se reian sin desatender su trabajo; pero Dolores reia ménos, porque no era tan bulliciosa como su compañera. Juntas se levantaron a llevar sus canastos, habiéndose dilatado un poco mas Francisca en volver, porque Dionisio el carretero parece que la detenia con galanteos. Francisca llegó riéndose al lado de su compañera de surco, i junto con ella redoblaron sus esfuerzos, pronto llegaron al estremo, i cuando el mayordomo estaba léjos, aprovecharon unos minutos para conversar lo que sigue:

—Qué tal le parece el cachaco? dijo Francisca a Dolores.

—Bueno! pero se me pone que está queriendo a una de las señoritas i que ella tambien lo quiere.

—*Horaaa!*

—I qué hai para que no?

—Pero de mi sia Celia no saca astilla el cachaco.

—Se casarán?

—Luego yo que le digo?

—I porqué dice usted que la señorita tambien lo quiere?

—Porque el amor de las señoras se conoce como el amor de nosotras las pobres.

—I mas, algunas veces; pero los cachacos están mui resabiados para casarse.

Llamaron a comer; todas las peonas sacudiéndose el polvo, i arreglándose los sombreros i mantillas, se salieron a una orilla que estaba tupida de grama, al lado de los cepos de la cerca que guarnecia toda la sementera. Allí estaba un costal con mogollas, la totuma i un zurron de cuero con chicha; entre el carretero i Francisca repartieron el licor muisca, i el mayordomo repartió las mogollas. Las peonas se habian sentado formando corrillos, i con una sola totuma se sacaba la chicha para cada uno de estos corrillos, jirando en contorno sin que dejasen las sabaneras de hacer sus críticas i sus burletas con risa jeneral del amable círculo; ademas les repartieron unos platos de papas, pues don Alfonso no era hombre que temiese quedar pobre por darles a sus peonas un palito de papas de las mismas que la tierra le brindaba con tanta abundancia.

Las señoras habian visto con atencion a Francisca i a Dolores, porque eran las mas notables de la peonada, i Celia dijo a Felisa:

—Qué te parece la indiecita?

—Graciosa; pero mui triste.

—I mas triste se pusiera si llegara a entender que esa tierra que revuelve con las manos era de sus mayores, i que por la conquista de los reyes i la usurpacion de los republicanos ha pasado a manos de los blancos.

—Pobres indios!

—I a ti qué te parece la blanca?

—Hermosa i coqueta como ninguna de sus compañeras.

—Coqueta?

—I porqué no? las pobres tambien coquetean a su modo.

Crisanta habia estendido un mantel sobre la plegadera i el poleo de la orilla de un arroyo que bajaba por todos los potreros, en direccion a la casa de la Esmeralda, i tambien reunió las jentes del corrillo aristocrático para darles *las once*, aunque era mas de la una.

Consistia la refaccion en unos bocadillos, algunos dulces de Bogotá, queso mui bueno de la misma hacienda i un botellon de leche, que no se sirvió en copas sino en totumas. Fué mui alegre la tertulia de los calzados, porque la relacion de lo sucedido con la aventura de las vacas, fué mui fecunda en chistes i carcajadas. Sinembargo, el autor de todo el mal, tenia la mandíbula puesta sobre los brazos estendidos, i puede decirse que comian con los amos en una misma mesa, aunque no con todo el gusto de Crisanta, que creia firmemente que aquello no era sino un acto de mala crianza de Ayacucho, habiendo señoritas en la mesa.

Francisca ofreció a las señoras un plato de papas cocidas i en reciprocidad se le dieron bizcochos, que ella repartió en porciones infinitesimales entre todos los peones, segun la costumbre de la Sabana, que es un bello principio de fraternidad.

El ciudadano mayordomo dió la voz de "arriba, mujeres!" i todos los corrillos se fueron a colocar en los surcos que les correspondian.

El birlocho habia venido por órden de don Alfonso, i las cuatro se-

ñoras i don Demóstenes volaron pronto por el llano sin ruido ninguno, dejando escasamente una huella sobre las gramas de que se hallaban alfombrados los potreros. Las vacas fueron ahora las de la sorpresa, porque huian de la carroza, como si hubiesen visto las huellas de un tigre. Ayacucho tuvo que seguir a pié, tal vez por modestia, segun lo contemplado que lo tenia su amo; si hubiera hecho alguna manifestacion a tiempo, es seguro que lo habria subido al coche para colocarlo de peana de las señoras. Don Alfonso se fué a caballo en su famoso alazan, cuyo movimiento era tan blando como el de la carroza. Crisanta se constituyó en apéndice de las cargas del carro, con poca resistencia del carretero, que era tan comedido con las señoras de su clase, como don Demóstenes con las de la suya.

Así que se desmontaron las señoras, don Demóstenes fué convidado por el patron de "La Esmeralda" a ver lo mas curioso de la hacienda i de los contornos de la casa, viendo de paso una docena de peones que harneaban por el método de Dulcinea en el siglo XVI, cuando don Quijote reconvino a Sancho porque habia creido que las perlas eran trigo, lo cual hace entender los adelantos de la maquinaria en los paises que marchan a la vanguardia; aunque tambien es cierto que si hubiera máquinas de trillar, los peones no ganarian lo que ganan subsanando los daños del trilladero, apartando del trigo los terrones, los fragmentos del estiércol i las basuras i el polvo; ni tendrian los hacendados carne fresca de yegua para los perros de cacería en cada una de las parvas.

Despues vió don Demóstenes en la caballeriza média docena de caballos de lo mas hermoso i le dijo don Alfonso cuál era el que montaba cada una de las señoritas.

De allí pasaron a la era, en donde mató don Demóstenes una docena de tórtolas que recojian el trigo regado, como lo hacen las infelices indias de los pueblos de la Sabana.

—Vea usted, le decia don Alfonso al jóven bogotano: este trilladero me ha costado mas de trescientos pesos; porque los materiales se han trasportado en los carros desde mui léjos i he tenido que renovarlos.

—En dónde está el trilladero? dijo don Demóstenes, mirando para todas partes.

—Éste sobre que estamos parados.

—Yo creia que era un patio cualquiera.

—No señor, es mi trilladero, con ochenta yeguas i nueve peones echo un monton en un dia, que me da veinte cargas de trigo, que es todo de harina de torta i de bizcochuelos; no tiene mas inconveniente sino el de que, cuando llueve por alguna casualidad, se moja todo el trigo, i el estiercol de las yeguas lo suele dañar, lo que es mas comun al tiempo de remoler, porque parece que éstas tambien tienen sus caprichos que no abandonan aun cuando se les ande con la zurriaga.

—I cómo es que no han puesto aquí tantas máquinas como las que yo ví en los Estados Unidos?

—Porque de allí no quieren nuestros prohombres sino las instituciones, que para nosotros no pueden pasar de teoría, pues nuestros pueblos no son de republicanos. Ya usted lo habrá notado que no se dejan gobernar de los hombres de casaca negra.

—Pues yo ví en los Estados Unidos diez máquinas de trillar, en un distrito pequeño.

—Aquí en Bogotá hai diez imprentas, miéntras que no hai una sola máquina de trillar en todo el canton ni en parte ninguna de la sabana.

—¿I qué dicen los hacendados que han ido a pasear a Inglaterra, a los Estados Unidos i a Paris?

—Ellos de lo que nos hablan es del hotel, del teatro i de otros lugares mas curiosos pero secretos.

—Me admiro de que ni uno solo de los que han ido haya montado un buen trilladero en que se trillen veinte cargas en un dia.

—Pero en los graneros les llevamos ventaja los granadinos. I si no dígame usted en cuánta estension de enramadas hubieran cabido en los Estados Unidos esos sesenta montones que me darán cerca de mil cargas de trigo?

—Habria necesitado usted de un convento entero.

—Pues vea todo ese trigo al aire libre i sin riesgo de mohosearse; allí se puede estar por tres o cuatro años. Vea usted esos conos de manojos de trigo: tienen diez i seis varas de circunferencia i trece de altura, i las espigas están mas libres de mojarse que la caja de la hacienda.

—I no piensa usted en poner una máquina de trillar para no lidiar mas con las yeguas i las harneadoras?

—Sí pienso; pero así que otro haya puesto la suya.

A este tiempo se apareció Crisanta por entre los montones a llamar a los dos señores para que fueran a comer, i don Demóstenes le dió las tórtolas que habia matado.

La mesa de don Alfonso era selecta en gusto i en abundancia, i no hubo mas variacion en la comida, que la de un principio nuevo i de un postre, que ordenó la señorita Celia desde ántes de irse a la sementera. Don Alfonso tenia buenos vinos, i en este dia quiso escojer del mejor para su huésped. La comida estuvo silenciosa: en toda ella no hubo mas plática que la de Celia con don Demóstenes, i ésta fué en un idioma que no todos entienden; esto es, el de las miradas, que son el lenguaje ordinario del amor.

Como las señoras de la Esmeralda no escondian cuando tenian huéspedes lo que comian en los dias comunes de la semana, figuró en la mesa la sustanciosa *mazamorra* de piste, con todos sus adherentes, i unos bollos de mazorca, hechos de mano de doña Natalia, de los que no quedó disgustado el huésped.

Despues de la comida se fueron apartando poco a poco las jentes i ya no quedaban en el comedor sino don Demóstenes i su amada, seguramente por distraccion. Hablaban un poco bajo; al principio riéndose, i despues mirándose con seriedad, i a lo último como aterrados por alguna idea espantosa. Celia se quedó llorando, con el codo en la mesa i la mano en la frente, cuando don Demóstenes se levantó a despedirse de la familia, pidiendo órdenes para una parroquia de tierra caliente. Despues se pasó la señorita a la baranda de uno de los corredores de flanco que daban vista a una de las huertas, i que tenia una hilera de sauces mui elevados: allí la encontró Felisa i le dijo:

—Porqué lloras, Celia?

—Por nada: porqué me lo preguntas?

—Porque te veo los ojos mojados.

—Mira, Felisa, es que he divisado un porvenir horroroso.

—Los dos meses de ausencia de Demóstenes? Eso es mucho apurar!

—Qué ausencia, ni qué nada! Voi a decirte, pero mui en secreto.

—Ya sabes que yo jamas digo nada, sino a mamá, que es la que debe saberlo todo, porque es nuestra mejor amiga.

—Pero yo deseo que ella no sepa nada hasta que vayamos a Bogotá, que me parece será mui pronto.

—Bueno, mi querida hermana.

—Pues te diré que Demóstenes me ha prohibido una cosa que nunca esperaba.

—Qué te ha prohibido?

—Ser católica.

—Él? Siendo tolerante por escuela i por opiniones políticas?

—Él, mi querida hermana; me ha vituperado mi sumision al gobierno teocrático del Pontífice de Roma, esplicándose de una manera que no me ha gustado con respecto al matrimonio católico; en fin, me ha prohibido que me confiese.

—No te asustes, mi querida Celia, dijo Felisa, con una prudencia admirable. Estas palabras te han causado impresion por la franqueza con que te ha hablado Demóstenes. Al fin el amor ha de venir a decidir de todo, i tambien la prudencia, como dice mamá, si tú conservas dignidad para con él; si sigues siendo amada, él cederá de su intolerancia i aun te digo mas, que cambiará en muchas de sus opiniones.

—Pero prohibirme que me confiese!

—I tú no le hiciste alguna prohibicion a tu vez?

—No, niña, yo qué le iba a decir?

—Cómo no? cualquier cosa; que no pertenezca a una sociedad, hasta que tú sepas los fundamentos de ella. No sabes que él quiere que se sancione la soberanía de la mujer i que es el radical mas decidido que yo conozco por la igualdad social?

—Algunas luces me das con tus palabras; pero el hecho es que mi corazon se halla despedazado. Pienso escribirle una carta mui larga, que te mostraré luego que la tenga en borrador.

Ya casi eran las seis: los sauces jigantescos remedaban figuras de espectros i toda la naturaleza parecia que lloraba la pérdida de la luz, del calor i del movimiento. Celia se habia quedado recostada en la baranda i, enjugándose los ojos, dijo a su hermana estas palabras:

—Qué triste es el campo a esta hora, Felisa!

—Lo mismo que la ciudad, me parece.

—No oyes las ranas de la laguna? no sientes los berridos de los terneros? no han herido tus oidos los chillidos de los ganzos que venian a buscar la cuadra? no ves todas esas aves que se levantan del pantano por bandadas, en busca del rio, lanzando ese fúnebre lamento de *guac, guac?* No es todo eso para desgarrar el corazon ménos sensible?

—I los toques de la oracion en Bogotá? i el golpe de las ventanas que se cierran? i la vela atravesando los dilatados corredores? i el lamento de los mendigos que se retiran a botarse en un rincon pestilente? todo esto no es triste, mui triste, cuando estamos en la ciudad?

Las señoritas se retiraron de la baranda del corredor, i a poco rato llamó a rezar doña Natalia.

El oratorio era una pieza pequeña, con una especie de mesa de estuco, sobre la cual habia una imájen de la Vírjen de los Dolores en medio de dos grandes candeleros de plata.

Don Alfonso se habia quedado sentado en su poltrona en el corredor, porque estaba enfermo, estropeado de los trabajos del dia. Entre el murmullo del rosario que se esparcia por los corredores i pasadizos, oia con dulce emocion las voces de sus hijas, que sobresalian entre las demas.

A los dos dias se sintió mas quebrantado don Alfonso i la familia tuvo que volver a la ciudad. En el mismo dia llegaba don Demóstenes a la parroquia, despues de pasar una mala noche en Malabrigo, como lo hemos visto en el capítulo primero de esta verídica historia.

CAPÍTULO XIII.

REVOLUCION.

Era lúnes, dia mui aciago en las parroquias de tierra caliente. La jente de la casa de Manuela se habia trasnochado en el baile, i habiendo quedado el portillo abierto por causa de Ascension, que fué la última que entró a la madrugada, la marrana grande se habia salido sin la horqueta legal, i sabiendo don Tadeo que andaba en el ejido, se aprestó para terminar de una vez una trama que tenia preparada, i dió todas las órdenes del caso.

No tardó mucho tiempo en aparecer corriendo por la mitad de la calle del Caucho, la marrana de Manuela, seguida por el alcaide i un policía, que le tiraba lazos inútilmente. Resurreccion, la entenada de don Tadeo, que estaba echándoles de comer a unos pollitos en la puerta de la calle, azuzó a *Tintero* i a *Papel*, los perros de su padrastro, para que acometiesen a la marrana i la acosaran contra la pared. Ayacucho se puso en movimiento escitado por el alboroto i les acometió a los otros dos perros; pero salió Resurreccion a pegar a Ayacucho con el palo de la escoba, i Manuela, que se habia levantado del quicio de la puerta de la casa, donde estaba cosiendo, llegó con las tijeras en la mano i quitó el palo a Resurreccion, a tiempo que se acercó el policía a tirar lazos para cojer a la marrana. José intervino a ese tiempo i echó mano al rejo de enlazar que el policía defendia con todas sus fuerzas, de manera que en un instante se armó un grupo de racionales e irracionales que se batian unos en favor de la marrana i otros en contra de ella.

A todo esto los gruñidos de la marrana i los gritos de Resurreccion i los latidos de los perros, i las maldiciones i juramentos de los policías se levantaban en una confusion infernal, i Resurreccion i Manuela se habian dado sus cachetadas; Ayacucho i Tintero, sus mordiscos; i José i los dos policías, sus pescozones i patadas. No tardó en aparecer luego la terrible Sinforiana seguida de Cecilia, para aumentar el número de los enemigos de Manuela, que la hubieran vuelto polvo si no se hubieran aparecido Simona i sus dos hermanas; el combate vino a ser tan encarnizado como el encuentro de una galera de arjelinos i otra de cristianos.

—Manuela le ha pegado a Tintero i me ha quitado la escoba, gritaba Resurreccion llorando.

—Por defender mi marrana, que nada les estaba comiendo, respondió Manuela mui enojada.

—Por defender el perro del alojado, que te parece que te ha de durar para siempre! le contestó Sinforiana.

—Vieja bruja! gritó la valiente Simona, podias irte a dar crianza a tus dos hijas, que la niña Manuela no es ninguna....

—Anda, demonio de rea! que no por buena te tuvieron en la reclusion de Guáduas. Rea! rea!

—Vieja consentidora, le gritó Soledad, la hermana de Simona; quién te mete a defender los perros de don Tadeo? Ladrona! sonsacadora!

Simona i Sinforiana estaban agarradas, la última le habia mordido un carrillo a su enemiga, i ámbas estaban de sangre que no se conocian. Marta habia llegado a tiempo que Resurreccion le iba a tirar a traicion a Manuela, i la derribó por tierra. Doña Patrocinio estaba horneando unas almojábanas i cuando sintió el alboroto i conoció la voz de Manuela, salió corriendo con el delantal puesto, i con un pañuelo blanco prendido en la cabeza, que le cubria toda la espalda; se presentó acezando i con la pala de hornear en la mano, i al ver que Sinforiana le iba a tirar a Manuela, le enristró la pala, i la hubiera partido por el pecho si Cecilia no le hubiera cojido el palo; pero Manuela por rescatar la pala le dió un lijero piquete a Cecilia en un dedo de una mano, lo que hizo poner furiosa a Sinforiana; la bulla iba siendo mayor a cada momento, i los gritos i las injurias menudeaban mas a proporcion que iba creciendo el número de actores i de espectadores.

El sacristan estaba durmiendo, i luego que oyó los gritos i vió que se levantaba el humo de un poco de paja que habian prendido en el solar de don Tadeo, corrió al altozano, cojió los rejos de las tres campanas i se puso a tocar a fuego.

—Fuego en la calle del Caucho! gritaban los que veian el humo.

—Corran a apagar, corran a apagar! decia el sacristan, convidando a los que pasaban.

Todos los que iban llegando al sitio de la novedad se encontraban con el alboroto de una riña jeneral, en la que los combatientes no tenian divisa, aunque se conocian los partidos. Los del partido de don Tadeo, peleaban en favor de Papel i Tintero; los del partido de Manuela comenzaron por defender a la marrana: manuelistas i tadeistas eran griegos i troyanos en aquel dia. La calle se obstruyó completamente, llena de partidarios decididos. A lo último llegó el afamado Juan Acero, i entendiendo bien la causa que sostenian los dos policías i la denodada Sinforiana, empezó a distribuir garrotazos entre los manuelistas, hasta dar con el sabanero, que le cojió a un descuido el arma fatal; i en esta brega caian i levantaban, no queriendo soltar su garrote el Hércules de la parroquia, i resistiendo lo mejor que podia la arremetida del sabanero, al mismo tiempo que los pescozones de los otros combatientes eran bien nutridos i los garrotazos bien dirijidos, de manera que ni el uno ni el otro partido daba señales de ceder; i al mismo tiempo los gritos eran espantosos, pero no se distinguia bien sino la interjeccion favorita de los que hablan el español, i las injurias de marca mayor.

—Vieja langaruta! gritaba Simona a la valiente Sinforiana, vieja bruja, vieja consentidora, vieja ladrona!

—Tinaja con patas! gritaba Sinforiana a la señora Patrocinio.....

Vieja estafadora! I daca de rezandera i de amiga de ir a la iglesia a rezar estaciones en cruz.

El señor alcalde no se apareció sino hasta lo último, acompañado del juez primero, del ciudadano Dímas i de unos cuatro tadeistas; i agregado a Juan Acero i a otros de la misma parcialidad, empezó a cojer prisioneros para llevarlos a la cárcel. Sinembargo, a José no pudo rendirlo con cuatro, porque éste habia quitado el garrote a Juan Acero i les hacia frente teniendo la retaguardia cubierta por la pared de la casa: José estaba enseñado a contrarestar a número infinitamente mayor. Fué una temeridad que los tadeistas no se atrevieron a ejecutar, la de matar a José para prenderlo, i le propusieron que entregara el garrote i quedase arrestado miéntras parecia su patron, prometiéndole no amarrarlo ni insultarlo.

De este modo quedó triunfante la señora Sinforiana i todo el partido tadeista. El juez i el alcalde prendieron a Simona i sus hermanas, a José, a Paula, a la manca Estefanía, a *ñor* Dímas, a doña Patrocinio, a su hija i al perro Ayacucho; pero Manuela salió corriendo i a favor de la confusion logró introducirse, sin que la viesen, por el portillo oculto del corral de su casa. En la puerta de la cárcel soltaron a doña Patrocinio con tal de que entregase a Manuela, condenándola en treinta pesos de multa si no la entregaba dentro de cuarenta i ocho horas. A la marrana la llevaron al coso, i a Ayacucho lo destinaron a la cárcel con José Fitatá.

Hubo muchos heridos en esta pelea; a Resurreccion la dejaron sin camisa las hermanas de Simona. *Ñor* Dímas salió herido en una oreja, Paula quedó con los ojos negros, Marta perdió mucha parte de su pelo castaño i un rosario de coquito con cruz de oro; pero logró escapar con varias personas de las ménos comprometidas. Resurreccion decia que habia tambien muertos, alegaba porque Manuela le pagase ocho pollos que habian muerto a pisones, i cobraba a dos reales por cada uno, cuando no tenian sino cuatro dias de nacidos; mas ya tenia testigos para probar que tenian un mes, i que eran ocho, siendo así que no habian sido sino dos.

En la calle tomó el alcalde, ántes de enviar los presos, dos garrotes de chicalá i uno de guayacan, una pala de hornear, unas tijeras de costura, dos palos de escoba i una zurriaga, como armas ofensivas, que debian servir de cuerpo de delito. Se perdieron varias fincas en el conflicto, tales como una sortija de tumbaga de Manuela i las cuentas de su rosario, i una cajetica de lata con siete reales en medios i cuartillos, que doña Patrocinio habia llevado en el seno, i eran los trueques de la tienda.

Don Tadeo, autor de todo este trastorno i aun director de él, porque desde su alcoba habia estado dando órdenes a los de su cuadrilla, se habia contentado con mirar la pelea por la rendija de la ventana, apuntando fielmente las circunstancias en su cartera, porque de aquella pelea se prometia sacar grandísimas ventajas.

No estaban todavía las caras lavadas ni se habian mudado los que habian salido rasgados o sucios de la pelea, cuando las causas estaban andando, a tiempo que se rodeaban algunas casas para buscar a los comprometidos. La manzana de la casa de Marta estaba rodeada con el fin de cojer a esta íntima amiga de Manuela, que por pelear a su lado le

habia despedazado la camisa bordada a Resurreccion.

El cura i don Demóstenes se habian ido al Botundo ese dia; el primero a llevar unos medicamentos a *ñuá* Melchora, i el segundo a buscar pabas. El cura convidaba casi siempre a don Demóstenes a sus paseos, porque gustaba mucho de su compañía. Llegaron a la parroquia, i despues de dejar en su casa don Demóstenes a su amable compañero, se fué a su posada mui contento porque habia traido muchas aves, plantas i una mariposa de una variedad mui rara, i entró llamando a Manuela para mostrarle una flor.

—Escuche, don Demóstenes, le dijo doña Patrocinio, i sin hablarle otra cosa se puso el dedo sobre la boca.

—Manuela? preguntó el alojado.

—No le digo? le contestó la señora.

—No me ha dicho usted nada, i yo necesito a Manuela.

—Ni la nombre, señor, si no la quiere perjudicar.

—Perjudicar?

—Sí, señor! Luego usted no ha tenido noticias de la revolucion?

—Estalló yá?

—Ave María! Una cosa estupenda.

—Esperando estaba yo esa novedad. Quiénes habrán muerto?

—Dos pollos de poca importancia. Pero señor, qué desgracias las que ha habido, i todo por ese demonio de embozado, que es el autor de todo! La cárcel está llena de presos.

—Esplíquese usted. Han venido tropas?

—Qué tropas, ni qué diablos!

—Entónces ...?

—No hable recio, por Dios! Sea usted un poco discreto, porque los tiranos están triunfantes.

—Cuáles vencieron, pues?

—Los tadeistas; pero porque el juez i el alcalde los auxiliaron, porque, ah jente para ser sostenida! Simona se ha portado como el mejor de los hombres, i José triunfaba de mayor número siempre que lo atacaban.

—Por cada esplicacion de usted me quedo mas confuso: dígame claramente lo que ha habido aquí o en Bogotá, o en ambas partes, i sáqueme de dudas, que ya usted me tiene loco.

—Pero éntrese a la alcoba, porque si nos oyen conversar nos apresan.

—Por conversar? ¿Luego el pensamiento i la pluma i la lengua no tienen garantías en todos los países libres, i mucho mas en el nuestro desde que se publicó la Constitucion de 21 de mayo?

—Aténgase, i diga usted algo contra la lei de la horqueta, o contra don Tadeo, i verá si tambien va a templar a la cárcel, en donde se hallan presos actualmente su criado i su perro....

—Mi perro? Preso mi perro?

—Sí, señor, yo para que le voi a mentir; i a Manuela la tengo escondida porque la quieren meter al cepo, i si me la cojen, ya sabe que hasta Guáduas va a parar, porque todas éstas son tramas de este judío de don Tadeo, que ahora acaba de salir de aquí. *Ñuá* Remijia, la mujer del sacristan, me ha impuesto de muchas cosas que yo no sabia, i me ha dicho que la revolucion ha sido una trama para cojer a Manuela. A mí

se me estaba poniendo; pero no creia que este encuevado fuese tan afortunado que todo le saliera tan bien.

—¿Conque la revolucion ha sido aquí?

—Sí, señor, en la calle del Caucho; pero eso daba miedo.

—I porqué se comenzó?

—Por la marrana, señor, por la lei de la horqueta; i para eso que usted mismo fué el que publicó esa lei.

—Pícaros!

—I ya le digo que su criado i su perro están en la cárcel.

—Pues venga, dígame lo que hai; pero con órden i con claridad.

Cerró la puerta de la sala doña Patrocinio; miró para el patio, luego se entró a la alcoba i, sentada en la cama, comenzó a decir a su alojado todo lo que hubo en la pelea de por la mañana, sin omitir las desvergüenzas i los oprobios que se habian dicho; pero todo en voz baja i temblando, i atisbando no la fueran a oir. I despues que hubo acabado, le dijo don Demóstenes:

—I ese don Tadeo qué casta de pájaro es?

—Es una buena paba, señor don Demóstenes.

—Es liberal o conservador?

—Casi no lo puedo decir. Él echa contra los ricos, contra los curas, contra los monopolios, i todos los lúnes predica en la calle i en el cabildo en favor de los derechos del pueblo.

—Liberal lejítimo!

—I cuando estuvieron las tropas del jeneral Melo en la cabecera del canton, él les mandó a avisar en qué haciendas habian de cojer bueyes, i mulas, i pailas de cobre.

—Draconiano! Partidario del ejército permanente, de la pena de muerte, de las facultades omnímodas del Poder Ejecutivo, del centralismo, de la teocracia a médias i de los códigos fuertes! De dónde salió ese sujeto que ustedes tanto veneran?

—Vino en clase de peon, de los cantones de mas allá de la sabana. Al principio trabajó en la hacienda de don Blas, despues se vino a vivir a la parroquia i se ocupaba en hacer boletas de *compariendo*.

—De comparendo?

—Eso es: de comparendo; i luego comenzó a escribir documentos; i luego a sacar las listas del trabajo personal i de las elecciones, mordiéndoles a los jueces i alcaldes mas de lo que valian; i luego se hizo director de los jueces i en este oficio empezó a ganar mas plata enredando a los vecinos con alegatos i pleitos; luego se hizo director del cabildo i quedó mandando en todos los asuntos de la parroquia. Pero no paró en eso, sino que se los fué ganando a todos poco a poco, a unos porque lo necesitaban para que los sacase con bien de sus empeños, a otros para que les ayudase a hacer sus picardías, i otros la iban con él por el miedo; de modo que vino a lograr tenerlos a todos bajo de su dominio. I lo peor es que es el único que entiende i rejistra la Recopilacion Granadina. De modo que hoi el señor don Tadeo entiende en elecciones, cabildos, pleitos, contribuciones i demandas; pero sacando de todo su tajada, i haciendo que le sirvan de balde los que le necesitan; i todavía no es eso solo, sino que don Tadeo interviene en los testamentos, i en los casamientos, i en las peleas de las familias, i en los bailes, i en las fiestas i en todo. Todo esto se le pudiera aguantar; pero ha de saber el

señor don Demóstenes que el mismo partido que tiene entre los hombres, quiere tenerlo entre las muchachas del pueblo; i su empeño es que todas ellas, mayormente las mas bonitas, estén sujetas a sus antojos. De unas consigue todo lo que quiere, como de la Cecilia, la hija de la vieja Sinforiana, i lo consigue con su poder i con sus intrigas. A las que lo aborrecen las persigue i las tiraniza para salirse con sus intentos. I esto último es lo que está sucediendo con Manuela, que ya la tiene aburrida con leyes del cabildo para perseguirle sus animales, i armando peleas en los bailes, desterrándole al novio, poniéndonos sobrenombres a todos los de la casa, i haciendo que nos insulten i nos inquieten las mujeres de su partido. Para todo esto tiene él testigos falsos, i espías, i brazos secretos, i sabe falsificar todas las letras i las firmas, i sabe hacer i desbaratar los sumarios del modo que le tiene mas cuenta, i está al partir de un confite con don Matías Urquijo, que segun dicen es el que gobierna la junta *cuatrera* que ha hecho tanto ruido en este canton.

—Un Rodin de parroquia! esclamó don Demóstenes, un Rodin liberal, porque hai Rodines liberales i conservadores. No está la parroquia mal encabada!

—Un gamonal, es como lo llaman; i para esto que se le metió de suegra la vieja Sinforiana, i ella le ayuda en todo lo que puede, con las dos hijas, que son el puro Pátas, porque como dice el dicho: "de tal palo, tal astilla." Como la vieja *Injuriana* no hai un demonio igual ni en los infiernos. La llaman la Víbora porque tiene unos dientes, i una lengua, i unos artificios.....! Tiene un salvaje de marido, que lo tiene embobado, pues dicen que de noche lo arropa con su mantilla así que se duerme, i por eso no hace sino lo que ella le manda. Ella contrata destajos de deshierbas o siembras en las haciendas, i los hace trabajar como esclavos, a él i a dos hijos i a la hija Pacha, porque la Cecilia corre de cuenta del gamonal. Siempre verá usted que la Víbora se junta con muchachas bonitas, i con ellas se va a visitar a los dueños de tierras a sus trapiches.

—La señora Rodin! dijo don Demóstenes, no está mala la pareja.

—Para que usted vea lo que es la Víbora i lo que es el señor gamonal, le contaré lo que ámbos hicieron con la niña Simona.

—Me tiene usted con cuidado con esta jente.

—Pues ha de saber usted que la Víbora saca aguardiente de contrabando en la estancia que tiene en la orilla de la montaña, en tierras de don Leocadio, i que Simona tiene su estancita en la loma de enfrente. Las hermanas de Simona son la niña Soledad i la niña María. Soledad es casada con Juan Aguilera, i como Juan Aguilera toca tiple, i lo toca por veinticuatro horas sin descansar, lo tiene catequizado la Víbora para que toque en los gastos, para que se le venda mejor su aguardiente de contrabando, i para mas asegurar a Juan Aguilera, le hace campo para que tenga amistad con la hija, i por esto Simona i Soledad i toda la familia se hallan mal con la Víbora, i con mucha razon. El motivo para hacerle campo a don Tadeo la Injuriana fué para que le librara de los guardas de la cabecera del canton su contrabando; pero en un cambio de guardas fueron éstos i dieron con el saque de aguardiente de la Víbora, i le llevaron su paila, sus botellas, sus vasos, platos i pozuelos. La Víbora creyó que habia sido denuncio de Simona i sus hermanas, i juró que las habia de echar a la reclusion de Guáduas. Ella confiaba en sus dos hijas

bonitas, en don Tadeo i en su crédito para con los hacendados, por los destajos que tenia contratados.

—I las leyes i la constitución del 21 de mayo? le preguntó don Demóstenes a su interlocutora.

—Ahora verá usted para lo que sirven las leyes i la constitucion, le dijo la señora Patrocinio. Juan le metió cincuenta azotes a su esposa Soledad, amarrada de un palo de la montaña; i para vengarse de Simona i su hermana, la Víbora armó una pelea de lúnes en un gasto a la salida de una estancia. Las provocó hasta que le tiró Simona un puñetazo, i luego armó el alboroto la Víbora i acudieron las hijas, i el bruto de *ñor* Pascasio con sus hijos, i a la defensa de Simona salieron su padre i su hermana menor, llamada María. La Víbora se hizo echar sangre, les untó las camisas a todas las mujeres belijerantes i formó un depósito en el camino, de unas cuatro pulgadas de ancho. Simona i María salieron con los ojos negros i mui aporreadas. Puso su queja la Víbora. Les siguieron la causa a las Paeces, la elevaron al juez del circúito, i en ménos de dos meses marcharon con una escolta las Paeces para Guaduas i *ñor* Daniel, el padre, para el presidio.

—I porqué a los Paeces? esclamó don Demóstenes.

—Porque así lo quiso la Víbora, i así lo permitieron las leyes i la constitucion, señor don Demóstenes. Cinco meses duraron las Paeces aprendiendo a hacer tabacos tapados, encerradas entre rejas de fierro i portones terribles, llorando i jimiendo, i sufriendo azotes i baño a la madrugada, i comiendo mal i a deshoras, hasta que volvieron a los seis meses, hechas una miseria, a encontrar la casa caida i envueltos los escombros en los bejucos de batatillo, que se apoderan de todo. El viejito Daniel murió en el presidio de Tena, i éste fué el resultado de la persecucion de la Víbora. Ahora, dígame usted, qué le ha parecido el señor don Tadeo.

—Solo por decirlo usted puedo creer que una parroquia esté gobernada de esta suerte, en una república verdadera como la nuestra.

—Ya lo irá conociendo usted por la esperiencia. Pobre de Manuelita, que si la cojen va a dar al cepo, i a poquitos dias a la reclusion!

—No lo crea usted; que yo la libraré de la persecucion de ese tirano vil i depravado; pero es menester que yo me vea con Manuela.

—Ella no se deja ver, señor don Demóstenes.

—Es preciso.

—No sé cómo hagamos; porque me dijo que a nadie le dijera su paradero.

—I qué hacemos?

—Hagamos una. Váyase usted al cabildo a ver cómo anda la causa que están escribiendo, i miéntras eso yo voi a donde se halla escondida, i le tomo su parecer.

—Me parece mui acertado, dijo don Demótenes, i se fué al cabildo, en donde encontró al juez 1,° i saludándole con la debida atencion, le dijo:

—Señor juez, vengo a ver porqué está preso mi criado en esta cárcel.

—Porque se opuso al cumplimiento de la lei.

—I mi perro?

—Por la misma causa.

—Conque se han opuesto al cumplimiento de la lei?

—Sí, mi caballero: iban hoi los policías a llevar la marrana al coso, porque no tenia la horqueta de la lei, i han salido a defenderla su criado José, su perro i sus caseras, han armado una revolucion, han estropeado a la señora Sinforiana i a la niña Cecilia, i han cometido muchos crímenes contra todos los amigos de la lei i del gobierno de la parroquia. I si no, ahí está la sumaria que lo reza.

—I pudiera yo ver la sumaria?

—La lei no deja, señor caballero.

—Lo siento, porque como tengo ganas de comprar una hacienda aquí, me gustaria saber cómo son las sumarias de esta parroquia.

—I a cuál le tiene echado el ojo, mi caballero?

—Todavía no sé; pero será a la que tenga ménos arrendatarios, a causa de que pienso rebajarles las obligaciones i la paga; porque yo soi mui amigo de protejer a los pobres.

—Compre sumerced el Purgatorio.

—Tal vez.

—Es la tierra mas lejítima que hai para las cañas; tanto, que una mula no alcanza a llevar al trapiche todas las cañas que se cortan de una mata, porque parecen guaduas, i por lo que es las yucas, con una hai para la comida de una familia i todavía sobra. I yo el empeño que tengo es de agrandarle a mi estancita, porque el *agüelo* don Eloi me la tiene enteramente recortada i yo me contentaré con que me la deslinden del guamo de micos al guamo cansa-muela, i de la mata de fique a la mata de chitato, i de allí a la mata de payandé.

—Seria mui justo.

—I es de véras que sumerced quiere divertirse con la sumaria de la revolucion?

—Si la lei me permitiera....

—Pero habia de ser pronto, pues el señor director, el alcalde i el mozo que le ayuda a escribir se fueron a comer, porque desde las nueve no han descansado de escribir; i ya no falta sino que venga a oir su declaracion uno de los testigos que se habia ido a la cabecera del canton desde ayer, i no parece. La sumaria está guardada en el archivo, miéntras que vuelven. Bien puede sumerced mirarla, que por eso no tendremos novedad; pero que no lo sepa mi director porque eso seria mi perdicion.

—Cuál es la pieza del archivo, señor juez?

—Esa caja de cedro, i la llave la tengo yo.

Abrió el señor juez una caja mui grande que estaba llena de legajos de papeles atados con cintas de calceta de plátano, i comenzó a buscar don Demóstenes, haciendo de pasada algunas observaciones.

—Porqué están sin romper todavía los sellos de los Repertorios i las Gacetas que vienen de la gobernacion?

—Porque hai veces que no hai aquí ningun juez ni alcalde que pueda leer los papeles del *gubernamiento* sino mi director, i él dice que esas cosas las sabe de memoria.

—Porqué se halla en este archivo el cuaderno sobre el cólera? Esto pertenece a la junta de salubridad. Ni tampoco es aquí el lugar de esta pastoral del reverendo Arzobispo Mosquera. Bastante hemos trabajado los liberales para que no haya patronato ni concordatos, i para que la Iglesia i el Estado queden separados para siempre. Que la Iglesia se

avenga como pueda. Entréguele usted ese documento al señor cura. I qué significan estos terrones aquí metidos?

—Es el comejen, mi amo, que toma posesion de todo lo que está quieto.

—Dónde le parece a usted que esté la sumaria de la revolucion?

—En la otra esquina, me parece.

—"Remedios eficaces para el coto," dijo don Demóstenes, i continuó con sus observaciones a la lijera. Este remedio no sirve, o se ha quedado sin leer como las gacetas, porque la mitad de los parroquianos son cotudos sin esceptuar al señor juez. Un raton! Señor juez, échele mano!

—Se fué por un *uraco*, dijo el juez. Ya los ratones no dejan aquí cosa que no roan. Los presos se quejan de que no los dejan dormir. El cabildo ha aprobado una contrata en que don Tadeo se obliga a mantener un gato aquí, pagándole doce reales semanales.

—Así son todas las contratas con el Gobierno, es decir, con el pueblo, porque el pueblo es el Gobierno. Aquí hai papeles frescos, agregó don Demóstenes, i leyó: "Causa criminal contra Blas Jiménez por hurto i estropeos i violencias ejecutadas en personas de su hacienda." "Causa seguida a Manuela Valdivia por vivir en mal estado con José Fitatá"

—Topó, mi amo don Demóstenes? le preguntó el señor juez, parado en la puerta, con el cuidado de que el director no viniese a sorprender las operaciones.

—No, señor juez; pero estoi viendo cosas mui curiosas por aquí, mas curiosas que la pastoral i los remedios para el coto. Aquí estaba la sumaria escondida en el asiento.

—Pues léala sumerced; pero aprisita, no vaya el diablo a traernos al director ántes de tiempo. Don Demóstenes leyó:

"Causa jeneral seguida a los reos de conspiracion contra la lei del 18 de mayo, i contra las autoridades de la parroquia."

Se puso a revisar el interesado, i vió el encabezamiento de toda la sumaria, las confesiones de los acusados, los reconocimientos de las heridas, i deteniéndose en una foja del espediente, leyó una de las cinco declaraciones, que decia así:

"En esta parroquia de.... a 11 del mes de junio del año de 1856, yo el juez 1.° parroquial, hice comparecer a.... ante mi despacho, i despues de haberle leido el artículo.... de la lei de la Recopilacion Granadina, dijo ser mayor de 25 años, casado segun la Iglesia, arrendatario de las tierras del señor don Matías Urquijo, i cazador de profesion; i habiéndole preguntado:

1.° Si le consta que en la mañana de este mismo dia 11 hubo una revolucion en la calle del Caucho, hecha por los manuelistas, por defender la marrana de Manuela Valdivia, de que no fuese apresada, i por resistirse al cumplimiento de la lei del 18 de mayo, i a todo el Gobierno de la Parroquia i de la República; i dijo que le consta.

2.° Si le consta que Manuela Valdivia le cortó un dedo a Cecilia; i dijo que le consta.

3.° Si le consta que Manuela Valdivia peleó contra los policías i los comisarios en la calle del Caucho, en el motin que se levantó contra las autoridades i contra la lei del 18 de mayo; i dijo que le consta.

4.° Si le consta que en uno de los bailes hubo una pelea entre los comisarios i un sabanero llamado José Fitatá, criado de un señor De-

móstenes Bermúdez, orijinada por querer bailar el espresado sabanero únicamente con Manuela Valdivia; si no es cierto que José i Manuela viven bajo un mismo techo, i que en ausencia de don Demóstenes se la pasan conversando juntos en la cocina, i en ocasiones cuando la moza Marta va a la casa de Manuela i don Demóstenes Bermúdez está ausente, José Fitatá las mece en la hamaca del espresado don Demóstenes hasta hacerles tocar las vigas con los piés; i dijo que le consta.

I leida que le fué su declaracion se ratifica en el juramento que tiene hecho, por ser verdad todo lo que tiene espuesto, i no firma por no saber, i lo hace a ruego por él el señor Matias Urquijo."

Vió don Demóstenes que habia cinco declaraciones por este tenor, tan iguales todas que no discrepaban ni en una coma; vió que en la causa jeneral estaban acusadas todas las personas del partido de Manuela que habian funcionado en la gran pelea, i volviendo a poner todo como estaba en la caja del archivo, pidió licencia de ver a los presos, i el señor juez la abrió la cárcel de hombres, en cuyo lóbrego recinto alcanzó a ver que relumbraban los ojos de Ayacucho, el cual saludó a su amo con un triste lamento.

—Oh mi fiel compañero! le contestó don Demóstenes, usted tambien de conspirador contra la lei del 18 de mayo? No me lo hubiera yo figurado!

—I yo tambien, mi patron, dijo José, por defender la marrana de la niña Manuela i por defender a mi compañero Ayacucho. Pero tengo esperanzas de que sumerced no me ha de dejar pasar la noche en esta prision de Satanas. Las pulgas i los chiribicos me tienen ya casi seco, i colgado de una pata en este cepo tan alto; i una sed que ya no puedo mas.

—Quién sabe cómo será la salida, porque estás encausado por andar en malos pasos con Manuela.

—Yo? mi amo! Ni me lo he soñado.

—Los testigos declaran que te la pasas jugando i conversando con Manuela cuando yo no estoi en la casa.

—Eso es porque la niña Manuela me mira con cariño por atencion a sumerced, i lo mismo lo hace con Ayacucho.

—La salida es de un muisca; sinembargo, yo querria que te portases un poco mejor cuando yo estoi ausente. Haré todo lo posible porque salgas hoi.

—I yo, mi amo don Demóstenes? dijo el ciudadano Dímas, que estaba en el mismo cepo.

—Todos saldrán mui pronto, me parece. Conque usted tambien?....

—I lo que siento son las maticas; porque esa atolondrada de Pia, cuando yo no estoi por ahí cerca, ni grita, ni apedrea como debe ser, i les hace alto a las guacamayas por atender a lo que no le importa, i si ha caido venado en la trampa, ahí se lo comerán las gualas, porque Melchora no puede ir hasta allá; o quien sabe si mi compadre le suelta la gata. Haga sumerced todo empeño a ver si nos aflojan, que yo por lo que es mi parte les puedo dar mi juramento de no volverme a meter en otra.

Don Demóstenes logró sacar a su perro de la cárcel de hombres i pasó a la de las mujeres. Estaba un poco mas oscura la pieza, porque no entraba sino mui poca luz por la reja de gruesos atravesaños de diomate. El piso era de polvo i basura, i las paredes tenian el color negro

de la mezcla i de mil rayas hechas con carbon por algunas de las víctimas del poder. En la mitad de la pieza estaba el cepo, un poco mas pequeño que el de los varones, i por cierto que no estaba desocupado. El olor de aquel calabozo era detestable, porque la falta de aseo i de ventilacion conservaban los miasmas de la putrefaccion para mayor tormento del sexo débil. Don Demóstenes se quedó aterrado, casi ahogado, i cuando se le aclaró un poco la prision, vió a la manca Estefanía sentada en uno de los estremos del cepo.

—Es posible? esclamó don Demóstenes. La madre de la hermosa i hospitalaria Rosa! I porqué la han puesto presa a usted?

—Porque me metí a espantar los perros de don Tadeo, para que no mordieran la marrana de la niña Manuela.

—Solo por eso? Oh constitucion! Oh leyes de mi patria! Oh libertad, oh principios!

—El que nos ha conversado de libertad en esta parroquia es el autor de todo esto.

—I tú tambien, Paula, encantadora Paula? En un calabozo mas detestable que los de la inquisicion de Sevilla! Esto es insoportable, esto es increible! Aquello era en los siglos médios, i dirijido por las inspiraciones de los fanáticos mas inicuos i detestables; pero que haya hoi cárceles hediondas i oscuras para sepultar en ellas a las señoras del pueblo, por una pelea de la calle! Seguir hoi una causa, por la que irá una docena de víctimas a jemir a la reclusion de Guaduas! esto es inaudito! I todo esto a doce o catorce leguas de la capital de la República; i todo esto cuando los pueblos han comprado con su dinero i su sangre una constitucion para vivir sosegados i respetados! Oh! quién creyera que en el siglo XIX habíamos de ver Torquemadas i....

—Yo tambien estoi aquí, dijo Paula llorando, i estoi solamente porque no hago caso de los cariños de don Tadeo.

—No mas, Paula! no me digas mas, que bastante horrorizado me tienen los crímenes i las tenebrosas maquinaciones de un intrigante que se titula liberal, i es el monstruo mas detestable de todos los tiranos del mundo.

—Pero vea como me libra de ir a Guáduas, que yo le serviré i le quedaré agradecida.

—Eso no, Paula! Yo no soi de los que se valen de la ocasion para obtener servicios obligados. Yo no soi de los jesuitas de casaca o de sotana, conservadores o liberales, que dejan la estaca proverbial por un lijero servicio en las circunstancias apuradas de la vida. Eso se queda para los intrigantes de alcoba, de mostrador o de oficina, que adquieren derecho a los servicios ajenos por precios que no son los corrientes en todas las transaciones comerciales de la sociedad decente. Yo voi a trabajar por libertar la parroquia del monarca que la oprime, i no exijiré recompensa alguna.

—Ojalá, dijo Simona, que estaba tendida en el suelo i con un pié metido en el cepo; porque ir a aprender a hacer tabacos tapados en la ciudad de Guáduas no es cualquier cosa, i maldito lo que sirven las tales tapas, que es lo primero que *truezan* con los dientes los que se fuman los tabacos.

—Pues, adios! dijo don Demóstenes, i fe en el porvenir, que mañana serán todas libres.

Cuando salió don Demóstenes se encontró con el alcalde en el corredor del cabildo i le suplicó que soltase a todos esos infelices, prometiéndole que luego que la causa estuviese terminada, ellos volverian si los llamaban.

—Todos se van a soltar, dijo el ciudadano alcalde, ménos el viejo Dímas; porque ese es un zorro que cojiendo la montaña no vuelve a caer en mis manos, ni aunque le pongamos trampa de lazo.

—Yo le buscaré un fiador a satisfaccion del señor alcalde. No hai para qué tiranizar al pueblo con las leyes hechas por el pueblo. Las leyes lo único que deben hacer es prevenir los delitos.

—Sí señor, dijo el alcalde: la igualdad i la libertad para todos los ciudadanos.

Al decir esto apareció un piquete armado de tres lanzas, dos garrotes i una carabina sin llave, trayendo dos jóvenes amarrados con lazos de fique. El uno era negro, pero bien configurado i bastante robusto; el otro era moreno, como de veinte años de edad, i de semblante humilde. Eran desconocidos ámbos para don Demóstenes; pero su corazon humanitario se movió a compasion i preguntó al alcalde:

—Qué crímen han cometido esos jóvenes?

—Son reclutas, señor.

—I por qué los llevan así amarrados contra todo el sentido de la constitucion de 21 de mayo, que garantiza la libertad del pensamiento, i mucho mas la libertad de los brazos?

—Porque si se les afloja se van al monte; el gobierno ha pedido los reemplazos i estos dos perillanes son los mas aparentes.

El alcalde le dijo a un hombre que habia llegado, que le pusiese el oficio de remision, i cuando la manca Estefanía oyó el nombre de Julian, dió un grito desde el fondo del calabozo, diciendo:

—Mi hijo! mi Julian!

—Yo soi, señora madre, que me llevan para soldado porque me hallé en la pelea de esta mañana; pusieron guardias en el camino i me cojieron a traicion.

—A traicion! con alevosía! con infamia! esclamó don Demóstenes; pobres ciudadanos los de esta parroquia!

—Pobre de mi hijo, que me lo quitan para que vaya a morir en las guerras de los hermanos contra los hermanos; pobre de mi hija Rosa cuando lo sepa! Señor don Demóstenes, por el amor de Dios, empéñese para que no se lleven a mi hijo!

—No hai empeños que valgan, dijo el alcalde.

—Sáquenme de esta cárcel para decirle adios, para verlo por la última vez de mi vida.

El alcalde concedió la licencia, a tiempo que los conductores tiraban de los lazos a los ciudadanos granadinos para que marchasen.

—Hijo querido, le dijo Estefanía al servidor de la patria, quién sabe si no volveremos a vernos! Lleve mi bendicion i no vaya a valerse de las armas para ultrajar a sus iguales. Adios, querido Julian!

Julian no contestó, sino que recibió la bendicion arrodillado i le dió la mano a su querida madre, pero no el abrazo, porque lo llevaban atado de los lagartos con los codos atras; las lágrimas i jemidos no lo dejaron articular ni una sola palabra. Don Demóstenes tambien lloró, lamentándose de la suerte de una madre tan desdichada como Estefanía i la de

una patria no ménos infeliz; pero los esbirros se reian de la escena como de un sainete. Un peso fuerte dió de limosna el caballero al hermano de Rosa. Luego se fué a comer i a dar cuenta de su comision.

—Qué vió, don Demóstenes? le preguntó la señora Patrocinio a su huésped.

—Horrores, doña Patrocinio! prisiones, calabozos, intrigas i maldades! No me figuraba yo que en la parroquia hubiese misterios tan temibles i tan horrorosos.

—Pues así hai muchas parroquias, don Demóstenes; porque no falta un gamonal desapiadado, que se aproveche de la ignorancia i de la indiferencia i tal vez de las divisiones del pueblo, para apoderarse de todo el gobierno i de todos los intereses.

—La causa de Manuela está endemoniada, i tan bien hecha que me costará mucho trabajo echarla por tierra; pero voi a acusar al monarca.

—Pues ándese con cuidado, porque él juega con usted como con un trompo.

—Ríase de eso, doña Patrocinio.

—Pues ya verá.

Pachita i Ascension sirvieron la comida a don Demóstenes. Doña Patrocinio comunicó al defensor de Manuela, que hasta el dia siguiente no podria verla porque habia muchos espías al rededor de la casa, i era seguro que cualquier paso que diera seria visto i comentado por ellos.

CAPÍTULO XIV.

LO QUE PUEDE EL AMOR.

Don Demóstenes se acostó en su cama sin desnudarse i a oscuras, porque Pachita, que funcionaba en lugar de Manuela, no se habia acordado de ponerle vela, a causa del tumulto que toda la casa estaba esperimentando por la revolucion. Seguramente estaba acordándose de la víctima del zarzo, cuando oyó una voz delicada que lo llamaba por su nombre:

—Don Demóstenes, don Demóstenes!

—Quién es? contestó, aplicando el oido.

—Soi yo, dijo la voz. Don Demóstenes se levantó, i dirijiéndose a la puerta volvió a preguntar:

—Quién?

—Soi Manuela.

—Manuela?

—Soi Manuela, no le digo?

—Pero en dónde hablas, que no lo entiendo? o es que sueño seguramente?

—Estoi aquí, aquí, don Demóstenes.

—En dónde, Manuela?

—Aquí en la puertecita del zarzo, pero no hable recio porque nos sienten. Bájeme de aquí, porque los policías van a rondar el entechado.

Don Demóstenes cojió a tientas los fósforos, que estaban sobre la única silla que habia en su cuarto, i encendió la vela. Qué imájen tan bella, pero tan lastimosa se presenta a su vista! Manuela triste i abatida i cubierta toda de polvo, asomándose por la puertecita disimulada del zarzo.

—I bien, le dijo don Demóstenes lleno de temor ¿qué es lo que quieres?

—Que me ayude a bajar, porque los policías me vienen siguiendo los pasos; pero pronto porque me cojen.

Arrimó don Demóstenes la mesa al rincon que estaba debajo del agujero i trepando sobre ella, estendió los brazos para recibir a su amada casera.

—Con mucho cuidado, dijo ella, porque ya sabe que soi cosquillosa. I se fué dejando resbalar para que la cojiese don Demóstenes. La puso el caballero sobre la mesa con mucho cuidado, i bajándose de un salto la volvió a recibir para dejarla en el suelo.

A este tiempo se sintió ruido de armas en la sala, i prendiendo un pañuelo de seda en la baqueta de su escopeta lo puso en la puerta de su cuarto a guisa de bandera, i tomando el *revólver* en la mano, se paró afuera i gritó:

—Señores! Yo soi el cónsul de Hesse-Cassel, i si alguno se atreve a insultar la bandera de esta nacion, yo daré cuenta legalizada, i pronto vendrá una escuadra que echará por tierra toda la parroquia a cañonazos i cobrará tres o cuatro millones de pesos fuertes por los gastos de la guerra. Ahora digo mas: esta pistola tiene cinco tiros, de manera que es mas que probable que caigan muertos los cinco primeros patanes que se me presenten.

La jente se salió en un profundo silencio, i cuando don Tadeo fué informado, se rindió a la lei de la necesidad, aunque les dijo a todos que él nunca habia oido nombrar esa nacion.

Don Demóstenes brindó la cama por asiento a Manuela, despues que trancó la puerta; se sentó en la silla, i contemplando a la víctima con una mirada profunda, le dijo:

—No me figuraba yo hasta qué punto alcanzaria la maldad de don Tadeo.

—I lo que falta por ver, contestó la proscrita del zarzo. Ya verá usted las desgracias que vamos a ver en esta parroquia: prisiones, multas, destierro, incendios i muerte; i todo porque no he tenido la condescendencia de querer a don Tadeo. Usted me verá perseguida a fuego i sangre, i acuérdese de todo lo que le digo.

—Qué seria de la justicia, de la libertad, de la seguridad, si tal sucediese? Oh Manuela! no desconfies de la constitucion i de las leyes, no desconfies de los principios. Acuérdate del juramento que te hice de defender tu causa. Una feliz casualidad me hizo conocerte. Al principio me sedujeron tus encantos: llegué a pensar que dominaria tu débil voluntad, porque te ví tolerante i cariñosa; pero al desengaño de mi orgullo se ha seguido la mas alta estimacion hácia ti. Hoi te respeto como a una señora i vivo agradecido de tus beneficios i de tus consejos i avisos. Yo haré todo lo posible por librarte de los males que te aflijen.

—Yo le agradezco todas sus bondades, contestó Manuela; i es la verdad que de usted es de quien espero algun alivio para mi suerte. Yo sufro mucho i temo mucho un fin desgraciado, porque conozco lo

depravado de don Tadeo, i lo inmoral de toda la jente de su pandilla. Corro mucho riesgo de ir a la reclusion de Guáduas, si logran cojerme los policías. Yo sé todo lo que me odian Cecilia i la madre, que son las mujeres mas perversas de todo el mundo.

—No temas que te saquen de aquí, salvo que me descuarticen primero. Estos miserables no se burlarán nunca de mí.

—No lo crea, don Demóstenes. Es que usted no sabe lo que es esta jente. Al verlos cree usted que son unos infelices, i les admite, i tal vez les agradece sus adulaciones; pero a sus espaldas se rien de usted, porque son cavilosos i astutos para llevar adelante sus venganzas por debajo de cuerda. Yo lo que pienso es irme a esconder a la montaña, a la casa de mi comadre Pia, miéntras que usted hace llevar a la cárcel a mi perseguidor.

—Imposible, estando la parroquia alborotada como está!

—Me voi disfrazada, dijo Manuela, i esto tiene que ser en el momento porque si me ponen la mano, ya sabe....

Al decir esto, se sintió un lijero ruido de pasos en el zarzo; Manuela dijo que eran los policías i corrió a esconderse detras del ropero.

No tardó don Demóstenes en ver unos piés calzados con alpargatas asomando por la puertecilla del zarzo i en seguida todo el cuerpo de un hombre desconocido, que se deslizó hasta dar con el suelo i luego se vino acercando a la cama.

—Qué busca usted en este cuarto que es inviolable? preguntó don Demóstenes al aparecido, cojiendo la pistola en la mano.

—Busco a Manuela, contestó el desconocido.

—Esbirro miserable! Cómo te atreves a perseguir a esta pobre criatura, estando asilada bajo un pabellon estranjero?

—Envuelta en el pabellon cargaré con ella.

—I la escuadra que vendrá a vengar el agravio?

—Esa llegará demasiado tarde.

—I la fuerza de mi brazo?

—La probaremos.

—Malvado! tendrás el castigo que mereces. No saldrá Manuela de esta casa, sin que los tiranos me dejen hecho trizas. Ella no quiere salir, sobre todo!

—Es decir que le pertenece a usted?

—Que está amparada i favorecida por mí.

—Entónces es la mujer mas vil.

—Es la mas digna de respeto, i márchate de mi presencia, esbirro miserable, ántes de que te levante la tapa de los sesos.

—Me la llevaré por encima de usted, dijo el aparecido desenvainando su cuchillo.

—Pues lo verás, dijo don Demóstenes montando la pistola.

—No, por Dios, que es mi novio! gritó Manuela, botándose sobre don Demóstenes i cojiéndole la mano para que no disparase.

—Él? dijo don Demóstenes, i botó la pistola sobre la mesa.

—Sí, dijo Manuela; no lo veia hacia mucho tiempo i me alegro de verlo en estas circunstancias. I lo abrazó con un cariño indecible.

—Yo lo tuve a usted por uno de los policías de la parroquia, dijo don Demóstenes, porque no lo habia visto sino una vez, i de noche, i ahora me alegro infinito de conocerlo i de ponerme a sus órdenes. Dis-

pénseme usted la equivocacion, i vea en qué puedo servirle.....Lo que no me ha parecido mui en el órden ha sido el modo de entrar a mi alcoba, así, por sorpresa.

—Dispénseme, señor don Demóstenes, porque yo qué iba a hacer? Figúrese usted que llegué hoi de Ambalema, en oculto, por supuesto, temiendo que me echase garra el gamonal, i luego que se hizo noche, traté de acercarme a esta casa, informado por las relaciones de *ñor* Tiburcio, de que Manuela estaba escondida en el zarzo, i como yo tengo conocimiento práctico de todo el zarzo, desde que estuve trabajando en los entechados, que fué cuando nos tratamos con esta niña, me vine por el arrabal i me entré por el portillo del corral, que conozco como la puerta de mi casa; subí al entechado, i como no la hallé en el primer cuerpo, la busqué mas adelante, i oyendo el murmullo de las palabras, me adelanté hasta llegar a la puertecita; i luego que oí conversar abajo, conocí la voz de Manuelita, me acerqué al *uraco* i lleno de contento, me bajé sin reparar en nada. Es mui cierto que yo lo he tratado a usted con un poco de mala crianza, porque me pareció que usted defendia a Manuela como cosa propia, negándome a mí el derecho. Tuve celos, señor don Demóstenes, porque el pensamiento es mui lijero, i usted debe juzgarlo por lo que le haya pasado en iguales casos. I esto de hallarse esta niña aquí metida en su cuarto de usted i conversando tan a solas....

—Entre Manuela i yo no existen relaciones amorosas. Yo reconozco todo su mérito; la admiro, la aprecio como es debido; pero cosa de amores, ni pensarlo siquiera.

—Seria una crueldad quererla apartar de mi cariño, cuando estoi desterrado i pasando trabajos que solo Dios sabe, por quererme casar con ella. I que la quiero como a las niñas de mis ojos, señor de mi alma!

—Yo me alegro de que usted haya venido tan a tiempo, dijo Manuela a su novio, pero temo que lo sepulten en una cárcel.

—Yo la saco a usted del pueblo esta noche, le contestó Dámaso.

—I los policías? preguntó Manuela con dolor.

—I mi puñal? contestó Dámaso, llevando la mano a la cintura.

—Nada se adelantaria, observó mui a tiempo don Demóstenes, porque esto no haria mas que agravar los padecimientos.

—Estoi resuelto a sacar a Manuela de aquí por encima de cuanto hai. Pícaros! que por lo ménos les cueste mucha sangre.

—Mire, Dámaso, estoi pensando en una cosa: salgamos disfrazados i aparte, no le parece? Es mui seguro que ande jente por el pueblo a causa de los alborotos en que está la parroquia.

—Siempre acierta la mujer en los casos mas apurados! esclamó don Demóstenes. Me parece magnífica la idea.

—Convengo, dijo Dámaso, en que salga esta niña disfrazada de aquí, i que se vaya a la montaña a la casa de la comadre, que de allí me la llevaré a otra parte de mayor seguridad.

—Sálgase, pues, adelante, i me espera en el chorro de agua, junto de los cucharos, dijo Manuela a su novio.

Puso don Demóstenes un sombrero de José i una ruana de su propio uso al novio perseguido, variándole los colores de la cara con tinturas que tenia sobre la mesa, de modo que quedó enteramente desconocido.

—La espero pronto, dijo Dámaso a Manuela, i salió de la casa con paso firme i denodado.

—I yo, qué hago para disfrazarme? preguntó Manuela a su protector.

— Vístete de hombre: es la manera mas segura.

— Qué hago yo! que no me he vestido de hombre sino una sola vez en unos disfraces de Inocentes, i eso fué porque Marta me ayudó! I con qué me visto? Ave Maria!

— Aquí tienes calzones, le dijo don Demóstenes, acercándose a su ropero; ahí está esa camisa, esa chaqueta i las botas.

—Botas no, don Demóstenes, porque esas me vienen grandes, ántes esos calzones tendré que arremangarlos de los piés para arriba. Pero quítese de aquí usted.

Don Demóstenes salió por un instante, i avisó a doña Patronicio la determinacion de su hija, pero le ocultó que se iba con el novio; miró luego para los estremos de la calle, i vió que habia jente apostada en varias partes, de lo cual informó a su casera con oportunidad.

— Qué hermosa te hallas! le dijo don Demóstenes. Qué compañía tan agradable va a tener mi cliente en estos dias! Qué viaje tan dichoso por entre las selvas inhabitadas de los Andes! Oh, Manuela! Que los bosques i las fieras te sean propicios, ya que la sociedad te persigue con sus rigores.

Doña Patrocinio entró a este tiempo, i ella i su alojado se despidieron tristemente de la fujitiva, la que no llevó sino un pequeño lío debajo de la ruana, en el cual echó su ropa i una petaca. Su traje era pantalon negro, chaqueta gris, ruana parda pequeña i sombrero de paja fino. Llevaba en la cara un pañuelo como si tuviera dolor de muelas. Las lágrimas le habian rodado por sus mejillas al recibir el abrazo de su tierna madre. Una vez que salió Manuela, don Demóstenes encendió tabaco i se acostó en su hamaca, meciéndose con su baston como lo tenia de costumbre.

Manuela no tuvo novedad ninguna al pasar por frente de las casas principales. El corazon le palpitaba de gusto por la partida, de pena por la despedida, de amor i de esperanza por ir a reunirse con el objeto idolatrado de su corazon.

Miraba con cuidado el camino, que era el que conducia a la montaña. Antes de llegar al punto de la cita, divisó unos bultos, i haciéndose al lado de los arbustos, se acercó i oyó que hablaban, porque estaban en la vía que llevaba, i conoció a Dámaso por la voz. Con él hablaba una mujer i le tenia puesta la mano en el hombro. Manuela se acercó por el lado de los cucharos, i alcanzó a oir estas palabras distintas, fuera de algunas que no comprendió:

—Lo conocí en el caminado. Cómo no, cuando yo no he dejado de quererlo?

—Luego todas las muestras que usted daba de querer a don Tadeo?

—Esas eran invenciones de don Tadeo para que usted me aborreciera; no sabe usted que don Tadeo lo hace todo a fuerza de mónitas? I usted fué tan inocente que se dejó cojer....En fin, nosotros hablaremos despues: lo que importa es que usted se salve. Váyase, por Dios, mire que si lo cojen lo sepultan en el presidio. Váyase, váyase!

—Pero dígame, Cecilia, cree usted que don Demóstenes hará desterrar a don Tadeo, o llevarlo a la cárcel de Bogotá?

—Yo lo dudo, porque sé lo pícaro que es el viejo. Ojalá! porque entónces yo dejaria de ser esclava. Si yo sé algo.... i como él me suele confiar.... Mucho secreto, eso sí...con Liboria mi hermana menor... Oh! yo no pierdo la esperanza!.... Pero Manuela.... i de ese modo saldremos con bien.... Pero, cuidado conque no lo vayan a saber....

—Me voi, Cecilia; así es que usted me mandará a avisar.

—Pero dejarme?.... Acuérdese, Dámaso, de todo lo que yo he hecho por usted.

—Ya le digo lo que hai.

Manuela no pudo oir sino las palabras que quedan marcadas, porque la distancia i lo bajo de la voz no dejaban oir completamente. Los interlocutores se separaron, i ella siguió su camino trémula de susto, de rabia i de desesperacion. Quisiera volverse a reconvenir a Dámaso i a Cecilia, porque las palabras que oyó le parecieron sospechosas, i a las que no oyó les dió interpretaciones mui arbitrarias. Creyó haber descubierto amores nuevos entre Dámaso i Cecilia, i fué tal su dolor i turbacion, que no podia seguir su camino, a pesar de conocer todo el riesgo que corria si sus enemigos la alcanzaban. Al fin se decidió por esperar a Dámaso en el bosque de la loma, como a doce cuadras del arrabal de la parroquia, i sentada sobre una piedra alcanzaba a ver con la claridad de la luna el querido lugar de su residencia. A sus oidos no alcanzaban otras voces que las de los perros de la parroquia, entre las cuales conocia un latido sonoro i simpático, que le llegaba al alma, i era el ronco latido de Ayacucho, que se levantaba por encima de los ahullidos de Tintero i de todos los gozques, como el cañon sobre todos los estallidos de fusilería en las horas de una batalla. ¡Qué recuerdos los que asaltarian a la pobre Manuela en aquellos instantes! Madre, amigas i hermanos; el suelo natal, que dejaba para irse a consumir en una montaña, a una choza salvaje, la última de todas las del distrito, perseguida por ser fiel a su novio, i con el torcedor de los celos que la despedazaban! Dejémosla esperando un compañero cuya aproximacion teme i desea, i busquemos al perseguido para dar cuenta de sus pasos, desde que se despidió de Cecilia.

A distancia de média cuadra lo sorprendió un piquete de cinco hombres que saltó de entre las matas de la orilla del camino, i sin tener tiempo de sacar su puñal, fué atado, conducido a la cárcel, i asegurado él solo, porque se hicieron salir los presos de conspiracion, tanto los hombres como las mujeres. Esto fué debido al denuncio de la madre de Cecilia, la terrible tadeista, la cual lo conoció por la tos cuando pasaba por la calle, i condujo la escolta, la situó, i tuvo el gusto de ver llevar a Dámaso como un malhechor a la prision de la parroquia. Ella lo aborrecia, porque don Tadeo lo odiaba i porque no habia querido casarse con su hija Cecilia, lo cual era un contrasentido.

¿Quién es capaz de figurarse la pena del perseguido Dámaso, luego que se vió prisionero de don Tadeo? La oscuridad parecia que le era propicia para la contemplacion de los horrores, las miserias i las fatigas que habia de sufrir con la barra o con la escoba en la mano, las miradas de los hombres de bien, i tambien las de los pícaros que se rien de los infelices que sufren una condena por algun delito leve; veia con horror toda la distancia que se iba a interponer entre su amada i él. Iba a perder las cinco mil matas de tabaco que tenia en Ambalema.

Allá en las tinieblas de la cárcel veia la imájen llorosa de Manuela, i exhalaba en vez de jemidos un rujido semejante al del leon que se ve cojido en una trampa.

Mas de dos horas se le pasaron a Dámaso sin oir voces de los esbirros ni crujido de las armas, ni tropel de bestias o de jente, i únicamente le asaltaba la idea pavorosa de su desdicha, sin entrever la mas pequeña esperanza, cuando sintió unos golpes en la pared, que lo sacaron de sus lúgubres pensamientos. De repente le pareció que temblaba el doble bahareque de la cárcel, i que caian terrones por motivo de algunos golpes. Vió un rayo de luz por una grieta que se aumentaba por grados. Oyó palabras humanas, palabras de mujer, mui suaves, deliciosas i gratas; oyó su nombre pronunciado a média voz, diciéndole:

—Sálgase, Dámaso! Sálgase! Sálgase.

—Seria mui bueno; pero no me es posible.

—No se detenga usted por consideraciones de ninguna clase. Mire que se lo llevan hoi para la cabecera del canton. Acérquese acá i encontrará la salida.

—No puedo, porque estoi en el cepo.

Calló la voz i el hueco se oscureció de repente, lo que hizo entender a Dámaso que su ánjel protector estaba pasando. Pronto vió cerca de él una mujer, a la cual dirijió estas palabras:

—Usted me ha querido salvar; pero estoi en el cepo, i es imposible levantar este palo que pesa tanto. Yo se lo agradezco. Solo usted pudiera hacerme un servicio tan importante, usted que me quiere tanto; pero viva usted segura de mi correspondencia. La he querido, la quiero i la querré hasta que me muera, i todos los trabajos que estoi pasando los sufro con gusto por amor de usted.

—Devéras, Dámaso? Me quiere usted? prorumpió diciendo la aparecida, buscando en la oscuridad las manos del prisionero para acariciarlas con sus delicados labios.

—No, Cecilia! estaba engañado, repuso con lijereza el protejido; yo creia que era Manuela.

—Soi Cecilia, Dámaso, i vengo a libertarlo, porque sé que hoi se lo llevan a usted amarrado a la cabecera del canton, para echarlo despues al presidio. Lo supe por una casualidad, i saqué de mi casa una barra i vine a romper la pared para que se salga i huya cuanto ántes; i todo esto esponiendo mi vida, porque si don Tadeo lo sabe me mata. ¡Es bueno que me señala el puñal i me ofrece matar cuando me chanceo con alguno! De modo que si usted no me lleva para Ambalema soi perdida.

—Yo no puedo llevarla; pero hablaremos de eso....Ni podré escapar de la cárcel si no hai quien me quite el cepo de encima.

—Yo, yo levantaré ese palo.

—Con qué fuerzas, cuando un hombre apénas es capaz de hacerlo?

—Con mi voluntad i la barra que tengo aquí.

Dijo esto la libertadora, i encendió la vela con un fósforo. La escena, lúgubre por la soledad i los objetos terribles de una prision, era tierna ademas por los dos únicos interlocutores que fueron iluminados de repente. Dámaso estaba tendido en el suelo i Cecilia apareció sentada encima del cepo. Inmediatamente levantó el ponderoso leño la protectora, con la pequeña barra, el preso le puso una piedra en la cavidad i sacó los piés.

—Está usted libre, esclamó Cecilia, salga lo mas pronto, salga, salga!

—Mil gracias, Cecilia! Adios, hasta que nos volvamos a ver.

—Adios me dice usted? ¿Luego me deja usted en manos del gamonal, que me tiene de esclava por unos reales que me dió, i por mi condescendencia i mi desgracia?

—Para qué la voi a engañar! Tengo dada mi palabra de casamiento a Manuela, i debo irme con ella.

—Yo me iria de criada de usted; pero ai! el odio que me tiene Manuela....Qué hago en este caso?

—Yo no la puedo llevar, es imposible; pero usted puede hablar con don Demóstenes sobre este asunto.

—Conque debo quedarme en manos del verdugo para toda mi vida? En qué le ofendí a usted?

—No es una prueba de que usted le correspondia a don Tadeo todo lo que veia el público? lo que yo mismo veia?

—Esa fué una treta de que él se valió para que usted me aborreciera. Usted me abandonó, i siembargo yo no lo he olvidado ni lo olvidaré, hasta que me muera. Don Tadeo me ha obligado a vivir con él, primero por la astucia, despues por la fuerza, i hai otro motivo para estar sujeta a él, que es mui horroroso i que no lo descubriré jamas porque es una mancha.... que viene a caer.... sobre mí misma.

—Pues adios, Cecilia! Nunca olvidaré que le debo mi libertad.

—Ya los he oido! dijo uno voz espantosa, haciendo sonar al mismo tiempo el cerrojo de la cárcel.

Dámaso dió un brinco, i se salió por el hueco trabajado por Cecilia, i ésta queriéndolo seguir, cayó pasmada de susto.

Cuando la puerta se abrió entró don Tadeo i dijo a Cecilia:

—Infame! todo lo he oido! todo! todo!

—Entónces ya sabe que nunca he dejado de querer a Dámaso, aunque usted me hizo aborrecer de él; entónces....

—Sé que usted se queria ir con él, interrumpió don Tadeo, bramando de rabia.

—Por librarme de usted.

—Infame! Cuando yo he gastado mi dinero por sostener su casa i por regalarle buenas fincas, i cuando las he libertado a usted i a su madre de las uñas de los guardas unas cuantas veces, i cuando su familia ha hecho de la justicia el uso que ha querido!

—En cuanto a las fincas, estoi pronta a devolvérselas todas; en cuanto a sus intrigas, yo siempre las repugnaba i las resistia; en cuanto a su proteccion, mil veces la he deshechado; mil veces le he declarado que yo no lo queria a usted, que su decantada proteccion no era sino una esclavitud verdadera; i pues ha llegado este dia, le declaro que mi voluntad es la de separarme de usted.

—Si?... para seguir al vagamundo de Dámaso?... No faltaba mas!

—Para libertarme de usted.

—Yo le daré su libertad a la mui infame! Vea este cuchillo, ¿lo ve bien? lo ve?.... Pues lo cargo con el destino de clavárselo todo en el corazon a la hora que yo la encuentre, si usted tiene la osadía de dejarme. I no dude que yo la encontraré, porque la buscaré hasta debajo de la tierra. ¿No se acuerda cuando se me fué a la cabecera del canton, cómo la traje a los tres dias cabales?

—Máteme! le contestó Cecilia con resolucion. Es mejor morir que estar bajo del poder de un tirano tan detestable como usted.

—No hai para qué afanarse, dijo entónces don Tadeo con la tranquilidad de un asesino consuetudinario. Si usted no me da su palabra de seguir en la misma amistad que nos ha unido hasta hoi, la mato con este cuchillo, i dejo su cadáver aquí estendido entre su misma sangre, de modo que cuando venga el alcaide por la mañana a ver a Dámaso, la encuentre a usted con el corazon hecho picadillo i nadando en una laguna de sangre, i al publicarse la nueva, toda la jente de la parroquia vendrá por montones, i entre los lamentos, i la compasion, i la rabia, todos a una pedirán venganza contra Dámaso, única persona que se hallaba en la cárcel, i única que tenia enemistad con la difunta Cecilia, por causa de celos antiguos conmigo, segun es la fama. Se mandarán las requisitorias para todas partes, el enojo contra el asesino será universal; i mas cuando yo haga palpable por el reconocimiento i por algunas dos o tres declaraciones, la culpabilidad del infame i vil asesino.... Conque, persiste usted todavia en morir, para que yo no la quiera?

Cecilia no contestó. Se quedó sentada sobre el cepo con la cara metida entre las manos. No se movió por algunos instantes, como aterrada por una amenaza mayor que la de la muerte. Seguramente el riesgo que corria Dámaso le parecia mas horroroso que el riesgo de su propia vida.

—Qué resuelve usted? preguntó el tirano a la desgraciada Cecilia. ¿Me promete usted seguir conmigo, sin darme qué hacer, sin molestarme, sin querer a ningun otro? ¿O se resuelve a sufrir la justa venganza que usted merece por haberle dado la libertad a ese criminal de Dámaso, i por amenazarme con que me va a dejar?

—Haga usted de mí lo que quiera, dijo Cecilia poniéndose de rodillas a sus piés, impóngame la lei; tráteme como a esclava, o como a bestia, o como usted quiera.

—Como a una querida, le contestó don Tadeo, levantándola del suelo. No sabe usted lo que la quiero? ¿No sabe que es únicamente el amor hácia usted lo que me hace cometer algunos disparates? Dígame usted que me quiere, cambie usted la seriedad i el enojo por cariño; i entónces sabrá usted hasta dónde llega mi amor. Camine usted para su casa, i le encargo que no sepa nadie lo que ha pasado. Tengo que exijir de usted algunas cosas; entre otras, que no vaya usted por miel a los trapiches de los hacendados, mis enemigos; usted puede ir a la Hondura cuando lo tenga a bien; tampoco admitirá usted las visitas del cachaco Demóstenes, ni se juntará con ninguna de las amigas de Manuela.

Don Tadeo acompañó a Cecilia hasta su casa, sin que ésta le dijese ni una sola palabra. Al dia siguiente supo la fuga de Manuela, i sospechando que se habia ido acompañada de Dámaso, fué inaudita su rabia. No obstante, hizo que el juez 1.° estendiese un indulto para todos los cómplices de menor cuantía, en el cual quedaron comprendidas Marta, Paula i las otras parroquianas. Hizo que el juez declarase que Ayacucho no estaba loco, i que le mandase poner la horqueta de la lei a la marrana de Manuela, que fué el motivo aparente de la revolucion.

A las nueve del dia marchó el cazador Elías, llevando una carta para don Pascual Acuña en que le encargaba que se interesara con el juez del circúito para que no admitiese empeños a favor de los acusados. En cuanto a Manuela i Dámaso, se despacharon requisitorias a todas partes.

Nunca se habia visto la seguridad personal mas amenazada en aquel distrito; la constitucion del 21 de mayo estaba vijente; pero ¿qué eran las garantías de los ciudadanos, teniendo los jueces un director tan depravado como don Tadeo? ¿Qué era la libertad habiendo un tirano solapado que impunemente hacia jemir las víctimas que se proponia sacrificar a su codicia o a sus pasiones? La revolucion o motin del dia habia puesto a don Tadeo i tambien a su partido en el auje del absolutismo. Sinforiana peroraba en las tiendas contra los dueños de tierras i contra los opresores del pueblo. El sostenimiento del acuerdo municipal del 18 de mayo era un triunfo para el partido tadeista, i el partido tadeista era el partido del pueblo. Don Tadeo era el defensor de los derechos del pueblo; sinembargo, habia un hecho fatal para el supremo director de los jueces i era la desaparicion de Manuela. Aunque le habian dicho que se habia salido de la parroquia, muchas veces dudaba, i entónces hacia rondar las casas sospechosas.

Don Tadeo admitia los denuncios de los viles que saben aprovechar las ocasiones de la venganza, i, desgraciado del que era denunciado, porque ese sufria como verdadero criminal, sin saber quién era el acusador i sin contestar a los cargos! Tuvo don Tadeo el denuncio de que Marta lo remedaba a él i a Cecilia, haciendo reir a sus contertulianos, i que habia criticado la lei del 18 de mayo, i esto bastó para que le hiciese rondar la casa sin miramiento alguno.

La señora Sinforiana, que nunca supo los acontecimientos de la cárcel relativos a su hija, divulgaba con su locuacidad acostumbrada que la Manuela habia libertado a Dámaso de la cárcel, i que se habian ido juntos para Ambalema. Celebró el triunfo de la asonada con la embriaguez, la vocería i risotadas. A las once del dia convidó varias jentes de su partido a un paseo al charco del Guadual, llevando mucho anisado i algunos cohetes, i allí fué donde se conoció el espíritu de partido que la dominaba a ella i a sus copartidarias, por los escesos a que dieron rienda suelta por via de diversion.

Ascencion, la peona o criada de doña Patrocinio, estaba lavando ese dia la ropa de don Demóstenes en el lavadero de Manuela, que era una laja de guijarro de propiedad de la familia desde tiempo inmemorial, i Sinforiana le intimó que se quitase de ahí, diciéndole:

—Cecilia i yo lavaremos en adelante en esa piedra.

—Por qué gracia? contestó la criada con un aspecto poco humilde.

—Por la gracia de que Manuela i la vieja Patrocinio i todos los de su partido están por debajo.

—Eso se quisieran ellas!

—I no? ¿No están encausados, i huyendo los principales, i la marrana no está con horqueta, i Pacha, i la vieja, i Marta i todas no están notificadas de ir a la cárcel si hablan una sola palabra contra las autoridades?.... Están por debajo i no lo creen!

—I por eso no he de tener yo libertad para lavar en el lavadero de la niña Manuela?

—Por eso! Porque están embromadas todas!....Miren qué libertades ahora!....El que está por debajo no tiene libertad, ni siquiera de hablar; i si me hablas otro poquito te hago poner en la cárcel, porque yo tambien te vi alegando en los momentos de la revolucion. Perra india, ladrona!

—Mire, *ñuá* Siuforiana, que no sea pendenciera.

—Conque me amenazas? Perra atrevida! Quieres ver como te compongo el bulto?

Diciendo esto se acercó la vencedora de la calle del Caucho a donde estaba Ascension, i tomando la ropa de don Demóstenes en las manos, rasgó i dispersó varias piezas, i empujando el lavadero con una pequeña palanca, lo botó al fondo del charco, siendo justamente aquel punto el mas profundo de todo él.

Ascension recojió la ropa i se fué para la casa llorando por el lavadero i por las injurias, pero a solas se le escaparon estas palabras al retirarse:

—No le hace al frio, que el sol saldrá! Que aprieten la clavija hasta donde quieran, que a cada puerco le llega su San Martin. La tortilla se volteará dentro de mui pocos dias; porque manejándose así, quién es el que las aguanta?.... Solo que todos seamos bestias para que don Tadeo i los suyos nos pongan su fierro de herrar!

Por la noche hubo baile en la parroquia, i gritos, i algazara, i se bebió mucho aguardiente, en honor del triunfo de la calle del Caucho; no obstante, Cecilia estuvo ménos contenta que todas sus copartidarias.

CAPITULO XV.

JUNTA DE NOTABLES.

Los estraordinarios sucesos que habian tenido lugar en la parroquia, i el peligro en que se veian los encausados por don Tadeo, hicieron necesaria una junta de notables que fué convocada por don Blas, dando por lugar de la cita la casa de su hacienda. Esta junta tenia por objeto deliberar sobre la situacion i adoptar el remedio conveniente. A la hora señalada fueron llegando los diputados, e introducidos a la sala de la casa, empezó la sesion bajo la presidencia de don Blas. Era aquel congreso verdaderamente notable, porque en él estaban representados no solo los dos partidos de la parroquia, sino todos los matices políticos que existian en la Nueva Granada. Don Blas i el cura eran conservadores netos, i don Manuel conservador misto. Don Cosme i don Eloi liberales i don Demóstenes, radical. Asistió tambien convidado por el dueño de la casa, el maestro Francisco Novoa, herrero, que se habia ido de Bogotá a la parroquia a consecuencia de sus compromisos políticos en la revolucion del jeneral Melo. En la parroquia era tadeista; pero hombre de bien a carta cabal. Como los otros señores eran manuelistas, o sea del partido de las haciendas, se ve comprobado lo que dijimos al principio, que no faltaba un solo matiz político en aquel memorable congreso del Retiro. Don Blas abrió la sesion pronunciando un mensaje, o mejor dicho, un discurso de la corona, puesto que la mayoría era de señores feudales. En el discurso pintó la situacion aflictiva en que se encontraban, encausados casi todos por el tinterillo, quien tenia probado por declaraciones falsas pero contestes, que habian cometido delitos que

ni siquiera habian imajinado, como hurto, asesinato i resistencia a mano armada a la autoridad.

Concluido el discurso inaugural del presidente, tomó la palabra don Demóstenes. El fogoso orador recordó a los pueblos i a la humanidad entera representada por su auditorio, todas las ventajas que encerraba la liberal constitucion de 21 de mayo de 1853, santificada ya con la sangre de muchos mártires i consagrada por la victoria del 4 de diciembre. De allí dedujo lójicamente que los crímenes de gamonalismo i falsificacion cometidos por don Tadeo, eran contra aquella santa constitucion, i que en ella misma se debia buscar el remedio de tantos males. Hizo una viva pintura de los sufrimientos de los encausados i de los crímenes de don Tadeo. A pesar de que todo el auditorio apreciaba las cosas de diferente manera que el noble orador, es tal la majia de la juventud i del entusiasmo, que todos gritaron vivas al orador.

En seguida habló el señor cura. Terminó su discurso proponiendo que se enviara una mision de paz a los tadeistas para celebrar con ellos una esponsion. Esta mision debia estar compuesta de él, como párroco, interesado en la moral de sus feligreses, i del maestro Novoa, como adicto a la bandera que habia enarbolado don Tadeo.

El maestro Novoa tomó la palabra para apoyar la proposicion del señor cura, ampliándola. Propuso que se ofreciera al gamonal que se le arrendaria una estancia barata i se le daria prestada una suma en dinero a corto interes i con regular plazo, con tal que se retirara de la direccion de los negocios de la parroquia. En apoyo de esta proposicion hizo notar que la revolucion del jeneral Melo, cuyos principios seguian don Tadeo i el orador, habia tenido por causa, que ni el gobierno ni los ricos protejian la industria.

—El remedio que indica el preopinante, dijo don Eloi, equivaldria a echar carne a un perro dañino. Seria premiar el crímen: seria fomentar los instintos viciosos de otros malvados en ciernes, haciéndoles notar que una vez que sean temibles en su oficio no habrá otro remedio que darles premios. Voto porque sigamos una causa al gamonal i lo echemos a presidio.

El gólgota, especialmente ofendido por la revolucion de Melo, evocada por el maestro Novoa, no pudo llevar en paciencia su proposicion; i Novoa, que como miembro de aquella revolucion, no podia tolerar el triunfo de los gólgotas el 4 de diciembre, no pudo soportar su discurso. La discucion se iba agriando; pero, por fortuna, fué cortada por el discurso que pronunció don Manuel proponiendo una capitulacion con el partido gamonalicio. Resultó con la intervencion de este último diputado que los tres partidos representados en el cura (partido católico) en el herrero (liberal draconiano) i en don Manuel (conservador *nacional*) estaban de acuerdo en la esponsion. Si don Blas se les agregaba, triunfaba indudablemente la esponsion. Por fortuna de la minoría, compuesta de don Eloi, don Cosme i don Demóstenes, don Blas se mantuvo firme en no transijir. Don Cosme propuso un *contrafómeque*, i don Domóstenes pidió esplicaciones sobre esta palabra para poder votar en conciencia de lo que hacia. Don Cosme le hizo la siguiente esplicacion:

—Habia un tramposo, vago de profesion, que convidó a unos estudiantes de buenas costumbres a jugar, porque les vió algun dinerillo.

Ellos no sabian ningun juego de azar; i el tramposo les dijo que podrian jugar al *fómeque*, que era un juego mui sencillo. Aceptaron ellos, casaron sus apuestas i el tramposo barajó i dió cartas. Una vez que estuvieron las cartas en mano, jugó el primer estudiante cualquiera carta, i otro tanto hicieron los otros tres; cuando llegó su turno al tramposo, botó un cuatro de oros, i pronunciando la palabra *fómeque* con mucha seriedad, recojió cartas i dinero. En la segunda mano se iba repitiendo la misma escena: el tramposo botando un siete de espadas, dijo: *fómeque*, e iba a recojer cartas i apuestas, cuando el estudiante que le seguia a la derecha, que era mozo despabilado i habia notado ya que para el fullero cualquiera carta era fómeque, contestó botando el cinco de copas: *contra-fómeque!* i recojió el dinero de las dos apuestas. El tramposo no pudo negar que hubiera contra-fómeque, porque hubiera sido tanto como confesar que estaba inventando un juego para robarles. Tuvo que convenir en que efectivamente esa carta era el contra-fómeque i se retiró perdiendo el valor de dos apuestas. Desde entónces se llama contra-fómeque oponer a una picardía otra mayor. Don Tadeo nos tiene encausados con picardía, pues encausémoslo a él aunque sea haciendo picardías.

Don Demóstenes protestó contra el sistema de discutir contando *cachos*. Un miembro del partido draconiano, dijo, tenia esa costumbre en el Congreso, costumbre que desde entónces me quema la sangre. No podíamos los gólgotas proponer ninguna de nuestras rejeneradoras i humanitarias ideas, sin que el ciudadano draconiano contestara refiriendo un chascarrillo con pretensiones de apólogo. Ademas, en este caso no solo rechazo el cuentecillo, sino el medio de moralidad que él encierra. Voto contra el fómeque.

Don Blas habló en seguida i dijo: ya sea para defendernos hoi de las asechanzas del tirano de la parroquia, ya para evitar que en lo sucesivo nos gobierne él u otro embozado por él, propongo que pongamos desde ahora el verdadero remedio a los males públicos. Hagámonos cargo del gobierno los interesados en que sea bueno. Atendamos las elecciones, i aceptemos los empleos de alcalde, jueces i cabildantes, si no queremos que tales funciones sean desempeñadas por pícaros de la misma escuela de los que hoi nos persiguen.

Don Eloi protestó contra tal medio. El trapichero, dijo, no puede muchos dias comer a sus horas a causa de lo urjente del trabajo que tiene entre manos, porque la esclavitud del trapiche es mútua: el trapiche es esclavo de su dueño, quien lo hace moler de dia i de noche; pero en cambio el dueño es esclavo de su trapiche. I siendo así, de dónde sacaremos tiempo para atender a los negocios del gobierno de la parroquia? Por otra parte ¿cómo podríamos servir tantos destinos como tiene una parroquia, aunque quitáramos el tiempo para nuestros propios negocios? Los funcionarios son: un alcalde, dos jueces, cinco cabildantes, un tesorero i un inspector de caminos. Se necesitan diez personas; i los que estamos aquí somos cinco, deduciendo al señor cura que no puede tener empleo consejil, i al señor don Demóstenes, que es transeunte; i fuera de nosotros no hai con quién contar. No hai otro medio, pues, que dejar a nuestros arrendatarios el cuidado de gobernarnos. Si ha de ser de otro modo, es con la condicion de que alguno de ustedes me compre mi trapiche del Purgatorio.

Don Manuel, diputado por el trapiche de la Minerva, hizo presente que siendo los empleados de la parroquia arrendatarios de los diputados presentes, i siendo el código del dueño de tierras mui holgado, proponia que se hiciera uso de las facultades dictatoriales de que están investidos los dueños de tierras, para obligar a los jueces i alcaldes a que gobernaran de acuerdo con ellos, so pena de quitarles las estancias.

Don Demóstenes tomó la palabra i empezó así su discurso:

Me parece, señores, que todo lo que acabo de oir es un ataque a la constitucion de 21 de mayo, i por consiguiente a la libertad individual....

En este punto del discurso entró Sildana, aquella jóven a quien don Demóstenes saludó con el dictado de "mi señora," en su primera visita al Retiro. Sildana llevaba en un platillo tabacos para los concurrentes, i esta circunstancia cortó un discurso que acaso hubiera sido notable.

El tabaco es un calmante para las afecciones morales lo mismo que para algunas de las físicas. El tabaco quita, narcotizando dulce i suavemente el celebro, el ardor de la lucha. Se oyen grandes disputas entre jugadores i bebedores; pero entre los que fuman se ve que a pocas vueltas se convienen en principios, o que todos los principios se vuelven humo. Tal vez Clotilde, que estaba oyendo la discusion desde la alcoba inmediata, sin que nadie la viera, conocia la fisiolojía de las pasiones en su relacion con el tabaco, i fué por esta razon que les mandó aquel calmante saludable en lo mas encarnizado del combate.

Votadas las proposiciones que se habian discutido, se adoptaron combinándolas. Se determinó usar a médias del *contra-fómeque* i de la autoridad de dueños de tierras para correjir la política de la parroquia.

Una vez convenidos los próceres, se levantaron i se fueron a pasear a las huertas. Eran éstas dos fanegadas que quedaban a un lado i otro de la casa, i estaban cercadas con guadua picada. Habia alamedas formadas por árboles de café, limoneros i naranjos, en cuyas copas cantaba alegremente un congreso de toches i cardenales. En una esquina habia un bosquecillo de guayabos, i en otra unas matas de plátano. Una acequia cortaba las huertas por mitad regocijando con su ruido infantil los viejos árboles que se inclinaban cariñosos sobre ella.

Llamaron a comer: la señorita Clotilde se lució aquel dia; pero no quiso sentarse a la mesa, tal vez por el recuerdo de lo que sucedió en la primera visita de don Demóstenes.

Despues que se dispersaron los señores de la Junta, perdiéndose en las oscuras selvas de los caminos, el patron del Retiro empezó a poner en planta lo determinado en aquel congreso memorable. Mandó un recado al señor Juez 1,° que era su arrendatario, rogándole que viniera al dia siguiente mui temprano, trayéndole las causas que se estaban siguiendo en su juzgado.

Mui temprano llegó el señor Juez 1.° trayendo a la espalda una mochila, que descargó en el suelo a la vista de su patron que estaba en la hamaca, i que desde allí recibió al primer majistrado de la parroquia. El señor Juez dijo, descargando la mochila:

—Es que me *menesta* sumercé?

—Para echarte de la estancia, nada ménos.

—Porqué, mi amo?

—Por pícaro.

—Serán cuentos, mi amo; alguno que le tendrá codicia a la estancita en que vivo.

—No me tienes encausado como ladron i asesino?

—Es *un nulo*, mi amo; porque la jente que se mandó llamar al juzgado antier, fué para que firmara a ruego una solicitacion para que nos rebajen a los *probes* del pago de la subvencion provincial; pero con tal que sumercé no me despoje de las maticas, haré cuanto sumercé me mande.

—Bien. Trajiste las causas?

—Sí, mi amo. Todo lo *creminal* que estaba en una caja lo traje entre esta mochila.

—Desocúpala allí en un rincon i llévate tu mochila. Puedes quedarte en la estancia, con las siguientes condiciones: 1.ª Me darás cuenta de toda causa que se inicie en tu juzgado: 2.ª Cuando no convenga que vayas a despachar, no irás. Yo te pagaré las multas que te echen. Estás?

—Sí, mi amo.

—Pues vete, i cuidado!

CAPÍTULO XVI.

EL ASILO EN LA MONTAÑA.

La estancia de *ñor* Dímas estaba hundida en la oscuridad de la noche, que una nube aumentaba terriblemente, cuando pasaba Pia del fogon al aposento con un tizon encendido, i vió un bulto que atravesaba el pequeño patio, sin que el perro que dormia debajo del alar hiciese otra cosa que dar unos gruñidos.

—Quién viene por ahí? dijo Pia.

—Soi yo, que vengo a buscar al amigo Dímas para ver si me compra un buen perro de cacería.

—I por qué camina usted tan tarde?

—Fué que me entretuve un poco allí abajo en la casa de *ñor* Juan Bautista.

—Pues él no está aquí esta noche; pero éntre, i si quiere lo espera hasta mañana.

—Dios se lo pague!

—I quién es usted?

—Conque ya no me conoce? No se acuerda de que bailamos juntos en las fiestas, i de que le regalé una sortijita?

—No hago memoria, porque la sortija que tengo fué mi comadre Manuela la que me la regaló. Pobre mi comadrita, que como eso no hai nada en el mundo! Yo la quiero mas que si fuera mi hermana.

—I a mí qué tanto me quiere?

—Quién sabe!

Una pequeña llamarada de los tizones alumbró la cara del supuesto comerciante de perros, i apretándolo Pia con sus brazos dió un grito, diciendo:

—Mi comadre Manuela!

—Comadre Pia! contestó Manuela, porque ella era, i se quedaron abrazadas por un instante.

—Qué es esto, comadre?

—Huyendo vestida de hombre para no ser conocida.

—I que me engañó completamente! Qué ha sido? Cuénteme, comadre; pero éntre i siéntese; múdese con mi ropa si quiere.

—Yo traje ropita en este lio. Déjeme así, comadre.

Entró Manuela, saludó a *ñuá* Melchora, que estaba en la cama, preguntó por todos, bebió guarapo, i se fué a sentar debajo del papayo grande; i despues de encender tabaco ambas comadres comenzó Manuela su relacion.

—Usted sabe, dijo a Pia, lo que el tirano me persigue.

—Todavía no se deja de eso?

—Ni se dejará nunca, porque despues de los agasajos i ofertas se ha seguido el terror, figurándose que por el miedo yo lo he de querer.

—Viejo pícaro!

Manuela hizo a su comadre una relacion de los sucesos que ya conoce el lector, i acabó diciendo a Pia:

—Ahora me he venido a ver si mi comadre me da asilo aquí en su montaña.

—De mil amores, comadrita de mi corazon. En esta montaña no la coje nadie, i por lo que es la manutencion no nos faltará carne, mazorcas, plátanos, guarapo i ají. Lo que me admira es que una persona de buena vida como usted tenga que estar escondida i que dejar la casa i la familia.

—Pero qué quiere, comadre, cuando toda la parroquia está al arbitrio de un gamonal, por falta de leyes i de gobierno? I a esto lo llaman libertad, i progreso i civilizacion! Si usted oyera a don Demóstenes.... da gusto oirlo hablar de las garantías i los derechos.

—I él no hará por usted alguna cosa?

—Me ha ofrecido que él acusará al Rodin de la parroquia, como llama al viejo Tadeo.

—Es tan bueno el cachaco! Aquí suele venir de paso para la montaña, i me divierte con sus *conversas*. I dígame, comadre Manuela, usted ha sabido de Dámaso?

—Esta noche lo vi.

—Qué fortuna, comadre!

—I ojalá que nunca lo hubiera visto, porque despues de separarse de mí lo sorprendí, por mi desgracia, conversando con la Cecilia, i nadie me quita de la cabeza que se quieren, por lo poco que yo oí.

—No lo crea, comadre; es que lo blanco nos parece negro cuando tenemos celos. Ya verá como no dilata en venir a verla.

—No necesito, dijo Manuela, llorando; i varió la conversacion.

Hasta pasada la média noche se estuvieron conversando las dos comadres a la sombra del papayo, i de allí pasaron a procurarse el alivio del sueño que es el mejor remedio contra las penas. Pia le sacó a la enramada una estera de calceta de plátano i le tendió cama junto a la piedra de moler. Manuela no habia podido dormir en el zarzo en la noche anterior por el ruido de los ratones i el miedo de que la cojiesen los policías, i en esta noche se desquitó durmiendo tres horas seguidas, aunque al descubierto en una enramada.

Al amanecer convidó a su comadre la guardiana Pia para que pasase con ella las horas en que habia que cuidar la labranza, i dándole a llevar una mochila con un calabazo de guarapo i otros enseres sumamente necesarios, i montando ella en el cuadril a su niño de cuatro meses, i llevando en la mano un tizon encendido, emprendieron la travesía de la choza a la labranza por una senda enteramente obstruida por las ramas i los bejucos.

Así que llegaron a la roza prendió Pia una gran hoguera, cuyo humo al lado de la garita o plataforma de palos daba una vista triste pero solemne; acomodó luego a su hijito en una cuna que colgaba de las ramas de un guamo florido, como los nidos de las guapas que se mecen al arbitrio de los vientos de la montaña, i se subió con una *cantada* de piedras a la garita. Manuela tambien subió, i juntas esperaban el ataque de los animales que debia comenzar con los primeros rayos del sol, calladas i con los ojos fijos en las orillas de la labranza. Era triste el cuadro si no imponente. Los botundos i nogales mas estupendos i los bejucos i ramazones rodeaban el teatro; las dos jóvenes permanecieron en silencio sobre una plataforma de cuatro varas de altura, miéntras que se mecia blandamente la cuna de la inocente criatura; mas allá se levantaba una columna de humo sutil que salia de una hoguera. Nada mas parecido al estado primitivo de la naturaleza que este agreste cuadro; mas las dos personas que figuraban en él tenian el corazon deshecho en lágrimas, derramadas por los sufrimientos que en otras partes son resultado del gran refinamiento del lujo i de la civilizacion. Nuestras dos heroínas estaban sufriendo los resultados de los grandes crímenes, sin haber disfrutado los goces de los pueblos cultos, que es lo que sucede cuando se desmoraliza a los pueblos ántes de civilizarlos.

Pia llevaba un pequeño sombrero de trenza de palma, hecho por su madre, i lo estimaba tanto que lo usaba a pesar de faltarle un retazo del ala, que se le habia quemado por soplar la candela con él; sus enaguas de fula le quedaban mui cortas por lo viejas i maltratadas; su camisa de bogotana no se hallaba en mejor estado; pero la cubria el gran pañuelo que le bajaba desde los hombros. Las lindas facciones de la guardiana habian perdido su brillo por estar criando i por la pobreza; pero su habla era siempre dulce i sonora, i hasta sus gritos eran sumamente apacibles. Todos los adornos de Pia consistian en un cintillo de cuentas azules de vidrio, una sortija de cobre i unos zarcillos de estaño que ni aun eran iguales. Manuela habia tomado en la choza un sombrero nuevo de palma i estaba de enaguas de pancho fino i de camisa bordada; pero su semblante a pesar de sus últimos desvelos i sus últimas lágrimas, no estaba marchito, porque no presentaba las señales de las enfermedades ni de los vicios.

De repente se levantó Pia, i haciendo jirar la honda, prorumpió en estas palabras con unos gritos que se oian hasta média legua de distancia:

—Ah condenados de los infiernos! A tragar a otra parte, que aquí no se siembra para los ladrones! Ah cochinos de los diablos!

Eran los micos que habian asomado a la orilla de la roza en número de veinte o treinta, i Pia les tiró varios hondazos, con lo cual les hizo volver caras. Vinieron en seguida algunos cuarenta o cincuenta pericos, que son de la familia de los papagayos, i se sentaron en la mitad de la roza,

pero con la primera pedrada tuvieron para volver a volar levantando una vocería de lo mas espantoso, mui propia para confirmar la asercion de Humboldt cuando dice, que el ruido de los torrentes es ahogado en algunas partes de la América del Sur, por el ruido que hacen los papagayos con sus chillidos. A todos estos gritos agregaba los suyos la guardiana, diciendo:

—*Urria*, condenados! Largo para otra parte! Urria, demonios!

Las ardillas habian logrado invadir las cañas de maiz i asustadas con las pedradas, saltaban de mata en mata con el rabo estendido sobre la cabeza, i con los rayos del sol parecian adornadas de hermosos plumeros. Pronto estuvieron sobre ellas las piedras i las maldiciones, entrando Manuela en la lid tirando piedras con la mano i diciendo palabras feas por imitar a su comadre; porque Manuela, que no habia vivido en los trapiches ni habia sido guardiana, no estaba enseñada a decir insolencias, sino cuando mas a oirlas en la tienda por precision, i a hacerse la desentendida, como les sucede a todas las venteras i a todas las señoras de los trapiches.

Las guapas tambien acudieron a mortificar a Pia descendiendo de un botundo mui elevado en donde tenian una docena de nidos colgados como lámparas, de los cuales ninguno bajaba de vara i média de largo; pero pronto desplegaron sus plumajes de oro replegándose a su colonia, aterradas por los gritos i las pedradas de la inexorable Pia. Los pericos i las guacamayas revoloteaban i cambiaban de puestos con un ruido formidable, i las voces de las dos guardianas i el llanto del chiquillo de la cuna, formaban en la roza un estruendo que es imposible comprender sin haberlo oido. Pia representaba en su garita el papel de un presidente de la Nueva Granada, i los animales hambrientos de todas pintas i clases representaban lo que se llama el partido de la oposicion, solo con la diferencia que aun cuando le comian a Pia algunas mazorcas, no la podian derribar.

Ya habia calmado un poco el combate cuando dirijió Pia la vista a un ocobo seco por los ardores de la última quema, el cual estaba cubierto, en vez de las hojas que habia perdido, por la bandada de guacamayas, que reverberaban con sus colores vistosos, a tiempo que se ocupaban del aseo de sus plumajes, usando para ello de sus encorvados picos. Pia puso la piedra en la honda, se paró mui derecha poniendo el pié izquierdo en la última vara de la orilla de la garita, disparó la honda con el brazo derecho, i partió la piedra zumbando por los aires como una bala de rifle, i dando contra un cascaron casi despegado del ocobo, sonó de una manera espantosa. En el acto se levantaron todas las guacamayas mui asustadas llenando el aire de colores vistosos: Pia las seguia con sus maldiciones.

Las guacamayas se levantaron en órden, de dos en dos, como lo tienen de costumbre. Dieron unas vueltas sobre la roza, i, aterradas por los gritos de las guardianas, se dirijieron sin perder la formacion a la roza de Juan Bautista, que estaba a média legua de distancia; pero encontrando sobre las armas al guardian, que era un esforzado moceton, se encumbraron un poco mas, i emprendieron la marcha directa por el valle abajo gritando sin cesar *guaaa, guaaa, guaaa!* en busca de otros bosques i de otras sementeras ménos defendidas que la roza de *ñor* Juan Bautista, o de bosques despoblados, así como parten de los

puertos del Viejo Mundo los buques de los emigrados o de los conquistadores, en busca de tierras mal cultivadas i peor defendidas por sus aborijenes mas o ménos desidiosos.

Ya se habian perdido de vista las guacamayas, cuando reparó Pia en unos tres micos que se habian quedado emboscados entre las ramas de un cedro de los mas encumbrados de la orilla de la labranza. Uno de ellos se entretenia en dar golpes a una mazorca contra el gajo del palo, en el cual estaba muellemente sentado; otro en descascarar su presa, i otro en atisbar todos los movimientos de la guardiana. Pia los asustó con un hondazo i con sus gritos acostumbrados, i entónces se fueron caminando por los gajos de los suscas i nogales encumbrándose cada vez mas, pero sin aflojar de sus manos las mazorcas que habian adquirido a pesar de las malas razones de Pia i de sus balas perdidas.

Luego que la roza estuvo tranquila, se encargó Manuela de asar unas mazorcas i unos plátanos para el almuerzo, miéntras su compañera cojia hoja de maiz para un caballito que tenia su padrastro, tal vez asilado por causa de las persecuciones de la justicia, i sacaba al sol un poco de quina tuna que habia bajado de la montaña fria; mas no hizo esto sino despues que le dió de mamar al niño, i le llevó agua i leña a su madre, que no podia salir de la choza.

El almuerzo de las guardianas fué una guacharaca que habia cojido Pia en una de sus jaulas, plátanos, mazorcas i guarapo, sin omitir el ají, que es la mostaza de los pobres.

Despues del almuerzo fué convidada Manuela por su comadre a dar un paseo por todas las trampas, i a pocos pasos encontraron un mico que habiendo metido la mano en un calabazo para sacar el maiz que contenia, se quedó preso por no querer soltar los granos. Es de advertirse que el calabazo estaba bien asegurado con unas estacas. Pia cojió un palo grueso en el momento que lo vió, i se le dirijió pronunciando esta sentencia:

—Ahora mismo te mato, demonio de ladron!

—Qué es lo que va a hacer, comadre? le dijo Manuela al verla llena de rabia.

—A matar este demonio.

—I no le da lástima? Vea que don Demóstenes me ha dicho que es malo matar a estos animales que se parecen a nosotros.

—A él será que se parecen. ¿I todo lo que me hacen rabiar a mí i todo lo que se roban?

—Pero no lo mate, por el amor de Dios, que una golondrina no hace verano.

—I qué quiere que haga con él? Qué hace usted con una pulga que coje en los dedos o un raton que coje en la trampa? I que si yo mato a este condenado, i lo pongo colgado de una pata en el lugar por donde entra toda la manada, usted verá como se destierran.

—Amárrelo en la casa hasta que se amanse.

—Entónces come mas de lo que come ahora, i como es viejo, difícilto que se amanse. Mírelo cómo no afloja la mano, aunque le pego en el codo.

—Se querrá volver rico; pobre! no lo mate.

Pia cedió a los ruegos de su comadre, le cortó las orejas i lo soltó, diciéndole a la defensora:

—Verá cómo viene mañana con todos los otros ladrones; pero, en fin, mi comadre merece ser atendida.

Mas adelante hallaron dos corcovados en una jaula. Estos son unas aves que parecen pollos finos de gallina, cantan en los veranos a duo, articulando al parecer la palabra *corcovado;* en otra encontraron un paujil, de manera que se vieron con un acopio de mas de ocho libras de carne para la casa.

Vueltas a la garita las dos comadres, se metieron debajo del guamo; Manuela desplegó su costura que habia llevado en una petaca, i sacudiendo un pañuelo que estaba dobladillando, lo aseguró por un costado debajo de la pierna, por falta de un alfiler. Pia descolgó unos cadejos de fique, i se puso a torcer hilo de lazos en la planta del pié izquierdo, que levantó sobre la rodilla, dejándolo puesto en la forma de un lavadero. Estos hilos que torcia Pia se doblan i se retuercen, formando una cuerda gruesa que se llama lazo, siendo un jénero de mucho consumo en la Nueva Granada. Las fibras del fique se sacan de unas hojas largas de cierta planta del jénero *cactus.*

—Ai! esclamó Manuela, despues de un rato de silencio: no hai en toda la parroquia una mujer mas desdichada que yo!

—I yo, comadre? repuso Pia.

—Usted habrá padecido por boba, o quien sabe porqué; pero yo....

—Pues en eso de boba hai su mas i su ménos, respondió Pia; así es como se condena a la jente, sin estar en autos. Yo pongo a la mujer mas sostenida i mas juiciosa en un trapiche, a la edad en que me pusieron a mí; i si sale con bien, mire, comadre, me dejo cortar el pescuezo. Era menester que usted supiera las tentaciones, las necesidades i persecuciones de un trapiche; sin arrimo de padres, ni parientes, sin respeto de patrones, ni señoras, ni de nadie; i sin oir hablar mas que insolencias a cada momento.

—Comadre, perdóneme si la he ofendido; pero cuénteme su historia, porque yo nada sé de lo que pasó en el trapiche.

—Es verdad que usted me sacó mi chinito de pila, pero no supo cómo fué que vino al mundo esa criaturita de mi Dios. Pues fué de este modo: el mayordomo habia dado en venir a este rancho a llamarme para que fuera al trabajo del trapiche, i a mi mama la amenazaba con que iba a echarla de la estancia porque no le mandaba peon. Yo qué iba a hacer? Por no ver aflijida a mi señora madre, me animé un lúnes i, echando unos plátanos en la mochila, me puse en camino. Entónces tenia catorce años i medio, estaba robusta i contenta, sin pensar mas que en dormir, comer i chancearme con las amigas; con usted pasaba yo ratos mui buenos cuando mi mama me mandaba a la parroquia, a oir misa o a los mandados.

Así que llegué a la ramada me pusieron de bagacera: el dia no lo pasé tan mal; pero la noche, ave María! que todo fué sustos, hambre i tristeza, de tal manera que estuve al huirme, porque caí como privada de sueño i de cansancio a las diez, que serian cuando paró la molienda, i gracias a que habia mucho bagazo regado, que esa fué mi cama en la mitad de la ramada. Cuando me desperté tuve miedo, oyendo los ronquidos de los peones, los aleteos de las lechuzas i el ruido que hacian los ratones en el enmaderado; me acordé de mi madre i eché a llorar; pero volví a quedarme dormida.

El mártes me despertó el capitan con el cabo de la zurriaga para que fuera a cojer caña, i me entregó una mula rucia que se llamaba la Perla. Era mordelona, zonza i deslomadora como ninguna otra, i mas astuta que el viejo Tadeo para abrir las puertas i esconderse en los barzales, o tirar de largo i meterse en los potreros ajenos; era tuerta, le faltaba média oreja i las costillas las tenia llenas de turupes i mataduras. Le emparejé las desigualdades lo mejor que pude, echándole montones de calceta de plátano en las costillas, le puse los lomillos i sus atravesaños, i le echó el sudadero, la garra con las cuatro angarillas, la cincha i el arretranco de rejo tieso; i me fuí para el corte con todos los cargueros ántes de amanecer. Echó la caña sobre las angarillas i apreté con el garrote lo que me pareció que era justo; pero a pocos pasos se deslomó la Perla, i me echó la carga al suelo, tuve que volverla a cargar, i la buena alhaja tuvo la malicia de volver a tumbar de nuevo la carga; para esto que habia llovido i el camino estaba embarrado, yo sudaba i ya no podia de fatiga.

El dia se me pasó en cargar i lidiar i pasar afanes: a todo esto el capitan no me queria porque no le decia *mi amo*, i no cesaba de amenazarme con la zurriaga; por fin se llegó la noche, caí, despues de soltar la mula, como cuerpo muerto entre una pila de bagazo.

Yo no habia comido ese dia, porque la comida no era sino el pedazo de tasajo, la agua, el plátano i nada mas; vi que no lavaban los platos aunque comieran en ellos los perros; a média noche me desperté muerta de hambre, me fuí al cárcamo de la hornilla a asar un plátano para cenar, i encontré mas jente asando plátanos i bebiendo guarapo. Así que puse mi plátano en la puerta de la hornilla, me senté a un lado; llegó uno de los peones de la carguería i tocándome la cara, me dijo:

—Negra, te amañas en el trapiche?

—Como en el purgatorio, le contesté, volviendo la cara hácia el otro lado para no mirarlo.

—No seas tan brava i verás cómo no falta quien te ayude a cargar la Perla.

—No necesito, dije yo encojiéndome de hombros.

—Ninguno puede decir: de esta agua no beberé.

—A palabras necias oidos sordos, dije yo entónces; i no volví a mirar ni a chistar palabra.

Despues de comer el plátano me volví a mi nido; al amanecer me hizo levantar el capitan rebulléndome con el palo de la zurriaga, para que enjalmara la Perla. Queria llover i la noche se habia puesto tan oscura como boca de lobo. Busqué por todo el corral la maldita Perla, pero fué como si la tierra se la hubiera comido; se lo avisé al capitan, que era un negro de lo mas rigoroso, que parecia mui amigo de la esclavitud, porque a todos los queria tratar como esclavos, i me dijo mostrándome el rejo de la zurriaga:

—Hoi es cuando se los chupa esta filimisca, si la Perla no parece.

—Pero qué hago, si se salió por entre las talanqueras, i cómo está la noche de oscura para irla a buscar, i cómo hai de culebras i de espantos en todos esos rastrojos!

—Lo dicho, dicho, me contestó el negro capitan, i yo me senté a llorar en el caminito que iba para el barzal, con el cabezal en la mano.

Uno de los cargueros me dijo, acercándose a mí con mucho cariño:

—No se aflija, niña Pia. Entre los peones hai uno que le conoce las marrullas i las guaridas a esa mula de Satanas.

—Quién será? le dije yo llena de gusto.

—Yo, me dijo él.

—Estoi pronta a pagar el real del dia i la racion de carne porque me saquen de apuros.

—Yo no le intereso a usted plata ni carne, sino que no sea tan brava conmigo.

Este era el mismo carguero que me habia hablado en el cárcamo de la hornilla, era Pablo Ramírez, a quien usted conoce, el cual se fué al barzal i no dilató ni siete credos en volver con la Perla de cabestro. Ya estaba aclarando el dia. Los otros cargueros se habian ido al corte, i yo me moria de afan porque el capitan me habia prometido que si me atrasaba en un viaje me descontaba el real; pero el que me libró de los azotes me sacó del segundo apuro ayudándome a empajar i enjalmar la Perla, tan pronto como me limpio un ojo.

Pablo me enseñó todas las industrias para manejar la Perla de modo que no mordiera, que no se deslomara i que no se atrasara en el camino. El remedio para que no se deslomara era apretarle el cinchon con el garrote hasta dejarla casi trozada, como cintura de abispa. Así fué que le tapé los ojos con mi pañuelo, le eché caña encima hasta que ya no se veia, i le torcí el cinchon con el garrote con que se acostumbra apretar las cargas en los trapiches; i para que el remedio quedara bien hecho, puse una rodilla en la tierra, eché la cara para atras, cerré los ojos, apreté los dientes i torcí el garrote, i lo torcí hasta que la mula estaba ya delgadita, i hasta que berreaba como un marrano, con la lengua sacada como perro que acaba de correr. Dicho i hecho, la Perla fué la primera que llegó a la ramada sin deslomarse, ni morder, ni quedarse atras. Esto fué el mártes.

El miércoles fué un dia espantoso, del que yo me acordaré toda mi vida. Habia vendido mi amo Blas mas miel de la que habia en las canoas; las mulas de los compradores sabaneros no tenian qué comer sino chilinchile i malva en la plazuela, i el caporal metia prisa para que lo despacharan. Habia que apurar la molienda, i andaban tres zurriagas detras de los cargueros de caña, la del capitan, la del amo i la del mayordomo; i lo peor era que la caña que se estaba moliendo era viche i no rendia la miel en los fondos. Qué dia tan espantoso! Yo tenia las naguas por cerca de la rodilla porque los caminos eran charcos de barro, los sabañones me tenian los dedos casi trozados, i el sol picaba como candela. Era pasado el medio dia i no habíamos almorzado; yo estaba en ayunas, i no vagábamos de correr con las mulas por delante. Ya me moria de hambre, cuando me llamó el carguero Pablo; me convidó a comer unas cucharadas de ajiaco que le habian llevado de su casa; i a escondidas comimos él, yo i otra carguera mas chica que yo. Creo que me hubiera muerto si no me hubiera desayunado, porque los pobres somos mas delicados que los ricos para eso del hambre. Mi amo Lucinio tampoco se habia desayunado ese dia, i no se le echaba de ver como a mí. Le confieso la verdad a mi comadre: comencé a dejarme tratar con cariño del carguero Pablo.

Otro trabajo mas grande me sucedió ese dia. Se me rodó la Perla por hacerla correr con la carga por una loma abajo, i quedó encajona-

da entre unos barrancos. Yo le dí mucho palo a ver si se levantaba, i Pablo que no me desamparaba, la hurgó con el filo de su caña con que arreaba su mula; pero todo era perdido, porque la Perla no se daba por entendida. Yo le avisé al mayordomo i él me dijo que no fuera a dejar resabiada la mula; i me mandó que llevara caldo hirviendo del que se cocinaba en los fondos i le echara por el anca. Como no se quiso parar la mula, me dijo que recojiera una buena brazada de hoja seca, se la pusiera debajo i le pegara candela. Este último remedio estuvo de patente, porque la mula salió corriendo con la carga i no paró hasta llegar al trapiche.

El juéves a la madrugada no me dilaté en encontrar a la Perla, que estaba echada, le puse el cabezal i creyendo que estaba dormida le dí mucho palo para que se levantara. Yo no sé en qué consiste que en un trapiche todo el mundo se vuelve verdugo. Yo que habia sido tan compasiva, en el trapiche veia las mataduras, las llagas i todas las miserias juntas sin que se me diera nada, i aprendí a dar palo a los animales, como los caporales i mayordomos. Le dí muchos palos en el hocico para ver si se paraba o se movia; pero ya la Perla era alma de la otra vida. Le avisé al amo Lucinio, que ya estaba levantado, i me mandó cojer el Diamante.

—Será algun diablo que no sirve, dije yo entre los dientes.

—Si fueras de buen jenio lo pasarias mejor; pero así brusca i malmodada es imposible.

—Conque me dejen estar en mi rancho yo no necesito de mas.

—Sinembargo, una muchacha preciosa como tú, no ha nacido para los montes, sino para el trato con las jentes. Yo puedo concederte beneficios que te hagan dichosa, porque te quiero i tè tengo lástima.

Ese dia, por mas cierto, no me fué tan mal con el Diamante, aunque dos veces hizo la gracia de descaminar lo andado con el rabo vuelto para adelante. Pensé mucho en los cariños que me hizo mi amo Lucinio en la puerta del corral i en la oferta de hacerme dichosa; pero le hablo a usted la verdad, Pablo me estaba gustando.

Yo no sabia lo que era uno de estos trapiches de por aquí; todo lo que veia era terrible. Les oia referir muchos casos que habian sucedido durante la esclavitud, de esclavas muertas por venganza de sus señoras; de cadenas arrastradas por los esclavos; de peones despedazados por los caballos de los mayordomos; de esclavitas perseguidas por sus amos; de grillos, rejo, palizas; i aunque a todas las historias les rebajaba yo alguna parte, pero sí creia que algo habria de todo esto. I de los últimos tiempos de ahora, contaban tiranías de algunos amos con sus arrendatarios, que no han sido creibles en los tiempos de la libertad en que vivimos: por supuesto que yo no le daba crédito a todo.

La historia quedó truncada por un ruido que se oyó del lado del maizal. Salió Pia corriendo con una piedra en la mano, sin tener tiempo de comunicar sus planes a su comadre, la cual siguió cosiendo como ántes, hasta que llegó aquella con las enaguas llenas de amor-seco, pegapega i otras hojitas que se prenden en la ropa cuando se anda por entre las sementeras.

—No ve, comadre? vino diciendo: los ponchos se llevaban ya las mazorcas, i no es tanto lo que valen, cuanto lo que me dice el abuelo; porque ese es otro tormento que yo tengo, el padrastro soltero; un de-

monio de viejo mas tonto que una gallina. Pero eso sí, su pedrada le metí al mas chiquito i mañana les pongo la trampa de barbacoa, con la cebadera de un plátano maduro. Qué vida esta, comadre de mi alma!

—Cierto, comadre; pero no deje la historia.

—En qué íbamos, comadre?

—Me parece que íbamos en los cariños del amo Lucinio en la puerta del corral.

—Sí, señora, cabal; i yo no le di campo para que me dijese nada ese dia; pero el cariño de Pablo sí se iba aumentando. El juéves en la noche hubo juegos del toro i de la mariposa entre todos los peones, en los bagazales: Pablo i yo no nos apartamos, así como en la carguería estábamos siempre juntos.

El viérnes no alcanzaban los platos para todos los peones, i yo, por darme aprisa, consentí en que nos echaran a juntos en un mismo plato; ese dia nos hicimos *tumbos*.

El sábado no tuve novedad ninguna, i a las horas de las guacamayas nos hicieron desenjalmar para meter todas las mulas a la quebrada i lavarles las mataduras. Mi tumbo se hizo cargo de lavar el Diamante, porque esas costillas estaban de ahuyentar a los que todavía no estábamos enseñados a las miserias de los trapiches. Yo salí de la semana, hecha pedazos de camisa i enaguas; i con las mechas sueltas, i untada del mugre de las cañas desde los piés hasta la corona, i no era posible amañarme si mi tumbo no estaba junto.

El domingo nos pagaron a las nueve de la mañana. Yo no saqué sino cuatro reales, porque dos perdí de tabacos, desayuno i algo de aguardiente que me hicieron gastar los cargueros. Aparté un real para pasar el domingo, i amarré los tres en la punta del pañuelo para llevárselos a mi mama Melchora. El amo Lucinio, que fué el que pagó ese dia, me llamó la última de todos, i me entretuvo en su cuarto diciéndome que lo quisiera. Yo no le contestaba que sí ni que no, i sin atender todo lo que me decia me ocupé en aflojar los ladrillos del cuarto con la zurriaguita que mi *antojo* me habia hecho para que le pegara al Diamante.

Despues de los pagos, todos los peones cojieron camino para el gasto de la estancia de *ñuá* Sinforiana. Yo me fuí detras de todos, i mi antojo me iba siguiendo. El gasto era comprar chicha i aguardiente los que perdian al juego del turmequé, para beber todos juntos, los que ganaban i los que perdian. Habia juego de tángano i de baraja en que se jugaban algunos medios; pero el asunto principal del gasto era beber chicha i aguardiente, tocar tiples, hablar insolencias i cantarles a las muchachas. En el gasto permanecieron varias mujeres viejas, madres de familia, sin tener mas diversion que beber i hablar insolencias para divertir a los hombres. Las peleas eran frecuentes; pero *ñor* Juan Acero quedaba vencedor, porque lo entendia para el manejo del garrote. Ese dia fué cuando las hijas de mi padrino Elías llevaron por engaños al monte a la hermana de la niña Soledad, i la amarraron i la hirieron por unos celos sin fundamento. En un gasto no hai autoridad de jueces ni de dueños de tierras, i por eso es que suceden tantas diabluras; pero el resultado principal de estos gastos o bundes, es que la jente no va a la parroquia.

Por la noche bailaban torbellino en la salita de la estancia, i en el

mismo patio, i algunos jugaban primera. Era inaguantable el alboroto que sonaba en la estancia, i si le digo a usted que era como el de las guacamayas, tal vez no le miento. A mí no me gustaba bailar sino era con mi tumbo; pero algunos me sacaban i me hacian bailar por la fuerza, como ñor Juan Acero, que le dió un garrotazo a mi tumbo porque no me dejaba bailar con él. Esa noche hubo dos cabezas rotas i un brazo quebrado; pero estas heridas se hacen por lo regular al descuido, o en gavilla de cuatro o cinco contra uno solo; i de esto no se le da nada a ninguno, porque la jente de los trapiches aprende a ser inhumana matando mulas i viendo las miserias de los pobres.

A média noche no habia ya quien estuviera en su juicio, i solo los que caian tendidos ya no hacian perjuicio ninguno. A Pablo i a mí nos daban aguardiente con porfía; pero yo no sentia sino gusto i ganas de retozar, de bailar i de charlar, de manera que yo era la diversion de todo el mundo; i hasta me molesté con mi antojo porque me trataba de sujetar. Al fin la casa me daba vueltas; no me pude tener en mis piés, i no supe mas ni del gasto, ni de mi persona hasta el dia siguiente que me hallé botada en el corredor cuando me despertó el sol que me daba en la cara. Yo estaba de una traza que si usted me hubiera visto le hubiera dado lástima: mal peinada, mal vestida i hecha un fregon de piés a cabeza. Mi sombrero amaneció léjos de mí, i los tres reales mucho mas léjos, porque me los quitaron esa noche. Vea usted, pues, el resultado de una semana de trabajo en el trapiche. Yo me puse a llorar por unos momentos, sin que nadie me consolara. Pablo amaneció trastornado, i se despidió de mí para ir a cojer trabajo.

Yo me vine a mi rancho, i cuando me aparecí delante de mi señora madre se admiró de verme flaca, descolorida i llena de mugre, i cuando supo que no llevaba la plata de la semana, se me enojó. A pesar de todo esto yo sentia no estar en el trapiche; la comida mui sabrosa con que me cuidaba mi mama no me parecia tan buena como el colí del trapiche cuando lo comia en un mismo plato con mi tumbo. Suspiraba por el trapiche, i solo me consolaba con sentarme en el cerrito desde dondo se ve el Retiro, a ver salir el humo de las hornillas; i el dia que me tocó volver, corria por el camino como si me fuera amenazando el capitan con la zurriaga. Ya no habia mas gloria para mí que el trapiche.

Así se me pasaron cinco meses, sin sentir ni estrañar la mugre, la falta de la comida, ni la falta de cama, hasta que eché de ver mi desgracia. Me dió vergüenza volver al trapiche, i dije que estaba mui mala. Pablo me vino a ver dos ocasiones, no volvió mas, i preguntando yo por él a la mujer del vecino Juan Solano, supe que se habia largado para Ambalema con la Angarilla. No sé cómo le estoi contando el cuento a usted, porque caí de mis piés al saber semejante infamia. Me enfermé, lloré, grité, me volví loca, i no me la pasaba sino en la orilla de la quebradita, sin cuidado de la casa ni de mí misma.

Mi mama que veia todo, me llamó a solas un dia, i me dijo estas palabras:

—Yo te hallo no sé cómo; qué es lo que te ha sucedido?

—Mala, señora madre, porque me enfermé en el trapiche, le contesté con la cara cubierta con mi sombrero.

—Ya se me estaba poniendo; pero no hai que echarse a la muerte

por eso, que las mujeres nacimos para pasar trabajos en esta vida, i no serás la primera que sales con esas. A mí tambien me pasó la misma, i peor, porque me tuvieron que llevar mui léjos para ocultarme. Ahora lo que importa es que esa criatura no vaya a padecer.

Salí del susto para con mi señora madre; pero cómo me quedaria de sentimiento por la ingratitud de Pablo! Esta es mi historia, comadre, i ahora usted me dirá si ha sido por boba o por mal inclinada que yo estoi pasando trabajos, sin poder ir a trabajar, i sujeta a cuidar una roza de maiz porque es lo único que puedo hacer, i sin tener con qué ponerme una camisa, i gracias a los socorros que usted me ha dado desde que me sacó de pila a mi negrito, que así Dios se lo ha de pagar de gloria.

—Comadre, dijo Manuela, es mui difícil que se escape una muchacha de catorce años de las asechanzas de los amos, i de los peones, i de los mayordomos en un trapiche en donde no se tiene consideracion ninguna con la jente, al mismo tiempo que las crias de animales se cuidan para mejorarlas. Pobres muchachas! Se las echan a la peonada sin miramiento de salud, de relijion, de conveniencia de ninguna clase; i todo por hacerse ricos los amos! Ellos qué tienen conque se corrompan sus arrendatarias, como la molienda les rinda una totuma mas de miel? Pobres arrendatarias, que tienen que sufrir el peso de la esclavitud hasta en el honor de sus hijas! Pobre de mi comadre! tan linda, tan vergonzosa, tan formal como era ántes de ir al trapiche!

—Dios les ayude a los ricos, comadre, que no reparan en adelantar sus pesetas aunque sea con la deshonra i la desdicha de nosotras las pobres! Yo me hubiera matado si no tuviera algunos temores por la otra vida, porque le aseguro que hai dias que no puedo aguantar.

—I habria hecho mal mi comadre, porque Dios es el único que manda en nuestra vida. ¿No ha visto que un perrito recien nacido, si se bota a un pozo de agua, sale nadando hasta la orilla?

—Pero tambien he visto que un alacran se mata cuando lo rodean con candela!

—Pero es el único animal que se mata, i la alacrana es tan buena madre que se deja comer de sus hijos. Nada, comadre, dice el dicho: viva la gallina i viva con su pepita. Tengamos paciencia i valor, que puede ser que la desgracia se canse de perseguirnos, i si no, allá en la otra vida tendremos descanso.

Eran mas de las cuatro, i los animales comenzaban a arrimar a la roza, por lo cual se subió Pia a la garita bien provista de piedras, i la comadre subió detras. Pronto ocurrieron las catarnicas, que son las que primero revolotean; en seguida llegaron los pericos i las guacamayas; pero la invicta Pia repartia sus gritos i sus pedradas con el celo de un jeneral intelijente que sostiene una ciudad asaltada por infinitos agresores. Cerca de anochecer se bajaron las dos defensoras, i Pia convidó a su comadre a visitar unas jaulas a média cuadra de distancia de la roza.

El sitio estaba limpio por debajo i por encima cubierto enteramente con las anchas ramazones de los nogales i botundos mas estupendos, cuyos troncos centenarios median por el pié seis varas de circunferencia, por lo ménos. La vista del recinto era pavorosa en aquellas horas del crepúsculo, por la oscuridad natural del bosque, i Manuela se quedó recostada contra un nogal, oprimida de pena. Cualquier pagano la hubiera tenido por la diosa de la montaña, i ella no habria va-

riado de situacion por muchos instantes, si no hubiera sido sorprendida por los aleteos de un paujil que Pia sacaba de una de las trampas de jaula, i por los gritos de alegría de la astuta cazadora. Manuela se retiró con suma dificultad de aquellos lugares que estaban en armonía con el estado de su alma.

Al pasar por la garita le dió Pia el paujil, para llevar ella su hijito que se habia quedado dormido entre la cuna. Al volver a la choza se quedó mui admirada Manuela de no encontrar ninguna noticia de la parroquia.

CAPÍTULO XVII.

CAMBIO DE MINISTERIO.

Segun lo pactado en el congreso de los magnates, hizo venir don Eloi a su arrendatario José Cifuentes, i le dijo:

—Te mandé llamar con el objeto de que me digas qué motivo has tenido para encausar a don Blas, un hombre tan bueno con sus arrendatarios i tan caballero por todos estilos.

—Yo ninguno, mi amo.

—¿I la causa que le seguiste, probando con siete testigos que ha robado, que ha maltratado a la familia de Pedro Pablo i que ha cometido otros crímenes espantosos?

—Yo no, mi amo.

—No? pues si no me dices todo lo que ha habido te echo de la estancia.

—I mis maticas?

—Te las llevas, porque esas son tuyas; yo lo que exijiré será la tierra, que es mia.

—Pero, mi amo....!

—No hai pero que valga, tú entraste a la estancia sin condiciones i sales sin condiciones, i ha de ser dentro de tres dias.

—Pues le diré todo lo que hai para que sumercé no tenga *irroña* conmigo. Sumercé sabe que a mí me hicieron juez de primera vara contra todo mi gusto, i que no me han admitido mi renuncia, aunque mas he bregado. Sumercé sabe que *ñor* don Tadeo es el que dirije todas esas cosas, i él ha sido el que me ha metido en esos enredos, i todo se ha hecho a escondidas i engañando a los testigos. Pero no me echa sumercé de la estancita, no es así, mi amo?

—Si haces lo que yo te mande.

—Yo soi la carne i sumercé el cuchillo, i sumercé puede cortar como mejor le parezca.

—Mira, no te ha vuelto a doler la pierna?

—Muchísimo, mi amo, i cuando cojo la hacha o el azadon es peor.

—Pues vas i te enfermas por el espacio de dos meses, en términos que no puedas ir a la parroquia.

—Sí, mi amo.

—Pero ántes de eso, vas al juzgado i me traes la causa de Manuela i

la de don Blas, que las necesito con *urjencia*, *i* a mi vista las echas a la hornilla envueltas en bagazo; con *mucho sijilo*, que nadie te vea, porque te pueden echar al presidio.

—Sí, mi amo.

—I en lo sucesivo, cuénta con los tratos i contratos con don Tadeo.

—Sí, mi amo; por lo que es eso, no tenga sumercé novedad ninguna.

En virtud de este tratado secreto, ratificado en la hacienda del Purgatorio, se apareció en el despacho de los jueces el señor juez 1.° suplente, Alejo Sáiz, el cual nombró por su director a don Demóstenes.

En el acto introdujo don Alejo una acusacion contra don Tadeo por delitos de estafa i hurto de un caballo.

El señor juez 2.° procedió a tomar las declaraciones, i habiendo resultado contestes los testigos que probaban los hechos, decretó la prision i pidió auxilio al alcalde principal, que lo era el señor Gregorio Alguacil, para aprehender al acusado; pero éste tuvo la astucia de eludir i evitar la órden, hasta que el juez hubo de nombrar tres individuos los cuales, aunque eran manuelistas, se escusaron porque nadie queria ponerse en pugna con don Tadeo: tal era el terror que habia logrado inspirar en los espíritus de los ciudadanos. Visto esto, resolvieron don Lucinio i don Demóstenes, ir ellos mismos, auxiliados por Fitatá, a aprehender al acusado.

Este habia salido con una escopeta al hombro i habia tomado el camino de la montaña en calidad de cazador, seguido de Papel i Tintero. Sabiéndolo los comisionados se fueron en pos de él i lo alcanzaron a média milla, i conociendo él que lo seguian, se dejó deslizar en una pendiente, por entre un matorral; pero sus aprehensores se metieron tan inmediatamente despues de él, que don Lucinio vino a quedar materialmente encima, i por pronta maniobra le echó mano al cuchillo que llevaba en la cintura, i a la escopeta. Iba a escapar don Tadeo cuando cayó rodando José i lo cojió de los brazos; así lo mantenia a pesar de un mordisco que le dió Tintero; en seguida llegó don Demóstenes i, aunque se resistia con vigor el prisionero, fué atado de los lagartos con un rejo de enlazar, i conducido por el camino público.

Siempre es triste la vista de un preso, aun cuando sea el mayor delincuente, i cuando se ve con grillos o ligaduras al que acaba de mandar un pueblo, o la república entera, es menester tener entrañas de tigre para no condolerse. Iba por el camino el esposo de una de las Paeces, i al ver a don Tadeo sin sombrero i sin una alpargata, desgarrada toda la ropa, i atadas las manos con un rejo, se llenó de pena i espanto, a pesar de haber sido víctima de sus persecuciones, lo mismo que su mujer, la cual pasó agachada por un lado del camino, sin pronunciar ni una sola palabra. No obstante el odio que habia infundido el supremo gamonal con sus persecuciones, no faltaron rasgos de humanidad i moderacion en el partido manuelista. Los manuelistas simpatizaban con los hacendados que eran de ideas caballerosas i nobles, con don Demóstenes, que era humanitario por índole i por escuela, i con el cura, que no les predicaba otras máximas que las del Evanjelio. Era mui desigual, sinembargo, la partida, porque imbuidos los tadeistas en las opiniones de su partido, de odio a los de botas, esto es, a los mas ilustrados; de un menosprecio profundo por el señor cura i sus máximas, i dispuestos a adoptar cualesquiera medios para sus fines, eran mucho mas violentos i mucho mas

vengativos con sus enemigos. Así es que para la Víbora i Juan Acero no habia parejas en todo el partido manuelista, i para don Cosme i don Blas no habia iguales en humanidad i civilizacion. De manera que los manuelistas con su moderacion siempre tenian encima a los tadeistas. Doña Patrocinio se escondió i cerró su puerta luego que en la parroquia se supo que traian preso a don Tadeo.

La señora Sinforiana estaba en la puerta de su casa, i cuando venia el prisionero a unos treinta pasos de distancia fué tanto lo que se penetró de rabia por aquel espectáculo que no pudo contener su jenio, naturalmente audaz i dominante.

—¡Qué hazaña, esclamó a grito entero, traer entre cuatro sayones a un hombre solo i amarrado como un cordero! Cobardes, tiranos, infames! dejarian de ser enemigos de la libertad, si tal cosa no hicieran! I mire quién! Don Demóstenes, que no habla mas que de la libertad, i de la igualdad i de la humanidad. Bonita libertad, llevar a ese pobre amarrado como un cordero! I todo por defender a la presumida de Manuela! I ese bausan de don Lucinio, que le parecerá que don Tadeo es arrendatario del Retiro! Será porque no les dice mis amos i sus mercedes a los señores de botas! Pero no le hace, que no dilata una revolucion en que todos los ricos i los beatos vengan a quedar por debajo. Que aprieten, que si la tortilla se vuelve, no les ha de quedar ni una mula, ni una paila en los trapiches. Pobre de don Tadeo, que por amigo de defender los derechos del pueblo es que lo aborrecen los conservadores; pero no saben ellos lo que les viene encima. Pícaros! lo llevan como a un salteador, porque les hace algun contrapeso para que no chupen la sangre a los pobres. I miren quién es el acusador! Ese camandulero mojigato de don Alejo; pero yo le preguntaré un dia cuando caiga por debajo con todas sus reliquias i todos sus santos, que con una cadena al pescuezo lo he de ver. Luego, qué piensan los monopolistas, que toda la vida han de ser dueños de las tierras? i que toda la vida han de ser ricos? i que toda la vida les han de servir de esclavos los arrendatarios? Un cuerno! que pasen unos dias i veremos si la riqueza no se les vuelve jabon en las manos! Bueno, que persigan a los hombres de bien, a los defensores del pueblo, que el mundo da muchas vueltas. Pícaros! desalmados! infames! tiranos!

El preso habia llegado al cabildo, i la madre de Cecilia no cesaba de declamar contra los perseguidores de don Tadeo. Lo pusieron en la cárcel, echaron el cerrojo a la puerta i procedieron a aprehender a Juan Acero, que estaba metido en una cocina i que fué sorprendido de modo que no pudo hacer uso de su terrible garrote de guayacan. Juan Acero habia sido acusado cien ocasiones de crímenes horrendos durante la direccion de don Tadeo, pero él, lo mismo que don Matías, se escapaba con la proteccion de don Pascual i de don Tadeo i de los jueces superiores. Era tan visible la proteccion dispensada a los criminales en aquella época, que don Blas i los otros hacendados de la parroquia se hallaban temerosos de un cataclismo social, i no sabian a qué poder atribuir el sistema de impunidad que veian plantearse a paciencia de los altos majistrados.

Se recomendó de la custodia de la cárcel a un comisionado, con diez i seis hombres que mandaron los hacendados, i se tomaron las providencias para remitir al reo a la cabecera del canton.

Don Demóstenes se retiró de la barahunda de los negocios públicos a su hamaca, i meciéndose meditaba en la política de la parroquia, i en la esencia de los procedimientos civiles. Estaba triste a pesar de su triunfo. La voz i la presencia de Manuela hacian una notable falta en toda la casa. A don Demóstenes no le gustaba la comida ni el servicio de la mesa cuando Ascencion o Pachita manejaban los asuntos de la casa. I por otra parte, le hacian falta las chanzas de su casera, los debates con ella, i hasta las derrotas que le solia dar con la dulzura mas encantadora en todas sus palabras, en sus chanzas i sus argumentos. Sin Manuela la casa era una penitenciaría para el bogotano, porque estaba enseñado a su bello trato, i desde que se ausentó, las gallinas, las cabras i los marranos le parecian mas hostiles, i la marrana grande a pesar de estar sujeta a la horqueta de la lei, ahora se tomaba mas libertades abreviando su camino por la mitad de la sala, sin atender a los daños que causaba con los palos i las pezuñas; i esto lo atribuia don Demóstenes a la falta de los cuidados de Manuela que, efectivamente, tenia grandes consideraciones por su huésped. Lo que a éste lo tenia mas triste, era el considerar el estremo a que habia llegado por su participacion en los asuntos de la parroquia, i la revolucion completa de sus ideas. Ya se habia exhibido conduciendo a un hombre amarrado, habia dado providencias para asegurar sus prisiones i se hallaba en absoluta contradiccion con sus principios radicales.

Pero qué iba a hacer don Demóstenes? Los tigres no se amansan con grano como las palomas. Para establecer el imperio de la moral, de la lei i de la constitucion, era menester usar de las medidas fuertes i hasta de la astucia. La dominacion de don Tadeo estaba como infiltrada en todas las clases, todas las personas i todos los intereses. La sancion moral era lo que se llama pañitos calientes para la enfermedad social de que adolecia la parroquia. La autoridad, i la autoridad fuerte, era el remedio. Un corazon magnánimo es compasivo aun con las personas que le hacen mal, i no quisiera ver aflijido ni aun al enemigo de su bienestar. Ya eran admisibles para don Demóstenes las leyes fuertes contra los hombres parecidos a don Tadeo.

El cura llegó a visitar a su amigo, lo halló con la cara cubierta entre la hamaca, i lo llamó.

—Señor don Demóstenes, duerme usted?

—No, señor cura. Siéntese usted. Me alegro de que usted haya venido; porque estoi acongojado, i la conversacion de usted me distrae. No vé usted qué cosas? Yo prendiendo criminales i siguiendo causas!

—I qué remedio? Las leyes deben prevenir los delitos, la sociedad debe educar, debe moralizar; pero cuando no lo ha hecho, i cuando los malvados amenazan la propiedad, la vida, la quietud de la jente pacífica, no queda otro recurso. O hai que favorecer a los perversos con la indiferencia; o hai que favorecer a los inocentes con los auxilios de la fuerza pública.

—Pero la fuerza, señor cura!

—Sí, señor, cuando ya no queda otro arbitrio. El corazon del hombre no es inclinado siempre al bien. Desde Cain i Abel hasta nuestros tiempos el crímen i la indolencia han imperado sobre nuestra raza, i yo no creo que el descubrimiento del socialismo sea capaz de morijerar

o de cambiar la naturaleza del corazon humano, mas bien que las doctrinas del Evanjelio. Al hombre lo debe considerar la lei tal como él es, i no como debiera ser. La represion de los malos es la única garantía que tienen los hombres débiles, modestos i virtuosos; de manera que las trabas que la autoridad les imponga a los perversos, no serán otra cosa que la libertad para los buenos. Al cooperar a la prision de don Tadeo no ha hecho usted otra cosa que trabajar por la libertad de Manuela, de don Blas, de Dámaso i de una multitud de ciudadanos pacíficos, que merecen existir con seguridad; i no le pesen a usted los pasos que está dando en apoyo de las autoridades, porque ésta es la misma obra de la libertad jenuina que usted adora de corazon.

—Yo creia cándidamente que todas esas leyes que se dan en el congreso i todos esos bellísimos artículos de la constitucion eran la norma de las parroquias, i que los cabildos eran los guardianes de las instituciones; pero estoi viendo que suceden cosas mui diversas de lo que se han propuesto los lejisladores; por lo ménos, en donde haya un don Tadeo.

—Es triste, señor, la suerte de esta pobre parroquia; pero yo tengo esperanzas de que se mejore.

—I con usted no han tocado estas calamidades?

—No, señor, afortunadamente.

—Al buen comportamiento de usted se debe. Pero todo esto va a terminar. La sumaria de Tadeo está mui bien seguida, i el crímen perfectamente demostrado. Tadeo irá por ocho años al presidio, i miéntras tanto la parroquia gozará de libertad.

—Dios lo quiera, don Demóstenes, i usted será nuestro libertador.

Dicho esto, se despidió el cura i se volvió a su casa.

Estaba sepultada la parroquia en el mas profundo silencio. Don Francisco Novoa dormia con el sueño del artesano que ha trabajado todo el dia. Un golpe a la puerta lo vino a despertar, i levantándose con prontitud salió a informarse de la causa. Era don Matías Urquijo el que habia tocado, i despues que ámbos se saludaron, éste le dijo al señor Novoa:

—Yo sé mui bien que usted ha tomado el fusil para defender los derechos del pueblo i las ideas de progreso, i que es un patriota mui valiente i mui decidido.

—Mil gracias! dijo don Francisco, con una vénia espresiva.

—Sé que usted reconoce en don Tadeo al defensor mas acérrimo de los derechos del pueblo.

—Así es, contestó don Francisco.

—Pues bien! Sabrá usted que mañana se lo llevan a la cárcel de la cabecera del canton, bien amarrado, por la acusacion que le ha hecho don Demóstenes.

—Eso dicen.

—Hemos pensado unos cuantos en hacer una revolucion.

—Revolucion?

—O asonada, o motin, o lo que usted quiera, para sacarlo de la cárcel i restablecerlo en su destino de director de los jueces.

—I lo han pensado bien?

—Sí, señor; i queremos que usted saque su puñal i su carabina, porque usted es sostenido i valiente, i que nos acompañe en la jornada.

—Mil gracias por el favor que usted me hace.

—I vámonos pronto, porque hai que tomar varias medidas.

—Pues yo le agradezco a usted el convite, dijo el ciudadano Francisco; pero le hablo a usted con toda franqueza, yo no entro en revoluciones de ninguna clase.

—Ni aun para salvar al defensor de los derechos del pueblo? Al virtuoso don Tadeo?

—Ni aun para eso; le hablo a usted con toda verdad.

—¿No entró usted en la revolucion de Melo por librar al ejército i al jeneral Obando de la tiranía de los gólgotas?

—Es verdad.

—I porqué no entra usted en ésta de ahora?

—Porque no tengo disposicion ni estoi convencido de su justicia.

—Mas? Echar abajo la tiranía de las botas, la tiranía de los hacendados que oprimen al pueblo con su influjo i con su plata, no es la cosa mas justa? I no es justo libertar a don Tadeo de la prision? a ese hombre tan decidido por los buenos principios?

—I porqué no han de desempeñar los hacendados los destinos públicos? No son mas aparentes que los pobres arrendatarios? I porqué se ha de arrancar por la fuerza a don Tadeo del poder de la autoridad? Defendámoslo por los trámites legales, auxiliémoslo con lo que podamos en su prision, i no vamos a cometer una calaverada que nos puede costar mui caro. Qué será de la administracion de justicia si para cada preso ha de haber una asonada?

—Lo mismo decia usted de la revolucion del año de 54?

—Eso era mui diferente. Era para echar abajo un gobierno entero, que dimanaba de dos partidos opuestos, los conservadores aferrados a las ideas coloniales i los gólgotas luchando por establecer las teorías mas impracticables, i reemplazarlo con un gobierno que observase el justo medio. Yo no me avergüenzo de haber sido melista. El asesinato i el destierro no se conocieron durante nuestra revolucion, i si llegamos a expropiar, fué lo necesario para sostener el ejército. La revolucion de abril estaba apoyada por el ejército i por los liberales de Cartajena, Cundinamarca i el Cauca, i si la tercera parte de los liberales no se hubieran agregado a los conservadores, nosotros hubiéramos triunfado. Pero qué quiere usted? los mismos que nos enseñaban en la sociedad democrática que ni la propiedad ni la autoridad deben ser respetadas, fueron los primeros que se armaron para tomarnos cuenta de la sublevacion contra el gobierno i de la expropiacion, exajerando los hechos. Yo fuí conducido al presidio de Panamá, i no sentia a cada barrazo que daba, sino la parte que los mismos tribunos de las democráticas tuvieron en mi condenacion. Hoi estoi resuelto a no entrar en revolucion ninguna. No quiero servir de escalera.

—No sabe usted que en Bogotá está al estallar la misma revolucion del 17 de abril?

—Lo sé mui bien, i lo sabe todo el mundo; pero yo no ayudaré en esta ocasion, esté usted seguro.

—Conque no se anima usted? ¿No quiere usted que lo hagamos colector de las rentas parroquiales o presidente del cabildo, que es tanto como ser presidente de una república chiquita, porque el cabildo es la lejislatura de la parroquia?

—No, don Matías. Yo no quiero ser instrumento de don Tadeo para hacer lo que me mande, o lo que les mande a los peones que componen el cabildo.

—Es enemigo usted de un hombre tan bueno como don Tadeo?

—Por el contrario, estamos en mui buena armonía.

—Qué es lo que hai, pues, en esto?

—Lo que hai es que yo soi un hombre independiente, porque vivo de mi ayunque i mis tenazas, i no tengo para qué someterme ni a los gamonales ni a los dueños de tierras.

—Pero los principios, don Francisco! No es usted un liberal de principios?

—Yo puedo ser liberal sin ser revolucionario de aldea.

—Mui bien, don Francisco. Comprendo que usted es manuelista, contrario al partido de los tadeistas. En lo que hice mal fué en venir a revelar a usted un secreto, con el cual puede usted perjudicarme.

—No tenga usted cuidado. Yo soi neutral en las cuestiones de los manuelistas i los tadeistas. Soi liberal, pero no soi de los tiranos liberales que encabeza don Tadeo Forero, invocando los derechos del pueblo. No, señor, yo no me meto en nada; don Matías, esté usted seguro.

—Me da usted su palabra de honor de que esto que le he venido a proponer no lo sabrá ninguno?

—Por supuesto, don Matías.

—Pues adios, don Pacho, dispense las molestias.

El silencio continuaba en toda la parroquia, i don Matías se dirijió a la casa de Sinforiana, en donde estaban otros compañeros suyos. Se esperaba que llegasen varios comprometidos, pero aguardaron en vano, pues a ninguno se le vió la cara. El oficial de la guardia de la cárcel vino disfrazado a conversar con don Matías, del lado de afuera de la casa. Se revisaban las armas i se repetian las órdenes. Nadie dormia en la casa de la señora Sinforiana.

A las tres i média dividió su jente don Matías en número de diez hombres armados de palos i machetes, i la encaminó por dos calles diferentes para que se echasen sobre la guardia a la voz de ¡viva la libertad! viva don Tadeo!

La guardia constaba de diez i seis hombres, de los cuales se rindieron cuatro, i los demas salieron corriendo. Al comandante lo amarraron, i procedieron los conspiradores a descerrajar la puerta. A don Tadeo lo sacaron en brazos i Juan Acero se escapó corriendo; pero dos presos de menor cuantía no quisieron salir. Los vivas se aumentaron, los vencedores recorrian los puntos principales de la parroquia poniendo centinelas i escitando al pueblo para que secundase el movimiento; pero no hubo sino dos que se les agregaron. Rodearon la casa de doña Patrocinio para prender a don Demóstenes, con el designio de sacarlo ignominiosamente de la parroquia, montado en el burro carguero de doña Patrocinio, a cuyo efecto lo tenian ya listo con un apero de cargar leña.

Don Demóstenes intentó juntar jente para sostener las autoridades, se asomó por algunas boca-calles i llamó a algunos de los vecinos; pero nadie lo quiso seguir; i viéndose solo, i comprendiendo el riesgo que corria, se fué estraviando calles a la casa del cura.

Viendo los revolucionarios que habian errado el golpe, se contentaron con expropiarle a don Demóstenes algunos libros, i a doña Pa-

trocinio todo el aguardiente que tenia; rejistraron algunas casas, amarraron al sacristan por ser manuelista, i estropearon a varios por el mismo motivo. El alcalde era uno de los revolucionarios; a esas horas mandó iluminar la parroquia, i en seguida se dirijió al cabildo i descerrajó la caja del archivo de los jueces para sacar los papeles que tuvieran relacion con la causa de don Tadeo i del famoso Juan Acero. El triunfo era celebrado con algazara i con muestras de sumo placer, i los tadeistas gritaban: Viva don Tadeo! Viva la libertad! Vivan los defensores del pueblo! Mueran los gólgotas! Muera la jente de botas! Muera el cachaco Demóstenes! Mueran los tiranos de las haciendas!

Al amanecer, supo don Matías que se acercaba don Cosme con jente de las haciendas; i viéndose él sin la suficiente para resistir, se retiró i disolvió sus compañeros. Don Tadeo i Juan Acero tomaron las de Villadiego, i la parroquia se quedó tranquila.

Don Demóstenes paseó todo el lugar con don Pacho Novoa i algunos otros; su admiracion fué subiendo de punto al ver la facilidad con que don Matías habia hecho la revolucion, por la traicion del encargado de la guardia i por la indiferencia de los manuelistas, que no habian querido ayudarle a sostener la constitucion i las leyes. Se admiraba de ver que diez hombres pudieran volcar todo el organismo político de la parroquia.

A las seis llegaron don Blas i don Lucinio, que habian sabido la noticia por un posta de doña Patrocinio, i averiguaron el hecho judicialmente con la presencia del juez 2.° A esa hora pusieron requisitorias para Ambalema, Guáduas i Bogotá, elevaron la queja a las autoridades superiores i al juez del circúito, i aprehendieron a dos tadeistas cómplices en la revolucion de don Matías. Pronto se restableció el órden i el gobierno de la parroquia siguió como estaba el dia anterior.

Era una cosa digna de notarse que despues de encausado don Tadeo, i despues de tenerse probabilidades de su ruina completa por las circunstancias de su fuga, la poblacion permanecia quieta i temerosa, i se le guardaban respetos a la persona del enemigo mas declarado de la tranquilidad pública. Tal es el prestijio de los tiranos, que aturden la cabeza de sus víctimas con la astucia, el engaño i el terror, como los gatos a las avecitas que persiguen i como el boa a los cuadrúpedos que se ponen a su alcance. Las jentes no aparecian en las calles por no comprometerse con el nuevo gobierno, aunque todos estaban persuadidos de la ventaja de ser gobernados por el partido de los hacendados, hombres mui conocidos por su ilustracion i su probidad. El corredor del Cabildo era la única parte en que se veia un grupo de parroquianos, compuesto de la señora Patrocinio, Paula, el sacristan, un sordomudo i tres muchachos curiosos.

CAPÍTULO XVIII.

LA FUGA.

Manuela estaba asilada bajo la bandera de *ñor* Dímas, como varios presidentes i majistrados de la Nueva Granada que se han asilado bajo las banderas de los ministros residentes en Bogotá, durante los cuarenta

i seis años de nuestra independencia; pero las seguridades que presentaba la estancia del Botundo eran mucho mas efectivas, consistiendo en la garantía de los bosques interminables de la cordillera. No obstante, la víctima de la parroquia sufria pesares inmensos por su familia, por su libertad i por su amante, al cual creia culpable de una traicion infame. No habia podido dormir, i un canto fúnebre en que parecia articularse ji, je, jo, ju, le tenia despedazado el corazon. Esta música es producida en las noches de luna por un cuadrúpedo blanco de la figura de un perro, tan lento i desgraciado en sus movimientos, cuanto lastimosos son sus gritos, i se llama el perico-lijero. No hai hombre tan insensible que no haya suspirado si ha oido en alguna posada de la montaña la sinfonía de estos animales, que con razon se quejan de la naturaleza, que les concedió cuatro piés negándoles la preciosa facultad de caminar.

La asilada del Botundo oyó cierto rumor en las talanqueras de la puerta del camino, i temiendo que la viese alguna persona sospechosa, se pasó de su cama al grupo de las matas de café, i se quedó en asecho. Pronto llegó un hombre a la mitad del patio i llamó a la fujitiva, diciéndole con voz cautelosa:

—Manuela, Manuela!

Manuela se quedó callada, la voz siguió llamando, i como el que la proferia hubiese visto moverse las matas de café, dirijiéndose a ellas repitió las mismas palabras.

—Manuela, Manuela! Soi Dámaso. No me conoce?

—Pero yo no soi Cecilia, contestó Manuela desde las matas.

Dámaso se acercó mas al lugar de donde salió la voz, i saludó cariñosamente a su futura; pero ésta no le quiso responder.

—Manuela, porqué no me responde? porqué me viene hablando ahora de Cecilia? le decia con ternura.

—Eso usted sabrá, dijo Manuela; i se agachó con intencion de no volver a responder, seguramente.

Dámaso se sentó junto a instarle que respondiese; pero ella se habia hecho piedra, i hasta despues de algunos minutos dió muestras de quererse entender con él, derramando un raudal de lágrimas que no pudo contener.

—Contésteme, Manuela, le decia Dámaso. ¿Qué novedad hai para que usted me hable de Cecilia?

—Que a ella es a la que usted quiere.

—No sé porqué lo diga usted.

—Por lo que les oí conversar en la chapa de monte de los cucharos, cuando yo subia vestida de hombre.

—Vestida de hombre? preguntó Dámaso con viveza.

—Sí, i por eso no me conoció usted cuando Cecilia le dijo que no lo habia olvidado.

—Eso puede suceder, i puede suceder que me quiera; pero si yo no la quiero a ella?.... Me oyó usted decir que yo la quisiera?

—No; pero a qué fin esa cita?

—Venia yo para la montaña i me salió al encuentro para decirme que ya sabia don Tadeo que yo estaba en la parroquia, i que me tenian espías para cojerme. Me conoció en la tos, porque yo estaba disfrazado.

—I todo ese cuidado qué significa? ¿No es verdad que hubo un tiempo en que usted se queria casar con Cecilia, i que usted se apartó de la

por eso, que las mujeres nacimos para pasar trabajos en esta vida, i no serás la primera que sales con esas. A mí tambien me pasó la misma, i peor, porque me tuvieron que llevar mui léjos para ocultarme. Ahora lo que importa es que esa criatura no vaya a padecer.

Salí del susto para con mi señora madre; pero cómo me quedaria de sentimiento por la ingratitud de Pablo! Esta es mi historia, comadre, i ahora usted me dirá si ha sido por boba o por mal inclinada que yo estoi pasando trabajos, sin poder ir a trabajar, i sujeta a cuidar una roza de maiz porque es lo único que puedo hacer, i sin tener con qué ponerme una camisa, i gracias a los socorros que usted me ha dado desde que me sacó de pila a mi negrito, que así Dios se lo ha de pagar de gloria.

—Comadre, dijo Manuela, es mui difícil que se escape una muchacha de catorce años de las asechanzas de los amos, i de los peones, i de los mayordomos en un trapiche en donde no se tiene consideracion ninguna con la jente, al mismo tiempo que las crias de animales se cuidan para mejorarlas. Pobres muchachas! Se las echan a la peonada sin miramiento de salud, de relijion, de conveniencia de ninguna clase; i todo por hacerse ricos los amos! Ellos qué tienen conque se corrompan sus arrendatarias, como la molienda les rinda una totuma mas de miel? Pobres arrendatarias, que tienen que sufrir el peso de la esclavitud hasta en el honor de sus hijas! Pobre de mi comadre! tan linda, tan vergonzosa, tan formal como era ántes de ir al trapiche!

—Dios les ayude a los ricos, comadre, que no reparan en adelantar sus pesetas aunque sea con la deshonra i la desdicha de nosotras las pobres! Yo me hubiera matado si no tuviera algunos temores por la otra vida, porque le aseguro que hai dias que no puedo aguantar.

—I habria hecho mal mi comadre, porque Dios es el único que manda en nuestra vida. ¿No ha visto que un perrito recien nacido, si se bota a un pozo de agua, sale nadando hasta la orilla?

—Pero tambien he visto que un alacran se mata cuando lo rodean con candela!

—Pero es el único animal que se mata, i la alacrana es tan buena madre que se deja comer de sus hijos. Nada, comadre, dice el dicho: viva la gallina i viva con su pepita. Tengamos paciencia i valor, que puede ser que la desgracia se canse de perseguirnos, i si no, allá en la otra vida tendremos descanso.

Eran mas de las cuatro, i los animales comenzaban a arrimar a la roza, por lo cual se subió Pia a la garita bien provista de piedras, i la comadre subió detras. Pronto ocurrieron las catarnicas, que son las que primero revolotean; en seguida llegaron los pericos i las guacamayas; pero la invicta Pia repartia sus gritos i sus pedradas con el celo de un jeneral intelijente que sostiene una ciudad asaltada por infinitos agresores. Cerca de anochecer se bajaron las dos defensoras, i Pia convidó a su comadre a visitar unas jaulas a média cuadra de distancia de la roza.

El sitio estaba limpio por debajo i por encima cubierto enteramente con las anchas ramazones de los nogales i botundos mas estupendos, cuyos troncos centenarios median por el pié seis varas de circunferencia, por lo ménos. La vista del recinto era pavorosa en aquellas horas del crepúsculo, por la oscuridad natural del bosque, i Manuela se quedó recostada contra un nogal, oprimida de pena. Cualquier pagano la hubiera tenido por la diosa de la montaña, i ella no habria va-

riado de situacion por muchos instantes, si no hubiera sido sorprendida por los aleteos de un paujil que Pia sacaba de una de las trampas de jaula, i por los gritos de alegría de la astuta cazadora. Manuela se retiró con suma dificultad de aquellos lugares que estaban en armonía con el estado de su alma.

Al pasar por la garita le dió Pia el paujil, para llevar ella su hijito que se habia quedado dormido entre la cuna. Al volver a la choza se quedó mui admirada Manuela de no encontrar ninguna noticia de la parroquia.

CAPÍTULO XVII.

CAMBIO DE MINISTERIO.

Segun lo pactado en el congreso de los magnates, hizo venir don Eloi a su arrendatario José Cifuentes, i le dijo:

—Te mandé llamar con el objeto de que me digas qué motivo has tenido para encausar a don Blas, un hombre tan bueno con sus arrendatarios i tan caballero por todos estilos.

—Yo ninguno, mi amo.

—¿I la causa que le seguiste, probando con siete testigos que ha robado, que ha maltratado a la familia de Pedro Pablo i que ha cometido otros crímenes espantosos?

—Yo no, mi amo.

—No? pues si no me dices todo lo que ha habido te echo de la estancia.

—I mis maticas?

—Te las llevas, porque esas son tuyas; yo lo que exijiré será la tierra, que es mia.

—Pero, mi amo....!

—No hai pero que valga, tú entraste a la estancia sin condiciones i sales sin condiciones, i ha de ser dentro de tres dias.

—Pues le diré todo lo que hai para que sumercé no tenga *irroña* conmigo. Sumercé sabe que a mí me hicieron juez de primera vara contra todo mi gusto, i que no me han admitido mi renuncia, aunque mas he bregado. Sumercé sabe que *ñor* don Tadeo es el que dirije todas esas cosas, i él ha sido el que me ha metido en esos enredos, i todo se ha hecho a escondidas i engañando a los testigos. Pero no me echa sumercé de la estancita, no es así, mi amo?

—Si haces lo que yo te mande.

—Yo soi la carne i sumercé el cuchillo, i sumercé puede cortar como mejor le parezca.

—Mira, no te ha vuelto a doler la pierna?

—Muchísimo, mi amo, i cuando cojo la hacha o el azadon es peor.

—Pues vas i te enfermas por el espacio de dos meses, en términos que no puedas ir a la parroquia.

—Sí, mi amo.

—Pero ántes de eso, vas al juzgado i me traes la causa de Manuela i

por eso, que las mujeres nacimos para pasar trabajos en esta vida, i no serás la primera que sales con esas. A mí tambien me pasó la misma, i peor, porque me tuvieron que llevar mui léjos para ocultarme. Ahora lo que importa es que esa criatura no vaya a padecer.

Salí del susto para con mi señora madre; pero cómo me quedaria de sentimiento por la ingratitud de Pablo! Esta es mi historia, comadre, i ahora usted me dirá si ha sido por boba o por mal inclinada que yo estoi pasando trabajos, sin poder ir a trabajar, i sujeta a cuidar una roza de maiz porque es lo único que puedo hacer, i sin tener con qué ponerme una camisa, i gracias a los socorros que usted me ha dado desde que me sacó de pila a mi negrito, que así Dios se lo ha de pagar de gloria.

—Comadre, dijo Manuela, es mui difícil que se escape una muchacha de catorce años de las asechanzas de los amos, i de los peones, i de los mayordomos en un trapiche en donde no se tiene consideracion ninguna con la jente, al mismo tiempo que las crias de animales se cuidan para mejorarlas. Pobres muchachas! Se las echan a la peonada sin miramiento de salud, de relijion, de conveniencia de ninguna clase; i todo por hacerse ricos los amos! Ellos qué tienen conque se corrompan sus arrendatarias, como la molienda les rinda una totuma mas de miel? Pobres arrendatarias, que tienen que sufrir el peso de la esclavitud hasta en el honor de sus hijas! Pobre de mi comadre! tan linda, tan vergonzosa, tan formal como era ántes de ir al trapiche!

—Dios les ayude a los ricos, comadre, que no reparan en adelantar sus pesetas aunque sea con la deshonra i la desdicha de nosotras las pobres! Yo me hubiera matado si no tuviera algunos temores por la otra vida, porque le aseguro que hai dias que no puedo aguantar.

—I habria hecho mal mi comadre, porque Dios es el único que manda en nuestra vida. ¿No ha visto que un perrito recien nacido, si se bota a un pozo de agua, sale nadando hasta la orilla?

—Pero tambien he visto que un alacran se mata cuando lo rodean con candela!

—Pero es el único animal que se mata, i la alacrana es tan buena madre que se deja comer de sus hijos. Nada, comadre, dice el dicho: viva la gallina i viva con su pepita. Tengamos paciencia i valor, que puede ser que la desgracia se cause de perseguirnos, i si no, allá en la otra vida tendremos descanso.

Eran mas de las cuatro, i los animales comenzaban a arrimar a la roza, por lo cual se subió Pia a la garita bien provista de piedras, i la comadre subió detras. Pronto ocurrieron las catarnicas, que son las que primero revolotean; en seguida llegaron los pericos i las guacamayas; pero la invicta Pia repartia sus gritos i sus pedradas con el celo de un jeneral intelijente que sostiene una ciudad asaltada por infinitos agresores. Cerca de anochecer se bajaron las dos defensoras, i Pia convidó a su comadre a visitar unas jaulas a média cuadra de distancia de la roza.

El sitio estaba limpio por debajo i por encima cubierto enteramente con las anchas ramazones de los nogales i botundos mas estupendos, cuyos troncos centenarios median por el pié seis varas de circunferencia, por lo ménos. La vista del recinto era pavorosa en aquellas horas del crepúsculo, por la oscuridad natural del bosque, i Manuela se quedó recostada contra un nogal, oprimida de pena. Cualquier pagano la hubiera tenido por la diosa de la montaña, i ella no habria va-

riado de situacion por muchos instantes, si no hubiera sido sorprendida por los aleteos de un paujil que Pia sacaba de una de las trampas de jaula, i por los gritos de alegría de la astuta cazadora. Manuela se retiró con suma dificultad de aquellos lugares que estaban en armonía con el estado de su alma.

Al pasar por la garita le dió Pia el paujil, para llevar ella su hijito que se habia quedado dormido entre la cuna. Al volver a la choza se quedó mui admirada Manuela de no encontrar ninguna noticia de la parroquia.

CAPÍTULO XVII.

CAMBIO DE MINISTERIO.

Segun lo pactado en el congreso de los magnates, hizo venir don Eloi a su arrendatario José Cifuentes, i le dijo:

—Te mandé llamar con el objeto de que me digas qué motivo has tenido para encausar a don Blas, un hombre tan bueno con sus arrendatarios i tan caballero por todos estilos.

—Yo ninguno, mi amo.

—¿I la causa que le seguiste, probando con siete testigos que ha robado, que ha maltratado a la familia de Pedro Pablo i que ha cometido otros crímenes espantosos?

—Yo no, mi amo.

—No? pues si no me dices todo lo que ha habido te echo de la estancia.

—I mis maticas?

—Te las llevas, porque esas son tuyas; yo lo que exijiré será la tierra, que es mia.

—Pero, mi amo....!

—No hai pero que valga, tú entraste a la estancia sin condiciones i sales sin condiciones, i ha de ser dentro de tres dias.

—Pues le diré todo lo que hai para que sumercé no tenga *irroña* conmigo. Sumercé sabe que a mí me hicieron juez de primera vara contra todo mi gusto, i que no me han admitido mi renuncia, aunque mas he bregado. Sumercé sabe que *ñor* don Tadeo es el que dirije todas esas cosas, i él ha sido el que me ha metido en esos enredos, i todo se ha hecho a escondidas i engañando a los testigos. Pero no me echa sumercé de la estancita, no es así, mi amo?

—Si haces lo que yo te mande.

—Yo soi la carne i sumercé el cuchillo, i sumercé puede cortar como mejor le parezca.

—Mira, no te ha vuelto a doler la pierna?

—Muchísimo, mi amo, i cuando cojo la hacha o el azadon es peor.

—Pues vas i te enfermas por el espacio de dos meses, en términos que no puedas ir a la parroquia.

—Sí, mi amo.

—Pero ántes de eso, vas al juzgado i me traes la causa de Manuela i

por eso, que las mujeres nacimos para pasar trabajos en esta vida, i no serás la primera que sales con esas. A mí tambien me pasó la misma, i peor, porque me tuvieron que llevar mui léjos para ocultarme. Ahora lo que importa es que esa criatura no vaya a padecer.

Salí del susto para con mi señora madre; pero cómo me quedaria de sentimiento por la ingratitud de Pablo! Esta es mi historia, comadre, i ahora usted me dirá si ha sido por boba o por mal inclinada que yo estoi pasando trabajos, sin poder ir a trabajar, i sujeta a cuidar una roza de maiz porque es lo único que puedo hacer, i sin tener con qué ponerme una camisa, i gracias a los socorros que usted me ha dado desde que me sacó de pila a mi negrito, que así Dios se lo ha de pagar de gloria.

—Comadre, dijo Manuela, es mui difícil que se escape una muchacha de catorce años de las asechanzas de los amos, i de los peones, i de los mayordomos en un trapiche en donde no se tiene consideracion ninguna con la jente, al mismo tiempo que las crias de animales se cuidan para mejorarlas. Pobres muchachas! Se las echan a la peonada sin miramiento de salud, de relijion, de conveniencia de ninguna clase; i todo por hacerse ricos los amos! Ellos qué tienen conque se corrompan sus arrendatarias, como la molienda les rinda una totuma mas de miel? Pobres arrendatarias, que tienen que sufrir el peso de la esclavitud hasta en el honor de sus hijas! Pobre de mi comadre! tan linda, tan vergonzosa, tan formal como era ántes de ir al trapiche!

—Dios les ayude a los ricos, comadre, que no reparan en adelantar sus pesetas aunque sea con la deshonra i la desdicha de nosotras las pobres! Yo me hubiera matado si no tuviera algunos temores por la otra vida, porque le aseguro que hai dias que no puedo aguantar.

—I habria hecho mal mi comadre, porque Dios es el único que manda en nuestra vida. ¿No ha visto que un perrito recien nacido, si se bota a un pozo de agua, sale nadando hasta la orilla?

—Pero tambien he visto que un alacran se mata cuando lo rodean con candela!

—Pero es el único animal que se mata, i la alacrana es tan buena madre que se deja comer de sus hijos. Nada, comadre, dice el dicho: viva la gallina i viva con su pepita. Tengamos paciencia i valor, que puede ser que la desgracia se canse de perseguirnos, i si no, allá en la otra vida tendremos descanso.

Eran mas de las cuatro, i los animales comenzaban a arrimar a la roza, por lo cual se subió Pia a la garita bien provista de piedras, i la comadre subió detras. Pronto ocurrieron las catarnicas, que son las que primero revolotean; en seguida llegaron los pericos i las guacamayas; pero la invicta Pia repartia sus gritos i sus pedradas con el celo de un jeneral intelijente que sostiene una ciudad asaltada por infinitos agresores. Cerca de anochecer se bajaron las dos defensoras, i Pia convidó a su comadre a visitar unas jaulas a média cuadra de distancia de la roza.

El sitio estaba limpio por debajo i por encima cubierto enteramente con las anchas ramazones de los nogales i botundos mas estupendos, cuyos troncos centenarios median por el pié seis varas de circunferencia, por lo ménos. La vista del recinto era pavorosa en aquellas horas del crepúsculo, por la oscuridad natural del bosque, i Manuela se quedó recostada contra un nogal, oprimida de pena. Cualquier pagano la hubiera tenido por la diosa de la montaña, i ella no habria va-

riado de situacion por muchos instantes, si no hubiera sido sorprendida por los aleteos de un paujil que Pia sacaba de una de las trampas de jaula, i por los gritos de alegría de la astuta cazadora. Manuela se retiró con suma dificultad de aquellos lugares que estaban en armonía con el estado de su alma.

Al pasar por la garita le dió Pia el paujil, para llevar ella su hijito que se habia quedado dormido entre la cuna. Al volver a la choza se quedó mui admirada Manuela de no encontrar ninguna noticia de la parroquia.

CAPÍTULO XVII.

CAMBIO DE MINISTERIO.

Segun lo pactado en el congreso de los magnates, hizo venir don Eloi a su arrendatario José Cifuentes, i le dijo:

—Te mandé llamar con el objeto de que me digas qué motivo has tenido para encausar a don Blas, un hombre tan bueno con sus arrendatarios i tan caballero por todos estilos.

—Yo ninguno, mi amo.

—¿I la causa que le seguiste, probando con siete testigos que ha robado, que ha maltratado a la familia de Pedro Pablo i que ha cometido otros crímenes espantosos?

—Yo no, mi amo.

—No? pues si no me dices todo lo que ha habido te echo de la estancia.

—I mis maticas?

—Te las llevas, porque esas son tuyas; yo lo que exijiré será la tierra, que es mia.

—Pero, mi amo....!

—No hai pero que valga, tú entraste a la estancia sin condiciones i sales sin condiciones, i ha de ser dentro de tres dias.

—Pues le diré todo lo que hai para que sumercé no tenga *irroña* conmigo. Sumercé sabe que a mí me hicieron juez de primera vara contra todo mi gusto, i que no me han admitido mi renuncia, aunque mas he bregado. Sumercé sabe que *ñor* don Tadeo es el que dirije todas esas cosas, i él ha sido el que me ha metido en esos enredos, i todo se ha hecho a escondidas i engañando a los testigos. Pero no me echa sumercé de la estancita, no es así, mi amo?

—Si haces lo que yo te mande.

—Yo soi la carne i sumercé el cuchillo, i sumercé puede cortar como mejor le parezca.

—Mira, no te ha vuelto a doler la pierna?

—Muchísimo, mi amo, i cuando cojo la hacha o el azadon es peor.

—Pues vas i te enfermas por el espacio de dos meses, en términos que no puedas ir a la parroquia.

—Sí, mi amo.

—Pero ántes de eso, vas al juzgado i me traes la causa de Manuela i

No estrañe el lector los rasgos de ilustracion que se notan en aquel descamisado de los bosques, porque habia sido cabildante dos ocasiones i sabia leer i escribir. En tierra caliente es mucho mas despejada la jente que en tierra fria, i así no faltan unos cuantos ciudadanos, entre el pueblo descalzo, que comprenden sus derechos.

Manuela, que se habia vestido ya, llamó a su compañero para que fuera a comer, i éste convidó al presidente de los puercos, el que se escusó porque tenia que cojer un marrano para curarle una herida.

El fiambre constaba de una gallina asada, de unas yucas i plátanos cocidos, de patacones i pastas de harina de maiz fritas, de unas arepas tembladoras i de una panela. Era una boda, i los convidados eran felices en aquellos momentos, olvidados de los tiranos de todos los partidos de la Nueva Granada. Cayeron unas cuatro pepas de caracolí, i levantando sus ojos los dos viajeros notaron un par de guacamayas que comian juntas en un mismo racimo, porque estas aves, que vuelan juntas de par en par, comen juntas i duermen juntas, sobre lo que hizo Manuela sus comentarios, concluyendo con estas palabras:

—Todo eso me gusta, lo que no me gusta es que las guacamayas sean las mayores enemigas de mi comadre Pia. Pobre mi comadre, que la llevo atravesada en mi corazon!

Miéntras que los viajeros se comian el fiambre, la mula comia ramas tiernas del árbol llamado zapote. Este acto de descanso se llama sestear en los pueblos de tierra caliente.

Desde los caracolíes fueron a dar los viajeros hasta la Ceiba, que era una estancia así llamada, por el árbol de este nombre que cubria con sus gajos horizontales todo el patio, al que llenaba con los copos de lana que sueltan estos árboles de unas cajitas ovaladas en que se crian las simientes, en las dos cosechas del año. Aquí vivia una familia mui conocida de Dámaso, que tenia noticia de sus aventuras, i habia una estanciera llamada Manuela, del mismo cuerpo de la fujitiva i bastante parecida en el color, en el habla, i en algunas de sus facciones.

Miéntras que era hora de acostarse, la familia se ponia en las noches de luna a rapar, medir i enmanojar piezas de liston para vender en Ambalema. Este se estrae de una cáscara fina del majagua, hermano de la ceiba, que parece cinta i se aplica para envolver tabaco de andullo. Las dos Manuelas estaban tomando su chocolate, sentadas al pié de la gran ceiba, i la una dijo a la otra:

—Tocayita! yo la conocia ya, i la queria muchísimo.

—Dámaso que les hablaria de mí.

—Él; i no se puede usted figurar los elojios que nos hacia de mi tocaya. Usted va a ser mui afortunada, porque Dámaso es mui hombre de bien.

Luego que acabaron de refrescar las tocayas, al cojerle la mano la prófuga a la Manuela de la ceiba, le dijo:

—Esta sortija que usted tiene es la mia!

—Nada tiene de dudoso, tómela, dijo la tocaya de la ceiba, i se la puso en el dedo a la prófuga. Imposible que yo dudara. El modo de reclamar mi tocaya la sortija tiene un aire de verdad para mis ojos que no deja duda. Porque yo creo que mi tocaya no puede decir una mentira de esta clase, ni para hacerse entregar un diamante si no es de su propiedad.

—Mil gracias, tocayita. Ahora lo curioso es saber cómo vino a sus manos una sortija que yo he perdido hace seis dias en una pelea que se armó en la calle de casa, la cual comenzó por una marrana i se acabó con unas cuantas prisiones, porque todo estaba dispuesto por el gamonal de mi tierra para prenderme i mandarme a la reclusion de Guáduas; la fortuna que yo no anduve tonta.

—Pues la sortija se la compré a un hombre de una cicatriz en la cara, que traia un garrote mui grueso de guayacan.

—Ese es Juan Acero! el hombre mas atrevido i mas delincuente de toda mi parroquia.

—Tal vez; en tres reales me la dió.

—Venia solo?

—Con un hombre de mui mala planta, blanco, no mui alto, de manos mui finas.

—Don Tadeo! Madre mia i señora! Ese es el que me persigue con las leyes porque no me quise agregar al número de sus protejidas. Qué es esto, tocaya de mi alma? Ayer cuando pasábamos por un lado de mi parroquia gritaban mui recio: ¡Que viva don Tadeo! ¡Que mueran los conservadores i los gólgotas! lo cual quiere decir que don Tadeo estaba triunfante: qué lo trae por aquí a estas horas?

—Pues quién sabe, tocaya!

—Venian a caballo? preguntó la tocaya de la parroquia con la mas viva emocion.

—Venian ámbos a pié, i de mui mala traza, i tristes al parecer. Yo les entendí que van de *raspa*, i que temen que los alcancen.

—Estoi aturdida, dijo Manuela, i se paró a comunicarle a su compañero la noticia que acababa de oir.

No hizo gran caso Dámaso del acontecimiento i terminó por hacerle observar a su amada, que si eran don Tadeo i Juan Acero los enunciados, no podrian en Ambalema salirse con sus intentonas, como en su parroquia.

Habia cerrado ya la noche i entraron a la sala. A un rayo de luz de la luna divisó Manuela que la hamaca estaba ocupada por una persona que le era desconocida, i que dormia tranquilamente. En una ausencia que hicieron las caseras yéndose a la cocina, i Dámaso, que fué a cuidar la mula, se quedó Manuela sola i se sentó en un taburete que recostó contra la pared, mui cerca de la puerta. Entregada estaba a sus meditaciones favorecidas por la dulce brisa de la noche que empezaba a soplar, cuando de repente oyó su nombre, pronunciado por el durmiente de la hamaca.

—Manuela! dijo sentándose en su movible lecho.

—Mande usted, contestó la parroquiana.

—Esa voz no es la de Manuela.

—Pero es la mia, i como me llamo así....

—Dispense usted. Llamaba a la casera.

—Voi a avisarle.

—No, no se moleste usted. No la necesitaba para ninguna cosa importante. Hágame el favor de decirme, cómo se llama usted?

—Manuela Valdivia, una criada suya.

—Me tiene usted a sus órdenes. Yo soi Aniceto Rubio, un servidor suyo. I hácia dónde se dirije usted?

—A Ambalema, señor.

—A buscar trabajo?

—A buscar trabajos, si Dios no quiere otra cosa.

—Porqué trabajos? Allí va a encontrar usted libertad i placeres i dinero. Yo tengo casa en Ambalema i doi avances. Desde ahora le afrezco un acomodo digno de su persona.

—Muchas gracias, señor. Trabajaré al lado de mi marido.

Iba a replicar don Aniceto cuando entraron las caseras a la sala, i no pudo volver a hablar a solas con la linda viajera, que se retiró a la alcoba de su tocaya, apénas refrescaron. Don Aniceto demostraba claramente con los ojos la impresion que habia recibido, i lo dispuesto que estaba a protejer a la recien llegada.

Dámaso durmió en la sala, a poca distancia de la hamaca de don Aniceto, quien lo veía con miradas de envidia de que fuera el conductor de una viajera tan hermosa.

A las cuatro de la mañana salieron de la posada, despidiéndose cordialmente de sus bondadosos habitantes.

Caminaron todo el dia i a las cinco i média aparecieron a la vista de Manuela los tejados de la famosa ciudad de Ambalema. Parecia que habian quedado encendidos con los ardores del sol, i Manuela se condolió de una poblacion que no gozaba como su parroquia de la vista de tres o cuatro aldeas, porque no habia meditado que por la márjen de Ambalema pasaban las jentes de cien pueblos, i que las colinas pintorescas estaban aquí compensadas con las canoas, los champanes i las balsas, i ese gran tráfico de esportacion, único que da movimiento i vida a los pueblos circunvecinos de Ambalema. Llegaba la barqueta del paso público, i Manuela, aunque habia pasado el Magdalena por Peñaliza, tenia miedo de meterse en una barqueta recargada de jente, pues era nerviosa, como hemos dicho ántes, i se dilataba en levantar el pié para subir a la canoa, cuando el pasero la abrazó i la puso encima, no sin una esclamacion de horror que lanzó la viajera, porque ademas de ser cosquillosa el pasero era un monstruo que, por las escamas de diversos colores que lo cubrian, parecia caiman o pescado de los què llaman bagres. Manuela tomó su asiento en la barqueta i se tapó la cara; pero en el mismo instante oyó una voz conocida que gritaba desde mui léjos:

—Niña Manuela! Niño Dámaso! Aguarden al viejo!

CAPÍTULO XIX.

LOS CARTEROS.

El sol no iluminaba todavía ni aun las copas mas altas de los botundos, cuando se hallaba don Demóstenes conversando con Pia en la mitad del pequeño patio. Ésta de pié, asentaba con la mano la crin de la mula en que venia el huésped, miéntras don Demóstenes jugaba con el mechon, i tenian el diálogo siguiente:

—Manuela? le decia don Demóstenes.

—No se fué esta madrugada?

—Para dónde?

—Para Ambalema; pero guárdeme el secreto. Vino Dámaso i cargó con ella. Pobre de mi comadre!

—Qué disparate! I porqué se iria?

—Pues huyendo del gamonal!

—Hombre! Si ya salimos de él.

—Muerto?

—Encausado.

—Gracias a Dios, que al fin pagará en el presidio tantas picardías como debe.

—Lo que hubo fué que sus amigos lo sacaron de la cárcel.

—*Pu!* Entónces, qué gracia han hecho?

—Pero se ha largado para los infiernos, i no volverá jamas a la parroquia. Ahora qué hacemos para que vayan a avisarle a Manuela?

—Pero quién?

—Tu padrastro.

—Pues dígaselo usted; pero mucho será que él quiera salir de la ceniza. I me voi para la roza, porque ya es tiempo de que caigan los animales. Hasta luego! ¿No va, con eso me mata una docena de guacamayas?

—Vine tan de carrera! pero en fin, por allá me tendrás dentro de un cuarto de hora.

Ñor Dímas se estaba desayunando, i tenia el plato de palo del ajiaco en el suelo, en medio de las piernas, a tiempo que se le acercó don Demóstenes i desde a caballo le dijo:

—Buenos dias, mi amigo Dímas.

—Buenos dias, patron don Demóstenes.

—Desde que lo vi, concebí una esperanza.

—Luego me habia visto?

—Porqué me lo dice?

—Porque los ricos no alcanzan a ver a los pobres.

—Eso no me diga usted, porque yo venero el dogma de la igualdad entre todos los ciudadanos.

—Luego hai igualdad?

—Sí, señor: la república no puede existir sin haber igualdad.

—Ja, ja, ja! Me *reigo* de la igualdad.

—Cómo no? la igualdad social. Lucgo usted no cree que todos somos iguales en la Nueva Granada?

—Ja, ja, ja, ja!

—Porqué se rie usted?

—Porque sumercé es tan igual a yo, como aquel botundo a esta mata de ají.

—Está usted mui retrógrado, taita Dímas; el dogma de la igualdad es indispensable entre nosotros.

—I porqué no me saluda su persona primero en los caminos i se espera a que yo le salude? I porqué le digo yo mi amo don Demóstenes i sumerced me dice taita Dímas? I porqué los dueños de tierras nos mandan como a sus criados? I porqué los de botas dominan a los descalzos? I porqué un estanciero no puede demandar a los dueños de tierras? I porqué no amarran a los de botas que viven en la cabecera del canton, para reclutas, como me amarraron a yo una ocasion, i como amarraron a mi hijo i se lo llevaron? I porqué los que saben leer i es-

cribir, i entienden de las leyendas han de tener mas *priminencias* que los que no sabemos? I porqué los ricos se salen con lo que quieren, hasta con los delitos a veces, i a los pobres nos meten a la cárcel por una majadería? I porqué los blancos le dicen a un novio que no iguala con la hija, cuando es indio o negro?

—Eso consiste en que las cosas no se llevan siempre con todo el órden debido.

—Pues miéntras que se llevan, le digo a sumercé que aquí en esta Nueva Granada no hai igualdad. Ya sumercé sabe que los dueños de tierras de por aquí se ponen mui bravos cuando uno no les dice mis amos. I todavía está pensando sumercé en las igualdades? Devéras, que mi amo don Demóstenes tiene a ratos como a modo de rasgos de no se qué.....

—Mire, taita Dímas, o don Dímas, como usted quiera; traigo una urjencia tan sumamente grande, que no me deja esplanar delante de usted una doctrina. Es cuestion de minutos. Retrogrademos al principio. Lo vi i lo conocí, i no le saludé porque me entretuvo Pia. Dispénseme, don Dímas. Lo necesito ahora mismo para un mandado.

—Ya lo ven? Los ricos nos hacen caso a los pobres cuando nos necesitan. I qué es el afan de su persona?

—Que vaya usted en este momento a alcanzar a Manuela i me le dice de mi parte que el coloso ha caido por tierra, i que se devuelva en el acto a recojer los laureles.

—*Buuu*! Esos ya ni con los perros de mi compadre Lías.

—Pero ellos no caminan tanto como usted.

—El miedo es alto de cuerpo, ellos caminan como dantas.

—Eso ya es flojera, taita Dímas.

—Estoi tan ocupado!

—Dígame qué ocupaciones son esas, a ver si las podemos allanar.

—Pues mire, tengo por ahí algunas trampas, i hai que repararlas todos los dias.

—Los dos muchachos no lo pueden hacer?

—No sabe su persona que esos son esclavos del dueño de tierras?

—Pia?

—Esa tonta de mi entenada no vale un demonio, i mas desde que le arrimaron nuevos cuidados en el trapiche; i tambien es que me queria ir a cazar un *joso* macho que ha salido al pié de las peñas, i que esa sí que es la carne que me sabe a mí, i lo mismo a Melchora, i la manteca es mui vendible para remedio, porque sirve para hacer salir el pelo i las barbas; i que ahora seis meses cojí una *josa* parida, pero eso sí que me divertí peor que en unas fiestas de san Juan; porque el dia que la levantó....

—No me cuente, por Dios! no me cuente la historia, porque cada minuto que pasa es una cuadra de adelanto para los prófugos. Conque se anima, señor don Dímas?

—Pero esto del *joso* es lo que estoi pensando. Conque el dia que levantó la *josa* me le puse a la pata hasta que la hice encaramar en un estoraque.....

—Usted deberia hacerlo por el bien de Manuela. No quiere usted a Manuela?

—Es una niña mui buena, tiene cariño para todos sus conocidos i a

mí me mide el *miche* mejor que a los demas. Es una lástima devéras que se vaya a morir de la calentura ambalemera.

—Pues váyase a ver si la alcanza!

—¿Con cuánto para mojar el guargüero en esas profundidades i en esos arenales, i en esos calores del enemigo malo?

—Con doce pesos, no le parece?

—I dos para dejarle a la vieja para la sal?

—Es mucha sal para una semana; pero no alegarémos por eso.

—I dos para los tabacos?

—No se los alcanza usted a fumar; pero tómelos.

—Pues me voi.

—Va usted a contraer un mérito inmenso a la gratitud de esa familia i todo su partido.

Despues que recibió la plata el señor don Dímas, se entró a la choza a preparar sus útiles de viaje, despedirse i dejar sus órdenes, entretanto que el bogotano parado en el patio, o diremos mejor, sentado en su silla, contaba los minutos i los instantes. Cuando vió que se tardaba en salir su correo, le dijo:

—Don Dímas! Me parece que se le hace un poco tarde.

—Espere un poquito su persona, que cada prisa trae su despacio. Es que mis quimbas de viaje no parecen, i la güimba quién sabe qué la hizo esa loca de Pia. Yo no sé qué es que yo no puedo tener nada seguro en esta casa.

—Lo que tiene es que los viajeros se nos retiran.

—No va léjos el que corre, como el de atras no se canse. Deje sumercé i verá cómo mañana les doi patada.

—Pero dése prisa, don Dímas.

—Ahora es el rosario el que no parece. Yo no sé para que tiene uno jente en la casa.

—Váyase sin rosario, don Dímas, que eso no significa nada.

—Yo? Avemaría! Cuando en esas vegas i en esos zanjones del *Magalena* es donde asiste el diablo!

Al fin salió *ñor* Dímas persignándose, despues de despedirse de su amada casera, a quien llamó porque estaba en la quebrada, armado de un cuchillo i de un grueso garrote, i llevando una ruana pequeña sobre el hombro. Le dió la mano a don Demóstenes i tomó camino haciendo traquear los cascajos con sus quimbas de viaje, i echando humo de la churumbela de loza vidriada.

Don Demóstenes dejó la mula amarrada del papayo i tomó a pié la senda de la roza.

A distancia de tres cuadras se paró *ñor* Dímas en un cerrito desde donde se veia la roza i la garita de la guardiana, i con voces que atronaban la montaña gritó:

—Ooooh, Pia!

—Señoooor, contestó la guardiana.

—No te dejés comer las mazorcas de las guacamaayas!

—No señoooor!

—I me le das vuelta a la trampa del palmichal, i si la venada cayó me le quitás el cuero i me lo estacás, i me lo secás i me derretís el sebo, i me lo guardáas!

—Si señoooor!

—I mucho cuidado con toodo!

—Siiiii! le contestó la guardiana, i seguia dirijiendo sus gritos i sus maldiciones a las guacamayas hasta que llegó el cazador de escopeta, i subiendo dos atravesaños de la garita, de su propia cuenta, los restantes los subió tirado por la mano de Pia, la cual tuvo sumo gusto de ver sobre la plataforma de su castillo a un caballero tan buen mozo, tan rico i tan distinguido, porque Pia tampoco creia en la igualdad de clases de la Nueva Granada, i a todos los de botas los veneraba como si fuesen de una nacion distinta. En el momento le señaló las guacamayas a su protector i protejido, que se acababan de sentar en la roza, i estallando la escopeta de una manera terrible cayó un par completo, una de las guacamayas muerta i la otra herida; a lo que pasaba la manada volando por encima de la garita, descargó el cazador su segundo tiro i cayó otro par.

Es imposible que nadie se pueda figurar el alboroto de la roza. Las guacamayas, los pericos, las catarnicas, que son de la familia de los gargüerones, gritaban de una manera espantosa, i Pia gritaba i bailaba de gusto sobre la garita, i colmaba de cariños a su jeneroso auxiliar, cuyo protectorado era la mayor ganancia para la roza.

—Chupa, diablos! gritaba; coman mazorcas a costillas del estanciero, condenadas de los diablos!

—Ve a traer las aves muertas, que yo cuidaré de la roza, dijo don Demóstenes cargando la escopeta de nuevo.

—Bueno, patron, mate cuanto diablo arrime hoi a la labranza, dijo Pia, deslizándose por las escaleras para ir a traer los animales muertos.

Don Demóstenes i Pia se estuvieron callados para que se aquietasen los animales, i estos comenzaron a arrimar a poco rato. Un chauchau fué el primero que se atrevió a bajar de los cedros elevados a las matas de maiz i en el acto cayó muerto del escopetazo, i una ardita que saltó por el ruido, cayó con el otro tiro. Pia no habia visto jamas tales prodijios, porque una carabina que tuvo *ñor* Dímas era de piedra i no daba fuego hasta no negar por tantas ocasiones como las que San Pedro negó a Jesucristo. Pia recojió los muertos i heridos, i don Demóstenes se quedó sentado esperando al enemigo, junto de ella. Ninguno de los dos hablaba, ni hacia ningun movimiento que causara ruido, salvo los latidos del corazon de la guardiana, producidos por las emociones de la alegría. Pronto volvió la alarma, porque Pia le tocó el hombro al cazador, i le mostró con el dedo hablándole al oido i diciéndole al mismo tiempo:

—Mire el capataz de la manada de los micos! Apúntele al corazon.

—No puedo, Pia.

—Cómo no? Ahora que está en descubierto, échele fuego.

—Es contra mis principios.

—Mire que se le va!

—Es que yo no mato animales parecidos al hombre, desde el dia que maté la zamba; no te acuerdas del zambito por el cual lloraste?

—Sí; pero estos son ladrones i me tienen loca, i ellos no tienen escrúpulo como usted.

—Sinembargo, siento no poderte complacer.

—Por Dios, mátelo, patron, que yo le pago!

—No te canses.

—Deme la escopeta, pues.

Le cedió don Demóstenes la escopeta a la guardiana, i la instruyó de lijero; pero siendo el primer tiro que hacia ella, i teniendo el pulso mui alborotado, no es de estrañarse que lo errase al mayor de sus enemigos; pero se logró que toda la manada se asustase, i con eso se quedó conforme. Don Demóstenes se fué llevando una guacamaya para disecar i dejando mucha carne para la despensa de *ñucá* Melchora. Pia se quedó mui agradecida.

Pero volvamos al cartero. El dia que se fué supo que dos viajeros jóvenes, hombre i mujer, el uno a pié i el otro a caballo, llevaban el camino directo de Ambalema. Esto lo supo en una choza donde compró medio real de aguardiente para limpiar el gargüero del polvo que se le prendió. El camino carecia de casas laterales, pero apelando el viejo cazador de la montaña al arte injenioso de seguir los rastros, el fué siguiendo los pasos a una mula i a un arriero de alpargatas.

Al segundo dia llegó el cartero a un ranchito empalmado, no a comprar los dos pesos de tabacos, sino a comprar aguardiente, que era lo único que vendian en esa clase de posadas, en donde se veia un vidrito i una botella sobre una pequeña tabla, a manera de aviso, como se ve en Bogotá un guante donde se venden guantes, i un clavo i una alezna i unas tenazas donde se venden mercerías. En esta venta lo entretuvieron mas de média hora para asarle una vara de tasajo, la cual fué su almuerzo, con una arepa que le vendieron, i entretanto que lo despachaban les hizo unas tantas preguntas a las caseras, siendo una de ellas:

—Mis señoras! ¿Me dan razon si por aquí ha pasado una mocita de una cara mui pasadera que va a caballo en una mula mui buena, acompañada de un peon de buen *caite*?

—Por aquí no ha pasado, dijo la ventera, casi sin poner atencion a las señas del cartero, i rascándose al mismo tiempo el oido con la crucesita del rosario.

Al salir de la posada o venta de la botella, se encontró el viajero una hoja seca, i levantándola hasta la punta de la nariz dijo, hablando a sus solas:

—Esta hoja es de payaca, i de esta mata no hai por aquí sino en la montaña fria, i en esta hoja habia una tabla de cacao molido. Mucho será que la niña Manuela no haya posado i haya bebido chocolate en esta choza del diablo; por eso será que estas cochinas me han detenido tanto, i por eso seria que para decir esa *jipata*, "por aquí no han pasado," se tenia metida la pata de la cruz en la oreja para no mentir, como dicen que hizo nuestro patriarca señor san Francisco metiéndose la mano en la manga cuando le preguntaron los policías que si por ahí habia pasado un reo. Los marchantes me llevan seis horas, pero mañana por la mañana les doi patada; ya sé cuánto me llevan de ventaja.

Por la tarde se arrimó el cartero a unos caracolíes que convidaban al viajero con todos los rasgos de una poesía sublime, por la hermosura de esos jigantes vejetales mas grandes que los cedros i los nogales, con la sombra deliciosa i el silencio inmutable de los contornos, porque *ñor* Dímas era poeta, si es que hemos de dar crédito al adajio que dice, que de médico, poeta i loco, cada uno tiene su poco; i mucho mas siendo cazador, pues para estos profesores no son desconocidas las escenas espléndidas de la naturaleza, ocultas para el comun de las jentes.

—*Ajá!* dijo el cartero, caminando por debajo de los caracolíes, aquí se *pegaron* un fiambre. Las hormigas se van llevando las cáscaras de los huevos, aquí están los huesos de un pollo, aquí las hojas soasadas de los envoltorios, allí están los rastros de haberse lavado mi paisana en esta quebradita, éste es el rastro del pié de ella, que lo conozco como los rastros de Pia; pero se lavó ella sola. Ellos son i ya no me queda duda. Madre mia i Señora que yo los alcance ántes de que se me pasen del rio!

Con todas estas indicaciones seguia el ciudadano Dímas mui contento su dilatado camino: hasta la noche sacó candela, asó carne, comió arepa que habia comprado i se quedó al pié de un cumulá, que le pareció mui hermoso.

A las once del dia tercero, no habia adquirido el enviado noticias ningunas de los prófugos, i los rastros se le habian confundido con otros rastros. Hasta dudaba el ciudadano si se le habrian quedado atras en algun deshecho o en algun sesteadero. El sol era espantoso i no se presentaba una de esas ventas de una sola botella, para poder refrescar la humanidad. Iba sin camisa i rodaban por supecho rios de sudor. La arena estaba calcinada con el calor i hasta las zuelas de las quimbas (que es el calzado mas fresco de todos) le parecian planchas calientes al cazador de la montaña, cuando vió en un árbol llamado plomo unos piquetes que le llamaron la atencion, i se quedó lelo mirando el palo, con la boca abierta i las manos tendidas, en una figura tan lastimosa como se quedan en Bogotá los ilustres cortesanos, o las cortesanas, cuando aparece un papel pegado en una esquina exijiendo el pago de contribuciones, o un decreto mandando iluminar todas las ventanas por ser el aniversario de alguna matanza; i como tenia la costumbre de hablar solo, como los enamorados, prorrumpió en las voces siguientes:

—Este es el diablo o es mi compadre Lias, porque él es zurdo i pica con la mano izquierda, i las amelladuras suyas son porque él no quiere que se le gasten mucho las herramientas; i está cerca, porque la chorreadura del plomo no tiene todavía ni aun dos horas siquiera. ¿Pero qué diablos hacia el bestia de mi compadre ardiéndose los bofes entre los arenales de estos caminos del infierno? I si es mi compadre, con algun fin ha dejado estas señales: alguna buena vieja colmena, cuando ménos.

Miró *ñor* Dímas para la orilla del monte i advirtiendo la huella de algunas pisadas, se entró poco a poco, i de golpe esclamó:

—Venlo? Unos famosos garrotes de guayacan, i esos los vendo yo en la parroquia.

Cortó, efectivamente, algunos palos del monte nuestro viajero, i despues de esconderlos siguió adelante en busca de los emigrados; al cabo de un cuarto de hora oyó decir una palabra que lo dejó suspenso, i fué esta:

—Ole!

No vió por allí cerca a nadie *ñor* Dímas i dió unos pasos; pero se tuvo que detener porque le gritaron un poco mas recio:

—Compadre!

—Quién diablos me llama, dijo *ñor* Dímas, santiguándose i besando la cruz de pata de gallo de su rosario.

—Compadre *Límas!* arrime para este lado, le repitió la voz, i entónces fué que conoció el grito de su compadre Elías, i buscando algun camino que lo condujese al sitio, se metió por una senda que lo llevó

a una choza nueva, i allí recibió un abrazo de su compadre Elías, el cual le ofreció un trago; ofrecióle otro en reciprocidad Dímas, pagando con un peso de a diez reales, i se salieron ámbos al camino provincial para continuar su viaje, porque dió la casualidad de que ámbos iban para un mismo punto.

—Para dónde va mi compadre? dijo *ñor* Elías al cartero de don Demóstenes.

—Voi para el Guayabal a traer una fe de bautismo para unos novios.

—De esas guayabas no me mete a mí mi compadre, porque no soi de Mariquita, le dijo *ñor* Elías a su compañero, señalándole el pescuezo.

—I luego? le dijo el compadre.

—Que Dios me perdone el juicio temerario; pero lo que hai es que mi compadre se ha metido en la junta de los barateros i lo habrán mandado a comision; i eso sí no está nada bueno, porque de golpe caen en una todos los marchantes, i se los lleva el diablo a todos: ántes yo no sé cómo no está don Matías en el presidio, i lo mismo don Atanasio. Será porque son ricos, que si a un pobre le hubieran cojido las mulas robadas que les han cojido a ellos, ya no habia ni los polvos, porque las leyes no son sino para los pobres. Los ricos se salen con cuanto quieren para hacer sus robos de bestias en grande, i si hai revoluciones mucho mejor. ¿No vió usted mismo todas las mulas que se guardaron en la revolucion que pasó?

—I porqué dice mi compadre que yo ando en comisiones de la junta baratera? Eso es porque le sirve uno a personas que no son miserables, como muchos sujetos que le cuentan al arriero o al cartero los mordiscos de tasajo que ha de dar por el camino, i quieren que con un real se mantenga un peon en caminos estraños, i si es posible le dan plata chimba para que vaya peleando con las venteras de todo el camino, las cuales le dicen que tan pelada tiene la cara como los chimbos que carga, i otras cosas que se les vienen a la boca, i que para esas cosas si no la tienen chiquita.

—Pues si no es una cosa de soltar la gata, no sé como es eso de andar mi compadre con la bolsa de gamusa llena de pesos fuertes.

—Le voi a decir a mi compadre la purita verdad, pero mui en secreto: fué que me mandó de posta *ñor* don Demóstenes a alcanzar a la hija de la niña Patrocinio Soto, que se habia *juido*, para que se vuelva porque ya se llevó el diablo al gamonal de la parroquia, con la sumaria que le arremacharon, i ha salido *juyendo*, i ya no lo volverémos a ver jamas.

—Ahora le voi a decir a mi compadre que yo tambien voi de cartero; pero yo no voi ganando sino cuatro reales de tasajo i seis arepas, i tres reales para guarapo, i de paga me darán seis reales en plata pagándome a real por dia.

—Esa no me la mete a mí, compadre de mi alma! Porque era menester que lo hubiera mandado una de esas personas que dicen que son tan miserables que ayunan por no comer; i no se la creo a mi compadre aunque me lo jure con las dos cruces de las dos manos.

—Es decir que mi compadre me tiene a mí por el hombre mas embustero del mundo!

—Pues así; porque era menester que mi compadre fuera el zoquete mas zoquete de todo el distrito para que les hiciera mandados por esa

miseria de pago. Solo que sea el dueño de tierras, que son los únicos que pueden hacer esas cosas!

—No, compadre, para qué es decir; mi amo Cosme no ha sido.

—Yo no quiero saber. Lo que sé es que mi compadre es un salvaje, un animal, fuera de la crisma, por irse a dejar embaucar de los ricos. ¿Cómo yo le saqué a *ñor* don Demóstenes diez i seis pesos por el viaje i eso que allá fué a quererme endulzar con los cuentos de igualdad i de los derechos, como si yo fuera de esos que se dejan embadurnar con tantos cuentos bonitos?

—Compadre! usted dice todo eso, porque no es lo mismo tener entenados por el casamiento del doctor Móntes, que tener familia lejítima. Ah! la familia, la familia! Eso es lo sabroso!

—I la familia fué la que lo mandó?

—No; pero por la familia es que yo soi esclavo; por la familia me tienen sujeto, como se sujeta a un buei de la nariguera. ¿No se acuerda de la diablura que hicieron mis hijas con la tonta María?

—Sí, compadre.

—¿No sabe que iban a salir con sus años de reclusion, i que entre el dueño de tierras i don Tadeo les *insurparon* la causa i las dieron libres?

—Sí, compadre.

—Pues, *oriverá* que de cuenta de eso hoi me hallo de esclavo de todos dos, i de cuenta de eso don Tadeo, la vieja *Injuriana*, la Cecilia, la niña *Resura*, todos son dueños de mis cosas i de mi persona. A don Tadeo le he de regalar los cueros de los venados que cojo; las yucas, los plátanos i los frijoles; a la niña *Injuriana* le he de regalar las pollas que le parecen bonitas; a Resurreccion, toda la cosecha de guamas. I últimamente las dos hijas han tenido que irse a vivir al trapiche del amo, de cuenta que las libró de la reclusion de Guáduas. De manera que yo soi tres veces esclavo; esclavo del gamonal por la libertad de mis hijas i esclavo dos veces del dueño de tierras; i ahora me mandó con una carta la señora Sinforiana.

—Es mucho lo que puede un gamonal, esclamó el ciudadano Dímas; pero nuestro gamonal ha caido.

—Pero ya verá mi compadre como vuelve con mas rigor, i Dios lo libre a usted i a todos los que han ayudado para su caida. Cuidado con declararse contra don Tadeo ni hacerme decir la menor palabra contra él.

—Le parece a usted mui justo, mui legal, mui buen caballero?

—Por el contrario, creo que es de lo mas malo que puede darse, i que....

—I entónces?

—El miedo, compadre, el miedo; ¿no ve usted que tiene tantos recursos para hacer el mal?

—Por lo mismo debemos plantarle. ¿No ve usted que la culebra que se empica a hacer daño, se busca i se mata aunque sea la mas venenosa de todas?

—Yo voi a llevarle a don Tadeo una carta por mandado de la señora Sinforiana.

—Luego, dónde se halla el abuelo?

—En Ambalema, a la fecha; porque se fué *juyendo*, i es para llevarle plata i unas mudas de ropa i una carta.

—Pues voi a decirle a mi compadre una cosa.

—A ver!

—Que no le lleve la carta al hombre Tadeo, para que se lo acabe de llevar el diablo, i que podamos tener libertad, porque ya usted sabe que don Tadeo es un tirano que no tiene lei; i que no se meta mas con toda esa gabilla, i que eche a la punta de un cerro a la vieja i a la moza, i no se deje ensillar de ninguno de los tadeistas. I que ya ve mi compadre que don Demóstenes tiene plata i la afloja cuando es menester: ya le cuento que diez i seis pesotes me dió por el viaje. Esto no tiene ni que pensarlo. Toda la jente de parte de la niña Manuela es la jente mas acreditada. Anímese, compadre de mi alma, i arrímese a la jente buena.

—I que hacia yo con esta carta?

—Esa me la da, i se vuelve i allá dice que unos salteadores se la quitaron junto con la güimba i con las arepas.

—Bueno, compadre; pero eso sí, que no lo sepa Patricia, ni *ñuá* Melchora, ni persona ninguna, porque cuando ménos me envenena la vieja *Injuriana* o me mata Juan Acero por ahí en la montaña de una puñalada, q en uno de los gastos.

—No tenga cuidado, mi compadre, que habiendo salido del hombre Tadeo, ya somos libres. Es que mi compadre se ha dejado aterrar, i no es otra cosa.

—Pero mucho disimulo, compadre de mi alma! i le ruego que allá en la parroquia ni me salude siquiera.

—No tenga escrúpulos, compadre, de esas cosas. Ya ve que don Tadeo i don Matías con la plata i con los testigos falsos es que se han bandeado para mandar la parroquia i aturrullar a sus contrarios; ya vió usted a Simona lo que le sucedió i los de su casa, ya sabe usted todas las leyes que ha dado el cabildo, como la lei de la horqueta i de los burros. Conque estamos, compadre?

Se callaron por un rato los compadres despues que *ñor* Dímas recibió la carta, pero no dejaban de caminar a buen paso. *Ñor* Dímas se agachaba a inspeccionar los rastros de cuando en cuando, examinaba las bocas o entradas de las trochas i caminos, acesaba como un mastin fatigado i sudaba por todos los pelos de la cabeza.

De golpe se paró, se puso la mano en la frente i prorrumpió en este razonamiento.

—Estoi acabando de creer que el diablo acompaña a los que se quieren. Cuál me costó ayer para seguirles el rastro! A bañarse, a comer fiambre, a sestiar; pero yo no les perdia la pista a fuerza de mi talento. Pero hoi? El diablo podrá *desatar* las pisadas. La mula esa parece ser la misma; pero tiene el paso mui retrabado: un rastro de cristiano le sigue detras; pero es patica chiquita i de un pié torcido. Los marchantes se me han perdido, i si no me quedan atras, esos han cojido otro camino i se han ido a pasar el *Magalena* por otro puerto. Qué hago? Me vuelvo a buscarlos? Sigo para adelante? Agarro por otro camino? Me vuelvo para la parroquia? I para esto que se les ha puesto pasar por encima a cuanto diablo de arriero hai en el mundo. I si yo me aparezco sin llevar razon a la parroquia, qué me dirá don Demóstenes? I la plata que me he gastado? Qué me habria yo tragado cuando fuí a comprometer mi palabra? No era mejor estar cazando *josos* en la montaña, o poniendo mis trampas i sacando mis colmenas, que no asándo-

me los bofes por estos arenales de los infiernos?

—Está usted bien aburrido? dijo a *ñor* Dímas su compañero.

—Qué diablos me habria yo tragado cuando me fuí a dejar endulzar de las palabras del cachaco? continuaba diciendo el cartero de don Demóstenes.

—Compadre Dímas! Usted ha perdido enteramente el talento de las pisadas; usted ya no la pega sino para rastrear ratones de espina i morrocoyes.

—Compadre, usted es el que no sabe sino buscar las colmenas que yo he dejado señaladas, para comérselas, i servirle de recaudero a la Cecilia.

—Eso va de véras, compadre Dímas?

—Luego usted qué piensa, que porque sea mi compadre de mi alma i de mi vida, yo no le puedo meter unos porrazos en estos arenales?

—Pues si quiere tíreme, que puede ser que los ojos no le sirvan para acabar con el viaje.

—Pues tire!

—Sosiéguese, compadre, que los dos no podemos pelear porque somos compadres de sacramento, i porque tenemos secretos entre pecho i espalda que nos pudieran perder.

—Pero cómo mi compadre me viene aquí con insultos i vejámenes, cuando me veo mas aflijido?

—No hai que afanarse, compadre de mi alma. Usted se halla entotumado, i esos rastros se los *dèsato* yo con la pata izquierda.

—Esa sí que no!

—Apostemos un cuero de cafuche contra dos de *joso* hormiguero a que yo doi primero que usted con los fujitivos?

—Mas que perdiera yo los cueros de la venada que está empicada a la roza, i los cueros que usted dice, como topáramos a esos niños del diablo!

—Pues atiéndame, compadre, dijo el cartero de Sinforiana señalando las huellas del camino con el dedo gordo del pié izquierdo. Ábra mui bien los ojos i vea: este rastro es de la mula: lo que tiene es que se montó Dámaso, por alguna espinadura que trae en la pata.

—Pero este paso trabado?

—Es porque hecho el zoquete le habrá dejado las maletas en un solo lado, o se habrá puesto en la silla con la pierna recojida por encima. I la patica chiquita que va detras es la de ella que lo va siguiendo.

—Pero torcida? No ve usted que la niña Manuela no es cascorva, ni chagüeta?

—Válgame Dios! I no se puede haber tropezado, o no puede llevar alguna espinita que le haga torcer el pié?

—Me ganó mi compadre! Los novios van adelante i ya los llevamos corticos. Benditas sean las horas de mi amo i Señor! Apuremos, compadre, ántes que se nos pasen del rio, porque si llegan a caer a Ambalema, i se meten en un canei, ni los diablos que den con los rastros, i para esto que los cosecheros los *insurpan*, o los dueños de tierras.

A poco trecho volvieron a entrar los carteros en conversaciones mui amigables, i como la política es un tema que ocupa los ánimos en los tiempos de revoluciones, sobre ella vinieron a dar los dos ciudadanos granadinos.

—I usted por quién vota esto año para presidente? le dijo *ñor* Dímas a su compadre.

—Yo? por mi amo Cosme, porque si no me echa de la tierra.

—I yo voi a votar por la niña Manuela, porque ella me sabe medir el aniseado a mi gusto, i me lo escoje de contrabando, i ella me dijo que contaba con mi voto de este año. Yo lo que no he podido entender es este enredo del zurriago universal i secreto, ni para qué demonios sirven esos votos de todos los peones i criados i pobres de todas las parroquias.

—Es porque mi compadre no consulta con los *provesistas* i los tadeistas como yo, que son los que entienden eso del sufrajio *universario*, porque don Eloi i don Blas, i el amo cura, i los hacendados conservadores no quieren sino una lei en que voten los que sepan escribir i los que sepan tener algo de plata, o de renta, i que los demas no votemos. Yo entiendo algo la política, porque converso con *ñor* don Tadeo, i don Pascual, i la señora Sinforiana, i porque tengo caletre.

—Yo lo único que no comprendo bien es para qué nos hacen votar a la pura fuerza a todos los peones, i hasta los limosneros de otras parroquias.

—Es porque nosotros somos el gobierno i el gobierno es nosotros.

—Es decir, que yo soi don Tadeo, i don Tadeo es yo? o cómo es que usted me dice? Porque ya ve mi compadre que don Tadeo es el que ha estado mandando en los cabildos, i los jueces, i las elecciones, i todo.

—Compadre, no sea tan testarudo, no ve que es del gobierno grande del que yo le hablo? Del gobierno de los ricos? del gobierno de los sabidos? del gobierno de los militares? del gobierno del presidente que manda sobre todas nuestras personas i nuestros bienes, i nuestra voluntad?

—Pero lo que no entiendo es cómo el presidente es yo, i cómo yo soi el presidente, o el gobierno de la América de la Nueva Granada?

—Compadre, no sea tan de una vez! No es cierto que usted entiende que el Padre es Dios, i el Hijo es Dios, i el Espíritu Santo es Dios, i que no son tres Dioses sino un solo Dios verdadero?

—Eso sí lo entiendo, porque es un misterio de nuestra relijion.

—Pues lo del gobierno del pueblo es lo mismo i debemos creerlo, porque los blancos así nos lo enseñan.

—Pero entónces porqué mandan unos poquitos que el pueblo haga cosas que el pueblo no quiere, si el gobierno es el pueblo i el pueblo es el gobierno?

—Usted es una bestia, compadre de mi alma!

—Bueno, compadre; pero cómo es que hacemos el gobierno con el voto secreto i *universario* cuando ni usted ni yo votamos por nuestra voluntad, sino por voluntad de la niña Manuela i del dueño de tierras?

—Compadre, no sea tan caprichudo, no ve que todos estos son los misterios de nuestra República *perfeuta*?

—Así, sí, compadre, ahora sí comprendo cómo es la República.

—No ve usted? Esta lei del voto universario no la quieren los hacendados conservadores, como don Eloi i don Blas i don Vicente; i si no fuera porque mi amo Leocadio, i mi amo Cosme, i don Tadeo i los demas liberales la mantienen, ya la habian hecho olvidar.

—Pero, compadre Lías, porqué son estas guerras de cada nada?

—Porque el gobierno es alternable, i los partidos se tienen que remudar a balazos, porque así están dispuestas todas las cosas en nuestra costitucion i nuestras leyes, i para eso se ha mandado que los gobiernos tengan las manos cerradas i que sus enemigos las tengan sueltas. I este es un gobierno mui divertido, como dice don Tadeo, i él dice que aunque estemos en la pobreza que eso no le hace.

El sol se ocultaba detras de la sierra nevada del Ruiz: los carteros no habian alcanzado a los fujitivos, i los temores de que se embarcasen los hacian correr a pesar del calor que los ahogaba. Cuando faltaban pocas cuadras para llegar al puerto, *ñor* Elías se quedó en oculto para no hacerse sospechoso de una injerencia en los negocios de los manuelistas.

Cuando *ñor* Dímas avistó la márjen del rio tenia Dámaso un pié metido en la barqueta, i el otro puesto sobre la fangosa arena, i lo llamó con un grito de afan que a todos los hizo volver la cara. Dámaso se retiró unos pasos de la canoa, i despues de los abrazos de paisanos, amigos i copartidarios supo la comision que llevaba el cazador de la montaña. Llamó a Manuela, pero el pasero no la queria dejar salir.

—Amigo pasero, déjemela sacar, le decia Dámaso con tono suplicante.

—Luego no va para Ambalema la mosquita?

—No, señor, porque se vuelve para su tierra.

—Ménos por ahí, porque de estas peonas nos vengan muchas.

—Hágame ese favor!

—Salen estos moscas con unas batatas luego!....

—Por qué no me la deja sacar?

—Porque ya pisó mi barqueta i el tiempo no está para perder.

—I pagándole el real de la pasada?

—Ese es otro cantar. Sáquela i vaya i escóndala donde no la vea nadie.

Salió Manuela de la canoa teniéndose de la mano de su compañero, i luego que vió a *ñor* Dímas corrió a abrazarlo i a preguntarle por los de su casa; pero éste no le dió razon sino de Pia i de *ñua* Melchora, i le entregó el papelito que don Demóstenes le habia mandado, que no contenia sino la pintura de un Cristo al reves, bosquejado con lápiz, i le dió el siguiente recado:

—Don Demóstenes me mandó a decirle a usted que se volviera, i que le avisara que el *galoso* está ya en la tierra, i que se volviera usted a recojer los laureles de las coronas.

Manuela comprendió mui bien las señas del papel, i aunque el cartero no le pudo esplicar los sucesos de la parroquia, ella quedó convencida que el monarca estaba en el suelo, aunque no podia compajinar algunas contradicciones que habia en los últimos sucesos, como eran los gritos de ¡viva don Tadeo! ¡Viva la libertad! con el papel de don Demóstenes i el hallazgo de la sortija; pero el hecho era que la llamaban.

Libres como se hallaban los prometidos esposos, convino Manuela en pasar a conocer a Ambalema, i en el viaje siguiente de la barqueta pasó de nuevo a ocupar un asiento en ella.

Ñor Elías se volvió al dia siguiente, i al pasar por el plomo marcado con el cuchillo, se entró en el bosque a cortar sus guayacanes; pero no encontró sino las cepas, i viendo los rastros evidentes de su compadre, esclamó: esta sí no le aguanto a mi compadre! Me sigue

el rastro a yo hasta en estos montes como si fuera en la montaña de la parroquia! I me ha engañado no diciéndome nada en el camino, despues que nos juntamos. Ah, compadre de mi alma! El dia que me las pague ha de ser todas juntas!

CAPÍTULO XX.

AMBALEMA.

Las aguas del Magdalena reflejaban a las seis i média de la noche la claridad de la luna, i la barqueta del paso era arrastrada por la márjen a palanca i a gritos para echar la travesía desde mucho mas arriba del puerto, i al fin tomando los paseros el canalete la hicieron cruzar el rio en ménos de quince minutos. Al chocar contra la márjen del puerto de las balsas salieron los pasajeros i entre ellos Manuela, la cual tuvo que volver la cara al lado del rio para recibir una maleta que le daba su compañero Dámaso; a ese tiempo se le oscurecieron los ojos cubiertos por unos dedos tibios, i oyó la voz simpática de una mujer que le decia:

—Adivine!

—No doi, contestó Manuela.

—Es una paisana suya.

—Solo que sea Matea!

—La misma, esclamó la persona que le hablabla, i se abrazaron las dos paisanas.

—Mucho me alegro de verla.

—I yo lo mismo. Cómo quedan por allá todos?

Manuela dió cuenta a su paisana de su familia hablándole mui largamente de la mala suerte de Rosa, i respondió con gusto a todas sus preguntas. Le refirió la causa de su venida i el proyecto que tenia de volverse por las noticias de *ñor* Dímas, que quedaba del otro lado encargado de cuidar la mula.

—Pues ahora nos vamos a nuestro cuarto, le dijo Matea, i tomando calle arriba, se fueron conversando llenas del mas grande placer.

Manuela se fijó en el traje de Matea, la cual tenia enaguas de crespon blanco con fondo del mismo color; camisa bordada de seda negra, i un pañuelo de punto sobre los hombros. Sus dedos, garganta i orejas brillaban con los adornos de oro fino, i aun su cabeza, porque las peinetas estaban chapeadas del mismo metal. Tenia zapatos enchancletados, pero no tenia médias, i en la mano cargaba un rico pañuelo de batista. Muchas de las que se hallaban en los grupos del pueblo estaban vestidas de la misma manera, siendo peonas la mayor parte de ellas. Algunas se cruzaban fumando tabaco i caminando con cierto aire de liviandad i descoco, únicamente tolerable en los puertos i en los lugares demasiado calientes, pero que en otras partes no tiene disculpa. Los proletarios i mercachifles de todos los cantones, i de todos los colores, i de todas las razas, con escepcion de la anglosajona, i entre ellos los afamados bogas, llenaban la calle; i entre la vocería oia Manuela algunas frases demasiado

claras en el órden de la galantería. Las cantinas estaban abiertas, i de pasada veia la parroquiana algunas escenas de amor.

Por la calle preguntó Manuela a su paisana por Pablo, i ella la informó que habian peleado i que se habia ido a las minas de Santa Ana con una jóven chaparraluna. Al pasar por la plaza preguntó por la iglesia, i Matea le dijo que se habia quemado, i que seria mui conveniente que la levantasen, aunque allí la iglesia tenia ménos uso que en la parroquia de donde ellas eran nativas. Manuela se quemaba de calor, i este viaje del puerto a la posada, aunque lo hacia a la luz de la luna i viendo cosas estraordinarias, le estaba pareciendo tan largo como la jornada del dia, i un recuerdo de su amada madre i de Pachita i de sus amigas le hizo derramar lágrimas. Dámaso caminaba despacio, porque la estacadura de su pié le habia causado una hinchazon. Iban caminando con lentitud i silencio, cuando les mostró Matea la puerta de su habitacion.

Estaba abierta la puerta i la luz de la luna era bastante para ver el interior; pero Matea refregó un fósforo, i con su luz i la luz consecutiva de la vela, vió Manuela toda la estancia de su posada. Dámaso se tendió en una estera de chingalé en el acto de poner sus piés en el cuarto, i Manuela aceptó con agrado una hamaca socorrana que le presentó por asiento su paisana i se quedó callada por algunos momentos.

Miéntras tanto darémos razon de la vivienda de Matea. Era un cuarto de regular estension. Las paredes no estaban adornadas con grabados ni con retratos litografiados como las viviendas de las mujeres descalzas o semidescalzas de Bogotá, sino con un buen surtido de zapatos i de enaguas, que colgaban de una multitud de clavos i estacas. No habia tinaja de agua, ni piedra de moler, ni ollas, ni platos, ni cosa que oliese a gastronomía. No habia canapés, ni taburetes, pero habia dos hamacas i média docena de cajas de cedro i cumulá, i unas tantas esteras de chingalé enrolladas o estendidas sobre los ladrillos.

Manuela pidió agua a pocos momentos de estar sentada, la que tuvo que ir a buscar Matea a la calle, porque tanto del agua como del dulce i de la comida se proveia de las tiendas. Al mismo tiempo fué a encargar un chorote de agua de malvas para lavarle el pié al paisano Dámaso.

En la otra hamaca habia una persona que habia estado seguramente dormida, i al enderezar la cabeza saludó a los huéspedes con sumo cariño i les preguntó de dónde eran i si pensaban estarse mucho tiempo en Ambalema. Era una jóven de buenas facciones, con quien Manuela simpatizó i en un instante se hicieron sus ofrecimientos i quedaron amigas.

Al fin llegó la hospitalaria Matea, trayendo dos copas mui grandes de cristal llenas de agua para sus huéspedes; Manuela apuró la una con el ansia de un calenturiento, i esclamó:

—Oh! qué calor! Cómo pueden ustedes vivir aquí?

—Eso es miéntras que una se hace a la tierra.

—Qué desgracia tener que vivir aquí!

—Ahí verá que no, dijo Matea. Yo me hallo mui amañada, porque gano todos los dias mi peso en el trabajo de los aliños del tabaco, cómo a mi gusto, me baño dos veces al dia, a las nueve i a la oracion; bailo todos los domingos i una que otra vez en medio de la semana.

No dependo de nadie, porque para eso tengo plata; conmigo no se mete la justicia, i teniendo gratos a los empleados de la casa, no hai quien oprima mi voluntad ni quien me haga sufrir.

—I qué se necesita para tener grata la casa?

—No entrar ni por chanza a las casas de los empleados de las otras casas, ni comprar nada sino en la tienda o almacen de la casa.

—I si dan un artículo mas barato en las otras tiendas?

—Hai que comprarlo en la casa.

—I no sabiéndolo ellos?

—Eso es lo que no puede ser, porque los señores de las casas saben todas las pisadas que se dan en este Ambalema.

—Eso dice de los jesuitas el alojado que tenemos en casa.

—Es que de los jesuitas hablan cosas que son increibles, seguramente porque tienen enemigos.

— I la fiebre?

—Viene cuando quiere, i acabadas son cuentas. Es mejor un año bien vivido, que cincuenta mas de vivir entre la basura como los marranos, comiendo colí detestable, i temblando delante de la zurriaga de los amos, i de los capitanes, i de los mayordomos, i ganando un triste real del cual se tiene que gastar la cena i el chocolate, si es que el desayuno no se hace con caña mascada para criar lombrices.

Trajo una muchacha el chorote con el agua de malvas, i remunerada con un real en plata, se fué contenta. Manuela se puso a bañarle el pié a su compañero de viaje, en un rincon, i desde allí le atendia la conversacion a su paisana.

—I cómo ha sido, para librarse de la fiebre? No se ha querido asomar por sus puertas?

—La fiebre grande del año pasado se llevó unas cuatro compañeras que yo tenia, i solo me dejó la que está en la hamaca, que es arribeña. En ménos de tres dias estuvieron despachadas; pero vinieron otras cuatro, la una de Bogotá, la otra de la Villa, la otra de Villeta i la otra de Coyaima. Esta última es una indiecita pura, que no pasa de unos quince años, la cual se vino con toda su familia, porque les hicieron vender su tierra a menosprecio, i todas murieron ya, ménos Luisa Nucurú, que así se llama. Esta niña que está en la hamaca estuvo al entregar el *carapacho*, i yo no sé cómo escapó. Ahora estamos completas las seis que cabemos en este cuarto. Yo hago cabeza, les arriendo a peso por mes a cada una i yo me entiendo con el dueño. Esta niña es de Llanogrande, i dice que no se amaña aquí, porque no hai donde correr un San Juan a caballo, ni hai vacas para ordeñar, i se quiere volver para su tierra. Yo no quiero volver a mi país, hasta que no sepa que se tragó la tierra el trapiche de la Soledad i el del Retiro. Conque me sueño todavía oyendo los chirridos del trapiche o dándole palos a mi mula de carguería! Es verdad que aquí no trabajamos con mala gana, como allá en los trapiches de mi tierra; sino que nos tiramos a matar por acumular tareas para recibir una buena manotada de pesos *francos* el sábado por la tarde. Pero hablemos de todo; los bailes de nosotras las peonas, son mejores que los de las señoras de allá en el tiempo de las fiestas.

—Todavía es embustera?

—Mi palabra, Manuela. Oye usted la tambora i las trompas, i los clarinetes i los flautines, i los cornabacetes?

—Se oye mui bien, i la música me gusta mucho; lo que tiene es que me aumenta la tristeza.

—Pues esa música es de un baile de peonas.

—Devéras, Matea?

—Cuando yo le digo! I yo tengo parte i la convido, porque es un baile que hemos costeado las peonas *manojeras* para *obsequiarnos* a nosotras mismas.

—Pero Dámaso?

—Por mí no lo deje, dijo el enfermo. Vaya diviértase un ratico, que bastante ha sufrido, mi negra. Vaya con la niña Matea: vaya, vaya.

—I lo dejaba solo entónces?

—Luego Rufina, la que está en la hamaca? O es mui celosa mi paisanita?

—Celosa? Ave maría!

—Luego no dicen que en el celo está el amor?

—Pero a los hombres i a los patos, quién les sigue los pasos?

—Un ratico para que mi paisana conozca los bailes de las peonas de Ambalema i les cuente por allá a las parroquianas. Un ratico i nos volvemos a acompañar al enfermo.

Luego que Matea vió que el remedio estaba ejecutado llevó a su paisana al pié de la pared donde tenia su ropero, le puso una famosa camisa de tira bordada, le echó encima tres enaguas mas tiesas que el pergamino, i por último unas de crespon blanco; i bajando un par de babuchas se las puso, aunque Manuela no se las dejó enchancletadas; porque es necesario haber practicado esto por mucho tiempo para poder caminar con desembarazo. Se entiende que las médias no eran usadas por ninguna de las damas del cuarto. El arreglo se concluyó con ponerle a Manuela cintillo, panderetas i anillos de oro, que Matea sacó de su caja de cumulá, i presentarle un espejo para que se mirase. Tomó de la mano a su paisana la bondadosa Matea, i se la fué a presentar al afortunado Dámaso, que se habia quedado mui aliviado con el baño.

—Aquí le traigo una reina, le dijo. No le parece mui linda?

—Siempre hermosa! Siempre linda, linda para mis ojos en todo traje.

—Pero ahora, dijo Matea dándo un beso a Manuela, es la mas bonita de todo Ambalema.

Manuela se arrellanó momentáneamente sobre la estera para hacerle las caricias de la despedida a su amigo i partió luego con su paisana.

Dámaso no pudo resistir a un impulso de su corazon que lo llevó a la puerta, siguió con la vista los dos bultos hasta que dejó de oir el ruido de la ropa almidonada i se volvió a su estera pensando en la dicha de poseer la mujer mas hermosa de Ambalema, segun el testimonio de Matea i de su propia conciencia.

La arribeña de la hamaca se paró a encender un tabaco en la vela, sin ningun cuidado por su traje, que era mucho mas sencillo e insuficiente que el de una jóven espartana, consistiendo únicamente en el blanco túnico que le colgaba de los hombros i apénas le llegaba a la rodilla, lo que se llama *chingado*, que no es disculpable ni aun por los 30 grados del termómetro de Reamour, pues en los pueblos calientes del norte no es usado ni aun en el lavadero; sinembargo, en las tierras calien-

tes del sur i occidente no es mal recibido en los tiempos de sumo calor.

—I usted cómo fué para venirse de su tierra, preguntó Dámaso a Rufina.

—Yo soi de los llanos mas lindos que puede haber en el mundo, los de Llano-grande. Las chapas de palmares i caracolíes i otros árboles cortan a retazos los llanos engramados, i uno vé las yeguas i las ovejas i las vacas por donde quiera. Las estancias son aseadas i las jentes son tratables i jenerosas. Los bailes de cintureras son elojiados, aunque no hai tanto lujo. Ah, mi tierra! I para esto del San Juan no hai pueblo que se le iguale. Yo me sueño corriendo a caballo por las calles i por la sabana, i gritando ¡San Juan! con todo el aliento que Dios me ha dado, i aquí dicen mis compañeras que grito ¡San Juan! dormida, porque yo no sé que es que he dado en hablar dormida. A mí no me gusta Ambalema porque mi tierra no es tierra de esclavos como la tierra de Matea. I estoi buscando quien me lleve en esta semana, pues por eso no voi a baile porque vendí mis joyas de oro i mis trajes de seda i linon para llevar plata i poner una estancia, porque es la verdad que aquí sí se busca dinero; yo he juntado con mi trabajo i con una rifa que me saqué la cantidad de cien pesos, i no quiero gastar ni un solo cuartillo hasta ponerme en Llano-grande. Ah, mi tierra! que allá es donde se vive a gusto!

Así continuó hablando Rufina de su tierra i de algunos pasajes de Ambalema, cuando se apareció Manuela i saludó con estas palabras:

—A ver qué hacen por aquí?

—Nada, contestó Rufina: aquí conversando de mi tierra.

—Porqué se volvió? dijo Dámaso a su amada compañera.

—Por traerle de cenar, contestó Manuela, i acercando la caja de Matea, le puso la servilleta i varios platos en que traia cordero, gallina, arroz seco, buen pan i buen dulce, i dijo que se iba pronto, porque Matea la esperaba. A Rufina le puso un plato i se lo pasó a la hamaca, previendo que Dámaso no habia de tener la descortesía de no convidarla.

Matea habia convidado a cenar a su amiga al pasar por frente de una cantina, en la cual mandó servir cordero, jamon, pescado i ensalada de coliflor, i las famosas empanadas de maiz tan recomendadas en tierra caliente; mandó que les pusiesen vino i buen dulce de duraznos. Dicen los físicos que entre todas las reacciones la mas fuerte es la del estómago. Matea habia sufrido muchas hambres en el trapiche, i ahora que se hallaba con plata, comia un buen ajiaco o un cocido de carne gorda, i buen cuchuco i arroz por contrata; tomaba sus tragos de anisete i de vino en las tiendas, i en los dias de parranda o de paseo era despilfarrada para cuidarse i obsequiar a sus amigas. Despues de que cenaron las dos amigas fué cuando se propuso Manuela llevarle a Dámaso un bocado competente a la dieta que tenia que observar, i luego que se volvió a juntar con su paisana, siguió al baile con ella.

Eran cerca de las nueve i estaba la entrada obstruida por el pueblo. Se conocia que Matea tenia popularidad, porque de cada uno recibia un floreo, un dicho o una chanza de mucha confianza, que a veces retornaba con un puño o con una palabra de las de tapar orejas, de que sus agresores no se daban por ofendidos. Con los empleados de la casa tenia mucho crédito, porque habia despuntado por formal i trabajadora.

Al fin lograron llegar a la sala; i si Manuela causó novedad en el

concurso, principalmente en los hombres, la sala i su contenido la dejaron admirada. Era grande el local, pero no tenia sino una ventana i dos puertas, por lo cual i por la manía de bailar con ruana muchos hombres, las parejas estaban a pique de ahogarse de calor i falta de aire, como si estuviesen reunidas en el horno alto de la ferrería de Pacho. La luz era suficiente, gracias a sesenta velas de esperma con que estaba provista la sala. Los asientos eran taburetes i escaños. Las señoras eran cincuenta o sesenta peonas de los aliños, todas de traje blanco, i todas mui bien surtidas de oro. Los rostros eran morenos en la jeneralidad, siendo matizada la mayoría por una minoría de una que otra blanca de Bogotá, de Ibagué i de los pueblos altos de la banda oriental del Magdalena. Es notable cómo se han cruzado las razas en estos pueblos. Ya no se veia sino uno que otro tipo de las tres razas madres, la blanca, la indíjena i la africana. Habia hijas de Llano-grande mui agraciadas, indias de San Luis i de Coyaima, i morenas de Ambalema i sus cercanías. Para que no faltase nada que desear al estudioso de la historia natural, allí habia dos o tres ingleses puros que paseaban por la sala en los intermedios o que observaban desde las puertas.

Tocaron varsoviana i apareció como de los bastidores de un teatro el don Aniceto Rubio i sacó a Manuela con la mas notoria decision. Mil elojios estallaron en favor de la *mosca*, como decian los unos, i de la arribeña como decian los otros, i todos los ojos estaban fijos en ella. Gracias a las cortas lecciones de don Demóstenes, que si no hubiera salido mui deslucida la parroquiana. Un periodista hubiera dicho que Manuela habia causado furor, al ver los ademanes i las miradas de todos los hombres de todas condiciones i razas.

Eran pocas las lecciones de baile del alto tono que habia recibído Manuela, para igualar a las parejas de Ambalema, ejercitadas en el arte i exentas de timidez i encojimiento, lo cual es un obstáculo para que el baile adquiera todas sus perfecciones. Era un baile asiático el de las manojeras en cuanto a los colores, los trajes i la libertad. Todos eran dichosos, ménos Manuela, que tenia su corazon en la posada.

Luego que se concluyó la pieza se salieron las dos paisanas por el lado del patio, sin ser notadas sino de don Aniceto, que las fué a alcanzar para reiterar sus ofertas a la prófuga: habrian caminado una cuadra cuando detuvieron el paso para ver en qué paraban unos golpecitos que, al volver la esquina, estaba dando un cosechero. Al fin abrió alguno con precaucion i se alcanzaron a oir estas palabras.

—Vengo a ver si por fin me lo paga a cinco pesos, pero pesado en la romana en que me vendió la sal el otro dia, dijo el de afuera.

—A tres i en la de treinta arrobas, dijo el de adentro.

—Entónces, qué gracia? ¿No sabe que el viejo Aniceto me lo paga a cuatro? Tabaco libre i a tres? Ni pensarlo! Entónces mas bien me lo llevo para el canei.

—No se afane. ¿No sabe que los guardas de don Aniceto se hallan emboscados a la salida, porque le dieron denuncio?

—Pues bueno, por ser a usted se lo dejo así.

—Pero vaya ahora mismo i métalo por el lado del zanjon.

—Ah, pícaros! dijo don Aniceto, i el penitente salió corriendo.

—Qué significa tabaco libre, guardas, romana de a treinta libras? dijo Manuela.

—Es un cosechero que me está haciendo contrabando, teniendo obligacion de comprarme a mí la carne i la sal i de venderme todo el tabaco que coseche.

Un canto lejano vino a sorprender el oido de las fujitivas del baile cinturero, i Manuela esclamó con alegría:

—*Opita*, el bambuco!

—Es en Campo-alegre, dijo Matea.

—Pues a allá, paisana, porque eso no es de perder.

Se fueron las paisanas acompañadas de don Aniceto, atraidas por las voces melodiosas del canto: al pasar por frente de un corredor vieron a un hombre acostado, que tenia cerca un cabo de vela i una vasija con agua.

—Qué significa esto? dijo Manuela.

—Es un peon enfermo que no tiene casa.

—I el hospital?

—No hai.

—I con tántas casas, i tántos dueños de tierras, i tánto comercio, no haber un hospital para los peones inválidos? I por otra parte, tabaco libre i contrabando? Esplíqueme, don Aniceto. ¿Esta es la proteccion i la libertad que usted me ponderaba?

—Es que usted no sabe la guerra que estos marchantes nos hacen.

El canto era de una peona de Llano-grande que hacia un primo sin igual i de un peon de Ambalema que le hacia segundo, acompañándose con el tiple. El canto era fluido, libre i sonoro, i lo favorecia el temple de la atmósfera de média noche i el eco de los grandes edificios que se levantaban a los lados. Las armonías que tiene el bambuco en sus mudanzas conmovian sucesivamente todos los sentimientos de Manuela, haciendo pasar por su memoria los recuerdos mas dulces i las penas mas acerbas de su corta edad. Estaba hechizada la víctima de la parroquia, con una mano puesta sobre el hombro de Matea i los ojos fijos en el suelo, sin mirar nada, oyó los siguientes versos:

Te dió la tierra caliente
El garbo i los ojos negros;
Te dió color la sabana
I hermosura te dió el cielo.

Tus ojos son dos estrellas
I tus labios un coral;
Tus dientes son perlas finas
Sacadas del hondo mar.

Manuela no pudo contener un suspiro, i los hombres que estaban mas inmediatos la miraron con una curiosidad profunda, porque en el suspiro de una bella creemos ver el prospecto de una historia, así como pensamos que hai un dolor detras de un quejido. El bambuco inspira tristeza a los tristes, a los alegres les inspira alegría, i el que se estaba ejecutando era grave i heróico en algunas de sus mudanzas.

En estas funciones del pueblo descalzo es que puede hallar el observador de costumbres la diferencia de las canciones importadas de España i las canciones de la tierra caliente de Sur América. Las unas estudiadas en las academias con todas las reglas del arte, i las otras estudiadas en la garita, la canoa, la senda de la montaña o el

lavadero, sin mas reglas que el sentimiento i la inspiracion. Desde el momento se notaria que el estilo de aquel bambuco era blando, suelto, libre i armonioso como el canto del toche que las hijas de las estancias oyen desde la infancia en el platanar de su choza o en los árboles de su patio. La insinuacion era tierna i espresiva, alternando la calma con la tristeza i el dolor. Los sonidos eran flexibles, mui armoniosos por las influencias del clima que le da soltura i fluidez a la voz humana en la tierra caliente, así como en la tierra fria endurece i dificulta los órganos de la voz. En una salida de los niños de una escuela de Bogotá i la salida de los niños de la escuela del Guamo o Espinal se puede observar el fenómeno. Los primeros rasgan los oidos como la lima del cerrajero o los pericos de copete colorado, i los segundos en su alboroto forman un conjunto armonioso. El estilo del canto de la esquina de la Factoría tenia encantados tanto a los estancieros como a los bogas, tanto a los empleados como a los peones, i esto prueba que agradaba.

El canto seguia; pero a Manuela la llamaba un tierno deber hácia la posada.

Don Aniceto tuvo la bondad de acompañar a la viajera hasta la posada i en la puerta les conversó mas de un cuarto de hora sobre asuntos vulgares que lo mismo habria sido que los dejase para el siguiente dia. Matea viendo esto se aninró a decirle:

—Usted como que no ha de querer entrar a visitarnos tan tarde, ¿no es verdad?

—No tenga usted cuidado, *mi sia* Matea, que yo no soi de cumplimiento, no es verdad?

—Yo creia que usted tendria gana de dormir.

—Es mucho mejor gozar de la presencia de las bellezas.

—Muchas gracias, dijo Matea, pero usted tendrá pensado hacernos una larga visita mañana, la que de mi parte le estimaré muchísimo.

—Mil gracias! Tendré la complacencia de venir mañana, sin perjuicio de los momentos deliciosos que Manuela me conceda en esta noche. Es tan agradable su conversacion i sobre todo tan instructiva en el ramo de la política, aunque su bandera es distinta; porque esta niña es gólgota ahí donde usted la ve.

—Sueño es lo que yo tengo i cansancio, dijo Manuela.

—¿Es decir que ustedes me desairan la visita o que mi presencia molesta?

—No, señor, dijo Matea; por el contrario, yo lo aprecio a usted infinito.

Dámaso tenia deseos de que el negociado de la visita en cuestion terminase sin su injerencia; pero viendo que iba a lo largo llamó a Manuela. Al oir su voz tuvo don Aniceto la pena de despedirse sin hacerle a Matea la visita, aunque eran las doce de la noche.

Pronto pasaron las esplicaciones i narracion de Manuela para con su compañero; el cansancio la obligó a solicitar su cama. Matea le designó su hamaca, la desnudó de sus galas, i se estuvo acostada a su lado hasta que se durmió, que fué mui pronto. Luego que apagó la vela se acostó en una estera de chingalé, i es inútil decir que sin cobijas, porque aun cuando las tenia mui buenas, estaba la noche tan ardiente que el vestido era un estorbo. La puerta quedó abierta, porque no teniendo ni una sola ventana, el calor era inmenso.

A la madrugada tuvo mucha sed la viajera de la parroquia; prendió un fósforo, encendió la vela para buscar la jarra, i luego que bebió reparó que el cuarto estaba casi lleno de jente, porque despues que se habia dormido habian entrado cuatro personas mas sin hacer ningun ruido. Juzgó que eran las compañeras de Matea i tendió una mirada rápida sobre el campamento.

Junto de la puerta habia quedado, sin estar estrictamente ni adentro ni afuera, la socia de Villeta, que tenia mala cabeza i los tragos le solian dificultar la llegada hasta su cama. Mas adentro estaba Luisa Nucurú, de cuyas aventuras tenia noticias Manuela: se hallaba estendida sobre un costal de dos varas de largo, cuyo tejido mas ordinario que el anjeo se le habia marcado en el cachete i el brazo, i estaba vestida de lujo. Contrastaba el color de tabaco en polvo de su rostro con la blancura de su pañoleta de batista i su traje de muselina: resaltaba el oro sobre su cuello i sus orejas, i por una especie de sonrisa debida tal vez a la postura de la cabeza, sus dientes bellísimos contrastaban con sus morenos labios.

—Pobre indiecita! dijo entre sí Manuela, mas rica era cuando vestia su ruanita i su manta poseyendo sus tierras de Coyaima, que vestida de lino i seda! I es qué jóven i qué bonita!

La guamuna i la bogotana habian llegado seguramente a sus camas con mas tranquilidad que las otras pues que se habian desnudado de sus galas. Rufina estaba tambien dormida, pero llamaba a San Juan i aguijaba su caballo, durante el sueño, segun las palabras que vertia. Manuela la llamó para que se acostase bien. Matea estaba bien acostada, tenia una sábana mui fina por encima i su sueño era tranquilo. Dámaso tambien dormia con quietud, i sobre él fué que reposaron por mas largo tiempo los ojos de la observadora casual de toda la escena.

—Pobre! dijo Manuela; que por un gamonal haya de estar pasando trabajos!

Apagó la vela i se acostó en su hamaca, no volviéndose a despertar hasta que sonó una campana, que despertó a todas las compañeras de Matea, las cuales se vistieron de prisa, con enaguas de fula, pañolon lacre de hilo i sombrero de murrapo, para irse al gran canei de los aliños a tomar el trabajo desde las cinco i média, con los primeros destellos del dia.

Matea se interesó con su paisana para que no se fuera hasta el dia siguiente, a fin de que conociera la ciudad i sus curiosidades; le ofreció no ir al trabajo por tal de acompañarla, añadiendo a las razones de su peticion el no estar enteramente deshinchado el pié de Dámaso. En consecuencia de esto llevó Manuela a su paisana a tomar chocolate a Campo-alegre, i en la misma calle donde las peonas se desayunaban se sentaron junto de un brasero que una ibaguereña manejaba; tomaron chocolate con almojábana i queso; luego entraron al canei de la Compañía de aliños, en donde alizaban tabaco en un corredor solado con neme ciento cincuenta mujeres, pesaban i enmanojaban ciento veinticinco, apartaban clases, enlistonaban i levantaban prensas mas de doscientos hombres. Manuela se quedó asombrada de la actividad de la jente, en especial de las mujeres, que movian las manos con la lijereza con que las tominejas mueven las alas, i que dejaban el puesto con repugnancia cuando era la hora, por tal de ganar seis u ocho pesos en la semana, sin que

las arredrase ni el hambre, ni la sed, ni el calor, ni la fatiga. Honor al fundador de la primera casa de aliños, quien con sus cálculos comerciales, sus recompensas al trabajo i su espíritu de órden mantuvo en el interior de la república un plantel de especulaciones para los ricos i los pobres!.... *

Los empleados se paseaban por los corredores de sesenta varas de largo, i Manuela preguntó a su paisana cuál era el amo de su trabajo.

—Amo? esclamó Matea, haciendo sonar uno de sus cachetes con un puño que se dió, amo? De eso no se usa por aquí.

—Cuál es el que las sacude con la zurriaga, pues?

—Esta es la zurriaga que gobierna todas las cosas, dijo Matea, mostrándole tres o cuatro fuertes.

—I aquí no hai trabajo de noche?

—Suele haber; pero se alumbran con faroles todos los salones, el patio, el zaguan i la puerta de la calle; aquí no se sale ni se entra nunca en peloton, sino que las mujeres entramos o salimos ántes de los hombres. Lo mismo que en el trapiche de don Cosme i de don Blas. Cosa mui parecida....

De allí condujo Matea a la bella parroquiana a la Factoría que dejaron hecha los españoles, que es un edificio sólido i mui capaz, que sirve de oficina de aliño; pero del corredor se volvió Manuela tapándose las narices con su pañuelo por el olor pestilente de las garras podridas de los cueros i del neme con que se zulaquean las petacas de cuero. En todas partes órden i actividad, i peones esforzados i diestros en sus maniobras.

Despues de almorzar fueron al puerto de las balsas, en donde estaba la ribera circunscrita por esos buques de esportacion, que se componen de balsos i guadua, i que no sirven sino para una sola vez. Habia balsas con corrales de cerdos, de ovejas, de gallinas i piscos; los habia de frutas i de otros víveres, siendo una cosa curiosa la diversidad de figuras de las cubiertas, de los sombríos, i de los corrales. Las dos amigas se provocaron con el olor de las frutas, i preguntaron los precios de los mangos i de las naranjas. El balsero se estaba bañando; desde la mitad del rio hizo el trato, de allí les botó las frutas que pidieron, i luego se aproximó un poco a las compradoras para poder recibir la plata.

Por donde quiera recibia Manuela elojios a su hermosura, que le tributaban en discursos mas o ménos comedidos, desde los peones hasta los magnates de la casa. Los galanteos de los bogas se solian subir de punto, pero Manuela conocia su posicion de descalza i toleraba como todas las pobres.

Manuela ansiaba por bañarse; su paisana la llevó a un puerto donde ella se bañaba, mas arriba de la factoría vieja. Fué tan agradable como dilatada esta sesion, que no tuvo nada de secreta, porque del lado de la ciudad pasaban las jentes por la ribera, i del lado del rio pasaban los barqueros i los balseros. Galanes habia que no omitian la ocasion de dirijirles sus obsequiosos cumplimientos, que Matea sabia contestar con desenfado. La fama de la nueva peona, le atraia curiosos i aficionados por donde quiera. Cuando pasaron las dos amigas con enaguas azules de fula, por toda la calle, desde el rio hasta el cuarto, llevando el pelo

* Don Francisco Montoya.

suelto sobre sus pañolones colorados de algodon, fueron seguidas de infinitas miradas.

Las asistencias i el agua se obtuvieron de una tienda vecina, i Manuela descansó toda la tarde en la hamaca. Por la noche, hubo un rato de conversacion jeneral de todas las socias; pero habiendo salido a la calle Dámaso, Matea i las compañeras, Manuela se quedó con la juiciosa Rufina. Despues de un gran rato de conversacion, resultó que eran parientas; le preguntó cómo habia venido de Llano Grande, i Rufina le dijo:

—A los quince años me hallaba yo bonita, alegre i divertida, pero me quise divertir tanto que me pasé de lo mandado. Los bailes de mi tierra son afamados, las fiestas son consecutivas porque de un pueblo se pasa a otro, i el San Juan....eso no se diga, porque hombres i mujeres, todo el mundo monta a caballo a correr hasta cansar las bestias. Me pasé de alegre, como le iba diciendo, i a poco los parientes i la familia me quitaron el cariño i algunos hasta el habla, porque en mi tierra hai celo i hai vergüenza, i hai cierto castigo para la que se porta mal, que consiste en no hacerle caso, cuando ya echa por la calle de enmedio; a mí me sucedió que hasta los mismos que me hicieron odiosa para mis parientes dieron en no hacerme caso, i viéndome yo menospreciada en mi tierra, aunque estaba muchacha i buena moza todavía, le pagué a un balsero para que cortara cuatro balsos bien gruesos, los amarrara con bejuco i me trajera a Ambalema, sin que lo supiese ninguna persona. Yo aprontéel fiambre i una mudita de ropa; él su palanca i su tiple, i me embarqué en el Magdalena, llorando por mi madre, por mi tierra i por uno de los mismos que me habian menospreciado.

Cuando llegué al puerto de la Factoría, mi boga se despidió i cortó los bejucos de los balsos, para que se fuesen rio abajo. Me bañé para mudarme la uniquita muda que traia, a poco bajó la niña Matea i nos lavamos juntas, conversamos i nos hicimos amigas, me trajo a este cuarto, me hizo sacar ropa fiada de la casa de aliños, saliendo de fiadora mia i me llevó a los caneyes. Pero no estoi contenta, pienso en mi familia i en mi tierra; he juntado cien pesos de mi trabajo i de una rifa, me voi a pasar el San Juan a Llano Grande, despues pondré una estancita i viviré con arreglo. Creo que Dios me ha tocado el corazon.

Esa noche durmió Manuela tranquilamente. Dámaso se mejoró del pié i no hubo mas novedad, sino que dos compañeras no se quedaron en el cuarto, pero volvieron a los tres cuartos para las seis.

El viaje estaba resuelto; despues de estar todo dispuesto se despidieron Manuela i su compañero; pero al salir de la puerta les intimó la órden de prision un comisario acompañado de cuatro jendarmes i a empujones fueron a dar a la cárcel.

El calabozo que le tocó a Manuela era oscuro aunque tenia una ventana que daba a la plaza, i su primer acto de desaliento fué dejarse caer sentada en un rincon i ponerse a llorar por algunos minutos. No habia sino una compañera de posada, de la que no hizo caso por entregarse a sus lamentos.

A poco tiempo llegó un esbirro a perturbar las meditaciones i los suspiros de la víctima, diciéndole que lo siguiera, i fué conducida delante del tribunal del crímen a dar su declaracion. El juez estaba sentado en una silla de brazos, sobre un teatro que se levantaba vara i média

sobre el piso de la sala, a Manuela le señalaron por asiento un banco, sobre el cual temblaba como jelatina, i su semblante estaba desfigurado por el miedo que la poseia. El juez le dijo:

—Está usted acusada de complicidad en el robo de una mula i denunciada como prófuga de su parroquia. Responda usted a todas las preguntas sin faltar a la verdad. Cómo se llama usted?

—María Manuela Valdivia.

—De dónde es usted?

—De la parroquia de ***

—Su oficio?

—Amasar, revolver i hacer velas para la tienda.

—Usted es casada o soltera?

—Soltera; pero vine con intenciones de casarme aquí.

—Porqué se vino usted de su tierra?

—Porque un gamonal me perseguia i para los gamonales no hai justicia.

—Responda usted a lo que se le pregunta i nada mas; con quién se vino de su tierra?

—Con un hombre que se llama Dámaso.

—Qué es de usted Dámaso Bernal?

—Es el que va a ser....mi marido; i si no hubiera sido por el gamonal ya nos habríamos casado.

—Responda usted a lo que se le pregunta. Usted vino a caballo?

—No, señor, vine en una mula que le alquilaron a mi compañero.

—De qué color es la mula?

—Retinta.

—Que fierro tiene?

—No lo vi.

—En dónde posó usted el dia ántes de llegar al puerto?

—En la Ceiba.

—Con quién habló usted en la Ceiba?

—Con mi tocaya i con don Aniceto Rubio, que estaba acostado en la hamaca.

—De qué conversó usted en la Ceiba?

—Del familiar i de la política.

—No mas?

—No mas.

Luego que los sayones volvieron a encerrar a la desdichada víctima, sacaron a Dámaso de su calabozo, i sentado en el mismo banco, respondió a las siguientes preguntas:

—Quién trajo a Manuela Valdivia a Ambalema?

—Yo.

—A pié o a caballo?

—A caballo, en una buena mula retinta.

—Qué fierro tenia la mula?

—Dicen que es una K.

—Luego usted no lo ha visto?

—Yo no conozco letras.

—De dónde hubo usted esa mula?

—De don Atanasio Gómez, que me la alquiló.

—Manuela Valdivia es casada o soltera?

—Soltera como tantas solteras que están viviendo en esta ciudad sin

que nadie les pregunte por qué camino han venido, i ella se casará conmigo mui pronto.

—En dónde posó usted la noche ántes de llegar aquí?

—En la Ceiba.

—Con quién conversó usted?

—Con la niña Manuela Villar.

—Usted no habló con algun caballero?

—Creo que en la hamaca habia un hombre de los de la clase de botas; pero no hablé con él ni le vi la cara.

Despues de confesionados los presos duraron tres dias sin que los jueces los volviesen a interrogar. Matea era la que no cesaba de acudir a la reja por la tarde i por la mañana. Por conducto de ella consiguió de un empleado veinticinco pesos prestados a rédito por un mes, a razon de a real diario por cada peso, para subvenir a los gastos mas necesarios.

El sayon que custodiaba los presos le avisó a la víctima de la parroquia que bien podria tomar fresco a las horas de la noche que quisiera en la reja, porque un señor le habia sacado la licencia, i que ese señor le haria una visita cuando no hubiese jente por las inmediaciones.

De consiguiente, Manuela no se quitaba de la reja, esperando la brisa fresca de la madrugada i la cita de un aristócrata, porque señor quiere decir un grande en la Nueva Granada. No habia mas luz en la cárcel de mujeres que la del cigarro de Manuela, ni habia quien oyese, porque su compañera dormia con suma tranquilidad, despues de haber cometido un asesinato, pues con las revoluciones aprenden las jentes a quitar la vida a sus prójimos, con la misma facilidad con que las cocineras quitan la vida a los pollos. La víctima se aflijia mas de ver pasar los grupos de jente libre i de oir cantar el bambuco en algunas tiendas. El bambuco la hacia llorar recordándole su tierra, su familia i sus mejores ratos.

¡Cuántos reos de crímenes atroces, decia, se estarán paseando, miéntras que yo me hallo sumida en un calabozo, i miéntras que mi huésped de la parroquia no cesa de elojiar la igualdad legal de la Nueva Granada!

A tiempo que la luna se ocultaba detras de las colinas que cercan a Ambalema, se acercó un individuo de vestido blanco, i le dijo:

—Cuánto siento la desgracia de usted, hermosa jóven!

—Mil gracias, señor, dijo la prisionera, i reconoció la voz de don Aniceto.

—Creo que puedo salvarla.

—Tanto se lo agradezco, señor don Aniceto!

—No hai puerta que no se abra con llave de plata.

—Ai, qué gusto! Cuándo, don Aniceto?

—Puede usted salir dentro de média hora i seguir en el momento al canei del Guayabo con la persona que la saque. Allí no sabrá nadie de usted i lo pasará divinamente, está?

—I Dámaso?

—Él puede marchar a la noche en un barqueton que mi casa despacha para Mompos con tabaco superior de plancha libre, me comprende? i yo lo recomendaré con una carta.

—Entónces si no hai otro recurso me espero a la noche i me voi para Mompos.

—A esos temperamentos?

—A morir donde él muera, porque así lo tengo jurado.

—Son exajeraciones. En el Guayabo queda usted mui bien.

—No podrá ir Dámaso al canei?

—Eso de abrigar encausados es mui delicado para los dueños de tierras.

—No tanto, don Aniceto. Bien que les gusta servirse de los encausados i hasta de los reos que sacan de las cárceles porque les sirvan de balde.

—Pues le hablo a usted con franqueza, me entiende usted? las cosas no estaban preparadas sino de ese modo.

—Pues le doi las gracias. Aquí me quedaré; o iré a la reclusion de Guaduas, o iré al cementerio a descansar para siempre, si la fiebre me da estando en este calabozo.

—No piense usted en esas cosas, preciosa Manuela. Yo estoi pronto a servirle. Cuente usted conmigo. Piense usted el asunto i mándeme a decir con Matea su resolucion. Ante todas cosas yo he venido a decirle que me nombre su defensor en la causa. Adios, yo volveré por acá.

Pronto estuvo concluida la causa de hurto i rapto, i se presentó un oficio al juzgado en que un individuo reclamaba a la jóven prófuga i la mula, presentando los poderes auténticos de los jueces de la parroquia.

Se hizo comparecer a Manuela para notificarle la resolucion, i estando en el juzgado entró el apoderado que debia hacerse cargo de ella. Era don Tadeo.

Manuela se puso pálida i no se sabia qué indicaban sus facciones, si rabia o espanto.

—Usted queda bajo el poder de este señor que la ha reclamado con un poder especial, le dijo el juez a Manuela.

—Es el enemigo que me perseguia en la parroquia, señor juez; es el gamonal mas depravado i mas infame. Los documentos que haya presentado son falsificados por su propia mano, porque él sabe falsificar todas las cosas de los juzgados. Cuando me vine de mi parroquia quedaba triunfante de las autoridades; cuando yo venia por el camino pasó huyendo porque ya se le habia vuelto el Cristo de espaldas, i ahora pretende apoderarse de mí, lo que no habia logrado con ofertas, ni con amenazas, ni con leyes del cabildo, ni con perseguirme últimamente con los comisarios i los policías. Yo vengo huyendo desde mi tierra por escaparme del poder de este tirano, i ¿tendrán valor los señores jueces para entregarme en sus manos?

No pudo continuar la víctima porque los sollozos i lágrimas la ahogaban, i entretanto que se reponia, pidió don Aniceto que se cotejasen las firmas del oficio i del poder con las firmas de las autoridades de la parroquia estampadas en algunos documentos oficiales, i declaró el secretario i un adjunto que las firmas i la letra eran autógrafas.

—Queda, pues, la prófuga a cargo del señor Tadeo Forero, dijo el juez, i mandó estender la dilijencia por escrito.

Manuela alzó las manos al cielo, i dijo: conozco que solo Dios puede librarme de este tirano.

El comisionado se habia levantado del asiento i le instaba para que siguiese. Manuela miraba a los jueces i a la barra, i parecia que meditaba en algun arbitrio supremo, cuando entró Matea al juzgado, i temblando de angustia i precipitacion, esclamó.

—Señores jueces, que se detenga un minuto la resolucion. Traigo

aquí una carta que sirve para aclarar este asunto, i pido que se lea.

—Que se lea, dijo el juez; no hai inconveniente ninguno.

El secretario leyó, i el papel decia lo siguiente:

Parroquia de ***

Señor Júdas Tadeo Forero.

Mi apreciado amigo: – Va el portador con el objeto de que usted se retire inmediatamente de Ambalema, porque las cosas se están poniendo mui malas: volvieron los hacendados a cojer la causa que se siguió contra usted por el robo de caballos, i por abusos de autoridad i qué sé yo qué mas diabluras. Parece que Manuela i Dámaso se fueron para esa, sin saber que habiamos roto las puertas de la cárcel unos cuantos amigos para sacarlo a usted i al denodado Juan Acero. Escóndase usted debajo de la tierra porque van a mandar requisitoria. – Mande a su afectísimo compadre i socio que besa su mano.

Matías Urquijo.

—I cómo prueba la señora Matea que es auténtica la carta?

—En el archivo, número 6.° letra B, hai comunicaciones de esa parroquia, i existen unos oficios pidiendo unas mulas de las espropiadas durante la revolucion del señor jeneral Melo, i están escritas i firmadas por el señor Urquijo como alcalde parroquial, dijo don Aniceto.

—La firma es la misma, dijo el secretario despues de rejistrar el cajon número 6.°

—Hai un indicio grave, dijo don Aniceto, contra Júdas Tadeo Forero, i yo pido que se le prenda miéntras que se pone un posta a esa parroquia dando cuenta de lo sucedido, i entre tanto la mujer acusada de complicidad en el robo de la mula debe escarcelarse i yo la fio de cárcel segura con tal que vaya depositada al canei del Guayabo, que es una casa bien caracterizada.

—I qué se hace con el acusado por el hurto i rapto? le preguntó el secretario al señor Juez.

—Que siga en la cárcel hasta que pruebe cómo ha adquirido esa mula.

—Yo quiero quedar en la cárcel, señor Juez, favor que pido como desgraciada, como perseguida, i como débil. Yo deseo permanecer en la cárcel todo el tiempo que tarde en aclararse este asunto.

—Yo me opongo, dijo el defensor, porque seria una injusticia de que se hablaria despues, i con razon. Estoi por el depósito.

Se quedó el juzgado en silencio por unos minutos. Conferenció el juez en el solio con uno que otro que se acercaba, miéntras que Manuela estaba sentada en el banco, sostenida por Matea, porque ya no podia resistir a los golpes diversos que estaba recibiendo. Al fin dió el juez la sentencia de este modo.

" Hágase cargo de la acusada el señor Aniceto Rubio con tal que la deposite en una casa de respeto. Permanezca preso el acusado, miéntras que vuelve el posta de su parroquia i del juzgado del circuito; quede en calidad de retenido el señor Júdas Tadeo Forero, i lo mismo el señor Juan Acero."

Manuela se resistió a salir de la cárcel, i conmovidos los jueces de sus lágrimas, le concedieron veinticuatro horas de plazo. Consultada por Matea sobre su resolucion, le contestó.

—Prefiero estar junto de Dámaso, aunque sea con una pared de por medio, i escuchar sus recados por medio de usted i oir el murmullo de

su voz; prefiero el encierro de este calabozo a la molestia de oir los ofrecimientos i las propuestas que me vengan a hacer los protectores de la humanidad; i con respecto a los ofrecimientos de don Aniceto yo le digo la verdad, que no sé a cuál le tenga mas miedo, si a don Tadeo o a don Aniceto; porque hai ciertos dueños de tierras que creen que tener un puñado de tierra o un mundo de tierra los autoriza para decidir de los precios de las cosechas, de la suerte i del honor de las estancieras i de las sentencias de los jueces. Te digo la verdad, Matea, que de un dueño de tierras déspota i arbitrario i de un gamonal astuto yo no sé con cuál me quede. Por eso he pedido por favor que me dejen en la cárcel. I por otra parte quiero librarme de las impertinencias de mis apasionados, si es que no me obligan a ponerme bajo la autoridad del dueño de tierras. Qué haria con el cuarto ocupado a cualquier hora por todos los que tuviesen a bien visitarme? No sabes que los proteccionistas o protectores nos tratan poco mas o ménos a las descalzas, aunque en esta clase no faltan algunas que sean honradas; o es que tambien estás pensando en los cuentos de la igualdad como mi huésped don Demóstenes?

Manuela fué restituida al calabozo por favor del juez, que se compadeció de su suerte i de sus lágrimas. Matea dió cuenta de todo a Dámaso por la reja de la cárcel, don Aniceto se mostró mui admirado de la estupidez de Manuela i seguia empeñado en protejer a la cómplice del delito de hurto, cuando se apareció en el puerto un amigo viejo de Matea, la cual lo conoció al saltar de la barqueta i le preguntó el objeto de la ida, i éste despues que le pasó la sorpresa de ver a la hija de la manca Estefanía adornada de panderetas i sortijas de oro, i de mui buen vestido aunque no estaba de tiros largos ese dia, le dijo:

—Vengo de posta a traer las requisitorias para que metan a la cárcel a ese pícaro de Júdas Tadeo i al infame ladron de Juan Acero.

Matea condujo al posta al juzgado, i con gritos que fueron oidos por don Tadeo i por toda la jente, iba diciendo:

—Viva la justicia del cielo! Aquí están las requisitorias para prender a Tadeo Forero i a Juan Acero, como reos prófugos! Viva mi paisana Manuela!

La jente se agrupó en los corredores i salas del juzgado, i en presencia de todos dijo el juez:

—Queda libre Dámaso Bernal de todo cargo, queda espedita Manuela Valdivia para tomar el camino que quiera. Tadeo Forero i su compañero Juan permanecerán en la cárcel como reos prófugos convictos de horrendos delitos en su tierra.

Don Tadeo presentó un escrito atestado de citas de la Recopilacion Granadina, protestando contra la sentencia, tratando de tiranos a los jueces i de mui poco premunidos contra las influencias de los señores feudales, i por eso fué puesto en el cepo con dos agujeros de por medio.

Manuela compró unas piezas de loza de porcelana para los regalos de las amigas, guardó en su petaquita de vena de palmicha la sortija de oro que Matea le mandó a su hermana Rosa, se despidió de Rufina i de las otras compañeras, i bajó con Dámaso i Matea al puerto de las balsas, i allí se embarcó, despues de mil abrazos i de mil protestas de gratitud para con la jenerosa i decidida Matea, que tanto le sirvió en

sus trabajos. Al ocultarse Manuela detras del amarillento barranco del puerto se paró en la márjen e hizo el último saludo a Matea batiendo su pañuelo, a lo cual contestó su libertadora ajitando su pañolon colorado, que se quitó para el efecto.

Ahora nos resta esplicar algunos acontecimientos como por via de apéndice.

La carta del señor Matías Urquijo, que unos salteadores debian tener en su poder, segun el testimonio de ñor Elías, no estaba sino en el poder de ñor Dímas, i éste viendo que pasaban tres dias sin que sus coparroquianos volviesen de la ciudad, temiendo que la fiebre ambalemera, como la llamaba él, hubiese dado cuenta de ellos, dejó mui recomendada la mula que estaba cuidando, i pasó el rio, i por señas fué a dar al cuarto de su paisana Matea; i sabiendo en las que andaba su pobre paisanita, le dijo a Matea que él tenia una carta para don Tadeo, que tal vez daba algunas luces sobre el asunto, i por eso fué que ella corrió al juzgado a presentarla.

Manuela volvió a posar a la Ceiba, i allí le refirió a su tocaya todas las bondades del dueño de tierras, esto es, de don Aniceto.

Ñor Dímas arrimó de pasada a recojer los garrotes de guayacan, pero no los halló, i despues de observar con cuidado, concluyó sus cálculos jurando para sus adentros que su compadre le habia hecho el contrafómeque, a pesar de haberlos dejado traspuestos i mui bien escondidos.

Volvió Manuela a la posada de la choza de las tres hermanas. El sordomudo le dió a entender que las mulas que habian pasado la noche que ella se quedó en la casa las habian vuelto a pasar para el lado de la sabana i que un hombre habia pasado con tres garrotes de guayacan al hombro. Tuvo la destreza de darle a entender que era mui linda, que él se iba a quedar mui triste por no poder acompañarla, i en suma, que estaba enamorado de ella. No sabemos si los sordomudos i los simplemente bobos tienen mas pronunciado el órgano del amor, o es que el ocio de sus facultades mentales i de sus fuerzas físicas los inducen a la galantería.

En la parroquia se acababa de saber que Manuela habia sido precisada a huir para Ambalema i era estremado el afan de doña Patrocinio, de don Demóstenes i de todos los de su partido; pero supieron su llegada con anticipacion de cinco horas i la esperaron con voladores i música. Era el triunfo del partido a fuerza de persecuciones i de alboroto; Manuela se hizo la víctima parroquial, que representaba las ideas de todo un partido, que al fin se llamó manuelista por la misma razon.

Llovieron los parabienes i las visitas en la casa de la señora Patrocinio, i hasta el cura se congratuló con sus vecinas por la pronta vuelta de la novia perseguida; pero le hizo presente a doña Patrocinio la conveniencia del casamiento dentro de quince dias a lo sumo.

La libertad se sentia, se palpaba en la parroquia aunque los hacendados gobernaban, porque habia verdaderas garantías, las que dan la justicia, la moderacion, la intelijencia i la decision por la estabilidad de las sanas doctrinas, i de la paz ante todas cosas. Habia caido la república ficticia de don Tadeo, que no era otra cosa que la tiranía encubierta con el velo de la democracia, porque tal habia sido la astucia de aquel gamonal, que por desgracia no es el único en nuestros pueblos.

CAPÍTULO XXI.

LAS CONFIDENCIAS.

Los pueblos que no sean iluminados por la luz completa de la libertad vivirán en la miseria de los lapones que no ven la luz soberana del sol, sino a largos intervalos de tiempo. Cuando a los cambios de los gobiernos se siguen las fiestas i cesan las persecuciones i los conatos de la reaccion, se puede asegurar que el cambio, si no era absolutamente justo i necesario, era por lo ménos popular. Esto fué lo que sucedió con la caida de don Tadeo. Todo el distrito rebozaba de alegría, con escepcion de los tadeistas, los cuales refundidos en el goce comun de las garantías, no tenian sinembargo porqué turbar la alegría de la parroquia.

Manuela brillaba con la dicha del noviazgo, que es la candidatura del puesto mas elevado de la mujer; Dámaso cruzaba la calle del Cauchо a la luz del dia; la marrana de Manuela se revolcaba en todos los pantanos de la parroquia i sus ejidos; i el burro carguero rebuznaba i corria por las calles como si jamas hubiese conocido a los policías. Los parroquianos se reian; comian, bailaban i conversaban sin temor de los esbirros ni de los espías. La libertad se sentia en el bienestar de los ciudadanos, tanto descalzos como calzados, aunque don Demóstenes no la predicaba ahora como lo hacia pocos dias ántes don Tadeo, suscitando el odio de los ciudadanos de quimbas contra los ciudadanos de botas fuertes. La libertad era un hecho que se sentia por todos, como se siente el calor del sol aun por los que son ciegos de nacimiento.

Despues de haber estado Manuela escondida en el zarzo, asilada en una roza de maiz, i presa en un calabozo de la ciudad de Ambalema, su familia, sus amigas, su lavadero i su libertad la tenian ahora estasiada. Recibia frecuentes visitas, en todas las cuales tenia ocasion de relatar algo de su viaje al Magdalena.

Un dia despues de volver del charco del Guadual se hallaba Manuela en el dintel de la puerta de la sala, con vista a la calle i a la hamaca, donde estaba leyendo su amado libertador, i luego que éste cerró el libro por haber terminado un párrafo interesante, le dijo ella:

—I para qué estudia usted esos libros de amores?

—Cómo, para qué?

—¿No tiene hartos amores verdaderos para divertirse, sin echar mano de historias que sacan de su cabeza los que no tienen oficio?

—Yo amores? i hartos amores? Vaya una ocurrencia bien estrafalaria la tuya!

—Ajá! ¿No tiene usted amores de número 1,° de número 2,° de número 3,° i de número 4.°?

—Así se ha de conversar!

—I me lo niega?

—Te lo niego; i así son todos los cuentos de las mujeres.

—I lo que vemos, i lo que oimos?

—Ilusiones!

—Es decir que usted me niega los amores de la catira de Bogotá?

—Esos se acabaron, porque ella se denegó a seguir mis opiniones relijiosas; no te lo dije?

—I mi señora Clotilde, la del Retiro?

—Eso no tuvo efecto. Imposible, estando de por medio Juanita, que se quiere vengar de sus calabazas en cada amante que ve! I luego la muerte de la guacharaca i la espropiacion de la mantequilla, i la vergüenza que tuvo Clotilde de salir con un tambor cruzado por el comejen, i mis manos sucias con la mugre de las manos de Rosa: todo parece que lo hizo el diablo en ese dia de la visita.

—Válgame Dios! no sea Usted tan perro. Pero vamos adelante con la cuenta. La catira de la parroquia?

—Cuál catira?

—Mi prima.

—Cuál prima?

—Ahora sí! Conque usted no conoce a Marta?

—Marta? Qué hai con Marta?

—Usted sabrá; usted que ya no quiere salir de su casa.

—Yo?

—No: Ayacucho.

—Conque yo no quiero salir de la casa de tu tia Visitacion? Pues que se publique en la crónica de la parroquia.

—Los hombres todo lo embrollan por hablar mas que nosotras; pero como en hablar no consiste que una cosa sea cierta o falsa! I qué me dice usted de la hija del sacristan, que es el número 4.°?

—Paula?

—Paula, la cándida Paula, la inocente Paula. Lo que yo no comprendo es cómo usted quiere quitarle su modestia i su inocencia despues de tantos elojios como usted nos ha hecho de la niña Paula. Conque ya usted ve que tiene amores así, dijo Manuela, i juntó todas las yemas de sus dedos en un solo punto, i luego los dispersó por el aire.

—Esos no son amores, Manuela, dijo don Demóstenes, empujando la hamaca con el tacon de la bota.

—Serán *quinchones*, entónces.

—Son los deberes comunes de la amistad, o cuando mas, los rasgos de galantería que la urbanidad prescribe. Lo cierto es que no hai reglas para conocer cuándo las manifestaciones son de amor.

—Pero tampoco hai reglas para conocer cuándo no son amor. I así, entre cariño i urbanidad i amistad, como usted dice, va marchando el amor a la sordina.

—Déjate de cabilar! Lo que tú dices lo dicen otros, i no por eso es la verdad. Eso de Marta hasta peligroso me parece, porque el padre es mas intolerante que un arzobispo.

—Malaya! Qué considerado es el niño! I cuando se pasa las cuatro i las cinco horas en la casa de mi tia?

—Hai un misterio que tú no comprendes.

—Todo lo que usted dice, i todo lo que lee, i todo lo que piensa son misterios, a pesar de que usted mismo ha dicho que nada de lo que es oscuro, secreto i misterioso le agrada. Yo los misterios que venero son los de la doctrina cristiana, i nada mas.

Pues entónces te diré que hai una incógnita. Escucha, Manuela, para que no juzgues a los hombres con tanta temeridad, como lo acostumbran

todas. Cuando se sale de la capital a hacer la guarnicion a un pueblo pequeño, o ciudad, i lo mismo cuando se sale a mudar temperamento, hai que matar el tiempo de alguna manera agradable. Almuerza uno i lee un pedazo de novela, i le hace limpiar al muchacho las botas i los tiros de la silla de montar, i el barro de los zamarros. ¿ I qué hace despues con diez horas útiles que le sobran? Visitar.

—No hai como saber las cosas a fondo! Ahora comprendo porqué fué que usted se estuvo donde Marta el dia que yo me fuí a hacer el mercado, desde las diez que almorzó hasta las cuatro que lo llamaron a comer.

—Pero debes estar en que todo no fué visita, porque ese dia leí varios capítulos de los Misterios de Lóndres, acostado sobre una barbacoa que tenia un junco, que conversaba a veces con tu tia Visitacion, i que jugaba con el gato blanco, el cual no es entonado como este gato colorado de aquí, que se parece tanto a tu apasionado don Júdas Tadeo. De manera que las seis horas no fueron todas destinadas al culto de Marta.

—En eso tiene usted razon, dijo Manuela, porque Marta, i mi tia, i el gato se relevaban para hacerle a usted la visita. Yo lo sé todo de una manera positiva. Usted se estuvo acostado encima de la cama del pan.

—En eso de positivo no convengo, porque de una cuadra a otra varian enteramente las noticias.

—I como tuvieron que atenderle, el horno se enfrió, i se pasaron los sobones de lequdos.

—El testigo que no es idóneo no da certidumbre moral.

—I el pan se pintó ese dia i se quedó sin alzar.

—I para todo esto, tiene la lójica sus reglas establecidas.

—I no fué tan poquita la pérdida, porque el amasijo no bajaba de dos arrobas.

—De manera que el misterio está descubierto : la necesidad de matar el tiempo ha sido la causa de mis visitas a Marta.

—Es decir que usted no ha tenido ningunos amores?

—Puede ser que los haya tenido, pero esa es una clase de fruta que se pasa como los anones.

—Eso les sucede a los hombres porque son mui veletas.

—I ustedes?

—Nosotras somos constantes, yo por lo ménos.....

—Constantes?

—Sí.

—Sabes que en el mundo haya alguna cosa que sea constante?

—Eso sí, don Demóstenes!

—Como qué cosa?

—Como los que se quieren bien, i como tantas cosas.

—Desengáñate, Manuela; todo lo que comienza acaba. Esta es una lei que lo comprende todo.

—Pero no al amor, don Demóstenes, cuando es verdadero.

—Al amor mas que a todo, porque el amor es un edificio que está fundado sobre la arena.

—Cómo sobre la arena?

—Sobre las ilusiones, que por cierto no constituyen una base demasiado sólida.

—I luego el matrimonio perpetuo?

—El matrimonio perpetuo es bueno para alargar los dias del amor?

—De fuerza!

—De fuerza? Sábes tú que los grillos sirvan para quitarle al prisionero su amor a la libertad? No, Manuela, en esto de la indisolubilidad del matrimonio no han hecho los católicos otra cosa, que aflojar las ligaduras del matrimonio por quererlas apretar demasiado. Para la perpetuidad del matrimonio se necesitaba que alguno de los papas hubiese espedido una bula estableciendo la perpetuidad del amor.

—Entónces esplíqueme usted, qué cosa es amor?

—El amor es una ciencia práctica que no se comprende por medio de definiciones. La constancia es el reverso del olvido, ¿i qué sentimiento hai que no se disminuya con el olvido? Qué jóven viuda conoces tú que vista de luto a los dos años de la pérdida del esposo? Qué marido hai que a los seis meses llore por su esposa que feneció jóven i llena de gracias? En qué casa se siente al cabo de un año la despedida de un proscrito, lo mismo que el dia que se le vió partir en medio de los sayones? Créeme Manuela: si existiera en realidad el "siempre," que es el Dorado de los amantes, la naturaleza no habria previsto los inconvenientes que traerian para los fines universales del amor los caprichos de algunos amantes, el celibatismo de los viudos i de los separados por algunos inconvenientes irremediables. De manera que la constancia habria sido en parte un inconveniente para el amor, i no te quede duda.

—No, señor, no me queda duda, porque mi corazon está lleno de constancia, dijo Manuela, poniéndose la mano encima del pecho.

—Lleno de ilusiones, Manuela; porque en el mundo no hai nada constante, ni aun el mismo mundo. El piso de esta sala estuvo sirviendo de asiento al océano, segun los fósiles que se encuentran en los ejidos de la parroquia; el polvo que tú arrastras del patio con la escoba i la tierra que las lluvias se llevan de tu huerta, irán a formar nuevas costas en donde se cosecharán ubas i aceitunas, en vez de los tomates i el ají que se producen en esta parroquia. I si esto sucede en un mundo compuesto de rocas ¿qué no sucederá en un corazon compuesto de las fibras mas delicadas de la constitucion humana? La constancia está en oposicion por otra parte con la alternabilidad, que es la perfeccion de nuestras instituciones. La constancia se opone al órden constitutivo de la naturaleza, que es de reproduccion i aniquilamiento, i aniquilamiento i reproduccion. El dolor se sigue al placer, i el placer al dolor; pero no hai quien se ria ni quien llore por un mes entero, sino que se intercalan las emociones, i éstas se apartan con los intermedios de la calma. I se puede decir que todo va bien, porque este es el órden establecido. ¿Qué haria yo con el dolor de esta espinadura que tengo en uno de mis dedos, si fuera un dolor constante? I en verdad te digo, que estoi desesperando.

—A ver! dijo Manuela, parándose del umbral de la puerta i sentándose en la orilla de la hamaca.

—No ves cómo tengo la yema del dedo?

—Ahí tiene lo que se saca de sus cacerías. Es una espina de chonta. Tenga quieta la mano i verá como se la saco con la aguja.

—Pero no me toques.

—Tan flojos que son los hombres! i temblando usted i moviéndose la hamaca no hai modo, porque lo pico.

—Te ofrezco no moverme.

Manuela comenzó a rodear la espina con la punta de la aguja, i sopló con su boca el dedo del enfermo. Don Demóstenes sufria la operacion contemplando detenidamente el rostro de la cirujana.

—Ai!

—Está fuera, dijo Manuela; ya verá qué pronto se alienta, porque yo tengo mui buena mano.

—Magnífica! Mil gracias, por tus bondades.

Manuela se quedó sentada en la hamaca con la mano puesta en la cara; triste, confusa i abatida.

—Estás preocupada con la constancia? O es que tienes alguna espina en el corazon? Confiésame la verdad, le dijo don Demóstenes a su interlocutora, despues de un minuto de silencio.

—Le protesto que yo le seré constante, respondió Manuela distraida.

—A quién? dijo don Demóstenes de pronto.

—A Dámaso, a mi novio. ¿No sabe que me voi a casar dentro de quince dias, echándome esas cadenas tiránicas de que me habla?

—Fundada en la virtud de la constancia ¿no es esto?

—Sí, don Demóstenes.

—I en la perpetuidad del amor, no es esto?

Volvió a quedarse callada Manuela; parecia que las palabras de su huésped le estaban dando mucho en qué pensar, a pesar de la fe que tenia en la constancia i en los auspicios de la perpetuidad del matrimonio católico, cuando vió entrar don Demóstenes a doña Patrocinio con una grande artesa de cedro en los brazos, i le dijo:

—A ver qué nos dice usted de la cuestion de la constancia?

—Yo no estoi sino por la cuestion de la chicha para las tiendas, porque de la tienda es de donde sale para mantener la familia. Pero a ver qué es lo que usted quiere que yo le diga?

—Pues escuche, doña Patrocinio: la cuestion es ésta. ¿Siendo pasajero el amor se podrá fundar en él la union del matrimonio con las cadenas de la perpetuidad?

—Ahí no está Manuelita que le responda? Porque yo le digo la verdad: tengo que revolver dos barriles de chicha i el mazato se está pasando.

—Manuela está corrida, no la ve? Usted, como que tiene mundo i esperiencia, nos puede decir si la institucion del matrimonio católico indisoluble hasta la muerte no es contraria a la libertad; i si la separacion con causas legales no seria mui conveniente; esto es, con el permiso de contraer nuevas nupcias con nuevos consortes, porque lo contrario seria un disparate.

—Siempre está usted con sus argumentos de relijion i de libertad; lo mismo era don Alcibíades, i por esas sus conversas de los forasteros es que nos están acabando de echar a perder la parroquia.

—Usted me quiere sacar a otra cuestion, doña Patrocinio, i la cuestion cuestion es la cuestion del matrimonio perpetuo.

—Pues les diré lo que a mí me pasó, dijo la madre de Manuela colocando entre las flores i los papeles de la mesa grande su artesa de mazato. Yo viví hasta los diez i seis años al lado de mi señora madre, mui honrada i mui sosegada, porque mi madre nos daba mui buena enseñanza a mí i a mis otras hermanas, i con sumo recojimiento porque mi

padre no dejaba que las jentes nos tratasen poco mas o ménos; i esto del rezo i la confesion i de la misa iba todo como en casa de buenos católicos. En estas i las otras nos conocimos con el difunto (que Dios tenga en el cielo) i nos tratamos, i él me pidió por esposa. Me casé con el consentimiento de mis padres, con las bendiciones de nuestra santa madre la Iglesia. A esta casa nos vinimos a vivir, que entónces no era nuestra, i hai que advertir que tanto el difunto como yo éramos pobres. Al año tuvimos a esta Manuelita, que se crió alentada i bella como una azucena, i no me dió que hacer porque ni era enferma, ni era llorona. Trabajábamos como destajeros para poner casa propia i algunas finquitas, mi esposo con los tratos, i yo con esta tienda que usted conoce. El pensar que la familia habia de necesitar de una casa propia i surtida con los útiles necesarios, me hacia desvelar trabajando i ahorrando, i buscando de cuantas maneras yo podia. Despues tuvimos a otro niño, que murió de las viruelas, despues a Gabrielito, i ha de saber usted que Alejo a los tres años estaba cambiado en cuanto al cariño que al principio me tenia.

—Lo oyes, Manuela? dijo don Demóstenes.

—Ya no me hacia los mismos cariños, ni se chanceaba conmigo lo mismo que ántes; los cariños no eran sino para esta niña Manuelita, que era un dije de linda: mi marido hacia poco caso de mis quejas, i me burlaba, i en todos los desacuerdos sostenia que yo carecia de razon. Dió en jugar a la primera con mi cuñado Pacho, i me dejaba sola hasta las diez o las once, i casi siempre llegaba de mal humor; de modo que ya mi marido no era el mismo de cinco años ántes.

—Oido a la caja, niña Manuela!

—Pero mi marido no habia dejado de ser buen cristiano. Cumplia con los deberes de la Iglesia, i no daba escándalos en el pueblo, porque lo que fuere se ha de decir, porque por la verdad murió Nuestro Señor Jesucristo. A los seis años tuvimos a Pachita. Alejo no se rozaba conmigo, sino allá por un alicuando; pero yo sabia que sus cariños no eran sino para mis hijos; veia que se mataba trabajando para mis hijos, i él me veia cuidadosa con sus hijos i sujeta a mis obligaciones; enteramente consagrada a la casa por el amor de sus hijos, por cumplir con las obligaciones que me habia echado encima desde el pié del altar, i yo me consolaba viendo que el amor no estaba perdido en nuestro matrimonio, sino repartido.

—Oido a la caja, don Demóstenes! dijo Manuela.

—Porque es la verdad, continuó diciendo la señora Patrocinio, que yo habia pasado al estado de una clueca (i perdóneme la comparacion) porque la clueca pierde el brillo de las plumas, abandona la compañía de las otras gallinas, se vuelve loca buscando el grano, i cuando lo encuentra se lo deja a los pollitos; la clueca se enflaquece, se pone fea i no cesa de estar vijilando los peligros de parte de los gatos o los gavilanes, i el amor que le pierde al gallinero se lo pone a los pollitos. Yo procuraba cumplir con mis obligaciones de cristiana; Alejo era un hombre de mui buena conducta, mejorando lo presente; los bienes se iban aumentando, la familia crecia i se le enseñaba lo que se podia; pero ni yo ni Alejo le andábamos buscando salidas a la lei del matrimonio perpetuo: creo que era porque no nos faltaban virtudes.

—Oido a la caja, don Demóstenes.

Así lo íbamos pasando, cuando sucedió la revolucion del señor Melo, i cojieron a Alejo vendiendo unas dos cargas de arroz en la cabecera del canton, se lo llevaron a Facatativá i le quitaron las dos mulitas. Yo lo fuí a ver con Manuelita, i ese dia nos volvimos locas de llorar, porque lo tenian encerrado en el cuartel, vestido con un saco de bayeta ordinaria i con un gorro tambien de bayeta; estaba flaco, ojerudo i triste como usted no se lo puede figurar. Apénas le permitieron hablar unas cuatro palabras con nosotras en la puerta del cuartel i se quedó llorando. Alma bendita! que me parece que lo veo, en la formacion, cuando sacaron su batallon a la plaza....

—Oido a la caja, don Demóstenes, dijo Manuela.

—Yo me vine para acá, i cuando volvimos a saber fué cuando nos dijeron que lo habian matado los constitucionales en el cuartel de San Agustin, en el asalto que dieron a la ciudad el 4 de diciembre de 1854.

Manuela i doña Patrocinio lloraron; don Demóstenes se enterneció por el fin de esta relacion, que era por cierto mui dolorosa; i despues que doña Patrocinio se limpió los ojos, añadió:

—Esto llaman libertad, señor don Demóstenes: dicen que todo va bien, i que tenemos un gobierno mui sabio, mui humanitario i mui republicano, que tenemos mucho progreso, i yo digo que así será. I volviendo a nuestro asunto, le digo que don Alcibiades fué el que me dió las últimas noticias de Alejo, porque a sus piés cayó muerto de un balazo en la frente, i supimos por boca de un desertor que inmediatamente despues de la toma del cuartel, recojieron despues del triunfo los vencedores a todos los muertos en carros i los llevaron a enterrar. Yo le mandé hacer aquí sus exequias. Alma bendita de Alejo! I lo que ha de ver usted es que Alejo habia sido alcalde, tesorero, mayordomo de fábrica i síndico del distrito.

—Yo fuí uno de los que atacaron ese cuartel. Qué cosas! Pero ir a defender don Alejo un partido revolucionario que se habia pronunciado contra los principios radicales, esto me parece falta de republicanismo.

—¿Pero no sabe usted que los cojen en las calles o en los mercados, los amarran o los aseguran entre la tropa i los llevan al matadero con el nombre de ciudadanos armados?

Diciendo esto se fué doña Patrocinio a revolver la chicha, i don Demóstenes se quedó callado, meditando seguramente sobre alguna idea de la mayor importancia. Manuela lo miraba de hito en hito, sin atreverse a interrumpirle sus meditaciones; pero al fin le dijo:

—Oyó, don Demóstenes? oyó todo lo que dijo mi mama?

—Desde luego. ¿Sabes que hasta ahora le encuentro una vislumbre de solucion a la cuestion de la perpetuidad del matrimonio católico? Despues de haber leido la Matilde, las cartas persianas i mis clásicos de la escuela social, ¿sabes que esas palabras de tu madre "el amor se habia repartido," me han dado en qué pensar?

—I usted tampoco habrá metido en cuenta las virtudes, i ya le oyó decir a mi madre la parte que la viutud ocupa en el asunto.

—Tu madre me ha iluminado.

—Ya verá como *ñuá* Melchora i Pia i *ñor* Dímas le hacen conocer cosas mucho mas importantes para el gobierno, que esas sus novelas que usted llama sociales, i sobre todo usted va a ganar mucho con haber visto cómo es el gobierno de la parroquia.

—Por eso tengo intenciones de ir al congreso, porque he tenido algun estudio de las costumbres; pero necesito que tú me saques todos los votos de tu parroquia para senador de Bogotá, porque el año pasado fuí representante por un pueblo de la costa, en donde los electores no me conocian ni aun por mi retrato.

—Es lo mas fácil; pero desde ahora le hago un encargo.

—Qué cosa?

—Una lei en favor de mi mama i la familia.

—No mas?

—No mas.

—Tajada?

—Sí, señor.

—Véamos cuál es la tajada de la niña Manuela.

—Es ésta. Segun la lei con que hacen ahora las elecciones, los ciudadanos vienen a votar siete veces aquí a la parroquia por congresistas, presidentes, cabildantes i todo lo demas. Pero los conservadores de las haciendas se van a empeñar para que las elecciones se hagan a gritos en la mitad de la plaza, i que esto se haga en un mismo dia, i me tiene mas cuenta que se sostenga la lei del voto universal, en los siete dias, porque de este modo gastan los peones i arrendatarios que vienen desde dos o tres leguas, o de mas cerca, siete veces la chicha, el aguardiente, el ajiaco i los tabacos; i con la lei de los conservadores no gastarian sino un solo dia, esto es, de cuenta de las elecciones.

—I sabes que tu proyecto es el mas patriótico? Porque como te dije en el zarzo de esta misma casa, el voto universal es para que tengan parte en la soberanía los criados, los soldados, los peones i los mendigos, porque de lo contrario no hai tal soberanía del pueblo, sino soberanía de la aristocracia i de la oligarquía; i el voto directo es para que no se pierda su virtud, la voluntad del elector, pasando de mano en mano, o de boca en boca por medio de apoderados. I por lo que hace a los siete dias diversos que designa la lei, eso ha sido con la mente de que se civilicen los ciudadanos, que se instruyan en sus derechos con el continuo roce de las cuestiones populares de la República, como los atenienses que vivian en la plaza haciendo leyes i decretando honores o proscripciones a los hombres mas beneméritos de la patria.

—No tendrian ni amos que servir con su trabajo personal ni matas que desherbar, ni roza que lorear, ni las mujeres tendrian gallinas que despulgar en la casa, para estarles llevando las ollitas de comida desde la estancia.

—Ciertamente los atenienses tenian esclavos que trabajasen la tierra a su nombre, i lo mismo les sucedia a los romanos todo el tiempo que fueron republicanos. Bueno, Manuela: tendrás tu tajada, pero es menester que andes con mucha viveza para que no te ganen la eleccion los oligarcas.

—Qué van a ganar! En todo este distrito parroquial nadie sabe qué cosa son las elecciones, ni para qué sirven, ni nadie vota si no le pagan o le ruegan o le mandan por medio de la autoridad de los dueños de tierras o del Gobierno. Yo gastaré unas botellas de aguardiente, i con esto ganaré o compraré la mayor parte de los votos; deje usted i verá.

CAPITULO XXII.

LA OCTAVA DE CÓRPUS.

A las doce del dia sonó un alegre repique, seguido por una docena de cohetes que oyeron con sumo placer los estancieros de la parroquia. Era la víspera de la octava de Córpus, que celebra todos los años la república cristiana. Al mismo tiempo se estaban adornando las pilas, altares, lámparas i bosques por las personas que, con dos meses de anticipacion, habian sido nombradas por el cura. Es preciso confesar que éste no procedió con acierto al escojer las personas que debian adornar las pilas; porque Manuela i Cecilia representaban los dos bandos políticos de la parroquia. El resultado fué que Dámaso tuvo parte en la obra de Manuela; que los manuelistas formaron de la pila el pendon de su partido; i por lo mismo la pila de Cecilia se convirtió en la enseña del partido tadeista.

La pila de Cecilia tenia una portada revestida de pañuelos, muselina, lazos de cinta i muchos espejitos redondos. La de Manuela, adornada con laurel, líquen, helechos, i algunos pájaros disecados, representaba una gruta; i como jeneralmente pareció mejor que la de Cecilia, los tadeistas quedaron corridos.

Las lámparas de la Iglesia estaban tan hermosas i brillantes como si fueran de verdadero cristal. Habian sido construidas de bejucos i cañas, adornadas con la cascarita de la planta llamada motua, que es mui parecida al papel de seda, i con las flores que los estancieros llaman rosas amarillas. Daban las lámparas visos de plata i oro, i la ilusion era tan maravillosa que Paula, Rosa i Pia estaban mui satisfechas de haber cumplido su comision con tanto lucimiento.

El altar que le tocó al dueño de La Soledad no tenia nada de nuevo. Estaba vestido con piezas de bogotana i adornado con cintas, cuadros i espejos. El altar de don Eloi no diferia del anterior sino en ostentar candeleros de plata i un afamado cuadro de la Vírjen de los Dolores. El del Retiro era de una invencion enteramente nueva: constaba de una cúpula sostenida por doce columnas vestidas de laurel i de una cornisa formada de flores de la montaña i bejucos de pasiflora, de flor lacre. El frontal era una lámina formada con musgo, líquen i vistosas flores, representando en relieve las tablas del Decálogo. Del centro de la cúpula pendia una araña plateada con piel de motua, i colgada con una cinta hecha de cáscara de majagua. El altar de la Hondura fué despojado de prisa, por órden del señor cura, de algunas sábanas i colchas de cama con que lo habian adornado, i fué revestido con piezas de jénero nuevo. El altar mayor estaba adornado con sencillez i gusto, siendo su mejor adorno los fruteros i ramilletes que llevaron algunas estancieras. El coro se compuso de los cantores i músicos de la cabecera del canton, i ejecutaron con solemnidad los oficios de la misa. El sermon fué predicado por el cura, que era el mejor predicador de costumbres, i que a pesar de su claridad i sencillez se elevó hasta lo sublime.

La procesion era el complemento de la fiesta. El cura partió desde el altar mayor llevando en sus manos la custodia, precedido por el

estandarte i por los vecinos que llevaban cirios encendidos. Los repiques i los voladores anunciaron la salida de la procesion; i el sacerdote, al presentarse en la puerta del templo, se detuvo un momento para señalar la custodia al pueblo, que se postró de rodillas sobre la verde grama de la plaza. Reinó un profundo silencio, interrumpido solo por el solemne canto que repetian los ecos lejanos de la montaña. El cura llegó, cubierto por la vara de palio, a depositar la custodia sobre el ara del primer altar; la procesion continuó pisando las flores que regaban dos ninfas adornadas para tan digno ministerio. No sonaban sino las campanas i el canto acompañado por varios instrumentos; el pueblo adoraba en silencio, i cualquiera incrédulo se hubiera penetrado de la majestad i grandeza del Dios que se adoraba, al ver el fervor unánime de todos los concurrentes.

Don Demóstenes, con la cabeza descubierta, estaba junto al altar de la hacienda del Purgatorio, i por consiguiente al lado del caballero dueño de las valiosas fincas que lo adornaban. Cuando la procesion estaba todavía distante, dijo don Eloi a don Demóstenes:

—Qué le parece a usted la procesion?

—Es lo mejor que puede darse en una parroquia como ésta.

—La solemnidad de esta fiesta proviene en su mayor parte de la igualdad, no le parece a usted?

—Porqué razon?

—Porque si los cinco partidos en que está dividida la parroquia, estuvieran divididos en cinco sectas distintas, estarian riéndose unos, con el sombrero puesto otros, fumando muchos i con la espalda vuelta algunos; i se suscitarian fuertes disgustos por la falta de cultura de nuestras jentes.

—A mí me encanta la multiplicidad de relijiones. Si usted viera en los Estados Unidos....

—A mí lo que me gusta es la unidad, la conformidad, la regularidad, como que es la tendencia jeneral de nuestra sociedad i la fuente de la perfeccion humana. Es un hecho que la unidad de nacion, idioma, partido i raza, es una ventaja reconocida; porqué le gusta a usted únicamente la desunion relijiosa?

—Desengáñese usted: miéntras que en esta parroquia no haya unas cinco sectas diferentes, no puede haber ningun progreso.

—I porqué habian de ser cinco i no quinientas? Rota la unidad de la Iglesia católica, i con la facultad de interpretar las escrituras, cada hijo de vecino puede tener su relijion por separado. Mire usted, don Demóstenes: aplaudo la idea de asegurarle a cada secta las prácticas de su culto en donde los lejisladores hallaron la poblacion compuesta de emigrados de todas las creencias; pero repruebo los esfuerzos de los que desean dividir aquí la unidad en que la trasformacion política nos halló, para igualarnos a los Estados Unidos; i este prurito de lejislar para los pueblos incultos de la Nueva Granada, como se lejisla para los pueblos civilizados de los Estados Unidos; este prurito de no atender a las costumbres del pueblo, para darles leyes adecuadas i justas, es la causa de las guerras que estamos esperimentando.

Ya la procesion pasaba por delante de los interlocutores, i se vieron precisados a suspender su diálogo.

Marta i Manuela vieron la procesion desde el corredor de la casa

del sacristan. La jeneralidad de las muchachas del distrito iba siguiendo el palio, en un grupo denso, compuesto de una multitud de mujeres de todas clases.

No mui léjos del altar de don Eloi estaban las familias de la Soledad i el Retiro, en una casa de la propiedad de don Blas; i en el corredor que daba a la plaza estaban Juanita i Clotilde, al lado de unas señoritas que habian venido de otros distritos.

La procesion, despues de haber recorrido todos los altares, terminó en el atrio, desde donde el cura bendijo con la custodia a todo el vecindario que se hallaba prosternado en la plaza.

A un tiempo se levantaron todos los sombreros, se rompieron filas para conversar en grupos, i la jente se puso a recorrer los arcos, altares i bosques. Las familias aristocráticas, esto es, las familias ricas, salieron de su palco para recorrer la plaza, comenzando por el Paraiso, que se levantaba sobre un teatro de vara i mêdia de altura, cubierto de flores, de menudas ramas i de bejucos de melones i patillas con sus olorosos frutos. Sobre el tablado se alzaban algunas matas de café, añil i caña de azúcar; el centro lo ocupaba una mata de plátano, con vástagos cargados de racimos de distintas edades. Debajo de las espléndidas hojas del plátano estaban dos chicos de parroquia molestados por los mosquitos, que representaban a Adan i Eva. *Nor* Elías habia rodeado este teatro de todos los animales de las vecinas montañas, unos disecados i otros recien muertos.

Don Demóstenes se habia acercado a Clotilde i las otras señoras, i les esplicaba las familias, especies i jéneros de todos los animales. Despues de hablar largamente sobre la raza humana, les hizo notar las cuatro clases de monos existentes en las montañas de la parroquia; el oso hormiguero i el oso negro. El perro doméstico estaba representado por Ayacucho, con su hijo adoptivo a las costillas; el ulamá i las zorras lo acompañaban. El ñeque, la boruga con el conejo i el curí formaban el jénero de la liebre; la marrana de Manuela, de gran nombradía en los fastos de la historia, junto con un cafuche, cojido en una de las trampas del ciudadano Elías, representaban el jénero cerdoso. Los papagayos, tan aborrecidos de Pia, estaban reunidos en cuatro variedades; los yátaros en tres; los carpinteros en dos; las palomas en seis, desde la doméstica hasta la abuelita, que cabe en la mano cerrada.

Del paraiso se fué la jente de zapatos a dar un paseo por el frente de los *bosques*, que estaban en las bocacalles, adornados con hoja de palma, ramas de laurel, flores [illegible]arillas i algunos espejos pequeños.

El primer bosque representaba la hoyada de un páramo, en donde estaba cazando a los cazadores un venado mui grande con una buena jauría de perros, i encima se leia este letrero: "ASÍ ESTÁ EL MUNDO."

El segundo representaba un fragmento de queso, puesto en una mesa con un cuchillo junto; i parecia que un hombre sentado en una silla poltrona cuidaba de él; se veian, ademas, unos pocos caracoles colgados de un hilo. El personaje tenia cuello de clérigo i el letrero decia: "NO HAI MAS QUESO I A MÍ SE ME DAN TRES CARACOLES."

En el tercer bosque se exhibia un aserrío de mano, con todos sus adherentes: un queso vertical representaba la troza de palo; i a los aserradores un gato i un raton vivos, empuñando en sus manos una sierra, de tal modo dispuesta que se movia para un lado i otro, cuando

los operarios hacian sus movimientos de impulsion i repulsion. El letrero decia: "LA REPÚBLICA I LOS LEJISLADORES."

El último bosque representaba un gato colorado empapelando a una polla fina con papel sellado, al mismo tiempo que un gato blanco estaba empapelando al primer gato con papel de la misma clase. Habia otros pollos blancos, negros i nicaraguas, que estaban empapelados con hojas de la Recopilacion Granadina, i todos ellos tenian sus nombres propios. A Clotilde i Juanita les llamó mucho la atencion la escena de los gatos, i se detuvieron mirando con curiosidad los trajes i los emblemas. El gato blanco tenia botas, lo que indicaba ser de la aristocracia de la Nueva Granada; estaba vestido con una levita blanca i tenia la corbata puesta conforme a la última moda. El gato colorado tenia ruana forrada de bayeta, estaba calzado con alpargatas, el cuello de la camisa estaba en el grado mas alto de almidon que puede darse i no tenia chaqueta, sino chaleco de una moda mui atrasada. El rótulo decia en letras de a cuarta: "LOS MISTERIOS DE LOS GATOS."

Don Demóstenes se habia quedado distraido i Juanita le preguntó:

—¿Comprende usted el sentido de este bosque?

—No creo que tenga ninguno. Lo que me parece es que estos idiotas abusan de la paciencia del público.

—¿No cree usted que pueda haber alguna relacion entre los gatos i el papel sellado?

—Como entre las señoras i la política de aldea.

A este tiempo trató de rovolotear la polla empapelada, i uno de los muchachos del pueblo dijo gritando:

—Miren a la niña Manuela!

Dos públicos estaban al frente del espectáculo: la jente grave i aristocrática, entre la cual se hallaba don Demóstenes, i la democracia pura, compuesta de los muchachos i la jente pobre. Esta última, que era la mayoría, celebraba con risotadas todos los movimientes de los actores, miéntras que la jente grande guardaba toda la circunspeccion de la prudencia i la sabiduría, siendo las señoritas las únicas que se sonreian, i eso poniendo sobre sus delicados labios los pañuelos de batista; pero don Demóstenes estaba tan grave que parecia ser el príncipe de la aristocracia parroquial.

—Vean a don Demóstenes con su levita blanca, gritó uno de los muchachos, i a don Tadeo con su sombrero de funda amarilla.

—Estoi comprendiendo, dijo Juanita, que nos han querido dar un bosquejo de la caida de don Tadeo.

—Vean cómo se vuelve don Demóstenes, gritó otro de los muchachos de la turba popular.

—Entiendo que se ataca en esta pantomima, por lo ménos, mi respetabilidad, i esto merece un castigo ejemplar, dijo don Demóstenes; i se separó de las señoras en ademan de acometer a los pollos i los gatos.

—Qué hai? le preguntó don Eloi que estaba cerca del bosque.

—Voi a subir a ese tablado i a pisotear todos los gatos i los pollos, para ver si hai quien saque la cara; porque, vive Dios, que le destapo los sesos con mi *revolvers*.

—Quedaria usted mui deslucido, me parece.

—Caramba, ponerme en ridículo delante de las señoras!

—I si todo lo que está representado en el bosque lo hubieran escrito en un artículo de periódico?

—Eso no tendria nada de malo.

—Habria sido peor, porque la imprenta exhibe al paciente delante de todo el mundo, i el bosque solo ante los habitantes de una parroquia.

—Pero a la imprenta puedo oponer la imprenta.

—I a un bosque no puede usted oponer otro bosque?

—La tardanza de veinticuatro horas i la carencia de elementos dejarian la contestacion sin efecto.

—¿No hai casos en que para desvanecer la calumnia de la imprenta es preciso aguardar que vengan documentos de una provincia lejana, i miéntras eso se glorian los calumniadores? Usted sabe mui bien que al que difama por medio de la imprenta no lo castigan las leyes de la Nueva Granada.

—Es porque la libertad absoluta de los tipos i de la palabra es un hecho ya consentido i mui conforme con la verdadera república; pero la libertad de los bosques no está sancionada; lo que voi a hacer es a despachar todos esos gatos i pollos, con los cinco tiros de mi *revolvers*.

—¿I qué va a ganar usted con eso, don Demóstenes?

—Que no se rian impunemente de mí.

—I si va i yerra alguno de los tiros, no se espone a que lo silben los muchachos?

—Lo veremos.

—Tolerancia! dijo don Eloi, echándole mano al *revolvers;* tolerancia! tolerancia! don Demóstenes.

—Solamente estos viles parroquianos son capaces de hacer una cosa semejante.

—No, señor: el año de 39, en un pueblo cabecera de canton, pusieron un bosque, del que habian sacado la idea de uno de los que están puestos aquí; i entiendo que fué por criticarle al cura la frase de *mas queso*, que pronunciaba en sus sermones, en lugar de decir, *mas que eso*. En Bogotá he visto tambien varias travesuras de éstas.

El gato colorado de doña Patrocinio, que era de mui mal jenio, airado con la presencia de tanta jente, hizo caer de un rebullon al gato blanco de Marta, que era el primer personaje de la escena; i éste por forcejar se safó el saco i la corbata, levantándose de entre la jente plebeya la voz de una mujer que decia:

—Pobre don Demóstenes!

Le faltó a don Demóstenes la paciencia; dejó ir el tiro; le dió al gato colorado mui cerca del ojo, haciéndole lanzar un grito dolorosísimo ántes de espirar.

—Viva el libertador de la parroquia! gritaban los chinos; i las señoras se retiraban temblando de miedo.

Don Demóstenes encarnizado contra el bosque, siguió haciendo fuego contra los otros personajes, pero escapó milagrosamente el gato de Marta, que estaba vestido de cachaco. La jornada terminó de una manera mui desagradable, porque doña Patrocinio se le vino encima al vencedor, diciéndole estas palabras demasiado bruscas:

—Si usted no me entrega mi gato ahora mismo, el diablo canta en su entierro, don Demóstenes. Esto es lo que uno se suple con alojar en su casa personas desconocidas. Lástima de mi gato, que lo queria tanto!

Era tirria que le tenia, porque decia que se parecia a don Tadeo; pero todo no era sino porque no se dejaba sobar, como el gato de Marta; porque ni aun para los gatos hai igualdad en esta vida.

—Pero óigame, doña Patrocinio!

Doña Patrocinio no oia; siguió hablando primores en favor de su gato i gritando como una loca.

Miéntras que todo esto pasaba, Dámaso daba libertad al gato blanco i a la polla que representaba a su adorada prenda; i retiraba el cadáver del gato colorado, chorreando sangre todavía. Las señoras entraron a la casa de su posada; Clotilde tuvo una pesadumbre mui grande, porque echó ménos un anillo de diamantes, enteramente igual al que tenia puesto su amiga Juanita. Lo avisó a su padre, i éste al Alcalde para los efectos del caso. Infausto llamó Clotilde este dia, por algunos acontecimientos fatales que se agregaron a la pérdida del anillo, i tal vez fué uno de ellos, el no haber podido bajar esa semana don Narciso de la sabana.

Don Demóstenes creyó que lo mas conveniente despues de lo sucedido, seria abandonar la plaza; i se fué a casa de Marta, por ver si allá estaba Manuela, para reñirla porque sabia que habia tomado parte en el bosque.

Manuela se habia retirado cansada de la fiesta i estaba en la hamaca, al lado de Marta, sirviéndose de su brazo como de almohada. Ambas estaban con trajes nuevos, que realzaban su hermosura, a pesar de su sencillez; pues consistian en pañolones colorados de algodon, enaguas de cintura i camisas bordadas. Estaban aletargadas por el calor, el cansancio i la hamaca, cuando se les apareció don Demóstenes.

—Qué tal de Córpus?.... le preguntó Manuela sin cambiar de postura.

—Pésimamente!

—No lo ha mirado la joya del Retiro?

—Ojalá que no hubiera estado presente; porque hoi se ha reido de mí toda la canalla de la parroquia, i si tú has tenido parte, como yo lo presumo.....

—Parte en qué, don Demóstenes?

—En exhibirme al público en uno de los bosques.

—I a mí no me vió por ahí?

—I qué?

—Que hoi no dejo de comer por esa pesadumbre.

—Aunque se rian de tí?

—I qué remedio! ¿No hai casos en que se rien de uno a sus espaldas?

—Pero una burla pública....

—No siendo contra el honor....

—Eso se llama tener pechuga.

—Tener buen humor i eso que usted llama tolerancia, i nada mas.

—Pero un bosque....con mil demonios!

—No ha comprendido usted lo que quiere decir el bosque?

—No necesito saberlo.

—Pues voi a esplicárselo: Manuela se hallaba encausada por don Tadeo, i un caballero, llamado Demóstenes, la libertó a ella i a su parroquia. El caballero se ha hecho digno de la gratitud del pueblo. Le parece a usted que esto tiene algo de malo? Una vez pusieron un bosque que

tenia de un lado un hombre con muchas varas de longaniza metidas en un brazo, i al lado opuesto se hallaban unos tantos de los conocidos con el apellido de Díaz; i habia un letrero que decia: "*Hai mas dias que longaniza.*" I lo que le aseguro a usted es que por esto no hubo pelea, porque ninguno se dió por agraviado.

—Con su pan se lo coman. Lo cierto es que he venido resuelto a pelear contigo.

—I conmigo tambien? le preguntó Marta.

—Con todos los que tengan parte.

—Fuimos las dos solas, don Demóstenes.

—Solas?

—Solas, le contestó Manuela.

—No lo creyera yo.

—Pues créalo.

—Es una vileza.

—Tal vez, pero no nos perdonará usted jamas?

—Oh!

—Pues mire: si nos ha de volver a tratar mañana con cariño, trátenos de una vez: venga siéntese aquí en la hamaca con nosotras i cuéntenos qué tales muchachas ha visto en la plaza.

—Lo que me consuela es que he despachado al gato matrero de tu casa.

—Cómo?

—Con un tiro de pistola.

—Imposible!

—Como lo oyes.

—¿I cómo le quedará a usted el bulto con mi mama; i qué hará cuando los ratones comiencen a caer como llovidos i a comerse sus libros i sus cucarachas?

—Pues me iré mañana, para evitar incomodidades.

—No se vaya, don Demóstenes, porque nos hace mucha falta, dijo Marta, yo le daré mi gato a mi tia.

Las palabras de las dos amigas lograron por fin aplacar a don Demóstenes. Por la tarde se jugaron dos toros en la plaza i por la noche hubo algunos bailes.

CAPITULO XXIII.

EL ANJELITO.

Dos dias despues del Córpus, entraba don Demóstenes a su posada i al ir a buscar la mesa para colocar sus insectos, pepas, ramas i flores, sintió esa impresion que todos sentimos al ver desocupado el puesto en que nos habíamos acostumbrado a ver un mueble interesante de la casa; retrocedió lleno de molestia i llamó.

—Caseras!

—Qué? respondió Manuela desde el fondo de la despensa, en donde se hallaba poniendo en unos canastos unos tantos ramilletes de flores i dos o tres manojos de velas.

—La mesa? preguntó el alojado con enfado.

—Qué mesa?

—Oh! Pues la mesa grande, la mesa de cedro, la mesa que ha entrado como la silla jesuítica en el arrendamiento de la posada.

—Luego no se la llevaron para levantar el trono?

—Qué cuento es ese de trono?

—Para el velorio, pues.

—Parece que tú quieres evadir la cuestion con chicanerías; porque te juro a fe de caballero, que yo no sé qué cosa es esa de trono ni de velorio.

—Ni yo tampoco sé lo que son sus chicanerías.

—Tú quieres eludir la cuestion principal con atravesar otras cuestiones que no vienen al caso, i, entretanto, yo sufro una pena verdadera, cargado con todos estos objetos, sin saber dónde se halla la mesa grande para depositarlos, i tú no me respondes sino a médias i sin asomar la cara, contra las reglas mas comunes de la buena crianza.

—Pues tiene que dispensarme por ahora, porque cada prisa trae su despacio.

—Pero existe la mesa grande o no existe?

—Está donde mi tia, porque se la han llevado para el trono del anjelito, en el velorio que se va a hacer esta noche. Ya lo supo?

—Yo quiero prescindir de todo ese fárrago de palabras; pero ¿dónde están los objetos de historia natural que tenia yo sobre la mesa, en virtud de que estoi pagando el alquiler?

—Qué es eso de historia? Las historias no son los cuentos? Usted tenia cuentos encima de la mesa?

—Hablo de las plantas i animales que habia dejado en la mesa, como el toche disecado, por ejemplo.

—Ese, no entró el gato blanco i se lo llevó, así que se fué usted con la escopeta para la montaña?

—Caramba! I quién responde por ese daño?

—El gato.

—Como se muera, en virtud del jabon arsenicado, me pagará bien cara la picardía. I el firigüelo, dónde está?

—Eso tan feo i tan hediondo? Ave María!

—Ese individuo que constituye un solo jénero?

—Se fué al muladar, que es a donde le pertenece, porque la sala estaba que no se podia aguantar. El corazon lo aparté para remedio, i por ahí lo tengo en la cocina.

—Para qué remedio?

—Para no olvidar; luego usted no lo sabia?

—Cómo?

—Hecho polvo i haciéndoselo tomar en ayunas, sin que lo sepa, a la persona a quien se le quiere dar.

—Hombre! lo que se ponen a creer a mediados del siglo XIX!.... I el mico?

—Adentro lo topa en su alcoba.

—Es decir que me has hecho una segunda revolucion oficial, mui parecida a la que me hiciste el dia de mi visita a Clotilde; i ahora me permitirás que te diga, que en esto lo que se ha hecho es tratarme con mui poca consideracion, i yo he de aguantar de cuenta de ánjeles somos; i

vengo a preguntar por una cosa que tengo derecho, i se me responde del otro lado de un tabique, i con bravezas.

—Es que yo tengo una cosa, don Demóstenes, que al són que me tocan bailo, i como usted vino a preguntar la mesa con tanto tono, qué quiere usted!

—Pero qué quieres? El cansancio i la fatiga de todo un dia, trepando i rodando por esas breñas del Botundo, i venir a encontrar estas novedades.....

—Pero usted es tolerante, i tolerancia quiere decir aguantar, segun lo que usted mismo nos ha dicho.

—Pues bien, Manuela; todo lo aguanto yo, todo lo tolero, ménos que tú estés brava, i que no me presentes tus divinos ojos, tu boca dulce i agradable i toda tu presencia encantadora para contemplarte, para darte satisfacciones, si te he ofendido. Pero dónde estás? Déjame ver el íris de tu sonrisa despues de la tempestad, quiero ser tan dichoso como los hijos de Noe. Me oyes?

—Le oigo, pero no le entiendo.

—Que quiero verte.

—I qué se suple?

—Estasiarme contemplando tus formas seductoras, derretirme con el fuego de tus miradas. Lo que está presente es lo que seduce i encanta. De la ausencia o falta de vision dimana muchas veces la inscontancia de que estuvimos hablando ayer.

Estas últimas palabras las dijo don Demóstenes arrimándose a la despensa, i en el acto esclamó:

—Ola! conque tú tambien estabas por aquí?

—Sí, señor: oyendo i aprendiendo cosas buenas para ir teniendo esperiencia; lo que tiene es que yo poco entiendo, contestó Marta.

—Yo soi el que no entiendo absolutamente eso de velorio, trono i anjelito.

—Pues le diré lo que hai, dijo Manuela. Se murió mi ahijado, el hijito de mi comadre Pia, i lo vamos a bailar.

—Bailar?

—Sí, señor; bailar.

—Bailar a un muerto? Vaya una ocurencia!

—No ve usted que es anjelito de cinco meses?

—I por eso deja de ser un muerto? Esto no seria escandaloso en los siglos medios i en los dominios de los monarcas, pero en el siglo XIX, i en las goteras de una república que se ha dicho que va a la vanguardia! Esto no se puede tolerar!

—I tiene que prestarme su ruana colorada, su espejo de afeitar, su colcha i su pañuelo lacre, el que puso usted de bandera el dia que se volvió cónsul de la estranjería por librarme de los policías.

—Lleva todo lo que quieras; pero bailar a un muerto!

—I lo cito para un bambuco.

—Mil gracias! Allá iré, no por bailar, sino por sacar algunos apuntamientos para mis artículos de costumbres; porque los artículos de costumbres son el suplemento de la historia de los pueblos.

—Pues hasta luego, hasta luego, dijeron las dos primas i salieron de la casa, llevando cada una un canasto de útiles para el velorio.

Ya la noche se habia acabado de oscurecer i al encender don De-

móstenes la vela de su alcoba, se halló con un difunto estendido en su cama i cubierto hasta el pecho con sus cobijas.

Se quedó indeciso por algunos instantes, observando el cadáver, hasta que por último murmuró:

—Ellas fueron! I ver el disimulo que gastan! No hai duda que estas puertas abiertas a todas horas tienen sus desventajas.

A este tiempo se reian fuera de la sala Ascension i Pachita, i hasta la venerable dueña de la casa.

El difunto era una persona mui conocida de don Demóstenes: era un mono de los mas grandes, que estaba disecando desde la víspera. Levantó la sábana i se quedó contemplándolo.

—He aquí, dijo el naturalista, la verdadera imájen del hombre. La frente, los ojos i las orejas son las que yo he visto en algunos peones de los trapiches; las orejas cartilajinosas i sin bello, son las de la humanidad en jeneral; las manos se parecen exactamente a las manos enjutas de los empleados, pero no diré nada de las uñas. Las narices son un poco deprimidas; pero no las hai en Bogotá de este jénero, aunque la naturaleza por otra parte haya tenido el cuidado de sustituir la falta, dándoles a otros picos de yátaros por narices. I por lo que hace al rabo, Marco Polo i Jorje Juan ¿no aseguran haber visto hombres con rabo? Yo creo que se debe recabar una lei para que los cazadores no maten monos. ¿Porqué no hemos de eliminar la pena de muerte para el allegado del hombre, cuando está eliminada para los hombres?

Puso la vela sobre el candelero, i metiendo la mano izquierda por debajo de la espalda del mono, lo levantó i colocó sobre su pequeña mesa de ocovo, en donde tenia sus libros, sus manzanas, dulces i sus manuscritos de la semana, a tiempo que sonaban los dobles de las campanas, lo que indicaba que eran las ocho, i se preparó para ir a cumplir con la cita de las dos primas.

Hizo su traslacion con toda pompa, vistiendo ropa de paño i siguiendo a Ayacucho, que iluminaba toda la calle con el farol; doña Patrocinio i Pachita lo llevaban en medio, i detras iba la servidumbre, Ascension por parte de las caseras i José por la del alojado.

Cuando se apareció en la sala del baile Ayacucho llevando el farol, salieron las primas a introducir al bogotano i le pusieron asiento junto de Pia. La sala se pasaba de alumbrada, porque habia un túmulo formado de escalones que tenia mas de cuarenta velas, i encima, a mucha altura, quedaba el anjelito. Los concurrentes eran todos de la clase descalza: habia tres jerarquias, la de alpargatas, la de quimbas i la del pié descalzo por entero. De la clase de los calzados no habia sino don Demóstenes. En cuanto a los dos partidos allí estaban representados por sus prohombres, o mas bien por sus promujeres, porque Sinforiana i su hija Cecilia i la entenada de don Tadeo, ocupaban los principales puestos de la sala. Allí estaba Clímaco el *matancero* de la parroquia, con toda su familia, i estaban tambien las hijas de *ñor* Elías, jente decidida por el partido caido. Don Francisco Novoa pasaba por neutral en esos dias, i *ñor* Elías por capador.

La música ejecutaba el torbellino en los tiples, las guacharacas i la carraca, i un duo de chuchos, que tambien llaman alfandoques.

Rosa de Malabrigo era la que bailaba i se hacia notable, tanto por la soltura de su cuerpo, como por la sombra densa de sus cejas especia-

les. *Ñor* Dímas era su pareja. La aureóla brillante del placer reverberaba en su rostro de medio siglo, i la actividad de todos sus movimientos daba muestras inequívocas de que estaba sumamente poseido de las inspiraciones del baile. Tenia el sombrero levantado de adelante, la camiseta atravesada i echada sobre los hombros; las piernas un poco encojidas, i hacia sonar fuertemente las quimbas contra la tierra al compas de las guacharacas i la tambora. A *ñor* Dímas lo sostituyó Dámaso, i Manuela a Rosa, i luego Cecilia a Manuela.

Tal vez hizo mal Cecilia en presentarse al teatro en aquéllas horas en que sus miradas i sus sonrisas eran examinadas por Manuela i por la señora Sinforiana de las Mercedes, i por todos los individuos del partido de don Tadeo Forero; pero el hecho es que Cecilia bailó mui a gusto, segun la sonrisa de sus labios i las placenteras miradas de sus ojos hermosos. Manuela no estaba contenta ni lo estaba tampoco la madre de Cecilia, i para eso que se tardaron un cuarto de hora en relevarlos. Manuela tuvo el acierto de reprimir sus celos; no así la señora Sinforiana, la cual reconvino a su hija delante de los partidos. Fueron saliendo otras parejas a la escena, sin quedar una sola persona que no bailase. Ascencion i José bailaron juntos.

Don Demóstenes se hallaba sentado en un taburete de tijera, de una cuarta de alto, al lado izquierdo de Pia, i allí le trajeron Marta i Manuela un plato con una copita de mistela de azafran, acompañada con batidos i mantecadas. Probó don Demóstenes la mistela i cojió en la mano una mantecada; pero fueron tantas las instancias de las dos primas que tuvo que tomarse toda la copita; i en seguida, con la mantecada en la mano, de la cual mordió mui poca cantidad, dijo a Pia:

—Yo te compadezco, porque sé que no hai dolor como el de la pobre que pierde su hijo.

—Dios se lo pague, señor don Demóstenes! yo sé que usted es un rico mui caritativo con los pobres.

—De lo que estoi admirado es de ver que tú permitas ese desórden.

—Qué desórden, don Demóstenes?

—El baile! No sabes que todo tiene su lugar conforme a las circunstancias? En el templo se reza i se exhiben los misterios del dogma i de la fe; en el teatro se exhiben los cuadros del amor con sus personajes de ninfas, diosas, galanes i damas; en el baile se exhibe la pantomima del amor por los movimientos lijeros i acompasados, así como en el cementerio nos humillamos delante de las reliquias de los muertos con el respeto mas profundo. Pero si se cambian los teatros se profanan, se insultan, se pervierte todo. ¿Qué dirias tú de ver representar en la iglesia el entremes del tio o la tia; o de ver representar en el coliseo el drama de la pasion de Cristo? I qué se podrá decir de este baile profano delante de los restos sacrosantos de un individuo de la especie humana? I de un hijo, Pia, de un hijo que ha costado desvelos, sufrimientos i dolores? de un hijo, que es el epílogo del amor?

—Pero no ve usted que es un anjelito de cinco meses, que habia nacido para el cielo, i que se ha ido al cielo, sin arriesgar el alma i sin pasar trabajos en el mundo?

—Es decir que te has alegrado?

—Eso no, porque he llorado como pocas; pero me he conformado con que se haya ido al cielo el hijo de mis entrañas.

—Pero bailar! bailar!

—Para que no pene la criatura de Dios.

—Cómo es eso?

—Porque si no se baila dilata en entrar al cielo.

—Estas tenemos? En las goteras de una República que marcha a la vanguardia i en la mitad del siglo XIX?

—I supuesto que Dios se acordó de Josesito, mejor es que se haya quitado de padecer trabajos, i a como está el tiempo de ahora! El dia que yo hubiera visto a Josesito preso por no tener con que pagar el tributo de la contribucion, o amarrado para ir a la guerra, contra su gusto, yo no sé qué hubiera hecho, don Demóstenes, i por esa parte si me conformo con que se haya muerto chiquito.

—Hombre! ni las vacas; porque ellas braman i rebuscan i se muestran inconsolables por la muerte de un hijo, con ser que son animales.

—Por lo mismo, porque si ellas pensaran en todos los trabajos que al ternero se le preparan bailarian de gusto. Ojalá que yo me hubiera muerto de la misma edad de Josesito, añadió, tratando de disimular el llanto que la ahogaba.

—I tu mision en el mundo?

—Mi comadre no le ha contado algo? ¿Conque no hacen bien en bailar estas buenas jentes por la muerte de Josesito?

—Pobre Pia! Si cada cual habla del baile como le va en él, tienes razon de quejarte a las piedras; pero la sociedad no es un trapiche, ni todos los mayordomos son tan desnaturalizados con las arrendatarias como el mayordomo del Retiro. I volviendo a tu hijo, la pérdida es infinita, porque pudo haber sido el apoyo de tu vejez.

—Que se haga la voluntad de Dios! dijo Pia i se limpió los ojos.

La música seguia con todo vigor, en especial la carraca, que no cesaba un solo momento: era un cuadro que merecia un pincel por separado, la figura de *ñor* Elías agachado, pegándole al suelo con la carraca, sin dejar apagar la churumbela i sin alzar a mirar a la jente, embriagado con la dulce *filarmonía* de su instrumento, o quién sabe si aflijido por los negocios políticos, pues aunque él contaba con la fidelidad de su compadre para su secreto de la carta de don Tadeo, su conciencia no estaria mui tranquila, despues de haber traicionado a su partido.

Marta i Manuela se habian salido al corredor i estaban apoyadas en la baranda, cuando sintieron a don Demóstenes i le hicieron campo.

—Yo no me habia figurado, les dijo el bogotano, que las preocupaciones humanas llegasen al estremo de profanar la tumba; pero lo estoi viendo con mis propios ojos, i no puedo revocarlo a duda. Los salvajes del Orinoco respetan las cenizas de los muertos sin atender a las edades, i solo estaba reservado a los católicos de la Nueva Granada cometer un acto de barbarie como el que ustedes mismas han perpetrado. El fanatismo es la única cosa que puede disculparlas a ustedes; el fanatismo que ha empujado a los hombres hasta cometer los mayores crímenes. Lo que ustedes llaman trono no es sino la tumba, i se rien i se divierten....

—I usted tiene tambien un muerto en su alcoba, dijo Marta, riéndose como siempre, entretanto que Manuela sacaba del seno un tabaco mui perfumado de vainilla para darle a don Demóstenes.

—Conque ustedes fueron?

—Qué cosa? dijo Marta.

—Las que me metieron entre las cobijas de mi cama el mono que estoi disecando....

—Porqué?

—Porque no fueron otras, i a mí no me parece corriente que me traten así mi cama.

—Eso qué tiene? Usted no diseca sus micos i firigüelos sobre la mesa de amasar i de hacer las empanadas?

—I qué?

—Que yo soi amiga de la igualdad.

Adentro sonaba el torbellino i algunas de las parroquianas trataban de bailar el *valse de los pollos*, el valse antiguo, que no exije las adiciones de la varsoviana i el straus.

—Éntre, don Demóstenes, dijo Manuela, i bailamos los dos un valsesito.

—I las cosquillas? le preguntó el bogotano, acordándose de la afeccion nerviosa de su casera.

—Las escondo.

—No, no, no! dijo don Demóstenes con suma viveza; aunque me ofrezcas todo el entusiasmo de una bailarina de teatro, no bailaré esta noche. Eso dejémoslo para las fiestas, que ya no dilatan.

—Entremos, entremos! dijeron las primas i cojiendo a don Demóstenes de los brazos lo metieron a la sala. Ellas fomentaron un torbellino entre cuatro, i él se puso en un rincon a observar el catafalco que estaba formado de la manera siguiente:

La mesa grande de la señora Patrocinio, forrada en sábanas i colchas, formaba la base. Sobre esta descansaba una caja grande i sobre la caja grande otra chica, resultando tres escalones todos cubiertos de ruanas i colchas i de candeleros con luces, ramilletes de flores i algunos espejos i lazos de cinta lacre. En el pináculo estaba el anjelito en un sitial, i la ruana colorada de don Demóstenes unida al cielo razo formaba el solio propiamente dicho. El anjelito estaba amortajado de San Antonio, llevando en el brazo un chiquillo de yeso i en la mano una azucena natural, cojida esa tarde en la huerta de Manuela.

Callaron los músicos con el objeto de *componer*, como dijeron ellos, porque Rosa i Paula iban a cantar.

—Oiremos la cancion de la muerte, dijo don Demóstenes. La entrada de un ánjel al cielo i el dolor de una madre son objetos de una poesía sublime. No cantarán una cosa tan elevada como el poema de la muerte del conde de Noroña; pero yo creo que no saldrán deslucidas.

Rosa i Paula tosieron, i acompañando a sus voces la música de los tiples cantaron lo que sigue:

Lará, lará.
El hombre que se enamora
De mujer que no lo quiere
Merece cincuenta azotes
Cantándole el miserere.

Lará, lará.
La mujer que se enamora
De un hombre que la enjarana
Merece noventa azotes
Cantándole la tirana.

—Esto es inicuo, dijo don Demóstenes.

—I *ai onde* usted las ve duran cantando hasta la madrugada. En los gastos o en los trapiches les amanece cantando de esta manera, sin que les falten coplas que recitar en toda la noche, sin repetir una misma, i hai veces que las dicen de tapar orejas.

La jentes se salian a tomar fresco por grupos o por parejas, segun las simpatías particulares o segun la bandera de los partidos.

Manuela i Dámaso conversaron en el corredor por largo tiempo; las hijas del músico de la carraca, la entenada de don Tadeo i la hija de Sinforiana salian al patio i a la calle con la libertad que las hijas del pueblo disfrutan en sus bailes, no estando sujetas a las trabas de la etiqueta que ligan a las señoras del alto tono, las cuales tienen que aguantar en un asiento fijo por cinco o seis horas.

No obstante, se dijo en el baile que las partidarias de don Tadeo Forero no estaban atrevidas como otras veces. Felipa i Teodora, que eran las mas violentas del círculo de las tadeistas, en esta funcion eran las mas respetuosas, temiendo seguramente que el nuevo ministerio les promoviese la causa del asesinato que don Tadeo i el dueño de la Soledad habian cortado por su amor a la impunidad.

Don Demóstenes se apercibió de que su mision estaba terminada, no habiendo ya que observar en el baile del anjelito, i llamando a su perro i a su criado se fué a la posada con mui buena disposicion para dormir. Por el camino le habló a José de esta manera:

—Hombre! qué te pareció el baile?

—El baile, buenísimo, mi amo; le contestó el indíjena.

—Pero no te pareció que todas éstas son aberraciones?

—*Herraciones*, mi amo, *herraciones*.

—Porque a qué viene este baile profano?

—Profano, mi amo.

—Que la esposa de un nobad se queme delante de la tumba del esposo, tiene alguna razon: la perpetuidad del matrimonio oriental llevada a un grado mucho mas alto que la perpetuidad del matrimonio católico; pero que la madre vea a los tunantes bailar en la presencia del hijo muerto i oiga a las trapicheras cantar obcenidades, esto no tiene solucion que poderle dar, no te parece?

—Sí, mi amo, esto no puede tener *absolucion*.

—Tal vez esto consiste en no quererse persuadir los hombres de que la muerte no es sino un hecho comun, que es la causa de otros mil desatinos que cometen los católicos, ridículos i perniciosos a cual mas.

—Sí, mi amo, a cual mas.

—Porque a qué fin taladrarme a mí los oidos en Bogotá con los dobles de todas las campanas el dia de finados? A qué fin amortajar de fraile al que no fué ni siquiera devoto? A qué fin cantar los versos de la biblia, en que no creen los hombres civilizados desde que escribió Voltaire, con escepcion de los sencillos protestantes, cuando se muere un católico, i a qué fin pagar plata por estos cánticos? Todo esto no depende sino del miedo inconsulto de la muerte, no te parece?

—Sí, mi amo, el *insulto* de la muerte.

—I esto es la causa de este otro desatino; pero vaya, que siquiera Paula i Rosa no le habrán llevado seis u ocho pesos a Pia por el canto de sus versos; i es porque no dependen del círculo de la teocracia.

—Sí, mi amo: de la *trocasia.*

—Cuando a la muerte no se le tenga mas miedo que el necesario, entónces las cosas iran de otro modo.

—Pero sus mercedes los ricos le tienen mas miedo que nosotros los pobres; porque siempre los veo tomando sus medidas para no enfermarse i dándoles la plata a los médicos para que no los dejen morir.

—Mal hecho, porque la muerte no es sino un largo sueño, como decian los indios del Perú.

—Sí, mi amo, un sueño mui largo; pero quién sabe porqué será que hasta los animales le tienen tanto miramiento a ese sueño largo. Tal vez lo hizo mi Dios así para que cuidemos la vida; porque entre animales eso da grima. No ha oido su merced bramar los toros cuando se muere alguna res?

—No, hombre!

—Conoce sumerced la hacienda de la Chamisera?

—Sí, hombre.

—Pues le contaré a su merced, que cuando yo estaba allá de concertado se murió un toro cerca de la casa, de la enfermedad de ranilla, i como le quitamos el cuero se regó la sangre fresca en el llano; pero Avemaría! no se puede figurar mi amo don Demóstenes la bramería que se levantó esa noche por todos esos llanos, peor que cuando tocan las trompas, los violones, las cornetas, flautas i los violines en el entierro de alguno de sus mercedes los ricos en las iglesias de Bogotá. Yo no sé cómo no me morí esa noche de la pena, i para eso que se habia muerto un hermano mio dos meses ántes. Vino un toro de los mas ariscos, olió la sangre, clavó el hocico contra la tierra i dió un bramido que parecia que se habia rebullido toda la sabana. Llegaron en seguida los demas toros i todos juntos siguieron el empeño de bramar con todo su ánimo, i aquello no parecia sino un canto de la otra vida. Figúrese su merced, veinte toros bramando sin cesar. Cómo seria aquel alboroto? A mí se me espelucaba el pelo de la cabeza, i como que me daban ímpetus de llorar tambien, i me salí al llano a ver si podia espantar el ganado, pero ya los toros de la hacienda de Techo, que habian oido la bramería de los toros de la Chamisera se habian acercado a las tapias de cespedon de los linderos, i habian armado la bramería, i lo mismo los del Salitre, i lo mismo los del Tintal, i aquello era para correr a esconderse uno en el mismo cabo del mundo, ave María, Jesus credo! No ve su merced, cuántos lamentos por un solo toro? I yo creo que los animales que no braman sentirán a sus prójimos de esta misma manera. De estas bramerías se arman en todas las haciendas, pero yo le confieso a su merced la verdad pura, que otras veces no he tenido tanto miedo. Tal vez seria por estar tan reciente la muerte de mi hermanito.

—Conque tuviste miedo? i por la muerte?

—Pues sí, mi amo, para qué se lo voi a negar a su merced?

—I el año de 54 cuando te avanzabas hasta los ejidos de Bogotá, a quitarle los caballos al jeneral Melo, no te daba miedo? ¿I el 4 de diciembre no te dió miedo cuando entraste a la plaza de la Constitucion, dando fuego contra las tropas del gobierno provisorio?

—Pues al principio tuve algo, pero a lo último no tanto, mi amo.

—I porqué no le tuviste miedo a la muerte en esa vez?

—Quien sabe, mi amo.

—Cómo quien sabe? Por quién esponias tu vida el año de 54?

—Por mi coronel Ardila.

—No, hombre! La vida, la hacienda i el honor se empeñaban el año de 54 por salir de los revolucionarios que quebrantaron la constitucion; mas claro, por defender los derechos del pueblo, por eso fué que se levantó en masa toda la república.

Habian llegado a la posada el amo, el criado i el perro, i todos tomaron sus colocaciones, pero don Demóstenes no se acostó a roncar en el momento como José i Ayacucho, porque su corazon sostenia una lucha de afectos que no lo dejaba dormir hacia mas de ocho dias, lucha que se sostenia entre unos ojos negros i unos pardos; un amor que nacia i otro que llegaba al ocaso. Don Demóstenes se esforzaba en ahogar los recuerdos de Cecilia con los encantos visibles de Clotilde, por el justo resentimiento que le habia ocasionado su carta un poco fuerte, en que ella se denegaba a seguir sus opiniones relijiosas. Cerca del amanecer se quedó dormido el bogotano, pero un latido que dió Ayacucho por equivocacion, a las caseras, lo despertó mui a destiempo. Estas habian entrado por la puerta secreta del corral, i no siendo reconocidas, dió el perro un latido estupendo que despertó al pobre caballero.

Pachita i doña Patrocinio no despertaron hasta las ocho, pero Manuela se levantó a las siete a llevarle el café al bogotano, porque era la que ménos se descuidaba con los compromisos de la posada.

—Qué tal noche? le preguntó Manuela a su huésped.

—Oh! de lo mas detestable. He soñado viendo obsequiar a un muerto con maroma, pantomima i encierro de toros, que es poco mas o ménos lo que he visto anoche; he soñado viendo un eclipse de lo mas raro, esto es, la presencia de Clotilde tratando de anteponerse al disco precioso de Cecilia.

—Ese último sueño consiste en que usted a la que quiere es a la catira. Dele licencia de que oiga misa i se confiese i verá usted cómo no hai mas desvelos ni mas eclipses, ni mas suspiros entre la hamaca. I que esa es la que a usted le conviene para casarse: rica, santa i bonita, qué mas se quiere usted? Hasta le puede castigar Dios la soberbia, dándole por esposa alguna fea mas alegrona que una trapichera i mas brava que una taya de quince años.

—Pero la sotana! Manuela. La camándula! la teocracia! la sacristía! Cómo puede ser eso?

—Mui bien! No es tolerante usted? O es que usted habla solamente de la tolerancia para que lo toleren, pero no para tolerar, o cómo es eso? I si lo mismo es la igualdad i la libertad, quedamos bien aviados. I todos creyendo lo que ustedes dicen! I tan serios como dicen sus cosas para entretener a la jente! Si usted hubiera oido hablar a don Alcibiades de igualdad, eso daba gusto. I què le parece don Tadeo cuando se ponia a predicar contra los ricos a nombre de la libertad? Ya verá como ni usted, ni don Alcibiades, ni don Tadeo son tales liberales, porque del decir al hacer hai mucho que ver.

—Ya tú no hablas sino de polítca.

—Para qué me han enredado? Nada sabia yo de esas cosas hasta que don Leocadio, don Alcibiades i usted me enseñaron. Para que vea lo buenos que son los hombres.

A poco rato que Manuela salió con la taza i el plato se vistió don

Demóstenes i salió a preguntar por la mesa, pero no con arrogancia como la víspera, sino con palabras mui comedidas.

—Hoi sí podemos contar con la mesa grande? preguntó a doña Patrocinio.

—No, señor, le contestó la patrona.

—Mañana?

—Puede ser, si la desocupan.

—Tenga usted la bondad de esplicarme los motivos que me privan del derecho que tengo a la mesa grande; porque como usted recordará, el derecho de usar de la mesa grande i de la silla jesuítica entraron en el negocio del arriendo. De manera que si usted tuviese la fineza de dar sus órdenes para que la traigan, yo se lo estimaria de mi parte, i ademas se cumpliria con uno de los artículos de la contrata, pues a mí me gusta que las cosas vayan en órden i que se haga todo a las buenas, i mucho mas entre nosotros. Ojalá, si acaso es posible, pueda venir la mesa ántes de que yo me vaya a una correría proyectada con el señor cura, el cual me ha convidado a buscar una planta, i estoi deteniendo algunos minutos para dejar estendidas sobre la mesa unas flores i cortezas que estoi preparando.

—Pues, señor don Demóstenes, yo le agradezco a usted todas sus bondades i no dejo de reconocer que usted tiene mucha razon en todo lo que me dice; pero en cuanto a la mesa grande tengo el sentimiento de decirle que por hoi no la espere, por el motivo de que mi comadre Remijia, la mujer del sacristan, se empeñó con Manuelita para que le prestase al ánjelito, para bailarlo en su casa hoi i en toda la noche.

—I mi ruana? i mi pañuelo? mi espejo? i mi candelero?

—Todo conforme estaba.

—Conque bailar, i mas bailar! Aunque viéndolo bien, la filosofía de Marta va perdiendo el miedo a la muerte, i al fin se tendrán que persuadir todos los parroquianos de que la muerte no es otra cosa que un largo sueño. Yo lo que temo es que ese cadáver se corrompa i nos apeste el lugar. No andan ya las moscas en torno del ánjelito?

—Sí, señor; pero se les quema cascaras de limon i boñiga para desterrarlas.

—I Manuela dónde está?

—Está durmiendo un ratico, para irse a bailar al ahijado luego que se levante.

—Yo me voi i no vuelvo hasta mañana, salúdeme usted a Marta i a Manuela, i dígales de mi parte que guarden piés para las fiestas.

Fué mucho mas concurrido el baile en este dia i en la noche consecutiva; a la mañana siguiente se le dió sepultura al anjelito.

Toda la música, ménos la carraca, partió de la casa del sacristan al cementerio. Detras iba el anjelito conducido en alto sobre la cabeza de *ñor* Dímas, cubierto el ataud de jénero blanco i adornado con flores amarillas i blancas.

El hoyo estaba listo debajo de un árbol de ambuque, cuyos gajos i retoños, con otros arbustos i bejucos, hubo que rozar con los machetes, para poder cavar la tierra. *Ñor* Dímas se descargó del féretro con ayuda de Marta i Manuela i lo puso en el asiento del hoyo. Manuela echó una manotada de tierra i despues la imitaron algunas mujeres del pueblo,

las cuales rezaban el credo, a medida que la música de los tiples i las guacharacas ejecutaban un torbellino de lo mas alegre.

Despues de pisado el hoyo, puso el sacristan una cruz de palo en los gajos del ambuque, que aderezó i amarró con un bejuco que serpenteaba por entre las ramas del árbol.

Las promujeres del partido tadeista no fueron al cementerio. Es tanto lo que predomina el espíritu de partido, que los odios i rencores se estienden hasta a los muertos, i hasta a los muertos inocentes, de manera que siguiendo la revolucion i los trastornos gubernativos en la Nueva Granada, en vez de fraternidad i filantropía cundirán los odios cada dia mas i la desmoralizacion completa.

Pia se fué por la tarde a la montaña, llevando varios regalos que le hizo su comadre, i no se volvió a hablar de ella para nada.

Se sabe que don Demóstenes le dijo al cura en su paseo:

—Me he quedado aturdido de que la Iglesia i el gobierno estén dejando correr adelante este abuso criminal de bailar dos o tres dias a los muertos de corta edad.

—I cómo le parece a usted que esto pudiera evitarse?

—La relijion de Jesucristo es una relijion pura, santa i en estremo filantrópica; la relijion católica que constituye una de sus ramas, quitándole la unidad que representa el Papa de Roma, es una de las mejores relijiones que hoi se veneran en toda la tierra; sus ministros están acreditados para con el pueblo, i con solo una indicacion que estos aventuren, desaparecerá de todas las parroquias la infame costumbre de bailar a los niños muertos. El cabildo por su parte, pues es el soberano congreso de la parroquia, puede prohibir con penas mui severas las orjías anjelicales.

Tambien se tiene noticia de la respuesta del cura, que fué ésta:

—Me reservo para despues la esplicacion de varios de los conceptos i de la idea del señor don Demóstenes, i le contesto por ahora que la relijion católica, esencialmente unitaria i rijida, aconseja la estirpacion de los abusos i las costumbres supersticiosas; pero no manda sino en los casos de doctrina i de fe relijiosa. Desgraciadamente las preocupaciones se resisten aquí como en todas partes. En cuanto al gobierno hai una distincion mui justa: los gobiernos tiránicos i absolutos pueden castigar a sus súbditos cuando no obedecen, i si no los sujetan, pueden atormentarlos por lo ménos cuando se trata de los usos inveterados; pero en los gobiernos republicanos, en los cuales manda el pueblo, no sucede lo mismo, porque el pueblo ama sus costumbres, i si hai lejisladores que ataquen bruscamente las costumbres del pueblo, entónces no son apoderados del pueblo, porque los poderdantes jamas dan poderes contra sí mismos; entónces deja de ser republicano el gobierno, porque deja de mandar el pueblo. No obstante, le ofrezco a usted predicar el domingo contra el abuso de bailar los anjelitos.

—I yo ofrezco escribir un artículo de costumbres.

CAPITULO XXIV.

EL SAN JUAN.

Desde su llegada a la parroquia habia oido hablar el señor don Demóstenes del San Juan, como de una época mui singular; i en efecto

miéntras mas se acercaba el suspirado dia 24, mas concurridos estaban los caminos i los mercados, mas risueñas i amorosas se mostraban las hijas del pueblo i mas alboroto se notaba en las tiendas.

Don Demóstenes se habia ido al Botundo el dia 23 por la mañana, porque le habia ofrecido Pia un chilaco vivo i unas mariposas raras. A la bajada oyó cohetes i música en muchas de las estancias, algunos gritos i tiros de escopeta, i al pasar por la estancia de Venancio, que estaba en la márjen del camino, este sujeto se le puso por delante i le gritó dirijiéndole la palabra:

—San Juan!

Pero viendo que ni respondia ni se detenia don Demóstenes, le repetia la misma voz añadiendo:

—San Juan callado!

Otro sujeto dijo entónces:

—Tan callado como su perro, porque parece que son de una misma *creyencia*.

—Con los masones no hai San Juan que valga, dijo otro.

Don Demóstenes entendió que aquella jente estaba achispada i que si se ponia a hacerles caso podria salir mui deslucido; siguió bajando, a tiempo que en la estancia se aumentaron los gritos de San Juan! San Juan! i la tambora i los cohetes hacian retumbar las lomas i la montaña.

Siguió su camino i cuando pasaba por frente de la estancia de Chepe Moreno oia los mismos gritos, i vió un corrillo en el patio, en el cual se cantaba i se tocaba, i al verlo repitieron la misma voz que le habian dirijido en la estancia de arriba. Un hombre se desprendió del peloton i vino a salirle al frente, pero don Demóstenes no se afanó porque conoció que aquel era su camarada Dímas, quien lo saludó de esta manera:

—Grite San Juan, mi amo don Demóstenes, que hoi es el dia mas grande que hai en el mundo.

—Que hai, taita Dímas? le dijo el caballero.

—Que arrime su persona para allá dentro, para que nos ayude a celebrar a mi padre i señor San Juan.

A este tiempo se acercaron Paula i Rosa al cazador i lo comprometieron a ir al patio, donde estaba una multitud de personas conocidas suyas, como Simona Páez i sus dos hermanas, i toda la jente del partido de Manuela. Rosa sacó un vidrio con mistela de café, i un plato con mantecadas i lo comprometió a probar la mistela, i al punto se levantó una vocería jeneral a los gritos de ¡San Juan! ! San Juan!

Un estanciero llamado Faustino sacó a bailar a Rosa, i allí en el patio, al són de los tiples i guacharacas bailaron el torbellino; luego se siguió otra pareja, i miéntras tanto Paula traia de la mano una muchacha bonita, con todas las cualidades de una verdadera campesina, estanciera o aldeana, robusta, de buenos colores i vergonzosa, lo que era un verdadero prodijio. Esta era Anita, hija de Narcisa, la cual, poseida de sentimientos relijiosos, habia conseguido con su patron don Eloi un indulto para sus tres hijas, para que no fuesen obligadas por el mayordomo al trabajo del trapiche. Don Demóstenes, buen fisonomista i observador de costumbres, conoció de pronto el mérito de la estanciera. Paula estaba al frente, i tomando la palabra con franqueza i resolucion, dijo a don Demóstenes:

—Aquí le traigo una muchacha nueva que usted no conocia; mi parienta Anita, que vive en la última estancia de las tierras de don Eloi.

—Tengo la honra de ofrecerme, contestó el bogotano.

—Diga, mil gracias, primita; no sea tan corta.

Se apareció *ñor* Dímas con un vaso de aguardiente puro, aromático i fragante como un estanquillo, i quitándose el sombrero con la mano izquierda, le dirijió a su compañero de cacerías esta perorata en voz alta i sonora:

—Hoi es el dia de mi padre i señor San Juan, en que estamos obligados los fieles cristianos a alegrarnos para darle cumplimiento a mi padre i señor San Juan. Por eso me ha de hacer la satisfaccion, su persona honrada de *aceitarme* este traguito, a nombre de mi patriarca señor San Juan.

—Mil gracias, dijo don Demóstenes con una amable sonrisa, i levantando el vaso, tomó lo ménos que pudo, nada mas que por cumplimiento, porque a don Demóstenes no le gustaban estas bebidas demasiado populares.

—San Juan! San Juan! gritó todo el corrillo, i pidiendo permiso don Demóstenes, continuó su viaje seguido de su fiel Ayacucho. En la estancia siguieron los gritos, los cohetes i los tragos.

Cuando el bogotano llegó a la parroquia la encontró casi desierta, porque todas las jentes hábiles se habian salido a las estancias. Se asomó a la plaza i no vió sino la mula i el cordero del señor cura, pastando la hermosa i levantada grama, i un polluelo que cojia los saltones o chapales que brincaban a lo que se adelantaban los cuadrúpedos. Ayacucho se arrimó i abusando tal vez de la tolerancia, se escedió en caricias con el cordero, tirándolo de la lana; éste se metia por debajo de la mula, i ella cojia al perro del cuero del espinazo en ademan de levantarlo, cuya escena solitaria entretuvo al bogotano por unos momentos, hasta que levantó la vista al lado de la triste fachada de la iglesia i vió en el largo corredor de la casa cural al párroco, vestido con sotana, paseándose con el breviario en la mano, i luego se arrodilló, i poco a poco inclinó la cabeza hácia el suelo.

Se fué a su posada don Demóstenes, i luego que se dejó caer en la hamaca, que ocupaba la mitad de la sala, llegó a sus oidos una voz de la alcoba, que decia:

—San Juan! don Demóstenes. San Juan! I no responde?

—Qué quieres que responda? le dijo el huésped a Manuela, que era la que le hablaba.

—Pues se responde San Juan! Luego usted no es cristiano?

—Ojalá que me hubieras instruido de antemano, porque te aseguro que los rústicos me lo han entripado al pasar por frente de la casa de Chepe Moreno, gritando San Juan! i molestándome como no hai idea; i si yo les hubiera dicho San Juan! la cosa hubiera sido de otra manera. Te aseguro que todos ellos son unos salvajes.

—Unos bribones, dijo Manuela, sin salir de la alcoba; porque ahí están metidas la Cecilia, la Víbora, la Nicolasa, con toda la camada de los tadeistas i de la sociedad baratera; i si lo han tratado de burlar a usted es porque lo ven así con zapatos i con su levita larga, como inglés viejo. Los tadeistas no se dejan, aunque los tenemos por debajo con la derrota del rei de la parroquia.

Se dilataba en salir la casera, porque se estaba poniendo de punta en blanco para empezar la funcion de San Juan, en cuyas vísperas se andaban. Don Demóstenes habia llegado cansado i el movimiento de la hamaca lo tenia tan aletargado como los cojines i el opio a los turcos; pero cuando Manuela abrió las dos piezas de la cortina de su alcoba, i se quedó parada por un instante, don Demóstenes saltó lleno de vigor, e improvisó este discurso:

—¡Bienaventurado San Juan, que aumentas la belleza de tus siervas! Yo tambien te saludo entre los tuyos! Oh Manuela, te hallas hoi seductora como nunca! Tu sonrisa es celestial, tus ojos divinos, tu talle de cinturera es primoroso, tus piés descalzos tienen el mérito de representar la clase del pueblo. San Juan, Manuela! San Juan! San Juan!

—San Juan! respondió Manuela.

—Hoi es cuando Dámaso va a tener envidiosos! le dijo el huésped.

—Naaada! le contestó ella, tratando de pararse para seguir a donde la llamaban sus deberes, porque todas las compañeras se habian ido a casa de Marta i tenia que ponerle la comida al alojado.

—No me hagas desgraciado, Manuela! No te vayas de aquí nunca!

—I la comida?

—Tu presencia quita el hambre i todas las necesidades humanas.

—Está loco?

—Porque no puedo resistir a los encantos de tu hermosura?.... Sí, Manuela, estoi loco. Pero nada mas te diré, porque para ti no hai elocuencia, no hai interes, no hai seduccion; pero ni lástima.....

—Lástima de qué? dijo Manuela riéndose; de oirles decir lo que les dicen a todas? No se afane!

—Ni violencia, ni estratejia, continuó don Demóstenes; porque el monarca tampoco ha podido hacerse escuchar de ti.

—¿Porqué no, cuando yo les oigo a todos?

Despues que Manuela le sirvió la comida al alojado, se fué a una estancia donde habia baile i estaba su prometido, no quedándole a don Demóstenes mas compañía en toda la casa que su amigo Aycucho.

Antes de acostarse don Demóstenes se asomó a la esquina de la calle i desde allí oyó los cohetes, los gritos i los tambores de varias estancias de la loma; i viendo que la tormenta sonaba léjos se metió en su alcoba i se acostó mui seguro de poder dormir con toda tranquilidad, aunque es cierto que la constitucion del 21 de mayo que garantiza la palabra, no garantiza el sueño, porque un enfermo no puede clamar contra los platillos i la tambora, que se le toca en sus linderos. Se durmió.

De repente se estremeció el bogotano por un grito de San Juan! que le dieron en los oidos. Levantó los ojos i vió dos devotas de San Juan graciosamente vestidas con camisas bordadas i enaguas de cintura, se refregó los ojos i conoció a Marta i a Manuela, que habian invadido los dominios de su catre.

—Qué hai? les preguntó entre sorprendido i halagado por la vision nocturna, que al principio tuvo por un sueño de hadas.

—Que se levante! no es otra cosa!

—I para qué me necesitan ustedes a estas horas?

—Para que se vaya a bañar a la quebrada.

—Estoi inmundo, por mi desgracia?

—Es porque el agua corre bendita.

—Quién madrugó a bendecirla?

—No sea tan, tan, tan....¿ no ve usted que es el dia de San Juan?

—I qué ?

—Que todos los cristianos nos tenemos que lavar.

—I si me escuso por enfermedad ?

—No le admitimos escusa ninguna.

—I si me resisto i me defiendo ?

—Nos lo llevamos entre todas como gusanito que entierran las hormigas cargamuertos.

—Cuáles son todas ?

—Yo, Sinforosa i sus dos hermanas, Rosa de Malabrigo, Paula, Clemencia.....

—I Anita?

—Tambien. Levántese a verla.... Tome, póngase la corbata, le dijo Marta.

—I aquí tiene las botas, dijo Manuela.

—Se pone chaqueta o levita.?

—A qué tanto afan ? Déjenme vestir a todo mi gusto.

—Pero no nos detenga, que ya quiere venir el dia.

—Póngase esa bota, cristiano, que usted parece perico lijero en el modo de levantarse.

Se salieron las camareras de don Demóstenes a decir que ya salia, i los aires, los edificios, las montañas i los bosques resonaron con los gritos heróicos de San Juan! San Juan! i luego que el caballero salió a la puerta de la calle, marchó entre todo el acompañamiento del partido de Manuela, en el cual iba Dámaso, el envidiado de don Demóstenes.

La procesion desfiló bajo los auspicios de dos faroles de papel i uno de vidrio, al mismo tiempo que se victoreaba a San Juan i se tocaba el torbellino en la banda de la parroquia. El camino era angosto i difícil por las angosturas i los obstáculos del bosque ; pero el viaje era corto i en aquellos momentos feliz.

Era increible la presteza con que caian al charco los devotos de San Juan, haciéndose notar por el ruido sobre las aguas, a la manera que caen a la laguna los patos que descienden del aire, siendo de advertir que las señoras Patrocinio i Visitacion no fueron de las últimas.

Habiendo de pintar el drama completo del baño del San Juan, el órden exije que se describa la naturaleza del teatro. En lugar de las tablas se veia la tersa superficie del pozo del Guadual, de veinte varas de largo. Los costados eran figurados por los troncos de las palmas i guaduas, i algunas piedras medio cubiertas de helechos i palmicha ; las trochas o sendas que llegaban a la orilla tenian toda la apariencia de las grutas, por la oscuridad de la noche, que le daba una vista májica al bosque de los contornos. El techo estaba formado por la trabazon espesa de los cogollos de las guaduas i por las hojas de las palmas de cuesco, enredadas por los bejucos de las nechas i gulupas, de las cuales colgaban las frutas i flores. Los faroles colgados de las gruesas espinas de las guaduas iluminaban el charco, aunque la luz era defectuosa. El sonido de los tiples i bandolas armonizaba con el ruido de la quebrada ; esta clase de música desempeñaba la orquesta, aun para el gusto delicado de don Demóstenes, que resumia las funciones de público, habiéndose quedado solo

por olvido de la priosta de la funcion. No creemos que el arte haya superado nunca en los mejores teatros de Paris o Roma las decoraciones del que nos ocupa. Solamente la naturaleza silvestre de América puede ofrecer esta clase de adornos materiales.

Es tiempo de ver el drama. Manuela se distinguia entre média docena de actrices jóvenes i poseidas perfectamente de la situacion; mujeres de poca nota i muchos hombres de la clase del pueblo figuraban en la escena, desempeñando el primer papel Dámaso por su historia i sus relaciones. El chapaleo, las consumidas, las travesías i las ráfagas de agua iluminadas por los tres faroles, daban a la funcion un mérito soberbio, i los rostros de las ninfas del charco, animados por la confianza i la alegría, daban a la escena todos los encantos de la majia. La risa, los gritos, los juegos, los dichos amorosos i las aclamaciones de San Juan! San Juan! completaban el placer de la ablucion. Ayacucho figuraba tambien en el pozo, consumiendo, chapaleando i a veces latiendo: solo un papel habia desairado, el de José, quien por no saber nadar no podia gozar del plàcer del baño.

Don Demóstenes, único espectador inactivo, se divertia desde un barranco cubierto de palmichas, mirando los prodijios jimnásticos del baño i sintiendo no tener su binóculo, porque la média luz de los faroles no alumbraba todo lo necesario para poder ver los bustos de las parroquianas reapareciendo sobre la superficie con su pelo, cejas i pestañas chorreando las gotas de agua iluminadas por reflejos de las luces artificiales que daban una ilusion enteramente májica mui sorprendente para el que, por primera vez, veia esto. Anita Reyes no cedia en gracias ni hermosura a ninguna de las parroquianas, i cuando don Demóstenes la alcanzaba a ver, palmoteaba. Pero su goce de espectador no le duró sino pocos momentos.

Luego que Marta echó ménos al bogotano, convidó a Rosa, a Paula i a Manuela, lo aprehendieron en su palco de piedras, i Marta le dijo:

—Ola, amigo! conque usted no se baña?

—Me hace daño a estas horas.

—Es flojera la que tiene, dijo Manuela; vamos, al agua; arriba! arriba!

—Me enojo, les contestó don Demóstenes.

—No importa, tendrá el trabajo de contentarse otra vez.

—Vestido? preguntó don Demóstenes, conociendo que no habia remedio contra la conspiracion de las parroquianas.

—Yo le quito las botas! esclamó Paula.

—I yo la chaqueta, dijo Marta; i lo comenzaron a desnudar.

—Llevémoslo así como está, propuso Manuela, lo que fué aceptado; don Demóstenes, cediendo al derecho del mas fuerte, que es el que rije en la Nueva Granada, se dejó llevar en triunfo i se conformó con entrar al pozo acompañado de sus perseguidoras.

—San Juan! San Juan! gritaban todas las parroquianas, embriagadas de placer por el triunfo: esta esclamacion fué repetida por todos, i la música i los cohetes resonaban para hacer mas completas la victoria i la alegría producidas por la entrada del prisionero al charco.

A este tiempo les repartió doña Patrocinio a los devotos de San Juan unas cuantas botellas de aguardiente, continuándose entre tanto el baño bajo los auspicios del contento i del buen humor.

De repente se oyeron muchos cohetes, gritos, sonido de atambo-

res i una algazara salvaje que ahogaba el ruido de la quebrada i la música de la funcion. Pronto se comenzaron a salir las muchachas del pozo murmurando, i algunas maldiciendo, segun parece. El silencio reemplazó al entusiasmo. Todos se vestian de prisa.

Manuela habia tenido la precaucion de mandar a José por ropa para su huésped; éste se estaba vistiendo cerca de doña Patrocinio, i aprovechando la circunstancia de la vecindad le dirijió así la palabra:

—Qué novedad tenemos?

—No ve usted las infamias de los tadeistas?

—No las veo, doña Patrocinio, le hablo a usted.....

—No oye, pues, los cohetes, los relinchos de las trapicheras i los ahullidos de los hermanos de la sociedad cuatrera?

—Oigo muchas risotadas i gritos; pero ¿eso porqué hace que se salgan las muchachas tan aprisa i a tiempo que me estaba gustando el baño de la madrugada? I que para mí ha sido un verdadero chasco, porque no hacia ni tres minutos que me habian echado al agua, i cuando yo estaba resignado, salimos con que se dió término a la funcion, lo cual equivale a lo que un autor célebre ha llamado "la pena de la esperanza burlada."

—¿Luego no sabe usted que las trapicheras no se lavan el cuerpo sino por San Juan i por noche-buena, i que la manada de tadeistas se compone de la jente mas *frondia* del distrito?

—Todo eso lo supongo; pero qué sacamos?

—Cómo qué sacamos? ¿No ve usted que la quebrada trae poca agua por el verano?

—I qué?

—Que el cochambre reunido de todas esas mugrientas es capaz de emborrachar a los pescados en lugar de barbasco, i ha venido toda la recojida de los tadeistas a lavarse en el pozo del Limonal, que está dos cuadras arriba, a tiempo que nosotros nos estábamos lavando aquí, por vengarse de que les hemos echado por tierra al monarca de la parroquia.

—Ahora lo comprendo perfectamente, i comprendo tambien lo que puede el espíritu de partido en los bandos miserables de las aldeas. Comprendo lo que es la Víbora i lo que es toda esa chusma. Oh! La venganza mas inicua! Tiene usted mucha razon, mi *sia* Patrocinio!

Se reunió toda la jente en un prado pequeñito, de espacio de veinte i cinco varas, alfombrado de grama, donde usaban tender la ropa las lavanderas, el cual estaba sombreado por un cámbulo i rodeado de bosque por todos lados. Allí sirvió el almuerzo doña Patrocinio, compuesto de una artesa llena de bollos de toda especie, una lechona mui bien asada, seis gallinas i muchos i buenos cocidos, a lo cual acompañaba la priosta las correspondientes jícaras de chocolate desde el brasero inmediato, que estaba junto de una palma, agregando el pan i queso de ordenanza. A cada paso se repartia mistela i aguardiente, i a cada momento se victoreaba a San Juan Bautista. La música no cesaba un solo momento, i a veces se oia un armonioso duo de bambuco cantado por Marta i Manuela; aquel almuerzo era digno de los convites de los ministros estranjeros. Los gracejos de las muchachas, los epígramas de los jenios agudos, las efusiones tiernas de los amantes, i hasta las sandeces de los zopencos i necios, todo hacia reir, todo alegraba, todo coronaba de gloria aquel banquete misterioso, servido al aclarar el dia entre los bosques.

No estrañemos que el licor hubiese exaltado las cabezas de los concurrentes, entre los cuales habia hermosas i feas, i galanes de la clase descalza, pero que tienen sensibilidad como los dandys que dirijen sus ternuras i obsequios a la aristocracia de alto tono. *Ñor* Dímas estaba de un jenio demasiado picante; Dámaso cortejaba a Manuela como novio, cosa que no habia hecho nunca; el sacristan se daba una caida por cada diez pasos acertados; don Francisco, que llegó despues del baño, mandaba a la carga, tocaba corneta i hacia estallidos con la boca hablando con don Demóstenes de la defensa de Bogotá el dia 4 de diciembre de 1854, i éste arengaba a los de la Union diciéndoles primores contra la dictadura. En seguida arengaba a la jóven Anita para que aceptase con fe la senda del progreso. Marta no hacia mas que jugar i reirse, a tiempo que Rosa lloraba sin descanso, i que doña Patrocinio le daba a la pandereta los mas descompasados golpes. Anita Reyes habia perdido la vergüenza a don Demóstenes i lo buscaba. Paula i Manuela cantaban en la tonada versos alegres, i el pequeño prado de las lavanderas era el recinto de una chispa jeneral, en la cual se ardian los hombres i las mujeres. Algunos se habian dado por muertos, dejándose caer entre las matas, como Simona, *ñor* Dímas i el sacristan. El dia vino a sorprender aquella orjía de los bosques i se pensó en la vuelta a la parroquia.

La grande orquesta con que los toches, cardenales i guacharacas celebran la vuelta de un nuevo dia, se estaba ejecutando a tiempo que la jente marchaba por el camino del bosque, i don Demóstenes, que iba junto a Manuela, le dijo:

—Sabes porqué lloraba Rosa?

—Porque la regañó Celestino i se fué al baño de la Víbora.

—I sabes el motivo?

—Por celos con usted. Allá se las haya. Le hizo unos cuantos cargos, i entre ellos el de haberla visto conversar con usted i darle un abrazo en el monte del Retiro.

—No tiene motivo ese miserable: yo la trato con cariño porque le debo el servicio de haberme dado posada; i eso del monte se reduce a que me sirvió de guia en el camino del Retiro.

—Pues yo no sé, pero algo habrá.

—Nada, Manuela. Eso no es sino el espíritu de intolerancia, nada mas.

Despues que las jentes llegaron a la parroquia, muchas personas se fueron a las estancias i otras desaparecieron, yéndose a dormir a sus casas.

Don Demóstenes se acostó en la hamaca i a las diez, hora en que despertó, estrañó el silencio que reinaba en la cocina i la calidad del aire que no le trasmitia los aromas del café i de la arepa, i se paró en la puerta para llamar:

—Caseras! Pachita! Ascension! Manuela! Doña Patrocinio!

Nadie le contestó, i esforzando la voz un poco mas gritó:

—José! Ayacucho!!

Los pavos fueron los únicos que tuvieron a bien responder, porque estos animales responden a todo ruido. Fuése a la cocina, i su pena se aumentó al ver que la ceniza estaba fria. Volvió a la sala, i de allí se acercó a las camas de sus caseras i las encontró igualmente frias. Se trasladó a la casa de Marta a pedir chocolate, i se quedó admirado de verla dormida en la mitad de la sala, sobre un cuero de novillo i sin mas al-

mohada que el brazo de Manuela, la cual parecia que soñaba con alguna imájen hermosa, porque sonreia. Contempló por un segundo aquel cuadro de la belleza entregada al descanso i al abandono, i se fué a ver si encontraba los católicos dando culto al santo de su mayor devocion en la iglesia; pero se quedó admirado de hallar cerrada la gran puerta verde. Estaba pensando si el pueblo entero habria desaparecido como desaparecian algunas veces las fundaciones de los salvajes del Orinoco o del Meta, o si se habrian ido todos a la montaña, cuando el criado del cura le dió un recado de parte de su amo convidándolo a almorzar en su casa.

Al momento de entrar don Demóstenes a la casa del señor cura sirvieron la sopa, i le dijo al caballero:

—Acérquese, don Demóstenes. Yo tengo mucho gusto de que usted me acompañe en un dia grande como es hoi.

—Mil gracias, señor cura, dijo don Demóstenes, con una vénia.

—Siéntese usted, i dispense todas las faltas. Ya usted sabe lo que es una parroquia de éstas. Todo se halla en el mayor atraso.

—No tenga cuidado, señor doctor, usted debe tratarme con toda confianza.

—I qué le parece a usted la celebracion de San Juan Bautista?

—He notado mucho entusiasmo; pero me parece que en esto hai algo de fanatismo i supersticion.

—Fanatismo, no me parece, dijo el cura meneando la cabeza: nuestros pueblos no son fanáticos, sino indiferentes. Supersticion sí, porque en medio de tanto fervor por el Bautista, ni misa han oido. Yo fuí a decirla esta mañana, i no hubo un alma que me la oyera. El sacristan vino cruzando las piernas, i le hice cerrar pronto la iglesia. Pero vea usted, en Europa hai supersticiones sumamente ridículas: los montañeses de Escocia i los marineros de Inglaterra creen en mas ridiculeces que mis parroquianos. Hoi está la jente durmiendo.... Vaya una copita de Jerez, don Demóstenes, que esto no es de todos los dias.

—Mil gracias, señor cura.

—Vea usted, dijo el cura cuando retiraron el plato, estos pastelitos, así con sus florecitas i sus ramas de perejil, son regalo de la Patrocinio; i este tamal es hecho en la casa por las manos de Juana.

—Está mui bueno el tamal, a pesar de que yo no soi afecto a ninguna de las especies del jénero bollos.

—Esta familia es dilatada: bollos insulsos, bollos comunes, bollos de quiche, bollos de mazorca i otros tantos, dijo el cura, i parece que los distinguen por las hojas en que los envuelven. No hai como hablar con los naturalistas. Pero vaya esa otra copita, por el dia grande que festejamos. A una, señor don Demóstenes!

—Hurrah! dijo don Demóstenes; yo tambien soi devoto de San Juan.

—No me parecia, dijo el cura, porque usted ni es católico ni es protestante.

—Porqué, señor cura?

—Católico no, porque usted me lo dijo con franqueza; protestante tampoco, porque ningun volteriano puede ser protestante; i yo no comprendo porqué los ilustrados del partido ultra-liberal quieren que seamos protestantes, porque ellos mismos no pueden serlo. Los que siguen al señor Voltaire i a los señores enciclopedistas, no admiten la Sagrada Escritura, i sin la Sagrada Escritura no hai protestantismo posible. ¿No

ha visto usted que de ciento o doscientos ultra-liberales no se ha inscrito todavía ninguno en los libros del ministro protestante? La Biblia es el culto de los protestantes, leer la Biblia, entender la Biblia, deducir principios de la Biblia. I como San Juan Bautista es un personaje de la Sagrada Escritura, no creo que usted sea devoto de San Juan.

—Sí, señor cura, prescindiendo de controversias, le aseguro a usted que yo tambien celebro el aniversario de San Juan Bautista.

—Nosotros celebramos a San Juan Bautista por haber sido el precursor de Jesucristo i por haber sido mártir de la fe. Su cabeza fué cortada por un tirano, de manera que tambien es uno de los mártires de la libertad. Oh! de la libertad del mundo, que jemia bajo el cetro del paganismo, que daba espectáculos de sangre i que adoraba mujeres, bueyes i cebollas.

—Pero este culto de San Juan....

—Estas fiestas, dirá usted, estas fiestas son enteramente supersticiosas, inmorales muchas ocasiones, como me parece lo han sido los baños de Sinforiana i de Patrocinio. El pueblo recuerda la cortada de una cabeza en la cortada de la cabeza de un gallo, pero tiene perdida la historia i se entrega a los actos mas ridículos i poco decentes, como el baño de Patrocinio, del cual me han contado cosas bien tristes, si es que no se han equivocado.

—I siendo esto así, porqué la iglesia no corrije este abuso?

—Porque está arraigado en una costumbre de oríjen remoto, porque es una tradicion popular, que se resiste a las amonestaciones. Yo he predicado sobre esto algunas veces, i pienso volver a predicar a propósito del baño de Patrocinio.

—Entónces el poder civil deberia contener el abuso de un modo eficaz.

—Por la persuasion, es decir, por la imprenta; pero hai la desgracia de que los pueblos mas decididos por la corrida de gallos son los que ménos leen. Vamos, no me desaire usted los pastelitos, que son de las manos de sus caseras.

—Están escelentes, señor cura. ¿No le parece a usted que la autoridad suprema deberia contener el uso tan supersticioso como cruel del patíbulo de los gallos i de esas diversiones que se le agregan?

—Como el baño de la madrugada, dirá usted?

—Todo. Mandar que no se corran gallos.

—Pues no se puede. En una república no se puede lejislar ni contra los usos relijiosos, ni contra los usos supersticiosos, porque los lejisladores son el pueblo i no pueden lejislar contra sí mismos, esto es, porque ninguno se quiere dar con una piedra en los dientes. I un congreso que lejisle contra la voluntad del pueblo soberano es un congreso de tiranos, i es peor la tiranía de muchos que la de uno solo. Yo no comprendo porqué pretenderia una milésima parte de hombres de ideas exajeradas o no exajeradas, dar leyes contrarias a la voluntad de dos millones de habitantes en una república, así como comprendo que un tirano sí puede quitar las ideas relijiosas i supersticiosas de sus vasallos con la persuasion de las bayonetas, donde los vasallos son fáciles de arrear como las ovejas. Así es que las fiestas de San Juan tendrán que durar todavía por muchos años. La civilizacion, señor don Demóstenes, la civilizacion es la que disipa las malas ideas: moralicemos a los pueblos, no los mortifiquemos.

—Civilicemos, señor cura! Esta es la doctrina de un buen radical; nada de bayonetas. Brindo por la pronta civilizacion de la república de la Nueva Granada!

—Mui bien! mui bien! Siento que usted no haya profundizado un poco mas las interioridades del tamal, pues habria visto que éste es el *omnibus* de los bollos; aquí encuentra usted pollo, gallina, garbanzos, longaniza, cebolla, carne de cerdo, de cordero, &c, &c, i tiene el mérito de ser nacional, tan nacional como el ajiaco. Yo le soporto a la pobre Juana muchas impertinencias porque se pinta para las arepas i los tamales, i los sesenta años no la arredran para servirme con voluntad. Tengo el gusto de servirle esas presitas de pollo sudado. Oh! no hai quien haga un pollo sudado como la pobre deJuana. Tengo mucho deseo de que la conozca usted. I volviendo al baño de Patrocinio, yo siento tener indicios de que alguna persona civilizada....

—Quiero hablar con franqueza, dijo entónces don Demóstenes; como yo escribo mis articulitos de costumbres....

—Santo Dios bendito! esclamó el cura cojiéndose las sienes con ambas manos; adios de Juana i los tamales, adios de los pastelitos de Patrocinio!

—Porqué se asusta, señor cura?

—¿No me he de asustar, cuando los escritores de costumbres no le dejan hueso sano al que cojen por delante? Porque si uno no los cuida, malo; i si uno los cuida, tambien malo; porque en este segundo caso van a llenar las escaseces de los periódicos con tres o cuatro columnas de un cuento que llaman costumbres, en donde van a figurar por todo el mundo las miserias, los gustos o los caprichos de la víctima de sus jocosidades. Así va al conocimiento de todas las naciones que leen el vestido de la criada, la mayor o menor limpieza de los manteles, la abundancia o escasez de los potajes; i el mundo ha de saber si los huevos estaban fritos por el estilo del tiempo del señor Amar, o por el estilo de la Rosa Blanca; si las papas estaban asadas en el horno, o si estaban cocidas formando la base del *totum de revultis* que se llama puchero; o si la mesa se sirvió por el estilo colonial, o por el estilo moderno. ¡Ai de los pastelitos de Patrocinio! Ai de Juana i de sus arepas! I yo lo que siento es no poder escribir uno de esos artículos, porque cuando he estado en la capital ha dado la casualidad de que ninguno de los escritores de costumbres me haya convidado a ver esas comidas, i esas despensas, i esa abundancia de la bodega, i el aseo de esas criadas que no salen del segundo patio. ¡Ai del cura de la parroquia i de su almuerzo del dia de San Juan!

—Por mi palabra, señor cura, le ofrezco a usted que mi pluma no tocará con la casa de usted.

—Mucho se lo agradeceré, porque ya usted ve los inconvenientes que hai en los pueblos i las haciendas para poder asistir a cualquier bogotano que lo quiera favorecer a uno con su presencia. I bien, ¿qué era lo que usted me queria dar a entender con aquello de "como yo soi escritor de costumbres?"

—Que yo sí vi con alguna atencion el baño de mis patronas, para criticarlo en uno de los periódicos.

—Usted? Válgame Dios!

—Pero qué iba a hacer? Me han llevado por la fuerza.

—Lo han hecho levantar a las tres de la mañana?

—I me han lavado por la fuerza.

—No lo creyera yo de Manuela, que nunca ha dado su brazo a torcer. ¡I a nombre de San Juan! Oh! tiene usted mucha razon, señor don Demóstenes, para censurar estos abusos. ¿Conque han abusado de la bondad de usted, lavándolo por la fuerza? Oh, i cómo lo siento! ¡I cómo siento los escándalos que tienen lugar con estas estravagancias!

—Mui aromático me parece el café del señor cura, dijo don Demóstenes al tiempo que el criado lo servia.

—I es de la huerta de casa, contestó el párroco:

A poco rato se levantaron de la mesa mui alegres i satisfechos los dos personajes.

Tal vez el lector se admirará de ver tanta armonía entre un cura piadoso i un radical despreocupado, i tal vez se revocará a duda la escena de las jocosidades del perro, la mula i el cordero, i la mui amable sociedad que mantenian en la plaza de la parroquia, no siendo ni de familias parecidas, se convencerá de que es mui filosófico el adajio que dice: *necessitas caret lege*, que un mal gramático tradujo: la necesidad tiene cara de hereje. Porque a la verdad que ni el cordero contaba con una manada cerca, ni la mula podia ir a buscar las recuas de las otras mulas.

Despues del almuerzo se dirijió el bogotano a la posada, i viendo que en toda ella no habia nadie con quien hablar, se acojió al asilo de su anchurosa hamaca i en ella se puso a leer; i estando mui engolfado en la lectura, se acercó Marta en puntillas, i rapándole de las manos el libro, le dijo:

—Hoi no se lee, hoi se canta, se grita, se baila.

—I si uno está triste?

—Esto es lo que no puede ser, en dia de San Juan.

—Qué delirios!

—I vengo a que me dé mi San Juan.

—No entiendo.

—Cualquier cosa, un recuerdo para tenerlo presente.

—Recuerdo de qué?

—Usted sabrá. Lo que quiera.

—Un trago de Oporto, ¿te conformas?

—Cualquier cosa que venga de sus manos.

—Ve a traer una botella que está sobre la mesa de mi alcoba, la copa i el tirabuson.

Marta obedeció, i ámbos tomaron un trago; pero don Demóstenes se volvió a entrar a sacar de su baúl un alfiler con una rosita de oro, para dejarle un recuerdo de San Juan a la bondadosa prima de Manuela; i habiéndose dilatado un minuto, halló dormida entre la hamaca a su visitadora, i volviendo a tomar el libro continuó la lectura, sentado en la puerta, despues de haber recostado la silla jesuítica en forma de puente o cama, cosa que no aguantan los taburetes modernos.

Al cabo de un cuarto de hora llegó Manuela, i dijo a don Demóstenes que su tia Visitacion le mandaba decir que le hiciera el honor de asistir a la corrida de un gallo i a la merienda de su San Juan en el platanal de la Quietud.

—Iré a la tarde. Dile que le agradezco mucho.

—Pero es ya. I que no hai aquí que comer hoi.

—I qué hacemos con Marta, que está dormida en mi hamaca?

—Si es ella, la despertamos.

Es imposible que el amable lector se figure todo el trabajo que costó despertar a Marta. Su prima la levantaba en los brazos, pero ella volvia a caer sobre la hamaca como privada, i aunque le gritaba no respondia. El tiempo pasaba, i si Manuela no hubiera tenido la ocurrencia de hacerle cosquillas en los piés, ahí le hubiera amanecido. Marta tenia un sueño proverbial, porque ya habia sucedido que la pasasen de una cama a otra sin que se despertase; i ahora habia el triple motivo de la trasnochada, el baño i la copa de Oporto.

Al fin despertó la víctima de Morfeo, miró para todas partes i llamó a doña Visitacion, creyendo que se estaba levantando de su cama; luego que estuvo completamente despierta, don Demóstenes le regaló el alfiler como recuerdo del San Juan de 1856. De allí salió éste con las dos primas i se dirijió al platanal de la Quietud. El cura iba para allá i se juntó con él i otros varios vecinos.

La llegada del señor cura fué anunciada con cohetes, música i los gritos de San Juan! San Juan! Don Demóstenes esclamó al llegar al pequeño patio de la choza rodeado de matas de plátano:

—Viva San Juan Bautista! Viva la república! Viva el cura!

La mesa era un planito circundado de matas de plátano, cuyas hojas undulaban sobre una choza de paredes i techo de palma, i de puerta de guadua picada. Las hojas del mismo platanal servian de mantel i sobre ellas figuraban varios plátanos con papas cocidas, i otro con un cocido de yucas, plátanos i ahuyama. Una lechona ocupaba el primer lugar, luego seguian las gallinas i capones, algunas ensaladas de palmito, de caña-brava i de palmichas, i una bandeja de arroz seco. Los licores eran guarapo i chicha. La alegría de la comida o merienda, estaba neutralizada por el respeto i la moderacion. Al doctor Jiménez lo respetaban todos sus vecinos, porque no era de aquellos que mandan hacer una cosa en sus sermones, haciendo ellos lo contrario. Todos los convidados que formaban el primer círculo en rededor de la mesa i todos los que formaban el segundo eran jentes de la clase descalza; de la aristocracia de los zapatos no habia sino don Demóstenes i el cura.

Despues de la comida seguia la matanza de gallos; pero a ésta no se quiso esperar el bogotano, i ántes bien convidó al señor cura a dar un paseo al charco del Limonal, que deseaba conocer.

Los dos personajes se volvieron a la parroquia despues de su paseo, miéntras el pueblo se entretenia con el espectáculo de un inocente gallo sangriento.

Al frente del platanal de don Francisco, en un pequeño prado no mui bien nivelado ni limpio, se hallaba sepultado el supremo del gallinero de la señora Visitacion; pero su cabeza sobresalia de la tierra, estando destinada a sufrir las iras del pueblo. Junto se hallaba *ñor* Dímas sosteniendo un palo de unas tres varas de largo; a la espalda estaba tocando el torbellino toda la banda de tiples i guacharacas. El pueblo rodeaba de cerca el patíbulo; habia tambien algunas madres con niños, i algunos inválidos i curiosos que miraban desde una altura la escena.

Dámaso Bernal, el estanquero Velásquez, el juez segundo i el sordo-mudo esperaban junto al gallo la persona que quisiese cortarle la cabeza.

Se presentó doña Patrocinio, ájil i risueña, a pesar de su gruesa mole, i le vendó su futuro yerno los ojos con un pañuelo. Le pusieron en la mano un palo en lugar de sable, i la música se fué retirando del sitio en que estaba el gallo; lo mismo hizo *flor* Dímas llevando el palo i fijándolo en otra parte. La señora Patrocinio dió unos pasos i comenzó a dar golpes sobre la grama hasta que dió con el palo del ciudadano Dímas, i creyendo que habia hecho pedazos el gallo, se destapó los ojos; pero fué solo para conocer que sus pasos habian sido perdidos. Se llenó de rabia cuando se halló con un palo en lugar de sable. Siguió Marta, i no tuvo mejor suceso que su tia, aunque tuvo la precaucion de cojer el machete en la mano ántes de que le tapasen sus hermosos ojos. Paula fué la tercera, i ésta hubiera acertado si el zorro de *flor* Elías no le hubiera puesto el palo dos varas ántes de llegar al lugar en que estaba el gallo. A la tímida Anita no la pudieron reducir Marta i Paula a que se dejase vendar, por la vergüenza que tenia del público; i siguieron otras mas valerosas, pero tan poco diestras como las primeras. Siguió Manuela.

—Esa sí acierta, gritó uno, porque para ella no hai dificultades.

Partió graciosa, bella, encantadora, i con paso firme fué a dar al palo i por él se siguió para dar tres golpes con los que voló la cabeza del gamonal del gallinero. Los gritos de San Juan! San Juan! hicieron retumbar los aires i las colinas.

Es de sospecharse que Dámaso, al vendar a su amada, no le hubiese apretado demasiado los ojos, i que Manuela aprovechando la ocasion, se lució cortando una cabeza como Judit cortó la de Holofernes.

Los hombres desenterraron el cadáver, se empezaron a dar *gallazos*, a correr, a despedazar los cuartos, a untarse de sangre i untar a las muchachas, ménos a Anita, a quien respetaron por su ceño escrupuloso i por su aspecto de dignidad. La dignidad siempre salva a las mujeres.

No hubo corrida de a caballo, porque en la parroquia, por lo comun, no se andaba sino en mulas.

En la estancia de mas arriba se hizo la corrida o matanza de gallos del partido tadeista, con un ruido estraordinario. Se dijo que Cecilia habia estado mui alegre, que habia hecho gastos mui grandes, lo que pareció fuera del órden, por estar don Tadeo en trabajos; pues no todos sabian las sombras i los misterios que ocultaban los amoríos de la hija de la Víbora.

El baile correspondiente a la funcion de los manuelistas tuvo lugar en otra estancia, al cual fué don Demóstenes un poco tarde, i solo por condescender con sus patronas. Marchó acompañado de José, quien habia dormido mucho, i ya se habia presentado a tomar servicio; i lo mismo Ayacucho, que no habia acudido a los llamamientos de su amo. En el baile estaban algunos hacendados, que se habian ido al San Juan de los manuelistas, despues de una gran comida que dió don Blas en obsequio de San Juan, sus comprofesores i de su futuro yerno, don Narciso Correa. Los que se hallaban en dicho baile eran don Eloi, don Leocadio, don Januario i don Lucinio, i con ellos andaba el doctor Ramírez, cura de una de las parroquias del canton.

La vocería i el tumulto de la estancia no tienen comparacion con nada de esta vida. Música, cohetes, esclamaciones de alegría, algazara de todo un partido triunfante, locura, en fin, de hombres i niños, de viejas i muchachas, de casados i solteros, de negros i blancos. Don De-

móstenes fué agasajado a su llegada por las patronas de la casa i obsequiado con mistela de azafran i arepitas batidas. Manuela i Marta lo invitaron a bailar, i Paula le presentó a su primita en el puesto. La sala estaba que apénas daba un hueco pequeño para las parejas, no obstante que en el patio tambien se bailaba. Anita fué despojada de su mantilla i entregada a don Demóstenes, quien le tomó la mano con su derecha, i al ponerle la izquierda en la cintura, sintió que se le deslizaba como un pescado vivo. No obstante, Manuela, que habia concurrido, la sostuvo, i bien asegurada la tímida Anita por las manos de don Demóstenes, fué conducida a remolque, al ruido de la música, queriendo bailar strauss don Demóstenes i haciendo ella algo de su parte, más por condescender que por natural aficion al baile. Una vuelta habia alcanzado a dar, pero tratando el diestro galan de allegar su pareja hácia su cuerpo i cojerla como lo prescribian las reglas que estaban en boga, Anita dió un sacudimiento i un grito, i se fué corriendo a meter en la alcoba. Era que la estanciera tenia mucho mas pronunciadas las cosquillas que la discípula de don Demóstenes.

Marta salió i bailó un strauss que dejó admirados a todos, porque ella se movia con soltura, llevaba el compas con esmero i daba al baile los visos de deleite i amor que le corresponden. Siempre los aldeanos de las estancias retiradas tienen algo malo que imitar i que admirar de la civilizacion de los cortesanos ilustrados. Sin embargo, la madre de Anita i sus hermanas no quedaron gustosas: hai en el pudor innato de las verdaderas aldeanas una clase de resistencia que cuesta tiempo i esfuerzos para vencerlo. Despues de todo esto siguió el torbellino, la caña de los campesinos; las chanzas, los licores i los gritos sostenian la funcion cada vez mas animada. Dámaso bailó con su amada un bambuco de lo mas esmerado i siguieron otras parejas que tambien parecian de novios. Rosa salió al puesto, pero triste, porque tenia motivos para ello.

La noche estaba calorosa i salian a tomar fresco a los corredores bajo los alares o los árboles los que necesitaban de desahogo. Don Demóstenes se habia salido i se estaba paseando sin sombrero en un trecho de pocas varas que habia entre la línea de los bosques i los alares de la casa. Habia reparado en una luz del lado del Botundo i figurándose que saldria de la cocina de *Ñuá* Melchora, esclamó en voz alta:

—Oh Pia! Con qué corazon estarás oyendo los golpes de la tambora i el ruido de los cohetes desde el retiro a donde te condujo la maldad de un señor dueño de tierras! Tú jimes i suspiras en una choza en el corazon de la montaña, miéntras que se grita ¡San Juan! i se baila en una estancia encantada por los placeres!

—Qué tiene, don Demóstenes? Está loco? Le dijo Manuela acercándosele.

—Pobre de Pia! Continuó diciendo don Demóstenes sin atender, o sin oir a su casera.

—Póngase el sombrero, mire que el sereno de aquí es malísimo, i les hace perder la chabeta a los enamorados.

—Deseo un poco de fresco.

—Venga allí a la sombra de los higuerones, que allá hai buenas muchachas, allá hai amor. Quítese de la luna, que eso no se queda sino para los jubilados. No piense mas en Clotildita, que ella está enajenada.

Don Demóstenes siguió maquinalmente los pasos de la encantadora

Manuela por una senda que la claridad de la luna no alumbraba, i dió de repente con unos grupos de jente que estaban debajo de la sombra de un higueron, cuyas raices levantadas de la tierra brindaban asientos, i cuyas ramas dobladas hácia la tierra daban anchurosa sombra.

Rosa, Paula i Anita eran las otras cintureras que gozaban allí del fresco, la quietud i el silencio, miéntras que los cohetes i los gritos no descansaban en el patio i la sala de la estancia. Al cabo de média hora volvieron a la sala.

Todos los blancos se retiraron a las tres de la mañana, pero la jente descalza continuó en sus diversiones hasta las seis.

Don Demóstenes se fué para su posada, sin mas compañía que la de su fiel amigo, el juicioso Ayacucho i se acostó en su catre, sin volver a despertarse hasta que le dió Manuela los buenos dias; ésta se bajó de la estancia con las buenas intenciones de hacerle de almorzar. El huésped se quedó pasmado de ver a su casera ojerosa, descolorida i macilenta, i le dijo:

—Bien venida seas, que se hallaba la casa triste i silenciosa como un cementerio.

—Por eso me vine a darle su almuerzo i a ver cómo anda todo.

—Pero ustedes se tiran a matar con esas trasnochadas tan crueles!

—I todavía falta el San Eloi, San Pedro i San Pablo, que son dias de bailar.

—Cáspita! Lo que me admira es que ustedes no se caigan muertas bailando.

—No ve que para eso es San Juan?

—I Marta?

—Firme todavía. Está ronca de cantar, tiene los ojos con sombras azules de no dormir; pero está firme, i a la hora que tocan está lista.

—Caramba, que esto es mucho apurar. I Rosa?

—Está un poco tristona, me lo cree?

—¡Vaya, vaya con las niñitas!

—Pero lo dejo, porque me voi a verle su almuercito.

Don Demóstenes se salió a leer en su hamaca; cuando vió que eran las once i que no tendian la mesa, se fué a la cocina con pretesto de encender su cigarro i se quedó yerto de asombro al ver a Manuela dormida, con la cabeza clavada sobre la piedra de moler i con la mano de la piedra cojida con sus dos manos, teniendo los brazos mui estendidos. Se acercó i le gritó en el oido:

—San Eloi! Manuela! San Eloi!

Manuela levantó la cabeza, se echó a reir i se dedicó con todo empeño a subsanar el tiempo perdido. Ascension no parecia con el agua, i cojiendo Manuela unos calabazos se fué a la quebrada i allá encontró a la peona dormida junto del lavadero.

CAPITULO XXV.

RESULTADOS DEL SAN JUAN.

Las sombras de la noche empezaban a cobijar los matorrales que rodean la casa de Malabrigo, a tiempo que dos mujeres conversaban tristemente sentadas en el alar de la miserable casa que ya el lector co-

noce. Una de estas mujeres estaba peinando a la otra, i despues de un largo silencio le dijo:

—¡Cuántas canas de estas mismas que le estoi peinando le habré hecho criar yo, mama!

—Vos no: Matea fué la que me dió que hacer. La tengo perdonada para que Dios la perdone i la mire con misericordia, i a mí tambien. Dicen que está mui maja en Ambalema.

—Sabe una cosa? dijo Rosa, a quien ya habrá conocido el lector, ¿sabe que tengo ganas de que Antoñita aprenda a peinarla a sumerced?

—¿Quieres dejarme como tus hermanos? Te quieres ir?

—Para el otro mundo....tal vez. Le tiré el pelo?

—No cosa.

—Perdóneme sumerced. Hace dias que estoi como insensata i tengo unos sueños que me dan miedo! Hace tres noches que me soñé que yendo a cojer hojas de payaca a la montaña, habia visto esconderse detras de un botundo a mi padrastro vestido con la mortaja blanca que le pusimos aquí; i que al pasar yo me habia echado los brazos i me habia apretado.

—Por eso seria que te sentí gritar i estremecerte en tu cama. Válgame Dios! Eso es que está penando seguramente; mañana me voi a buscar al señor cura para que me le cante un responso.

—I las pesetas?

—Como el señor cura no es ningun interesado con los pobres! ¿No te acuerdas que el entierro de Patricio lo hizo de balde, i ántes ni me queria recibir un pollo que le llevé de regalo? En otras parroquias venden los curas o los alcaldes mui cara la tierra de la sepultura. ¡Mui cara es la tierra, hijita de mi corazon!

—Sí, señora! Lo mismo es la tierra en que trabajamos. Ocho pesos nos cuesta el arrendamiento de esta estancita.

—Eso no es tanto como las obligaciones, porque el arrendatario es un esclavo.

—¡I tener nuestros amos un mundo de tierra, i mezquinarnos un tantico a los pobres! ¡I no tener nosotros en propiedad ni aun los siete piés de tierra en que nos sepultan, porque tenemos que dar tres pesos a la policía, amen de lo que cobran los curas! ¡Suerte mas negra! ¡Arrendatarios en vida i en muerte!

—Siempre esclavos de los ricos!

—De los ricos ni me hable, señora madre. ¿No ve sumerced cuánto hemos tenido que sufrir por los caprichos de los patrones?

—Andar rodando como basura, de hacienda en hacienda! Por ahí se ven a orillas de los caminos los rastros de las estancias de donde han echado a los arrendatarios.

—Ai, cómo lloré cuando me vine ayer de la parroquia, al ver el rastro de la estancia donde vivíamos hace un año! Ya está todo cubierto de rastrojo i de bejucos! Me arrimé a la mata de guamo que nos daba sombra cuando la peinaba a sumerced! ¡Vi la mata de higo que sumerced sembró, despues que se molió el brazo en el trapiche! ¡Vi la mata de café que cuidaba Matea! ¡Vi las piedras del fogon, i entre las cenizas estaba enroscada la culebra que nos asustaba por comerse los ratones! Lloré hasta que me cansé, señora madre! Allí nací, allí jugué, allí viví tranquila, sin pensar en los trabajos tan grandes que he pasado

despues. Cuando oigo hablar a don Tadeo i a don Matías de libertad lo que me da es impaciencia. La libertad de llorar es la que tenemos, i es la que yo he tenido. Pero mire sumerced que estoi torpe esta tarde, agregó la muchacha deteniendo la mano que llevaba el peine; ya la he tirado dos veces.

—No, hija de mi alma. Tu mano es mui suave, i es el cariño el que te hace creer que me tiras.

Siguió luego un rato de silencio, durante el cual acabó Rosa su tarea, dejando bien alisada la cabellera de su madre.

—Ya está sumerced peinada, i me voi a dormir al trapiche, porque tengo que madrugar a cojer trabajo. Mándeme sumerced el *puntal* con Antoñita, porque la comida del trapiche no se puede pasar; pero que no olvide el ají.

En seguida hizo la jóven estanciera sus preparativos para el odioso i obligatorio viaje al trapiche: se echó unos tabacos en el seno i puso una *mano* de plátanos en una mochila para llevarla cargada. Hecho esto se despidió de su madre.

Estefanía se quedó mui triste pensando en la aparicion de su difunto esposo, i en la suerte que le tocaria a Antoñita, que estaba creciendo i era linda i de un jenio tan dócil como una malva. Lloró, i sus lágrimas corrieron sin cesar hasta que se fué a asar unos plátanos para su cena i la de su preciosa Antoñita.

Cuando Rosa llegó al trapiche no se veia sino la máquina del molino a la luz de una hoguera de bagazo. Paróse en el sardinel de la enramada i gritó con suave i lánguido acento:

—Bueeeenas noches!

—Buenas noches, antoja, le contestó una voz amistosa, que no le era desconocida. Arrime por acá, antoja de mi corazon.

—Qué hace usted por aquí, Liberata?

—Siéntese aquí en el bagazo, que ahora le contaré todo.

La persona con quien hablaba Rosa era Liberata Sabogal, una de las emigradas de Cáqueza que van a buscar trabajo en los activos trapiches del rico departamento de Tequendama. Liberata era mui blanca i gorda, i su negro cabello le llegaba a las corvas. En su cara redonda habia una eterna primavera de risa i de amabilidad. Sus negros ojos tenian la triste ventaja de seducir sin esfuerzo; i sus piés eran tan pequeños que no se podia comprender cómo se sostenia tan rolliza estructura sobre tan diminuta base.

Vivia la hermosa peona en una barraca o troje, formada por largas estacas i paredes de guadua picada, protejida por el alar de una gran enramada que servia de cocina de los peones i de caballeriza de las mulas de silla. Así es que la cama de Liberata quedaba a tres varas de distancia de la canoa en que las mulas comian el cogollo picado. El cuarto de la peona presentaba pocos muebles: de una de las toscas barandillas de la cama colgaba una mochila de mallas en que se veia una mantilla de bayeta oscura de Castilla con ribete de tafetan celeste; una camisa de tira labrada, unas finísimas alpargaticas con ataderos de seda i borla en las puntas; un peine de cuerno i una totumita. El colchon de la cama era una estera de calceta de plátano que, enrollada de dia, estaba a la vista de todos los trapicheros. De una de las estacas que sostenian la pared colgaban unas *quimbas*, un tiple, un garrote i un pedazo de rejo de enlazar.

Aquella estancia era la vivienda de la hermosa Liberata, la mas garrida de todas las caqueceñas que han ido a buscar aventuras en los trapiches del sur.

—I cómo es que usted está acostada en el bagazo, i no en su cama? dijo Rosa a su amiga.

— Porque *aquel* me echó de la posada a patadas, i se fué al trapiche del Purgatorio. Mañana me voi a buscarlo i a rogarle que no me deje sola.

El *aquel* a quien se referia Liberata era, ya lo habrá comprendido el lector, su amante; pero lo que no puede haber comprendido es cómo era el amante de la hermosa caqueceña. Pedro Jurado, que así se llamaba, era un negro licenciado del escuadron de húsares que rejia el jeneral Melo, i era natural de Ortega. Tenia el defecto, fuera de otros, de ser mui delicado de jenio cuando se escedia en el licor, i tenia la costumbre de escederse siempre que tomaba, que era los domingos. Sobre Liberata recaian sus exaltaciones dominicales, i ella lo demostraba los lúnes con las negras ojeras que le ceñian uno o ambos ojos, lo cual se hacia notar desde mui léjos, porque tenia el cútis tan blanco como una imájen de las Iglesias.

—Pobre mi antoja! dijo Rosa. ¡I tan linda, i tan merecedora de ser atendida como una señora!

—I usted no piensa ya en Celestino? contestó Liberata.

—Imposible! Me ha tratado malísimamente con el pretesto de unos celos sin fundamento con el caballero don Demóstenes, i hasta me ha puesto las manos. De manera que las resultas del San Juan han sido para mí de lo mas horrendo. I todavía lo que faltará por ver, porque el corazon me avisa nuevas desgracias!

—Pues ya no le pegará mas; porque se largó para Ambalema con la Chumacera.

—No me lo diga, antoja de mi alma! Con la Chumacera se ha ido? Con la mujer mas despreciable de los trapiches? Es decir que yo no valgo nada! Dios poderoso!

—No llore, antojita de mi alma! que usted vale mucho. Olvide a ese tunante, que no faltará quien la estime.

—Yo bien quisiera; pero eso no está en mi mano. Ai! cómo he pasado de trabajos por el amor! I sin buscarlo, antoja, porque yo le he huido hasta donde he podido! I si no que diga el amo a quien quise primero, si las amenazas, si el temor, si las astucias de la vieja Sinforiana no fué lo que me venció! Que diga Celestino si sus ofertas de casamiento no fueron las que me hicieron quererlo! ¡Tener que pagar tan caro un amor que la mujer pobre no tiene medios de resistir! Esto no parece cosa de Dios; pero, enfin, ¡qué se va a hacer, si la mujer nació para padecer en el mundo, i mucho mas la mujer esclava! Yo lloraré a Celestino todos los dias de mi vida porque eso no consiste en mí. Pero, antoja, la Chumacera, la bogotana, que vino a pedir trabajo al trapiche con camison i corbatica como si estuviera en tienda, i que tiene una hablita como de títere; esa patoja! Era la que yo ménos temia! Yo sí vi que la echaron a cortar caña junto con Celestino; pero no me figuré tal cosa...

Hasta média noche se vino a dormir Rosa, i eso porque Liberata la convidó poniéndole de cabecera su brazo, que era tan grueso i tan blanco, que merecia sostener una cabeza que necesitaba de tanto alivio.

Por la mañana se puso Rosa a desherbar una tarea sencilla que el capitan le habia medido en la vara chica. No se la oyó cantar ese dia, i cuando volvió al trapiche estaba mui sufocada por el sol; tampoco comió, aunque Liberata le instaba con su mismo plato. A la noche se acostó temprano, no obstante que los peones estuvieron jugando a la mariposa; a média noche despertó a su amiga con los sacudimientos de un calofrío de los mas temibles, i luego le vino calentura. Liberata le alcanzó un poco de guarapo de los fondos, que pidió al hornero, i Rosa sudó porque lo tomó caliente, i porque su amiga la abrigó bien con bagazo. Hai que advertir que ni Rosa ni Liberata usaban de cobija para dormir.

Rosa conoció lo grave de su enfermedad, i por la mañana trató de ponerse en camino para su rancho. Fué a la casa de la hacienda, cobró su trabajo i se despidió llorando de su señorita Clotilde. El resultado líquido del real que ganó por la tarea no fué sino un cuartillo; porque pagó un cuartillo de una jícara de chocolate para desayunarse; otro valdria el *puntal* que le llevaron de su casa; i el viajede Antoñita ¿qué ménos podia valer que otro cuartillo?

Así que llegó a su casa la desdichada estanciera se tendió en su barbacoa de guadua, sobre la cual habia una estera de calceta de plátano que era todo lo que constituia su cama. Estefanía le dió zumo de carrasposa i se fué a la casa de *ñuá* Patricia, que vivia en la montaña i era la médica del sitio o partido. No pudo volver hasta el dia siguiente con los remedios, i se pasaron dos dias más sin que aquellos produjeran efecto ni mejoría.

El mayordomo fué a llamar a Rosa para que volviera al trabajo, dándose el tono de un virei i diciendo que si no iba le voltearia la casa i el platanar; pero habiendo entrado a la alcoba por instancias de Estefanía, vió que efectivamente Rosa no podia moverse, i dijo que esos eran los *resultos* del San Juan.

Rosa se estaba agravando, i esto indicaba que la médica no le habia acertado. Sufria a un mismo tiempo del corazon, de la cabeza i de un costado en que tenia una contusion; sobre todo, el estado de su espíritu la aniquilaba. Estefanía se fué a la hacienda a decir que su hija no podia asistir al trabajo, i a ver qué remedio le daban. Clotilde oyó la relacion atentamente i quedó penetrada de lástima.

—Rosa se muere de descuido, dijo a la manca. Pobrecita! tan dócil, tan buena, tan hermosa! Dios mio! Qué haremos para salvarla!

—Pero qué mas voi a hacer, mi señora! Será que ya le conviene, porque le hemos hecho todos los remedios de la médica i es como echarlos a la quebrada.

—I qué le mandó hacer la médica, pues?

—El sudor del paraguai con tres botones de manzanilla, cinco granos de cacao i los tres cogollos de la lumbaga; plantillas de penca de higo i agua de cáscara de guásimo con flor de la maravilla por agua ordinaria. Todo se le ha hecho; pero Rosa no escapa de ésta, mi señora, porque no come. El tasajo ni el plátano no hai para qué nombrárselos. Rosa se muere, mi señora; i por eso es que el trespiés no vagó de cantar encima de la mata de guadua en toda la semana pasada; i dice Antoñita que lo vió volar i sentarse dos ocasiones sobre la casa.

Don Narciso estaba oyendo desde la hamaca toda la relacion, i viendo tan compadecida a Clotilde tambien se compadeció, porque el amor

hace queridas las impresiones que recibe el objeto amado. Don Narciso se habia graduado en medicina, pero no practicaba porque se habia dedicado al cuidado de su hacienda. En esta vez quiso ser útil a la humanidad i agradable a Clotilde, i así, despues de repreguntar a Estefanía, le dijo gravemente las siguientes razones:

—La afeccion de su hija es sumamente grave. Es un dolor que principia debajo del apéndice sifóides, i se irradia en los hipocondrios siguiendo el trayecto de los plexos aplénico i hepático: lo oye usted? Del otro lado se traslada a la parte superior posterior del esternon: está usted? i desciende por los lados de la columna vertebral, siguiendo el trayecto del gran simpático, i llegando a la rejion cervical superior, afecta el encéfalo i todos sus adherentes. La curacion se hará por medio de los evacuantes i revulsivos; los sedativos i, últimamente, los tónicos. Empezaremos por una sangría del brazo derecho, que será repetida mañana. Mande usted a la cabecera del canton para que el farmaceuta le despache la receta que le pondré: me entiende usted? i entre tanto aplíquele usted unos fomentos de cocimiento de escoba babosa, manzanilla, bledos i llanten. Déle usted un baño de piés de cocimiento de alcaparro; está usted? con tres dracmas de sal, una onza de mostaza i una jícara de ceniza. Póngale usted una lavativa de cocimiento de cualquiera de las malváceas con un poco de miel i sal compactada, i un poco de aceite de olivas con dos yemas de huevo; entiende usted? Dele frotaciones con aguardiente alcanforado i un poco de mostaza.

Concluida esta incalificable esposicion se volvió a entrar don Narciso, i a breve rato salió trayendo escrita una receta que leyó en voz alta, i decia lo siguiente;

R. Aguardiente aleman..... 32 gramos
Jarabe de Nerprum..... 32 id.
Aceite crotontilio..... 50 centígramos.
Aloes socotrino..... 64 id.
Aceite de palma christi..... 16 id.

M. S. A.

N. Correa. M. D.

(Para tomar de una sola vez.)

R. Ipecacuana..... 12 centígramos
Tártaro de antimonio..... 1 id.
Agua destilada..... 40 gramos

M. S. A.

(Para tomar de una vez.)

N. Correa. M. D.

—Todo está bueno, dijo la estanciera; pero de dónde saco yo los *jumentos*, cuando los que hai en la hacienda los tienen ocupados; i de donde consigo los *dramas*, las *malacias* i la sal *compautada?*

—Fomentos es lo que su amo le dice. ¡Miren que *jumentos* ni que *dramas*! Esta mujer es una burra, i Rosa se muere en sus manos! Fuera yo misma a hacerle los remedios! Lleve de aquí azúcar, mostaza, arroz i sagú, i váyase pronto a dar forma de hacerle los remedios. Pero mande por el cura cuanto ántes.

—Pero de dónde saco yo mula para el señor cura?

—Que le den una de las de papá.

—I peon?

—I Julian, su hijo, porqué no va?

—No está de *cortero* de caña?

—Dígale al mayordomo que lo remude i lo dé libre.

—El me dirá lo que otras veces, que primero está la miel que la salvacion; i de véras que no queda quien entre a cortar caña en su lugar.

—Yo mandaré una de mis criadas; pero vuele a hacer todas las dilijencias.

El cura habia tenido noticia del estado de Rosa i se fué a pié con don Demóstenes a Malabrigo. Ya habia dado un papelito homeopático a la enferma cuando llegó Estefanía; pero apénas supo que don Narciso habia recetado, retiró sus medicamentos, porque él se abstenia de recetar siempre que habia facultativo que lo hiciera. Leyó las recetas i apuró a la manca para que enviase por los remedios. Fué despachada en comision con el carácter de "urjente," una mujer que llegó por casualidad a la choza; i don Demóstenes dió dos pesos en que calculó el cura el importe de los remedios. Entre el cura i don Demóstenes taparon con hojas de plátano las rehendijas de la choza que daban sobre la cama de la pobre Rosa, i dispusieron que se le diese el baño en una horma de azúcar que hubo por buena fortuna. Estefanía puso junto de la enferma la mesita en que cenó don Demóstenes la noche que durmió en la estancia; luego se retiraron todos i se sentó el cura a confesar a Rosa. Miéntras tanto, don Demóstenes se entró al platanar, acompañado de Faustino, el sacristan, que los habia seguido.

—Es bella la plantacion, decia don Demóstenes; es bella i pintoresca, pero lúgubre por la oscuridad que reina en ella; i porque entristece considerar que estas matas compradas por Rosa no son de ella; porque si al dueño de tierras se le antoja echar de la estancia a la familia, todo es perdido.

—Sí, señor, contestó el sacristan. Por eso yo no quiero sembrar sino unas cuatro matas de maiz. Para quitarle la estancia a uno no falta pretesto: a Juan Antonio Gómez lo echó su patron de la estancia, porque no le dijo *amo*, un dia, delante de unos señores. A mí me quitó don Leocadio una estancita, porque no quise mandar a Paulita al trapiche.

—I a Rosa le quitó un dueño de tierras la estancia porque dejó de quererlo. Pobre criatura, tiranizada por los pobres i por los ricos!

—I tan pobre que está! Ella i la manca se sostienen por milagro con Antoñita. Tiene Rosa tres hermanos grandes, pero andan separados de la casa.

—Casados?

—No, señor, solteros. Pero ya sumerced ve, la madre no fué casada sino hasta las últimas (porque Antoñita sí es hija lejítima) i el ejemplo de los padres corrompe a los hijos. El señor cura se cansa de predicar sobre esto del matrimonio i de la obligacion que hai de dar crianza cristiana a la familia; pero otros que vienen de fuera dan consejos mui distintos, que como son mas fáciles de seguir producen su efecto. Un señor doctor Alcibiades, que posó en casa de la niña Manuela, decia que no debia haber sino matrimonios civiles; que en lugar de la doctrina cristiana lo que se debia aprender de memoria era el código, i que no le creyéramos al señor cura lo que predicaba porque era un fanático. Hablando un dia contra las monjas i los frailes dijo que sus votos eran contrarios a la naturaleza, porque el hombre ha nacido para multiplicarse.

Estas jentes que poco necesitan para vivir como viven, han seguido el consejo, i ya sumerced ve cómo se multiplican i como abandonan luego las multiplicaciones.

Así hablaba el sacristan, i don Demóstenes lo escuchaba un poco mohino, porque en sus discusiones filosóficas le habia sucedido frecuentemente hablar con sabios que le respondian con palabras; pero en esta vez no estaba discutiendo, i ademas quien le hablaba era un ignorante que solo le mostraba hechos.

Cuando volvieron del platanar a la casa, el señor cura habia acabado de confesar a Rosa i la estaba exhortando en forma de una plática moral.

—Rosa, le decia, las dichas del mundo son pasajeras. Eso que llaman felicidad es un ente ficticio que todos seguimos i ninguno alcanza. Yo he preguntado a una multitud de personas si son felices, i ninguna me ha contestado que sí. La suma de dolores es mayor que la de placeres; pero como el corazon ansía por la felicidad, es menester creer que esa felicidad está en alguna parte, porque Dios no habia de poner ese deseo en nuestra alma para engañarnos cruel e inútilmente. Esa felicidad es la eterna bienaventuranza de nuestro espíritu inmortal, que no es como el cuerpo, frájil, mortal i corruptible. Rosa! Piense en la bienaventuranza; recoja su alma, que se va a presentar a Dios; tenga esperanza en su misericordia infinita que la creó de la nada, i abandone los pensamientos del mundo!

Volviéronse a la parroquia el cura i sus dos compañeros, i en su lugar se vino Remijia, la mujer del sacristan, a cuidar a Rosa i a hacerle los remedios. Liberata quiso perder sus dias de trabajo por acompañar a su amiga. Los remedios de la botica llegaron hasta el dia siguiente, i Remijia se encargó de aplicárselos, lo que hizo con mucha intelijencia i consultando con el médico.

Rosa seguia mui mala; la calentura avanzaba terriblemente, a pesar de los remedios. Remijia, Liberata i aun Clotilde, no descansaban; las dos primeras cuidando la enferma i la última enviando recursos para la familia i medicinas para la paciente. El cura habia dejado un Crucifijo i un poco de agua bendita, que Remijia colocó en una tabla frente de la cama de la enferma; al pié del Crucifijo habia puesto dos ramilletes de flores silvestres i una vela encendida. La enferma tenia los ojos clavados en el humilde altarcico, cuando entró Liberata, que le llevaba una totuma con agua fresca. Rosa, mostrándole el Cristo con el dedo, dijo con acento triste i pausado a su amiga:

—Vea, Liberata, lo único en que debemos pensar, porque el dia de comparecer ante Él se llega tarde o temprano. Conozco que voi a morir de esta enfermedad; pero estoi conforme, i ya no tengo temores por la otra vida, desde que el señor cura oyó mi confesion i me perdonó en nombre de su divina Majestad.

—Morirse tan jóven! ¡Qué hago yo, Rosita de mi alma!

—No se aflija, Liberata. Lo que me tenia asustada era mi conciencia; pero ya estoi tranquila. Ai, Liberata, mui separadas hemos estado usted i yo del buen camino, tanto para con Dios como para con la jente honrada que nos ha mirado! ¡Hemos tenido una vida mui escandalosa, mucho, mucho! Pero el señor cura me ha dejado tranquila, porque recibió mis protestas de arrepentimiento. Se informó de todas mis faltas,

me hizo restituir un crédito que yo habia quitado, me hizo perdonar a las personas que odiaba, me hizo declarar un asunto que yo sabia sobre una finca mal habida i me encargó que le mandara a suplicar a mi señorita Clotilde que no echaran al trapiche a Antoñita. Yo le hablé al cura con toda la verdad i la confianza del que se va a un viaje tan largo como el de la otra vida, i le recomendé algunos encargos secretos i otros que no lo son. Liberata, yo le ruego que piense ahora en su muerte, que ha de llegar algun dia; piense con tiempo en ella para que no muera con susto, ni en pecado mortal. Deje esa vida que lleva, esa vida desdichada del trapiche i vuélvase al lado de su madre a pedirle perdon de rodillas i a seguir viviendo como cristiana. ¡Mire que no hai como el cariño i los cuidados de una madre! I, en fin, Liberata, mire allí al que nos espera, i que si juzga a los ricos tambien juzga a las trapicheras....

Calló Rosa; miéntras habia estado hablando, Liberata lloraba en silencio. A un momento pidió la enferma que le trajeran un tarro de guadua mui grueso que le habia servido de caja de costura desde niña; i metiendo su brazo enflaquecido dentro de él, sacó un peine de palo i un devanadorcito que regaló a Liberata; a la mujer del sacristan le dió su dedal de cobre, a Antoñita su sortija de oro que Matea le habia enviado con Manuela de Ambalema; i a su madre le entregó tres reales en buena plata i dos en *chimbos* i el tarro de guadua en que quedaba un espejito del tamaño de un peso fuerte, un agujetero con un alfiler i dos agujas i un cordon de su pelo. Se quitó del dedo una sortija de acero i se la puso en el dedo del corazon a Liberata. Ademas, dejó dispuesto que se vendiesen tres pollos que dejaba i que con su valor hiciesen rezar responsos por el descanso de su alma.

Al dia siguiente comenzó a esperimentar la enferma una agravacion espantosa. Un quejido continuo i lastimoso sustituyó al habla; movia los brazos i tenia la mirada fija, la nariz aguda i los labios cenicientos. El pecho se le habia alzado estraordinariamente, i la boca entreabierta, léjos de ostentar la antigua gracia que la adornaba, estaba espantosa. Estefanía no quitaba los ojos de su hija, i parecia que trataba de ahogar su pena para observar hasta el último movimiento de aquella niña que habia llevado en sus entrañas. Se conocia que Rosa queria hablar; i al fin haciendo un esfuerzo sobrenatural dejó escapar con un postrer sollozo estas palabras que fueron las últimas de su vida.

—Madre! la bendicion!

Estefanía se la dió lentamente, le besó la frente repetidas veces i se arrodilló desmayada de dolor. Las mujeres que la acompañaban levantaron sus jemidos al cielo. Remijia alcanzó el Cristo i lo puso delante delos ojos de la enferma. La agonía se aumentaba i Remijia decia en voz alta las oraciones de los agonizantes.

En seguida se puso a rociar con agua bendita el cuerpo de la moribunda. Un estremecimiento jeneral i las últimas boqueadas de la enferma anunciaron el postrer esfuerzo del alma para separarse del cuerpo, i Remijia esclamó en voz compunjida i suplicante:

—Jesus! Jesus! Jesus! ¡Recibid su alma en vuestra santa gloria!

Rosa al fin descansó! Su agonía habia terminado con un suspiro. Las mujeres rezaban el credo, que fué interrumpido por los gritos dolorosos de Estefanía i Antoñita, cuando vieron que habia espirado la pobre mujer.

—Mi hija me ha dejado! decia Estefanía. ¡Mi Rosa! ¡Mi hija de mis entrañas! ¡Qué haré yo ahora! Quién me consolará?

—Mi hermana se fué! decia Antoñita. Se fué a la otra vida! ¡Dios mio de mi alma!

La esposa del sacristan no olvidó ciertos cuidados indispensables. Destapó un calabazo de vinagre, derramó un poco en la boca del cadáver, le limpió el rostro i la mudó. Luego entre ella i Liberata la bajaron i la pusieron en la mitad de la salita, poniéndole junto un cabo de vela encendido.

Eran las diez de la noche. Antoñita se fué a la hacienda por la mortaja i cuatro reales de velas, i a avisar a Julian i a los patrones. Remijia salió de la casa alumbrándose con una tea de bagazo, subió a la cumbre de una colina i desde allí gritó con todo el esfuerzo que le era posible:

—Hermaaaanos!.... Cristiaaaanos! Por el amor de Dioooos! A velaaaar a la difunta Roosa!....

El eco de estas palabras se repartió por todas las estancias, i a pocos instantes comenzaron a aparecer luces vacilantes entre las cañadas i el monte, que se dirijian a la casa del *velorio*, que así se llama la funcion de acompañar el cadáver rezando un rosario tras otro.

Luego que llegó la mortaja remitida por Clotilde, Remijia acabó de vestir el cadáver, puso en el suelo cuatro velas sobre vástagos de plátano, de média vara de largo, que servian de candeleros, i empezó el primer rosario con los primeros estancieros que llegaron. La mortaja consistia en una túnica forjada a la lijera de una sábana de lino, i de una cofia de linon con arandela, que se llama toca. La cara de Rosa, que fué morena, estaba ahora amarilla i seca; pero sus facciones no se habian desfigurado. Un cadáver es siempre venerado por el instinto relijioso, i el de Rosa, tan conocida i estimada, infundia a los asistentes no solo veneracion sino piedad i lástima. La salita estaba llena de jente, i como no cabian todos en ella, se habian arrodillado en el patio a la sombra de los árboles. El murmullo del rezo oido a lo léjos infundia pavor relijioso a los que iban llegando, i les hacia erizar los cabellos. Muchas personas saludaron con un torrente de lágrimas a la dulce i caritativa Rosa. El rezo no cesaba, i los que se remudaban iban a sentarse en los alares a conversar de las virtudes de Rosa, notando entre ellas la de haber sido mui buena hija. Remijia distribuia de vez en cuando algun licor a los acompañantes.

Julian tomó el machete ántes de que amaneciera i se fué al monte a cortar unas chipas de bejuco i unas guaduas, i formó un rústico ataud, amarrando varios atravesaños sobre dos guaduas delgadas. Encima colocó el cadáver bien acomodado entre ramas de limon. Luego lo levantaron para llevarlo sobre los hombros dos peones que se iban turnando con otros, habiendo comenzado Julian i un camarada suyo. Estefanía no pudo seguir la comitiva fúnebre por sus enfermedades, i parada en la esquina de la casita siguió con los ojos el cadáver hasta donde lo ocultó un recodo del camino. Lloraba a grito entero i decia al verlo desaparecer:

—Adios, Rosita mia, para siempre! Adios, hija de mis entrañas!

Así fué conducido el cadáver hasta la parroquia. Don Demóstenes estaba en su hamaca, i al sentir el silencioso tropel i el chirrido del

guando, volvió a mirar i se encontró frente a frente con Rosa, a quien reconoció.

—Es posible? esclamó, levantándose de prisa; es posible que hayan cedido a la muerte tanto vigor i tanta belleza?

—Vió a Rosa? le preguntó Manuela, entrando a la alcoba a sacar su pañolon morado.

—Conque al fin sucumbió al peso de sus desgracias?

—Sí: no vamos al entierro?

—Es mui justo, Manuela. Lo que siento es no haber traido ropa de luto, porque no me figuré en Bogotá que aquí habia de asistir al entierro de una persona por quien he tenido tan fraternal afecto.

En la mitad de la calle oyó el primer doble de la campana, i se estremeció al oirlo porque le llegó al corazon i le arranó un jemido. Al llegar a la iglesia vió el cadáver sobre una mesa enlutada, i oyó al cura que cantaba: "*Subvenite, Sancte Spiritus,*" con fúnebre i pausada voz.

Don Demóstenes habia asistido a varios entierros de tono en Bogotá, como que era uno de los mas distinguidos miembros de la sociedad. Vestido elegantemente de negro i sentado en un escaño, devoraba con el pensamiento algun negocio o algunos amores, arrullado por la artística salmodia, i rodeado de oscuridad, entre la cual llameaban por intervalos los cien blandones. Estaba en presencia de un muerto bien encerrado dentro de lujosa caja, de un muerto que habia sido su socio o su amigo tal vez! i sinembargo, estaba sereno; miéntras que en esta vez se turbaba i se entristecia. Es verdad que en la pobre iglesia de la parroquia no habia cirios hasta la puerta en triple hilera, ni negras colgaduras, ni emblemas poéticos, ni ramos de sauce, ni coronas de cipres; es verdad que no retumbaban los ecos con el ruido sordo de las trompetas i violones, ni con el són agudo de las flautas i violines; pero estaba viendo a su amiga, esa flor de las montañas que conoció de pasada i que acarició levemente porque era buena i hermosa, pero sin arrancarla de su tallo. Tenia clavados los ojos en Rosa i no se saciaba de dolor viendo aquellas manos enjutas que él habia apretado entre las suyas, i que ahora apretaban una cruz de palo, última esperanza i único consuelo de la pobre difunta; veia un bosque de pestañas cubriendo las pupilas de unos ojos que quince dias ántes encendian corazones, ahora apagados i opacos; veia una boca ántes graciosa i ahora callada con el silencio de la eternidad! En torno del cadáver veia unos pocos amigos de la difunta, cuyos jemidos eran mas tiernos que los acentos de las orquestas. Todo esto lo tenia conmovido. Manuela, que estaba arrodillada cerca del cadáver, tenia la cara oculta en su pañolon i lloraba, i don Demóstenes oia sus sollozos al traves del pañolon, como se oye una fuentecita entre el monte al traves de la enramada. Los dobles de las campanas no cesaban, acompañando las voces del cura i del sacristan, que dialogaban en el sublime oficio de difuntos clamando por el reposo eterno de la humilde estanciera de Malabrigo. El *requiescat in pace* final, cantado por el cura en la forma de un lamento, dió el último golpe al corazon del conmovido bogotano.

De la Iglesia salió un acompañamiento ya numeroso tras el cadáver, en direccion al cementerio. Se notó que no iba otra persona calzada, que don Demóstenes. De los tadeistas no iban sino Cecilia i *ñor* Elías que no estaba bien caracterizado. ¡Qué saña la de los partidos políticos!

Hasta para un cadáver hai odios i venganzas! I sin embargo, Rosa era llorada por un pueblo entero.

En un momento que el cadáver estuvo en el suelo, miéntras acababan de preparar la sepultura, don Demóstenes improvisó un discurso mui sentido sobre la muerte en jeneral, i sobre las virtudes de Rosa, que habia sido un modelo de amor filial.

Puesto el cadáver en el asiento de la sepultura, Julian i Antoñita le botaron la primera tierra, como sus mas próximos parientes. En seguida el sepulturero echó el resto de la negra tierra que fué ocultando poco a poco, pero con demasiada rapidez para el dolor de sus amigos, el cuerpo i la hermosa cara de Rosa. El pueblo rezaba el credo en voz alta, i era sublime oir aquel "creo en la resurreccion de la carne i en la vida perdurable," pronunciado delante de los sepultureros que en ese momento apretaban la tierra para incorporar en su seno la carne i los huesos de Rosa. El sacristan clavó una cruz encima de la sepultura, i la jente se fué dispersando.

—Se acabó Rosa! dijo Manuela a don Demóstenes.

—Que la tierra le sea lijera! contestó éste con un suspiro.

—Que Dios tenga su alma en el cielo! que por lo que hace a la tierra siempre es pesada, aunque esto no importa a la carne muerta. Yo vi pasar a Rosa ayer, como a eso de la oracion, por el patio de la casa.

—Ilusiones, Manuela!

—Pues de esas ilusiones hai muchas, i entre jente que no es crédula. Hai muchos casos en que se han visto personas ausentes, o se han sentido ruidos sin causa, o se han tenido sueños a tiempo de la muerte de alguna persona. Yo le contaré algunas historias sobre esto.

—No creo en nada de eso.

—Pues si no cree tiene que reventar, segun la persona que las cuente.

—Los muertos no vuelven, Manuela, i todas esas historias no son sino hijas del fanatismo i de la supersticion de los católicos.

—Si los muertos no vuelven, ¿porqué es que sostiene usted eso que queria hacerme creer, i que llaman evocacion, vision doble o espiritismo?

Don Demóstenes agachó la cabeza; pero como era un hombre de mucho talento, encontró pronto una respuesta.

—I si no quieres creer que se puede evocar a los espíritus, ¿cómo crees que se aparecen? ¿No ves que hai una contradiccion?

Aunque Manuela no tenia ilustracion, acertó a darle esta respuesta con tal prontitud que se conocia que no la improvisaba.

—No sea duro, don Demóstenes. Yo no creo que los espíritus vuelvan a la tierra por voluntad del hombre; pero sí pueden venir por voluntad de Dios.

En esta vez se quedó mui callado don Demóstenes, a pesar de su grande ilustracion, porque no pudo recordar si esto tenia respuesta en los libros de los espiritistas, i se propuso examinar despacio esta cuestion para quitar a Manuela sus supersticiones.

Al cabo de un rato de silencio, dijo Manuela:

—Pobre Rosa! Ella conocia su muerte, segun se notaba en sus conversaciones, que todas eran funestas de pocos dias para acá. I usted tuvo alguna parte en su muerte.

—Yo? ¡Qué disparate!

—¿No le dije que Celestino, su novio, la estropeó i la abandonó por resultas del San Juan?

—I qué?

—Pues que tuvo celos con usted.

—Conmigo? Vaya un zoquete!

—Eso es lo que se dice.

—Tendria ese miserable ganas de cortar relaciones con esa pobre i se valió de ese pretesto.

—Decia que lo vió a usted hablando con Rosa en los montes del Retiro.

—Eso no fué sino que la pobre Rosa, que era tan servicial, tuvo la condescendencia de ir a mostrarme las casas de la hacienda, que ese *matroz* de Juan Acero, miembro de la santa sociedad baratera, no quiso indicarme.

—Todo será; pero la madrugada de San Juan estuvo usted mui decidido por Rosa; Dios la tenga en el cielo i mis palabras no la ofendan! Tambien es que los bogotanos se ponen a florear a todas la muchachas sin saber en lo que pára, de cuenta de majos.

En esto llegaron a la calle del Caucho. Manuela se entró a la casa i don Demóstenes se fué a buscar al maestro Pacho, el carpintero i herrero de la parroquia, a encargarle una tumba para Rosa.

A los tres dias de la muerte de la pobre niña, se desapareció Liberata de la troje, i aunque el africano la buscó por todas partes, no la pudo encontrar. Se creyó que la muerte de Rosa i sus últimos consejos la habian convertido i que se habia ido a buscar a su madre.

CAPITULO XXVI.

LA TUMBA DE ROSA.

La gratitud era la cualidad mas sobresaliente en don Demóstenes. Tenia la ventaja de no ser desmemoriado para con los pobres que le servian, i era porque él no creia que valia mas que todos. Don Demóstenes habia quedado mui reconocido de Rosa desde que posó en su casa; i en prueba de ello, fué a visitarla cuando supo que estaba en cama, asistió a su entierro, i todavía quiso perpetuar su gratitud erijiéndole un sepulcro, segun las escasas proporciones de la parroquia. Habia hecho la contrata con el maestro Pacho para una tumba, i al dia siguiente del entierro de Rosa fué al cementerio a recibir la obra. Allí encontró a Manuela, la familia de Marta i otras personas. La tumba consistia en una verja de astillas de guadua con puntas agudas, de las cuales se habian formado ángulos obtusos hácia la parte de arriba. Dos atravesaños amarrados con bejuco negro fijaban la balaustrada. Adentro se veia la tierra del sepulcro recientemente aplanada, i en la mitad estaba clavada una cruz de diomate, trabajada con esmero, en cuya base se leia: ROSA, VÍCTIMA DE DOS TIRANOS. Cerca de la cruz se veia un rosal, grande i florido, que habia sido trasplantado de la huerta de Manuela.

Don Demóstenes dió por recibida la obra, i se quedó callado por algunos instantes. Del grupo de jente que lo rodeaba tampoco se oyó ni un acento, con escepcion de un ai! lastimoso de Manuela, que fué seguido de lágrimas i de suspiros de sus colaterales. Don Demóstenes se

habia quedado cojido de la verja i parecia que meditaba. Por cierto que la tumba ofrece puntos de meditacion, cualesquiera que sean las ideas relijiosas que uno tiene, i mas si la tumba encierra el cuerpo de una jóven de 16 años, que pocos dias ántes no despertaba sino recuerdos de amor i dicha.

El grupo se fué disipando i don Demóstenes convidó a Manuela a pasear el cementerio.

El área estaba cercada de guadua i sobre su suelo, exuberante como el de todas las tierras calientes de Nueva Granada, se levantaban grupos de ambuque, michú, guásimo i algunos otros árboles, i tambien matorrales pequeños de venturosa i de tabaquillo que no es posible arrasar, porque la vejetacion se burla de la mano del hombre en aquellos terrenos. Los árboles que se encontraban no eran cultivados como lo son los cipreses i sauces babilónicos de los cimenterios de Bogotá. La grama, mas espontánea todavía, ocupaba algunos lugares pequeños, en donde se notaban las sepulturas mas recientes decoradas con una cruz de palo; las mas antiguas con el mástil sin brazos; i las que ya pasaban de diez o veinte años no eran visibles sino por tres o cuatro piedras que se divisaban por entre las ramas de los arbustos i bejucales.

No habia rosales, pero habia narcisos de monte i flores preciosas de algunas enredaderas. Las aves visitaban este paraje con toda libertad i hasta anidaban en las ramas. Un firigüelo, que es una ave negra sumamente perezosa en sus actitudes, estaba sobre la cúspide de una cruz, a tiempo que todas las flores eran revisadas por una diminuta tomineja. Los afanes de la vida i la inercia de la muerte estaban pintados en aquellos huéspedes i en aquel silencio, que era interrumpido solamente por un chillido lúgubre que sonaba al lado opuesto de los matorrales; el aire no movia las hojas de los árboles, i las pisadas no sonaban porque la grama servia de alfombra.

—Oh! esclamó don Demóstenes, despues de caminar muchos pasos en el mas absoluto silencio: en este cimenterio es en donde está precisamente verificada la igualdad de la tumba, porque todas las sepulturas son de unas mismas dimensiones, i las decoraciones todas son de una figura de palo que siempre es la misma. Santa igualdad de los sepulcros! recibe los votos del mas ferviente adorador de la república perfecta!

—Así dice usted, repuso Manuela, despues de unos instantes de profunda meditacion; pero usted es el primero que ha venido a echar a perder la igualdad de nuestro cementerio, poniendo una mata de rosa i una cerquita de guadua, que no se usaban. Así son sus cosas.

—Te pesa?

—No, don Demóstenes! Por el contrario, yo le ofrezco que todas las noches de verano vendré a rociar la mata i a rezar por el alma de la difunta Rosa. Lo que me pesa es que usted no sea consecuente en lo que hace con lo que dice, porque usted nos relata siempre cosas mui nuevas i mui bonitas, i luego salimos con que usted es el primero que no las cumple. La gracia está en ser liberales *de devéras* como yo. I estemos en que usted es uno de los hombres de mejor corazon que yo conozco, porque usted no es ingrato ni déspota. El hombre de botas i espuelas de plata, que ha vivido agradecido a una pobre estanciera porque le dió de cenar, i que despues de su muerte todavía la quisiera servir, ese tiene mucho de liberal. Dios le guarde su buen corazon!

—Gracias, Manuela, gracias!

—Aquí está el padrastro de Rosa, añadió Manuela, mostrándole una sepultura que no tenia grama por encima. ¡Cuándo pensaria Rosa que no le habia de llevar ni un mes completo! Bien nos dice el señor cura, que sirvamos a Dios i que no hagamos mal a nuestros prójimos, porque ninguno sabe el dia ni la hora.

—Cierto, Manuela!

—Mire aquí la sepultura de un peon socorrano que murió quemado en el trapiche del Retiro, habiendo caido una noche en uno de los fondos de la miel. Pobre! Dios lo haya recibido en su santa gloria. Su familia no sabrá nunca en qué parte del mundo quedaron sus huesos. Vea otra sepultura mas vieja; ya no tiene sino el palo principal de la cruz, porque se soltó el atravesaño, que estaba amarrado con un bejuco: ahí está enterrado don Bonifacio. Era un hombre que nunca tuvo que ver con los jueces, que sangraba i sacaba muelas de balde a todos los pobres, que enseñó a algunos muchachos a leer, que hacia lo que previenen los mandamientos de Dios i de la Iglesia i lo que ordenan las autoridades. ¿No le parece a usted que ese hombre era mui bueno? Pues ha de saber usted que murió mui pobre, i que el entierro se lo hizo el cura de balde.

—Allí veo unos montoncitos de piedras, dijo don Demóstenes, en un sitio que me atrae por la triste hermosura de un árbol que descuelga sus ramas hasta llegar a la tierra. ¿Quieres que nos arrimemos un poco?

Entró el caballero, guiado por Manuela, por un paraje que las matas tenian mui estrechado, no como callejon, porque los árboles i matorrales no guardaban simetría, pues sucedia con frecuencia que los parroquianos tuvieran que rozar con los machetes, el trecho necesario de terrenos para escavar la sepultura de uno de sus deudos; tal es la exuberancia del terreno! Don Demóstenes se quedó observando unas semillas de la parásita llamada *pajarito*, que tenia invadido el árbol del guásimo, formando una enramada mui tupida i de un aspecto sumamente funerario; i cuando volvió a mirar a Manuela la vió arrodillada rezando, con la cabeza inclinada a la tierra, con tal devocion, que se hubiera quitado inmediatamente el sombrero, i hasta se hubiera arrodillado, si no hubiera terminado la piadosa Manuela su oracion.

—Qué rezaste? le preguntó don Demóstenes a su casera.

—El padre nuestro; tendrá algo de malo?

—Porqué me lo preguntas?

—Porque los señores se rien de que uno rece, bien es que usted me ha dicho que es tolerante.

—Te hablo con franqueza, dijo don Demóstenes a la piadosa Manuela; no ha sido risa, sino ternura i piedad lo que me ha inspirado el acto verdaderamente relijioso que acabas de ejecutar; i si yo escribiera tu historia, esta pintura figuraria en una lámina del capítulo que yo llamaria "el cementerio de la parroquia." Allí estaria Manuela triste, pero mas hermosa que nunca, hincada sobre la grama bajo la sombra de un árbol funerario, junto de un pequeño túmulo de piedras toscas, i al lado se veria un viajero contemplándola. Por otra parte, esa oracion es tan buena, que hasta me parece universal: un mahometano podria usar de ella sin escrúpulo ninguno.

—Es la mejor, dice la doctrina cristiana, porque la dijo Cristo por su boca a peticion de los Apóstoles.

—Sea de ello lo que fuere, eso de perdonar a los deudores, es la fraternidad elevada hasta lo sublime.

—Siempre que vengo al cementerio rezo en este mismo lugar, le interrumpió Manuela, porque aquí está enterrado un hermanito mio, i allí debajo de aquellas piedras mi abuelita, que me queria tanto. Debajo de aquel otro piloncito de piedras me han dicho que están los huesos de mi bisabuela: polvo será lo que hai! ¡Ojalá que yo no tenga que volver a huir de mi parroquia, no vaya a ser que me muera léjos, i que no me entierren junto a los mios! Dicen que lo mismo sale que lo boten a uno al mar, o que lo entierren aquí o allí; pero yo no sé en qué consiste que todavía despues de la muerte quisiera yo estar en la misma parte donde están los de mi pueblo i los de mi familia. Ojalá que hubieran enterrado a mi padre en este mismo lugar; pero las revoluciones....

I volviendo la cara para otro lado, quiso ocultar sus lágrimas de la vista de don Demóstenes, aunque inútilmente, porque los jemidos no pueden pasar inadvertidos; él tampoco pudo disimular una lágrima que rodó por su larga barba.

Despues que enjugó Manuela sus lágrimas, volvió la cara hácia su huésped i le hizo esta sencilla pregunta:

—¿De qué les sirve a los liberales haber hecho la revolucion de 1854, don Demóstenes?

—Esa la combatí yo, i no con peroratas, sino a balazos, como lo hicimos casi todos los gólgotas.

—I si hubiera triunfado?

—Te digo la verdad que estaríamos lo mismo.

—Ai, don Demóstenes! esclamó Manuela, con un grito como el que causa una punzada material sobre los miembros mas delicados del cuerpo humano; conque la república ha quedado lo mismo despues de perder yo mi apoyo i el de toda mi familia? ¿I los huesos de mi padre se hallan botados, quién sabe dónde, sin provecho para nadie?.... I así tiene usted valor de santificar la revolucion?

—Yo nunca estuve por la revolucion de los draconianos, que querian ejército, nombramientos de gobernadores por el poder ejecutivo i una constitucion que echase por tierra la de 21 de mayo, la mas liberal de cuantas hai en el mundo.

—Pero estará por otra revolucion i todo sale lo mismo. Oh! Si ustedes se compadecieran de las lágrimas que hacen derramar por llevar adelante sus calaveradas! Mire, don Demóstenes, esta piedra i esta tierra santa del cimenterio han recibido encima los pozos de lágrimas que yo he derramado por causa de la revolucion.

Manuela se volvió a limpiar los ojos, que de nuevo se habian humedecido, i convidó al viajero bogotano a terminar el paseo. Pasaron por junto de una tumba que yacia oculta debajo de los árboles i matorrales, i poseido el viajero de la mas ansiosa curiosidad se puso a examinarla por los costados, i vió que era un sepulcro de calicanto medio arruinado, i a fuerza de trabajo vió la inscripcion que decia: "Aquí están depositados los restos humanos del señor cura N. N. año de XXX."

Siguieron su camino, hasta detenerse al pié de un michú o jaboncillo, debajo del cual estaban algunas quinientas pepas negras i del tamaño de una bala de pistola, duras como una pieza de vidrio, de las

cuales habia muchas cubiertas con una cutícula carnosa, que se usan como jabon, por entre las cuales pasaba un convoi que llamó la atencion al viajero, i éste puso una rodilla en tierra para observar.

Iban llevando unas cuantas hormigas negras i mui pequeñas un abejon muerto, i era admirable la prisa que se daban i las carreras que emprendian; las que no tiraban, cargaban, i eran de verse los esfuerzos de las que llevaban cojidas las patas i las alas del muerto.

—Un entierro, dijo Manuela a su huésped.

—Cómo un entierro?

—Se llaman *entierra-muertos* esas hormigas.

—Ejercen pues las obras de misericordia de los católicos?

—Por su propio interes. Siempre las verá usted ocupadas en recojer cuantas polillas i cucarachas encuentran muertas, i las llevan a enterrar a sus cuevas para comérselas.

—Entónces no es sino caridad con uñas. Mui bien!

Al volver de un matorral, dieron los ojos de don Demóstenes con un espectáculo sumamente raro. Una mula de veinte años de edad, blanca como la nieve, llena de cicatrices como los inválidos de la guerra de la independencia, pues habia perdido en el trapiche una oreja i el uso de uno de sus cascos, pues que no caminaba sino con la muñeca de una de sus manos, se habia entrado por un portillo de la cerca, atraida por las tentaciones de la crecida grama, i cuando sentia ruido se metia en un maton de michúes. Una ave descarnada, flaca i de apariencia lastimosa, caminaba lentamente por encima del espinazo de la mula, dando los sonidos de *guir, guir*, en su voz lamentable, la misma que don Demóstenes habia oido desde léjos, i terminando su viaje en la nuca de la inválida, se puso a sacarle de la oreja alguna cosa existente allí.

—Es la tolerancia mas calmada que yo he visto en mi vida, dijo don Demóstenes.

—Es porque le tiene cuenta, dijo Manuela; mire qué gracia!

—¿I qué gana la mula con permitir esa libertad tan amplia a ese animal de rapiña?

—Porque ese animal le saca las garrapatas de la crin, de las orejas i del rabo. ¿No ha visto usted una bestia empedrada de garrapatas, las cuales se llenan de sangre hasta ponerse del tamaño de un grano de maiz? Pues bien, esa ave por tener ese destino, se llama el garrapatero.

—Es proteccionista. Bien, bien!

—Con uñas; porque es gavilan i porque las garrapatas que quita se las come todas; por lo ménos él no se queda sin pagarse con usura por el bien que hace.

—Oh! es cosa admirable cómo se concilian los intereses mutuos, dijo don Demóstenes, sacando de aquel pasaje una meditacion social.

—No se admire usted de esa mula que ya está para entregar el carapacho a los gallinazos; habia de ver un potro de esos que el dia que sienten encima el rejo de enlazar, brincan como la ira mala, i cuando el garrapatero se les monta aguantan como aguantamos en esta parroquia la proteccion de los gamonales.

Ayacucho, que se habia ido por el rastro de su amo, le latió a la mula i espantó al proteccionista, de lo que se molestó el caballero, porque ese latido le pareció una profanacion del santo silencio de los sepulcros,

i lo llamó para castigarlo. Habian llegado al estremo del cementerio, i el viajero se volvió para la puerta.

Cuando pasaba don Demóstenes por junto del guásimo que prestaba su sombra a las cenizas de los deudosde Manuela, se sintió como detenido por una mano invisible; su corazon se ajitaba, i la angustia de una emocion estraordinaria lo privó de la aptitud de caminar. Fué que se le vino la idea de que tal vez Manuela habia de venir a buscar su puesto de familia, tan hermosa, tan jóven como Rosa.

La tarde estaba mui avanzada, i don Demóstenes i Manuela caminaban lentamente hácia la puerta del cementerio. Era profunda la tristeza de sus corazones, segun lo espresaban los ojos de entrambos, i hasta los pasos i las miradas de Ayacucho, que caminaba detras, parecian ejecutados conforme a la situacion. Al pasar por junto a la tumba de Rosa se volvieron a detener los dos visitadores de los sepulcros para tributarle nuevos recuerdos i para esparcir sobre ella las flores que Manuela habia recojido durante su largo paseo en el cementerio. Don Demóstenes se dirijió a la puerta, miéntras que Manuela se quedó inmóbil teniéndose de la reja de guaduas, seguramente meditando en lo que nunca deja de meditar quien dirije una despedida eterna; al separarse se limpió las mejillas i balbuceó estas palabras, con una espresion de verdadero dolor:

—¡Cuándo yo pensaba que no la habia de volver a ver!

Al llegar Manuela a la puerta del cementerio encontró a su huésped leyendo, recostado en la grama, i como tenia el libro abierto por una de las láminas, Manuela se sentó junto, por curiosisad, i se quedó mirando.

—Este no es lugar de leer novelas, dijo Manuela a su huésped. Qué libro es ese que está leyendo?

—"El Diablo en Paris."

—Eso será alguna cosa mala.

—¡Cosa mui buena! le contestó distraido el caballero i siguió leyendo en una hoja que decia:

"*Dans l' avenir inconnu que nous ouvre la mort, il y a quelque chose de grand et de saint....*"

—Qué me suplo con oir inglés? No sea tan....

—Es frances, majadera!

—Las mismas yucas arranco.

—Cierto! dijo don Demóstenes i le tradujo el pasaje así:

"En el porvenir ignoto que la muerte nos abre, hai algo de grande i de santo; por eso el culto de los abuelos es de todos los paises i de todos los tiempos."

—Eso no es cosa del Diablo, don Demóstenes.

—"El Diablo en Paris" es el título de un libro que trata de las costumbres de Paris, i de muchos pueblos del mundo. Es una crítica mui injeniosa, i por otra parte mui instructiva. Quieres que te lea un capítulo entero?

—No, no me lea. Señáleme todas las láminas, que me gusta tanto ver las pinturas de los libros.

—Pues entónces, dijo don Demóstenes, aquí tienes el cementerio del padre Lachaise, que fué edificado por un jesuita confesor del rei Luis XIV. Ahí tienes la capilla, i estos son los sauces babilónicos que adornan las callejuelas.

—Qué lindo! Pero es polvo lo que encierran las tumbas de Francia, como el que encierran las sepulturas de la parroquia, no es esto?

—Sin duda, dijo don Demóstenes.

—I esta pintura, qué es lo qué representa? dijo Manuela, mostrándole una lámina con el dedo.

—La tumba de Casimiro Perier.

—I ésta que se parece a la tumba de Rosa?

—La de Molière, i de esa fué que tomé la idea de la que fabricó el maestro Pacho.

—I aquella era de guaduas?

—De verjas de fierro.

—I de qué sirvió ese hombre en el mundo?

—De correjir las costumbres con sus inmortales obras literarias. En Francia se premia a los que trabajan para la sociedad. Mira el cementerio de los israelitas, cubierto de sauces babilónicos, tilos i cipreses.

—I esta casita con cuatro estantillos por el frente, qué viene siendo? preguntó Manuela, apuntando con su dedo sobre otra lámina.

—La tumba de Eloisa i Abelardo, que hoi tiene mas de 600 años i todavía es visitada con veneracion; i algunos dias amanece adornada con ramilletes de flores. Los granadinos que han estado en Paris no se han venido sin ir a tributarle sus respetos.

—Son los huesos de algunos santos?

—De dos amantes mui desgraciados?

—Amantes? Cuénteme; que todo lo que es desgracia, tristeza i melancolía es lo que hoi recibe mi corazon con agrado. Rosa murió tambien por resultados del amor, segun lo que me ha parecido: por la pena de verse desechada sin dar motivo ninguno, i Rosa tiene tambien un monumento sobre su sepultura. La señora Eloisa de allá de Francia seria desgraciada por la persecucion, i Rosa porque fué primero burlada por un rico i despues traicionada i abandonada por un pobre. Yo no sé cuál merezca más las flores i los recuerdos por 600 años. Ya se ve que Rosa no era sino una pobre peona del Retiro, i la igualdad no alcanza hasta la pobreza, ni aun siquiera en la tumba, porque los ricos no quieren que los entierren en el suelo; ni aun en los sufrajios de la iglesia, porque para los pobres no hai canto, pero ni siquiera dobles de campanas, como usted lo sabe. Gracias a que usted se apersonó por la desdichada estanciera, i que hizo sembrar esa mata de rosa i poner unas letras, que si no, de aquí a tres años ya no habria quien se acordase de ella. Yo sí creo que no la olvidaré nunca, porque esas personas con las cuales una se cria, juega, llora i padece, jamas se olvidan. Nunca iré al charco de Guadual sin dar un suspiro por Rosa, ni vendré al cementerio sin rezarle un Padre nuestro. ¡Ah Rosa, que me parece que la estoi viendo venir i que me mira con esos ojos tan hermosos que tenia! ¡Ah miseria la de esta vida!

Diciendo esto Manuela, se puso la mano en la frente i se quedó con los ojos fijos en la alfombra de grama sobre que estaba sentada. Un rato despues se volvió ella para su casa, i don Demóstenes prolongó su paseo por las inmediaciones, hasta cerca de la noche.

CAPÍTULO XXVII.

CACERÍA DE CAFUCHES.

Don Demóstenes i *ñor* Dímas estaban citados para una cacería de cafuches en las tierras de la Hondura. A las cinco de la mañana partieron de la parroquia, el uno con la escopeta al hombro i el otro con una estupenda lanza. Ayacucho, Reloj i Sarjento seguian fielmente los pasos de los dos cazadores.

Despues de caminar legua i média por una senda sombreada i obstruida por las ramas i los bejucos, llegaron los cazadores a la estancia del ciudadano Juan de la Cruz, a cuya sementera se decia que estaban *empicados* los cafuches. La casa no se veia sino al llegar al patio, por las acacias misteriosas que la cubrian. Média docena de perros bravos salieron al encuentro de los viajeros; mas *ñor* Dímas los puso de su parte, llamándolos a todos por su nombre; i todo el alboroto de los latidos vino a parar en un exámen dilatado que hicieron del benemérito Ayacucho, oliéndole todos el rabo, ceremonia que se habia ejecutado en otras estancias, con mas o ménos escrupulosidad.

El ciudadano Cruz estaba limpiando i poniendo al sol unas enjalmas; i en una tasajera brillaban cundidos de moscas verdes, unos cuantos jirones de una especie de carne azul en la forma de tasajo.

—Ajá! le dijo *ñor* Dímas a su compañero; mi ahijado ha venido de Bogotá, porque todos los que vamos al mercado compramos hígados i bofes, i a los cinco dias los salamos, i es una comida que por aquí nos agrada en estremo, con plátano asado, ají i guarapo que no esté dulce.

En seguida le preguntó *ñor* Dímas al estanciero qué tal le habia ido de viaje, i éste lo impuso de todo i le dijo que los plátanos los habia regalado, i que el granito de la pierna se le habia enconado. Era maravilloso el cariño con que el estanciero trataba a los forasteros. La risa no se apartaba de sus labios espresando el deseo de complacerlos. Don Demóstenes estaba encantado de tanta benevolencia, i sus simpatías correspondieron a los agasajos de un hombre tan escelente.

—I mi ahijada? le preguntó *ñor* Dímas al estanciero.

—Se fué a lavarse a la quebrada. Yo lo que quiero es que esté a todo su gusto la pobre de Magdalena.

—Le hablaremos al pasar, dijo *ñor* Dímas.

—O quién sabe si se fué a la casa de alguna de sus vecinas, porque yo no le estorbo su gusto.

Salió a ofrecerles trago i tabaco una especie de peona llamada Nicolasa, de buen porte i regulares facciones, la cual tenia tres o cuatro llaves prendidas en la cintura. Don Demóstenes no aceptó; porque no era mui decidido por el anisado popular; i los cigarros le parecieron de mala calidad seguramente, o la vista de la carne i de las enjalmas le ahuyentó el apetito.

Los cazadores fueron informados de que los cafuches habian venido a la roza de maiz i que habian derribado un cuadro. Cruz les dió señas de la senda de la roza, i le juró a don Demóstenes que sentia en el alma no poderlo acompañar, por causa del grano que tenia en la pierna.

Cuando se acercaron a la roza, se metió don Demóstenes entre el maiz, i encontró a la guardiana recojiendo las cañas i las mazorcas que los cafuches habian derribado, como si hubiese entrado una tropa de mil bueyes a pastar en la labranza.

—Quién ha causado todo este daño? dijo don Demóstenes a una negrita que cuidaba de la roza de maiz.

—Los cafuches, le contestó la guardiana.

—Porqué no los ahuyentan con maldiciones i piedras como a las guacamayas?

—Porque ellos vienen a la média noche, i mi mama Magdalena les toca el cacho por aquí a la redonda; pero ni por esas.

—I porqué no los cojen a todos juntos.

—Cómo, señor?

—Mui fácilmente. Se rodea toda la roza con una cerca de palo, que para eso el bosque está metido en la labranza; se les deja abierta la puerta, i cuando hayan entrado todos, vienes tú corriendo i la cierras. Cuántos serán los cafuches?

—Son dos veintes, fuera de nueve chiquitos.

—Son cuarenta i nueve, que dejándolos engordar i llevándolos al mercado de Bogotá, dan mas de doscientos pesos, que es mejor ganancia que la que podia dar el maiz en grano, no te parece, linda guardiana?

La chica soltó la risa i contestó:

—Mire, váyase por la senda que comienza debajo de aquel palosanto, i siga al salitre, que allá los encuentra todos dormidos, eche unas cuatro manotadas de municion en la escopeta, i de un tiro los mata todos.

Ñor Dímas habia oido la relacion, i tomó sus medidas para la corrida de los cafuches, diciéndole a su segundo:

—Su persona se va derecho arriba por el camino que cruza la senda de esta roza, ántes de llegar a la orilla, i se va i se planta de parada en la angostura de dos cerritos que se topan en la quebrada; porque la manada pasa por ahí, al embarcar a la montaña grande, cuando yo la espante de para arriba. Su persona le tira al último que pase, i llego yo i seguimos con los perros toda la manada, hasta cansarlos, i matamos una docena; i que es limpia esa montaña de arriba como un platanal. Pero eso sí, su persona honrada se ha de estar quieta como un estantillo, sin estornudar, ni cantar, ni silbar, ni cortar palitos con el cuchillo, ni conversar si pasa alguna estanciera, aunque sea la mas bonita de todas las perillanas; i para no estornudar, no se meta el tabaco por las narices; mas bien masque a dos cachetes como yo masco, i si gusta, aquí tengo en la chuspa unos chicotes que me regaló Melchora.

—Muchas gracias, amigo Dímas! Es usted mui bondadoso; pero sírvase decirme ¿con qué objeto quiere usted restrinjirme la libertad de cortar palitos, de moverme i de estornudar? Si usted supiera que yo soi de una escuela que no admite trabas sociales!....

—Es porque así lo requieren las leyes de la parada.

—¿Conque yo, que no admito códigos draconianos, ni sesiones secretas, ni diplomacia, ni teocracia ¿he de sujetarme ahora a las ordenanzas de la parada?

—Pues "el que se obliga a querer se obliga a padecer." Si usted quiere cojer cafuches, es menester que se sujete a las *indormias* que nosotros usamos para cojerlos.

—Pero sírvase usted decirme ¿qué objeto ostensible tiene el precepto de convertirme en estatua, en la parada que usted me designe?

—Es porque los marranos tienen mas de cinco sentidos, i si lo sienten a sumerced por ahí, se vuelven abajo i entónces la cacería es perdida, porque esas tierras de la Hondura se componen de bovedales, de cañadas i picachos propios para esconder los cafuches, los ladrones i los desertores, i entónces nos hacen cansar a los perros i nos dejan con las narices mas largas que el pico de un yátaro. Esto es lo que hai en el caso, i si sumerced no se obliga, todavía tenemos tiempo de volvernos; i yo no sentiré sino lo que dirán las niñas de la parroquia, de vernos entrar con una mano sobre otra.

—Pues me obligo, taita Dímas, dijo don Demóstenes, armado de una resignacion enteramente filosófica.

Ñor Dímas tomó la senda del Salitre i don Demóstenes el camino un poco trillado de la montaña de Santa Tecla; pero se detuvo a unas pocas cuadras de distancia, por unos lamentos que oyó en el monte, a donde se entró con la escopeta preparada; i al romper una trinchera vejetal de platanillo, vió un espectáculo propio de los tiempos de Torquemada, Atila, Neron i Robespièrre; vió una mujer colgada de las dos manos juntas, tocando escasamente el suelo con los dedos de los piés, i oyó que la mujer decia:

—De no ser la muerte ¿quién puede librarme a mí de mis sufrimientos tan grandes?

—Yo, mujer desdichada! gritó don Demóstenes, i levantó su cuchillo para cortar las ataduras.

—Conténgase, caballero, porque me perjudica, esclamó la pobre mujer: no me suelte por el amor de Dios!

Don Demóstenes tajó de una cuchillada los bejucos, i cayendo la mujer al suelo le dijo a don Demóstenes llorando:

—Usted me ha causado un perjuicio mui grande, caballero de mi alma.

—Cómo? Esplíqueme usted este misterio.

—Es porque yo soi casada, señor caballero.

—Habrá un hombre que me quede eternamente agradecido, pues.

—Al contrario, señor caballero.

—Porqué?

—Porque me colgó él mismo i me anunció que si no me encontraba colgada cuando volviera, me daria doscientos azotes.

—Quién es ese bárbaro?

—Se llama Cruz, i vive por aquí cerca.

—Hipócrita! No hace ni média hora que nos hablaba de la manera dulce i afectuosa con que la trataba a usted. I qué motivos hai para esto?

—Que quiere mas a Nicolasa que a mí. Así es que le ha entregado las llaves i me obliga a mí a que coma junto con ella, i cuando no me rio, o cuando se le antoja decir que estoi brava, me castiga como a una esclava, i despues me mide mi cuadro en el platanal para que lo desyerbe en un solo dia. Este castigo de hoi ha sido porque no me he reido con Nicolasa despues que volvieron juntos de Bogotá. Los cuatro años primeros de casados, no me trató mal mi marido; pero los últimos seis años han sido mi purgatorio en vida. Yo lo que mas siento es la crianza que están recibiendo las pobres de mis hijitas.

—Esto consiste, dijo don Demóstenes mui contristado, en querer apretar demasiado el nudo del matrimonio. Es porque los señores católicos no saben que el que mucho abarca poco aprieta.

—Consiste en que mi marido se ha dejado de cumplir con los mandamientos de la lei de Dios, porque desde que se junta con don Tadeo, ni oye misa, ni reza, ni asiste a los sermones del señor cura, ni tiene ninguna de las insignias de los cristianos, i en la casa no se sabe ya qué relijion es la que tenemos.

—I de qué le podré yo servir a usted, mujer desdichada?

—Yo sé que usted es mui amigo de los pobres, i creo que puede hacer el bien mas grande que se le puede hacer a una parroquia, i es que se castigue a los delincuentes. Con esto i con que hagan volver a Nicolasa a su casa i se la entreguen a su marido, quedo contenta.

—Si el gobierno de la iglesia católica permitiera que los matrimonios se apartaran, para casarse cada contrayente de nuevo con otra persona, usted saldria ganando.

—Ganaria mi marido, porque está mozo, i perderia yo, porque estoi mui acabada por la crianza de cuatro muchachos. Él se llevaria el hombrecito, que le puede servir de mucho i a mí me dejaria las tres muchachas, que yo no sé cómo ni con qué las podria mantener. Él se quedaria con la estancia, en la cual está mi trabajo metido, porque él ha sido enfermo toda la vida, de una llaga que tiene en una espinilla, del tamaño de un peso fuerte. I yo lo que estraño es que usted, siendo tan amigo de los que padecen, dé su parecer en contra de las pobres mujeres.

—Pierda usted cuidado, que yo tomaré todo interes desde que vuelva a la parroquia.

—Por ahora el favor que usted me ha de hacer es el de amarrarme.

—Amarrarla? Cómo es eso de amarrarla?

—Dejándome del mismo modo que estaba, porque si viene *ñor* Cruz i me encuentra descolgada, me mata a rejo.

—Era menester que yo fuera un bárbaro, un terrorista.

—Pues tiene que hacerme ese favor, por lo que mas quiera.

—Imposible!

—Entónces usted me va a causar el daño mas grande del mundo.

—No, no! Adios, adios! dijo don Demóstenes, despidiéndose de la mujer con la mayor precipitacion.

—Por Dios, no me deje usted sin amarrarme, dijo la mujer, poniéndose de rodillas i abrazándole las piernas a don Demóstenes.

Éste se quedó callado por algunos instantes, sin saber a qué atenerse, i conmovido sumamente de ver que la mujer lloraba para comprometerlo a que la amarrase; por último le dijo:

—Vaya usted i diga a su marido, que yo fuí el que la soltó, dándole por señas que me dijo que él lo que queria era que su señora estuviese a todo su gusto; i que si la sigue estropeando, le ofrezco por mi palabra de honor echarlo a un presidio.

Salió Don Démostenes al camino, i allí oyó a su compañero, que gritaba:

—Ah, peeeerro! ah, peeeerro!

Aceleró su paso el adjunto de *ñor* Dímas i al cabo de média hora estuvo en el lugar de la parada, oyendo el murmullo de la quebrada indicada, i sin poder bajar hasta ella, porque se lo estorbaba una peña

fragosa, a tiempo que se abrasaba de sed. Para don Demóstenes no habia mas horizonte que un retazo de la senda, que no alcanzaba a medir veinticinco varas, ni mas cielo que el ramaje tupido de los higuerones, curos i guayabos, a tiempo que el zancudo, el jejen i las abejas mantenian por debajo un ruido como de un aguacero. Don Demóstenes ignoraba que cada palo de guayabo tiene un camino en el corazon, por el cual suben i bajan las hormigas llamadas guayabèras, las cuales son venenosas, i se recostó contra uno de estos palos, sacando por de contado, una enseñanza que lo hizo reconocer mui bien el maldecido palo, para no volvérsele a acercar jamas en toda su vida. Se acordó don Demóstenes que estaba comprometido a no estornudar, ni a causar ruido ninguno, i comprendió que la parada es una verdadera limitacion de todas las libertades del hombre.

Se habrá oido hablar mui desfavorablemente a los escritores o conversadores de costumbres, acerca de las paradas en las cacerías que los sabaneros de Bogotá suelen ejecutar en los páramos de la cordillera oriental; pero aquellas, con todos sus inconvenientes, son una delicia en comparacion de las paradas de la cacería de la tierra caliente. Allá se coloca el sabanero, montado en su gran caballo, sobre el pico de una roca, desde donde ve los arroyos que corren a juntarse con el Meta por el oriente, i los que corren a juntarse con el Magdalena por el occidente, disfrutando de aires que jamas han sido infectados por ninguna epidemia; dominando con la vista una larga serie de parroquias, desde los alcázares del buitre, que es soberano de todas las aves de la cordillera. I si consideramos al centinela de una parada de tierra caliente, hundido entre los bosques, sufocado por el calor, i pegándose palmadas para espantar los mosquitos, la diferencia está en favor del sabanero con ventajas infinitas. Es fácil concebir todo lo que sufriria don Demóstenes.

Sintió éste un ruido sobre las hojas secas, montó la escopeta i se preparó para hacer fuego, casi maquinalmente, porque la órden de *ñor* Dímas era de matar el último de los cafuches i no el primero. El ruido continuaba, pero como era tortuosa la via, i el monte estaba tupido, no veia el objeto. Ayacucho estaba sobrecojido de la misma manera i no separaba los ojos del lugar amenazado, hasta que apareció Cecilia, la cual no reparó en el cazador porque llevaba mui encubierta la cara con el sombrero i su distraccion era profunda; pero luego que se vió a cuatro pasos de don Demóstenes, intentó correr por entre las ramas ménos tejidas con los bejucos.

—No corras! le dijo el bogotano, porque te despedaza mi perro.

—No, por Dios! gritó Cecilia, i se dejó caer sentada sobre una piedra.

Don Demóstenes se acercó con sumo cariño a la segunda hermosura de la parroquia, i trató de inspirarle confianza para que depusiese la vergüenza i el miedo que daba a conocer en sus facciones, i en cierto temblor que procuraba ocultar al principio.

—De dónde vienes? le preguntó el bogotano.

—De la montaña, de cojer unas hojas; no las ve? Son de payaca i las necesito para unos tamales.

—I porqué tanto susto de verme a mí?

—Es porque yo soi miedosa

—No me parece.

—Es que usted no puede saber lo que pasa en el interior de cada criatura.

—Sinembargo, el fisonomista conoce mucho de lo que pasa en el corazon i hasta en el pensamiento ajeno.

—I qué me conoce usted, pues?

—La turbacion que te domina.

—Nada, don Demóstenes, es miedo lo que yo tengo.

—De qué tienes miedo?

—Fué que me asusté con su perro.

—Ya comprendo, dijo don Demóstenes; he reparado tu seno i....

—No es nada, dijo Cecilia, cubriéndose las finas arandelas de su camisa con ambos brazos i poniéndose descolorida.

—Está descubierto el secreto. Llevas comunicaciones en el seno.

Cecilia encojió el pecho encima de las rodillas i puso los ojos de una manera lastimosa, sobre los ojos del bogotano.

—No tengas ningun cuidado, Cecilia. El que respeta las garantías de los hombres, guarda con mayor razon las de las mujeres. Nada mas digno de respeto que las comunicaciones epistolares de los ciudadanos, i conducidas en una balija sagrada, no pueden ser violadas por ninguno que sea liberal.

—Mil gracias, contestó la tímida Cecilia, respirando con alguna confianza. Yo sé que usted me tiene cariño a pesar de lo mucho que se habla de mí, i yo lo estimo a usted desde que lo vi, i no lo he tratado, porque yo no tengo libertad ni para saludar a las personas que son de mi gusto. Yo lo aprecio a usted i tengo confianza en usted como en un caballero completo. Mire: es verdad que llevo cartas aquí en el seno, que las traigo de la estancia de Santa Tecla i son cartas contra usted, tómelas i haga el uso que quiera de ellas, i yo diré que se me perdieron.

—Oh, Cecilia! ¡Cuánto te agradezco la confianza que haces de mí! esclamó don Demóstenes, i abrió una carta que decia:

" Con la portadora le remito el borrador de las declaraciones que han de dar los testigos, i a éstos hai que decirles que si no declaran lo mismo que habian declarado en las declaraciones que se robó don Eloi, irán todos de reclutas. Del cachaco Demóstenes tendremos que deshacernos, aunque sea quemándole la cara, a mas no poder. Escríbale a don Pascual para que le apure al juez del circúito para que exija la sumária de don Blas i de Manuela. Espero la contestacion en el acto. Su afectísimo amigo."

El ermitaño.

—Sombras i misterios por todas partes! esclamó don Demóstenes. El gamonal está en el distrito cuando lo creiamos mui asegurado en la cárcel de Ambalema. Estoi comenzando a saber que de nada sirven las leyes contra los gamonales i sus ajentes.

—I usted ándese con cuidado i déjese de caminar por los montes.

—Esta palabra *cuidado* se la oí por primera vez a la profetisa de Malabrigo. Oh Rosa! Que la tierra te sea lijera!

A este tiempo se oyó la voz del cazador en jefe, que decia:

—Arriba, pecerro! Arriba, peeeerro!

Don Demóstenes estaba mui descuidado de su mision, i sentado junto de Cecilia, le dirijió las siguientes palabras con el estilo mas dulce que se pudiera emplear para convertir una alma estraviada:

—Lo que es para mí un misterio es que tu quieras a ese hombre.

—Yo, don Demóstenes?

—Pues tú. Una muchacha de tanto mérito! Esto no pudiera creerse si todo el mundo no lo estuviera viendo.

—Pero qué es lo que ven?

—Oh! pues tus amores.

—No hai tal amor, don Demóstenes.

—Qué es eso, pues?

—Un comprometimiento terrible, que se comenzó por....

—Por salvar de las prisiones a algun desgraciado? ¿Por condescender con los empeños de alguna amiga? Por el interes de alguna cantidad? O por qué cosa? dime, ¿por qué cosa?

—Le voi a decir, con tal que me guarde el secreto.

—Por de contado, Cecilia.

—Mi madre fué la que se valió de la astucia i del rigor para que yo me entregara a ese bárbaro, que aborrezco con toda mi alma.

—Pobre Cecilia! esclamó don Demóstenes; se necesitaba de toda la desmoralizacion que ha pasado por las grandes sociedades, para corromper la nobleza de corazon que indican tus facciones.

—Yo qué iba a hacer, don Demóstenes! dijo Cecilia llorando. Tenia mi madre un saque de aguardiente en la montaña, i por hacerse a la proteccion de don Tadeo, me mandaba a visitarlo i llevarle regalos de frutas, lo citaba a la estancia las veces que me dejaba sola, i me miraba mal las veces que don Tadeo le daba quejas. Esto fué al principio, que a lo último ha conseguido don Tadeo que yo no me separe de él, con las amenazas de un cuchillo de cabo blanco que me señala siempre; i una vez que me huí, me volvió a reducir a su compañía buscándome como aguja i volviéndome a traer. Este es el motivo de pasar yo por la querida de ese viejo criminal, que tiene su esposa lejítima i quiere poner tambien a Manuela de su cuenta.

—I no pudieras dejarlo?

—No puedo, porque me mata.

—¿Conque todo eso es un gamonal?

—Sí, señor, i no sé qué camino cojer. Me veo mal mirada de las señoras i de los caballeros, me veo insultada, aborrecida i espuesta a que me mate el viejo Tadeo, o su esposa, o alguna otra de sus queridas, i mi vida no es sino un puro tormento, porque qué me suplo yo con tener baules con ropa, zarcillos de oro i traje blanco para las fiestas, si la mala nota me condena i el menosprecio de las jentes buenas? Qué hago, don Demóstenes? Qué camino cojo? Qué me aconseja usted, que es tan enemigo de los tiranos liberales i de los tiranos conservadores? porque ha de estar usted en que don Tadeo es liberal.

—Es draconiano! Es fariseo liberal! Es sepulcro blanqueado, i de esos encuentras varios, aunque no tan perversos como don Tadeo.

—Pero qué hago, don Demóstenes, por Dios! Qué hago en este caso? Sálveme usted mi vida i mi conciencia.

—Si te resolvieras a dejar tu familia i tu parroquia....

—Todo, todo!

—Si te animaras a perder algo de tu libertad, aunque yo soi enemigo de la obediencia pasiva....

—Todo lo sufriré, con tal que no sea querer a nadie contra mi gusto.

—Eso, ni pensarlo! La libertad del corazon es la garantía mas preciosa de una jóven. Yo te buscaria una colocacion en Bogotá.

—Entónces por allá iré. Adios, don Demóstenes.

—Adios, Cecilia! dijo éste, dirijiéndole una mirada mui afectuosa.

Así que desapareció la víctima, sacó don Demóstenes su reloj i vió que llevaba tres horas de parada, pensó que su verdera mision era la de cazador, i dirijió todos sus pensamientos hácia su cacería de cafuches. Puso el oido a la quebrada, i algun zumbido de las tominejas era lo único que oia. Se pasó una hora más en una lucha continua con las abejas, que buscaban su pelo i su barba para enredarse, por un instinto desgraciado que tienen, como las polillas, que buscan la vela para quemarse; esto lo tenia sumamente molesto, aunque entretenido en la verdad. Habia adquirido el hábito de hablar solo, desde que traia entre manos los amoríos con Celia i Clotilde, i comenzó a decir estas palabras:

—Qué es estar de parada? Es estar sujeto a las órdenes de un miserable, órdenes que se reducen a privarme de la libertad de silbar, de estornudar, &c. &c. Es decir que mi libertad natural está restrinjida por una pasion vil, que me dará por resultado un par de cafuches. Es decir que he cambiado la libertad jenuina, la aristocracia del yo, por un plato de lentejas, como Esaú. Porque, a decir verdad, yo me hallo sujeto en este momento con todas las trabas sociales que Dímas me ha querido imponer. Es decir, que las pasiones entraban la libertad, i si la entraban tambien las necesidades, que son las arterias del movimiento social ¿en qué viene a parar la libertad jenuina? Si por todas partes se le recorta una pluma a esta primorosa ave del paraiso, cómo es posible que levante su vuelo majestuoso desde el Huila hasta el Chimborazo? I habiendo nacido el hombre con pasiones i necesidades....

Al decir esto le interrumpió un grito de Dímas:

—Abajo, don Demóstenes! Abajo con todos los diablos, que los cafuches se regaron, i yo tengo tres casi cojidos! Pero búllase, cristiano!

Don Demóstenes se fijó en el punto de donde habian partido los gritos, i con la escopeta en la izquierda i el cuchillo de monte en la derecha, emprendió la travesía de un largo trayecto de bosque; habria caminado dos cuadras, cuando se halló metido de golpe en un escondrijo de unas piedras i un enjambre de ramas i bejucos, en donde estaba escribiendo un ermitaño sobre una petaca de cuero, i a lo que éste levantó la cabeza, don Demóstenes lo conoció i le dijo:

—Ríndete, malvado!

—Con trabajo, le contestó don Tadeo, porque él era el escritor, cojiendo un puñal que estaba sobre la petaca.

—Lo veremos, dijo don Demóstenes, i disparó la escopeta, sin intencion de matarlo, pero aprovechándose de la sorpresa, se lanzó sobre su enemigo i le cojió la mano en que tenia el puñal.

Se quedaron luchando los atletas i don Demóstenes gritó:

—Acá, compañeros todos!

Despues de varios esfuerzos cayeron los dos mortales enemigos al suelo, logrando don Demóstenes la suerte de quedar encima, a tiempo que su compañero volaba como un pájaro por entre los árboles, aprovechándose de una huella que ya conocia, para acercarse al lugar donde habia oido el tiro de la escopeta, pues hacia rato que caminaba en busca de su camarada i adjunto.

—Acá! volvió a gritar don Demóstenes.

—Lo mató? le contestó *ñor* Dímas, trotando por entre los árboles.

—Está vivo, pero lo tengo debajo.

—Póngale la rodilla en el pescuezo, para que no lo muerda, i amárrele las patas, aunque sea con el pañuelo del pescuezo.

No tardó mucho en llegar *ñor* Dímas al sitio de la pelea, al mismo tiempo que don Tadeo logró soltarse por medio de un sacudimiento, i corrió a botarse por un precipicio, donde se perdió de vista por entre las ramas que cubrian el fondo. Ayacucho se quedó latiendo en la orilla, despues de una indecision que se podia reputar por traicion; don Demóstenes se habia quedado sin fuerzas, i *ñor* Dímas no se resolvió a echarse por el precipicio, porque el que persigue no lleva la misma decision del que huye, por un principio jeneral de estratejia.

Juntos rejistraron el campo, i hallaron en la covachuela montuna del gamonal, plumas, tinta, papel sellado i comun, la Recopilacion granadina, una botella con un poco de aguardiente de anis, un puñal i, entre varios papeles sueltos, se hallaba uno que decia:

"Señor don Tadeo Forero: mándeme usted un modelo de las declaraciones que han de dar los cinco testigos. Sabrá usted que la clase descalza de la sociedad está sufriendo la esclavitud; porque la mayoría del cabildo se compone de los oligarcas de botas. La tiranía de los hacendados es cada dia mas insoportable i están poniendo en ejecucion el Código penal. Solo en usted tenemos la esperanza de que no fenecerán las conquistas de la libertad. No se fie usted del viejo Elías, que es de los que mascan a dos carrillos, como se lo tengo advertido; i sinembargo hai cosas en que nos puede servir. Mande a su afectísimo, *Pascual Acuña.*

—Déjese de leyendas, *ñor* don Demóstenes, dijo el cazador en jefe, escondamos esta petaca con todos los papelajos i vamos adelante con nuestra cacería, i *endespues* nos contaremos todo lo sucedido. Pero lo que sí me parece es que usted no ha cumplido con las obligaciones de la parada. Yo levanté la manada del salitre del Palmichal, i la iba siguiendo de para arriba, cuando me encontré los cafuches, que se volvian chasqueando las quijadas i con el espinazo erizado; i eso fué que usted se puso a conversar con alguna perillana, lo que ménos, i se nos ha perdido el tiro principal de la cacería de los cafuches, que era matar una docena en la montaña de Santa Tecla. Con ser que le encargué que no fumara tabaco por las narices, ni se fuera a bullir de su puesto; i así para qué diablos se mata uno bregando por todas estas honduras! Con que usted me hubiera dicho por lo claro que no era capaz de ser cazador, con eso habia sido bastante para no dejar yo mis ocupaciones. Ya se me habia puesto que usted no era capaz.

—Que no soi capaz? Viejo miserable! De qué no soi capaz? Soi capaz de pararlo a usted en la cabeza por insolente.

—I yo no seré capaz de plantarle, *ñor* don Demóstenes? I para pararme en la cabeza fué que usted me convidó a los montes de la Hondura? Cachaco majadero! Yo me quedaré solo, que para matar tres cafuches que tengo encerrados en los bovedales, yo no necesito de nadie; i uno chiquito, que me lo tiene encargado la niña Manuela, ese lo cojo a tientas.

—Chiquito? preguntó don Demóstenes, instigado por la pasion ardorosa de la cacería.

—Aparente para criarlo, dijo *ñor* Dímas.

—I dice usted que se puede cojer?

—Conque los he dejado encerrados en una cueva i tapada la puer-

ta con palos i piedras. Lo que tiene es que debemos irnos aprisa ántes que busquen alguna otra salida.

Los cazadores son como los amantes, que pelean i se reconcilian sin saber cuándo ni a qué horas, i esto consiste en que los une el mismo interes. Partieron los dos camaradas, tan acordes como si nada hubiera pasado, en busca de los cafuches.

Cuando se acercaban a la cueva dijo don Demóstenes:

—Qué hago, taita Dímas, que me muero de sed? Dónde encontraremos una quebrada?

—Está mui léjos; pero hai un palo por el cual corre una cañería entera, i es mui saludable para varias enfermedades.

—I en dónde lo hallaremos?

—Aquí, véalo sumerced: este bejuco, que se llama agraz, está lleno de agua; pero hai que cortarlo por el lado del cogollo i por el pié a la vez, porque si no el agua se esconde i el palo se queda seco. I si no lo quiere creer, abra la boca que ahí va.

Dió Dímas dos cortes consecutivos i salió de un grueso bejuco un chorro de agua, de la cual bebió toda la que quiso el bogotano, i con el resto se lavó las manos i la cara, i al terminar dijo al estanciero de la montaña:

—Usted es un Moises, que hace salir agua de los palos al tocarlos con el filo de su cuchillo. Vamos ahora a cojer los cafuches encantados.

Pronto estuvieron en la puerta de la cueva, i habiendo recojido palos de leña i hojas de palmicha seca, *ñor* Dímas sacó candela:

—Ahora sople con todas sus fuerzas, para formar una hoguera buena.

Don Demóstenes obedeció la órden, pero afectado por el humo, hubo de retirar la cabeza mui pronto para limpiarse los ojos.

—Sople hasta que se reviente; sople, sople, no sea tan flojo!

—Siento no haber sido cocinero, taita Dímas, para satisfacer las exijencias de usted.

—Ahora no hai dilijencias que valgan, sino es soplar i mas soplar, hasta que la llama se levante tan alta.

—Es que yo le puedo dispensar a usted el que me dé cafuche asado para mi almuerzo; Rosa me dió rostro de cafuche, la noche que posé en Malabrigo, i le confieso a usted que no me gustó.

—Luego qué, está pensando en el almuerzo? No se afane tanto! Hai que hacer una buena hoguera, luego pasar los tizones a la puerta i armar allí mas candelada para llenarles la cueva de humo i obligarlos a salir; los esperamos en la puerta con nuestras armas i los matamos.

—I el chiquito para Manuela?

—Ese se ataja i se coje en la puerta. Conque sople su persona, porque esa candela no adelanta nada.

Así que *ñor* Dímas hubo juntado la leña suficiente, i que la hoguera estuvo bien encendida, puso de centinela a don Demóstenes en la puerta de la cueva, con la escopeta preparada; comenzó a destapar dicha cueva i a formar en la puerta una hoguera mayor, de la cual entraba el humo a las concavidades del subterráneo. Algunos murciélagos salian de golpe, haciendo retirar la cara de los cazadores, i una culebra, quizá pisada por los cafuches, emprendió su salida, pero al llegar a la candela, retrocedió.

Las horas se pasaron en la operacion de echar el humo a la cueva,

los cafuches no se daban por notificados. *Ñor* Dímas estaba sin camisa i se le veian correr del pecho rios de sudor, i don Demóstenes tenia los ojos colorados de llorar, por causa del humo, *ñor* Dímas se trepó por unas piedras i barrancos i desapareció por unos pocos minutos, hasta que volvió echando pestes i reniegos.

—El diablo anda metido en la cacería, porque esta cueva tiene una chimenea mas grande que la puerta del infierno, i los condenados cafuches metidos por ahí en algun rincon no tienen para qué sentir el humo. Toda la culpa la tuvo la parada, porque si los marranos no hubieran sentido ruido, allá estarian corriendo en los montes de SantaTecla, que es un corredero de lo mas seguro, de lo mas hermoso que puede darse i sin cuevas ni precipicios. Pero sabremos para otro dia.

—I ahora qué hacemos? preguntó don Demóstenes.

—Me meto con la lanza i usted los espera, si es que todos no quedan muertos adentro.

Diciendo esto, *ñor* Dímas le recortó el palo a la lanza i se metió con los dos perros. Duró algun tiempo la cueva en silencio, porque era mui grande i tenia algunas divisiones de lajas, lo cual dificultaba la llegada del audaz cazador hasta el punto en que estaban los cafuches, a los cuales buscaba en las tinieblas por un ronquido especial que ellos tienen, i por los chasquidos que hacian con las quijadas de cuando en cuando. De golpe latió uno de los perros i el sonido se prolongó tanto, que don Demóstenes quedó espantado. *Ñor* Dímas gritó a ese tiempo:

—Ahí le van, don Demóstenes!

En efecto, salieron dos cafuches, uno herido i otro sano, pero el cazador de reserva mató uno i otro con los dos tiros de su escopeta. *Ñor* Dímas salió ensangrentado i al ver los cafuches tendidos saltaba de gozo i colmaba de abrazos a su segundo, al cual informó de que adentro quedaba otro muerto.

—I el cafuchito para Manuela? preguntó el bogotano.

—Ese lo tengo por cojido.

—Viva el ciudadano Dímas! Viva el bizarro! Viva el denodado! Viva el valiente Dímas!

Volvió a entrar *ñor* Dímas i sacó el cafuche arrastrando i el chiquito en los brazos con el hocico amarrado.

Desenvolvió un pequeño fiambre que llevaba en una mochila i comieron sentados sobre la hojarasca, tan contentos como si hubiesen echado abajo un gobierno constituido. *Ñor* Dímas colmaba de elojios a Sarjento i a Reloj, sin que Ayacucho pudiese obtener este premio, porque no hizo sino latir. La educacion es la que forma el carácter, i al pobre Ayacucho nadie lo habia enseñado a cazar cafuches, sino a cargar los zapatones i el farol.

La noche se acercaba por instantes. *Ñor* Dímas dejó colgados en los árboles dos cafuches i se echó otro a las espaldas, i don Demóstenes cargó en sus brazos el cafuchito. Para dar con la senda principal debian pasar por la covachuela de don Tadeo, i en efecto dieron con ella; pero se quedaron sorprendidos de no hallar la petaca de los papeles, sino el hueco vacío donde la habian dejado.

—Cómo siento esos papeles! esclamó don Demóstenes.

—I yo la petaca, porque a Melchora se la tenia destinada.

—Qué lástima!

—Pierda cuidado su persona, que esa petaca la cojo yo, como ser José Dímas Camero.

—Oh! cuánto bien le hiciera usted a su parroquia!

Caminaron a buen paso los cazadores, pero cuando salieron a las cercanías de la parroquia ya eran cerca de las ocho. En todo el camino no habló don Demóstenes ni una sola palabra, ni acerca del cafuchito, ni acerca de ninguna de las ocurrencias del dia. Habia una idea que lo ocupaba mas que todas las cacerías i todos los conatos del mundo, i era la de saber si su amada ex-Celia lo amaba como en otro tiempo, o lo habia aborrecido por el pecado social de intolerancia. Esa noche, aunque cansado, no pudo dormir, i se levantó temprano a dar cuenta del hallazgo del gamonal.

Todos los parroquianos se sobrecojieron de espanto, pero cuando se trató de ir a buscar a los montes al monstruo, nadie quiso comprometerse, lo cual indica que en aquella parroquia, i quién sabe en cuántas otras, el medio mas aparente de gobernar al pueblo es el terror i no la justicia i la moderacion. Por la fuerza logró don Demóstenes que fuesen los policías i los comisarios a buscar a don Tadeo, i ni aun el ciudadano Dímas quiso prestar sus servicios de baquiano, sino que se fué a recojer los dos cafuches que habia dejado colgados i trató de no sacar la cara donde lo viesen. Las pesquisas fueron inútiles; don Tadeo se quedó oculto entre las haciendas de don Matías i don Atanasio, i desde entónces comenzó a decaer el entusiasmo por el partido manuelista, o sea el partido de los hacendados, a los cuales llamaba el patriota don Tadeo los oligarcas de la parroquia.

CAPITULO XXVIII.

EL NAZARENO.

Nadie sabia que don Tadeo se hallaba en el distrito, hasta el dia que lo encontró don Demóstenes de ermitaño en una gruta, entregado a sus meditaciones gamonalicias. Nuestro lector tampoco sabe cómo escapó de la cárcel de Ambalema, ni cómo vino a dar a las montañas de la Hondura i de esto lo informaremos en el cuadro presente, i ante todo, exhibiremos aquí todo el panorama del trapiche de la Hondura, visto desde una altura proporcionada.

Se hallaba el trapiche de don Matías Urquijo junto a una pequeña quebrada salada i de unas lagunas cuyas aguas tenian algo de azufre, i esto producia una atmósfera pestilente, fuera de los montones de bagazo en estado de putrefaccion i de los barrizales vitalicios de la redonda. Las casas de habitacion eran de paja, i los suelos de tierra emparejada con los pisones. Dentro de la plazuela se hallaba el trapiche a ménos de una cuadra de distancia. El único horizonte que se divisaba dentro de unos cerros cubiertos de bosque era la plantacion de las cañas, i cuando sonaba alguna de las puertas de golpe, por la casual llegada de un forastero, los vijías se asomaban de pronto, i los perros, en número de diez o doce, salian a quererse comer al profano que se acercaba sin padrino; i se conocian los temores que causaba un empleado público, por lo mal recibido que era por los peones, patrones i mujeres.

Don Matías no era de la raza blanca, ni tenia muchas simpatías por los blancos, i gustaba de vestirse de un grueso calzon de manta cuando estaba en su hacienda. Su esposa, llamada Nicomédes Mora, se vestia como las peonas; lo mismo las dos hijas, las cuales ejercian el oficio de trapicheras siempre que los brazos se hallaban escasos.

Corria la fama de que en la Hondura se celebraban juntas secretas, a las cuales concurrian ciertos individuos de la cabecera del canton, otros de Bogotá, i uno que otro de la provincia de Mariquita; se sabia que los viajes de la miel para el mercado, lo mismo que el regreso de las mulas no se efectuaba sino entre la média noche i la madrugada. Se decia tambien que se solian ver espantos por cerca de la enramada del trapiche, i luces que volaban desde las orillas de la laguna, i se hablaba de violencias ejercidas sobre los proletarios. Todo esto hacia que la Hondura fuese mirada como una hacienda de mal agüero.

Se acababa de terminar la molienda del trapiche una noche a las once, cuando corrió la voz entre los peones de que una fantasma negra i de un cucurucho largo como de nazareno, habia pasado por un costado de la plazuela, retirándose del trapiche todo lo que era posible. En efecto, se la vió llegar hasta la puerta de la casa grande, i los temores crecieron al ver que los perros se callaron despues de haber latido a su entrada a la plazuela, i al oir un silbido sumamente parecido al de la culebra cascabel.

Los pasos de la fantasma no pudieron ser observados i los peones del trapiche se quedaron persuadidos de que el nazareno habia seguido su camino; pero éste dió una vuelta i regresó a la casa, en la que entró con mucha cautela, sin ser visto sino de don Matías i cuatro personas que en aquel momento le visitaban.

El nazareno era el famoso don Tadeo, vestido de mujer, i llevando un sombrero mui alto de copa, con funda de jénero blanco. Al punto lo abrazaron sus camaradas i lo colmaron de caricias, como era justo.

—Qué milagro! le dijo don Matías. Aquí nos habian dicho que usted estaba en la cárcel, i yo mandé un peon que todavía no ha vuelto de por allá.

—Fué cierto; pero de donde me vine fué de un canei; porque hacia unos siete dias que me habia libertado.

—Tanto me alegro de verlo! Siéntese, descanse un poco.

—I qué tal por aquí? Me han pensado mucho? dijo don Tadeo.

—Muchísimo, compadre, i la falta que nos hacia era enorme.

—I cómo están todos los de la casa?

—Buenos, compadre de mi alma.

—I la señora Sinforiana? i Cecilia?

—Buenas. Cecilia ha estado mui divertida en las fiestas, lo que me ha dado algo en qué pensar.

—Será que no me quiere. Mi mujer tampoco me quiere; pero la tengo sujeta, que es lo que importa.

Siguieron las manifestaciones particulares de los otros amigos de don Tadeo, i las caricias de doña María Nicomédes. Los otros sujetos eran don Pascual Acuña, don Estanislao Nieto, de Sogamoso, don Atanasio de Santa Tecla i *ñor* Juan de la Cruz, vasallo de don Matías.

Despues de algunas conversaciones demasiado privadas de los camaradas de la sociedad baratera, doña Nicomédes en persona trajo la

cena i la puso sobre la pura tabla de la mesa, porque todos los convidados eran de suma confianza. Parece que nuestro cuadro quedaria mui imperfecto, si no hiciésemos la pintura de la sala principal de la casa grande de la Hondura, donde pasaba la escena i donde se reunian, cada ocho o quince dias, los personajes de la afamada sociedad.

La sala era grande con dos puertaventanas una en frente de otra, i una salida secreta por la alcoba, que tambien era grande. El mueble de mayor ostentacion, era una mesa de nogal con cajon por debajo, asegurado con una buena chapa i en éste se depositaba temporalmente la plata de la semana i algunos papeles de suma importancia. Junto de la mesa estaban dos sillas de atléticos brazos, con muchas heridas hechas a navaja, como por via de entretenimiento. Los demas asientos eran barbacoas de guadua picada que rodeaban toda la sala, i que las niñas i doña Nicomédes llamaban escaños. En un rincon habia cueros de res, zurrones de este mismo material i costales de fique. En otro habia azadones, palas i machetes. No habia cuadros de santos en el salon principal de la Hondura, i esto se hallaba conforme con el destino del local i con las ideas de los concurrentes, que toda era jente mas despreocupada de lo que se pudiera pensar. La sala de don Matías la iba con la reforma en cuanto a la ausencia de los santos. El candelero de la iluminacion jeneral de la sala estaba colocado en una tablita fijada en la pared, i no obstante la elevacion, era mui opaca la luz que daba.

La señora de don Matías era la que servia a la mesa i era la única persona iniciada en el secreto de la fantasma, fuera de los personajes de la sala. Los potajes se servian en platos vidriados, i constaban de tasajo asado i algunas arepas, que tambien eran asadas. Los licores eran aguardiente i guarapo, servidos en totumas i en una copa de cristal. Doña Nicomédes les puso tenedores a sus convidados, pero se olvidó de los cuchillos, defecto que fué correjido por don Tadeo, el cual sacó un cuchillo cabiblanco de figura de puñal, para dividir la sobrebarriga en secciones federales, segun el número de los interesados, la cual habia pasado en la forma central de las manos de doña Nicomédes a las de don Tadeo, i por cierto que los socios no se mostraron desdeñosos en presencia de un potaje tan afamado. El guarapo subsanaba la sequedad de los potajes asados; el ají i el aguardiente, la falta de la pimienta i de la mostaza. No eran alegres los dichos de los convidados; por el contrario, miéntras mas se apuraba la copa los discursos eran mas serios, i a lo último eran espantosos, terribles i exajerados.

—Así, i con este mismo puñal tengo esperanzas de ver cortada la sobrebarriga del cachaco Demóstenes, esclamó don Tadeo al cortar un pedazo de carne que sujetaba con los dientes i la mano izquierda.

—Así me beba yo la sangre de todos los oligarcas enemigos de la sociedad baratera! dijo don Matías apurando una copa llena de aguardiente de anis.

—Así desaparezca la riqueza de todos los señores dueños de tierras! dijo el arrendatario Juan de la Cruz, escurriendo hasta la zupia de una totuma de guarapo fuerte, i añadió despues: (con escepcion de mi patron don Matías).

Por este estilo brindaron todos los socios, i ya que la cena estuvo terminada, siguieron conversando de los negocios jenerales de la política i de los particulares de don Tadeo, con las cabezas un poco calientes.

—Dígame, compadre Matías, qué hai de oligarcas de las haciendas, que me han dicho que están hechos el diablo.

—Se han conjurado contra el pueblo descalzo, han celebrado una junta secreta en el Retiro, i de allí dimanó la caida de usted i de todo nuestro partido, lo cual no sabia usted cuando se fué para Ambalema.

—Pobres de los descalzos! esclamó don Tadeo.

—El cura tambien asistió.

—El cura? Pues ahora sabrá el cura Jiménez lo que es la persecucion, pues ántes no habia querido yo meterme con él.

—Sinembargo, yo sé que no habló sino unas pocas palabras contra don Demóstenes para defender su iglesia.

—Pero asistió a una junta política, i esto es lo bastante: que preste ahora paciencia el oligarca de la sacristía, que lo primero que voi a hacer es a decirles a los estancieros que no le paguen la primicia, ni las demas socaliñas que llaman derechos. Sí, mis caballeros, que preste paciencia el monigote Jiménez.

—Nos vendrá otro peor a sacarnos el sol del cuerpo con los derechos.

—Que no venga ninguno, que los plátanos i las cañas se producen mui bien sin el abono de las bendiciones, i la jente vive i se muere lo mismo con responsos, misas cantadas i fiestas que sin nada de eso.

—Compadre, usted no estaba tan ilustrado cuando se fué para los pueblos del Magdalena.

—Pero qué quiere usted? Cepo, cárcel i matar gusanos es poca cosa? Todos me la van a pagar! todos los que han contribuido para mis males. A fuego i sangre los voi a atacar a todos. Le parece a usted mecha estar dos dias en el cepo de Ambalema? I aguantando esa clase de condenados, que son peores que los esbirros, los jueces i todos los ajentes de la policía? Es que usted todavía no sabe todo el fuego que arde aquí dentro de mis entrañas. Es que usted no sabe que yo he venido a meterme de ermitaño, solo por el gusto de vengarme. Es que usted no sabe que me sueño viendo arder los trapiches, viendo patalear entre su misma sangre a los dueños de tierras, viendo morir envenenados sus ganados i sus mulas con barbasco i acuápar. Yo le esplicaré todos mis planes a mi compadre Matías. Ahora, dígame, qué mas cosas nuevas hai por aquí? El cachaco qué hace en la parroquia?

—Matando pajaritos i enamorando a las estancieras.

—Eso sí, porque es mui decidido por el bien de las proletarias. I Manuela?

—Engreida con la proteccion del cachaco. Lo llama su libertador.

—I queriéndose casar con ese zoquete de Dámaso. Que la liberte el forajido de la venganza que le tengo jurada. I el camandulero de don Eloi?

—Haciendo plata por todos cuatro costados.

—I para qué? Para darse vida de peon? Para eso yo tambien tengo lo bastante. Ojalá que estalle aprisa la revolucion, que le hemos de quitar hasta las mulas viejas de la carguería i los fondos de cocinar la miel. I el oligarca de la Minerva?

—Hablando de proteccion, de libertad, de tolerancia i haciendo plata con la sangre de los arrendatarios. Ya les aumentó los arrendamientos, i al que no asiste al trabajo, le manda dar una paliza o le manda arrancar de su tierra los estantillos de su choza, o las matas de maiz,

que es lo único que el arrendatario siembra, porque la caña no la tolera don Leocadio.

—¿I qué mas ha habido por los castillos feudales, como llama don Demóstenes las casas de los trapiches?

—A don Cosme se le ardió un peon en un fondo, i se fué a que lo curara de limosna una arrendataria.

—Cero i van tres. El otro murió a los siete dias. Pero no se pone remedio ninguno. No se pone una reja para que no se arrimen todos; no se hace un piso sólido i seco, sino que se mantiene un lavadero pendiente i húmedo, por ahorrar unas pocas pesetas. Pero eso sí: se habla de la proteccion a los proletarios hasta enternecer a los oyentes. I bien, qué tal estuvieron las fiestas?

—No sirvieron para maldita la cosa. Ya usted ve, nuestro partido no puede respirar. Por ahí estuvieron los cachacos tratando de divertirse con las hijas del pueblo, porque las hijas de los oligarcas se estaban dando mas tono que si hubieran sido las hijas de los duques de España. El viejo Eloi se emborrachó con todos sus escrúpulos de camandulero. Yo le contaré despacio. A Rosa deMalabrigo se la llevó el diablo, de resultas de las fiestas i del San Juan.

—Que perezcan todos los que han ayudado a quitarnos el mando de la parroquia! Que se los lleve a todos el diablo!

—Ahora encuentra usted de empleados de la parroquia a los oligarcas de las haciendas.

—Así duren mis trabajos! usted verá que ellos aflojan i reniegan de la patria i de los destinos, así que se perjudiquen en la venta de la miel. La vieja Patrocinio les dará la comida de balde, con tal que le echen flores a la hija. ¿Qué mas se quieren los ricos que el tener auxilios de los pobres para hacer la guerra a los pobres? porque la sociedad no es otra cosa que la guerra eterna de los ricos contra los pobres. En todas las transacciones el rico es el que le da la lei al pobre: en las compras i ventas, en los arriendos, en las obras de manos, en las demandas, en los jornales i hasta en los amores. La esclavitud rigurosa tuvo su oríjen en la torpeza, la debilidad o la miseria de los hombres. La deferencia actual de los descalzos a los calzados, o de los ignorantes a los que saben leer i escribir, no es otra cosa que la sumision del vencido en la guerra jeneral de ricos i pobres. La guerra de manuelistas i tadeistas no es otra cosa que la guerra de ricos i pobres, porque los hacendados me hacen la guerra a mí que soi el defensor de los derechos del pueblo descalzo. De manera que los pobres que regalan sus cosas a los ricos i que les sirven de balde, no hacen otra cosa que dar armas contra sí mismos, i por eso dice el dicho, que no hai peor cuña que la del mismo palo. La vieja Patrocinio cebándoles el rabo a los puercos gordos de las haciendas, no hace otra cosa que dar fuego contra los pobres.

—Corriente! dijeron los amigos de don Tadeo.

—Es la pura verdad, añadió el arrendatario Cruz.

—Ahora díganos, mi compadre, cómo pudo salirse de la cárcel? preguntó don Matías Urquijo, despues de haberse tomado un trago.

—Primero les diré cómo entré, porque todas las cosas tienen su derecho, dijo don Tadeo.

—Bueno, compadre; díganos cómo entró.

—Han de saber ustedes, dijo don Tadeo, que despues que yo llegué

a Ambalema, se presentó tambien Manuela con el querido, a pesar de su buena fama de honrada, i ardido como estaba yo de haberme visto en la cárcel de esta parroquia por ella i su abogado, i sabiendo que llevaba una buena mula, que era mejor bocado que la parroquiana, me puse en obra i compuse requisitorias i un poder i me presenté a los juzgados por medio de un apoderado, para que me entregasen la mula i me les pusieran la mano a los prófugos, los cuales no supieron las novedades de la parroquia, hasta despues de llegar a Ambalema, porque habian estado en la montaña seguramente; tampoco sabian que yo habia llegado a la ciudad, porque me estuve escondido. Se siguió la demanda, i aunque Manuela tuvo defensores, porque nunca faltan protectores para la humanidad bella i encantadora, la demanda se hubiera sentenciado en mi favor, si no se hubiera entrometido una mano que me trastornó todo el negocio. ¿Quién les parece a ustedes que fué esa persona que echó por tierra la sentencia i que me sepultó en la cárcel, a mí, que he jugado con la Recopilacion granadina desde ahora cuatro años há?

—Seria algun señor feudal, dueño de medio mundo de tierras.

—No, señor! dijo don Tadeo con sonrisa diabólica.

—Seria algun jesuita de casaca.

—Nada!

—Seria alguna perillana por celos, dijo don Atanasio, porque don Tadeo no se deja de esas vagamunderías a pesar de los cincuenta i cinco que tiene encima.

—Nada de eso! I no sé cuál de los que me oyen se habrá dejado de la idea de introducírsele a las muchachas i de aprovechar la buena acojida que le brinden, o de satisfacer sus caprichos por alguno de los medios que aconsejen las circunstancias. Nada; ustedes no me adivinan quién me metió a la cárcel, i es una persona mas conocida que el paraguai, que la malva i el chilinchile; una persona nativa de este distrito.

—Díganos pronto, dijo don Pascualito.

—La Angarilla, del Retiro.

—La Angarilla? dijo don Matías, ¿ese monton de mugre? ese descrédito de los trapiches?

—La Angarilla, compadre; pero han de saber ustedes que allá está de zapatos, panderetas i traje de muselina, i que no le faltan aduladores de ménos de cincuenta i cinco años. Pero en fin, vamos al asunto, que ya cantan los gallos. Habia probado yo completamente que era el apoderado, para hacerme cargo de Manuela i de la mula, i la sentencia, estaba redactada en mi favor, cuando se apareció la Angarilla a presentar la misma carta que usted me mandó con el viejo Elías, la cual cayó en manos de unos bandidos i pasó a las de esa grandísima vagamunda; i como esto hubiese dilatado la sentencia, hubo tiempo para que llegasen las verdaderas requisitorias de los hacendados, con lo que hubo lo bastante para que me sembrasen en la cárcel i dos dias en el cepo, porque les cité a los escribas i fariseos de Ambalema dos o tres artículos de la Recopilacion granadina i les eché una que otra indirecta. Es un infierno la cárcel en semejante temperamento! Creo que si llega a entrar un radical en la cárcel de Ambalema, no vuelve a escribir ni a hablar de las cárceles de los siglos medios; i a todo esto sin tener otro amigo que Juan Acero, que cayó preso conmigo, el cual siquiera me consolaba con la historia de todas sus peleas. Qué hambres i fatigas las

que yo pasaba en esa maldita cárcel! pero a mí me la pagan todos los manuelistas, como saber que hai Dios en los cielos! Qué buen amigo es Juan Acero! Yo se lo recomiendo a todos ustedes.

—I él?

—No volví a saber mas de él desde la noche que nos salimos de la cárcel. Tiene Juan Acero una voluntad incontrastable, una voluntad de hierro, una alma estóica i una rectitud de espíritu, que lo hacen el mejor de los caballeros. Dios quiera que no haya muerto, porque nos va a hacer mucha falta.

—Buen muchacho, dijo don Atanasio; el mejor garrote que he conocido en toda mi vida.

—Pero ya es tiempo de que mi compadre nos diga cómo salió de la cárcel.

—Fué una de esas casualidades que suceden en Ambalema.

—Cuáles, compadre?

—Los incendios. Un incendio me libertó a mí i a otros muchos buenos cristianos que estaban sufriendo como yo las persecuciones de la justicia. Eran las nueve de la noche i sonó en la plaza un grito diciendo: "Que se quema Ambalema!" Mas de la mitad de las casas de Ambalema son de paja i esa paja es la hoja de una palma llamada guayacana, la cual arde en los veranos como pólvora, si se le arrima una chispa. En otros pueblos son los empajes de palma de cuesco, i es tanta la rapidez con que arden estos techos, que ha habido pueblo que en ocho minutos esté hecho cenizas. En Ambalema se sobrecoje la poblacion de tal modo al oir la palabra, fuego! que no hai palabras cómo esplicarlo. "Se quema la cárcel!" gritaba una peona de los caneyes. "Agua! escaleras! herramientas!" gritaban los comerciantes.

—I qué hacia usted a todas esas? preguntó don Pascualito.

—Maldecir i renegar, porque no podíamos echar la puerta al suelo.

—Qué desesperacion! dijo don Atanasio, lleno de espanto.

—Por fin cayó la puerta, continuó don Tadeo, i al salir nos dispersamos por entre la jente. — "Se salieron los presos!" gritó el alcaide. — "Los presos quemaron la cárcel!" decian en la mitad de la plaza. No tardaron en rodearnos a Juan Acero i a mí unos cuantos aduladores de los magnates; pero el denodado Juan se abrió campo con un palo de leña i yo me escabullí por entre la jente, que no estaba, por cierto, para reparar en los presos. Tomé calle arriba, viendo las carreras i oyendo los lamentos; porque la hija buscaba a la madre, el padre de familia preguntaba por sus hijos, el marido llamaba a la esposa, la madre corria a retirar del peligro a una criatura de pechos; todo esto con lágrimas i carreras, i con una desesperacion que ustedes no se pueden figurar. Yo me detuve en la mitad de la loma, un poco mas abajo de una estancia que llaman el Castillo, i me senté sobre una piedra a ver en lo que paraba todo, porque desde allí se veia la ciudad. Estaba mui oscura la noche i las nubes mezcladas con el humo formaban un cielo colorado que se tocaba con las casas que ardian. Los enmaderados i la paja traqueaban al arder como la quema de una roza a fines de setiembre; los lamentos de toda la poblacion se unian al latido de los perros, para enloquecer mas a los que pensaban en la salvacion de la ciudad.

—No le daba miedo?

—Les digo a ustedes la verdad, que despues de dos dias de cepo i

ocho de cárcel ha de ser un animal el que no se alégre de ver arder los calabozos en que estaba encerrado, hallándose a una buena distancia para no quemarse. Lo que tenia era que la candela estaba invadiendo de para arriba la manzana colateral de la plaza, donde estaban las principales tiendas, i ya sonaban las damezanas i los barriles de pólvora; pero esa no era la manzana en que vivian los pobres, sino el depósito de la riqueza ganada a los pobres en el comercio. Ya ardia toda la manzana, i la imajinacion me hizo anticipar el gusto que yo debo tener al ver arder los trapiches de los hacendados que me han perseguido; porque ese cuento de, "así como nosotros perdonamos a nuestros deudores," no es sino para las viejas camanduleras.

—Tiene mucha razon, esclamó don Pascual.

—Ya se disminuia el fuego, continuó don Tadeo, porque las peonas se atarearon a cargar agua del rio i los peones a desempajar casas a toda carrera; los pobres, porque yo supe despues que no hubo jente rica cargando múcuras de agua i desempajando casas. ¡Cuándo los ricos se ensucian las manos habiendo pueblo que trabaje para ellos de balde! Por último, se apagó el incendio i se oscureció otra vez el lugar, i el Magdalena ya no reflejaba las llamaradas que subian hasta las nubes unos minutos ántes. El alboroto se habia apaciguado, i pude oir con detencion i claridad las voces de algunas jentes que clamaban porque se castigase a los presos. Yo, que sabia lo que es el cepo de Ambalema, cojí camino para el canei del Tachuelo, me disfracé de antioqueño, de acuerdo con el dueño, i admití el destino de matar gusanos, que es el alfabeto del cosechero.

—Pobre mi compadre! dijo don Atanasio.

—Matar gusanos al rayo del sol, porque yo no sabia ensartar hojas, ni cojer, ni colgar, ni formar atados, que era lo que se practicaba en el canei, que estaba lleno de hojas ensartadas, colgadas en hilos de fique. La seccion de despulgadores se componia de tres muchachos mui malcriados, dos mozas sumamente conversadoras i un cosechero burlon i mui engreido de su ciencia. Ninguno sabia que en mi tierra era yo el que movia las teclas por medio de la Recopilacion granadina, ni yo podia revelar este secreto, i siendo mi destino el de A i B en el alfabeto del canei, aquella canalla me trataba como tratan en los trapiches a los chinos que barren las caballerizas. Una de los mozas no era maleja i ya me comenzaba a mirar; pero el cosechero me hizo su primera amonestacion de esta manera:

—"Mire, *ñor* mosca, que los gusanos no están en la cara de Nicasia. Espulgue bien el tabaco o lárguese para los infiernos."

Todos me hacian burla, hasta la Nicasia; por otra parte, el peto sin sal, el arroz i el cuchuco de maiz no era de lo mas gustoso, i resolví volver a espulgar los bolsillos con la Recopilacion granadina en lugar de las hojas del tabaco sirviéndoles de diversion a los muchachos, a las mozas i al director de la seccion. Me vine para este lado, cada dia mas persuadido de la verdad del adajio que dice: "cada gallo en su gallinero es rei."

—Es la verdad, compadre; lo que tiene es que el gallinero tiene un gallo nuevo.

—Pronto lo verá usted pidiendo cacao.

Era mui tarde; don Matías convidó a su compadre a que entrase

a la alcoba i se acostase en la cama de las dos hijas, que estaba desocupada, quedándose los otros señores en las barbacoas de la sala; pero don Matías i su compadre entablaron nueva conversacion luego que doña Nicomédes estuvo dormida.

—Ha de saber mi compadre Matías, que yo vengo con el proyecto de meterme a ermitaño en las montañas de Santa Tecla i de la Hondura, para gobernar la parroquia por debajo de cuerda, i para vengarme de Manuela i de todos los oligarcas de las haciendas, porque lo que he sufrido no es cosa que se puede olvidar, aunque lo predique el cura Jiménez; i el cura tampoco me la va a penar. Un cura metido en la política de la parroquia es como si una mujer se metiese a leer la Recopilacion granadina, i peor todavía. Si Jiménez quisiera seguir la política mia, la política de mi partido, la política que desecha a los curas, entónces se quedaria como estaba; pero como no ha de suceder esto, pronto lo haré salir de la parroquia, sumariado como un criminal, que tambien los hai de corona.

—Compadre, no vaya usted a caer en alguna trampa de que no lo pueda sacar ni el diablo. Mire que la suerte se nos ha puesto un poco de punta. Yo mandé unas mulitas por allá del otro lado de Rio grande, i un alcalde me las ha embargado, porque no hicieron los ajentes lo que les mandé. Ahora seis dias le di una paliza al peon mas entendido en los escondrijos de las mulas i en los negocios de mis corresponsales, i temo las diabluras que me haga.

—Mal hecho compadre, esa paliza nos puede costar mui caro.

—Pero qué quiere usted? Me tenia inquieta una de mis hijas, i yo no soi tan partidario de la igualdad para mirar con frialdad i calma que un miserable me estuviera igualando a una de mis hijas con la turba de peonas mugrientas, aunque yo le favorecí a él una hermana; pero eso es mui diferente, porque yo tengo plata con que responder en todo caso.

—Sinembargo de todo, yo vengo a gobernar la parroquia por debajo de cuerda, i a vengarme a fuego i sangre de todos los hacendados.

—Eso hai que pensarlo, compadre.

—Lo tengo mui pensado. En los cuatro dias de mi viaje tuve tiempo para examinar mis proyectos, i veo que no hai obstáculo ni riesgo.

—Pues quién sabe, compadre.

—Pero qué? Los hacendados no hacen lo que se les da la gana? Don Leocadio desde su castillo feudal, como dice don Demóstenes, no gobierna con sus leyes propias doscientos arrendatarios que no obedecen a las autoridades sin tomar su parecer? No defiende a los criminales i reos prófugos, porque este servicio le cuesta ménos que el servicio de los hombres libres? ¿No se escusa don Leocadio del servicio público que imponen las leyes, i de los servicios privados de caminos i puentes? ¿No les prohibe a sus arrendatarios que cumplan con el servicio personal de los caminos, por tener el gusto de que los pobres de otros sitios o partidos hagan camino para él i para sus mulas? No sentencia i castiga como señor feudal? I qué le sucede a don Leocadio? Qué les sucede a todos los que hacen su gusto atropellando leyes i autoridades? Quién los acusa? Quién los castiga? Los majaderos, los sumisos, los santos son los que la llevan perdida, o diremos mas bien, los zoquetes. ¿Los intereses de los escrupulosos no van a dar a las manos de los hombres vivos i de empresa i que no se paran en pelillos? Qué

vamos a hacer, si esto no es sino el efecto de una constitucion acomodaticia, de una lejislacion floja i de una política que santifica la impunidad de los delitos? Qué se hace en este caso, ¿ser víctima de los atrevidos, o ser atrevido con los atrevidos?

—Pero atienda, compadre, que las leyes de la Nueva Granada son de tira i afloja. ¿No se acuerda que a Simona i María las sembró usted en la reclusion por unas voces que tuvieron con la niña Cecilia, i que los huesos del viejo quedaron sembrados allá en el monte de Tena?

—I qué?

—I qué? qué usted se puede perder si los señores oligarcas toman la Recopilacion granadina por el lado que no tiene espinas.

—I qué? volvió a decir don Tadeo con enfado.

—Que lo acusan a usted por cualquiera de sus chanzas i lo meten a la cárcel i lo echan al presidio.

—Es cierto que las cosas se deben pensar por todos sus cuatro costados. Tal vez me encuentran por querer imitar la quema de Ambalema; tal vez me pillan cosiendo a puñaladas al viejo Blas en el Retiro, i quizá no puedo deshacer los cargos de los testigos, que es lo mas arduo que me puede suceder. Pero todo esto qué significa en un pais dividido en partidos políticos, que arrancan a los reos de los patíbulos, o de los presidios o de las cárceles por hacerse a partidarios? En un pais que despues de una revolucion, abre las puertas de las cárceles i abriria las de las penitenciarías, si las hubiera? I siendo así, como lo es afortunadamente, qué es lo que me puede suceder?

—Pues usted lo vea, compadre; es usted malicioso i sabe caer de piés como los gatos; pero tambien dice el dicho, que tanto va el cántaro al agua hasta que se lo lleva el diablo.

—Lo tengo mui pensado. Me meto a ermitaño i gobierno la parroquia desde los montes. Cuento con el auxilio de usted i del hermano Anastasio, de la señora Sinforiana i de don Pascualito: eso sí, que nadie más lo sepa. Mañana va usted i me trae a Cecilia i la Recopilacion granadina, i me le dice al juez 2.° que si no la va conmigo le rebullo la causa que tiene pendiente, i que se lo llevan los diablos. Tráigame papel comun i sellado, tinta, plumas i una navaja. I no hai que andar con lástimas con nadie, ni hai que pararse en pelillos para nada; que arda una que otra ramada, que se marche al infierno uno que otro de los que nos hacen estorbo, que se largue el cura Jiménez a rezar novenas a Bogotá; nada nos detenga en nuestros proyectos. Aprovechemos la anarquía jeneral de la República, miéntras viene el dia en que sea gobernada por leyes fuertes.

—De véras, compadre, que los escrupulosos son los que se friegan.

—Lo que usted no nos dijo, fué quién le pegó fuego a la cárcel de Ambalema.

—*A ver* que esto no ha de salir de nosotros, i mi comadre está dormida. Fué Juan Acero con una pajuela que yo tenia en mi cartera i subiéndose sobre mis hombros. Lástima de Juan Acero que se haya ido a Santana, o a Antioquia, o quién sabe a dónde, i que vayan por allá i lo maten en alguna pelea; porque Juan Acero no es de los que repara en jueces, ni en Dios, ni en lágrimas de niñas inocentes, ni en tropa armada, ni en escrúpulos de ningun jénero: es un muchacho escelente.

A este tiempo latieron los perros, i asomándose don Matías por una ventanilla, dijo:

—Con todos los diablos, que nos han rodeado la casa! I saliendo por la puerta secreta, logró descender a la quebrada i escapar.

Era ciertamente una partida de tropa armada, que rodeó todas las casas i las ramadas; fueron apresados dos peones del trapiche, don Atanasio, ñor Cruz i el corresponsal de Sogamoso. Don Pascual hizo notar al jefe de la partida que él era una persona mui conocida por su honradez i fué puesto en libertad. Parte de la tropa entró a rejistrar toda la casa, i tomó todos los papeles que estaban en el cajon, mas no el dinero que habia. Don Tadeo salió con su traje de mujer al lado de la señora Nicomédes, i tomando una senda conocida se internó en los bosques de la Hondura, en donde comenzó a poner en ejecucion sus planes. Allí fué en donde lo halló don Demóstenes, con motivo de la cacería de cafuches.

La novedad era grande por cierto. Se consumaba la destruccion de la sociedad baratera.

El peon que se fugó de la Hondura reveló a los hacendados varios secretos mui importantes; i ellos i don Demóstenes pusieron un posta al gobernador de Bogotá, i éste mandó a la cabecera del canton tropa armada i un visitador fiscal, el cual se impuso de algunas causas que existian en los archivos, que versaban sobre la sociedad baratera, que otros llamaban sociedad cuatrera, i procedió a embargar las mulas de varias estancias i trapiches, i aprender a algunos individuos contra los cuales habia quejas repetidas. De manera que en una misma noche cayó la fuerza armada sobre varias estancias, i en el dia o noche de que hablamos se recojieron en la corraleja de la Hondura las mulas de sus potreros i las de varios otros parajes, i de allí fueron conducidas a la cabecera del canton.

Varios individuos fueron reducidos a prision i otros se ocultaron o se retiraron a otros distritos.

En consecuencia de estos hechos se fijaron avisos, i concurrieron de provincias mui distantes i de las limítrofes a buscar mulas que se habian perdido en distintos lugares, i en efecto, se hallaron algunas. De este modo terminó el susurro de treinta años que habia contra varias estancias i trapiches del canton de que estamos hablando.

CAPITULO XXIX.

EL ARCHIVO DE DON TADEO.

Serian las diez de la noche cuando llamaron a despachar en la tienda de la señora Patrocinio, i como la ménos perezosa de todas las de la casa era Manuela, se levantó i abrió.

—Buenas noches, niña Manuela, le dijo ñor Dímas con sumo cariño.

—Así se las dé Dios, taita Dímas.

—Qué tal mi *señuá* Patrocinio i toda la familia?

—Regulares, taita Dímas. I mi comadre, i *ñuá* Melchora i los muchachos?

—Pasaderos i pensándola muchísimo todos los dias.

—Tanto les agradezco! I qué lo trae por aquí tan tarde de la noche?

—A ver si me fia un cuartillo de aguardiente del mas bueno que tenga, porque así me lo han recetado para mis males.

—Porqué no? dijo Manuela, i se volvió a los estantes para alcanzar la botella i el vaso.

—Aaaaah! dijo taita Dímas, limpiándose la boca con la punta de la camiseta; Dios se lo pague a la niña Manuela.

Manuela pintó una rayita con un carbon i le dió un tabaco al montañes, i éste hablando mui quedo le hizo esta pregunta:

—Podremos hablar con el caballero?

—A estas horas, ñor Dímas?

—Es que lo necesito para un asunto de mucha importancia.

—Quiere que le avise?

—Ojalá que la niña Manuela me hiciera ese bien.

Atravesó Manuela la sala i se dirijió a la alcoba en que dormia don Demóstenes, mas al abrir la puerta, en lugar de dirijir la palabra a su huésped, se volvió bruscamente entornando la puerta con violencia. Habia alcanzado a ver a su huésped escribiendo en la mesa, i una mujer, de pié junto a él: era Cecilia.

Don Demóstenes, al sentir a Manuela, habia alzado la cabeza; i viendo que se volvia sin decirle una palabra salió tras ella, la alcanzó en el corredor de la despensa i deteniéndola le dijo:

—Porqué te vuelves a salir?

—Porque usted tiene visita.

—Entra i la saludas.

—Yo? a mi mortal enemiga?

—Pues has de saber que te aprecia, i hasta me ha dado avisos mui importantes para tu seguridad.

—Apreciarme a mí la hija de la Víbora? Es favor que usted le quiere hacer. Entre i atienda a su visita.... Conque así le hace usted la guerra al viejo Tadeo! agregó con una especie de risa burlona i al mismo tiempo amarga.

—Pronto quedarás enterada de que Cecilia me ha revelado muchos secretos en tu favor. Por ahora quiero que sepas que ha venido a llevar una carta, i miéntras me puse a escribirla ha tenido que aguardar en pié, porque tú no has hecho traer la silla jesuítica que estaba incluida en el arriendo primitivo de la sala.

—Tengo mui poco interes en lo que usted me dice; vine por avisarle que taita Dímas lo necesita.

—Pues entretenlo un instante miéntras concluyo la carta, i cuando salga Cecilia, lo introduces. Encierra a Ayacucho para que no ladre.

Volvió don Demóstenes a su cuarto, concluyó la carta i se la entregó a Cecilia con algunas esplicaciones a la voz i dándole unas cuantas monedas.

—Cómo siento que no le hubiera hecho Manuela la visita por culpa mia! dijo Cecilia.

—No, no era visita, sino el aviso de unas cartas de importancia.

—Puede ser; pero cuidado con el novio, que en la esquina de arriba estaba parado cuando yo me vine para la casa de usted.

—No hai cuidado, Cecilia, no hai cuidado.

—Adios, don Demóstenes! Que nadie sepa mi paradero! Pronto

creerán que me fuí para Ambalema, o que me ha matado el gamonal i me ha enterrado en el monte, i presto me olvidarán todos los de mi parroquia. Adios, adios, don Demóstenes!

—Adios, adios! repitió el bogotano, enternecido.

No tardó dos minutos en entrar por el lado del patio el estanciero de la montaña, i saludando a su compañero de cacería, se quitó de la espalda una mochila i se la entregó, diciéndole:

—Aquí tiene sumerced todos los papelajos de ñor don Tadeo; pero la petaquita no se la traje, porque se la tenia citada a mi casera desde el dia que cojimos los tres cafuches en la cueva.

—Hombre! los papeles del gamonal? Devéras, taita Dímas? Devéras?

—I para qué le iba yo a mentir? Todos están aquí.

—Es un tesoro lo que me trae. Mil secretos de importancia vamos a descubrir en esta coleccion. I cómo descubrió el archivo?

—Fué que les dije a las caseras que yo me iba a sacar colmenas i agarré los calabazos i la hacha, i me planté primero en un puesto de la trocha de la montaña i despues en otro, mirando para la copa de los árboles i de las guaduas. En estas vi pasar a la vieja Clavija i me le fuí al rastro por el lado del monte, vi que se metió por una senda, i fué a dar a la puerta de una cueva; yo me quedé atisbando. No tardó ni siete credos en volver a salir, i yo me quedé firme en la parada, sin estornudar, ni hacer alboroto, porque la parada se ha de hacer como Dios lo manda. Cuando ya las antiguas comenzaban a cantar, salió de la cueva el hombre Tadeo i cojió para la estancia de Santa Tecla; entónces yo me soplé a la cueva i allí topé la petaca i junto estaba la tinta i todas las herramientas de la escribanía, i una limeta con aguardiente, que no quise tocar, no fuera algun maleficio. Por lo que es la petaca yo la traspuse, i los papeles aquí los tiene su persona enteros i verdaderos para que se divierta con ellos; pero eso sí, cuidado con ir a meter al viejo Dímas en danza; porque ya podia contar con un runcho en la barriga de las manos de esa bruja, que no por buena la llamarán la Víbora.

—Es usted el mas valiente entre los denodados, i cuente con el secreto hasta la tumba, dijo don Demóstenes; i desdoblando un papel lo comenzó a leer, diciendo:

"Lista de los socios de la Gran Compañía de los hermanos barateros de la Hondura."

—Usted conoce todos estos caballeros? preguntó don Demóstenes al cazador de la montaña, despabilando la vela que casi no daba luz.

—Los que son de la parroquia, i uno que otro de la cabecera del canton. Los otros son de tierras que yo no conozco.

—Conque don Cruz, don Matías, don Anastasio i don Pascualito, qué le parece? I don Juan Acero?

—Sí, señor, i todos los demas que reza el papel.

—De Juan Acero se me habia puesto, porque tiene todas las trazas de un *matroz*, malcriado como un salvaje. Por poco tengo que pelear con él un dia que iba al Retiro i le pregunté por el camino.

—I pechugon como el puro diablo. Allá se me estaba ya metiendo a sonsacarme a la niña Pia. I para eso que se dejan creer de todo el que les dice que son bonitas, i ellas lo creian i se reian con él hasta que dije, que si le seguian haciendo conversacion les metia su pela a la hija i a la

mama, i de este modo lo echaron a tizonazos, i se acabaron las visitas.

Don Demóstenes desdobló otro papel, i leyó esto:

Mi amigo don Tadeo: Mándeme con el portador los modelos para las declaraciones que se han de tomar contra don Blas, don Demóstenes i la heroina. Le aviso que los oligarcas están todos impuestos de que se halla usted en las montañas del distrito; i tenga cuidado con el viejo Elías, porque si no está pasado está mui próximo a estarlo, i tengo mis sospechas de Cecilia. ¡Cuándo era que ese filósofo que no cree en mas moral que en la que resulta del principio de utilidad, no trataba de conquistar placeres, seduciendo a Cecilia, que es la mejor de todas las parroquianas! Deseo que usted no lo pase tan mal en su ermita i que mande a su afectísimo amigo que lo aprecia i lo distingue.—*Pascual Acuña Cifuentes.*

Tomó en seguida otra carta i leyó lo siguiente:

Bogotá, abril 7 de 1856.

Señor Júdas Tadeo Forero Gutiérrez.

Mi querido i pensado amigo: en contestacion a su apreciable del 9 del pasado marzo, le digo que por lo que hace a su recomendado no tenga usted cuidado: ya está escarcelado, que era lo que importaba, i por lo que es la sentencia no tiene usted que afanarse. Nuestras leyes tienen toda la tolerancia que se necesita para salvar a los pobres que no saben robar por los medios legales de la jente grande.

En cuanto a candidaturas, le diré que yo votaré por el candidato del partido liberal neto, cuya presidencia es la mas adaptable para el estado de civilizacion en que se halla nuestra república. La república verdadera es la que puede marchar con las ideas del pais. De qué sirve que las leyes i las constituciones vayan a la vanguardia, si los ciudadanos van a la retaguardia? De ahí vienen las eternas revoluciones, así como espondria yo a tropezones i porrazos eternos a mi hijo de cinco años, si lo hiciese correr con mis botas, mi chaqueta i mis calzones. Recuerde usted nuestro programa de la revolucion de abril: un gobierno sin las exajeraciones de los gólgotas, ni la pachorra de los conservadores. Es menester que usted se interese en que todos voten por el doctor Patrocinio Cuéllar, que es el candidato del partido liberal neto.

Es menester que no se descuide usted con don Blas i don Eloi, que nos querrán ganar las elecciones con sus influencias de dueños de tierras. El programa de los conservadores es volvernos al tiempo de la colonia: inquisicion, camándula i picota: ¡hé aquí su programa!

Abrale usted mucho el ojo a un tal don Demóstenes, que se ha ido por allá con el pretesto de colectar mariposas i cucarachas, i que no lleva sino el objeto de trabajar por la eleccion del candidato radical, segun me lo han asegurado, i de curarse la cancha. Allá se estará ganando a los estancieros con ofrecerles la reparticion de las tierras de los hacendados, i con decirles que la propiedad es robo.

—Así, desacreditándonos es imposible! dijo don Demóstenes poniendo la carta encima de la mesa.

—Sí, señor, contestó fior Dímas; porque un *desacrédito* es lo mas malo que puede haber en la vida.

—Así nos las ganan los conservadores, continuó diciendo don Demóstenes; atravesó la sala, paseándose, i luego se volvió a sentar, para seguir con la lectura.

Usted sabe cuánto trabajo nos costó introducir en la lejislacion de elecciones la cláusula de los transeuntes. Haga usted que entren en la urna electoral unas doscientas boletas de transeuntes, aunque por los caminos de esa parroquia nunca pasan sino las manadas de los cafuches. En fin, mucho celo i mucho cuidado. Usted es un patriota escelente, i no ha de querer que la República se pierda por falta de decision. Entretanto mande usted a su mas afecto amigo, q. b. s. m.

Aristides Sánchez.

—Hai que trabajar! esclamó don Demóstenes. Usted por quién piensa votar, ciudadano Dímas?

—Yo estoi *péndulo* entre mi amo don Blas i la niña Manuela.

—Cómo es eso, taita Dímas?

—Pues mui bien; porque si voto por la niña Manuela se me puede enojar mi amo don Blas; i si voto por mi amo don Blas, entónces no me querrá fiar la niña Manuela el anisado, que es el mejor de todos, porque es de contrabando, i a mí me lo mide mui bien medido i me da tabaco. Bien es que hasta la presente mi amo don Blas no ha echado a ninguno de la tierra por este cuento de las elecciones, como lo han hecho en otras partes.

—Entónces usted debe votar por la niña Manuela.

—Así lo haremos, mi amo don Demóstenes.

—Pero mire usted, taita Dímas: no es por la niña Manuela por la que va usted a votar; es por el doctor Manuel Murillo Toro, que es instruido i representa las ideas del partido radical.

—No lo conozco, mi amo don Demóstenes, ni tampoco sé qué será eso de radical.

—El partido liberal jenuino es el que se llama radical. Usted no es liberal?

—Mucho, mi amo don Demóstenes, porque yo no quiero que se acabe la relijion, ni que nos manden los congresos, que dicen que son los que nos tienen en la miseria i en las guerras de todos los dias. A un hijo me lo mataron en la revolucion pasada, i si los españoles no nos vuelven a gobernar, quién sabe en qué parará esto!

Don Demóstenes se quedó mirando al ciudadano, a ver si descubria los indicios de la chanza i de la malicia; pero viendo que se quedó mui serio, formó su juicio sobre sus ideas políticas i se reservó para otro dia la obra de ilustrarlo. Tomó otro papel en la mano, i leyó:

Señor Arzobispo de la metrópoli.....

—Pero yo no oigo mas leyendas de papeles, dijo el ínclito ciudadano, i se fué despidiendo de su amo Demóstenes i poniéndose las quimbas, que se habia quitado para entrar.

—Amigo, le dijo el bogotano, usted ha hecho una conquista soberbia, porque el archivo de don Tadeo es una coleccion de documentos mui curiosos para la historia de la parroquia; yo le quedo a usted mui agradecido i le regalo estos dos fuertes para que compre una buena hacha para su trabajo.

—Dios se lo pague, mi amo i le dé la gloria i le dé mas.

—Mas que la gloria?

—No, no mi amo: más que dar a los pobres; porque sumerced no es como otros, que hablan de lástimas de los pobres, se sirven de ellos i no les alargan un chicote; i adios, mi amo, hasta que nos vaya a ver a la montaña.

Siguió don Demóstenes la lectura del papel que tenia en la mano:

Nosotros los firmados, que componemos la mayoría de los vecinos de este distrito, sentimos mucho tener que molestar la atencion de V. S. I; pero nos es indispensable elevar nuestras quejas al padre de los fieles para evitar males de mayor trascendencia. Es el caso, I. S, que los escándalos del señor cura Jiménez han llegado a un punto que no se pueden mirar con descuido, porque ofenden a la moral, a la sagrada relijion católica que adoramos i profesamos, i a la soberanía de la Nueva Granada, con la subversion de todos los derechos i de todas las leyes políticas i civiles. Este ministro del Evanjelio, contradiciendo lo que predica en el púl-

pito acerca de la pureza i castidad, es el mas escandaloso de todos los vecinos en su trato familiar i doméstico, i a los pobres los hace sufrir todo el peso de su codicia, despues de predicar contra los ricos de la parroquia. Pero hai otro crímen de mayor gravedad, de que pedimos pronto castigo, por los malos resultados que pudiera causar i es, el de meterse el presbítero Jiménez en los negocios de la política: hai un hecho, entre otros mil, que recomendamos a la sabiduría i discrecion de S. S. I, i es el de haber asistido i tomado la palabra en una junta secreta que los hacendados convocaron en la hacienda del Retiro para echar abajo el gobierno. Los documentos en que se funda nuestra justa i humilde acusacion van adjuntos, i terminamos pidiendo que se sirva S. S. I. en méritos de justicia, quitar de cura de esta parroquia al presbítero Jiménez, lo mas pronto que fuere posible.

—Qué infamia la de este gamonal! esclamó don Demóstenes, porque no pudo contener los arrebatos de su ira. Curas infames i malvados habrá, yo no me atrevo a negarlo, curas borrachos, jugadores, licenciosos i avaros; pero el doctor Jiménez es un misionero que ilustra su pueblo, i lo alivia i lo socorre, que tolera las opiniones de los que no son católicos, i que saca partido de todo para el bien de la sociedad. El archivo de don Tadeo me está haciendo conocer las sombras i los misterios que cubren la existencia de un gamonal. Véamos lo que sigue.

Señor don Tadeo Forero. Junio.... de 1856.

Mi apreciado amigo: le pongo esta carta para avisarle que por la via *gatense* no tenemos esperanza de sacarlo a usted con bien, porque el cachaco Demóstenes parece que tambien entiende la estratejia de la Recopilacion granadina, i nos ha puesto las cosas en un estado sumamente crítico; pero hemos acordado un plan para salvarlo, que le comunico a usted para que esté listo. Esta carta va por duplicado para mayor seguridad. Ocho reales he tenido que gastar para vencer el patriotismo del alcalde, que le entregará uno de los ejemplares. El plan es este:

A las tres de la mañana asaltará un peloton de jente la guardia, a la voz de viva la libertad! mueran los conservadores i los gólgotas! i usted i Juan Acero saldrán de la cárcel a incorporarse con la partida, la cual se compondrá de las personas siguientes: don Matías, con todos sus peones i arrendatarios, don Anastasio, flor Pascasio i don Pacho.

En seguida nos haremos al archivo i a los pocos reales de la tesorería, i lo proclamaremos alcalde a usted, juez al que estaba ántes, que es el juez constitucional; i de presidente del cabildo pondremos al modesto Juan Acero.

Pasaremos a la posada del libertador, i lo montaremos en angarillas en el burro carguero de la vieja Patrocinio, con la cara vuelta para atras i lo pondremos a unas ocho cuadras de distancia de la parroquia, con una coroza, en la cual se leerá este letrero: "El que se mete a redentor muere crucificado."

Si los aristócratas nos atacan, haremos resistencia i luego les pondremos en revolucion todo el distrito, i les espropiamos las mulas i los fondos como hicimos el año de 54, para lo cual contamos con la revolucion que debe estallar contra el gobierno del 4 de diciembre, i entónces quedaremos libres de todo cargo. El derecho de insurreccion que proclamó el Estado del Socorro el año de 40, es un derecho que vale todos los años, i es justamente el núcleo de la felicidad de los pueblos de Nueva Granada.

Pero si por casualidad el pronunciamiento no saliere bien, usted i el ínclito Juan Acero se irán a la ciudad de Ambalema, a donde les llegarán las noticias posteriores, entretanto que la revolucion jeneral estalla en toda la república para echar abajo al doctor Mallarino, que no debe mandar porque no es militar, ni hace todo el ruido que debe hacer un presidente.

Mañana será usted libre, i la bandera de la libertad estará tremolada en todas las cuatro esquinas de la plaza, i los tiranos oligarcas de las haciendas i el tiranuelo gólgota de la parroquia ya no mandarán sobre nosotros. La enseña de esta revolucion será: "Arriba los descalzos, abajo los calzados."

La divina Providencia ha de querer secundar nuestras buenas intenciones i la justicia de nuestra causa.

Dios i libertad. Su afectísimo amigo i copartidario, *Pascual Acuña.*

Despues de esta carta pasó don Demóstenes a leer la siguiente:

Bogotá, mayo 1.° de 1856.

Señor don Tadeo Forero.

Mi apreciado señor i amigo: yo nunca olvidaré todo lo que usted me favoreció ahora ha dos años que estuve en esa, i que usted, su señora i su entenada me cuidaron tanto; i si no les habia vuelto a escribir ni a mandar recado ninguno desde que me vine, no habia consistido sino en mis grandes ocupaciones, i en que no habia encontrado a ninguno de por allá, hasta ahora que se me ha proporcionado un conducto seguro cual es la persona del cazador Elías, a quien encontré en la plaza vendiendo plátanos i cueros de cafuche i de oso.

Despues de saludarlo me tomo la confianza de interesarme con usted, a fin de que las elecciones de esa parroquia para la presidencia de la República, se hagan de manera que nos salga un presidente que nos dé todas las garantías de estabilidad i paz que hacen la dicha de las naciones; un presidente que asegure el órden, la propiedad, la familia, la libertad de creencias para que no se desmorone el órden social en la *confragracion* de la anarquía que amenaza en todos los ramos de la administracion i en todas ideas, privadas i públicas. Un presidente que les garantice a los pueblos las creencias i el culto que sea mas de su gusto, sin injerirse en las prácticas relijiosas de los individuos; un presidente que no tenga ínfulas de virei, conquistador, o encomendero; un presidente que no sea de chafarote, para que los pueblos vean de una vez si quieren ser gobernados por el terror de las bayonetas, o por la direccion modesta de un republicano de casaca negra.

Le hablo a usted con esta confianza, porque me acuerdo de que usted me dijo que aunque habia trabajado en favor de la revolucion del año de 54 ya se estaba inclinando al partido conservador neto, i espero que nos ayudará con eficacia, de acuerdo con los demas conservadores del distrito, que son en gran número, i tienen de su parte a los dueños de trapiches, lo que tiene es que son ricos, i la riqueza les hace estorbo para trabajar por su partido, porque usted lo habrá notado, que los conservadores ricos, con cortas escepciones, son mas hostiles a nuestro partido que los mismos liberales; así es que lo mejor será no contar con ellos.

Es menester que no se dejen alucinar los conservadores de por allá con la segunda candidatura conservadora, que llaman nacional, o de los ferrocarriles, que no tiene objeto, i nos puede hacer bastante perjuicio por la division. Yo le hablo a usted francamente, que no sé qué programa es el que ofrecen estos hombres; porque yo creo nacionales todas las cuatro candidaturas, i en cuanto a ferrocarriles, no creo que la Nueva Granada, con millon i medio de rentas anuales, pueda hacer ni un puente de calicanto como los que hacian los vireyes; ni creo que tenga uso un ferrocarril en la Nueva Granada, sino cuando tenga poblacion i tenga industria, i paz sobre todo.

Ojalá que usted compre los folletos i los periódicos relativos a las candidaturas, para que se imponga sobre esta interesante cuestion, pues aquí está esto lleno de papeles elojiando cada cual a su candidato i vituperando a los otros. Haga usted todo lo posible, i no espere remuneracion de los hombres. La tranquilidad de la conciencia es el mejor premio para los hombres de bien. Salvemos la familia, la moral i la propiedad de las garras del socialismo, que amenaza destruirlo todo.

Soi de usted, afectísimo servidor i amigo. *Juan de Dios Aguirre.*

A la lectura de esta carta se siguió otra, acerca del mismo asunto, pero en un sentido diametralmente opuesto, i decia lo siguiente:

Bogotá, 18 de abril de 1856.

Señor Júdas Tadeo Forero.

Mui apreciado i distinguido señor: A nombre de una junta privada eleccionaria me dirijo a usted, conociendo las ideas de progreso que siempre lo han distinguido, para que usted nos ayude a trabajar en la lid eleccionaria que se ajita en favor del gran partido radical. Usted bien conoce que la rémora del progreso material e intelectual en esta república, que marcha a la vanguardia, ha consistido en las influencias de sacristía i en la oposicion sistematizada de los oligarcas, i en particular en los efectos letales con que abate i anonada los espíritus débiles la hidra de la teocracia, que ha sido siempre la peste de las naciones incipientes. Usted sabe

que para ser buen liberal es necesario ser protestante; usted sabe que el centralismo i la república a médias, es la guarida de los retrógrados, de los inquisidores i de los fanáticos en jeneral; de consiguiente yo no tengo que esforzarme demasiado para persuadir a usted de que hai que trabajar sin descanso, sin reparos, sin temor de ninguna clase, por la candidatura radical, única que puede salvar el pais de las letales influencias del catolicismo i elevarlo a la cúspide de las naciones mas civilizadas del mundo.

Le incluyo el programa de la presidencia radical tomado de las publicaciones de la prensa liberal i de los discursos del congreso i de las sociedades i asambleas patrióticas, i le incluyo algunos impresos para que usted los haga circular en todo ese distrito, sin omitir dilijencia ni arbitrio: que lean i oigan leer en el cabildo, en las calles i la plaza, en las ventas i figones, en los trapiches i las estancias mas retirados. Le remito ocho números de "El Tiempo" que no le costarán a usted nada, i puede ocurrir al correo de la cabecera del canton por los números venideros i las hojas sueltas que se publiquen. Por último, no me resta sino decir a usted a nombre de esta sociedad parcial de elecciones, que usted no perderá sus pasos ni sus gastos en la empresa, porque la administracion radical le dará la colocacion mas honrosa i útil de ese distrito, porque los ciudadanos que trabajan con decision en la noble causa de los adelantos sociales, deben tener su premio de la sociedad a que sirven.

Quedo de usted su mas atento i obsecuente servidor.—*Pigmalion Vega Tórres.*

Despues de esta lectura recojió los papeles don Demóstenes i repletó con ellos los cuatro bolsillos de la levita, los dos de los calzones, i se preparó para ir a visitar al cura i comunicarle las noticias del archivo privado de don Demóstenes, a tiempo que lo saludó su compañero, amigo i fiel guarda de la casa, el mui apreciable Ayacucho, que fué puesto en libertad por Manuela. Despues de darle la órden a su fiel portero para que se echase en el corredor, tomó la calle don Demóstenes, se encontró al cura leyendo un libro de botánica i le participó la noticia de los papeles adquiridos en la cueva del gamonal ermitaño. El prudente cura se sobrecojió de temor previendo todos los secretos que se irian a descubrir entre los papeles del gamonal.

—I usted tiene aquí su parte, le dijo al cura don Demóstenes, descargando bolsillos i echando papeles sobre la mesa, i sacando la representacion de los vecinos al señor Arzobispo, se la dió al cura, quien se puso a leerla con mucho cuidado. A este tiempo llegaron don Cosme i don Blas, que venian del Gualandai, de visitar una familia recien llegada.

Los recien venidos se informaron de la adquisicion de los papeles, i el cura le mostró a don Blas las firmas a ruego de todos sus arrendatarios, los cuales pedian que lo destituyesen del destino.

—Yo tenia noticia de estas firmas, dijo don Blas, porque mis arrendatarios estuvieron asistiendo a la parroquia hace ocho dias; pero uno de ellos me dijo que le habian pedido su firma para dar una manifestacion mui honrosa en favor del cura, por su buen comportamiento i por su decidida obediencia a las autoridades locales. Vea usted cómo juega don Tadeo con el pueblo, con los hombres honrados i con el Arzobispo; i cómo despoja de su honra al ciudadano que mejor cumple con sus deberes.

—Es seguro que la representacion está en poder del señor Arzobispo, que a mí me hacen ir a Bogotá i que esto me va a perjudicar infinitamente, porque su señoría Illma. no tiene noticias de quién es don Tadeo.

—Mañana mandaremos un peon con los informes de todos los hacen-

dados, para que el señor Arzobispo no se preocupe, dijo don Blas; eso corre de nuestra cuenta.

—Mil gracias, señor don Blas. Usted ve lo que yo perderia al caer en descrédito para con el señor Arzobispo, i para con la jente de Bogotá que llegue a saber estas cosas. I que estoi temiendo que allá coja algun curioso la representacion i la publique por la imprenta.

—No tenga usted cuidado, señor cura: mañana mando el peon con las cartas, a las siete de la mañana.

El cura leyó en presencia de don Demóstenes i de los dos hacendados los principales documentos del archivo de don Tadeo, i entre ellos la carta siguiente, que don Demóstenes no habia desdoblado:

Distrito de*** mayo 7 de 1856.

Mi apreciable amigo don Tadeo: acabo de recibir una carta de don Francisco, en la cual me dice que él no piensa meterse en asuntos de elecciones este año, porque la patria i los gamonales de la corte le han correspondido como él no lo esperaba a causa de que despues de haberse llenado de entusiasmo por las doctrinas sociales el año de 54 merced a los discursos de los ultra-liberales, habia sufrido un balazo en un costado, de parte de los mismos tribunos i de los tiranos llamados constitucionales, en el dia 4 de diciembre, i despues habia sido condenado con otros varios artesanos al presidio de Panamá, a tiempo que los jefes i motores de la revolucion habian sido indultados, o auxiliados, o condenados por mero cumplimiento a vivir unos dias en los lugares mas cómodos de la República.

Esto se lo digo, porque usted estaba mui confiado en lo que trabajaria don Pacho para la eleccion del candidato del partido liberal neto, que es el doctor Patrocinio Cuéllar; i le agrego a usted que Manuela Valdivia, la hija de la vieja Patrocinio Soto, se está ganando los electores con sus tragos, sus miradas i sus caricias, a tiempo que nosotros estamos enteramente descuidados. Escríbame lo que haya sobre esto.

Tambien le digo que he recibido una carta del señor Pausánias Aranda, en la cual me dice que debemos unir los votos del gran partido liberal neto a los votos del gran partido liberal radical, porque la division nos puede ocasionar la pérdida de las elecciones de los dos grandes partidos.

Todo esto se lo participo para que usted me diga si los liberales netos nos ponemos bajo las órdenes de Manuela en el asunto de las elecciones, o si combatimos la candidatura de Manuela.

Deseo no tenga novedad i que disponga del afecto de su amigo.—*N. de N.*

—Manuela metida en las elecciones! era lo único que nos faltaba, esclamó el doctor Jiménez.

—I con esperanzas de triunfo, dijo don Cosme, si el partido tadeista se le une, como lo anuncia la carta de ese señor. Qué contrastes los de la política de esta parroquia, Dios eterno!

—I de todas, dijo don Blas; porque así anda toda la república. Pero el retrato de esta parroquia, sacado al daguerrotipo, es el archivo de don Tadeo. Ahí están todas las facciones políticas i relijiosas, ahí está la civilizacion, ahí está la marcha progresiva de la república.

Don Demóstenes miéntras tanto estaba acabando de pasar revista a todos los papeles, i de repente dió un grito, diciendo:

—Ah, infame! ah, malvado!

—Qué es? qué es? esclamaron los otros señores.

—Qué ha de ser, sino que en estos últimos correos no me ha llegado sino una carta de Bogotá, a lo sumo, en cada correo, cosa que yo estrañaba mucho, i aquí encuentro un paquete de cartas para mí, todas de distintas fechas i todas violadas por ese bribon de don Tadeo!

—I son cartas de importancia?

—De tal importancia, que si cojiera ahora a ese gamonal infame, lo habia de estrangular con mis propias manos, i le habia de sacar los ojos que se atrevieron a leer las cartas de Celia.

—Hai el nombre de alguna señorita de por medio?

—Sí, señores, i no es un secreto que me deshonre, aunque sí hubiera querido que no se supiese sino por mi boca i a voluntad mia. Estoi comprometido con una señorita mui respetable por su posicion i su mérito. Al venirme, tuve una lijera disputa con ella, por opiniones relijiosas, i la primera carta que recibí de ella en la parroquia me disgustó bastante; pero la ausencia, la meditacion i las juiciosas reflexiones que me hizo cierta persona a quien estimo mucho, me volvieron al buen camino, i escribí buscando con tanto respeto como afecto una reconciliacion. No recibí respuesta ninguna; este silencio, al paso que aquilataba el valor del bien que habia perdido, me causaba la pena que ustedes pueden figurarse. ¡I ahora me encuentro con que esas penas se las debo al señor don Tadeo, que se tomaba la molestia de mandar a la cabecera del canton por mis cartas para leerlas mui a sus anchas en su cueva!

—La libertad, señor don Demóstenes! Es que aquí hai libertad hasta para sacar las cartas ajenas!

—Qué libertad ni qué pan caliente! Esto no es uso de la santa libertad, sino una cosa que en los Estados Unidos, la república modelo, tiene por recompensa una celdita en la penitenciaria. Voi a escribir ahora mismo a Bogotá, avisando este robo, para que no estrañen mi silencio en estas semanas que han pasado.

Diciendo esto se levantó don Demóstenes para despedirse, i con él los otros dos señores; pero el cura les dijo:

—No los detengo a ustedes, señor don Blas i señor don Cosme, porque ustedes viven léjos, i no es prudente andar mui tarde de la noche por esos caminos solitarios; pero usted, señor don Demóstenes, que vive cerca, sí se aguardará un rato a acompañarme.

—Dispénseme usted, señor cura; pero me urje ir a escribir para Bogotá.

—Tiene tiempo de sobra; i ademas tengo urjencia de hablarle sobre cierto asunto mui importante.

—Siendo así, me esperaré, señor cura.

Se despidieron los dos hacendados, i don Demóstenes volvió a tomar su asiento al lado del cura.

CAPÍTULO XXX.

DON DEMÓSTENES.

Luego que estuvieron solos don Demóstenes i el cura, le dijo éste:

—Usted tuvo la atencion de venir a comunicarme ese ignominioso documento de Tadeo, para que yo tomara mis medidas a fin de salvar mi reputacion. En gratitud por su bondad, separé esta carta a tiempo que estábamos leyendo en voz alta todos los demas papeles, porque me parece que usted la debe leer a solas.

Don Demóstenes tomó la carta, vió que la firmaba don Matías Urquijo, i que decia así:

La Hondura, junio de 1856.

Mi estimado compadre: La vieja Claudia me entregó la favorecida de usted fecha de ayer, i con ella le contesto sin pérdida de tiempo. El plan de usted me parece magnífico. Las cartas de la señorita Celia a don Demóstenes, que me remite, son como usted dice mui bien, documentos preciosos porque prueban la intolerancia de ese feroz verdugo del pueblo. No deje de ver cómo se hace llegar a oidos de esa señora que don Demóstenes vive en esta parroquia entregado a toda clase de libertinaje. Creo que valiéndose de don N....se pudiera conseguir este objeto, i el de desbaratarle el casamiento. Yo he averiguado ya quién es esa señora, i sé que es hija de un hacendado mui rico de la Sabana. No hai que dejarlo casar, porque una vez que esté rico puede hacer mas daños a la causa de la libertad. En cambio de su plan le comunico este otro: La vieja Víbora ha averiguado que Dámaso estaba celoso de don Demóstenes, como lo estuvo Celestino, el novio de Rosa de Malabrigo. Es menester apurarle los celos a ese majadero, a ver si por medio de él salimos de ese aristócrata. En lo que sí nos *pelamos* fué en haber seguido la causa de Manuela cno José Fitatá; es lástima de todas esas declaraciones perdidas, porque si en lugar del indio ponemos el nombre del cachaco, la cosa ya estaba hecha. Mire que el viejo Dimas i el viejo Elías son manuelistas: no se fie de ellos, ni se deje ver de ese par de bribones, a quienes tenemos que echar a un presidio apénas salgamos del cachaco.

Reciba muchas memorias de su comadre i todos los de esta casa, i ocupe con satisfaccion a su afectísimo compadre que verlo desea, *Matías Urquijo.*

—Oh, esto es el colmo de la maldad! esclamó don Demóstenes, levantándose lleno de rabia. Qué dice usted de esto, señor cura?

—Qué he de decir, don Demóstenes! Mui mala idea he tenido de esa jente desde hace tiempo i por muchos motivos.

—Puesto que quieren matar a pesadumbres a Manuela, como mataron a Rosa, mi deber es alejarme para quitarles pretestos. Me voi mañana para Bogotá, señor cura. Qué le parece a usted?

—Mucho sentiré su ausencia; pero no puedo ménos que aprobarle esa determinacion. Si en principios políticos no estamos acordes, sé, desde que lo conocí, que en principios de honradez i de delicadeza sí somos copartidarios. Hace usted mui bien en irse.

—Pues prepare sus órdenes, porque mañana vendré a caballo a recibirlas.

—Mis órdenes como usted las llama, o mi súplica como yo la llamaré, es mui sencilla. Usted ha hecho en la parroquia un estudio mas provechoso que el que hizo en los Estados Unidos. Allá vió usted cómo *es* un pueblo estraño; aquí ha visto como *es* nuestro pueblo. Allá vió usted qué civilizacion se debe imitar; pero aquí ha visto qué vicios hai que correjir. Estoi seguro de que si va usted al congreso, no se acordará al lejislar, de lo que vió allá, sino de lo que existe aquí. Mi súplica, pues, consiste en que no se olvide usted de la vida de la parroquia. I a pesar de que sus principios relijiosos no favorecen al clero, le ruego que recuerde que en una de estas parroquias, no hai mas obstáculo para la barbarie que un funcionario moralizador en sus funciones, aunque sea malo en sus ejemplos, que se llama el cura. Usted me ha visto a mí lleno de defectos i de ignorancia, predicarles una moral que tal vez no comprendo, pero que tiende a plantear entre selvas habitadas por hombres semisalvajes lo que usted busca por otros caminos, que no lo llevarán a donde usted quiere, esto es, a *la república cristiana.* Acuérdese usted cuando ataque al clero, de que los curas somos a los liberales de buena fe mas útiles de lo que se figuran, i ménos aborrecibles de lo que nos creen....

—Señor cura, si todos los parrócos de la Nueva Granada fueran como usted, nosotros firmaríamos un tratado de alianza con ustedes, que

no tendria mas objeto que llegar mui pronto a las apacibles rejiones de la libertad. Lo que tiene es que nos faltaria un estandarte comun que simbolizara nuestra alianza i la pureza de nuestras miras.

—Se equivoca usted, don Demóstenes: el estandarte existe i aquí lo tiene usted, dijo el cura levantándose i señalando un crucifijo; ahí tiene ese que usted llama el Cristo i a quien califica, de una manera tan irreverente como ingrata, de hombre ilustre; el que nosotros llamamos Nuestro señor Jesucristo i adoramos como Dios único.

—A mi vez le diré tambien que se equivoca, porque yo igualmente adoro como Dios a ese modelo de los hombres, a ese Dios de mi madre, ese Dios de Celia, ese Dios de mi corazon, dijo don Demóstenes descubriéndose la cabeza i saludando elegantemente al crucifijo.

—No esperaba ménos de usted, dijo el cura con voz conmovida i estrechando en sus brazos a don Demóstenes. Puede usted tratarme como a su esclavo, puesto que reconoce en mi divino maestro a nuestro Dios.

—Oh! Para Jesucristo no debe tener la humanidad sino altares de oro en que sacrifique corazones puros. De Jesucristo no nos aleja sino la Curia romana, esa cueva de supersticiones.

—Cómo, señor don Demóstenes, dijo el cura, limpiándose disimuladamente los ojos, va usted a reñir por tan poco con el sublime i divino Redentor? No se alió usted con los conservadores el año de 54, a pesar de que los impugna i los cree malos, porque ellos i usted peleaban en favor de la constitucion de 53? Figúrese usted que la respetable Curia romana no es solamente una cueva de supersticiones sino una caverna de bandidos; pero no pelea ella por la lei del Gólgota como usted? ¿Porqué no fraterniza con nosotros i duerme en nuestro campamento como durmió en la tienda del jeneral Ortega, en las llanuras de Bosa, la víspera de la batalla?

—Porque nos sucederia con ustedes lo que nos sucedió con el jeneral Ortega i los demas conservadores, al dia siguiente del triunfo del 4 de diciembre; apénas conseguimos la victoria nos dividimos en principios, aunque durante la lucha habíamos vivido como hermanos.

—Pues viva con nosotros durante la lucha de Cristo i sus adoradores contra el mal, contra el mundo corrompido; i como nuestro 4 de diciembre será cuando se concluya el mundo, ya no habrá tiempo de dividirnos, porque la eternidad nos dará un solo programa: adorar a Dios en su presencia!

—Es usted el mas peligroso de los contrarios, dijo don Demóstenes disimulando su emocion con un abrazo de despedida. Hasta mañana, señor cura!

Un momento despues estaba el párroco a los piés de su crucifijo pidiéndole con gran fervor algo que no se le oia bien; i don Demóstenes en su posada, se mecia en su hamaca, apoyándose en el baston. Estaba meditando i desvelado, aunque eran ya las diez de la noche.

Manuela entró del interior de la casa a la sala, trayendo una vela en la mano, i dijo a su huésped, sentándose en la silla jesuítica, que estaba cerca de la hamaca:

—Lo esperaba, don Demóstenes, para darle una gran noticia.

—Véamos esa gran noticia.

—Esta noche apenitas se fué usted vino Dámaso. No se lo encontró por la calle?

—No, contestó sobresaltado don Demóstenes; i a qué vino?

—No sea tan.... A qué habia de venir? ... contestó con los ojos Manuela; pero con la boca le dijo: vino a hablar con mi mama i conmigo sobre....

—Sobre qué? dijo aun mas sobresaltado el bogotano.

—Sobre el casamiento, contestó Manuela ruborizada.

—I qué hablaron sobre el casamiento?

—Vino a que señaláramos el dia.

—I lo fijaron?

—Sí: el 20 de julio.

—Aniversario de la Independencia! dijo riéndose don Demóstenes.

—Dia de mi señora santa Librada.

—Pues me alegro de la noticia, porque tú crees que vas a encontrar la felicidad, i tu felicidad me es grata como si fuera la mia.

—Gracias, don Demóstenes. Prepare, pues, sus piés para el baile.

—Oh, Manuela! En ninguna fiesta bailaria con mas gusto. Tengo por Dámaso mucho cariño, porque sé que es honrado i mui trabajador, i que te adora; tengo por ti un cariño tan grande como si fueras mi hermana, por tus nobles cualidades i tus gracias. Hai en tí una mezcla de candor i malicia que mantiene en perpetuo éstasis a tus...amigos. Tienes el abandono i la inocencia de una niña junto con la dignidad de una reina. Mui malo ha de ser el hombre que te irrespete, Manuela!

—Muchas gracias por sus favores, don Demóstenes; i que no se vaya de aquí en muchos años!

—Es el caso, i te lo iba a decir, que desgraciadamente tengo que irme.... mañana.

—Mañana! Cómo es eso de mañana?

—Como lo oyes.

—I a qué se debe ese viaje precipitado? dijo Manuela demudada i triste.

—Sabes a qué vino *taita* Dímas.

—No.

—Pues te lo diré en reserva: vino a traerme el archivo del viejo Tadeo, que le cojió en la montaña.

—I qué tiene que ver el archivo de don Tadeo con su viaje?

—Encontré en él todas las cartas que me han dirijido de Bogotá en este mes, que el maldito viejo habia sacado del correo. En esas cartas hai unas sumamente importantes para mí; si ántes las hubiera recibido, ántes me hubiera ido; añadió con profunda intencion.

—Pero qué es lo que le dicen de Bogotá para hacerlo ir tan de prisa? Hai alguna novedad?

—Ninguna, Manuela. Nos hemos reconciliado Celia i yo: ella se confesará cuando quiera, i no me tomaré otra libertad en ese punto que la de saber si el confesor es un hombre de moral austera i de vida ejemplar.

—Me alegro tanto como usted no se lo puede figurar, porque mucho me aflijia que usted no fuese tolerante i que perdiera un casamiento tan bueno.

—Pues ya ves que es menester que me vaya.

—Pero no tan pronto.

—Mañana mismo, Manuela.

—Entónces será que ademas de esas noticias, le hemos ofendido en

algo, dijo Manuela, inclinando la cabeza sobre su brazo, i ocultando su cara, que estaba llorosa.

La posicion de don Demóstenes era verdaderamente crítica. Estaba sentado en su hamaca, i tenia al frente a Manuela sentada en la silla. El negro i abundante pelo de Manuela bajaba en trenzas deshechas sobre sus hombros; su brazo tornátil estaba doblado i recibia en la palma de la mano la cabeza. El semblante descolorido por la pena, i los ojos cerrados por el llanto aumentaban el atractivo de su fisonomía, i su talle esbelto, doblado en ese momento, i sus diminutos piés que asomaban bajo el traje, posados sobre el suelo polvoroso, completaban el encanto. Aquella tristeza por la partida impresionaba profundamente a don Demóstenes; i al ver así tan hermosa i tan triste a su linda casera, se preguntó a sí mismo, sin atreverse a contestarse, si lo que sentia por ella su corazon no era un amor profundo....

Pero al mismo tiempo se acordaba de Dámaso, que cifraba toda la felicidad de su modesta vida en la posesion de aquella mujer que le habia costado ya tantas persecuciones, i se dijo: es preciso partir.

—No, Manuela, dijo tras un largo espacio de doloroso silencio; en nada me han ofendido ustedes, i tú mucho ménos; pero, te repito, la urjencia que tengo de irme es mui grande, tan grande como el afecto que te profeso, i que te juro que durará tanto como mi vida.

Manuela sollozaba en silencio; don Demóstenes siguió hablándole, i al fin logró arrancarle una sonrisa, que aunque triste, era precursora de la resignacion. Al fin se levantó Manuela, despues de haber comprometido a su huésped a que, puesto que la sentencia de partir al dia siguiente era inapelable, por lo ménos no partiera hasta por la tarde, para tener tiempo de prevenirle el fiambre para el camino.

Al dia siguiente, a las tres de la tarde, despues de haberse despedido de todos sus amigos de la parroquia, dió el último adios a sus amigos de la casa. Se despidió con un abrazo del cura, que vino a verlo montar; del honrado Dámaso, que le repitió sus protestas de gratitud; de doña Patrocinio i de Pachita, que lloraban de pena; i el último abrazo lo guardó para Manuela, que estaba reclinada en la puerta, envuelta en su pañolon. Al estrecharla, sintió el corazon candoroso de la jóven que golpeaba bajo los encajes de su camisa, i ella pudo haber notado, si no estuviera tan triste, que el corazon de su huésped estaba tambien mui ajitado.

A las cuatro de la tarde pasó por la estancia de Malabrigo, cuya vista le arrancó un ai! de dolor; al dia siguiente se desmontó en su casa de Bogotá, i escribió con el peon que regresaba a la parroquia una cartica a Manuela, deseándole que su matrimonio se verificara pronto i fuera dichoso.

Ayacucho i José tambien acompañaron unas cuadras al peon i probablemente le encargarian algunas memorias para sus amigos, aunque Ayacucho no lo hizo de palabra, pero sí lo dió a entender con los ojos.

CAPÍTULO XXXI.

MANUELA.

Todo estaba en movimiento en la casa de Manuela, el dia 19 de julio de 1856. El horno, los fogones i la mesa grande estaban en servicio activo. Habia novios, i era ocasion de echar la casa por la ventana segun la usanza de la colonia, conservada entre los parroquianos i los estancieros del centro de la Nueva Granada.

La estancia del Botundo estaba mucho mas alborotada aún, porque Melchora tambien estaba de novia, i este suceso era una completa revolucion en la montaña, tanto mas cuanto que los dos casamientos debian celebrarse en un mismo dia. El cura se gozaba en la conquista de este último matrimonio, como se gozaria el misionero que volviese a someter a los infieles de un pueblo de la Goajira, porque los contrayentes se habian resistido por muchos años a los sermones i a los consejos evanjélicos del cura, i aun a los mandatos del dueño de tierras; aunque, a la verdad, Melchora i Dímas no eran los únicos que estaban casados temporalmente, o casados por el doctor Montes, como decian en la parroquia.

Seguramente el lector recordará que el dia en que don Demóstenes fué a la casa del ciudadano Dímas, fué informado por el cura de las malas consecuencias que los matrimonios civiles, o medio civiles, tenian en su parroquia, i para honor del jóven proteccionista es menester que ahora se sepa que de su bolsillo salió una contribucion voluntaria para el casamiento i establecimiento de la madre de Pia.

Pero no fueron únicamente los sermones del cura, ni los consejos de don Demóstenes los que redujeron a Dímas a abrazar el santo estado del matrimonio católico, sino esta pequeña insinuacion del dueño de la tierra: "Se casa, Dímas, o desocupa la estancia dentro del preciso término de quince dias." Este consejo, cuyos términos no pueden ser mas lacónicos, habia convencido al ciudadano, i una vez resuelto habia señalado el plazo, que era el mismo dia designado para el matrimonio de Manuela, con el objeto de hacer ruidosa por entero la semana de las dos bodas.

La ilustre novia de la montaña habia echado un empréstito demasiado fuerte en las haciendas i en la parroquia, por medio del cual habia recojido seis camisones de zaraza, seis enaguas interiores, seis pañolones, algunos pañuelos i médias, varias sortijas i zarcillos; pero no halló ni un solo par de zapatos a la medida de su pié, porque los de las señoritas Juanita i Clotilde eran tan pequeños, que no le sirvieron ni para calzarse el dedo gordo del pié derecho, mui abultado a consecuencia de los uñeros de que habia padecido en el trapiche. Sinembargo, Dímas, que fué a vender unos plátanos a Bogotá, compró los de la horma mas grande que pudo hallar en las tiendas del puente de San Francisco, i a pesar de todo, le quedaron mui ajustados. Por lo que hace a la boda, Pia i Melchora se habian preparado del mejor modo posible, habiendo, sobre todo, grande abundancia de carne de la montaña.

Los preparativos de la despensa i repostería de doña Patrocinio eran de lo mas asombroso. Los capones, pavos i gallinas habian sido

preparados con tiempo, i un marrano mui grande colgaba de las vigas de la despensa; aunque a decir verdad no era marrano, sino la misma marrana de la horqueta, no mui gorda en realidad, por consecuencia de la lei del 18 de mayo.

Marta, que era la madrina de casamiento de Manuela, no habia echado empréstito de joyas ni de ropa, ni habia dejado conocer el programa de vestuario que ella i su ahijada habian imajinado.

La casa de doña Patrocinio habia sido blanqueada con esmero, i habian vuelto a igualar el suelo de la sala, para los efectos del baile. Dímas habia mejorado su casa del Botundo con una especie de enramada cubierta de hojas de palma, con los auxilios de Patrocinio i de Elías, que iban a ser sus padrinos; Dámaso estuvo ayudando por su parte en todo lo que le fué posible.

El proyecto era bailar dos dias seguidos en casa de Manuela, i otros dos en casa de Dímas, para lo cual todo estaba preparado.

El señor cura ordenó que el casamiento tuviera lugar a la madrugada, porque tenia que hacer dos administraciones a dos leguas de distancia.

La víspera hubo una completa alborada; Marta i Manuela no durmieron aquella noche esperando la campanada del alba. Desde las dos comenzaron a vestirse, i por cierto que ámbas quedaron perfectamente preparadas para los papeles que debian representar en el templo, en la comida i en el baile.

El sacristan abrió la puerta de la iglesia desde las tres de la mañana, i tocó el alba un poco ántes de lo acostumbrado. Los goznes de las dos abras crujieron terriblemente al abrirse la puerta, i era imponente la tenue luz de la lámpara que alumbraba el altar, vista a la estremidad del largo cuerpo de la iglesia oscurecida.

El guardian del templo i de sus bienes, enseñado a renovar la lámpara del Sacramento a cualquiera hora de la noche, aunque hubiera cadáveres depositados, estaba atemorizado aquella noche, i se sorprendió mucho con un ruido que oyó sobre la corniza del altar de las Animas. Encendió en el momento su pequeño farol en la lámpara, i se puso a observar. Parecia que tenia algun temor, o algun presentimiento; pero la novedad no fué otra cosa que el aleteo de una lechuza que saltaba de las cornizas del altar mayor, medio iluminadas por el resplandor de la lámpara, i se acercaba temerosa al hueco de una ventana; mas esta lechuza no habia venido en busca del cebo o del aceite, sino a matar los ratones que se lo comian.

Conluida la esploracion, i despues de colocar dos velas en el altar mayor, se situó en el altozano, recostándose en el pretil, iluminado por su linterna que despedia débiles rayos en contorno de la portada.

Pronto apareció en la esquina la comitiva de los novios. Manuela i Marta llegaron vestidas de cintureras, con trajes propios, pues Manuela habia sujerido a su madrina el proyecto de no prestar ni siquiera un par de zarcillos. Tenian pañolones de color de lacre, camisas bordadas de seda negra i enaguas de musolina blanca. Manuela estaba hermosa, pero no brillaba en su rostro la dulce calma de sus mejores dias. Cualquiera, ménos preocupado que el sacristan, habria notado en aquel rostro placentero i alegre en los dias anteriores, una sombra orijinada por un sobresalto secreto.

Ántes de venirse a la iglesia, Marta habia visto a su ahijada correr de la ventana de su casa a ocultarse entre la cama; al ir a buscarla, la encontró temblorosa i ajitada, i preguntándole qué novedad habia ocurrido, le contestó Manuela que acababa de ver una figura mui parecida a la de don Tadeo, que pasando por el lado de la casa de la Víbora se dirijia a la plaza. Marta la convenció de que aquello no podia ser sino una ilusion, i Manuela, aunque asustada, terminó sus preparativos i al salir de la casa le pidió la bendicion a su madre.

Los novios i los padrinos se hincaron cerca de la puerta de la iglesia; Manuela se persignó i seguramente estaba embebecida en alguna oracion por la felicidad de su nuevo estado, porque el sacristan tuvo que distraerla con un golpecito en el hombro, para advertirle que iba a principiar la ceremonia sagrada del casamiento; pero al disponer las parejas notaron que Melchora no estaba presente. La buscaron en los costados de la iglesia i en los rincones, i no pareciendo por allí, Marta i el sacristan salieron a buscarla fuera de la iglesia, miéntras que en el templo se cruzaban los cuchicheos.

—Qué será de mi ahijada? decia la madrina de Melchora a su ahijado Dímas.

—No venia junto con usted al comenzar la cuadra? le preguntó Dímas en vez de contestar.

—Hasta las inmediaciones del altozano venia con nosotras.

—Pero ya usted ve que no parece, i si es que se ha arrepentido, su gusto es honra i....

—No diga eso, ahijado de mi alma, cuando la mas empeñada ha sido la pobre de mi ahijada.

—Pues entónces....quién sabe! dijo el novio de la montaña con una serenidad admirable en tales circunstancias.

El cura permanecia callado con el ritual en la mano; en el grupo de novios i padrinos, en el que solo faltaban Marta i Melchora, todos se manifestaban sorprendidos; entre la jente que rodeaba a los actores, algunos se sonreian por la ocurrencia de la desercion, i los muchachos o chinos comenzaban a hallar pábulo para sus truhanerías; pero una mirada del virtuoso cura bastó para ponerlos en órden.

Los padrinos i los novios estaban vestidos a todo costo: Elías i su ahijado vestian chaqueta i sobre ella tenian las ruanas de hilo que les habian dado en préstamo los patrones del Retiro; i sobre todo, Manuela, en su traje de cinturera, era la reina del pueblo.

No faltaba, pues, sino la novia de Dímas para dar principio a la ceremonia.

Veamos el resultado de la comision de Marta i el sacristan. Alumbrando con el farol a una parte i a otra, encontraron al fin a Melchora, sentada al pié de la pared de la iglesia por el lado de la calle, i Marta le preguntó con sobresalto:

—Qué le ha sucedido, cristiana?

—Nada, le contestó la novia de la montaña.

—Cómo nada? replicó Marta, ¿no ve que allá están todos detenidos por usted? ¡No sea así, Melchora, por Dios santo i bendito!

—¿I qué queria que hiciera si el zapato se me zafó i no ha querido entrar ni por todos los diablos?

Marta se agachó para acomodarle el zapato, i conseguido esto, se

presentó en la iglesia algunos momentos despues, conduciendo a la desertora. El sacristan arregló entónces la formacion para dar principio a la ceremonia.

Manuela, que habia tenido vagos presentimientos o anuncios del corazon, como ella decia, de alguna desgracia imprevista que la amenazaba, recordó ciertos indicios fatales i le hizo notar a Dámaso que entre los concurrentes a la funcion no habia una sola persona del partido *gamonalicio*; pero éste le replicó que no por eso dejarian de quedar bien casados, i que se dejara de estar pensando en bagatelas.

Ya habia llegado el momento en que Dámaso i Manuela iban a quedar unidos para siempre, cuando sonó el terrible golpe de las campanas tocando a fuego, i de la mitad de la plaza se levantó una voz penetrante i lastimosa que decia: "¡se queman los novios, se queman los novios!"

Las parejas de los desposados se separaron desatentadamente, i trataron de correr sin saber para qué lado.

Los primeros que intentaron ganar el altozano, se volvieron para el centro de la iglesia, diciendo que la puerta estaba cerrada por fuera con cerrojo; i entretanto la palmicha encendida comenzaba a caer; el toque de las campanas seguia aturdiendo los oidos, i los lamentos, las carreras i la desesperacion formaban un tumulto horroroso dentro del recinto sagrado de la oracion i la quietud.

—Sálvense por la ventana de la sacristía! gritó el cura; i arrodillado al pié del altar siguió pronunciando estas palabras: Dios de piedad! Dios de misericordia! apartad esta desgracia terrible que amenaza a mis feligreses!

El humo comenzaba a oscurecer toda la iglesia, cuando rompiendo los balaustres de la ventana, se arrojó Dámaso al patio de la casa inmediata, i recibió a Manuela para llevarla a un sitio ménos espuesto; pero las llamas hacian mas estrago en la frontera de la casa que daba al lado de la calle, i se detuvo un momento a observar la parte ménos peligrosa de los sitios que estaban invadidos por el fuego.

El incendio habia principiado al mismo tiempo por la iglesia i por la casa de don Blas, i en todas partes se levantaban las llamas como en una roza. El crepúsculo matutino retocado con los reflejos de la llama, formaba una especie de atmósfera rojiza de lo mas espantoso; los gritos de los vecinos que comenzaban a apagar algunos tramos, acompañados del toque de las campanas i de algunos estallidos que salian de las piezas, no tenian término de comparacion. Las jentes que se iban bajando por las ventanas buscaban su salvacion por el lado del corral de la casa, porque de ese lado no se advertia que hubiese fuego, pero era menester saltar algunas paredes para llegar a la calle. Dámaso, despues de un instante de indecision, prefirió atravesar el zaguan, aunque comenzaba a ser invadido, i corria con su novia en los brazos, a tiempo que se desprendió un pedazo del techo abrasado por las llamas. El fuego rodó sobre la ropa de Manuela, que hubiera sido víctima de este nuevo incendio, si Dámaso no lo hubiera apagado con sus propias manos.

El porton estaba cerrado, i poniendo el intrépido jóven su preciosa carga en el suelo, se esforzó en violentar el obstáculo, lo que logró a los dos empellones; pero a todo esto Manuela no respiraba ni se movia.

Dámaso la levantó para sacarla a la calle, en donde la contempló por un instante, i dando un grito de dolor corrió con ella a la primera puerta que halló abierta, en donde estaban Marta que se habia salvado por otra parte, i algunas mujeres de la parroquia lamentándose de la suerte de los novios i exhortando a los hombres a que apagaran el fuego.

Ya las campanas habian callado, i este silencio era mas horroroso, porque era el indicio de que ya el campanario habia sido consumido.

Las llamas bramaban en la casa de don Blas, en pos de los que arrancaban la palmicha de los enmaderados. Las figuras de los valientes que trabajaban en la buena obra, parecian espectros al traves del incendio. En el patio gritaban algunas personas que no habian podido salvar las paredes ni atravesar el zaguan, que quedó obstruido con una trinchera de fuego desde que Dámaso sacó por allí a su adorada prenda; i el cura que presidia los trabajos, daba providencias acertadas para salvar a aquellos desgraciados.

El fuego de la iglesia se apagó, por el arbitrio de poner escaleras i por medio de ellas botar muchas cobijas i piezas de ropa mojadas sobre el empalmichado, de suerte que no padeció sino la parte del frente.

Los esfuerzos que se hacian para apagar la casa de don Blas eran todos sin provecho, porque la palmicha era vieja i estaba mucho mas seca que la de la iglesia.

La casa no estaba habitada sino por una mujer pobre que la cuidaba, i aquella noche por el jóven Lucinio i un amigo suyo, que habian llegado tarde i estaban dormidos cuando comenzó el fuego por encima del porton i del lado de la cocina, al mismo tiempo que se levantaban las llamas por junto del campanario, en donde habia siempre una escalera de mano. Sus gritos de "socorro! socorro!" se habian oido al mismo tiempo que el toque de las campanas, i algunos vecinos que acudieron los sacaron del peligro por la puerta de la sala que daba a la plaza, quedando cerrada la del lado del patio, i les ayudaron a sacar algunos baules i mesas, a tiempo que una voz lejana gritó desde el barzal estas palabras, mui significativas en aquellos momentos: don Tadeo, don Tadeo!....

A pesar de todos los esfuerzos no se salvaron de la casa sino las piezas de un tramo interior. La luz del 20 de julio iluminó el teatro del mas espantoso drama. El frontispicio de la iglesia estaba quemado; en la mitad de la plaza estaban botados muchos muebles i de la casa de don Blas no existian sino unas piezas i algunas paredes de bahareque, de las cuales todavía salian algunas plumas de humo; sobre la grama de la plaza i de los ejidos habian amanecido fragmentos de palmicha convertidos en ceniza.

Despues del conflicto no aparecian los novios en la escena, con escepcion de la novia de la montaña, la cual estaba acabando de apagar unas barandas, con repetidas totumadas de agua. Estaba con médias i sin zapatos; el camison no se sabia de qué color habia sido, por el polvo, la humedad i la ceniza de que estaba cubierto.

Entre los varios corrillos que se formaban se distinguian perfectamente los vecinos que habian combatido contra las llamas. Elías empuñaba un machete de rozar i estaba tan tiznado como su ahijada, i fué de notar que de todos los tadeistas era el único que se habia espuesto por el bien comun. Tan dañino así es el espíritu de bandería i el odio infernal

que abrigan en sus corazones los entusiastas por los partidos! La Víbora se sonreia al ver los escombros i los montones de ceniza, i preguntaba si Manuela se habia escapado, i esto a tiempo que en los trajes, en el desgreño i en lo escuálido de las facciones de los manuelistas lo que se veia era el asombro i el dolor mas acerbo. Presentacion tuvo la desfachatez de decir que aquello no habia sido sino un castigo del cielo por las persecuciones a su padrastro, en las cuales habia tenido la mayor parte el dueño de la casa quemada.

El cura se mostraba en la escena con su sotana puesta i un sombrero de fieltro negro, i sobre el pecho traia pendiente un crucifijo, porque ciertamente era la hora de estar divisado.

El ciudadano alcalde, que lo era el señor Cruz, el arrendatario de la Hondura, no se habia mostrado mui decidido en la buena obra, lo cual dejaba confirmadas las sospechas de que era uno de los brazos secretos del tirano desde tiempo atras.

Hubo en esta calamidad una cosa mui singular i fué que de algunos que eran reputados como tadeistas ocultos, ninguno ayudó con decision ni a salvar los muebles de don Blas, ni a apagar la portada de la iglesia, i esto se armonizaba mui bien con las frecuentes peroratas de don Tadeo contra los ricos trapicheros, i contra la iglesia i los ministros del culto. No obstante, Elías se manejó mui bien; pero es tal la desgracia que persigue a los trásfugas, que el hijo de don Blas ni le manifestó su agradecimiento por los últimos servicios luego que estuvieron las cosas en calma.

El cura estaba averiguando la suerte de los padrinos i novios, i preguntó a Paula por Manuela.

—A casa de Marta la metió privada el niño Dámaso i ya está repuesta; pero se ha quedado como insensata.

—Pobrecita!.... ¿I el novio que hace a todas éstas?

—Salió para la calle con un puñal debajo de la ruana.

—I Dímas?

—No se sabe de él.

—Válganos Dios! Qué monton de calamidades en un momento!.... I doña Patrocinio?

—Estuvo tambien ayudando junto con la niña Simona i el marido.

El cura hizo que todos los escombros fueran examinados, temiendo que el novio de la montaña hubiese perecido en las llamas, porque al traves del humo i de los relámpagos de la palmicha incendiada, lo habia reconocido lidiando como un valiente, con su machete en la mano, desempajando la casa, ya casi envuelto en las llamas que se avanzaban sobre los trabajadores. Pero nada resultó debajo de los escombros que se pareciese a los restos de un cuerpo humano, ni el machete parecia, aunque fuese descabado.

El señor cura se retiró de este sitio fatal, para ir a averiguar el paradero i la situacion de todos los novios, i mandó al sacristan por otra calle; pero al pasar por frente a la tienda de la señora Patrocinio se detuvo por causa de unas voces que le parecieron estrañas, i parándose en la puerta, oyó las siguientes palabras:

—Poco mas o ménos yo sé dónde puede estar escondido; yo le haré ver lo que soi de enemigo! ésta no se la perdono ni a la hora de mi muerte!

—Usted reza el padre nuestro? dijo el cura al novio de Manuela, porque éste era el que hablaba.

—Eso por de contado, señor cura.

—Entónces usted le pide a Dios que no lo perdone, porque usted dice: "perdónanos así como nosotros perdonamos a nuestros deudores."

—I podré yo perdonar a don Tadeo? el hombre que me ha perseguido, el hombre que ha perseguido a Manuela hasta intentar quemarla! porque el hecho de haberle corrido el cerrojo a la puerta de la iglesia, prueba cuál era la intencion de don Tadeo; i a mí lo que me interesa es sacarlo de en medio.

—Si él ha sido, la lei lo castigará a su tiempo, no tenga usted cuidado.

—Pero, cuál lei, señor cura? La lei no castiga sino a los infelices en esta parroquia. Los gamonales, los atrevidos, los guapetones, no se salen con todo lo que quieren? Yo he vivido desterrado un año entero; Manuela ha tenido trabajos como llovidos; se ha visto encausada, fujitiva, i últimamente atacada con las llamas al tiempo mismo de tomar estado, ¡i todo esto a esa pobre que no es capaz de hacerle mal a nadie! Yo perdonaria al gamonal de la parroquia como cristiano, para cumplir con el "Padre nuestro," si las leyes lo castigaran; pero sabiendo que no hai leyes, me pondré yo a perdonar? Si somos tiranizados por ser humildes i buenos cristianos, dejémonos ya de bondades i hagamos lo que nuestros enemigos hacen!

—Está usted mui equivocado, señor Dámaso; i usted desbarra como los hombres que no tienen relijion, porque la pasion de la ira arde en el corazon de usted sobre la pasion del amor. Un jóven como usted, arrebatado por las pasiones, no puede fallar sobre lo que le conviene, así como el enfermo de fiebre no puede recetarse a sí mismo sin riesgo de envenenarse. Si usted tuviera la virtud de la fortaleza, no estaria en este momento sometido a los embates del infortunio como una pluma lo está a la corriente del huracan; porque es la verdad, que si don Tadeo se le presenta en alguna parte, usted renuncia al casamiento con Manuela, por el amor a la venganza que lo llevaria a usted a un presidio o a un país lejano; i cuánto mejor seria que usted se dejase guiar por el dictámen de la prudencia, que por el de la ira, que es la mas brutal de todas las pasiones!

Dámaso respiraba con violencia, se tocaba la cintura de la cual pendia un largo puñal; i en lo saltado de los ojos i lo fruncido de la frente revelaba la furia que lo poseia. Sus respetos al cura, a la sociedad i a las autoridades habian cesado; el ruido tremendo de la venganza no le dejaba oir nada que no fuese dictado por las pasiones. Se limpió el sudor de sus mejillas i frente con su ruana de algodon, miró con rabia el tizne que el incendio habia dejado estampado en ella, i de nuevo se encendieron sus ojos con el fuego de la rabia i de la venganza. Se echó la ruana al hombro, dando un golpe sobre la tabla del mostrador, i pronunció este discurso, a que atendian sin pestañear unos tantos parroquianos, en quienes estaba pintado todo el pavor del incendio que acababa de pasar.

—Puede ser que aquí le levanten un sumario a don Tadeo; pero si esto sucede, lo que dificulto mucho, si lo apresan i lo encausan, el señor cura ha de ver que los hombres humanitarios pondrán sus gritos en el cielo para defenderlo, embrollando las leyes i cohechando a los jueces, i si

lo llegan a condenar al presidio, se darán sus trazas para sacarlo de allí; pero de Manuela nadie se compadecerá, ni de los trabajos que ha pasado, ni habrá quien hable de su inocencia, ni en su favor se citarán las leyes, porque eso no se cita sino para defender a los criminales. I si por una casualidad llega a ir al presidio don Tadeo, todos han de ver que de allí lo sacarán los de su pandilla, o lo indultará el gobierno, i volverá a esta parroquia a vengarse de todos. Si se me presenta el gamonal de la parroquia, estoi espuesto a no respetar la justicia del cielo, ni los mandamientos de la lei de Dios; porque cuando las cosas se ponen así es menester hacerse uno justicia con su mano.

—Mida usted sus palabras, esclamó el cura horrorizado. Usted ofende a la relijion i al gobierno, haciendo entender que la parroquia no es sino una tribu de salvajes.

—I qué es lo que le falta o lo que le sobra para no serlo? La libertad que tienen los bribones para hacer cuanto se les da la gana ¿le parece al señor cura que es cosa de jente ilustrada?

Pasaba el sacristan a la carrera, i el cura lo llamó para informarse del paradero del novio de la montaña.

—Nadie me ha dado razon, respondió, sino la señora Sinforiana que me dijo que hacia como hora i média que estando en la puerta de su casa, lo habia visto pasar al trote para la montaña, tiznado, i con las orillas de la ruana quemadas.

—Entónces ha barajustado, dijo el cura, haciendo uso de la palabra que emplean los llaneros para significar el acto de huir una tropa de ganado para no parecer en mucho tiempo.

—Quien sabe! dijo el sacristan; i yo lo sentiria muchísimo.

—¡I tanto como trabajamos don Demóstenes, el señor don Blas i yo! Hágase en todo la voluntad de Dios.

A este tiempo se oyó una voz que decia:

—El santo Oleo! el santo Oleo! i otros mil gritos anunciaban una calamidad en la calle de la Fragua.

El cura i el sacristan corrieron a la iglesia a sacar lo necesario para administrar la Estremauncion. Los lamentos que oian los condujeron a la sala de la señora Visitacion. Allí encontraron a la persona agonizante en medio de otras muchas que la socorrian.

Era Manuela, que tenia en aquel momento un acceso semejante al que sufrió a la salida del zaguan incendiado. El cuadro era lastimoso: Manuela sumamente pálida i con los ojos hundidos, se hallaba estendida en una tarima; Marta le sostenia la cabeza i doña Patrocinio le frotaba el pecho con un pañuelo mojado con agua de Colonia. Tenia los labios cenicientos, los párpados medio abiertos, i su mirada fija dejaba adivinar que no sentia las caricias de su tierna madre ni las voces de los que la llamaban. Todos los que la rodeaban tenian los ojos fijos en ella, i los semblantes i los vestidos daban la idea mas completa de lo trájico de la escena, porque las lágrimas corrian sobre las mejillas cubiertas de polvo, carbon i ceniza, i los trajes estaban tiznados o desgarrados.

Las palabras que el sacerdote pronunciaba al tiempo de la aplicacion del aceite sagrado, apénas se distinguian entre los jemidos.

El parasismo habia oscurecido la frente de la novia, empañado el brillo de sus ojos i apagado la sonrisa de sus labios, sonrisa que siempre habia atraido las miradas de todos. Es verdad que en aquel momento

no seducia la belleza de Manuela, sino que mas bien asustaba por el riesgo de su próxima ruina.

La moribunda dió muestras de alguna vitalidad por un estremecimiento inesperado, volvió los ojos a todos lados, i humedeciéndose los labios marchitos por la fiebre, llamó a doña Patrocinio repetidas veces, dejando conocer por el desconcierto de sus palabras que su enfermedad estaba en el cerebro; i despues de algunos instantes dijo a su amiga:

—Marta! no le dije esta madrugada que mi corazon me anunciaba una desgracia?

—Es cierto, Manuela, le contestó la compañera de su infancia, tratando de ahogar sus jemidos, por no atormentarla.

—¡Dámaso de mi vida!.... continuó Manuela; Oh! yo no alcanzaré a ver la luz del dia de mañana.

Dámaso no pudo responder, i apretando la mano de su prometida, dió a conocer en sus facciones el dolor i la desesperacion que despedazaban su alma.

—Dámaso, volvió a decir la infeliz Manuela, le suplico que perdone al que nos ha perseguido, como yo le he perdonado, i como Dios nos ha de perdonar a los dos.

—Lo perdono! respondió Dámaso, limpiándose las lágrimas que le brotaban al recuerdo de sus persecuciones.

—Dámaso! balbuceó Manuela, apretando la mano de su amigo: la justicia de la tierra nos ha sido contraria; pero esperemos la de Dios.

—Sí, dijo el cura, la de Dios es infalible. Manuela, entréguese usted a la misericordia infinita del Creador; renuncie a todas las cosas de la tierra, no piense sino en Dios....

—Si no pensara yo en Dios, dijo Manuela, qué muerte seria la mia!

—La conciencia de usted está pura....

—Pero morir sin ser la esposa de Dámaso....

—Lo será usted, dijo el cura.

I abreviando allí mismo los preparativos, porque habia sacristan, padrinos i testigos, rezó las preces de la iglesia, i volviéndose a Dámaso, que tenia cojida la mano de su moribunda prometida.

—Dámaso Bernal, le preguntó, ¿recibe usted a Manuela Valdivia por su lejítima esposa?

—Sí, respondió el interrogado, con una mirada llena de amor i de respeto.

—Manuela Valdivia, ¿recibe usted por su lejítimo esposo a Dámaso Bernal?

—Sí, señor, contestó la moribunda, dejando ver sobre sus ojos un brillo pasajero, i en sus labios amortiguados una lijera sonrisa que se disipó como el reflejo de la luz que pasa por el frente de la puerta de una pieza oscura.

Entónces el cura, levantando la mano i dejando caer la bendicion nupcial sobre el lecho de muerte, unió a Manuela i Dámaso "en nombre de Dios Omnipotente;" i a las palabras de la bendicion añadió: "Parte, alma cristiana, de este mundo," viendo que la desposada exhalaba ya su último suspiro.

FIN.

INDICE.

¿Quién es el mas feliz de los mortales? por *J. Manuel Marroquin*..... 3
Los Llanos, por *Felipe Pérez*..... 7
Una visita, por *Gregorio Gutiérrez González*..... 12
La tierra caliente, por *Juan de Dios Restrepo*..... 13
Al señor Juan de Dios Restrepo, por *Manuel Pombo*..... 19
Al señor Manuel Pombo, por *Juan de Dios Restrepo*..... 23
Una tertulia casera, por *Juan B. Ortiz*..... 29
Remijia o vicisitudes de las hijas de la alegría, por *José Manuel Groot*..... 36
El raizalismo vindicado, por *Rafael Elisee Santander*..... 41
La serenata, por *Juan Francisco Ortiz*..... 47
Joaquin Guarin, por *José Caicedo Rójas*..... 52
Una noche de fiestas, por *Ricardo Carrasquilla*..... 58
La docena de pañuelos, por *J. David Guarin*..... 62
Ponga usted tienda, por *Ricardo Silva*..... 67
Un sueño de dos colores, por *José Manuel Groot*..... 71
El último Abencerraje, o la trata de caballos, por *José María Vergara i V.* 78
La pirámide de la Itica-pol, por *Santiago Pérez*..... 85
Antiguo modo de viajar por el Quindío, por *José Caicedo Rójas*..... 90
Partida del Libertador, por *Joaquin Posada Gutiérrez*..... 94
Es mal que anda, por *Ulpiano González*..... 99
Los viceversas de Bogotá. Viajes, por *Bernardo Torrente*..... 102
La retreta, por *José María Anjel Gaitan*..... 111
Literatura fósil, por *José María Samper*..... 115
Descripcion del puente de Icononzo, por *Rosualdo Cuervo*..... 123
Los artesanos, por *Rafael E. Santander*..... 126
El tiempo vale dinero, por *Ricardo Carrasquilla*..... 136
Una pájina, por *José María Quijano O.*..... 140
Lo que puede un pié, por *Mariano González Manrique*..... 142
Peregrinacion por el norte de la Nueva Granada, por *Manuel Ancízar*..... 147
Investigaciones sobre algunas antigüedades, por *J. Manuel Marroquin*..... 154
El paseo campestre, por *Leon Hinestrosa*..... 160
El señor Eujenio Diaz, por *José María Vergara i V.*..... 163

MANUELA, NOVELA ORIJINAL POR EUJENIO DÍAZ.

Capítulo I.....La posada de Malabrigo..... 169
— II.....La parroquia..... 175
— III.....El cura..... 182
— IV.....El lavadero..... 186
— V.....El trapiche del Retiro..... 192
— VI.....La Lámina..... 200

Capítulo VII.....Espedicion a la montaña..... 206
— VIII....La casa de un ciudadano..... 214
— IX .....Lecciones de baile..... 221
— X.....Dos visitas..... 230
— XI .....El mercado..... 243
— XII....La Esmeralda..... 250
— XIII....Revolucion..... 259
— XIV....Lo que puede el amor..... 271
— XV.....Junta de notables..... 281
— XVI....El asilo en la montaña..... 285
— XVII...Cambio de ministerio..... 297
— XVIII..La fuga..... 304
— XIX....Los carteros..... 314
— XX.....Ambalema..... 327
— XXI....Las confidencias..... 344
— XXII...La octava de Corpus..... 352
— XXIII..El anjelito..... 358
— XXIV...El San Juan..... 369
— XXV....Resultados del San Juan..... 384
— XXVI...La tumba de Rosa..... 396
— XXVII..Cacería de cafuches..... 403
— XXVIII.El Nazareno..... 414
— XXIX...El archivo de don Tadeo..... 424
— XXX....Don Demóstenes..... 433
— XXXI...Manuela..... 438

33 Ridiculos
65
98

A NUESTROS AJENTES I SUSCRITORES.

Al empezar la publicacion de los "Cuadros de costumbres," dijimos en el prospecto que se repartió con la primera entrega, que nos proponiamos publicar varias obras literarias, dando a nuestra empresa cierta variedad que consultara los gustos de todos los lectores. Les hemos entregado ya dos gruesos tomos de artículos de costumbres, cuyo mérito no debe enaltecer el editor, porque se creeria tal vez que era por proporcionarse compradores, i porque sí se lo confiesan unánimemente todos, reconociendo que en el jénero de artículos de costumbres, Colombia es la nacion mas rica i mas orijinal.

Ahora suspendemos esta publicacion en prosa i vamos a seguir con el "Parnaso Colombiano," que será una serie indefinida de tomitos, en esmeradísima edicion, cada uno de los cuales contendrá las poesías de un escritor colombiano. Las primeras que saldrán serán las de los señores J. Manuel Marroquin i Gregorio Gutiérrez González, i seguirá una coleccion escojida i aumentada de las del señor Joaquin Pablo Posada.

Nos pareceria una impertinencia cualquier palabra de elojio o de recomendacion. Los tres escritores nombrados son mui populares i mui apreciados. Sus versos andan sueltos en manos de todos, i hace tiempo que se nota la necesidad de coleccionarlos.

La suscricion queda abierta desde hoi, en la ajencia de esta imprenta [antigua plazuela del parque], a razon de $ 1-40 ccentavos el trimestre, por entregas semanales de treinta i dos pájinas. En la misma ajencia se encuentran de venta ejemplares de los Cuadros de costumbres a $ 6 los dos tomos en pasta, i a $ 4-80 a la rústica.

FOCION MANTILLA, editor.

THE BORROWER WILL BE CHARGED AN OVERDUE FEE IF THIS BOOK IS NOT RETURNED TO THE LIBRARY ON OR BEFORE THE LAST DATE STAMPED BELOW. NON-RECEIPT OF OVERDUE NOTICES DOES NOT EXEMPT THE BORROWER FROM OVERDUE FEES.

BOOK DUE
MAY 12 1981
7131452

CANCELLED
CHECKED